Harry Stephen Keeler



LAS GAFAS DEL SEÑOR CAGLIOSTRO

Un millonario ha dejado un extraño testamento, pero aparece un doble del heredero, de lo cual se aprovechan personas sin escrúpulos para su medro personal. La lectura del testamento, absurdo en sus instrucciones desencadena un entramado judicial, psiquiátrico y oscuro.

El mundo de la siquiatría y los manicomios se plantea en su angustiosa crudeza, y domina el ambiente de la novela. El uso adecuado de unas misteriosas gafas resuelve el problema.



Harry Stephen Keeler

Las gafas del señor Cagliostro

ePub r1.0

Titivillus 20.10.2018

Título original: *The Spectacles of Mr. Cagliostro*
Harry Stephen Keeler, 1926
Traducción: Fernando Noriega Olea

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



Introducción

La misteriosa narración que se desarrolla en las siguientes páginas se ha escrito solamente para aquellos que no se asustan de la franqueza, cuando la franqueza es esencial, y para aquellos que aceptarán la exactitud, aun cuando ésta retrate demasiado a lo vivo algunas de las resquebrajaduras, rotos y manchas de grasa del papel de nuestra pared social. Y también va dedicado este libro a esos generosos y raros individuos que son los mejores de todas las personas buenas: nuestros lunáticos; y en menor medida, a aquellas apacibles ovejas que pacen inofensivas en nuestros pastos científicos: nuestros psiquiatras y psicoanalistas.

I. El Señor Middleton, de Melbourne

Ciento veinte millas más —dos horas a lo sumo— y estaría en Chicago, al término de este viaje, el más extraño de todos los viajes, que le había hecho recorrer la mitad del globo terráqueo. Jerry Middleton, de Melbourne (Australia), sentado en la plataforma de observación del expreso San Francisco-Chicago, contemplaba con interés nunca disminuido el continuamente renovado panorama del campo americano, que pasaba como una centella por delante del estruendoso tren. Y por milésima vez, desde que salió para esta tierra en que el Dinero es Emperador y el Poder es Derecho, se puso a meditar con curiosidad en la extensión de aquella hacienda que iba ahora a ser suya, pues estaba fuera de duda que Digby Middleton, su padre, había sido rico.

Sonrió, ceñudo, al darse cuenta de la extraña paradoja que él ofrecía mirando embobado a cada labrador, a cada pocilga y a cada chico que saludaba con la mano al tren, que pasaba como un relámpago. Porque, aunque había nacido en América, de padre americano, y había viajado ya una vez a través del continente americano, nunca había visto, hasta que desembarcó de un transatlántico australiano en San Francisco tres días antes, tanta hierba perteneciente a los dominios del Tío Sam.

Estaba todavía el tren a una hora de Chicago cuando vio por primera vez las palabras que ponían de manifiesto, una vez más, que la clave del triunfo en América consistía en propalar a los cuatro vientos cada cual su historia, desde cada fachada de fábrica y desde cada poste de anuncios. Y aquella

ojeada le hizo erguirse en su asiento con emoción, pues, por primera vez en su vida, veía su propio apellido ensalzado públicamente en letras gigantescas lo característico del anuncio americano.

El tren aminoró su marcha; al pasar por un puente. Allí estaba el anuncio, en medio de los campos; tal vez a una distancia de ciento cincuenta yardas, con sus enormes letras, blancas como la nieve, sobre un fondo negro, ocupando toda la fachada de una enorme fábrica y gritando literalmente sus palabras a los viajeros, los cuales podían leer:

VE LA VIDA A TRAVÉS DE ESPLÉNDIDOS COLORES
TONIFICA TUS NERVIOS CON MI ESPECÍFICO

LOTSAPEP

HIJO DEL ESTUDIO DE SANOS PRODUCTOS HERBÁCEOS.

CAVADOR, EMPLEADO, MAGNATE:
LA SALUD ES EL CENTRO DE TU VIDA
MÁS TÓNICO QUE LOS RAYOS SOLARES
ES LO QUE DIGBY MIDDLETON TE OFRECE
EN TODAS LAS FARMACIAS DE CHICAGO,
DESDE LAKE A OAK PARK AVE
PIDA A SU FARMACÉUTICO UNA BOTELLA
DE ESTE TÓNICO MARAVILLOSO

Leyó todas las palabras mientras el tren salía despacio del puente y empezaba a ganar velocidad.

¡Lotsapep!

Criado como estaba en Australia, apenas podía darse cuenta, a medida que el gigantesco anuncio de letras blancas sobre fondo negro desaparecía, detrás del acelerado tren, de que aquello tenía que ser un puro americanismo, una parte de

la lengua que se habla en esta Tierra de las Grandes Aspiraciones.

¡Lotsapep! Y él iba a ser el propietario del Lotsapep. ¿Qué sería tener riquezas, comodidades, ser personaje en un país en donde el dinero lo es todo; un país, extraño para él, en que, aun siéndole desconocidos su pueblo y sus costumbres, era, con todo, su país nativo, su patria?

Meditando seriamente sobre la serie de pensamientos que le sugería esta palabra sin sentido —Lotsapep—, vio las grandes fábricas, que siempre se apiñan en las inmediaciones de una gran ciudad, formando grupos cada vez más grandes. Postes de mil colores, anunciadores de hoteles de Chicago, pasaban como un relámpago. Humeantes chimeneas marcaban el tránsito del dominio del labrador. Pasó de nuevo por una gran fábrica, cuya fachada, próxima al ferrocarril, arrendada, sin duda, por su padre, estaba completamente cubierta de pintores, que parecían moscas en sus pequeños andamios, y en cuya negra superficie los blancos contornos de las letras que habían de componer el nombre del fundador de la hacienda de Middleton esperaban a ser rellenados sólidamente con su brillante pintura blanca.

MÁS TÓNICO QUE LOS RAYOS SOLARES
ES LO QUE DIGBY MIDDLETON TE OFRECE

Esto era lo único que estaba terminado, y el enorme anuncio, en aquella forma, parecía simbolizar la no acabada última especulación de Digby Middleton, en su próspero negocio de fabricar y vender específicos sin drogas heroicas.

Patios interiores y viaductos empezaban a unir ahora las fábricas y chimeneas con la aglomeración urbana. Calles —¡calles americanas!— con autos, camiones y gente siempre presurosa. Y de repente, casi antes de que se diera cuenta, el tren entraba bajo un enorme y opaco cobertizo, y Jerry Middleton se hallaba en la Tierra de las Grandes Aspiraciones.

Descendió del tren y se dirigió a la sala de espera, donde

permaneció indeciso, inquieto por primera vez, con la maleta en una mano y el bastón en la otra. Un agente de policía, que advirtió al instante que este joven alto y erguido, de fuerte mandíbula, ojos castaños y francos, cabello corto y rostro más bien serio, era un extraño en tierra extraña, como lo declaraban su sombrero hongo bien británico, su corbata oscura, su fino traje de chaqué de impecable corte inglés, con solapas abarquilladas y aquella anomalía —¡un bastón!—, se lanzó hacia él como un halcón desciende sobre una rolliza ave de corral. Pero, en esto, Jerry Middleton divisó a Fortescue.

La última vez que había visto a Luther Fortescue, el secretario de su padre, fue en Melbourne, hacía cuatro años. Dos años antes se habían reunido en Londres; dos años antes de esto, cuando él era sólo un mozalbete de dieciséis años, se habían conocido en Australia, y ahora se maravillaba al ver que Luther Fortescue no había cambiado nada físicamente. Vestido impecablemente, casi con afectación, con un traje de corte exageradamente original, a rayas brillantes, de un verde chillón; su pelo negro y lustroso, con unos mechones grises cerca de las orejas; su corbata azul, con alfiler de esmeralda bien centrada; su camisa de brillante blancura, y sus ojos, de un color indescriptible, que, sin embargo, tenían la aguda mirada del hombre de negocios afortunado, de tal vez cuarenta años de edad, sugerían la idea de que había en él dos hombres contradictorios: el sagaz y valioso colaborador que había sido de Digby Middleton y el hombre de ciudad, amante del placer.

Se adelantó sonriente, con una mano enguantada extendida, mientras con la otra hacía señas al agente de policía para que se retirase.

—¿Ya está usted aquí, Jerry? —dijo mirando a Jerome Middleton de arriba abajo—. Me alegro mucho de verle, aunque deploro que sea en estas circunstancias. Su padre… —movió la cabeza—. Su padre hubiera deseado tanto volver a verle antes de… —dejó la frase sin acabar.

Jerry Middleton no sonrió.

—No sé —dijo con amargura, estrechando la mano que el otro le tendía—. Bien sabe Dios las veces que traté de persuadirle de que me permitiera venir a su país —mi propio país—; pero siempre tropecé con la misma negativa. Siempre igual. Es casi una vergüenza que haya tenido que ocurrir su muerte para que yo pueda venir a la tierra que me vio nacer.

Miró en torno suyo a la gente que en tropel entraba y salía de la sala de espera.

—De todas maneras, aquí estoy, dispuesto a asumir la carga de los negocios. Pero ¿cómo está usted, Fortescue? Espero que tendrá toda la tarde libre. Necesito hacerle muchas preguntas.

Fortescue se dirigió a un asiento próximo, en el que se sentaron.

—No me cabe duda —dijo el secretario— que necesitará usted saber muchas cosas, que no me era posible decirle en el cable que le envié. Así, pues, empiece usted y pregunte lo que quiera. Cuando terminemos iremos a casa de Lockwood para leer el testamento de su padre.

—Ahora —dijo el joven— quiero preguntarle una cosa que me ha tenido muy preocupado durante el interminable viaje que acabo de hacer desde el otro lado de la tierra. ¿Cuál fue la causa de que mi padre muriese tan repentinamente después de la operación? ¿Presentía él que esa operación iba a ser fatal?

—Le diré —contestó Fortescue—. El 6 de agosto, hace precisamente un mes y once días, fue cuando los cirujanos, reunidos en consulta, convinieron en que su padre debía operarse cuanto antes, y entonces él decidió sufrir la operación, enseguida, aquella misma semana, aun a sabiendas de que el resultado no era nada seguro.

—Pero, a pesar de que la intervención quirúrgica tuvo buen éxito, falló el corazón, ¿no es eso? —dijo el joven—. Así lo deduje de su cablegrama.

El secretario asintió.

—Así fue, exactamente. Fue operado una semana después de la consulta de los médicos, y durante dos días y medio pareció que mejoraba; pero luego se produjo un cambio repentino y murió rápidamente, de la antigua enfermedad cardíaca que padecía. Falleció a última hora de la tarde del día en que le cablegrafié a usted.

—¿Dejó arreglados todos sus asuntos durante sus últimos días? —preguntó el joven.

—Estuvo muy atareado —contestó Luther Fortescue— los dos días antes de ingresar en la clínica. Hizo muchos contratos de publicidad para el anuncio de su nuevo medicamento, el Lotsapep, como si esperase explotarlo él mismo, como si fuera a estar siempre en este mundo. Era un hombre que no descansaba hasta ver las cosas terminadas. En esos días hizo también testamento en casa de su abogado Lockwood. Usted conoce a Lockwood, ¿verdad? Lo vio usted en Londres.

—Sí, le recuerdo muy bien —respondió el joven.

—Con esto creo que está dicho todo —dijo Fortescue. En realidad, yo vi muy poco a su padre después que los médicos le aconsejaron la operación.

Hubo una pausa, y luego volvió a hablar Jerry Middleton.

—Y ahora dígame, Fortescue: ¿a cuánto asciende la fortuna de mi padre?

El secretario miró con asombro al joven.

—Vamos, Jerry, no me gaste bromas. ¿Va usted a hacerme creer que no sabe…?

—No lo sé —respondió el otro seriamente—. Supongo que era muy rico; pero esta es una palabra que puede significar mucho o poco para un hijo a quien se ha tenido a diez mil millas de distancia.

Y su voz, al decir esto, volvió a tomar un tono de amargura.

—Bien, Jerry; no podía imaginar que no supiera usted la cuantía de la fortuna de su padre —hizo una pausa—. Sumándolo todo, su padre debía de poseer… unos diez

millones de dólares.

Jerome Middleton abrió los ojos, lleno de asombro.

—¿Diez millones de dólares, Fortescue? ¿Más de dos millones de libras? No me imaginaba que la cifra ascendiera a tanto. Sabía que iba a entrar en posesión de una gran fortuna, que mi porvenir no habría de ser motivo de preocupación para mí; pero esa suma me deslumbra.

—No me extraña —respondió Luther Fortescue—, si, como usted dice, y yo creo, la ignoraba. Pero su fortuna no es un secreto para nadie en Chicago —hizo una pausa—. Bueno, Jerry; después de haber salido usted de Australia leí algo en los periódicos referente a su persona: el anuncio de su proyectada boda con la señorita Pamela Martindale, de esta ciudad, que volvía a América en el mismo barco que usted. Le felicito, tanto por su suerte en conquistar a la señorita Martindale como por el hecho de que no se publicara aquí ese anuncio, pues de haberse publicado, más de cien mamás hubiesen echado sus anzuelos al saber que el único heredero de Digby Middleton estaba en Chicago. Hubiera usted sido el atractivo máximo de la temporada.

Pero Jerome Middleton pareció haber quedado sorprendido con la información que acababa de darle Fortescue.

—La verdad —tartamudeó, algo sonrojado—, no sabía que…, que mi noviazgo…

Pero Fortescue le interrumpió con una sonrisa.

—Nosotros, los americanos, usamos la radio para recibir las noticias de sociedad, así como todas las demás —hizo una pausa—. Pero hábleme ahora de usted mismo.

Middleton sonrió, débilmente, por primera vez.

—Ya le contaré más tarde, Fortescue. Por lo menos, creo que tendré en la señorita Martindale una esposa de la que un hombre puede estar orgulloso —dicho esto, cambió bruscamente de conversación—. Pero, dígame, Fortescue: ¿cuáles son sus planes? ¿Qué sueldo tiene usted ahora? Antes de posesionarme de la empresa de mi padre quiero

familiarizarme con la situación.

—Diez mil dólares al año era mi sueldo —respondió el otro —. Me enorgullezco al decir que fui un valioso colaborador de su padre. Conozco al dedillo todo cuanto se refiere a los bienes raíces de Middleton, así como todas las fases y pormenores de su negocio de específicos. Nada hay en todo ello que yo no pueda manejar. Yo esperaba que usted emprendiera un viaje, que se divirtiera y disfrutara de este dinero que ahora le pertenece, y tenía también la esperanza — creo que podía tenerla— de que me ofreciera la administración general de sus bienes.

Pero el joven movió la cabeza con decisión.

—Mire usted, Fortescue, durante veinticinco años he estado divirtiéndome por ahí, esperando…, esperando que terminase este inexplicable destierro impuesto por mi padre; y ahora que ha terminado —aunque haya sido de esta manera tan inesperada— y entro en posesión del negocio, pienso dedicar todos mis esfuerzos a dirigirlo en beneficio de todos. Un administrador general costaría… ¿Cuánto?

Fortescue se encogió de hombros.

—Creo que podría usted tener la suerte de encontrarlo por cincuenta mil dólares al año, teniendo en cuenta las grandes fábricas y vastas posesiones de su padre y las múltiples ramificaciones de sus negocios. Esa remuneración no representaría sino una pequeña proporción del total de lo que la casa paga en sueldos.

—Pues esos cincuenta mil dólares pueden muy bien ahorrarse en beneficio de la casa —respondió el joven pronta y resueltamente—, ya que tengo juventud y energías, y, según creo, no carezco de capacidad; y lo único que necesito es aprender las costumbres y los procedimientos que se siguen en este país para dirigir los negocios. Yo no soy perezoso, Fortescue. Vengo aquí a trabajar como trabajan todos los americanos. No veo por qué no va usted a poder trabajar conmigo como trabajaba con mi padre, en estrecha

colaboración, con el sueldo que recibe usted ahora, es decir, diez mil dólares al año. El sueldo que se llevaría un administrador general puede servir, por ejemplo, para mejorar las condiciones de trabajo de todos los que intervienen en el negocio.

Fortescue se mordió los labios. Se advertía claramente que estaba desengañado, que tenía hechos cálculos que no habían salido como esperaba. Miró de una manera vaga por una de las altas ventanas de la sala de espera a las fachadas de los feos hoteles que se apiñaban al otro lado de la calle, frente a la estación, y no dijo nada durante cinco minutos. Luego se encogió de hombros, como quien considera que nada es definitivo hasta el final, y lanzó un suspiro ahogado. Miró a su reloj.

—Bueno; si no tiene usted que hacerme más preguntas, vamos a casa del abogado.

Se levantó, guió al otro a la calle, donde había una parada de «taxis» y tomaron uno.

—Al primer edificio del Banco Nacional —dijo al chófer, y partieron al punto.

Hablaron poco mientras iban en el «taxi», pues la decisión expresada por el joven parecía haber sumido en un tétrico silencio al ex secretario particular de Digby Middleton, y Jerry, por otra parte, estaba demasiado distraído con los detalles peculiares que le ofrecían los cruces de las calles, las muestras de las tiendas, las fachadas de los edificios, los escaparates, los vehículos, los peatones, todas esas cosas triviales que, para él, recién llegado a Chicago, eran las primeras impresiones familiares de una gran ciudad americana. Así, en menos de veinte minutos, recorrieron la parte baja de la ciudad y poco después entraban en el alto rascacielos que señalaba su destino.

II. «A mi hijo»

Las oficinas de Andrew Lockwood, situadas en el piso catorce de este modernísimo edificio, recordaron a Jerome Middleton los despachos de abogado que había visto en las ciudades de Australia; su mobiliario y sus libros pertenecían, indudablemente, a una época anterior de la vida americana de los negocios. El mismo Lockwood, tan pronto como fueron anunciados, abrió la puerta de su despacho particular, que daba a la oficina de recibo, donde trabajaban un empleado y dos mecanógrafas, y avanzó hacia los dos hombres con la mano extendida. Era un individuo de baja estatura, seco, marchito, de unos sesenta años, endeble de cuerpo, de piel algo amarillenta por la edad, escaso pelo, algo cargado de espaldas y con un cuello de pajarita pasado de moda y corbata negra de punto. Sus ojos tenían una expresión bondadosa.

—¿Ya está usted aquí, Herbert? —preguntó, y miró al joven de arriba abajo—. Le aseguro, amigo mío, que no ha cambiado usted mucho desde que le vi en Londres con los Anzac —hizo una lenta afirmación con la cabeza—. Sí, un poco mayor; algo más serio tal vez; pero nada más —sonrió—. Pasen ustedes.

Les indicó su despacho y se puso a un lado para dejarles pasar. Después de cerrar la puerta, les señaló dos butacas, cerca de su escritorio americano, para que tomasen asiento, y él se sentó en su sillón giratorio y miró a los dos hombres con curiosidad. Luego oprimió un botón que había a un lado del buró y dijo al empleado que acudió:

—¿Quiere hacer el favor de bajar a las oficinas de la Mid-

West Trust Company y decir al señor Searles, el vicepresidente, que suba y traiga las…, las gafas de Cagliostro? Él ya sabe.

Una vez que hubo salido el empleado volvió a mirar a sus visitantes con igual curiosidad. Después dirigió su mirada hacia el joven:

—Supongo, Herbert… Y, a propósito: ¿se llama usted Herbert o Jerome? Su padre, siempre que se refería a usted, lo hacía con el segundo nombre.

—Parecía muy natural que mi padre me llamase Herbert en las cartas —contestó Middleton lentamente—. Pero otras personas me han llamado siempre por mi primer nombre. Así, pues, use el nombre que le parezca a usted más natural, señor Lockwood.

El abogado asintió lentamente, y al fin habló:

—Bien, Herbert; me figuro que usted se preguntará por qué, apenas llegado a la ciudad, le traen a usted aquí para ocuparse personalmente de una porción de pormenores legales; pero es que yo he creído que sería mejor que conociera las condiciones relativas a la hacienda de su padre antes que usted se disponga a hacer planes.

—Sí —dijo el joven—; ya hablé de esto con el señor Fortescue en la estación.

—¿Sí? —dijo el viejo abogado, sonriendo secamente—. Pero el señor Fortescue no podía, creo yo, hablarle de las condiciones existentes, sino sólo de cosas superficiales.

Fortescue miró a su reloj.

—Creo, señor Lockwood, que, una vez que he acompañado hasta aquí al señor Middleton, debo dejarles solos. Podemos volver a vernos después de almorzar.

Pero Lockwood le contuvo con un ademán:

—No; quédese, Fortescue. Cuando yo le pedí que trajera aquí a Herbert, apenas llegase a Chicago, fue porque quería que también asistiese a la entrevista, pues ocurre que el testamento del señor Middleton, padre, le afecta a usted en

cierto modo.

Fortescue pareció sorprenderse al oír estas palabras, y sin acabar de ponerse completamente en pie se sentó de repente.

—Bien; si es así, claro que me quedaré. Pero no creía que el testamento me afectara en lo más mínimo.

Se advertía en su rostro una marcada perplejidad. Lockwood se volvió una vez más hacia el joven:

—Su padre, Herbert, o, mejor, Jerome, tres días después que los médicos le aconsejaran que lo mejor que podía hacer era operarse, vino aquí para hacer testamento, un testamento que anulase el anterior, que había otorgado en previsión de una muerte repentina. No creo que presintiera que su aventura quirúrgica iba a tener un desenlace funesto; pero sí se daba cuenta de que tenía poco firme el corazón, y por eso no quería correr ningún albur. Este testamento lo otorgó el sábado, 9 de agosto, tres días antes de ingresar en la clínica. Fue un testamento algo singular, para decir lo menos, y yo opuse ciertas objeciones a algunas de sus cláusulas, y supongo que me hará usted el honor de creerme; pero su padre…; bueno, usted no conoce a su padre, me atrevo a decir.

—Le conocía perfectamente —dijo el joven con tristeza—, a pesar de que sólo iba a verme una vez cada dos años, para pasar un mes conmigo. No diría yo que nadie pudiera convencerle de lo contrario de lo que él sostenía. Era hombre justo, bondadoso, enérgico; pero algo raro en su manera de pensar. Reconozco que nunca pudimos entendernos.

—Bueno; pues como decía —continuó Lockwood—, yo…

Pero en este momento sonaron unos golpes en la puerta, y el abogado se levantó a abrir. Apareció un hombre elegante, de aspecto severo, de unos cuarenta y nueve años, con brillantes gafas, recortado bigote que mostraba muchas hebras blancas, ojos grises, fuerte y bien conservado; vestido con un traje de rico paño, pero oscuro y discreto que revelaba que su poseedor formaba parte de una gran institución, caracterizada por el tono conservador de sus ideas y de sus hechos. Miró a

los tres hombres y les tendió la mano. Lockwood cerró la puerta.

—Bien, bien, muchacho —dijo el recién llegado—. Bienvenido…, bienvenido a nuestra tierra, que a usted le será extraña. Creo que hace dos años que mi esposa y yo le visitamos en el Colegio de Canterbury, en Christchurch, Nueva Zelanda.

Jerome Middleton se levantó.

—Sí, justamente dos años, señor Searles. Todo el mundo me asegura que no he cambiado mucho, y yo puedo decir lo mismo de usted.

El funcionario de la Mid-West Trust Company le miró de pies a cabeza, mientras estrechaba efusivamente su mano.

—No ha cambiado usted nada, a mi parecer —dijo—. Tiene usted la misma apariencia de buen mozo que tanto nos sorprendió a mi esposa y a mi cuando, a ruego de su padre, tocamos en Nueva Zelanda para hacer una visita a su hijo. De modo que viene usted a unirse a nuestra tribu, ¿eh?

—Sí —contestó Middleton, mientras Lockwood acercaba otro sillón para el cuarto ocupante de la estancia. El abogado hizo señas a Searles de que se sentara, volvió a ocupar su sillón y dirigió ahora la palabra a los tres:

—Bien —dijo—; ahora que estamos reunidos aquí los cuatro, nos hallamos presentes —a excepción del pobre Digby Middleton— todos los que tenemos relación más íntima con las disposiciones del último testamento del padre de Herbert. Debo declarar que el señor Middleton lo otorgó en contra de mi propia manera de pensar. Usted, Fortescue, está mencionado en él; usted, Herbert, o, mejor dicho, Jerome, también, y al señor Searles, que está aquí en representación de la Mid-West Trust Company, se le nombra asimismo en el testamento.

Mientras hablaba metió la mano en un casillero de su escritorio, y luego se volvió hacia ellos, con un sobre largo, que rasgó de extremo a extremo.

—La fortuna del señor Digby Middleton asciende, como supongo que todos ustedes sabrán, a unos diez millones de dólares, en bienes raíces y propiedades de fábricas, juntamente con una buena cantidad de acciones y obligaciones que había reunido. Aquí tengo copia de la página del testamento que contiene la relación detallada de todo su capital, y que pueden ustedes examinar luego; y también copia del testamento mismo, el cual especifica cómo ha de disponerse de los bienes en caso de fallecimiento del testador. Usted, Searles, sabrá, seguramente, que su Compañía guarda el original de este testamento, que fue confiado a su custodia, con instrucciones para que sólo se leyese después de la llegada del joven Middleton. Y ahora que todas las partes interesadas están presentes y han transcurrido los cuarenta días fijados para que viniese Herbert, puede leerse y se puede proceder a la prueba legal de su autenticidad.

Mientras hablaba desdobló cierto número de hojas de copia unidas por un reluciente sujetapapeles de latón.

—Voy a leerlo, contando con su atención.

Aclaró su voz, y, sin más preliminares, Lockwood empezó la lectura, en medio de un silencio absoluto. Searles apoyó la barbilla en sus manos y miraba con los ojos medio cerrados; Fortescue, ceñudo, con los labios entreabiertos, parecía esperar algo que no sabía lo que era, y Jerome Middleton era tal vez el menos interesado de todos, pues sabía que cualesquiera que fuesen los términos en que estuviese hecho el testamento de Digby Middleton, el que lo había otorgado tenía buen corazón, y, además, era su padre. Lockwood leyó:

ULTIMA VOLUNTAD Y TESTAMENTO DE DIGBY MIDDLETON

«Yo, Digby Middleton, vecino de la ciudad de Chicago, Condado de Cook y Estado de Illinois, en pleno dominio de mis facultades mentales, declaro que ésta es mi última voluntad y testamento,

quedando anulados todos los demás testamentos otorgados por mí con anterioridad, y disponiendo por el presente de todos los bienes que posea o a los cuales pueda tener algún derecho al ocurrir mi fallecimiento.

I. Dispongo que los albaceas testamentarios paguen de mis bienes, en primer término, los gastos de administración y deudas reconocidas, así como los gastos de mi entierro y de mi última enfermedad».

Lockwood levantó la vista del papel que estaba leyendo. Sus palabras se dirigían tanto a Fortescue como a Jerome Middleton:

—El señor Middleton, padre, como habrán ustedes podido suponer al ver aquí presente al señor Searles, hizo un fondo de depósito de sus bienes. Las palabras que siguen: «doy, lego y otorgo», empleadas con respecto a la Compañía de depósito, son meramente técnicas y se refieren a ese depósito.

Volvió de nuevo a mirar el papel, mientras el semblante de Fortescue se ensombrecía al pensar, sin duda, que un Banco de depósito colocaría seguramente nuevos empleados en las diversas propiedades. En cuanto a Jerome Middleton, se irguió en su asiento, despierta su atención de repente al darse cuenta de que ya en las primeras líneas del documento se le ponían ciertas restricciones. Lockwood siguió leyendo:

«II. Doy, lego y otorgo a la Mid-West Trust Company, de Chicago, corporación organizada y existente bajo las leyes del Estado de Illinois, y que tiene sus oficinas centrales en el primer edificio del Banco Nacional de la ciudad de Chicago, como depositaria, todos mis bienes, para los usos expresados a continuación:

a) Para invertir y reinvertir, de cuando en cuando, todos los ingresos procedentes de

cualesquiera ventas que se efectúen de mis bienes muebles y raíces que constituyen mi hacienda, en bonos o valores de los Estados Unidos de América o de cualquiera de sus Estados, o en primeras hipotecas de bienes inmuebles, mejorados o no, situados en el Estado de Illinois. Mis depositarios tendrán plenos poderes para cambiar las inversiones de esta parte de mi hacienda en depósito, de vez en cuando, por otras de la índole anteriormente especificada; y por el presente documento concedo poderes a los mencionados depositarios para administrar, defender, inspeccionar, hacer contratos y disponer de esta parte de mis bienes en la forma que yo podría hacerlo en vida.

b) Para administrar, por medio de empleados capaces, los específicos patentados Middleton: tanto la fábrica productora como las ventas, publicidad y compras, así como para distribuir o invertir los beneficios de la Compañía».

—Perdone usted —interrumpió Middleton—. ¿Durante cuánto tiempo va a tener ese Banco de depósito la dirección y manejo de mis bienes? Por otra parte, ¿quiere esto decir que yo no voy a tener intervención alguna en los negocios, y que me he de limitar a recibir los beneficios? ¿Que…?

—Creo, Herbert —respondió Lockwood levantando una mano fina y arrugada—, que si presta atención a la lectura del testamento, todas sus preguntas quedarán contestadas.

—Muy bien —dijo Middleton, asintiendo; pero al decirlo asomó a su rostro un ceño de desagrado.

Lockwood dirigió de nuevo su atención hacia el papel.

—Lo que sigue está escrito tal como su padre lo dictó —

explicó sencillamente, y siguió leyendo:

«III. Desde que hace muchos años murió un antiguo amigo mío, dejando muchas deudas, tanto personales como comerciales, y su único hijo se dedicó a pagar todas esas obligaciones de su padre, yo, Digby Middleton, he sentido el ardiente deseo de tener también un hijo que, a costa de sus propios intereses, borrara de la memoria de su padre todo vestigio de delincuencia personal o comercial, el deseo de sentir que había en mi hijo esas mismas cualidades de probidad que implican la honra de pagar las deudas de un padre. Pero poseyendo, por desgracia, gran abundancia de bienes terrenales, y no teniendo ninguna deuda, no puedo dejar a mi hijo Herbert, o Jerome Herbert Middleton, que es su nombre de bautismo, una deuda de honor de esta especie. Sin embargo, dejo a mi mencionado hijo Herbert, o Jerome Herbert Middleton, entre otros legados que se mencionan luego en este testamento, la siguiente deuda de honor, que, si bien constituye una extraña obligación, no por eso debe cumplirse menos que cualquiera otra; es, a saber:

El viernes 8 de agosto hice con mi secretario particular, Luther Fortescue, una apuesta acerca de si el ex Káiser de Alemania vendría a América a dar una serie de conferencias dentro de treinta días. Las condiciones de esta apuesta era que el que perdiese pagaría al ganador la suma de quinientos dólares contantes y sonantes, y llevaría durante un período de un año, en todo momento, tanto dentro como fuera de su casa, un singular par de gafas azules, extremadamente toscas y de forma muy anticuada, que figuran entre las

> curiosidades que poseo, y que mi contrincante conoce.
>
> Si ocurriera que yo perdiese la apuesta antes o después de mi muerte, y no pagase, dejo a mis depositarios el encargo de pagar de mis bienes los quinientos dólares que constituyen la parte pecuniaria de la apuesta, y a mi querido hijo, Herbert Middleton, la obligación de pagar la otra parte, la que se refiere a llevar las gafas azules. Esto puede ser una tarea algo gravosa para un joven bien parecido y buen mozo, que ha contribuido tan generosamente a aumentar los ingresos de los fotógrafos de Australia, como lo demuestran los muchos retratos de su persona que envió a su padre de vez en cuando; pero estoy seguro de que un hijo mío se alegrará mucho de tener la ocasión de pagar las deudas de honor de su padre».

—Un momento, señores —interrumpió Luther Fortescue—; bien sabe Dios que nunca me figuré que Digby Middleton tomase en serio esa parte de nuestra apuesta. Se le metió en la cabeza la idea de que el Káiser iba a venir a América a dar una serie de conferencias, por algo que leyó en los periódicos después de volver de la clínica el día que los médicos celebraron consulta. Cuando me habló de esto, yo, naturalmente, le dije que era absurdo pensar semejante cosa; pero él estaba tan seguro, que me propuso esa apuesta. Yo acepté al ver en la apuesta la probabilidad de ganar quinientos dólares, comprendiendo que Wilhelm Hohenzollern no vendría nunca a estas tierras; pero en cuanto a las antiparras..., ¡por Dios!, jamás se me ocurrió que cumpliera esa parte del compromiso. Sería ridículo.

Se volvió a Middleton.

—Jerry, no haga usted caso de eso que dice el testamento.

Es demasiado descabellado y no lo permitiré. Yo…

—A mi entender —interrumpió Andrew Lockwood con cara seria—, no está ya en sus manos, señor Fortescue, disponer lo que debe hacerse o no con respecto a los expresados deseos del difunto señor Middleton.

Miró de nuevo el papel.

—Pero continuaré.

El ceño de perplejidad de Jerome Middleton era cada vez más pronunciado.

> «Si, como antes se dice, sucediera que yo perdiese la apuesta, vengo en disponer que el pago de la misma comience en cualquier momento, pero no después del nonagésimo día después de mi muerte; y en el caso de que en ese tiempo no se encontrara el paradero de mi hijo, el pago empezará dentro de las veinticuatro horas después de haberle sido leído este testamento. Para el expresado objeto de que mi hijo pague esta deuda de honor de su padre, dejo, selladas y en poder de la Mid-West Trust Company, nombrada depositaria en este testamento y guardadora de él, el singular par de gafas que el señor Fortescue y yo convinimos tendría que llevar el que perdiera. Estas gafas las adquirí en una tienda de antigüedades de Austria, y si los hechos responden a la verdad, su historia es, en efecto, curiosa. Son las gafas de Joseph Bálsamo, que tanto asombro causó en Europa, en el año 1790, bajo el nombre de conde de Cagliostro, y del cual se dice que poseía poderes mágicos y espiritistas completamente inexplicables.
>
> IV. Con respecto a mis bienes inmuebles, establezco las siguientes condiciones, que habrán de ser observadas estrictamente por mis

> depositarios al vender y administrar mi hacienda: los veintidós solares de mi pertenencia no podrán venderse en tanto que mi hijo permanezca soltero, y durante un período no menor de un año, en cualquier circunstancia, y si al casarse hubiera disipado los demás fondos que, según dispongo, ha de recibir, podrá elegir uno cualquiera de esos solares donde edificar una casa para él y su esposa. Estos solares, que específicamente dispongo queden a su posible elección, están situados, respectivamente, en North Lawndale Avenue, 4513; Fifty-Fifth Place, 303; Clarkson Court, 233; Wrightwood Avenue, 938; Longwood Drive, 8720; Crilly Court, 1750; Marquett Road, 956; Walnut Street, 1666; Drexel Square, 823; Margate Terrace, 7519; Scott Street, 10…».

—Creo —interrumpió secamente Jerome Middleton— que se puede usted ahorrar la enumeración de los restantes solares, señor Lockwood. Las calles y los números de su ciudad significan poco o nada para mí.

Se mordió los labios.

—¿Les parece a ustedes bien? —preguntó Lockwood a los otros dos, que contestaron con signos afirmativos. Lockwood inclinó la cabeza—. Muy bien. El párrafo en cuestión se limita a enumerar los veintidós solares, y dispone que cada uno de ellos sea vallado, a fin de evitar que entren los chico y los vagabundos, y que queden sin vender e intactos para que el señor Middleton, aquí presente, pueda elegir uno cuando se case, si así lo desea.

Pasó luego la vista por las líneas escritas a máquina, y prosiguió la lectura de este documento algo extraño:

> «V. Mi hijo Jerome Herbert Middleton no podrá en ningún caso tener empleo alguno en, la hacienda Middleton, tanto en lo que afecta a la parte de

> bienes inmuebles como a la fábrica de específicos Middleton, y cualquiera de sus departamentos, mientras esté sujeto a las ulteriores disposiciones de este documento. Podrá, sin embargo, utilizar gratuitamente mi casa de Astor Street durante un año, con dos criados a su servicio, a quienes pagarán mis depositarios.
>
> VI. Dispongo, además, que si cualquier persona nombrada en este testamento como legataria o beneficiaria, ya absolutamente o como beneficiaria en virtud del acuerdo de depósito, impugnara este testamento, queden anulados el interés, legado o beneficio que les confiere este documento, y que habrán de revertir a mi patrimonio.
>
> VII. Dispongo que Luther Fortescue, que fue mi secretario particular, sea nombrado, por el conocimiento que tiene de mis asuntos y procedimientos, administrador general de los bienes y propiedades de Middleton, con un sueldo anual de 50 000 dólares, y con facultades para nombrar un secretario particular con el haber de 10 000 dólares al año; y asimismo dispongo que no pueda separársele del cargo, a no ser por disposición judicial y por causa justificada».

—¡Eh! —exclamó Fortescue en ese momento, inclinándose hacia adelante en su asiento, y con la cara, tan fría de ordinario, radiante ahora de gozo—. ¿Quiere…, quiere eso decir, Lockwood, que soy administrador general? ¿Y que voy a tener 50 000 dólares al año?

Lockwood asintió:

—Eso significa exactamente. Le felicito.

Fortescue se volvió en su sillón, sonriente.

—Deme usted la mano, Jerry; deme la mano. Su padre sabía más que todos nosotros. Así como yo le felicito a usted

por recibir los beneficios de este enorme patrimonio, sin que tenga que mover ni un dedo para lograrlos, quiero que me felicite usted por mi nombramiento.

Lanzó un suspiro de satisfacción.

—Por supuesto, no tiene usted que preocuparse de esa deuda de honor. Olvídela.

Pero Jerome Middleton no respondió. Estaba, en verdad, sorprendido por estas disposiciones tan sucintamente expresadas en el testamento de su padre. Durante toda la travesía del Pacífico había estado ideando planes a base de asumir la carga de los vastos negocios de América y de tomar las riendas de la industrias que su padre había fundado, y ahora se hallaba cabizbajo, por decir lo menos, al encontrarse convertido en un señorito desocupado, mero receptor de los beneficios de su hacienda, en vez de contribuir a la producción de aquellas utilidades; un holgazán, en suma, que no podía ni levantar un dedo para colaborar en el trabajo.

Pero Lockwood, al ver que Fortescue, lleno de júbilo y con los pulgares metidos en las sisas del chaleco, guardaba silencio, se dispuso a proseguir la lectura. Volvió aquella página y pasó a la que era visiblemente la última del testamento.

> «VIII. A la muerte de mi hijo Herbert, o Jerome Herbert Middleton, dispongo que mis depositarios entreguen mi fortuna a la Sociedad del Séptimo Día de Descanso, incorporada al Estado de Illinois, para contribuir a sus dudosos esfuerzos en pro de convertir en todo el mundo el domingo en un día libre de todo trabajo, actividad y diversión».

Lockwood alzó la vista del papel. Su rostro tenía una expresión de tristeza.

—El párrafo siguiente —dijo— pone fin al testamento, que firmaron como testigos los empleados y empleadas jóvenes que trabajan en esta oficina.

Volvió la vista al documento y reanudó la lectura.

> «IX. Dispongo que mis depositarios paguen a mi hijo Herbert, o Jerome Herbert Middleton, durante toda su vida, la suma de setenta y cinco dólares mensuales.
>
> En testimonio de las nueve cláusulas de mi testamento, firmo éste de mi puño y letra y lo rubrico el 9 de agosto de 1924. —Digby Middlet0n».

Tan rápido fue el final de la lectura del documento, que, mientras Lockwood doblaba la copia y la dejaba a un lado de la mesa, ninguno de los tres hombres que escuchaban pareció darse cuenta del significado del último párrafo, y así se deducía del silencio que siguió. Searles fue, aunque parezca extraño, el primero en reaccionar.

—¡Bueno, Lockwood! —dijo con asombro—. ¿Es posible que sólo haya dejado a su hijo setenta y cinco dólares al mes… de una fortuna de diez millones de dólares, de un patrimonio que produce setecientos cincuenta mil dólares al año?

Lockwood asintió tristemente.

—Puedo asegurarles que hice cuanto pude para persuadirle, primero, de que cambiase esta cláusula, y luego la cifra fijada en ella; pero no me fue posible. Se mantuvo firme en su decisión de que su Herbie —como creo le llamaba— estableciese, con la base de setenta y cinco dólares al mes, una empresa mayor que la que él había creado, fundándose en que él no tenía nada cuando empezó.

Searles movió la cabeza, sin decir nada, y luego dijo:

—Aunque yo no soy más que un representante de la Mid-West Trust Company, que es el Banco depositario en este caso, declaro francamente a todos ustedes que semejante cantidad es absurda.

Se volvió a Jerome Middleton.

—Como es natural, amigo mío, tendrá usted que ser contratado como técnico por la Sociedad por una suma elevada…

—Eso sería —interrumpió Fortescue secamente— una buena, manera de cubrir las apariencias; pero si ustedes recuerdan los términos en que está redactado el testamento, encontrarán un párrafo que expresamente prohíbe hacer eso, y mientras yo sea administrador general no haré nada que pueda constituir una causa legal para que me echen.

En cuanto a Jerome Middleton no dijo nada. Estaba completamente aturdido. Por más que hacía no podía comprender esta asombrosa realidad: que de unos bienes, que apenas hacía media hora le habían informado valían diez veces más de lo que él tenía calculado, iba ahora a recibir sólo una pizca de lo que hubiera podido corresponderle, aun en el caso de que la fortuna fuese la calculada por él. Nunca había tenido mucho dinero en su vida, y ahora…, ahora parecía que iba a continuar en las mismas condiciones. Como a una gran distancia oyó a Lockwood hablar a Searles:

—¿Ha traído usted las gafas de…, de Cagliostro?

Searles sacó de un bolsillo de la chaqueta un estuche de lentes, de forma moderna, pero de un tamaño capaz de contener un par de gafas de concha de biblioteca. Abarcando la ranura por donde se abría había un sencillo sello rojo.

—¿Se refiere usted a esto, Lockwood?

El abogado asintió, e inclinando la cabeza hacia Jerome Middleton, dijo:

_Lamento decirle, Herbert, que éste es su legado; la única parte material de todos los bienes de su padre que puedo entregarle hasta que empiece usted a cobrar su pensión mensual de setenta y cinco dólares. Estas son las gafas mencionadas en la cláusula tercera del testamento de su padre. Cuando le venga bien, puede usted pasar por las oficinas de la Mid-West Trust, aquí abajo, para firmar el

correspondiente recibo.

Las tomó de la mano extendida de Searles y se las entregó al joven.

Éste las cogió como atontado, miró al reluciente estuche y rompió maquinalmente el sello. Al levantar la tapa vio sobre el forro de terciopelo de la caja el par de gafas más feo, incómodo y pesado que hubiera podido imaginar; unas gafas que claramente se advertía pertenecían a tiempos muy lejanos. Los cristales eran oblongos, en vez de redondos, ovalados o de forma de hoja, y de un color azul muy oscuro, como los que usan las personas de ojos enfermos o débiles para resguardarse de los rayos del sol y de la luz del día. No carecían de armadura —pues la tenían—; pero no era de oro ni de plata, ni siquiera de latón, sino que estaba hecha de grueso alambre de plomo, entrelazado y machacado para sostener los cristales. Un par de manecillas del mismo grueso del alambre, unidas a los bordes exteriores de los aros de los cristales por unos sencillos alfileres de plomo dulce, con puntas extendidas, servían para engancharlas en las orejas de quien las usara, y podían doblarse para adaptarlas a un niño, a un adulto y hasta a un animal. Las cogió mecánicamente y las contempló con amargura. Eran pesadas, incómodas, feas y, como sus cristales debían de dar a la luz del día un triste azul sombrío, parecían pregonar a quien las examinase que todo sería tristeza y depresión para aquel en cuya nariz descansasen.

Con el estuche en una mano y las gafas en la otra, Jerome Middleton se sentó, mientras en el silencio de la habitación sonó el tictac de un reloj, como disparos de rifle en un bosque en miniatura. Pero, de repente, se volvió a Fortescue y le dijo con amargura:

—Se me olvidó felicitarle, Fortescue, por el lucrativo nombramiento que yo le negué hace un rato en la estación, y muchas gracias también por su felicitación.

Miró en torno suyo.

—Realmente, caballeros, un par de gafas antiguas contra el sol y setenta y cinco dólares mensuales durante toda mi vida —tratándose de una hacienda que produce 750 000 dólares al año— constituye un trato bien mezquino por parte de mi padre. Nunca pensé que me tratara así.

Frunció los labios.

—¿Acaso alguno de ustedes piensa de otro modo?

Con una mirada de reto, pues era un extranjero en tierra extraña, un recién llegado que estaba a miles de millas del país que para él había sido su patria, fijó su atención en cada una de las otras tres caras.

—Ha sido una cosa injusta —dijo, después de una pausa, el hombrecillo seco que había redactado el testamento—; pero fue su voluntad.

Hizo otra pausa.

—Sí, ha sido una cosa injusta.

Y su voz, al decir esto, parecía sincera.

—Ciertamente, se ha cometido una injusticia con usted, su único hijo —dijo el hombre de buena apariencia cuya Compañía había recibido tal vez uno de los depósitos más lucrativos de los hechos desde su fundación.

Y también su voz, al decir esto, parecía tener el acento de la verdad.

—No está bien —dijo el que había sido nombrado administrador general perpetuo de la hacienda de Middleton, si así lo deseaba, con un sueldo enorme—, y lo deploro de todo corazón.

Pero en esta tercera voz no había la menor nota de sinceridad y simpatía. Su tono no podía ocultar el profundo júbilo que experimentaba.

Así entró Jerome Herbert Middleton en posesión de su herencia.

III. Los caballeros de la Prensa

Era sábado, poco después del mediodía, cuando Jerome Middleton se sentó en la biblioteca de la antigua casa de su padre, situada en Astor Street.

Astor Street era una corta y angosta vía, con solares más estrechos aún, cubiertos de hierba, y severas moradas; una calle casi londinense, por la falta de amplitud que caracteriza a las demás calles de Chicago. Aquí y allí se veía algún árbol; pero no podía haber muchos por falta de espacio donde extender sus ramas. Las fachadas traseras de las casas de la acera oeste de Astor Street casi se juntaban con las de las viviendas de mayores pretensiones, que formaban la Costa de Oro de Chicago, y cuyas fachadas principales daban al bulevar y a las ondulantes aguas del lago Michigan. Sin embargo, en esta pequeña calle, situada exactamente a media manzana de casas al oeste del bulevar, no se oía el incesante zumbido de largas filas de automóviles, y reinaba una atmósfera de aislamiento y tranquilidad absolutos. En efecto: el único detalle que parecía relacionarla con el mundo exterior era la vista —cuando uno salía por el portal del número 1299: el antiguo palacio ocupado durante tanto tiempo por Digby Middleton— del enorme costado de una casa de alquiler, de ladrillo rojo, cuya fachada principal daba a Burton Place, y que en aquella pared lateral, que daba a un solar y carecía de ventanas, tenía un fondo negro, sobre el cual se destacaba, en grandes letras blancas, el anuncio al mundo del extraordinario tónico Lotsapep.

Hacía dos días que Jerry Middleton había estado en la

oficina de Lockwood y oído leer el testamento que no sólo le privaba de toda oportunidad de entrar en este negocio, que tan provechoso fue para su padre, sino que le dejaba por toda herencia sólo una milésima parte de la renta de su hacienda. La amargura que sintió al principio iba ya cediendo, y a ello contribuía la carta de Pamela que había recibido aquella mañana.

Se sentó, con la misiva sobre las rodillas, y por décima vez leyó la fina escritura que adornaba la superficie azulada del papel. Decía así:

> «Mi querido Jerome:
> Cuando esta carta llegue a tus manos, mamá y yo estaremos de nuevo en Chicago, pues saldremos casi al mismo tiempo que el correo que la lleva. Sentimos en el alma, querido, no haber podido hacer contigo el viaje desde San Francisco, después de haber estado juntos durante treinta días de travesía del Pacífico; pero como ya te expliqué al despedirnos, una vez que vamos a casarnos, será ésta, probablemente, la última vez que mamá y yo tengamos ocasión de visitar a nuestra tía abuela, que vive en esta apartada ciudad del Oeste. Esperamos estar en ésa el sábado, a las diez de la mañana, y te iré a buscar a las dos de la tarde. ¡Qué felices vamos a ser tú y yo! ¿Verdad?
>
> Tuya, con profundo y eterno cariño, Pamela».

Con la carta en la mano, Jerome Middleton se reclinó en un sillón de la antigua y curiosa biblioteca que había pertenecido a su padre. Sus paredes estaban cubiertas de centenares de libros, desde los más frívolos a los de ciencia más profunda, y adornadas con curiosidades y objetos antiguos, desde el erizo de mar estrellado hasta las armas más extrañas de la India. Jerome se puso a pensar en Pamela

Martindale.

Él no estaba enamorado de Pamela; pero no lo sabía. Le gustó muchísimo desde que la vio por primera vez a bordo del «Polynesyan», sin saber que otros muchos como él se habían quedado prendados de aquella muchacha de cabellos de oro, que pertenecía a una de las más antiguas y aristocráticas familias de Chicago. Y ahora que la aventura había culminado en un compromiso de matrimonio, sabía que, como esposo suyo, estaría orgulloso de ella a todas horas, todos los días y en todas partes, en cualquiera circunstancia. Y siendo esto así, sabía —o creía saber— que no cabía la menor duda de que sería feliz con ella. Los dos eran jóvenes, y juntos no había nada en el mundo que se les resistiese.

Había, sin embargo, un factor inquietante en su falso cariño por Pamela Martindale, pues allá, en lo más recóndito de su memoria, había algo que a veces le hacía dudar hasta de su capacidad de saber cuándo amaba; algo que no era más que el vago recuerdo de una dulce voz y de un par de labios cálidos, que, por un efímero instante, estuvieron unidos a los suyos; pero sin que hubiera visto nunca la cara de aquella a quien esos labios pertenecían. Y a causa de la misma vaguedad de este recuerdo, siempre podía apartarlo de su mente cuando se hacía demasiado enfadoso. Pamela Martindale era real; mientras que la otra era fantástica, fugaz, como una sombra. Pamela había entrado en su vida en un momento en que cruzaba el mundo hacia un país extraño, en que el único hombre que estaba emparentado con él yacía muerto y silencioso en una tumba, y él se sentía como un barco sin timón, para el cual el ancla corpórea de ser el marido de esta muchacha de cabellos de oro representaba la salvación.

Si hubiese tenido el don de ver y oír a través de las puertas cerradas, la noche en que, a bordo del «Polynesyan», donde por primera vez vio a Pamela Martindale, le preguntó, tras una impetuosa declaración de amor, si quería ser su mujer, y

recibió de ella la promesa de contestarle a la mañana siguiente, podría haber asistido a una elocuente escena en el camarote ocupado por la belleza rubia y su madre, viuda, de pelo blanco y ojos grises, astutos y calculadores.

—¡Mamá!, me ha pedido en matrimonio esta noche —dijo la joven—, y le he prometido contestarle mañana. ¿Qué debo hacer, mamá?

—¿Estás segura, hija —contestó la viuda cautamente— de que Carleton Van Ware pedirá tu mano a tu regreso de Australia? Acuérdate, hija mía, de que los Ware son una familia distinguida, y de que Carleton Van Ware posee por sí solo un millón de dólares.

—¡Pobre Carleton Van Ware! —respondió la joven—. Lo he tenido a mis pies como un perro. Ya sabes, mamá, que no ha dejado ningún día de escribirme o cablegrafiarme desde que emprendimos nuestro viaje a Australia, y en todas sus cartas alude claramente a la pregunta que va a hacerme a mi regreso. No, mamá, no hay duda; su millón es mío por derivación. Pero ahora…

Y los ojos azules de Pamela brillaron con la extraña luz de quien ve cosas más grandes que un millón.

La anciana, con sus astutos ojos medio cerrados, reflexionó:

—Bueno, querida; a ti te corresponde elegir entre esos dos hombres. Yo he hecho lo que ninguna otra mujer para ponerte en condiciones de rehacer la fortuna de la familia. Tu querido padre, como sabes muy bien, no nos dejó mucho más que una honorable posición en la sociedad de Chicago y la antigua casa. Yo economicé y ahorré más de lo que tú puedas haber imaginado para enviarte a Newport y a las escuelas superiores a que has asistido, y después de todos mis esfuerzos para ponerte en condiciones de atrapar el corazón de un millonario tropiezas, aunque parezca extraño, con un multimillonario al regreso de nuestro corto viaje de negocios a Australia. Empleo este término, hija mía, porque he hecho conocimiento a bordo de este navío con un caballero que conoció personalmente al

padre del joven Middleton, y estaba muy enterado de sus asuntos. No te había dicho nada todavía para que no te pusieras nerviosa, ya que estabas cumpliendo, tan bien tu cometido; pero, Pamela, el padre de tu probable prometido tenía una fortuna de ocho a diez millones de dólares.

Alzó una mano enjoyada y suspiró.

—Ejercía una profesión muy reprobable, es cierto: la de fabricante de específicos; pero también tu padre ganó el dinero con una ocupación relacionada con los ganados.

Abandonó este tema como se desecha un mal pensamiento, y prosiguió:

—Ahora, hija mía, si él se te ha declarado, me parece que tu línea de conducta es clara. No estás enamorada de Carleton Van Ware, gracias a Dios, pues ya creo haberte explicado suficientemente que en estos tiempos el amor es efímero y el dinero lo es todo. Carleton Van Ware hubiese sido un buen partido si no se hubiese presentado este nuevo hallazgo; pero no es más que millonario, mientras que este muchacho es el único heredero de toda la fortuna de Middleton, y va ahora camino de su casa, donde, cuando se lea el testamento de su padre, será dueño de diez millones. Se me figura que no se da cuenta del volumen de la riqueza de su padre.

—Seguramente, no —respondió la muchacha—. Me parece que está en ayunas de todas esas cosas que tú ya conoces tan bien, aunque ello debe de obedecer a que siempre ha estado en Australia. ¿No te parece extraño que el señor Middleton haya tenido a su hijo único a tantas millas de distancia?

—En cierto modo, sí, y en cierto modo, no. Conocí una vez a un caballero muy parecido que tuvo a su hijo en Londres toda su vida, sencillamente a causa de los modales groseros de esta parte del globo. De este modo, el joven pudo frecuentar la mejor sociedad y formarse una educación en consonancia con su riqueza y posición.

—Pero, mamá, en este caso no puede haber sido esa la razón, pues Australia ha sido siempre un país tan tosco…, tan

rudo… y tan mal educado como el nuestro. Yo siempre me lo represento como una tierra de pastores y de gente zafia, que dice lo que piensa.

Su madre sonrió.

—Hija mía, te queda aún mucho por aprender…; pero creo que has aprendido, al menos, la lección más importante que la vida puede ofrecer: casarte por dinero; cuanto más, mejor. El dinero es absolutamente la única cosa que cuenta en la vida.

Hizo una pausa.

—¿Te ha parecido que causara impresión en el señor Middleton el saber que perteneces a la buena sociedad de Chicago?

—No creo —contestó la joven moviendo la cabeza— que eso le importe mucho, mamá. Aunque parezca bastante extraño, creo que lo único que le interesa de mí soy yo misma.

Sin darse cuenta se había colocado delante del alto espejo fijado en la pared del camarote, y, al advertirlo, se atusó uno de sus rizos de oro y luego añadió:

—Tal vez le haya atraído mi belleza, mamá.

—Eres muy guapa, Pamela —le respondió su madre—. Una muñeca de oro.

Durante un momento no habló ninguna de las dos mujeres. La joven se había quedado pensativa, y al cabo de un rato habló:

—Bueno, mamá; estoy decidida. En realidad, me había ya decidido cuando se me declaró. Carleton sería un marido fastidioso, aun con su millón, y, en cambio, este muchacho es interesante, y lo será todavía más con los diez millones de su padre. ¡Oh! Piensa en las cosas que podremos hacer con ese dinero. Tal vez vayamos a Londres para vivir allí; acaso adoptemos la nacionalidad inglesa y fijemos allí para siempre nuestra residencia; porque Jerome tendría que nacionalizarse inglés, ya que nació en América, como sabes, mamá.

—Bien, hija mía —respondió la madre—; veo que obras cuerdamente. Entre Carleton y este hombre, yo no hubiera

intentado torcer tu voluntad si hubieses preferido el uno al otro. Así, nada tengo que decirte, mientras te cases con una fortuna. Te felicito, hija mía, porque este hombre es la oportunidad que sólo se presenta una vez en la vida. Es joven e inocente, mientras que el pobre Carleton está más o menos maleado con sus locas aventuras. Como madre, estoy encantada de que hagas el mejor negocio posible.

Y así, las dos mujeres, con la cabeza llena de ilusiones, se fueron a acostar, mientras él, Jerome Middleton, paseaba sobre cubierta, con el sorprendente convencimiento de que había llegado a un punto de su vida en que iba a tomar esposa, pues el rostro ruboroso de Pamela le había revelado claramente cuál iba a ser su respuesta al día siguiente. Y se sentía un poco aturdido al darse cuenta de ello.

Todo ocurrió como lo había pensado. A la noche siguiente, en un apartado rincón de la cubierta alta, la muchacha de los cabellos de oro le había, dicho que con mucho gusto sería la señora de Jerome Herbert Middleton, y al separarse de ella esa noche había bajado radiante de júbilo al salón de fumar del barco, donde el judío bajito, vendedor de joyas, que también regresaba de Australia y que hablaba tanto y tan alto todas las noches en la mesa, estaba sentando cátedra acerca de las clases de diamantes. Se fue con él a su camarote, y con los últimos 300 dólares que le quedaban del dinero que le habían girado de América le compró un hermoso y refulgente diamante de quilate y medio, sin tacha, inmaculado, con irisaciones azules y blancas, engastado en una sortija del más puro platino, que a la noche siguiente, cuando la luna se hundía serenamente en las ondulantes aguas del Pacífico, colocó en el dedo anular de Pamela, mientras le decía riendo:

—Este, amor mío, no es más que el primero de una larga serie de diamantes: uno por cada año venidero de nuestra felicidad.

Tal había sido el extraño noviazgo de Jerome Middleton; pero aun antes de que hubiera terminado la noche en que

había sellado su compromiso y de haberse quedado profundamente dormido en su camarote, en paz con el mundo, el anuncio de aquel compromiso estaba ya —sin que él lo supiera— camino de Chicago, lugar de su futura residencia, enviado por la madre de Pamela Martindale por las ondas etéreas a San Francisco, y desde allí, por telégrafo, a la sección de sociedad de los periódicos de Chicago; anuncio que, aunque envuelto en los términos moderados de las noticias de sociedad, contenía el aviso a las mamás de: «¡Manos arriba! ¡Nos pertenece!».

Pero ahora, sentado en el que fue hogar de su padre, fue interrumpido en el arrobamiento en que le sumían aquellos agradables incidentes de la travesía del Pacífico —por lo menos la parte de ellos que el Destino y la señora Sarah Martindale le habían permitido conocer— por el Tío Jed, el viejo criado negro, encorvado, de lanoso pelo, que con Cristina Nelson, una sueca rolliza, componían la pareja de criados que estaba al servicio de la casa, y que él, al parecer, había heredado.

—Perdone, señor; pero el señor Lockwood le llama por teléfono.

Siempre fino, siempre cortés, el Tío led se retiró.

Middleton se dirigió al teléfono instalado en el pasillo, en una pequeña hornacina. Andrew Lockwood estaba, en efecto, al aparato, y el débil tono de su voz revelaba el anciano falto de salud, que un día no lejano sería arrebatado por alguna cruel corriente de aire.

—¿Herber? —preguntó, y al oír el saludo de Jerome Middleton prosiguió—: Le llamaba a usted, amigo mío, para decirle que anoche se presentó el testamento de su padre al tribunal correspondiente para la prueba legal de su autenticidad y advertirle que ahora vive usted en el país de la publicidad, y que, tan pronto como el empleado del Registro vea el documento para darle entrada, avisará a algunos periodistas amigos suyos y aparecerán en los diarios las

disposiciones testamentarias. Prepárese, pues, a sufrir la molestia, el asedio abrumador de los reporteros; y me permito aconsejarle que los reciba usted, pues de otro modo no le dejarían nunca tranquilo.

—Ya —respondió Middleton, tratando de comprender esta fase de su nueva vida, y añadió—: Muy bien; seguiré su consejo.

—¿Qué tal le va? —preguntó Lockwood solícito.

—Perfectamente —respondió el joven—. Me dedico a ver la ciudad, y trato de americanizarme lo antes posible. También leo los anuncios de los periódicos, pues necesito encontrar una colocación. No puedo estar ocioso siempre.

—Es una lástima que no pueda usted trabajar en los negocios de su padre; pero…

—Pero —interrumpió Middleton, riendo sin alegría su testamento lo dispone así, y allí está Fortescue, como buen bulldog, para conservar su empleo de 50 000 dólares, oponiéndose a que yo me coloque. Esto no quiere decir que le censure. Bien, señor Lockwood; esperaré el torrente de periodistas y seguiré su consejo de recibirlos para acabar pronto.

Colgó el auricular, y como ya era cerca de la una, se dispuso a vestirse para ir a visitar a la mujer con quien había de pasar la vida. Una vez que se puso el otro traje —pues sólo había traído dos de la otra parte del mundo— se miró al espejo, mientras se preguntaba si con aquella chaqueta y aquellos pantalones del más pronunciado corte inglés, que le había hecho un sastre de Melbourne; sus guantes, su bastón y su sombrero hongo, de una forma que aún no había visto en las calles de Chicago, no ofrecería alguna anomalía de indumentaria en esta tierra adonde había venido a vivir para siempre.

Pero luego pensó que con un ingreso de ¡setenta y cinco dólares al mes!, tendría que pasar algún tiempo antes que pudiera desechar aquellos trajes, que le costaron 15 libras

cada uno y sustituirlos por otros de hechura americana.

Apenas había acabado de vestirse y de contemplarse en el espejo, sonó un fuerte y largo timbrazo. El Tío Jed apareció de nuevo en la biblioteca con una expresión de contrariedad en su negro semblante.

—Perdone, señor Jerome; pero ha venido un caballero, mejor dicho, dos, y uno trae una cámara fotográfica. Parecen periodistas. Me han dado estas dos tarjetas, y ninguno quiere separarse del otro.

Middleton dio un vistazo a las dos tarjetas que el Tío Jed llevaba, como es de rigor, en una bandeja de plata:

Una de ellas decía:

HARRY G. GILFOIL
The Chicago Morning Despatch

La otra contenía estas palabras:

PHILLIP T. KROP
del
Inter-Continental News Service

Hizo un gesto de contrariedad; luego se volvió hacia el servidor negro:

—Que pasen, Tío Jed; y si vienen más caballeros de la Prensa, páselos también.

Harry G. Gilfoil, del Chicago Morning Despatch, era un joven de aspecto vivaracho, con un sombrero flexible negro. Era el prototipo del periodista, el cazador de noticias, que con la misma tranquilidad que se subiría a la ventana de un segundo piso para sacar una fotografía necesaria, rodaría metido en un barril por una pronunciada pendiente para hacer un relato de sus emociones en un número dominical. Su compañero era de más edad, y llevaba colgada del hombro una enorme máquina fotográfica con sus bártulos. Gilfoil avanzó cordialmente.

—Bien venido a nuestras tierras, señor Middleton. Me llamo Gilfoil y represento al Despatch. Este es el señor Krop. Los dos somos madrugadores y…

En este momento volvió a sonar el timbre de la puerta y se oyó el ruido de un «taxi» que se alejaba de la casa. Gilfoil miró a Krop y Krop miró a Gilfoil. Los dos movieron la cabeza, divertidos.

—Ya no hay madrugadores en este oficio —observó secamente el hombre de la cámara.

Apareció el Tío Jed:

—Hay más periodistas —dijo, husmeando a los visitantes —. Dos de ellos han venido juntos en un «taxi», y cuando estaba tomando sus nombres ha llegado otro en una moto. Todos están en el vestíbulo.

—Que pasen —ordenó Middleton con aspereza.

Y mientras Gilfoil y Krop tamborileaban, inquietos con sus dedos en los brazos de los sillones que habían ocupado, otros tres jóvenes, dos de ellos con cámaras fotográficas, entraron en la habitación, conducidos por el Tío Jed.

—Aquí está Ramsey…, y Leahy, y Burke —dijo el estupefacto Gilfoil—. Veo que no perdéis el tiempo.

Se volvió a Middleton.

—Señor Middleton, aquí tiene usted a toda la Prensa. Este es George Ramsey, del *Morning Times* —dijo señalando a un individuo de pelo rojo y abierta sonrisa—, y este es Dan Leahy, del *Scimitar*, periódico de la noche.

El señor Leahy era un hombre grueso, mucho mayor que los otros, y llevaba un clavel blanco en el ojal.

—Y éste es Teddy Burke, que consiguió hacer una interviú a Danton, el primer ministro de Australia, su tierra, cuando estuvo aquí hace dos años. Teddy es uno de nuestros primeros periodistas, ¿verdad, Teddy? Sin él, el *Evenin Courier* no podría existir, ¿verdad, Teddy? Observe usted que lleva el distintivo oficial del periodismo.

Y al señalar a la chalina negra de Burke éste se puso

colorado.

Middleton se dio cuenta, con cierta sorpresa, de que sentía simpatía por estos joviales chicos de la Prensa, e invitó a los tres recién llegados a tomar asiento.

—Mucho gusto en conocerles —dijo pausadamente—. Tengan la bondad de sentarse. Mi abogado, mejor dicho, el abogado de mi padre, me anunció que probablemente recibiría la visita de ustedes, una vez probada legalmente la autenticidad del testamento. Bueno, ya están ustedes juntos; empecemos.

Dos de los reporteros sacaron unos cuadernos de notas indiscernibles. Burke, el de la chalina negra, se sacó el puño de la camisa y puso sobre él un lápiz con su mano libre, mientras Gilfoil parecía tomar sólo notas mentales, que retenía cerrando los ojos.

—¿Qué desean ustedes preguntarme? —dijo Middleton.

—Bien por el señor Middleton, de Australia —dijo Ramsey, el del pelo rojo, representante del *Morning Times*—; aunque si todos fueran como usted, señor Middleton, nos quedábamos sin trabajo.

Siguió un silencio y luego Gilfoil encauzó el reportaje haciendo esta observación a los demás:

—Compañeros: todos vosotros buscáis la misma información que yo; así es que, si os parece, procederé a hacer unas cuantas preguntas al señor Middleton, y si alguno quiere saber más, que lo diga. En cuanto a los fotógrafos, tendremos que separarlos o echar a suertes. ¿Os parece bien?

Varios gestos de asentimiento demostraban que el plan era del agrado de los demás periodistas.

—Señor Middleton —comenzó Gilfoil, volviéndose hacia aquél—, refiriéndonos al testamento de su padre, ¿cómo se explica usted que le haya desheredado, dejándole sólo una pequeña pensión vitalicia?

Middleton movió la cabeza.

—No puedo explicármelo.

—Su fortuna se calcula en unos diez millones, ¿no?

—Eso me han dicho —respondió el otro lacónicamente.

—Usted ha vivido siempre en Australia, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué razón había para esto, si puede saberse?

Todos aguardaron con gran atención la respuesta de Middleton.

—Parece que ése era el deseo de mi padre. Pero pueden ustedes hacer las deducciones que quieran, como yo las he hecho.

—Ya —dijo Gilfoil, y tras una pausa añadió—: ¿Le parece a usted bien el nombramiento de Luther Fortescue, el que fue secretario de su padre, para administrador general de la hacienda?

—Creo —dijo Middleton que, según pueden ver en el testamento, no se me permitía opinar sobre ese asunto. El señor Fortescue era el hombre adecuado, a juicio de mi padre, que fue quien hizo el testamento, y me parece que eso es suficiente.

—¿Cree usted que recibe un sueldo excesivo? —preguntó Ramsey, el otro reportero del pelo rojo.

—He oído decir que 50 000 dólares no es un sueldo desproporcionado para un administrador que tiene a su cargo grandes propiedades. Supongo que, contando con buenos auxiliares, no tendrá mucho trabajo, pero sí responsabilidad. De todas maneras, a mí me da lo mismo que su sueldo sea de un millón o de mil dólares al año, pues la cantidad que me ha sido fijada representa, según mis cálculos, aproximadamente el interés de 15 000 dólares.

Dan Leahy, el voluminoso reportero del clavel blanco en el ojal, hizo una pregunta al llegar a este punto:

—¿Piensa usted impugnar el testamento, señor Middleton?

—Voy a hacerle yo a mi vez una pregunta —dijo Middleton—: ¿Cuál ha sido en este país el resultado de haber pretendido anular un testamento en el que hubiera una cláusula, como la

hay en éste, según la cual el que lo impugnara perdería todos los derechos que le otorgase el documento?

—Verá usted —respondió Leahy—; se ha conseguido su anulación cuando se ha demostrado que el testador tenía perturbadas sus facultades mentales; pero cuando esto no se ha podido demostrar, el impugnador ha perdido, generalmente, todo lo que se le legaba.

—Pues entonces estimo que esto responde a su pregunta —contestó Jerome Middleton—. Hay mucha gente que puede atestiguar que mi padre estaba en su completo sano juicio…, y para serle a usted franco, yo no estoy por perder la pitanza de setenta y cinco dólares mensuales que se me ha legado. Voy a casarme, y con eso puedo cerrar la puerta al hambre, o, por lo menos, dejarla en el umbral.

—Va usted a contraer matrimonio con la señorita Pamela Martindale, ¿no? —dijo Gilfoil, que estaba al corriente de las noticias del día. El anuncio de la boda fue cablegrafiado a mi periódico hace unos diez días.

Middleton asintió, un poco a regañadientes. Era esta la segunda vez que se enteraba por personas extrañas de que su compromiso matrimonial era del dominio público. Pero si la primera le había molestado, ahora que se iba dando cuenta de que esto era costumbre, y siendo el hecho lisonjero para él, comenzó a sentirse un poco halagado.

—¿Cree usted que el señor Fortescue atestiguaría que su padre estaba perturbado? —Fue Krop, el hombre cuyo único cometido era sacar fotografías, quien hizo esta pregunta.

Middleton se rió.

—No; todo lo contrario.

—Claro; tiene un convencimiento de 50 000 dólares —dijo Krop secamente.

Middleton sonrió.

—Tal vez. Pero, en honor a la verdad, yo no tengo motivos para creer que mi padre no estuviera completamente sano de espíritu.

El joven de la chalina negra hizo esta pregunta:

—Respecto a esos veintidós solares que ha dejado para que usted elija uno cuando se case, ¿es que usted y la señorita Martindale piensan edificar?

—¡Oh, amigos! —empezó a decir Middleton—. Les agradecería que no se mezclasen en mis asuntos personales.

—Eso te está bien contestado, Teddy —dijo uno de los otros.

—¿Por qué? Es una pregunta lícita —afirmó Teddy Burke —. Perfectamente lícita e insisto en ella. ¿Ha resuelto usted cuál de los veintidós va a elegir?

Comprendiendo Middleton que era difícil persistir en su actitud, dijo:

—No, no lo he decidido aún. Ni siquiera he ido a ver en qué sitio están. No sé si están en el barrio chino o en otra parte. Si se puede levantar una casita modesta, pagarla en plazos mensuales de setenta y cinco dólares y no dar nada de momento, elegiré uno. ¿Está contestada su pregunta?

—Completamente.

Gilfoil tomó de nuevo la palabra:

—Todos estamos muy interesados en la cuestión de esas gafas que su padre encontró en Austria, y que, según se dice, pertenecieron al conde Cagliostro, en el siglo XVIII. Y esto trae a colación la deuda de honor a que su padre se refiere. ¿Va usted a pagar esa deuda?

—Si he de decirle la verdad, todavía no estoy decidido — declaró Middleton—. Estoy aún tratando de reponerme del golpe de haber sido desheredado y de no contar más que con esa pensión.

—¿Qué le hizo a su padre poner en su testamento esa frase irónica de «un joven bien parecido, que ha contribuido tan generosamente a aumentar los ingresos de los fotógrafos de Australia»? —preguntó Leahy, el del clavel, con curiosidad.

Middleton parecía un poco amargado.

—Eso fue una injusta interpretación suya de mis propósitos

—declaró con vehemencia—. Reconozco que por espacio de años le envié instantáneas y retratos míos con mucha frecuencia; pero yo lo hacía solamente para que me tuviera consigo en efigie, ya que no en persona. Él, sin embargo, dio a esto una interpretación equivocada, y lo achacó a vanidad. Les aseguro, señores, que eso me ha causado un gran dolor.

No se hizo ningún comentario a la explicación de Middleton, y el silencio que siguió a sus palabras fue roto por Gilfoil, que preguntó:

—¿Insiste Fortescue, que es quien hizo la apuesta con su padre, en que lleve usted puestas las gafas?

—Al contrario —dijo Jerome Middleton, moviendo la cabeza—; me ha aconsejado que no conceda la menor atención a esa parte del testamento, y dice que de ninguna manera quiere hacérmela cumplir. Por consiguiente, aquí me tienen ustedes ante el problema de respetar o no los deseos de mi padre.

—Esas gafas fueron la única parte material que usted recibió de su fortuna, ¿verdad?

—Así parece. Es lo único que ha venido directamente a mis manos.

—¿Se pueden ver? —preguntó George Ramsey, el del pelo rojo y abierta sonrisa.

Middleton se levantó del sillón lanzando un suspiro. Sabía que también tenía que pasar por esto. Se dirigió a una mesa, de uno de cuyos cajones sacó el estuche que encerraba su legado, y lo abrió. Todos los periodistas se pusieron en pie y le rodearon. No cabía duda de que esto es lo que más les interesaba. Las gafas, con los pasadores de plomo que sujetaban las pesadas manecillas a la asimismo pesada armadura, y con sus oblongos cristales azules, pasaron de mano en mano, y cada uno, al cogerlas, movía la cabeza y sonreía burlonamente. Krop, el fotógrafo del Inter-Continental News Service, fue el primero en apartar la vista de ellas.

—Quiero hacerle unas fotos, señor Middleton —dijo—.

Especialmente una de las gafas, enfocada muy de cerca.

—Propongo una cosa mejor —dijo Gilfoil—; deje usted, señor Middleton, que Krop le haga una foto suya, con ese traje inglés, el sombrero hongo, el bastón y los guantes, como si fuera a salir a la calle, y luego otra foto con el mismo traje, pero con las gafas puestas. —Se volvió a Krop—. Derechos exclusivos para el *Despatch*, Krop.

—¡Alto ahí! —protestó Middleton—. Yo les permito que vengan aquí a hacerme una interviú, pero no me presto a hacer una película.

—No se trata de una película, señor Middleton —observó, sonriendo, Gilfoil.

El fotógrafo del Inter-Continental News Service estaba ya montando la máquina sobre un trípode, en un ángulo de la habitación.

—Esta es una de las informaciones del día, y no tiene usted que molestarse lo más mínimo. Lo único que se necesita es que se esté usted quieto un instante.

Middleton, suspirando y preguntándose hasta qué punto tenía uno que acceder a los deseos de estos jóvenes de la Prensa, hambrientos de noticias, se dispuso a que lo retrataran, vestido para salir a la calle, con el bastón en la mano, el sombrero puesto y la chaqueta abrochada, y luego repetir la misma fotografía, pero con las horrorosas gafas puestas. Como Ramsey, el del pelo rojo, y Burke, el de la chalina negra, llevaban también cámaras, repitieron ambos esta extraña foto. El primero retrató de cerca la cara de Middleton, con y sin gafas, y el segundo le hizo dos retratos de busto, en la misma forma. Luego se sacaron fotos de los anteojos; una de ellas enfocada desde muy cerca por Krop. Le llegó después el turno a la biblioteca, por lo menos al rincón más interesante, y como la nube de humo del magnesio saliera al vestíbulo, el viejo Tío Jed asomó la cabeza, con gesto de desaprobación. Después de lo que parecía una verdadera batería de fogonazos y una descarga de chasquidos de cierres

de cámaras, éstas fueron desmontadas, y los hombres, después de mirar a sus relojes, se dispusieron a irse con esa cosa valiosa que se llama noticia que habían ido a buscar.

—¿Ven los administradores de la hacienda —preguntó Leahy, el del clavel blanco, preparando su cuaderno de notas — algún medio de incumplir esa disposición de que no pueda empleársele a usted en los negocios de Middleton?

—El testamento es terminante en ese punto —dijo la víctima de tal documento—. No me quedan ni más ni menos que los setenta y cinco dólares mensuales.

—¡Ojalá me asegurasen a mí eso para toda la vida! —dijo Teddy Burke—. Si yo tuviese la seguridad de poder comer todos los días y tener casa, dejaría este oficio y me dedicaría a algo independiente.

—Pero —objetó Ramsey, el del pelo rojo— si de diez millones de dólares no te dejasen más que eso, Ted, estarías loco de rabia. Acuérdate de cuando aquella tía solterona que tenías no te legó más que mil dólares en su testamento y dejó los otros cuatro mil que tenía a un albergue de gatos —el que así hablaba se volvió hacia Middleton y siguió diciendo—: Ted Burke, aquí presente, demostró entonces con qué rapidez puede un hombre beberse mil dólares. Se los bebió en treinta días, ¿verdad, Ted?

—Gracias a la sed que teníais la mayoría de vosotros, sí —respondió Burke.

Una risa general acogió la bufonada de Ted Burke, y los reporteros se dispusieron a marcharse. Estrecharon la mano de Middleton; uno le dio una palmadita en la espalda, y, después de coger cada uno un buen cigarro de una caja que quedaba en la biblioteca, y que Middleton les ofreció cortésmente, salieron plenamente satisfechos. Aunque Middleton no se diera cuenta, se había granjeado la amistad de la Prensa americana.

Miró al reloj, cuyo tictac continuaba en una pared de la biblioteca. Eran las dos menos veinte. Avisó por teléfono un

«taxi», y luego cogió el sombrero, los guantes y el bastón; esta vez no para fines fotográficos, sino para algo real. Había llegado la hora de ver a la mujer que le había dado su amor, y se sentía extraña y profundamente feliz al pensar que iba a verla, pues aunque sólo hacía cuatro días que desembarcó en América, le pesaba ya la soledad. Llegó el «taxi» y después de dar al «chauffeur» las señas que ella le había dado en el Pacífico, se arrellanó en el asiento lleno de alegría.

IV. La muchacha de los cabellos de oro

Union Park, en cuyo lado oeste se hallaba la casa solariega de los Martindale, era un pequeño parque, de una extensión de dos plazas de ciudad empalmadas, situado en la parte occidental de Chicago. Aunque Middleton no estaba familiarizado con esta gigantesca metrópoli, que, más de una vez, había oído designar con el nombre de «Londres del Oeste», pudo advertir sin dificultad que estaba emplazado en una parte de la ciudad que, en otro tiempo, quizá dos décadas atrás, había sido un barrio muy aristocrático, pero que ahora había perdido su antiguo esplendor.

Un bulevar serpenteaba graciosamente en curvas sinuosas a través de Union Square, y aquí y allí, sobre la verde alfombra del pequeño parque, se alzaban estatuas, cubiertas por la pátina del tiempo, que representaban, al parecer, personajes civiles convertidos en polvo hacía largos años. Pequeños macizos circulares llenaban el parque de color, y en el extremo del lado oeste una iglesia gigantesca, cuya aguja dominaba toda la región, contemplaba paternalmente estatuas, bancos, jardín y bulevar.

La linea de casas frente a la cual paró el «taxi» la formaban edificios antiguos, que comprendían mansiones dobles, con escalinatas y gruesas balaustradas de piedra, con otras balaustradas semejantes que separaban las dos alas de cada casa. Sus pequeños jardines estaban resguardados por cercas de piedras, blanqueadas por los soles de muchos veranos y las heladas de muchos inviernos. En lo único que difería el palacio de Martindale de los demás era en que en su gran

ventanal de delante, con sus curvos cristales, no se veía el anuncio de «Se alquilan habitaciones». Se alzaba en un solar más extenso, tenía un jardín lateral y un paseo de coches mal cuidados, y no era doble. Pero tenía también su escalinata y su cerca de piedra, y en sus pisos superiores había igualmente innumerables ventanas con remates semicirculares.

Despidió el «taxi», subió por la escalinata y llamó al timbre. Una doncella de cofia blanca, que por la manera de recibirle parecía, en cierto modo, un poco novata en su oficio, respondió a su llamada y le pasó a la sala. Mientras iba a dar cuenta a su señora de su llegada, él examinó el anticuado mobiliario de la estancia. Era una sala que debía de haber visto muchas fiestas de sociedad en tiempos pasados. Una araña gigantesca, de la que pendían cientos de colgantes de cristal, y que todavía conservaba mecheros de gas en vez de bombillas eléctricas, estaba majestuosamente suspendida del techo, que era muy alto y de tintes delicados. Las paredes estaban vestidas con rico papel adamascado gris oscuro, en el que se apuntaba una levísima sugerencia de rosa. Los muebles eran más bien ligeros y las sillas estaban tapizadas. Al sentarse en una de ellas observó que un pequeño roto había sido remendado por una mano maestra; pero no se imaginaba que ésta hubiese sido la de su futura suegra. Todo estaba limpio, sin una mancha, y tenía un aspecto de rígida severidad, reveladora de que los habitantes de la casa no se habían desviado ni un ápice de las costumbres sociales de una generación pasada.

Llevaba esperando cinco minutos cuando entró Pamela en la habitación, y con un grito de gatita se arrojó en sus brazos. Él la estrechó en ellos con cierta presión y miró complacido a aquel ser con quien iba a casarse. Aunque no llegaba a su estatura, era, sin embargo, alta, majestuosa; las ventanas trémulas de su nariz acusaban aristocracia de pura raza; la suave blancura de su piel revelaba que nunca había estado expuesta a los vientos borrascosos ni a los ardores del sol; su

pelo, artísticamente peinado, daba la impresión de estar formado por espirales de oro soldadas por algún maestro artífice, y sus grandes ojos, que ahora miraban a los suyos, eran lagunas del más puro azul, inocentes, ingenuos. Iba vestida con un traje gris bien sentado, zapatos de cabritilla del mismo color y medias de seda también grises.

—¡Amor mío! ¡Amor mío! —susurró a su oído—. ¡Cuánto me alegra verte! Me parece que hace un siglo que nos separamos en San Francisco.

—Yo también estoy muy contento —dijo él, gozoso—, por que aquí soy un extraño.

Ella le rozó la mejilla con un beso, que parecía como el contacto pasajero de un amor frío, cristalizado. Esto le hizo recordar otro beso: el de aquella mujer a quien no había visto nunca. Pero aquel otro beso y aquel otro episodio los borró rápidamente de su espíritu, ahora que tendía sus brazos a esta muchacha de dorados cabellos, y se recreaba plenamente en su belleza, que era la de una exquisita muñeca.

—¿Y qué? —preguntó él—. ¿Visteis a vuestra tía? ¿Estaba bien?

Ella asintió y le condujo a un diván de época victoriana, donde se sentaron.

—Sí, y fue una suerte, porque cuando nos casemos no tendremos quizá tiempo de hacer un viaje tan largo.

—Probablemente —dijo con acento triste—, pues tendré que trabajar.

Ella se sonrió:

—No gastes bromas, querido. Los negocios de Middleton pueden ir prósperamente sin tu ayuda.

Él rió amargamente:

—Sí, con la ayuda de administradores generales y de otros empleados. No me necesitarán.

Ella palmoteó:

—Eso, eso; no te necesitarán.

Jerome se inclinó y besó el lóbulo de su oreja, como por un

repentino impulso que no pudiera contener. Luego sacó del bolsillo el estuche que encerraba las gafas de Joseph Balsamo, más conocido en la historia con el nombre de conde Cagliostro, y, abriéndolo, se las mostró:

—¿Qué te parecería tu marido con un par de cristales como éstos? —le preguntó con curiosidad.

Ella se quedó boquiabierta:

—¿Dónde demonio has encontrado ese par de anteojos contra el sol?

—Verás —empezó a decir con calma—: En cuanto llegué aquí se me leyó el testamento de mi padre, y en él me deja el encargo de pagar cierta deuda de honor relacionada con una apuesta que hizo en vida. En resumidas cuentas: que por espacio de un año tengo que llevar estas gafas durante las horas que esté despierto, y en todas partes. ¿Crees que dejarás de quererme si pago esta deuda?

Su pregunta tenía más tono de burla que de interrogación. Ella se puso seria un momento, y luego rompió a reír alegremente:

—¡Oh, no! ¡Nada de eso!

Volvió a ponerse seria y le preguntó:

—¿Pero es que te estás burlando de mí? ¿Te impuso realmente tu padre el pago de esa deuda?

—Sí —contestó, asintiendo con la cabeza.

—Los padres son seres extraños. El mío impuso a mamá algunas restricciones en cuanto al disfrute de los bienes que le dejó, y la pobre no ha podido hacer muchas cosas que hubiera hecho a no ser por eso. Pero esta…, esta disposición de tu padre es la más extraña que he conocido.

—¿Verdad que sí? —dijo él con calma, y se guardó las gafas.

—Pero es sólo por un año —comentó la joven—. Lo dispuso como condición para que puedas disfrutar de sus bienes, ¿no?

Hizo un gesto vivo, y añadió:

—Pero ¿qué importa? Si el solo hecho de llevar esas gafas durante un año te concede el pleno dominio de los bienes, tendrás que llevarlas; eso es todo.

—No es que deba llevarlas, Pamela —dijo él con seriedad —. El ponérmelas depende enteramente de mi honor. En cuanto a los bienes, recibo setenta y cinco dólares mensuales.

Ella frunció el ceño y pareció un poco alarmada:

—¿Por cuánto tiempo?

Su pregunta fue brusca, nada amorosa; el tono de su voz era muy distinto del que Jerome Middleton había oído salir siempre de sus labios.

—Durante toda la vida, amor mío —dijo él cogiéndole la mano—. Mi padre, siento decirlo, no creyó conveniente confiarme su hacienda, y, además, estoy imposibilitado por siempre para tener un empleo en sus negocios y disfrutar de sus beneficios. Setenta y cinco dólares mensuales vitalicios es todo lo que me ha dejado.

Pamela se le quedó mirando atónita. Sus ojos brillaban de ira, y su pecho empezó a levantarse y bajarse palpitante. Se puso en pie y vociferó medio jadeante:

—¿Pero es que quieres decirme que no te ha quedado más que esa miserable pensión de setenta y cinco dólares? —volvió a sonreír—. Quieres burlarte de tu Pamela, ¿verdad?

El joven movió la cabeza:

—Ojalá fuera así. Puedes llamar a Andrew Lockwood, el abogado de mi padre; él te confirmará esta triste realidad. Pero esto —añadió, mirando a la cara pálida de su amada y cogiéndola cariñosamente una mano— no significa nada para ti, ¿verdad?, bien mío. Cuando veníamos en el barco me dijiste muchas veces que…

No pudo acabar la frase, pues ella soltó de repente la mano de Jerome, como si éste fuese un apestado.

—¡Setenta y cinco dólares al mes!

El final de esta exclamación fue más bien un agudo chillido, y ella misma tenía en ese segundo el aspecto de una

arpía de las calles de Londres que él había visto una vez en el distrito de Whitechapel de la gran ciudad.

—¿Cómo se atreve usted a acercarse a mí con una miseria como ésa? ¡Es usted un osado! ¡Y pretendía usted pasar en el barco por heredero de su padre, sabiendo que no lo era! ¡Setenta y cinco dólares al mes! ¡El peor de mis vestidos cuesta más que eso! Así, pues, está usted desheredado.

Haciendo un gran esfuerzo logró serenarse, y, de repente, adquirió la rigidez de una estatua.

—¿Y puedo preguntarle, señor Middleton, si está usted aquí para relevarme de mi compromiso? ¿Qué…, que…, que…? —le faltaron las palabras.

Jerome estaba ya en pie, muy pálido. Este cambio repentino de las cosas y la brusca metamorfosis operada en aquella mujer, de la cual sólo había visto un aspecto, eran algo alarmante.

—No creí —balbuceó— que eso te importara mucho, Pamela. Yo trabajaría. No seríamos pobres del todo. Tú me dijiste…, me dijiste en el barco…, recuérdalo, que me querías por mí mismo. Me dijiste…

Calló al verla tirar con la mano izquierda del cordón de seda de un timbre que pendía junto a las cortinas que tenía al lado, y con la derecha alargarle la sortija de platino y diamante que él había comprado con su último dinero al vendedor de joyas judío a bordo del «Polynesyan».

—Señor Middleton —dijo ella con voz glacial—: es usted el hombre de mayor desfachatez y mayor descaro que he conocido. ¡Qué audacia! ¡Seguir todavía pensando en que me case con usted! Es usted un mendigo, menos aún que uno de esos pordioseros que van por las carreteras con su escudilla de latón, pues aquí, en América, hasta nuestros mendigos edifican casas de vecindad. Más me valdría casarme con uno de ésos que con… usted. Más… —en este momento apareció en la puerta la doncella—. Marie, acompañe al señor Middleton y con el pecho aún jadeante y centelleando sus

ojos, salió de la habitación, como persona que ha recibido una injuria, un insulto, después de ser ruinmente engañada.

Aturdido, cogió el sombrero y el bastón de manos de la doncella y bajó por la escalinata de la gran casa. El césped y los árboles de Union Park desfilaban ante sus ojos como borrosas manchas verdes. Siguió andando como un autómata, y en la primera esquina se detuvo, sin saber lo que hacía. Al bajar la vista vio que tenía la mano izquierda cerrada, como los niños cuando cierran el puño, y la abrió con curiosidad.

—En la palma, un diamante de quilate y medio lanzaba destellos, a la luz del sol, en su engarce de platino.

A poca distancia divisó la boca de una alcantarilla, y por aquella abertura arrojó la fruslería. Luego se volvió y siguió andando sin rumbo. En sus oídos retumbaban las piedras al caer de su derrumbado castillo. América tenía un cínico más.

V. El año perdido

Había en el *Morning Times* una pequeña noticia, que no ocupaba más de una pulgada; pero que para Jerome Middleton, que pasaba casualmente la vista por los ecos de sociedad, después de leer los anuncios de colocaciones, marcaba el fin de un capítulo de su vida, por lo menos. Era ya de noche, y el breve suelto que se había difundido durante todo el día decía así:

> «La señora Sarah Martindale, residente en el North Ashland Boulevard, número 108, anuncia el próximo matrimonio de su hija Pamela Gladys con el señor Carleton Van Ware, perteneciente al Newtown Club de Chicago. La boda se celebrará en la recién construida iglesia episcopal de St. Andrew, situada entre el North Michigan Avenue y East Ohio Street, a las nueve de la noche del martes 9 de octubre, y la joven pareja, acompañada de la madre de la novia, saldrá inmediatamente para Londres, donde fijará su residencia. Embarcará el sábado 11 de octubre en el *Megantic*».

Lo leyó varias veces, y al hacerlo asomó una sonrisa irónica a sus labios. Desde aquel día memorable, hacía justamente una semana, en que se dirigió como ciego desde el Ashland Boulevard a su casa, se había producido un cambio químico en su alma, y ahora, por primera vez, se preguntaba si había amado realmente a aquella muchacha de cabellos dorados, o

si el recuerdo de otros labios iba a sustituir a aquella breve y nada satisfactoria novela, que había durado poco más de una travesía del océano.

Dejó por fin aquel periódico del día y, levantándose, se dirigió a la mesa de la antigua biblioteca que había pertenecido a su padre. De uno de los casilleros sacó un paquete de periódicos cuidadosamente doblados —secciones de diarios quizá—, pertenecientes a la *Scimitar* y al *Courrier* del sábado por la noche de hacía una semana, y al *Despatch* y al *Times* del domingo siguiente por la mañana. Hojeándolos un momento se puso a pensar con qué rapidez, a juzgar por su publicación, se habían precipitado los planes de las Martindale, hasta llegar a la conclusión contenida en la noticia de sociedad que acababa de leer.

Todos ellos publicaban una llamativa información sobre él y su herencia, con dos fotos: una en que estaba vestido de calle, con su traje inglés y su bastón; la otra, vestido de igual modo, pero puestas las grotescas gafas que daban interés al relato. Los cuatro diarios habían coincidido en poner el mismo pie a la segunda foto: «Jerry Middleton, como aparecerá si paga la deuda de su padre». Había, además, numerosas interviús con las personas nombradas en el testamento, y en uno de los periódicos aparecía él, sin gafas y con ellas, en dos enormes fotografías, que ocupaban la anchura de tres columnas.

Hasta las gafas mismas habían merecido los honores de la publicidad con una foto ampliada, que llevaba bien visible la advertencia de «Exclusiva de la Inter-Continental News Service».

Movió la cabeza y dobló de nuevo los periódicos con gran cuidado. No había vuelto a ver a Pamela ni a saber de ella desde el día que la visitó. Esto no le preocupaba ya lo más mínimo; pero no podía menos de pensar en lo que habría dicho, cuando ella y su madre vieran corroboradas en los periódicos las declaraciones que tanto le habían asombrado la

tarde anterior.

Estaba meditando sobre esto cuando sonó el teléfono fuera de la biblioteca, y el viejo Tío Jed, con su cabeza de pelo lanoso y su espalda encorvada, entró a avisar a su nuevo amo.

Pero Middleton se detuvo al dirigirse al aparato.

—A propósito, Tío Jed; hace ya cerca de una semana que se presentó el testamento de mi padre para la prueba legal de su autenticidad. ¿Qué se ha dispuesto acerca de su salario y el de Cristina?

El Tío Jed hizo una respetuosa reverencia:

—El señor Fortescue me envió anoche un cheque, señorito, y otro para Cristina. Me telefoneó ayer mientras usted estaba fuera, y me dijo que todas las semanas recibiríamos cheques de los fondos del antiguo amo, y que siguiéramos prestando aquí nuestros servicios.

—Bien —dijo Middleton—; eso es lo que quería saber. El señor Fortescue cumple lo que mi padre dispuso en el testamento.

Dicho esto se dirigió al teléfono. Y como en el antiguo adagio, que dice que *en nombrando al ruin de Roma luego asoma*, se encontró con que quien estaba al aparato era el propio Fortescue.

—¿Cómo le va, Jerry? —fue su primera pregunta.

—Muy bien, Fortescue; gracias. Ya he visto una gran parte de esta ciudad, y ahora me dedico a leer los anuncios de colocaciones. Comprenderá usted, Fortescue, que no tengo ni un chelín, y como esos setenta y cinco dólares mensuales se me desquitarán durante muchos meses con objeto de pagar la cantidad que se me adelantó para venir aquí, y como estoy decidido a no pedir nada prestado, tengo que buscar trabajo en seguida. Me quedan diez dólares, y necesito ganar algún dinero.

—Bueno, Jerry; de dinero precisamente quería hablarle —respondió Fortescue—. En primer lugar, ha surgido algo interesante en relación con esas antiguas gafas que su padre le

legó, y si por una casualidad no se ha indignado usted y las ha hecho añicos, o las ha tirado, yo puedo proporcionarle el medio de ganar unos cuantos billetes. En segundo lugar —prosiguió después de una pausa—, tengo una colocación para usted; algo extraña, eso sí, pero si es dinero lo que necesita creo que puedo proporcionarle un empleo infinitamente mejor que lo que usted pueda encontrar en los anuncios de colocaciones.

—¿Un empleo…, un empleo en los negocios de mi padre? —preguntó Jerry Middleton con avidez, con la lejana esperanza de que se hubiera encontrado tal vez algún resquicio legal en el testamento del autor de sus días.

—No —dijo Fortescue—, y lo siento. Pero ya sabe usted —añadió después de una pausa— lo que significaría para mí darle un empleo así: la destitución del cargo de administrador general, y ni usted ni yo ganaríamos nada con ello —hizo una nueva pausa—. Mire, Jerry, mientras no tenga usted nada más importante que hacer que leer anuncios de colocaciones, ¿puede usted venir a mi casa? Quiero hablar con usted esta misma noche sin falta. Vaya al paseo de Lake Shore, media manzana de casas al este de donde usted vive, y tome allí el autobús que dice Devon Avenue en la parte delantera, y mande al cobrador que pare en Eastwood. Me encontrará en Eastwood Arms, en la esquina de Eastwood y Sheridan Road. Llame al timbre del segundo piso.

—Muy bien. Iré en seguida. A propósito, Fortescue: ¿ha leído usted la sección de sociedad del Times de esta mañana?

—Sí, Jerry; la leí porque alguien me llamó la atención sobre ella. En realidad, la noticia a que usted se refiere está relacionada con aquello de que quiero hablarle —hizo una pausa—. Siento mucho que haya usted sido…

—Desbancado —dijo el joven completando la frase—. No se moleste en elegir palabras, Fortescue; puede usted decirlo con toda claridad.

—Bueno, desbancado, si usted quiere. Pero de todas

maneras, venga aquí. Tengo cosas muy importantes que preguntarle y que decirle. Le espero dentro de veinte minutos.

—Voy ahora mismo a tomar el autobús —dijo Jerome Middleton, y colgó el auricular.

Cogió su sombrero hongo, que cada día le era más odioso, y vestido con el mismo traje inglés, que también empezaba a desagradarle, salió de la residencia de Astor Street. Se detuvo al llegar al paseo de Lake Shore, e hizo señas a un autobús del Norte, bajo los faroles cubiertos de escarcha, que alumbraban el bulevar como dos sinuosas serpientes, iluminadas hasta donde podía alcanzar la vista en una y otra dirección. A poco se sentaba en la imperial y el vehículo rodaba a través de Lincoln Park.

Al apearse en Eastwood Avenue se encontró en los más altos y nuevos arrabales de la ciudad. Grandes y lujosas casas de alquiler y diversos edificios de pisos para hombres solos, sobre cuyas puertas aparecía con frecuencia, grabada junto al nombre del inquilino, la palabra «soltero», revelaban que aquel era un barrio caro, junto al cual —por lo nuevo y suntuoso de sus construcciones— el antiguo y digno distrito en que él vivía, aristocrático hasta el más alto grado, parecía por comparación muy disminuido. El Eastwood Arms era una casa de ladrillo de terracota, de pisos de soltero, con un portal bajo y abovedado, lleno de cristales verdes emplomados, que le daban la apariencia de una cueva de gnomos. Largas hileras de buzones de bronce y una puerta de cristales, también emplomados, separaban el portal de la alfombrada escalera interior que conducía a los pisos de arriba. El tintineo del timbre de esta puerta anunció su entrada, y poco después se encontraba en el gabinete de Fortescue.

Era una habitación alegre, llena de cabezas de ciervo, artefactos de pesca, peces disecados y cañas de pescar entrecruzadas. Una puerta cubierta con cortinas parecía dar acceso a una habitación contigua, que bien pudiera ser una alcoba, y al otro lado de la estancia había una chimenea de

verdad, preparada para quemar carbón y leña. Unas cuantas mazas de polo y un par de remos cruzados en una pared testimoniaban las probables teorías de Fortescue para conservar la línea. Fortescue tenía puesto un batín de brillante seda escarlata, que, juntamente con su pelo negro alisado, partido en el centro, le daba el aspecto de un anuncio de revista. Estaba fumando una pipa, y miraba sonriente a su visitante, mientras éste, de pie sobre la monótona alfombra gris, contemplaba fascinado los trofeos que colgaban de las paredes.

—Parece que le interesan estas cosas, Jerry. ¿Le gusta a usted pescar?

—Gustarme, me gusta mucho —contestó el otro—, y creo que sería un entusiasta pescador de caña; pero nunca he tenido tiempo para practicar ese deporte.

—Bueno —dijo Fortescue—; tal vez pueda proporcionarle la ocasión de que satisfaga usted su deseo.

Le indicó una silla para que se sentara y acercó un pequeño mueble, labrado a mano, bien provisto de cigarros y cigarrillos. Luego, al soltar una compuerta inferior, quedaron al descubierto varias botellas de whisky escocés y una hilera de pequeños vasos:

—¿Fuma? ¿Quiere usted una copita?

—Tomaré un cigarrillo —dijo Middleton, y, mirando a la botella de whisky, añadió—: Yo creía que en este país no se bebía.

—No se bebe si no se puede pagar —dijo el otro riendo, mientras cogía una silla—; pero conociendo los sitios puede usted adquirir whisky por quince dólares el cuarto de litro.

Nada hablaron durante unos momentos, hasta que Middleton fue derecho a la cuestión que motivaba su visita:

—Bueno, Fortescue, ¿qué es esa cosa interesante que tenía usted que decirme respecto a la posibilidad de sacar algún dinero de las gafas que me dejó mi padre? También me habló usted de una colocación. ¿Qué es todo ello?

—Voy a decírselo —dijo Fortescue, y mirando al reloj preguntó—: ¿No tiene usted prisa, Jerry? Tengo que hacerle varias preguntas.

—No tengo ninguna prisa. Pregunte lo que quiera.

—Muy bien; vamos allá. Pero primero permítame usted que le diga que Searles, el representante de la Mid-West Trust Company, me llamó esta mañana por teléfono para preguntarme si me había dado usted el recibo de esas antiguas gafas a que acabamos de referirnos. Le dije que no, pero que esperaba verle a usted aquí esta noche y le pediría que me lo firmase, y que si me mandaba un empleado para recogerlo, a eso de las nueve, ese asunto quedaría terminado. Naturalmente, se trata del cumplimiento de una mera formalidad; pero ya sabe lo puntillosas que son las compañías para eso de los requisitos.

—Bueno, lo firmaré, con mucho gusto. ¿Lo ha redactado usted ya?

Fortescue fue a una mesa de escribir que había en un ángulo de la habitación y trajo un pequeño papel escrito a máquina y un largo sobre comercial, con su nombre puesto en una esquina. Luego sacó su pluma estilográfica.

—Searles me lo dictó por teléfono, tal como deseaba que se redactase. También quiso que estuviera fechado el día en que se le entregaron a usted las gafas.

Middleton lo leyó, y rápidamente estampó su firma al pie.

Decía así:

> «18 de octubre de 1924.
>
> He recibido de la Mid-West Trust Company, domiciliada en el primer edificio del Banco Nacional, un par de gafas antiguas, depositadas en aquélla por Digby Middleton como parte de sus bienes».

Se lo devolvió a Fortescue, quien, después de agitarlo un

poco en el aire para secarlo, lo dobló y metió en el sobre, cerrándolo luego.

—Tendrá usted que firmar una cosa parecida todos los meses durante el resto de su vida —observó secamente. Se dirigió nuevamente a la mesa de escribir, donde puso el sobre cerrado entre las cubiertas de un ancho libro, para recogerlo cuando fuese el empleado de la Compañía, y volvió a su asiento—. Sí —añadió—, tendrá usted que firmar algo parecido cada vez que cobre sus setenta y cinco dólares.

Eligió un caro y grueso cigarro de una de sus cajas y lo encendió. Embutido en su batín de seda roja se arrellanó en su sillón.

—Y ahora, Jerry —dijo—, antes de hablarle de esos asuntos, entre los que figura la extraña proposición de empleo que me han hecho para usted, quiero, si no tiene inconveniente, enterarme de por qué tuvo usted que vivir toda su vida en Australia, mientras su padre trabajaba aquí, amasando una fortuna.

—No tengo el menor inconveniente en que usted se entere —observó Jerome Middleton—; pero no sé cómo puedo yo aportar luz alguna sobre eso. Y si usted, que era su secretario particular —añadió moviendo lentamente la cabeza— no sabe nada del asunto, ¿qué puedo saber yo?

—Tal vez entre los dos —dijo Fortescue— podamos deducir algo de los hechos. Cuatro ojos ven más que dos. Quiero que empiece contándome todo lo que recuerde de los acontecimientos de su vida en Australia, sin omitir nada de cuanto se refiera a nombres, fechas y cualesquiera otros datos que pueda tener. Dígamelo todo, y así quizá yo pueda completar algo y aclarar las cosas.

Jerome Middleton dio unas chupadas a su cigarrillo y luego habló:

—Bueno, Fortescue. Para empezar por donde usted quiere, le diré que lo primero que recuerdo de mi vida es lo que todo el mundo recuerda: haber sido un niño pequeño, aunque

tengo una vaga idea de haber pasado entonces mucho tiempo en el mar.

—Según eso, como usted nació en San Francisco, debieron de llevarle a Australia siendo usted muy niño.

—Eso creo yo. Mi padre forma parte de ese recuerdo. Tengo clara memoria de él, de haberle llamado «papá». Después conservo el recuerdo de una mujer que estaba acostada y me apretaba contra su pecho, colmándome de lo que creo eran caricias. Por supuesto, como ya le he dicho, estos recuerdos son confusos, porque son los primeros de mi vida. Lo que si puedo decir es que antes de aquella travesía marítima no hago memoria de esa mujer ni de ninguna otra. Tampoco la vi mucho tiempo. Creo que se moriría, pues me parece recordar vagamente haberla visto en una cama, inmóvil y rígida; pero no puedo decir nada más de ella —Middleton calló un momento, tratando de enlazar los tenues hilos de sus recuerdos de niño—. De tiempos posteriores —continuó diciendo— ya tengo visiones más claras. Recuerdo haber estado, siendo todavía un niño pequeño, en una casa de la ciudad de Melbourne, y de haber vivido allí con…

—¿Quiere usted hablar un poco más alto, Jerry? —dijo Fortescue, ahuecando la mano en torno de su oreja—. Se me han llenado de agua los oídos en la piscina de natación del Athletic Club de Chicago, y la voz de usted compite en este momento con unas cataratas del Niágara en miniatura.

—Con mucho gusto —respondió Middleton, y prosiguió la narración de su vida, alzando la voz para que el otro le pudiese oír más claramente.

En muchos aspectos, el relato que hizo a Fortescue no tenía nada de extraordinario; pero en otros resultaba extraño. Fueron, primeramente, los días en que, de niño, vivió con los McQuane, marido y mujer, los cuales recibían con regularidad una cantidad mensual para su manutención, enviada por su padre; luego, los días más felices, que pasó con otros niños peleándose y haciendo diabluras en la escuela de primera

enseñanza de Yarra Place. Hasta contó, medio sonriendo, cómo empezó a escribir y cómo, con aquella primera letra infantil que pudo adquirir gracias a la pequeña pensión que llegaba de América, había escrito a su padre todas las semanas, dándole cuenta detallada de su vida y actos, de la gente que veía, de sus reacciones.

Habló luego de la época de sus estudios superiores en la Academia de Victoria Street; de las visitas, cada dos años, de su padre, que iba a pasar un mes a su lado; de su graduación en la academia; la de la muerte de los McQuane, ocurrida pocos meses después una de la otra; de su gran deseo de venir a América, al que se opuso rotundamente su padre. Después, la guerra y su enojosa incorporación a un regimiento de Anzaes, la mitad de cuyos componentes no llegaban a la edad militar.

Describió brevemente aquel famoso viaje a Inglaterra: aquel viaje en que, en un largo tren de vagones, cuyas ventanillas estaban cubiertas con fieltro negro, pegado y clavado para burlar a los espías alemanes, había cruzado América, la tierra de su padre, sin ver de ella más que un manchón negro la noche en que llegó a San Francisco, y otro manchón por el estilo la noche en que salió de Nueva York. Luego, tres días en Londres. Té en el Hotel Cecil con Fortescue y su padre, que había ido a despedirle al marchar al frente, y con Lockwood, que estaba allí por cuestión de negocios. Después, las trincheras. Multitud de granadas, pero ni un mal rasguño. Días de gran excitación a las órdenes del coronel McGee. El armisticio y la muerte de McGee, víctima aquel mismo día de una bala perdida. Luego, el regreso al hogar, ¡al hogar de Melbourne!

—¿Le doy demasiados detalles, Fortescue? —preguntó después de una pausa—. ¿Se aburre usted?

—Nada de eso —contestó con énfasis y moviendo la cabeza —. Precisamente lo que deseo saber son los detalles de su vida. Sólo así podremos tal vez encontrar un indicio que nos

revele la razón de haberle tenido su padre tan alejado. Siga usted, Jerry, como hasta aquí.

El joven continuó su historia. Después de su regreso a Melbourne otra discusión por carta con su padre sobre la misma cuestión. Pero Digby Middleton se mantuvo inflexible. Luego ingresó en la Universidad Canterbury, de Christchurch, ciudad de Nueva Zelanda, a una edad en que la mayoría de sus compañeros de colegio salían de ella. Dos años en Christchurch, y nueva tentativa para persuadir a su padre de que le permitiera terminar sus estudios en Yale o Harward, en América. Otra negativa más. Su orgullo le impidió venir por su cuenta, ya que no se le quería. Finalmente, su decisión de apartarse de todo y dedicarse a ver el Continente en que tenía que vivir.

Al llegar a este punto, Fortescue le preguntó:

—¿No ha dicho Searles algo de haberle visitado a usted en Nueva Zelanda, cuando estaba usted en la Universidad Canterbury?

Middleton asintió:

—Sí, me visitaron allí, él y su mujer, por encargo de mi padre cuando hacían un viaje a los antípodas.

—Y ahora, Jerry —dijo Fortescue— llegamos al año misterioso de su vida, del cual no supo nunca nada su padre. Es el año comprendido entre 1922 y 1923, en que pasó usted de los veintidós a los veintitrés años, y durante el cual cesaron en absoluto sus acostumbradas cartas a su padre, según puedo atestiguar. Nunca contó usted a su padre nada referente a este año perdido, y él, que era tan orgulloso como usted, nada le preguntó. Cuénteme, ¿qué hizo usted durante ese tiempo? ¿Acaso alguna cuestión amorosa?

A los ojos del joven, que miraban como absortos, asomó una expresión de tristeza al contestar a esta pregunta concreta:

—Fue, por lo menos, un año en que corrí más aventuras que en todos los días que pasé en las trincheras. En cuanto a

cuestiones de amor…

No dijo nada acerca de esto y continuó su relato. Contó cómo, después de abandonar la Universidad, fue a Auckland, también en Nueva Zelanda, donde trabajó en el establecimiento de un extraño mercero de Queen Street. Luego le habló de su viaje en barco a Newcastle, Nueva Gales del Sur; de los tres meses que pasó como ayudante de electricista en la fábrica de acero de Broken Hill Company, a las órdenes del pendenciero capataz Pat McKelly; de su marcha a Canley Station, en el interior de Nueva Gales del Sur, a cuatrocientas millas de la costa y de cómo se había hecho…

A esto, Fortescue, con la boca abierta, interrumpió el relato:

—¡Por favor, Jerry! —exclamó—. ¿Dice usted que se hizo «jackeroo» de «woollies»?

—¿Qué demonios es un «jackeroo» y qué es una «woollie»?

—Perdón —dijo Middleton abriendo los ojos—; no se me ocurrió pensar que no supiera usted lo que son esas cosas. Las «woollies» son las ovejas en Australia, ¿sabe usted?, y un «jackeroo» es…, debe de ser…, lo que ustedes llaman aquí un pastor…, una especie de jornalero de un rancho.

—Ya —asintió Fortescue—. ¿De manera que fue usted hasta pastor? ¿Y quién era el dueño de aquel rancho, o como le llamen ustedes?

—Era el Queen’s Limited Syndicate de la Gran Bretaña. Lo dirigía un hombre que se llamaba…, espere usted…, Kilhart, y…

En aquel momento sonó el timbre de la puerta del piso de Fortescue, y éste, que, al parecer, no tenía criado esa noche, salió a abrir.

Middleton oyó hablar a alguien en el vestíbulo:

—El señor Searles, de la Mid-West Truts, me dijo que viniera aquí esta noche, a las nueve, para recoger un recibo.

—Sí pase usted —respondió la voz de Fortescue.

Un momento después volvió a aparecer en el gabinete, seguido de un joven rubio, con tipo de empleado, a quien Middleton recordaba haber visto en las oficinas de la Mid-West Trust Company cuando estuvo allí la semana anterior. El recién llegado se quedó parado, dando vueltas al sombrero entre las manos, y mirando con curiosidad al pez disecado y a los trofeos de caza que había en las paredes. Fortescue cogió el libro, del cual sobresalía el sobre que contenía el recibo firmado. El empleado se lo guardó en el bolsillo interior de la americana y salió acompañado por Fortescue. Unos momentos después éste volvió a sentarse en su sillón.

—Siga, Jerry. Habíamos quedado en que era usted un «jackeroo» de ovejas.

—Sí, fui un «jackeroo» y dormí en chozas; pero al cabo de unos meses me cansé de la soledad de la vida del interior de Australia. ¡Dios! Ustedes los americanos no pueden figurarse lo solitario que es un rancho de ovejas en Australia. El aislamiento le corroe a uno como una llaga gangrenosa. Como digo, salí de allí y me fui a las minas de plomo argentífero del Kensington Mining Syndicate, donde, a las órdenes de un capataz llamado Cittrain, volví a manejar los alicates poniendo flexibles e interruptores. Trabajé allí durante tres meses, y luego, con los bolsillos llenos de dinero, me fui a Sydney, donde empecé a disfrutar un poco de la vida. Me compré ropa y me instalé decentemente no lejos del barrio chino. Luego, caí en cama, con la gripe, y una mujer china…, sí, una mujer china llamada Mock Lee, me cuidó y me sacó adelante. Le aseguro, Fortescue, que mi padre estuvo a punto de perderme entonces, pues por poco me muero. ¡Pobre señora Mock Lee!

Quedó un momento pensativo y luego prosiguió:

—Bueno, me curé, y una vez restablecido frecuenté a diario el hipódromo de Randwick, donde apostando perdí hasta el último chelín. Había allí esas máquinas llamadas «totalizadoras», que sirven para registrar las apuestas, y que

son la cosa más perfecta que se ha inventado; pero yo no tenía en la cabeza la maquinaria adecuada para elegir bien los caballos, y, así, perdí todo el caudal que había ganado con el sudor de mi frente en el rancho de las ovejas, en la fábrica de acero y en la mina de plomo. Finalmente dejé de jugar antes que el hambre me acosase.

Al llegar aquí hizo Middleton una pausa tan larga, que Fortescue se creyó en el caso de hablar:

—En el relato de su vida —observó— casi ha llegado usted al momento actual; pero ¿cuándo ocurrió el incidente con que guarda relación el último cheque que le enviamos a petición suya?

—A eso voy —dijo el joven—. Me sentaba a diario en un banco del parque, cerca de Macquarie Street, en Sydney, a tomar el sol, pues aún no podía trabajar a causa de mi estado de debilidad, y conservaba todavía bastantes chelines para vivir modestamente y hacer una comida al día. Una tarde, una mujer joven, de cabellos rojos —guapa muchacha— salió de unos arbustos que había detrás, y se vino hacia mí como una flecha gritando: «¡Perro! Hace tres días que te vengo observando. ¡Toma, para que aprendas!». Y me arrojó a los ojos un líquido que llevaba en un frasquito. Aquello abrasaba como si fuera fuego —lo cual no es extraño, pues se trataba de un ácido—, y un policía que pasaba en aquel momento me llevó inmediatamente al hospital de Macquarie Street, donde fui asistido por un médico y metido en cama. Este doctor, a quien no pude ver hasta pasadas algunas semanas, era ya de edad y se llamaba Phineas Harrow. Había sido oculista en su juventud, lo cual fue una suerte para mí, y entonces dirigía aquel hospital de urgencia, sostenido con el legado de un ricacho, y que era el único medio de vida del viejo doctor Harrow. No podía tener más que una enfermera, y la que había cuando yo ingresé era una joven americana, que todavía no tenía título. No puedo decirle cómo era, pues, en realidad, nunca la vi. Había ido a Australia para cuidar a una señora

que murió allí, y ella se encontró desamparada en aquella ciudad, sin dinero y sin amigos. El anciano Harrow, con la pequeña consignación de que disponía para pagar una enfermera, la contrató.

—¿Le vio a usted ella cara a cara alguna vez? —preguntó Fortescue—. Usted ha dicho que nunca la vio.

—Le diré —contestó Middleton pausadamente—; nunca nos miramos a los ojos, pues la única persona que vio los míos durante semanas y semanas fue el anciano Harrow, que me vendaba. Ella sólo me veía con la venda que tenía siempre puesta en aquella parte de la cara, y yo la conocía únicamente como una dulce visión quimérica que revoloteaba alrededor de mi lecho y parecía adivinar todos mis deseos. —Hizo una pausa—. Fortescue: no sé si lo querrá usted creer o no, pero me enamoré de aquella mujer…; me enamoré de su voz de contralto, de su dulzura, de su tacto, de su persona, que yo no podía ver. Y un día le propuse que se casara conmigo. Le dije que mi padre era rico, muy rico, y la atraje hacia mí, la estreché en mis brazos y la besé en la boca. Fortescue, los humanos somos extrañas criaturas; pero aquel beso cálido de sus labios, aquel largo momento en que yo, un hombre ciego, la tuve en mis brazos, constituye un recuerdo, un período de tiempo que nunca se borrará de mi memoria, pues al día siguiente se marchó. Se le había presentado una repentina oportunidad, según me dijo Harrow, de volver a América para cuidar a un enfermo, y tuvo que salir inmediatamente. —Suspiró profundamente.

—¿No detuvieron a la muchacha de cabellos rojos que le arrojó el ácido a los ojos? —preguntó Fortescue con curiosidad.

—No —dijo Middleton, moviendo negativamente la cabeza—; desapareció en aquel momento de confusión y no se volvió a saber de ella.

—Y aquel delicado ser que prestaba sus servicios en el hospital de urgencia, y de quien usted se enamoró sin verle,

¿acaso entre los tiernos cuidados que le prodigaba no le leyó algo mientras usted estaba en la cama?

Era ésta una extraña pregunta, y al hacerla había en la voz de Fortescue un sutil matiz de ironía o sarcasmo que hubiera confundido al más astuto analizador de la entonación.

—Sí —confesó Middleton—; me leyó una novela inglesa, «Cimas de ensueño», creo que es de Diana Patrick, y una novela australiana, muy popular en aquella época, de un escritor llamado Clyde Entwistle, y que se titulaba «El filo mellado». Pero estas trivialidades no tienen interés para usted, Fortescue.

—Probablemente, no —asintió Fortescue, mostrando una extraña falta de interés una vez que su singular pregunta había sido contestada. Sin embargo, volvió a interrogar a Jerry—: ¿Qué ocurrió después de irse ella?

—Que poco después que se marchara —dijo el joven con tristeza— me quitaron la venda y vi que la nueva enfermera era una mujer corpulenta, con tipo de amazona y voz de bajo, a quien Harrow había contratado para ocupar el puesto de la muchacha americana. Creo, Fortescue, que al desaparecer aquella mujer me puse bien mucho antes que si ella hubiese seguido allí. De todas maneras, salí del hospital unos diez días después, y como había causado al pobre anciano Harrow grandes molestias y un gasto excesivo, sentí que tenía contraída con él una deuda de honor y fui directamente a Melbourne y escribí a mi padre, precisamente al año de haber desaparecido yo; es decir, el pasado año de 1923. Le decía que debía una cantidad al anciano doctor Harrow y le rogaba le mandase un cheque de quince guineas, y presumo que así lo haría.

—Sí —dijo Fortescue—. A su padre le intrigó algo el pago que habría de hacerse con aquel cheque; pero, sin embargo, lo mandó; mejor dicho, lo mandé yo. Pero el doctor Harrow había muerto, pues nos devolvieron el documento con estas palabras escritas en él: «La persona a cuya orden debía

pagarse este cheque ha fallecido».

El rostro de Middleton adquirió una expresión de verdadero dolor.

—Pobre viejo —dijo pausadamente—; era una excelente persona —suspiró—. Bueno, papá y yo convinimos al fin por carta en que tan pronto como terminase aquel curso universitario, tan desdichadamente interrumpido, yo regresaría a América. Así es que durante el año y medio siguiente me puse a estudiar como una fiera en la Universidad de Melbourne, y estaba ya terminando con gran brillantez mis estudios cuando recibí su cablegrama diciéndome que mi padre había muerto. Una vez más la fatalidad había interrumpido mis planes, pues no sólo perdí mi diploma por unas tres semanas, sino que vine a América de un modo muy distinto a como esperaba. Creo que he contado ya toda mi vida. ¿Tiene usted que hacerme alguna pregunta especial?

—Ninguna —dijo Fortescue, entre dientes. Frunció las cejas y medio cerró los ojos, como si estuviese meditando sobre algún problema. Volvió a abrirlos—. Ninguna —repitió —, salvo ésta: ¿Quiénes eran los decanos de Canterbury College de Nueva Zelanda y de la Universidad de Melbourne?

—El del Canterbury College, el señor Stout —contestó el joven muy sorprendido—, y el de la Universidad de Melbourne, el profesor Coleridge. Pero, Fortescue, ¿eso qué importancia puede…?

—Poca importancia, en efecto —asintió Fortescue—. Ninguna importancia, estoy de acuerdo. Bien; hemos repasado toda su vida, pero no hemos descubierto el menor indicio que nos aclare la obstinada insistencia de su padre en tenerle a usted allí, al otro lado del mundo.

Middleton movió la cabeza.

—En efecto, y cuando empecé a contarle mi vida ya suponía que no habría nada en ella que lo revelase; pero como usted insistió…

Fortescue asintió, distraído: Parecía perdido en reflexiones

de alguna especie, y fue Middleton quien, finalmente, rompió el silencio:

—Bueno, Fortescue —dijo pausadamente—. ¿Qué asuntos son esos de que quería usted hablarme, referentes a esas gafas antiguas de mi padre y al trabajo que me podía usted proporcionar? Estoy ansioso de saberlo, y, como puede usted figurarse, dispuesto a todo.

VI. Una derrama de diez mil

Fortescue miró con gran atención al joven antes de hablar. Al fin dio su respuesta, que fue sorprendente:

—Bueno, Jerry; tengo, en efecto, esa proposición, y si quiere usted aceptarla… —y sólo de usted depende— puede ganar con ella en una semana más que trabajando dos años seguidos. Jerry: tiene usted a su disposición la suma de quince mil dólares, en dos partes, una de diez mil y otra de cinco mil, a cambio sólo de una pequeña molestia y de un leve esfuerzo. Un total de quince mil dólares, Jerry; lo que yo ganaba en año y medio en el puesto que tenía antes con su padre. Le sorprende, ¿verdad?

Middleton se irguió en su asiento y dejó escapar un leve silbido:

—Eso es extraordinario, Fortescue. Vamos a ver, vamos a ver —dijo con afán—. Lo más que he visto ofrecer en los anuncios de colocaciones es de veinticinco a treinta y cinco dólares por semana.

—Y eso no para un principiante —respondió el otro fríamente—. Bien; la proposición es muy fácil de explicar y la decisión corre de su cuenta. Hela aquí —Fortescue calló un momento, como para ordenar sus ideas, y luego habló—: No sé si lo sabe usted o no, Jerry —empezó a decir lentamente—, y nunca me hubiera atrevido a decírselo si la señorita Martindale y usted no hubiesen roto sus relaciones; pero siendo éste el caso y que ella va a casarse con otro, tal vez sea mejor que sepa usted la verdad. Pamela Martindale ha plantado ya, probablemente, a una docena de hombres

bastante distinguidos de Chicago; y sus asuntos amorosos, algunos de los cuales culminaron en compromisos matrimoniales y otros no, han sido demasiado numerosos para una mujer tan joven en estas lides. Y creo poder decir que cada vez que dejó a alguno plantado fue porque vio una probabilidad de ponerse en relaciones con otro más rico o de mejor posición social —miró compasivamente al joven y le preguntó—: ¿Usted no sabía esto, verdad?

—No —contestó Middleton, haciendo un gesto de asombro —; yo creía que mi caso era el único.

—Le han jugado a usted una mala pasada —prosiguió Fortescue—. Fue sumamente ruin la manera como se cablegrafió desde aquel barco la noticia de su proyectada boda con ella y se publicó en todos los periódicos, con el solo objeto de insertar en seguida el anuncio del próximo matrimonio de esa mujer con Carleton Van Ware, un infeliz, cuyo único atractivo es tener un millón de dólares y saber conducirse en la alta sociedad que frecuentan esa señorita y su madre. Se demostró claramente al mundo que usted había sido derrotado de mala manera. En fin, no hay que hablar más de eso. Como digo, no ha sido usted el único que ha sido tratado de «esa forma»; ha habido muchos antes que usted. Pues bien —siguió diciendo Fortescue—; este mediodía, un caballero, que me arranco la promesa de no revelar nunca su nombre, vino a verme a la oficina, en parte porque tiene conmigo alguna amistad, y en parte también porque sabe que yo represento la hacienda de Middleton y soy, digámoslo así, una especie de consejero y tutor de usted, aunque no de una manera legal, por supuesto. No puedo, pues, decirle el nombre de esta persona; pero sí puedo manifestarle que es un hombre que pertenece a círculos aristocráticos, bastante rico, y que estuvo una vez a punto de casarse con Pamela Martindale. Parece que él y otros tres a quienes ella dejó también plantados en otros tiempos están todavía indignados con esa joven, y ahora que, al parecer, se va a casar de veras con ese

individuo, Van Ware, han preparado un plan para castigarla, un plan que ellos no se atreven a llevar a la práctica por sí mismos, pues son personas que ocupan excelente posición en Chicago y no pueden comprometerla con un acto como el que me han propuesto. Ellos se figuran, en cambio, que usted no tiene nada que perder. En resumen: que han hecho entre los cuatro una derrama de diez mil dólares —como usted ve, Jerry, tienen mucho dinero y diez mil dólares no son una gran cantidad para sus fortunas reunidas—, y han extendido un cheque certificado a mi orden. Por mi parte, no sé quiénes pueden ser los otros tres que se han unido al que vino a verme hoy. La cosa tiene que quedar en secreto, y, aunque éste pudiera descubrirse si ahondáramos en la historia social de esta ciudad, bástenos saber que los diez mil dólares son efectivos.

Al decir esto, Fortescue sacó de un bolsillo una cartera de cuero y de ésta un pedazo de papel terso, de color salmón, extendido a máquina. Las palabras diez mil dólares, las cifras correspondientes a esta cantidad y el hecho de estar extendido a la orden de Luther Fortescue saltaban a la vista; pero la parte inferior, donde estaba puesta la firma, había sido cuidadosamente doblada de manera que no se viese el nombre del librador. Fortescue se lo mostró en forma que Middleton pudiese leer la parte visible. Iba girado a cargo de un Banco de Chicago, la fecha era la de aquel día y llevaba un sello circular en tinta y una serie de iniciales, que Middleton supuso sería la certificación de que habló Fortescue; pero que él, por su condición de extranjero, no podía conocer.

—Siento —dijo Fortescue— no poder enseñarle el cheque entero; pero he dado a esa persona mi palabra de honor, y…

—Sí, sí —dijo Middleton apresuradamente—; está bien. Siga usted. Esos señores ofrecen diez mil dólares a quien… ¿Para qué?

—Ellos persiguen un plan de venganza —dijo Fortescue, volviendo a guardarse el cheque—. Puede usted formarse una

idea si recuerda el drama clásico de «La dama de Lyón», en que los tres pretendientes visten al hijo de un jardinero como si fuera un caballero distinguido y le casan con la señora que los había desdeñado. Si estos cuatro han sacado o no de ahí la idea, sólo Dios lo sabe; pero ese medio de venganza es inaplicable en este caso, y lo que quieren hacer, en suma, es estropear la boda a esa señorita, de manera que no sólo sufra una gran humillación, sino que el hecho adquiera gran notoriedad. Quieren que en el preciso momento en que el sacerdote pregunte si hay alguien que se oponga al matrimonio se levante en la iglesia un vagabundo sucio, andrajoso y desgreñado y diga en alta voz: «¡Me opongo al matrimonio! ¡Soy el prometido de Pamela Martindale! ¡Me opongo al matrimonio!».

Middleton se quedó boquiabierto de asombro.

—¡Por Dios, Fortescue! No necesito conocer mucho el periodismo americano para comprender que un escándalo como ese tendría una publicidad cruel… No cabe duda de que se le estropearía la boda. Pero…, pero ¿cuál de los ex pretendientes va a representar el papel de vagabundo mugriento?

Fortescue se rió sin alegría:

—Ninguno de esos señores se atrevería a hacer semejante cosa, Jerry. Pero usted…; por usted sienten un gran pesar, pues han leído que su padre le ha desheredado, y como al mismo tiempo usted es, o fue, el prometido de Pamela Martindale, el último de la lista, por decirlo así, de aquí que le hayan elegido para ese acto y le ofrezcan diez mil dólares si acepta.

El silbido que se le escapó esta vez a Jerry Middleton fue mucho más largo que el de unos minutos antes. ¡Diez mil dólares! Diez mil dólares crueles de América por ayudar a cuatro hombres desconocidos, llenos de resentimiento a causa del trato recibido de aquella majestuosa belleza rubia, que se entregaba en matrimonio al mejor postor, y deseosos de

vengarse. Al mismo tiempo que se daba cuenta del significado del papel que suponía había de representar, comprendía hasta dónde eran capaces de llegar los hombres de dinero para vengar el mal trato de que habían sido objeto sus respectivos «yos». Y comparó esta actitud con la suya propia hasta ese momento. Él, alma sencilla, todo lo que había deseado era olvidar enteramente aquella breve aventura, con su final desdichado y nada halagador. Luego, enrojeció, pues le pareció de repente que acababa de recibir un insulto; un insulto en lo referente a los diez mil dólares que tan confiadamente le ofrecían.

—¿Qué podría ocurrir —preguntó lentamente— si yo representase el papel principal en esa farsa? —y aun cuando perduraba aún en su rostro el sonrojo del resentimiento, comprendía que, fascinado por la suma de dinero que aquello implicaba, estaba en realidad acariciando ya la idea que le causaba ese sonrojo.

Fortescue hizo un ademán singular con las manos y contestó:

—Por lo pronto, se estropearía una gran boda de sociedad, aunque no se impidiera su realización. Se produciría un gran revuelo. El escándalo daría lugar a una información periodística que recorrería el mundo y llegaría, seguramente, al corazón de la sociedad de Londres, ciudad a la cual piensan dirigirse esas tres personas. Tal vez todo esto le parezca a usted algo ignominioso para meterse en ello; no sé. Lo que sí sé es que diez mil dólares es mucho dinero.

Middleton se reclinó en su silla y apoyó la barbilla en una mano. Luego levantó la vista:

—¿Qué haría usted si estuviera en mi caso, Fortescue?

—Voy a serle franco —respondió el otro sin vacilar—. Yo aceptaría sin titubeos. Esta gente —me refiero a Pamela Martindale y a su amantísima mamá, que es, indudablemente, quien la alecciona— ha desviado más destinos y más carreras en los últimos años que lo que tenían derecho a hacer. Entre

las dos le han jugado a usted una mala pasada, haciendo que su persona sea el hazmerreír de la ciudad, al lanzar aquella noticia a los periódicos de Chicago, seguida de este segundo anuncio que se publicó esta mañana. Si se lleva a cabo el plan trazado, toda la ciudad se pondrá de parte de usted, no lo olvide, pues hay que tener en cuenta que los tres han anunciado francamente su propósito de sacudirse para siempre el polvo de América. Todo el mundo, Jerry, se unirá a usted en la burla.

—¡Bah! —dijo Jerry, por todo decir—. Es una idea un poco difícil de realizar, Fortescue, aun en el mejor de los casos —miró meditabundo a la rica alfombra que tenía bajo los pies y luego levantó la cabeza—. No es que me haya decidido a aceptar —añadió—; pero tengo curiosidad por saber. En el supuesto de que acepte, ¿qué han imaginado, usted o ellos, para llevar esto a cabo?

—Confieso —dijo Fortescue— que me figuraba que aceptaría usted en seguida, y lo único que me preocupaba era cómo podría ayudarle a ganar ese dinero, teniendo en cuenta que, en virtud del testamento de su padre, me es imposible favorecerle a usted económicamente en la forma que yo desearía hacerlo: dándole a usted un puesto en los negocios. Así, pues, me puse a meditar cómo podría ayudarle a componer tranquila y discretamente la figura física que se necesita para caer, como del cielo, sobre esa boda, a modo de rayo vengador. Entonces pensé en la choza de pescador que tengo a orillas del lago Winneback, en Illinois, y se me ocurrió que, a cambio de otro favor que voy a hacerle, y que consiste en un lucrativo empleo que le reportará a usted cien dólares semanales por espacio de un año, hiciera usted por mí algo que, al mismo tiempo le proporcionaría la oportunidad de convertirse tranquilamente en el vagabundo sin afeitar que ha de levantarse en la ceremonia religiosa de la boda de Pamela Martindale con Van Ware.

—El gran favor que puede usted hacerme es éste: —

continuó Fortescue—.Tengo una concesión gubernamental de terreno a orillas del lago Winneback, en Illinois, que, dicho sea de paso, es un magnífico lugar de pesca. Ese terreno adquirirá gran valor algún día, si es que no lo tiene ya. Todo el lago está rodeado de grandes bosques, casi primitivos, que son propiedad de un millonario, el cual está deseando adquirir el dominio absoluto del lago. Pero yo no estoy dispuesto a perder mis derechos. Sin embargo, como se trata de una concesión gubernamental, ello me obliga, por ciertas leyes, no sólo a mejorar la posesión, sino a mantener la ocupación de la misma hasta que obtenga el título de propiedad. Ya la he mejorado, y lo relativo a la ocupación lo he resuelto hasta ahora contratando a un viejo para que viva en mi choza. Pero ayer me escribió diciéndome que se veía obligado a marcharse el lunes próximo, y como el plazo de la concesión termina dentro de nueve días, temo que en ese tiempo vaya algún agente gubernamental en visita de inspección, ya que, pasado ese plazo, debo obtener el título definitivo de propiedad. Así, pues, he pensado que usted podría ir allí el lunes, instalarse en mi choza, llevarse algunos libros, avíos de pesca y las llaves, y no sólo mantener una ocupación legal por mí, sino, al mismo tiempo, dejarse crecer una barba que sea digna del más eminente vagabundo de nuestras carreteras, el famoso errante A-número 1, pues estoy por asegurar que le crece a usted la barba muy de prisa; su padre, al menos, tenía esa desgracia.

—En efecto, así es —dijo Middleton, sonriendo tristemente —. El hirsuto adorno de mi cara es muy áspero, y, lo que es peor, tiene un tinte rojo. En cuanto a la rapidez con que crece, baste decirle que tengo que afeitarme todas las mañanas para estar presentable, y con frecuencia debo volver a hacerlo por la noche cuando tengo que ir a algún sitio. Dios sabe cómo estaré al cabo de diez días, Fortescue. Estuve una vez sin afeitarme una temporada cuando estuve en las trincheras, y mis mismos compañeros me tomaban por otro. Me miré al espejo al cabo de ese tiempo, y juro que pensé que miraba al

reflejo de alguien que estuviera detrás de mí, y no a mí mismo.

—Muy bien —dijo el otro con regocijo—. Precisamente eso es lo que quieren esos caballeros de la alta sociedad. Con una cara así y la ropa apropiada podría usted estropear la boda con toda seguridad. En cuanto a su ayuda en esa ocupación legal de mi terreno, yo podría cederle algunas cañas de pescar, unas sartenes y pucheros nuevos y un par de mantas, y llevarse usted algunas cosas de comer. Como le he dicho, todo el lago está rodeado de bosque y nunca se ve un alma por allí; así es que nadie le preguntará a usted nada. Piense, si acepta mi proposición, que no sólo me hace usted un favor que voy a devolverle, sino que usted, por su parte, obtiene una buena recompensa por un corto destierro voluntario. Toda la ropa que usted necesita es un traje de caza de pana, una camisa de franela y una gorra, también de pana. Allí hay una buena lancha de remos, y apuesto que encontrará usted una verdadera diversión en las aguas del lago Winneback.

—Pero ¿y la noche del… del escándalo? —preguntó Middleton—. ¿Creen que será cosa fácil? ¿Dónde se van a encontrar las ropas de vagabundo? ¿Dónde…?

—Mi idea —interrumpió Fortescue— era que usted se quedara en el lago Winneback hasta última hora de la tarde del jueves, día de la boda de Pamela Martindale con Van Ware, y entonces, para entrar en la ciudad al anochecer, viniera usted a Chicago en el ferrocarril interurbano que pasa por aquella región. Entre las propiedades que ha dejado su padre figura una vieja casa de madera en Kinzie Street, cerca de Cass, con un gran almacén o depósito de mercancías a cada lado. La casa está desierta y enmaderada por delante. Yo me encargaría de procurarle el traje más andrajoso y que peor le esté que pueda encontrar, y lo dejaría, por ejemplo, en la habitación trasera del primer piso de la casa deshabitada. Usted tendría la llave y podría ir allí vestido con su traje de pana y cambiarlo por las ropas de vagabundo. En la pared yo

haría colocar un reloj puesto en hora, y así podría usted salir para la iglesia de St. Andrew unos quince minutos antes que empezara la ceremonia. He elegido esa casa de Kinzie Street, entre los cientos de inmuebles de Chicago que pertenecen a su hacienda por la sencilla razón de que está muy cerca de la iglesia, y de que para ir al lugar de la burla sólo tendría usted que atravesar un barrio de almacenes completamente desierto.

—Pero ¿por qué, en tales condiciones, no he de ir a vestirme a mi casa de Astor Street? —preguntó Middleton—. Por supuesto, le prestaré con mucho gusto la ayuda que necesita en la cuestión del lago Winneback, sin pedirle ninguna compensación por ello. Pero ¿por qué…?

—Porque —respondió vivamente Fortescue— estos señores que han ideado este plan quieren preparar el terreno, diciendo, donde pueda llegar a oídos de las Martindale y de Van Ware, que está usted arruinado y ha desaparecido. Es muy posible que a ellas o a él se les haya ocurrido hacer que uno o dos detectives le vigilen a usted durante unos días antes de la boda, y por esto es mucho mejor que usted no se deje ver en los sitios que acostumbra a frecuentar. ¿Está claro? Además, recuerde, Jerry, que en todo el mundo el jefe es quien, generalmente, pone las condiciones al empleado.

—Bueno, bien está —dijo el joven—. Y ahora, otra pregunta: ¿No se correría el peligro de que a un vagabundo con esas trazas le impidieran entrar en la iglesia?

—Claro que sí —respondió Fortescue—; pero si yo entrego al celador un billete de cien dólares la noche de la boda y le digo que deseo ver casar a la señorita Martindale, pero que no quiero entrar por la puerta principal por temor a encontrarme con cierta persona, y que preferiría hacerlo por el pasadizo lateral de la iglesia, para lo cual debía encontrarme éste sin la llave echada, puede usted asegurar que este pasadizo estará cerrado sólo con el picaporte. Si el vagabundo pasa por allí, ya está dentro, ¿no? Puede usted llevar puesto un impermeable, que se quitará en el momento oportuno.

Después de todo es una boda pública. No se puede echar a nadie. Si se trata de un vagabundo tranquilo, que se conduce bien y conserva su impermeable bien abrochado, nadie puede expulsarle del templo.

—Me parece, Fortescue —dijo Jerry—, que ha debido de costarle mucho trabajo preparar todo eso.

—Sí —respondió el otro con calma—; pero no lo siento porque me considero responsable del bienestar de usted en esta tierra. Es la única manera que veo de ayudarle a ganar algún dinero. Es imposible que viva usted con ese mezquino estipendio que su padre le dejó —hizo una pausa—. Bueno; ya conoce usted los detalles con que creo se podrá llevar felizmente a cabo el plan que me expuso esta mañana el caballero cuyo nombre no puedo revelar. Si renuncia usted a esa suma, Jerry, es que está usted ciego. Y tenga en cuenta que, después de todo, no va usted a causar tanto daño como suponen esos señores. A mi juicio, no van a sacar gran provecho de su dinero.

—¿Y si me detienen? —preguntó Middleton.

—Pudiera ocurrir —dijo Fortescue con calma—; pero no hay ley ni civil ni eclesiástica que castigue una protesta verbal hecha al responder a la acostumbrada pregunta del sacerdote, ni hay ley alguna que prohíba llevar ropas andrajosas ni una barba de diez días.

—¿Por qué no han alquilado un vagabundo auténtico?

—¡Ah! En eso estriba el arte de su plan. El objeto de este pequeño acto melodramático es hacer ver al mundo los extremos de depravación a que arrastra esta señorita a los que fueron sus pretendientes, con su crueldad y su mal corazón. Ahí está el «quid»: que un verdadero ex prometido, y no un hombre cualquiera, aparezca reducido al estado de vagabundo, de parásito, porque esa señorita haya preferido un marido con un millón.

—Es ingenioso, en efecto —asintió Middleton—. Una obra de arte ejecutada por unos cuantos pintores que no reparan en

lo caro de los colores —hizo una pausa—. Realmente, Fortescue, se trata de una cosa contraria a mi modo de ser; que me repugna. Me gustaría ser espectador, pero no me agrada ser actor. Y hablando de otra cosa, ¿cuál era ese otro medio de sacar dinero que iba usted a decirme y que me permitiría ganar cerca de cien dólares por semana durante un año?

—Eso —dijo Fortescue— me demuestra de una manera concluyente que es usted un elegido de la diosa Fortuna. Un hombre a quien conozco desde hace mucho tiempo quiere hacer conmigo la apuesta de que usted no satisfará el deseo de su padre de que durante un año lleve a diario las gafas de que habla en su testamento. Quiere apostarme cinco mil dólares, y aunque a mí no me gusta apostar sobre una cosa tan incierta como es la voluntad ajena, si usted quiere ganarse cinco mil dólares cumpliendo lo que sería mi postura en la apuesta, yo la aceptaría, más por usted que por mí; adelantaría el dinero como si fuese yo quien apostase, y si usted se porta bien conmigo, suya será la ganancia. En otro caso, yo perdería cinco mil dólares, nada más. En otras palabras: le proporciono la ocasión de beneficiarse de esta apuesta, que no puede fallar, puesto que el ganarla depende sólo de usted.

—Le agradezco su generosidad, Fortescue. ¿De modo que ese señor no cree que vaya a cumplir la voluntad de mi padre? ¿Quién es?

—No le conoce usted —dijo el otro lacónicamente—. Se trata de un «sportsman» retirado, con mucho dinero y alma de jugador. Se llama Ferdinand Wheeler.

—Ya —el joven se quedó largo rato pensativo—. ¿Hay alguna probabilidad de que ese señor Wheeler no pague la apuesta en el caso de que yo cumpla el deseo expresado en el injusto testamento de mi padre?

—No le daríamos ocasión para eso —dijo Fortescue prontamente—. En primer lugar, llamaríamos a los periodistas y anunciaríamos públicamente su propósito de cumplir lo

dispuesto en el testamento. Esto sería un anuncio oficial hecho al mundo entero. Luego, cuando a su debido tiempo, antes de transcurrir los noventa días de la muerte de su padre, empezase usted a llevar las gafas, se haría una figura tan popular que si usted seguía usándolas Wheeler no podría evadirse. Por otra parte, el dinero quedaría depositado en manos de una tercera persona, y todo quedaría bien atado. Sólo usted, amigo mío, podría hacer que perdiéramos la apuesta si, por inadvertencia o voluntariamente, fuese a algún sitio desprovisto de ese adorno, después de haber empezado a llevarlo. Así, pues, decídase y esta noche le enviaré unos reporteros a su casa; y en cuanto a Wheeler, esta noche le telefonearé para preguntarle si persiste o no en su idea. Seguramente persistirá en ella.

Siguió un silencio profundo al terminar Fortescue de hacer su segunda oferta y, finalmente, habló Middleton.

—Su segunda proposición implica mucho más trabajo que la primera, pues hace falta un año de esfuerzo, aunque no discuto que esté bien pagada. La primera, en cambio, representa una pequeña fortuna en media hora, el tiempo que pueda invertir en ir de esa casa de madera de mi padre a la iglesia y representar mi papel.

—Supongo —siguió diciendo tras una pausa— que si me decidiera, me enseñaría usted mañana, domingo, la vieja casa de madera, la puerta del pasadizo de la iglesia de St. Andrew y todo, ¿no?

Fortescue asintió:

—Esa era mi idea: que lo viéramos todo. Puedo darle una llave duplicada de la casa y otra de mi choza del lago Winneback. Piénselo, Jerry; piénselo bien. ¿Hay algo en este mundo que usted desee con afán, sin poderlo lograr, y que pudiera tal vez conseguir con esos quince mil dólares?

¿Había algo en el mundo que él desease con afán, sin poderlo lograr? No había nada, pensó Middleton con tristeza. Pero, de repente, se detuvo en sus reflexiones. Había algo…,

algo que él deseaba más que nada en la vida y que, hasta que las palabras de Fortescue no pusieron ese anhelo al descubierto, lo había borrado de su mente, dándose cuenta de la imposibilidad de conseguirlo. Sí; había algo en el mundo que él deseaba con toda su alma. Estaba hambriento de amor, y aunque éste no pudiera comprarse con quince mil dólares, ¿cuánto no le ayudaría esa suma, distribuida entre una docena de agencias de detectives y sus sucursales, a averiguar el paradero de cierta muchacha, cuyos cálidos labios habían oprimido los suyos en la lejana Australia; cuyo cuerpecito flexible, dentro de su terso uniforme de enfermera, había tenido entre sus brazos durante breves segundos, y cuya adorable persona se había escapado de su vida para siempre? Podía ser posible encontrarla de alguna manera, por algún medio, por procedimientos conocidos únicamente de aquellos que buscan por el mundo a las personas desaparecidas. En un instante tomó una resolución que a él mismo le sorprendió, pero terminante, absoluta, inequívoca.

Se inclinó hacia adelante en su sillón.

—Fortescue —dijo pausadamente—, esta proposición hecha por esos señores con respecto a la boda de Pamela Martindale y Van Ware, y que estoy decidido a aceptar, no es cosa de juego, ni fácil de llevar a cabo. ¡Oh, sí! —dijo conteniendo con un ademán la interrupción que estaba a punto de salir de los labios de Fortescue—; ya sé que tampoco fue cosa de juego lo que ella hizo conmigo, y si hubiese usted estado delante cuando me despreció lo comprendería mejor. Pero no es por espíritu de venganza por lo que voy a aceptar esa proposición, ni por lo que representa el dinero, al menos el dinero en sí, sino por algo que tal vez el dinero pueda procurarme. Contesto, pues, sí. Y contesto que sí no sólo a la primera proposición, sino también a la segunda, con tal que tenga usted la bondad de poner por mí los cinco mil dólares de la apuesta. Lo haré todo, Fortescue; no tema. Voy a gastarme el dinero de la manera más loca que nadie ha podido

gastarlo: en tratar de encontrar una aguja muy fina en un gran pajar.

—¡Pobre Pamela…! ¡Pobre Pamela! —exclamó luego, moviendo la cabeza con sentimiento—. No está bien…, no está bien; pero tiene que ser. ¡Pobre Pamela! Parece como si la Fatalidad hubiese decidido que ella tenga que acordarse durante muchos años, quiera o no, del pobre diablo a quien plantó…; de aquel muchacho de Australia.

—Olvídelo —dijo Fortescue cruelmente—. Ella lo ha querido.

Los dos hombres siguieron hablando durante unos veinte minutos, y a medida que hablaban, lo que hasta entonces sólo había sido un proyecto bosquejado se convirtió en un programa detallado, como un polo magnético atrae en torno suyo una serie de limaduras de hierro. Al fin, Middleton se levantó y dijo:

—Entonces le veré a usted mañana para que vayamos a esos sitios. Si ha de salir esa información en los diarios de la noche, será mejor que estemos de vuelta a tiempo de coger a los periodistas antes que los periódicos cierren la edición. Confío en que depositará usted mañana el dinero de la apuesta, a fin de que, después, pueda empezar a ganar los cinco mil dólares. Bien. Le veré a usted al mediodía, Fortescue.

—Pues hasta las doce, y enhorabuena, Jerry —dijo Fortescue, levantándose—. Ya ha hecho usted suya una destacada máxima americana que dice: «Coge el dinero cuando el provecho es bueno» —y acompañó hasta el vestíbulo al joven, de quien se despidió con un apretón de manos más efusivo que los que hasta entonces le había dado, y al cual añadió todavía una amistosa palmadita en la espalda cuando su visitante empezaba a bajar por las escaleras, ricamente alfombradas.

Pero si mientras Middleton esperaba un autobús en Sheridan Road, soportando el aire frío de la noche, hubiese

podido ver lo que estaba ocurriendo detrás de la fachada de ladrillo anaranjada y de las bien cerradas persianas del piso de soltero de Fortescue, habría hallado grandes motivos de reflexión y de curiosidad. Porque no bien se hubo ido y el golpe de la puerta del portal anunció su salida, Fortescue se dirigió a las cortinas que separaban parcialmente el gabinete del pequeño cuarto contiguo y asomó a él la cabeza. Al hacerlo, una figura oscura, que estaba sentada a un lado de la abertura, y que tenía un lápiz en la mano con la punta iluminada por una lamparita eléctrica y docenas de cuartillas de papel blanco escritas, se levantó en la semioscuridad y se estiró como un gato enjaulado.

—Ya se ha ido —anunció Fortescue—. ¿Ha tomado usted todo?

—Todo: nombres, fechas, cifras y detalles —fue la respuesta.

El que estaba sentado entró, parpadeando, en la habitación alumbrada.

—Por Dios, jefe; le ha exprimido usted hasta los tuétanos. Debía usted haber sido abogado en vez de otra cosa. Recogeré ahora esas cuartillas para ordenarlas y luego las repasaremos juntos, si le parece bien.

VII. La ventana encendida

Cuando Jerry Middleton llegó a la choza de pescador de Fortescue el lunes por la tarde, 29 de septiembre, la encontró muy de su gusto. El pequeño lago reflejando la luz solar de la tarde; sus orillas completamente rodeadas de bosque, en el que no había entrado aún, al parecer, el hacha del leñador; una playa en pendiente, que ofrecía un pequeño embarcadero, y la choza, situada al fondo de la playa, en un claro natural; todo sugería que aquel paraje era ideal para un morador de grandes ciudades. Y, al abrir la puerta de la choza, vio que iba a estar más que cómodo, pues había dos habitaciones completas, la mayor de las cuales contenía una tarima de pino claro, una mesa, dos amplias sillas, una chimenea de cemento con leña cortada y mañosamente apilada frente a ella, y dos linternas de petróleo, colgadas; la otra era, una pequeña cocina.

Respecto a si iba a estar solo durante los diez días siguientes, en los que no sólo aseguraría a Fortescue el título de propiedad de tan atrayente vivienda, sino que al mismo tiempo adquiriría aquel aspecto que le iba a valer diez mil dólares, eso no lo sabía; pero sí estaba seguro de una cosa: de que no podría estar más solitario que en Chicago.

Se instaló con los libros y revistas que había traído en dos paquetes, así como los avíos que Fortescue le había proporcionado, y se dispuso a dedicarse a la soledad y a la pesca.

La soledad era, en efecto, absoluta, porque la enorme franja de terreno que rodeaba el lago era de propiedad

particular, y también porque, habiendo desaparecido el calor del verano, nadie bajaba a la orilla del lago. Era, en realidad, dueño y señor de aquel dominio, y se sentía un Robinson Crusoe que poseía un lago en vez de una isla.

A medida que pasaban los días y se miraba en el único espejo que había en la choza, llegó a asustarse de la manera que le crecía la barba; como a saltos. Nunca, desde aquellos días de las trincheras, había adquirido su rostro aspecto tan salvaje, tan repulsivo; y con la piel tostada por su larga permanencia al sol empezaba a parecerse al hombre de las cavernas.

Más de una vez se preguntó qué dirían los reporteros que habían acudido la noche del sábado a la casa de Astor Street, en respuesta a la llamada telefónica de Fortescue, si pudieran ver ahora a aquel joven apuesto, pulcramente afeitado, a quien habían visitado para obtener un nuevo capítulo de la historia de la herencia de las gafas; y se preguntaba también, a veces, qué pensarían los que leyesen al día siguiente un relato en el cual su persona, es decir, su retrato sacado de las fotos anteriores, aparecía otra vez con su acostumbrada indumentaria inglesa pero llevando ahora puestas aquellas horribles gafas que iba a usar durante un año entero.

No cogió muchos peces —aunque algunos picaron en el anzuelo—, y pudo darse cuenta de la afirmación de Fortescue de que la población flotante del lago era de un color muy rojo.

Pero, si no cogió muchos, por lo menos aprendió con la práctica a no perder la presa lograda. Se vistió con el traje de pana que le había dado Fortescue y cocinó sus comidas en la pequeña chimenea de la choza, pues las noches eran ya demasiado frescas fuera. Por las noches acostumbraba a leer un rato a la luz de las brillantes linternas de petróleo, y después de fumar un poco se quedaba dormido, envuelto entre mantas, en su tarima, en donde, las pocas veces que soñaba, era siempre con aquella tierra lejana que nunca volvería a ver, a no ser en calidad de mero visitante. Aunque parezca

extraño, a pesar de su soledad y de su ansia de amor, sus sueños giraban siempre alrededor del anciano doctor Phineas Harrow, del hospital de urgencia de Sydney, como si su subconsciente tratara de apartar de sí la visión de aquella muchacha de la cual, por desgracia, no tenía ningún retrato mental que le sirviera de imagen de ensueño, aquella muchacha en cuya busca pensaba invertir todo el dinero ganado por este procedimiento reprochable. Quería, al menos, probarse a sí mismo lo que era la lucha contra el Destino.

Ningún empleado oficial se presentó durante los diez días que estuvo dedicado a la pesca y a la lectura, a fin de asegurar a Fortescue la propiedad legal de aquel lugar, y empezó a comprender que aquél se había dejado impresionar demasiado por los escuetos detalles de las condiciones en que le había sido hecha la concesión. Middleton sabía muy bien que esas cosas ocurrían habitualmente en Australia, donde las concesiones gubernamentales de terrenos debían ser visitadas de cuando en cuando para comprobar si sus concesionarios las ocupaban realmente o no; pero cuando se trataba de los funcionarios demasiado atareados de la Commonwealth y de concesiones que estaban muy en el interior del país, se creía a los concesionarios bajo palabra.

Era un joven muy bronceado el que cerró la choza a última hora de la tarde del 9 de octubre, día inolvidable en el que Pamela Martindale debía unirse con lazos sagrados a Carleton Van Ware; era un joven con una barba hirsuta, de color rojizo, que le cubría el rostro casi por completo y le hacía asemejarse a un mestizo de esos viejos mendigos que se ven en las calles de las ciudades de Australia, o a un gorila de circo ambulante; y era un joven que ahora no parecía joven ni viejo, de tan cambiado como estaba con este añadido. Al mirarse por última vez al espejo se dijo que casi podría ser detenido por la Policía como sospechoso; pero, vestido como estaba, con su traje de caza de pana, su gorra de lo mismo y una caja de cañas de pescar en la mano, sabía que la explicación de su

extraño aspecto se evidenciaba por si misma.

Hizo señas para que parase el ferrocarril interurbano que pasaba cada hora por el lado oriental del bosque que rodeaba el lago, y al subir al vehículo el cobrador le miró, asustado, al ver su aspecto; y menos mal que no llevaba ningún paquete. Una hora después se apeaba del último coche del interurbano en la vía L de la Quinta Avenida. La gente se volvía para mirarle, llena de curiosidad; pero parecía convencida de que se trataba de un pescador solitario que había pasado muchos días en contacto con la Naturaleza.

Oscurecía. Siguió andando hasta State Street, y allí tomó un tranvía en el que había suficiente número de obreros nocturnos negros, de aspecto poco atractivo, con sus picos, palas y ropa de faena, para que su extraña traza pudiera pasar inadvertida; pero hasta esos mismos ciudadanos del rudo trabajo se le quedaron mirando. Se sentó junto al que parecía más tosco de todos, y así fue hasta Kinzie Street, donde se apeó, sintiendo al hacerlo una sensación de alivio.

Como ya había visitado con Fortescue la casa de su padre aquel domingo, hacía diez días, antes de marchar al lago, Middleton pudo encontrarla fácilmente a menos de una manzana al oeste de State Street, con sus ventanas enmaderadas alumbradas por los chisporroteantes arcos voltaicos de enfrente. Rústica, sin pintar, con sus cimientos de ladrillos desmoronados, cerrados con maderas clavadas los huecos de la planta baja y del primer piso para cerrar el acceso a los intrusos, rotos en su mayoría los cristales de los pisos superiores, la casa parecía —situada, como estaba, entre dos grandes edificios de piedra y ladrillo destinados a almacén de mercancías— como un intruso testarudo que se negara obstinadamente a apartarse de allí para que aquel lugar, lleno de otros almacenes y fábricas, pudiera convertirse en un barrio completamente comercial. Subió los desvencijados escalones de delante, se detuvo un momento ante la puerta adornada con las cifras «44», de deslucido esmalte, y entró.

Como durante su anterior visita a la casa, él y Fortescue tuvieron que recorrerla encendiendo cerillas, ahora tenía que hacer esfuerzos de memoria para recordar la distribución interior del rústico inmueble. Al cerrar la puerta de la calle encendió una cerilla. Veíase el mismo vestíbulo empolvado de la otra vez, con la escalera que conducía arriba y las puertas que daban acceso al amplio corredor que pasaba por delante de la de lo que en un tiempo había sido sala principal y sala trastera, respectivamente. La escalera estaba ahora entablada, indicando que Fortescue había descubierto en su última visita que no era un medio seguro para subir al segundo piso.

Como la cerilla le estaba ya quemando los dedos, miró en derredor buscando un mechero de gas, pues Fortescue le había prometido que durante su estancia en el lago Winneback arreglaría la llave de entrada para que tuviese fluido. Pero no había mechero alguno en el vestíbulo, y tuvo que encender otra cerilla, que le sirvió de guía para llegar a la segunda puerta, la de la sala trasera; habitación que ambos convinieron fuese el lugar donde se pusiera tranquilamente las ropas con que había de interrumpir la boda de Pamela Martindale con Van Ware.

Aquí fue más afortunado en cuanto a mecheros de gas, pues de la pared salía un único tubo de latón, provisto de una llave, por la cual salió un chorro de gas que ardió alegremente con la llama de su cerilla. Encendida la luz, miró en torno suyo. Se hallaba en una habitación de construcción antigua, muy alta de techo, en la que había una gran ventana con pequeños cristales cuadrados, y a cuyos lados podían verse telarañas de todos tamaños. El papel de la pared, lleno de pintadas rosas encarnada —flamante en otro tiempo—, formaba ahora bolsas a causa de la humedad, y la atmósfera, sin renovar, despedía fuerte olor a moho.

Lo más importante, sin embargo, era que Fortescue había depositado en aquella habitación de la casa abandonada los objetos necesarios para que Jerome Middleton pudiera

después salir de allí convertido en un vagabundo de la peor especie.

Un espejo barato pendía de la pared, debajo del mechero de gas, y sobre un viejo cajón había un traje cuidadosamente doblado. De un clavo próximo colgaba un despertador de brillante níquel y costosa fabricación, al cual habían dado, sin duda, cuerda aquella misma mañana, y puesto en hora para que el plan proyectado pudiera llevarse a cabo con exactitud.

Marcaba las siete y cuarto. Sobre un impermeable cuidadosamente doblado, puesto en el suelo, había un sombrero viejo de fieltro, sin cinta, y al lado un par de lo que habían sido unos zapatos en otro tiempo.

Middleton se acercó con curiosidad al cajón y cogió la ropa, que examinó prenda por prenda. Era indudable que Fortescue había hecho justicia, más que justicia, a la proposición. Chaqueta, chaleco y pantalones estaban rotos y deshilachados, y mostraban aquí y allí un tosco zurcido y un remiendo aún más tosco. Ningún mendigo de los que aparecen en los escenarios de los «music-halls» de Melbourne podría apetecer un traje más a propósito para representar su papel. Una camisa arrugada de negros lunares chillones, y sin cuello, estaba tirada sobre lo demás.

Lanzando un suspiro, Middleton se sentó en el cajón y empezó a quitarse la ropa que llevaba. Se sacó primero la chaqueta de pana, luego los zapatos, después la camisa de franela y, con cierto sentimiento de disgusto, comenzó a ponerse las prendas que le habían procurado. Miró a los zapatos con repugnancia, pues eran demasiado grandes, tenían muchos rotos, gastados los tacones y, lo que era más desagradable, se veía que los había usado otra persona. Sin embargo, se los calzó suspirando, los ató como mejor pudo con los viejos bramantes que servían de cordones y luego se puso en pie, y con el grasiento sombrero sin cinta en la cabeza fue a mirarse en el espejo con curiosidad.

El reloj, cuyo tic-tac oía cerca de él, marcaba las ocho

menos diez; sabía, pues, que le quedaba mucho tiempo hasta la hora de salir. En cuanto a su caracterización, facilitada por los diez días que llevaba sin afeitarse, no pudo menos de preguntarse con desesperación si era en realidad Jerome Middleton o un vagabundo trasnochado de las líneas férreas. Y como no hacía muchos años que había dejado de ser niño, sonrió burlonamente a medida que se daba cuenta, por primera vez, de que lo que iba a hacer esa noche era una travesura loca, atrevida, desvergonzada, si se quiere; pero sólo una travesura.

Se puso el impermeable. Tenía poco que trasladar a los bolsillos de las nuevas ropas; pero lo que tenía, a excepción de la llave de la choza de pescador, que dejó en la chaqueta de pana, lo pasó de un bolsillo a otro: algo de dinero, la caja de cerillas, la llave de aquella casa, un espejo de bolsillo y…

Sus dedos palparon algo en el bolsillo interior de la chaqueta de caza que se había quitado. Lo sacó rápidamente. Era un amplio y moderno estuche que contenía las antiguas gafas contra el sol; lo único que había recibido de la enorme hacienda de su padre. Y la sonrisa burlona que había aparecido en su rostro se convirtió poco a poco en una expresión de amargura.

Abrió el estuche, y sentado en el cajón, las miró con algo más que curiosidad. Dentro de poco tendría que llevarlas a todas partes, todos los días, en todo momento, durante un año entero, si quería ganar los cinco mil dólares que Fortescue había apostado por él.

Pesaban mucho con el estuche, y como todavía le quedaba tiempo de sobra las sacó de aquél. Pero como aun sin el estuche distaban mucho de ser ligeras, se puso a pensar, preocupado, lo que le iba a molestar este armazón de plomo a la media hora de tenerlo puesto. Dejó el estuche en un lado del alféizar de la ventana, y por segunda vez en su vida desde el día en que le habían retratado con ellas, se las colocó cuidadosamente sobre la nariz y enganchó sus pesadas ramas

detrás de las orejas. Eran, en efecto, pesadas y molestas de llevar. Al ponérselas, la silbante llama amarilla del gas se convirtió en una silbante llama azul, que creaba con tan lúgubre iluminación un ambiente aún más triste que antes en aquel tenebroso cuarto.

Se levantó de su improvisado asiento y se miró al espejo. Si antes había estado grotesco, ahora lo estaba mucho más con sus ojos ocultos tras los antiguos cristales azules oblongos, con aquella armadura gruesa de plomo y sus ramas sostenidas por toscos pasadores plúmbeos, con sus extremos doblados cada uno hacia un lado. Estaba mirando con desconsuelo a su reflejo, cuando se dio cuenta, de repente, de que la iluminación del cuarto iba desapareciendo. Observó, fascinado, el mechero de gas que se reflejaba en el espejo por encima de su hombro izquierdo. Su llama iba lentamente disminuyendo…, disminuyendo…, y, por último, desapareció.

Se quedó a oscuras: una oscuridad absoluta, estigia. Durante un instante permaneció sin saber qué hacer, sobrecogido por el cambio, y, de pronto, se echó a reír, produciéndole extrañeza su propia voz. Comprendía lo que había ocurrido. Fortescue le dijo que la casa tenía un contador de gas, modelo antiguo, en el cual había que introducir una moneda americana de veinticinco centavos para que saliera fluido por valor de dicha cantidad. El que fue secretario de su padre había asegurado indudablemente el suministro de gas durante esa noche echando la correspondiente moneda; pero en alguna parte de la cañería, tal vez en el piso bajo, existía algún escape por donde en poco tiempo se había salido la equivalencia de un cuarto de dólar de gas. ¡Y el contador se había cerrado esperando que le echaran otra moneda!

Pero mientras se hallaba en la oscuridad, completamente olvidado en aquel momento del peso de plomo que tenía encima de las narices y en las orejas, pensando si pasaría el tiempo que le quedaba en compañía de cerillas encendidas o proveería al recalcitrante contador de otros veinticinco

centavos, ocurrió algo que detuvo sus resoluciones, aún no formadas.

La oscura parte exterior de una ventana que tenía al lado se iluminó de repente con un brillante rectángulo de luz. Era la luz de una ventana que se hallaba frente por frente de la suya, y en la cual alguien había alzado la persiana, tal vez para dejar entrar el aire fresco. La mano de Middleton, que iba camino del bolsillo donde tenía las cerillas, se detuvo en el aire y cayó a lo largo, pues la escena que quedó al descubierto era bastante extraña.

Centrado en el contorno de la otra ventana, y no lejos de ella, se hallaba un anciano de barba blanca, vestido con una larga túnica de tela negra, sobre la cual destacaba, cosido, un número de cifras blancas. Estaba de pie delante de lo que, al parecer, era la cabecera de una larga mesa, pues su extremo se veía junto con la silla, del anciano.

Lo raro de esa túnica hecha de negra tela de cámara mortuoria, y con aquellas cifras blancas, que, al volverse el anciano de espaldas, descubrieron el número «12» hizo que Middleton se acercase a su ventana, y desde ella, con la nariz casi aplastada contra el cristal, completamente olvidado de las gafas de plomo que tenía puestas, procurara enterarse del objeto de aquellas vestiduras. La ventana de donde procedía el rectángulo de luz estaba justamente enfrente y distaba acaso unos quince pies de donde él estaba —con una caña de pescar de buen tamaño se habría llegado desde el alféizar de su ventana al de la otra— y él se sentía como una persona que estuviese dotada del don de la invisibilidad, ya que estaba envuelto en la más completa oscuridad y el sitio adonde él miraba se hallaba profusamente iluminado.

Y ahora, si el anciano constituía por si mismo algo inexplicable, lo que hizo a continuación lo era mucho más. Volvió aquél a ocupar su sitio al extremo de la mesa, y desde un punto inferior al nivel del alféizar levantó hasta la mesa un gran cartel de cartón blanco, sobre el cual, en inconfundibles

caracteres negros, se leía el nombre de JOHN D. ROCKEFELLER. ¡John D. Rockefeller! El hombre más rico de América, según se afirmaba. Middleton siguió mirando atentamente. El viejo, después de apoyar el cartel en un libro grande, sacó de un bolsillo de su túnica un puñado de tarjetas blancas, y con ellas en la mano desapareció por el extremo visible de la mesa, para reaparecer, un minuto o dos después, sin las tarjetas. Parecía, sin embargo, que conservaba una en la cual escribió algo con mano firme y la dejó boca abajo en su sitio de la mesa. Luego desapareció otra vez, y al reaparecer de nuevo había recogido todas las tarjetas. Las contó una por una, colocando unas a un lado y otras a otro, y después se movieron sus labios como si estuviese hablando a mucha gente. Pero sus palabras no llegaban a oídos de Middleton por estar cerrada la ventana, y lo único que vio fue cómo movía negativamente la cabeza.

Una vez más —¡la segunda!— el anciano bajó la mano y sacó otro cartel grande, que apoyó, como el primero, en el mismo libro, y en el cual se leía, en los mismos gruesos caracteres, el nombre de HENRY FORD. Volvió a repetirse, hasta en los menores detalles, la escena de antes. Se distribuyeron tarjetas entre los invisibles ocupantes de la larga mesa, el anciano volvió y marcó la suya, y entonces Middleton se dio perfecta cuenta de que se estaba verificando una votación.

Con la nariz aplastada contra la ventana observó la escena con fascinación, ensimismado, sin osar moverse por miedo a perder nada de cuanto estaba ocurriendo.

Nuevamente, y como antes, el anciano dio su vuelta a la mesa, y volvió con un puñado de tarjetas que demostraba que por lo menos veinte personas estaban reunidas a lo largo de aquélla. Contó las tarjetas con rapidez y destreza, y, después de pasarse la mano por la barba y de calarse un par de lentes con montura de oro, hizo un movimiento de cabeza.

Luego se produjo algo que fue el más emocionante de

todos los incidentes ocurridos hasta entonces. El nuevo cartel puesto en la mesa tenía trazadas con letras negras estas tres palabras: JEROME HERBERT MIDDLETON.

Y Middleton se quedó boquiabierto, pues estaba asistiendo a un drama que, en cierto modo siniestro, le afectaba.

Lleno de confusión, vio al anciano desaparecer con las tarjetas, volver, marcar la suya y eclipsarse de nuevo para reaparecer con las tarjetas marcadas. Luego las contó, se acarició la barba, volvió a contarlas y, después de hacer movimientos afirmativos de cabeza, se levantó y dirigió unas cuantas palabras a los allí reunidos. Middleton hubiera dado un mundo por oír estas palabras, fuesen las que fuesen; pero se lo impidió la ventana que tenía delante; y como el discurso continuara, cogió el marco frenéticamente para levantarlo, pero se encontró con que no se movía, pues, al parecer, estaba clavado en la parte inferior.

Llegó entonces lo que constituía el siniestro objeto de todos aquellos inexplicables preparativos. El anciano bajó una vez más la mano y colocó sobre la mesa, delante de él, una inmensa cosa negra de forma esférica —debía de ser de hierro fundido—, con un pequeño agujero, del cual salía un trozo largo de mecha, que parecía una serpiente. Lo alzó para que todos lo vieran, y habló rápidamente, señalando primero a un sitio de la mesa y luego a otro. Como para demostrar algo que había explicado, encendió una cerilla, con la cual prendió la mecha, que ardió con gran chisporroteo, mientras el anciano hizo un ademán para evitar cualquier alarma. De repente la apagó con los dedos, y, volviéndose hacia el cartel que había tenido los votos afirmativos, señaló primero a la bomba —pues se trataba, indudablemente, de una bomba—, y luego al nombre y a la invisible asamblea.

En este momento fue cuando Middleton se dio cuenta de que estaba viendo este drama siniestro a través de gafas coloreadas, que tenían que disminuir necesariamente su agudeza visual. Rápidamente agachó la cabeza y,

quitándoselas de un tirón, volvió a pegar la nariz al cristal.

Pero ya no vio más. Algo había ocurrido en el breve intervalo en que tuvo apartada la vista de aquella diabólica escena. O alguien se había levantado de repente y apagado las luces porque se hubiese dado la voz de alarma, o era sencillamente que habían bajado la persiana para asegurar el absoluto secreto de la reunión que allí se celebraba. El caso es que Middleton se quedó una vez más sumido en una oscuridad estigia, sin más luz que la de un estrecho rectángulo, que indicaba el sitio en que momentos antes había una ventana abierta. Ya no iba a ver más; pero de una cosa estaba seguro: de que su persona no pudo haberles alarmado, pues, protegido como había estado por la oscuridad de su habitación y por la negrura de afuera, no podía vérsele desde la otra ventana. Por lo tanto, había que suponer que habían bajado la persiana. Esa parecía la explicación lógica.

Pero allí, en la oscuridad y latiéndole con fuerza el corazón por la impresión de lo que acababa de presenciar, Middleton empezó a darse cuenta del verdadero significado de lo que había visto. Una reunión de radicales de la peor especie — hombres casi enloquecidos por sus tendencias anárquicas; hombres del tipo que debía suponerse ya desterrado de toda sociedad civilizada— habían acordado esa noche que de un grupo de individuos poseedores de grandes fortunas uno debía de morir por la explosión de una bomba. Y ese uno —Jerry Middleton gimió ante la ironía del Destino— no tenía ni podía recibir ni siquiera la milésima parte de la fortuna que se le atribuía.

Era una suerte, se dijo con cara ceñuda, que hubiese venido a esta casa, aun con el propósito reprensible que le guiaba, pues esto le había permitido descubrir una conspiración que pudiera haberle costado la vida; una conspiración de la cual nunca se hubiera enterado la Policía americana; un complot en cuyas redes habrían caído otros hombres ricos de América antes de reducirlo a la impotencia.

Y se dijo que tenía que ser abortado de la manera más rápida que él pudiera conseguirlo.

Se guardó las gafas en el bolsillo derecho de la americana, y con ayuda de cerillas encendidas se dirigió a la puerta de la casa y, una vez fuera, bajó apresuradamente los escalones hacia la calle desierta. Cuando miró al reloj por última vez eran las ocho y cuarto; le quedaban, pues, tres cuartos de hora para recorrer las cinco manzanas de casas que le separaban de la iglesia de St. Andrew, y, por lo tanto, tiempo de sobra para ir tan aprisa como le llevasen sus piernas al pequeño estanco que había visto al apearse del tranvía en Kinzie Street.

Se había olvidado completamente en aquel momento de su aspecto, y como en el estanco no había ningún espejo, no pudo darse cuenta al entrar de su traza, cubierta en parte por el impermeable. Aunque con la contenida excitación de que estaba poseído era dudoso que se hubiese mirado mucho tiempo a un espejo. La tienda estaba desierta, y un dependiente soñoliento que cabeceaba detrás del mostrador quedó, al verle, como galvanizado por un vivo terror. Quizá sospechó que pudiese ser un atraco; quizá no supiera qué hacer ante la repentina aparición de este vagabundo peludo y desastrado. Pero las primeras palabras que pronunció aquel hombre le hicieron temer un posible robo del cajón del dinero.

—¿Tiene usted teléfono? —preguntó inmediatamente Middleton.

—Sí, ahí dentro. ¿Quiere usted una ficha?

Pero Jerry Middleton movió la cabeza negativamente. Las manillas de un reloj de pared, cuyo tic-tac se oía, marcaban las nueve menos cuarto. Si el reloj iba bien, tenía que darse prisa.

—Necesito —dijo— llamar a la Policía…, a la estación de Policía más próxima para dar un aviso. Pero no puedo esperar…, tengo que irme…, y se trata de algo que hay que hacer enseguida. ¿Quiere llamar usted mismo?

El empleado le miró de un modo que parecía indicar que el llamar a la Policía en aquel momento en que la tienda estaba falta de toda protección era cosa que podía hacer muy fácilmente, y por esto asintió con vehemencia.

—Dígales —dijo Middleton rápidamente al ver el signo afirmativo del otro—, dígales que en la casa número 44 de Kinzie Street, aquí detrás, un grupo de anarquistas acaba de celebrar una reunión y ha acordado asesinar a Jerome H. Middleton, de Chicago. Tienen una bomba y han echado a suertes entre él, John D. Rockefeller y Henry Ford. Diga también que si se dan prisa pueden coger a toda la partida.

El dependiente del estanco se apoyó en el mostrador con los ojos muy abiertos.

—¡No es posible! ¿Es que…, es que es usted detective? Me lo figuré apenas le vi entrar.

Pero Middleton estaba ya en la puerta, con la mano en el picaporte, esperando sólo a que el otro corroborara verbalmente los datos. El dependiente asintió con energía, y dijo:

—Espere, a ver si le he entendido bien. Un grupo de anarquistas ha celebrado una reunión detrás de esta casa, en el número 44; la casa de madera, ¿no? Han acordado asesinar a Jerome H. Middleton, de Chic…; pero calle; ése es el que salió en los papeles…, el hijo de Digby Middleton, el de los específicos. Sí, le he entendido perfectamente. Pero dígame: ¿dónde se le puede ver a usted luego?

—Yo iré más tarde a ver personalmente a la Policía, cuando hayan cogido a toda la pandilla, para contar todo lo que vi —respondió Middleton apresuradamente. El reloj de pared seguía marchando inexorablemente—. Ahora tengo que irme. Es un asunto importante. No se le olvide: telefonee inmediatamente.

Y lo último que vio al salir fue al dependiente, que descolgaba el auricular del teléfono, instalado en la trastienda, y pedía rápidamente un número. Le hubiera gustado mucho

haberse quedado allí para observar desde un punto estratégico, al otro lado de la oscura calle, cómo la Policía acordonaba todo el barrio y capturaba a toda la partida. Dentro de veinte minutos iban a ocurrir allí, seguramente, algunos incidentes emocionantes; pero ninguno de ellos le iba a producir diez mil dólares, y sin los diez mil dólares, más los otros cinco mil que ganaría por llevar un par de gafas de plomo durante un año, no lograría encontrar nunca aquel par de cálidos labios que una vez se unieron a los suyos. Como decían los Tommies y los Anzac, había que «seguir adelante»; y siguió su camino a toda prisa, yendo instintivamente por el lado más oscuro de cada manzana que atravesaba.

No fue directamente por el Este al Michigan Boulevard, sino que torció hacia el Norte, en Cass, una calle lúgubre, por donde no pasaban ni coches ni gente, a causa de que no tenía puente para cruzar el cercano río. Allí apresuró el paso, recorrió enteramente Ohio Street, en cuya intersección con el bulevar se alzaba la iglesia de St. Andrew, y volvió hacia el Este hasta llegar a la calle situada más allá. Esta maniobra le condujo a un punto que él y Fortescue eligieron aquel domingo, diez días antes: un punto en el que una calleja oscura, que salía a una calle tan oscura como la otra, conducía a un pasadizo pavimentado, que, a su vez, llevaba a la pequeña y poco visible puerta lateral de la iglesia, que sólo utilizaban los sacerdotes y el personal del templo.

Bajó por la calleja con paso apresurado y torció hacia el pasadizo, desde el cual podía ver al final las luces de los numerosos «autos» de gran potencia que pasaban como centellas por el bulevar. Le complacía ahora el paseo preliminar dado con Fortescue, que le había permitido descubrir este seguro y oculto procedimiento de acceso. No le hubiera gustado tener que atravesar con aquella indumentaria el bulevar brillantemente iluminado, aunque sólo hubiese sido de esquina a esquina, para entrar en el pasadizo. Llegó a la pequeña puerta con su arqueado capote monástico. ¿Habría

arreglado Fortescue el que estuviese abierta? Y si así era, ¿lo estaría, en efecto? Puso la mano en el picaporte. Caso de no estar abierta, no le quedaría otro remedio que intentar introducirse francamente por la entrada principal del bulevar, y del buen éxito de semejante aventura tenía Jerry Middleton no pocas dudas.

Pero, no. Al hacer fuerza en el picaporte, la puerta se abrió, y, avanzando cautelosamente, se encontró en una gran iglesia abovedada, en un punto situado en medio de una nave lateral. Todo el templo estaba medio a oscuras, y había muchas personas en los bancos de delante de él. Un tenue murmullo de conversaciones competía en intensidad con el amortiguamiento de la luz. Más allá, en la parte de delante, estaban dos niños de pie, como imágenes talladas en mármol, y en una tribuna trasera vio a varios reporteros con sus cámaras fotográficas, dispuestas para retratar a los novios cuando salieran por la nave lateral después de la ceremonia. Asimismo vio colgados dos grandes sacos que parecían globos, y enseguida comprendió que se trataba del acostumbrado artificio para recoger el humo de las gigantescas llamaradas del magnesio.

Con la cabeza muy baja se dirigió sin hacer ruido a un banco vacío. Llevaba todavía abrochado el impermeable y se hallaba solo, detrás de numerosas espaldas bien vestidas. Estaba bastante alejado del público que iba a asistir al acto, lo cual le agradaba en extremo; pero aun desde donde estaba sentado podía oír resonar en las alfombradas naves los pasos de nuevos invitados que llegaban a docenas. Y los portazos de los carruajes que se oían a cada momento mostraban claramente la clase de gente que iba a ver casar a Pamela Martindale y Carleton Van Ware.

Al fin disminuyó la afluencia de invitados. Aunque estaba en el banco solo y apartado, su presencia no pasó del todo inadvertida para más de un componente de aquella digna asamblea. No sólo fijaron en él sus miradas imperiosas y de

sorpresa varios caballeros elegantemente vestidos de «smoking» al pasar en busca de buenos sitios para ellos y para sus esposas, sino que más de una señora, vestida de seda y artísticamente peinada, de las que estaban delante, al volver la cabeza para mirar los vestidos y peinados de otras, posaron sus ojos, con gran asombro, en aquella figura del impermeable, hundida en su asiento. Y más de uno de aquellos caballeros y señoras susurraban una o dos palabras al oído de su compañero o compañera, convirtiendo de este modo el escudriñamiento de uno en escudriñamiento de dos y hasta de tres.

Pero, a pesar de todo esto, Jerry Middleton permanecía inmóvil, sosegado, cortés, atento, y si había alguien que se maravillara de su presencia, le dejaba que siguiera maravillándose. Y cuando, de repente, se encendieron con gran brillantez las grandes arañas eléctricas de la iglesia, se elevó el murmullo de las conversaciones y un gran órgano lanzó las notas de alguna composición clásica, Middleton comprendió instintivamente que había llegado a la puerta del templo el coche de los novios, que el acontecimiento de la noche estaba a punto de ocurrir y que nadie se ocupaba ya de él.

Y su suposición era exacta.

A medida que entraba la comitiva nupcial tuvo ocasión de mirarla con curiosidad desde su sitio aislado. Pamela Martindale, que iba del brazo de algún miembro de edad de su familia, parecía extremadamente pálida; pero sus cabellos de oro, tan artísticamente peinados como de costumbre; la corona de azahar que adornaba su frente, el velo de gasa y el rico vestido de boda que llevaba realzaban el majestuoso aspecto que siempre había tenido. Llevaban la cola del vestido dos preciosas niñas, vestidas de encarnado, que parecían pequeñas hadas, y detrás iban el novio y su padrino, ambos de frac, con brillantes sombreros de copa y con rostros flacos y macilentos; pero la mirada de triunfo de uno de ellos le

señalaba claramente como Carleton Van Ware.

Como entre nieblas, con la barbilla apoyada en una mano, olvidado casi de lo que allí le había llevado, Jerry Middleton observó los preliminares de la ceremonia. Cuando cesó la música se hizo un silencio de muerte, y el sacerdote, con sus vestiduras talares, apareció por una pequeña puerta de detrás del altar. Siguieron varios actos de ritual, no todos comprensibles para Middleton; pero éste se irguió de pronto al darse cuenta de que en esos preliminares era cuando se pronunciaban las palabras fatales que para él significaban el tener que representar el papel de un truhán. En aquel momento hubiera querido encontrarse a mil millas de allí, no saber que existía Chicago, que Fortescue y los ex pretendientes vengadores de Pamela Martindale pertenecieran a otro planeta. Pero suspiró y apretó los dientes.

Y en ese mismo momento llegaron las palabras fatales, tan de repente que casi le cogieron desprevenido.

—Por lo tanto —dijo el sacerdote—, si alguien puede alegar justa causa que impida que se unan legalmente en matrimonio, dígalo ahora; si no, cállelo para siempre.

Por la manera mecánica de decir estas palabras se comprendía que el sacerdote las había pronunciado ya millares de veces. Así es que, no esperando que nadie respondiese, se dirigió automáticamente hacia la Biblia, como, sin duda, lo había hecho mil veces.

¡Pero ésta era la mil una! Y ésta no iba a ser como las anteriores, pues Jerry Middleton se levantó de su asiento.

En aquel breve instante se puso aquel sucio y grasiento sombrero y se despojó del impermeable. Y allí, de pie, bajo la luz de una de las grandes arañas, abyecto, miserable, angustioso ejemplar de ser humano derruido, verdadero fantasma de la fiesta, exclamó en alta voz:

—¡Me opongo al matrimonio! ¡Soy el prometido de Pamela Martindale! ¡Soy Jerome Herbert Middleton! ¡Me…, me opongo al matrimonio!

VIII. Una carrera desenfrenada

Le pareció a Jerry Middleton que a su declaración siguió un silencio tan profundo, que si se hubiese caído un alfiler habría sonado como un cañonazo. Nunca había oído un silencio semejante en su vida. Era profundo, asfixiante. Preguntábase vagamente qué iba a hacer después; pero en ese momento advirtió que, en vez de tener delante una batería de espaldas, tenía un verdadero mar de caras: mil rostros, redondos y alargados, pálidos y rubicundos, coronados algunos por complicados peinados y adornados otros con bigotes de todas formas, que le miraban con sorpresa; sorpresa que se trocaba en una mirada de execración, a medida que los dueños de aquellas caras recogían todos los detalles de su fisonomía barbuda y de su andrajosa figura. Pero él no tenía ojos más que para una persona: para Pamela Martindale.

Al oír ésta sus claras palabras, que en el silencio de la noche sonaron como un trueno, se volvió, sin moverse de su sitio delante del altar, y fijó sus espantados ojos en el causante de la interrupción. Y así permaneció, horrorizada, convertida en estatua de mármol, durante un largo minuto, hasta que, de repente, lanzó un grito… y, para consternación de Middleton, cayó desmayada en brazos de Carleton Van Ware, que era el que tenía más cerca.

Mientras trataba de reponerse de la impresión de que él mismo había sido la causa, se dio cuenta de que medio millar de personas se habían puesto en pie, de que algunos hombres gritaban, de que las mujeres hablaban excitadamente con voz chillona, y cuando volvió la cabeza hacia la parte trasera del

templo, de donde sabía que acudirían servidores del mismo, una tremenda llamarada, que cegó todas las caras vueltas, así como la suya propia, le probó que un reportero gráfico había vuelto a la vida en un momento psicológico. Como si esto fuese la señal para los demás, aquella llamarada fue seguida de una segunda, y luego de una tercera. Todo el mundo estaba ahora alborotado, confuso; no sólo por lo que había ocurrido, sino por los fogonazos del magnesio, que sonaron como cañonazos. En torno a él las señoras gritaban y lanzaban lamentos histéricos. De otros sitios salían voces hombrunas que pedían a gritos coñac para sus esposas o sus novias, que, evidentemente, se habían desmayado. Y mientras se frotaba tímidamente los ojos para hacer desaparecer el deslumbramiento producido por las llamaradas, Middleton se encontró emparedado entre un hombre vestido de frac, con guantes blancos, y dos corpulentos agentes de Policía, de cara colorada, que, sin duda, habían sido avisados.

—Sáquenlo de aquí en seguida —dijo el hombre vestido de etiqueta y guantes blancos—. Por aquí, por esta puerta lateral es lo más rápido.

Y como una astilla arrastrada por una fuerte corriente, pero empujado en realidad por un par de manos fornidas, que le tenían sujeto por los brazos, Middleton fue sacado por la misma puerta por la que había entrado momentos antes. De la misma manera fue empujado, arrastrado, sin la menor protesta por su parte, hacia el bulevar de delante de la iglesia, y allí se le quedó mirando, algo jadeante, uno de sus aprehensores. A ellos se unió casi en seguida el hombre vestido de etiqueta, que tan rápidamente había dispuesto le sacaran de la iglesia. Dentro de ésta, aunque la puerta principal estaba algo lejos, el continuo tumulto, las charlas, los gritos y las voces que pedían agua indicaban claramente que aquella boda de alta sociedad había sido aplazada, por unos momentos al menos.

—Oiga —dijo uno de los policías irlandeses—: dicen que

ha intentado usted suspender la boda.

La presión del brazo del agente sobre el brazo de Middleton no disminuyó ni un ápice.

—¿Por qué hizo usted eso? ¿No comprende que ha promovido un escándalo?

Miró a su detenido con curiosidad.

Middleton vio con el rabillo del ojo al otro de los dos agentes telefonear desde una caja azul instalada en un poste de la esquina, a unos cincuenta pies de donde él se hallaba, y sospechó que en breve iba a dar un paseo en un «auto» de la Policía americana.

—¿Y por qué no iba a poder hacerlo? —preguntó con calma—. Yo soy Jerome Herbert Middleton y fui el prometido de la señorita Martindale; por eso me opuse a que se celebrara ese matrimonio. Nada más. Si me encierra usted, ya se convencerá de que encierra a un inocente. Pero tenga cuidado; podría demandarle por detención ilegal.

Y trató por primera vez de sonreír, pues la odisea largamente preparada había terminado ya.

El agente de la guerrera azul movió la cabeza, más sorprendido que nunca; pero la presión de su mano no se aflojó.

—Lo que tú eres —dijo— es un ratero o algo parecido. Te figurabas que podrías afanar algunas carteras después de dar ese grito, ¿no?

Aunque Middleton hubiese estado lo suficientemente versado en la jerga de la Policía y de los delincuentes para comprender el significado de «afanar carteras», no habría podido responder a la pregunta, pues en aquel momento salieron varios individuos de la iglesia y se unieron al corrillo que ya se había formado en la esquina, y en el bulevar comenzó a congregarse tal muchedumbre, que el policía tuvo que sacar la porra para apartar a la gente. Paraban en seco los automóviles, y cientos de bocinas indicaban que se había producido un embotellamiento en la calle más concurrida de

Chicago. Cada vez aumentaba más el gentío que le rodeaba; pero entonces hubo una interrupción. Indudablemente, la estación de Policía más próxima debía estar dos o tres bocacalles más allá, pues la interrupción la motivó un «auto» de patrulla de aquel puesto, que paró en la esquina a los tres minutos justos de la llamada por teléfono.

Sin el menor miramiento, Middleton fue empujado por entre dos hileras de curiosos por el agente que le tenía cogido, y otros tres «guerreras azules» que ayudaban a aquél a apartar a la gente, y suspiró con alivio al darse cuenta de que la parte desagradable de la ganancia de aquellos penosos diez mil dólares tocaba ya a su término. Y aún lanzó otro suspiro cuando el «auto» emprendió rápida carrera desde el encintado, dejando atrás a los boquiabiertos curiosos, y a él, tranquilo, en el interior del vehículo, con los dos policías que le habían apresado.

La Estación de Policía estaba, en efecto, dos manzanas de casas más allá; pero, indudablemente, había una norma inflexible que exigía se pidiera el «auto» para todas las detenciones de cualquier índole. Estaba situada fuera del bulevar, en una calle menos concurrida, que se hallaba en la misma dirección que había seguido Middleton aquella noche, pero un poco más atrás. Era una estación pequeña, completamente nueva —edificada, de seguro, para atender a las nuevas necesidades creadas por el desarrollo de un nuevo distrito comercial—, y en la piedra angular de la entrada estaban esculpidas estas palabras: «Estación de Policía de Centro-Norte». Middleton miró con curiosidad en torno suyo, después que le ordenaron rudamente descender del «auto» y entrar en el edificio. Una enorme mesa de despacho, llena de papeles y rodeada de una verja, revelaba que era el sitio del jefe; pero éste no estaba allí. Sus aprehensores buscaron a este individuo por todas partes, y obligaron luego a Middleton a bajar por una estrecha escalera. Le vaciaron todo el contenido de sus bolsillos, desde la caja de cerillas hasta el par de gafas

de plomo, y le metieron de un empellón en una de las ocho *ratoneras* que había en fila en un pasillo encalado. Un momento después oyó cerrar la puerta tras él.

Se sentó en el banco que había en la celda, y, cruzando las piernas, se puso a tararear una canción. Oyó que hablaban mucho arriba, un frecuente rascar de cerillas, y luego, para sorpresa suya, vino un celador, vestido de azul, con un manojo de llaves, y le condujo de nuevo arriba. Esta vez fue introducido en una amplia habitación, donde, sentado a una mesa, estaba un sargento, de pelo blanco y cara colorada —el jefe, sin duda—. Hablando acaloradamente con él se hallaba el hombre de frac y guantes blancos, que evidentemente, prestaba servicio esa noche en la iglesia como celador o acomodador, y el agente que había acompañado a Middleton desde la iglesia a la Estación de Policía. El que estaba detrás de la mesa miró burlonamente a Middleton, fijando su mirada en la cara de éste, en su sombrero, en sus ropas, en sus zapatos, y luego su cara otra vez. Al fin habló:

—Vamos a ver, amigo: ¿para qué ha armado usted ese escándalo esta noche en la iglesia? ¿No sabía que eso le iba a costar treinta días de encierro?

—No, señor —dijo Middleton con calma—. En primer lugar, yo era un tranquilo espectador de la boda, como creo que podrá atestiguar este caballero. En segundo lugar, el sacerdote preguntó claramente si alguien se oponía al matrimonio, y por eso yo me levanté y dije lo que dije. Teniendo en cuenta que yo soy Jerome Herbert Middleton y que hace algunas semanas publicaron los periódicos de Chicago mis esponsales con la señorita Martindale, creo que la ley me permite, por lo menos, una protesta verbal contra esta boda. El Derecho eclesiástico la consiente, de todas maneras.

El jefe oyó a Middleton lleno de asombro, y el agente hizo en seguida esta observación:

—Sargento Gearty, perdóneme; pero a todos nosotros nos contó la misma historia fuera de la iglesia. Dijo que era el

prometido de la señorita Martindale. No dio la menor muestra de estar avergonzado, sino que parecía imaginarse que estaba en su derecho.

Gearty entornó los ojos, hasta casi cerrarlos; señaló a una silla, y dijo:

—Siéntese ahí. ¿Cómo se llama usted?

Middleton se sentó, y contestó con calma:

—Jerome Middleton, según acabo de manifestar. Jerome Herbert Middleton, si quiere usted que le diga el nombre completo.

—Bueno, bueno; déjese de bromas. Yo quiero saber su verdadero nombre. Si trata usted de engañarme, dará con sus huesos en la cárcel.

Middleton suspiró, comprendiendo que con aquella indumentaria no le sería fácil convencer, y dijo:

—Le propongo que llame por teléfono al señor Luther Fortescue, administrador general de los bienes de Digby Middleton. Vive en Sheridan Road, cerca de Eastwood. O, si lo prefiere, llame a mi propia casa, en Astor Street, y hable con cualquiera de mis dos criados. Encontrará usted el número en la guía, a nombre de mi padre, Digby Middleton.

Gearty cerró los ojos aún más que antes. Parecía como si tratase de profundizar en aquel enigma vestido de harapos. Middleton aprovechó aquella pausa para hablar de nuevo.

—Muy bien —dijo alegremente—. Ya he presentado mis cartas credenciales. Ahora, pasemos a otra cosa más importante. ¿Han cogido ustedes a esa partida de anarquistas que estaban reunidos esta noche cerca de aquí, en Kinzie Street?

Gearty se puso en pie de un salto, sorprendido.

—¿Es usted —preguntó— el individuo que mandó telefonear ese aviso?

—Él mismo, en efecto —respondió Middleton—. Yo pedí al dependiente de cierto estanco que telefoneara.

—Debí… —observó el sargento, desconcertado—, debí

figurármelo. ¡Claro! ¡Usted tenía que ser! Y dígame: ¿qué se proponía usted con eso, hombre de Dios?

—¿Qué me proponía? —repitió Middleton con curiosidad, y su voz adquirió cierto tono sarcástico—. No me proponía otra cosa que coger a una partida de criminales que se disponían a asesinar a todo el que tuviera una fortuna.

—¡Hum! —Gearty le miró, confuso, y se dejó caer sin fuerzas en la silla. Cuando habló, su voz tenía un tono más amistoso—. Vamos a ver, amigo: dígame lo que vio esta noche y lo que hizo.

Middleton suspiró. Al parecer, la Policía, allí como en todo el mundo, había fracasado en lo que debiera haber sido una empresa segura. Pero se le pedía que volviese a repetir lo ocurrido aquella noche, y así lo hizo, brevemente y sin aludir para nada a lo que él, por su parte, estaba haciendo en la casa deshabitada, número 44.

—Me encontraba esta noche —dijo— en esa vieja casa de Kinzie Street, número 44, por razones que no hacen al caso. Iba ya a salir, pues se había apagado el gas, y mientras permanecía en la oscuridad, alguien levantó la persiana de la ventana de un cuarto, a unos quince pies de distancia de donde yo estaba. Un anciano de barba blanca estaba muy visible, debido a que la habitación en que se hallaba tenía mucha luz. Llevaba una túnica negra, con el número «12» cosido en ella. Y he aquí lo que hizo.

Tras este prólogo, Middleton explicó detalladamente todo lo que había visto aquella noche, sin omitir nada. Gearty escuchó el relato con gran atención. Al terminar, Middleton levantó las manos, con ademán de desvalido.

—Ya lo sabe usted —dijo—. ¿Los han cogido ustedes o no? Yo hice lo que me correspondía.

Gearty no contestó. Parecía intrigado.

—¿Dónde encontró usted esto? —preguntó de repente, sacando del cajón de su mesa las gafas que quince minutos antes le habían quitado a Middleton del bolsillo.

—¿No ha leído usted los periódicos estos días? —preguntó el joven con lástima—. ¿Es que hay que explicárselo a ustedes todo? Estas, siento decirlo, son las famosas gafas del señor Cagliostro, de Europa, que me legó mi venerado padre.

Gearty reflexionó un momento. Parecía perplejo. Luego hizo una seña al cancerbero.

—Llévelo abajo y enciérrelo por ahora.

Y volviéndose a Middleton se limitó a decirle:

—Le hablaré más tarde —frase pronunciada en tono ni afectuoso ni poco amistoso, sino neutral.

Hizo una breve inclinación de cabeza, salió de la pequeña habitación y Middleton fue conducido de nuevo abajo. Esto ya le iba resultando un poco pesado y empezó a pensar que los diez mil dólares no constituían una cantidad excesiva, dadas las molestias que tenía que sufrir. Suspiró. Le parecía que iba a tener que llamar a Fortescue en su ayuda.

Pasó, por lo menos, media hora hasta que volvieron a llevarle arriba. Fue conducido a la misma habitación que antes, pero esta vez, sentado a la mesa con Gearty, había un joven activo, de chispeantes ojos castaños y muy vivaracho, y cerca de ellos una joven, con un lápiz en la mano sobre un cuaderno de notas. Junto a la pared de detrás aguardaban pacientemente en pie dos agentes de Policía. De nuevo hicieron señas a Middleton de que se sentase.

—Señor Middleton, este señor es George Wexney, jefe de la Sección de Chicago del Servicio Secreto de los Estados Unidos —dijo Gearty cortésmente—. Le he llamado para ponerle en antecedentes de esa reunión anarquista. ¿Tiene usted la bondad de repetir lo que me dijo antes?

—Mucho gusto en conocerle, señor Wexney —dijo Middleton asomando la mano—. Yo soy la persona a quien la Suerte eligió para descubrir esta noche esa reunión sanguinaria.

Bajó la cabeza.

—Pero, a lo que veo, la Policía no ha logrado cogerlos. ¿No

es así?

El joven jefe del Servicio Secreto pareció un poco perplejo.

—Así es; al menos no logró cogerlos con las indicaciones que se le dieron. Pero veamos los hechos de nuevo por si podemos descubrir dónde está el error.

Middleton relató concienzudamente una vez más lo que había presenciado, y al hacerlo observó que la joven tomaba todas sus palabras en taquigrafía. Sin embargo, dudaba que la transcripción de su testimonio llegase a ser escrita a máquina, pues, en el mejor de los casos, sólo podía constituir un acto de descuido y abandono por parte de la misma Policía, al no haber sabido sacar provecho de una información de importancia vital. Los dos hombres le escucharon con toda atención, y Wexney habló luego amistosamente:

—Hace tiempo que no se afeita usted, ¿verdad Middleton?

Middleton rió embarazosamente.

—En efecto; si he de decir la verdad, hace tiempo que no me afeito. Debo de parecer una fiera.

Wexney habló otra vez. No parecía que le interesase la reunión anarquista; pero, en cambio, mostraba curiosidad por el acto realizado por Middleton en la boda.

—Usted estuvo a punto de casarse con la señorita Martindale, ¿no es así, señor Middleton?

—Es suficiente que haga referencia a la noticia de nuestros esponsales de hace unas semanas —dijo Middleton diplomáticamente—. Los periódicos, al menos, parecían creer que estábamos cerca del altar.

Se inclinó hacia adelante.

—Y a propósito, señores: ¿qué ocurrió esta noche después de haber interrumpido yo la boda?

Gearty lanzó una risa breve.

—Pues que la novia volvió en sí de su desmayo y decidió que continuara la ceremonia. Así es que, si usted creyó que iba a suspender la boda, le salió mal la cosa. La novia está ya camino de Nueva York.

Se inclinó hacia adelante y su rostro adquirió de repente una expresión seria.

—Y ahora, amigo mio, basta de bromas. Va usted a hablar claro. ¿Le pagó a usted el propio Middleton para que hiciese esa diablura, o quién?

—¿Si me pagó Middleton? —repitió la victima de esta acometida verbal, desconcertada. Lanzó de pronto una carcajada—. ¿Quiere usted decir si me pagué a mí mismo? —movió negativamente la cabeza—. No, nada de eso —volvió a inclinarse hacia adelante—. ¿Están ustedes bien de la cabeza, señores? Por lo que veo, persisten en no creer que yo soy Jerome Middleton. Pero dejemos eso. La cuestión principal es ésta: ¿Van ustedes a dejar que se escapen una partida de revolucionarios peligrosos después de lo que han tramado esta noche? Tal vez estén todavía allí, si es que no hicieron ustedes caso de la información que les mandé. ¿Por qué no los cogen antes de que sea demasiado tarde?

Wexney miró a Gearty y Gearty miró a Wexney. Pareció que se comunicaban algo con los ojos y, por primera vez, Middleton pensó si los mismos policías no estarían complicados en la conspiración que se incubaba aquella noche; pero rápidamente desechó esta suposición al darse cuenta de que la verdadera realidad era ésta: que los dos funcionarios habían visto astutamente que la Policía había dado un tropezón y estaban pensando desesperadamente en alguien a quien poder achacar la falta.

—Por supuesto, sargento Gearty —dijo Wexney, rompiendo el silencio—; puede usted haber actuado siguiendo una información equivocada. Tal vez fuera conveniente comprobarlo. Ya sabe usted las molestias que nos están ocasionando este año las actividades antisociales.

—Bueno —rezongó Gearty—; diga usted entonces lo que piensa hacer. Cuando salga, prepáreme ese papel de que me habló y déjelo en mi mesa. Yo haré que acompañen a éste hombre McGrogan, Cassidy y Wheeny al sitio donde vio todo

eso, y trataremos una vez más de averiguar en qué consistió el error, si es que lo hubo. —Se volvió hacia Middleton—. Esa historia que nos ha contado usted esta noche de esa reunión de anarquistas es muy extraña, y no sabemos qué pensar de ella; pero queremos que vaya usted a la Oficina Federal para ver si reconoce entre unos cuantos revolucionarios conocidos al anciano que vio usted esta noche. De camino, se apeará con tres de mis hombres y les enseñará el sitio exacto de esa habitación, a fin de que podamos detenerlos la próxima vez, si es que vuelven a reunirse allí. Esta noche no pudimos cogerlos con los datos que se nos comunicaron. ¿Conocería usted a ese anciano si el inspector Wexney, aquí presente, lo trajera para que lo identificará?

—Le reconocería inmediatamente —declaró Middleton levantándose—. Y si localizan ustedes alguna vez a esa partida y necesitan ayuda para cogerlos, no tienen más que darme una pistola y dejarme intervenir. Dios sabe que yo debo prestar mi ayuda, teniendo en cuenta que esos demonios sanguinarios van por mí.

Gearty se levantó y lanzó un suspiro de hombre cansado.

—¿Está preparado el coche, McGrogan? Si no, pídalo abajo.

Cinco minutos después Middleton estaba sentado en el auto de la Policía, camino de la Oficina Federal, para una investigación interesante. Sabía que si el anciano que había presidido la reunión se le ponía alguna vez delante de los ojos lo reconocería al instante.

Wexney había salido de la estación en un coche ligero un minuto antes que el otro auto. Siguió un camino diferente, sin duda, para llegar a la Oficina Federal antes que los otros y poner en marcha la maquinaria de la ley, a fin de hacer comparecer a aquellos cuyos nombres figuraban allí en el registro de sospechosos.

El auto de la Policía torció hacia el sur, luego hacia el oeste, y al cabo de dos minutos paraba delante de la vieja casa

en que Middleton se había cambiado de ropa aquella noche.

—¿Es este el sitio a que se refería usted, o es el portal siguiente? —preguntó uno de los agentes.

—Este es el sitio desde donde lo vi todo —dijo lentamente Middleton—; pero la reunión se celebraba en la casa de al lado o en una casa de detrás de ese almacén; tal vez en el mismo almacén, por lo que deduzco. Ahora, si podemos entrar, les enseñaré exactamente dónde fue.

Se apearon todos los ocupantes del auto; pero Middleton observó que al subir los escalones de la entrada un agente iba delante; otro, a su lado, tocándole ligeramente el brazo con la mano, y el otro se quedaba atrás. El primer indicio que se le ofreció de que la casa había sido visitada aquella noche por la Policía fue el estado lamentable en que vio la cerradura de la puerta de entrada, cuando el hombre que iba delante dirigió sobre ella la luz de una potente linterna eléctrica de bolsillo y su compañero desenredó y desató la tosca cuerda con que la puerta forzada había sido cerrada de nuevo. Al ver esto, Middleton pensó irónicamente que si penetraron en la casa de manera tan desmañada, no era extraño que hubiesen alarmado a su presa de al lado y fracasaran completamente en su indagación.

Al abrirse la puerta, el brillante haz de luz de la linterna cortó la oscuridad del vestíbulo, y guiado por él, Middleton condujo a los agentes hacia la escalera, obstruida antes, que llevaba al piso de encima. Los policías que fueron a efectuar el servicio habían quitado de ella todo obstáculo, y desde allí fueron al cuarto trasero donde él se había cambiado de ropa aquella noche. El brillante circulo de luz que emanaba de la linterna permitía apreciar ahora nuevas pruebas de la visita de la Policía: habían desaparecido las ropas que se quitó Middleton, así como el espejo y el despertador; lo cual indicaba una parcial ocupación de la vieja casa, y él hasta hubiera dudado de haber estado en aquella habitación, a no ser por el mismo olor a moho, las mismas enormes rosas del

papel de la pared y las mismas bolsas que éste formaba en los sitios en que la humedad lo había despegado.

Señaló a la única ventana que se abría en la pared de enfrente. La linterna la alumbró.

—El punto exacto en el cual vi esa reunión —dijo— está a unos quince pies de esa ventana cerrada; la que está precisamente enfrente y al mismo nivel. Con una caña de pescar extendida horizontalmente pueden ustedes alcanzar la otra ventana.

El hombre de la linterna se acercó a la ventana y lanzó a la oscuridad el haz de luz a través del cristal. Un momento después llamó a los otros.

—Venid aquí.

Y cuando los tres se acercaron les dijo:

—Mirad vosotros ahora. ¿Veis bien por qué no cogimos antes a ningún rojo? ¿Eh?

La linterna, arrojando su brillante rayo de luz a través de la oscuridad, iluminaba un espacio de sólido muro de ladrillo, que no tenía vano de ninguna clase, y mucho menos una ventana. El muro se alzaba a unos seis pies de distancia y la argamasa de los bordes de los ladrillos mostraba su blancura a la deslumbrante luz que se desviaba de un lado a otro y hacia abajo, recorriendo un circulo cada vez más amplio, hasta que pareció que había cubierto un acre de espacio. Pero ese acre era todo de sólido ladrillo, macizo como una tumba, sin la menor rotura. Era, manifiestamente, la pared lateral de un edificio, que no podía ser otro que el almacén de al lado.

Middleton se quedó boquiabierto, perplejo. ¿Habría soñado todo aquello? Confuso, se llevó una mano a la frente. Era indudable que había estado en aquella ventana hacía un rato; era indudable que había mirado en la oscuridad a través de sus cristales y visto aquella extraña escena. Si otra cosa no le trajese aquel cuadro a la memoria, bastaría para hacerlo el recuerdo de que en ese momento tenía puestas las gafas. Y, sin embargo, allí no había ninguna ventana; sólo un muro liso de

ladrillo, a sólo cinco o seis pies de distancia.

—Pues…, pues —dijo, tartamudeando— hubiese jurado que lo vi desde esta ventana. Pero me he equivocado; eso es todo. No es ahí. Tal…, tal vez ni sea ésta la habitación. Debe de ser… —hizo una pausa—. Oigan: acaso haya otro pabellón de la casa por detrás; tal vez otra habitación cerca, igual a ésta. Sí; eso es. Debe de haber otra habitación al final del vestíbulo o al principio; otra igual.

Estaba convencido de que había resuelto el enigma, de que todos se habían metido en un cuarto igual al otro en que él estuvo. Y al pensar ahora en ello le parecía que las rosas encarnadas que la luz de la linterna alumbraba eran de una forma diferente de las del otro cuarto, y más pronunciadas las bolsas que hacía el papel de las paredes. Rió alegremente.

—Nos hemos llevado un chasco. ¿Quién lo hubiera pensado? No me extraña que ustedes no pudieran llevar a cabo el servicio; yo tampoco hubiese podido. Pero, sigamos. Vamos a la verdadera habitación.

El hombre de la linterna se apartó de la ventana y dijo:

—Eso lo dejaremos para más tarde. Ya volveremos —al decir esto se dirigía a sus compañeros más bien que a Middleton—. El jefe Gearty dijo que fuéramos a la Oficina Federal y que sólo nos detuviéramos aquí uno o dos minutos. Así, pues, vámonos —y perentoriamente echó a andar hasta el auto que esperaba, mientras Middleton se unía, una vez más, a la procesión, con un desesperante encogimiento de hombros.

Durante milla y media el coche recorrió calles de la ciudad y, al fin, apareció el edificio de la Oficina Federal, distinguible por las torretas y su fuerte construcción de ladrillo rojo. Volvieron todos a apearse de nuevo y nuevamente un policía mostró el camino hacia el interior y otro se puso detrás.

Un hombre, que sin duda les estaba esperando, se adelantó desde una mesa cercana a la puerta, y después de saludar al agente que iba delante hizo una amistosa inclinación de cabeza a Middleton.

—Buenas noches. Pasen por aquí —les dijo.

Era interesante el extremado celo con que se mantenía en la Oficina Federal el secreto de todas las actuaciones, pues el funcionario en persona tuvo que abrir la puerta de las oficinas donde se iba a proceder a la identificación, si había lugar a ella. Luego, al mismo tiempo que hablaba indiferentemente con el agente que iba a la cabeza de los recién llegados, y que se detuvo para encender un cigarro, hizo seña a Middleton con un movimiento de cabeza para que pasase el primero. Middleton lo hizo así. Observó que ya habían reunido allí a un grupo de sospechosos, y que él entraba en la habitación destinada a las identificaciones. Era un triste lugar éste, en donde se introducía a unos hombres para que fuesen examinados por otros hombres, pues el único asiento que se veía era un largo e incómodo banco de madera, adosado a la pared. Y era un lugar extraño en otros sentidos, pues todos los ángulos, no sólo los de las paredes, sino los del suelo, estaban redondeados, formando una curva perfecta en vez de líneas rectas. Las ventanas eran altas y estrechas y estaban provistas de fuertes rejas, cerradas con candados por dentro y por fuera. Un radiador de calefacción, colocado junto a la pared, estaba también cubierto de arriba abajo por una reja.

Al detenerse en el umbral, esperando cortésmente al resto de la comitiva, oyó el agudo chasquido de una puerta de resorte, y al volverse bruscamente vio que la puerta por donde acababa de entrar se había cerrado tras él. Sólo un instante permaneció mirando vagamente a sus cuarterones de roble, pues de repente rasgó el aire un grito absurdo, y uno de los hombres que estaban sentados en el largo banco dio un salto mortal en la habitación, se puso en pie y empezó a vociferar una serie de palabras extranjeras sin dirigirse a nadie. Y con una repentina oleada de comprensión, Middleton vio claramente, por primera vez, dónde estaba y lo que le había ocurrido.

La Policía no había creído su relato y cometía el doloroso

error de creerle loco. Era evidente, y no tenía necesidad de que nadie se lo confirmara, que ahora se encontraba en alguna de esas prevenciones donde se encierra a los lunáticos antes de recluirlos en un manicomio. Como toda protesta era inútil, tenía que resignarse a permanecer donde estaba. Se secó el sudor de su frente con el dorso de la mano. ¡Loco…! ¡Loco él! Después de todo, era mejor sonreír. ¡Qué divertido sería cuando, al fin, se descubriera la verdad! ¡Qué buena broma… para alguien! Se encogió de hombros. Lo mejor que podía hacer era tomarlo con calma y enviar en seguida recado a Fortescue.

Pero Jerome Herbert Middleton no podía imaginarse la extraña trama en que se estaba envolviendo su vida.

IX. Bajo el cetro de Kings Kelly

Jerry Middleton permaneció, indeciso, donde estaba. La fila de calamitosos seres humanos que se agitaban en el largo banco adosado a la pared parecía interesarse poco por su llegada. Uno o dos, especialmente un individuo de cara delgada y pálida y labios torcidos, vestido con una camisa andrajosa y unos pantalones atados a la cintura con un pedazo de cuerda, miraban con curiosidad hacia él; pero la mayoría de ellos parecían perdidos en las sombras de sus infaustas reflexiones particulares. Así permaneció durante un cuarto de minuto. Luego retrocedió y trató de abrir con el picaporte la puerta por donde había entrado; pero estaba cerrada con llave. Apenas si se movió, y él comprendió que era lógico que no dejaran de echar la llave. No había duda posible. Estaba preso. Quedó comprobado este hecho desagradable.

Pero al volverse, después de su infructuoso intento, oyó de repente hablar a un hombre, y por primera vez advirtió, al fijar la vista en la dirección de la voz, que en el saliente de la habitación había un recinto pequeño —una especie de despachito—, con puerta y una reja, a través de la cual su ocupante podía vigilar en todo momento aquella sala. En efecto, Middleton divisó por la reja un enorme gigante, con una cabeza parecida a una bola y una oreja como una coliflor, hablando por un teléfono corriente, que parecía comunicar con el mundo exterior. Un momento después, el gigante colgó el auricular y se abrió una pesada puerta a la derecha de la reja. El ocupante estaba ahora en el umbral, y a Middleton le pareció que tenía lo menos seis pies y seis pulgadas de

estatura y una anchura proporcionada.

—Venga usted por aquí —ordenó el gigante con voz áspera.

Aunque el tono no tenía nada de ruego, Middleton obedeció. Con mirada que recogía todos los detalles de la robusta constitución del otro, contempló al gigante y esperó, cortés.

Detrás de aquél, bajo una bombilla eléctrica, había una pequeña mesa de escribir, cubierta de expedientes, y mientras hablaba consultaba un «block» que tenía en la mano, y en el cual, evidentemente, había estado tomando notas por teléfono.

—Se llama usted Doe, ¿no? —fueron sus primeras palabras.

—No —respondió el joven lacónicamente—. Mi nombre es Middleton.

—Sí, pero aquí ha sido usted inscrito en el registro como Doe, Jon…, Jon…, Jonathan Doe. Bueno, no importa cuál sea su nombre. ¿Sabe usted dónde está?

—Por lo que puedo colegir —respondió Middleton— estoy en una especie de lugar de reclusión donde se encierra a los locos. ¿Es así?

—Exactamente; para ser lo primero que le pregunto ha acertado usted. Se encuentra en el Departamento de Detención del condado de Cook, llamado por algunos el Hospital Psicopático. Lo mismo da. Ahora, amigo mío, unas palabras. No sé por qué está usted aquí, ni quiero saberlo. Por este sitio pasan cientos de personas; pero de pocas sé el motivo de traerlas. Me basta con verle aquí y celebro que, al menos, entienda el inglés. Se supone que está usted loco, y usted cree que está cuerdo, como creen todos los que vienen. Pero si está demente o cuerdo, eso lo decidirá el Tribunal del condado que ha de juzgar su caso.

—El Tribunal del condado nunca juzgará mi caso —dijo Middleton con risa breve— por la sencilla razón de que dentro de tres horas ya estaré fuera de aquí.

—No es la primera vez que he oído decir lo mismo —dijo el gigante, prudentemente—. Pero dejemos eso. Por ahora, Doe, está usted en la cárcel, por decirlo así, y en la cárcel tiene que seguir. Porque ha de saber que está usted aquí en virtud del certificado de un médico.

—¿El certificado de un médico? —repitió Middleton, asombrado—. ¿Y puedo preguntar quién es ese doctor que ha firmado el certificado?

—Está usted recluido a consecuencia de un certificado del doctor George Wexney.

—¿El doctor George… Wexney? —dijo Middleton, estupefacto ante el engaño de que había sido víctima aquella noche—. ¡El doctor Wexney!, jefe del Servicio Secreto. ¡Qué partida de pillos aquellos de la estación de Policía! Me gustaría decirles todo lo que se me ocurre.

El gigante se encogió de hombros y habló de nuevo:

—Bueno, ahora a la cama; y no vaya usted a creer que estoy yo sólo para cuidar de los locos que hay en este establecimiento. En cada pared hay una docena de timbres, por si necesito ayuda; aunque yo, sin necesidad de nadie, me basto para manejar a tres de ustedes, si están dispuestos a armar alboroto. Si alguno de ustedes —o usted mismo— hicieran semejante cosa, les pondríamos una camisa de fuerza y les ataríamos a una silla para el resto de la noche. Para los que, como usted, no saben comportarse, tenemos muchas muñequeras de cuero, camisas de fuerza y correas para atarles donde estén tranquilos. Ahora, a la cama, y le aconsejo que se serene, que se porte bien, y si tiene usted amigos o parientes que estén enterados de lo que le sucede, ya sabrá usted de ellos cuando se le juzgue. Es cuanto tengo que decirle. Y no me moleste con sus cuentos, pues no sé nada de los hechos, ni me importa. ¿Vamos a ser amigos, o piensa armar alboroto?

—Creo que podemos ser amigos, teniendo, en cuenta que vamos a estar juntos tan poco tiempo Así es que no armaré ningún alboroto.

—Eso está bien —respondió el gigante paternalmente—. No olvide que he de hacer un informe de la conducta que observa usted aquí, para enviarlo al Tribunal encargado de emitir juicio acerca de su estado mental. Ya he visto a más de un enfermo puesto en libertad por haber estado cuerdo y tranquilo mientras le tuve a mi cuidado. Yo me llamo Kelly, el Gran Kelly, como me dicen. Por la mañana viene mi hermano, a quien llaman el Pequeño Kelly. Él continuará el informe que yo he empezado. ¿Quiere usted hacerme alguna pregunta?

Middleton hizo un movimiento negativo de cabeza.

—Sólo una —dijo luego—: ¿Cómo me las arreglaría para mandar una carta a un amigo?

—Eso —dijo Kelly— sólo puede hacerse con permiso del doctor que ha de examinarle mañana. Si hiciésemos caso a los enfermos, tendríamos que enviar cartas a reyes, emperadores y hasta al mismo Papa. Por eso le aconsejo que no escriba ninguna carta, que iría a parar al médico o al cesto de los papeles.

—Pero, hombre de Dios, ¿cómo puede uno entonces buscar un abogado para que le saque de este encierro? —dijo Middleton.

—Eso se lo dirá a usted el médico —contestó el Gran Kelly —. Es el único que puede autorizarnos para enviar cualquier carta de usted. Otra cosa es imposible; no puedo decirle más.

Middleton alzó los brazos desesperanzado.

—Entonces, no hay remedio; tengo que pasar aquí la noche. Muy bien. Lléveme, Macduff.

—Me llamo Kelly, como le dije antes, y no Macduff. Mi nombre es irlandés y no escocés. Bueno —salió a la habitación abierta—. Stines, venga.

El individuo de camisa andrajosa y cara pálida y flaca, que estaba sentado en un extremo del banco, se puso en pie de un salto y acudió a la puerta del despacho. Middleton oyó un grito de mujer, que no sabía de dónde procedía, seguido de unos pasos rápidos en el piso de arriba, y comprendió al punto

que la sección de este desagradable sitio destinada a las enfermas estaba encima de la de los hombres. El de la cara pálida se paró delante de ellos, tirándose de los pantalones, que llevaba sujetos con una cuerda.

—Stines, este hombre se llama Jonathan Doe. Llévale a una cama y dale una manta más del armario.

—Ven por aquí, tú —dijo Stines, observando a Middleton de los pies ala cabeza, con cierta altivez.

Middleton siguió al llamado Stines, quien le condujo por un amplio corredor a una habitación en la que, adosadas a la pared, había cierto número de sillas de madera enormemente pesadas, en cada una de las cuales estaban fijadas fuertes correas con hebillas, que sugerían algo desagradable para alguien. Al pasar junto a estas mudas pruebas de forzosa sujeción, Middleton observó, además, que las sillas se hallaban sujetas al suelo por medio de grapas de acero provistas de fuertes tornillos, y en ese momento se dio cuenta, por primera vez, de que todavía no había vislumbrado en aquel establecimiento ningún objeto movible que pudiera alguno utilizar como arma. A la derecha del corredor había una puerta de hierro, con barras verticales, a través de cuyos espacios podía verse otra reja de hierro, que giraba sobre goznes, cerrada con un candado. Esta puerta conducía a la oscuridad; pero lo que contenía aquella oscuridad Middleton no pudo imaginárselo, pues ni siquiera se veían las luces oscilantes de la ciudad.

Al final del corredor había una habitación, también con ventana enrejada y cerrada, en la cual una luz solitaria y baja permitía ver que era un comedor, pues había una mesa larga y vacía, sujeta al piso con tornillos; un banco largo a cada lado, atornillados también, y dos hileras paralelas de tazas y cucharas de pasta, debidamente colocadas.

A la izquierda del pasillo, igual que a la derecha y al final, se abría otra puerta, por la cual entró Stines, seguido de Middleton. Era una pieza completamente desprovista de sillas,

mesas, bancos y hasta de alfombras; en la que había unas veinte camas en fila, muy pequeñas y pintadas de blanco, algunas de las cuales mostraban rasguños en la pintura, que dejaban el hierro al descubierto. En cada lecho había un colchón muy delgado y una manta gris muy fina. Indudablemente éste era el dormitorio en que los desdichados que llegaban allí de todas partes de la ciudad debían dormir durante su estancia en el establecimiento. Era evidente, sin embargo, que el sueño en aquel lugar era una cosa poco deseable, pues, excepto dos personas que se movían y gemían en sus camas respectivas, aquella fila de individuos de aspecto triste que estaba en el banco de fuera no había creído aún conveniente deslizarse bajo las mantas.

—¿Ves aquella cama de allí, la del final? —dijo el llamado Stines, torciendo la boca al hablar—. Es la tuya. Pero no te acuestes si no tienes ganas. Puedes hacer lo que quieras. Aquí eres tan libre como el viento —y rió sin alegría.

Middleton le miró con curiosidad y se dio cuenta, de repente, de que aquel individuo era un morfinómano, a quien sus parientes o amigos habían recluido allí. Su boca torcida y su palidez eran signos evidentes de ello, y aún había alguno más, pues al levantar su brazo, lastimosamente delgado, para señalar la cama en cuestión, cayó su manga andrajosa y quedaron al descubierto multitud de cicatrices, semejantes a pústulas de viruelas. Pero ahora el dueño de aquel brazo le hablaba de nuevo.

—¿Quién te ha metido aquí, «bo»?

—¿«Bo»? —murmuró Middleton—. ¿«Bo»? —repitió para sí. En esta extraña noche había oído más fantásticos ejemplos de argot americano que en los veintitrés días que llevaba en el país—. Pues fue la Policía la que me trajo aquí —contestó—. Pero no estaré mucho tiempo. Saldré mañana por la mañana, gracias a Dios.

Stines sonrió de nuevo.

—Eso ya lo he oído veinte veces esta semana. Siempre

mañana…, mañana. Van a venir unos amigos… Pero veo que nunca vienen esos amigos —se inclinó hacia adelante, y con voz tan baja que era un susurro, prosiguió—: ¿Tienes…, tienes algo de «nieve», compinche?

—¿«Nieve»? ¿«Nieve»? —preguntó Middleton arrugando la frente, perplejo.

—Me puse la última «carga» esta tarde —siguió diciendo el otro febrilmente—, y mañana voy a pasar un día de perros si no me pincho pronto. No me digas que no tienes algo, «bo». Mira en los bolsillos. Has dado demasiados tumbos en tu vida para que no seas un
«hop-head».
¿O…, o es que te la «afanaron» los de la bofia cuando te atraparon?

Middleton movió la cabeza lentamente. «Nieve»…, «bo»…,
«hop-head»…,
«afanaron»… Se dio por vencido.

—Amigo mío, hablas en un idioma completamente desconocido para mí; pero puedo adivinar que lo que quieres es una droga. Lo siento, pero no tengo nada de eso. No podría servirte, aunque quisiera.

Stines le dirigió una astuta mirada. Profundizó en los ojos del otro y luego se miró los pies.

—Deja que te vea el brazo; anda, déjamelo ver.

Sin decir palabra, Middleton se remangó el brazo derecho hasta el codo y luego el izquierdo. A Stines se le cayó el alma a los pies.

—Yo, que estaba esperando que entrara por esa puerta un «pájaro de la nieve» **[1]** como yo. Cuando te vi entrar estaba seguro de que tú eras uno de ellos; pero, por lo visto, me equivoqué. ¡Quién sabe si todavía esta noche!… Aquí traen gente a todas horas. Aquel individuo ingresó anoche y le saqué diez gramos. De eso he estado viviendo hasta ahora. Me encuentro muy bien; pero mañana las voy a pasar negras si no doy con alguno. Será la muerte —suspiró—. Bueno, vete a

acostar, compañero. Aquí no hay sillas para poner la ropa; pero tampoco permiten que te acuestes con ella. En tu cama encontrarás un camisón de algodón, limpio, y cuelgas tus cosas a los pies —miró de arriba abajo a Middleton con desconcertante franqueza—. Aunque estoy pensando que mejor sería echarlas a la lumbre; no perderías nada con ello. ¿Es que has estado batiendo las carreteras, amigo?

—¿Batiendo las carreteras? —Middleton se quedó de nuevo boquiabierto.

—Bueno; es que en mi vida he visto un tipo como tú —dijo Stines—. No entiendes ningún lenguaje. Pues el mundo se compone de muchos pueblos, que te conste —sonrió agradablemente, como para justificar su afirmación de que los diez gramos de morfina que consiguió de un enfermo recién llegado le habían sentado bien—. Si no te quieres acostar, ven a sentarte a la otra habitación y te presentaré a la pandilla con la que tendrás que vivir hasta el lunes.

En lo que menos pensaba Middleton era en dormir; así es que siguió a Stines al lúgubre y desmantelado cuarto en que había entrado tan cándidamente aquella noche. Los individuos que allí encontró seguían sentados en el banco. A excepción de algún murmullo escapado de labios de uno de los hombres, reinaba un silencio profundo. Stines siguió hablando mientras andaban.

—Has venido en un buen día. El lunes juzgan a todos los infelices que hay aquí, para dejar sitio a los nuevos que vengan; así es que, a lo sumo, no tendrás que estar aquí más que cuatro días. No es un sitio agradable este encierro. Y la burla de las comidas —añadió haciendo un gesto—: «Java» **[2]** y pan, quizá cerezas —es decir, judías— para cenar. Esta es una institución del condado, ¿sabes? Pero los manicomios son mejores. Son instituciones del Estado.

—Gracias a Dios, no tendré que ir allí. En cuanto hable con el médico me iré a la calle —y mirando con curiosidad a Stines, preguntó—: ¿Has estado tú en el manicomio?

—¿Si he estado en el manicomio? —dijo Stines—. ¿Si he estado en el manicomio? —soltó una larga carcajada—. ¡Ya lo creo! Nueve veces. Soy uno de los pocos que salen para poder contarlo. En realidad, yo no estoy loco, ¿sabes? Soy morfinómano, y la «nieve»… Siempre salgo curado; pero vuelvo en seguida a las andadas. Empiezo a tomar un poco para los nervios, luego más… y más, y entonces mis hermanos me meten aquí, como me ha ocurrido ahora.

—¿Y por qué no dejas ese vicio? —preguntó Middleton.

—Mira, pregúntaselo a cualquiera que tome «coca» y morfina —replicó Stines airadamente—, y entonces lo sabrás. Hasta que esos condenados chinos paganos dejen de cultivar adormideras, yo y todos los que son como yo no viviremos seguros fuera de los muros de los manicomios —señaló en la fila de aquellos abyectos seres a un chino que estaba sentado, y que no miraba ni a un lado ni a otro, salvo alguna que otra vez que se volvía para decir algo en su idioma gutural a una persona imaginaria—. Los paganos como ése son los que hacen a las personas como yo. Cuando pienso lo que su raza ha hecho de mí… —guiñó el ojo a Middleton como si fuera a contarle un acto personal que indicara gran listeza y perspicacia por su parte—. Esta mañana le di agua caliente en vez de café y le quité la mitad del pan, y como no habla inglés no pudo decirle al Pequeño Kelly lo que se le había dado.

Mientras ese chino amarillo esté aquí, pienso comer. Ahora, esos otros mamarrachos, aunque están locos, pueden decir al Pequeño Kelly si comen o no lo que les corresponde.

Por primera vez en su vida le fue dado a Middleton comprender claramente hasta qué extremo de degradación moral conducen las drogas a sus victimas.

—Moisés —llamó Stines en voz alta—: cuenta a nuestro nuevo compañero quién hizo el río Mississipi.

Un gigante negro, de ojos movedizos, alzó la vista. Parecía haber estado durmiendo en su asiento hasta entonces. Dirigió a los dos hombres una mirada inocente, infantil. Habló de una

manera lenta, un poco apagada:

—¿El río Mississipi? Mira, patrón; ese río le abrí yo con una cucharilla. Cuando empecé a cavar en Nueva Orleans, allí no había visto río ninguno. Seguí cavando hasta Wicksburg; luego, hasta Menphis; luego, hasta St. Louis. Cavé ese río en toda su extensión.

El guía de cara pálida de Middleton sonrió burlonamente.

—Es algo grande, ¿no? Cree que ha abierto el Mississipi con una cuchara. No sé si habrá hecho otras cosas. Sólo salió esta mañana a almorzar, y en ese momento sus ojos se fijaron en una cuchara. Entonces me enteré de por qué está aquí —señaló a un joven con paletillas de buey y cabeza enorme, que estaba ensimismado. El muchacho tenía en los ojos una expresión vacua, impasible, y estaba mirando al espacio, ajeno a todo, incluso a los dos hombres que de pie, a su lado, le contemplaban abiertamente—. Este es el pequeño Adolfo. Dicen que padece *dementia praecox*. No sé bien lo que será eso; pero Adolfo está perdido. Siempre está sentado, y sólo habla cuando se le grita.

Middleton fijó sus ojos en el joven de aspecto bovino, para el cual tuvo un gesto de conmiseración. Luego dirigió la mirada a un hombre de cara pecosa, que ahora se había levantado del banco y paseaba arriba y abajo, dirigiendo la palabra a la nada y dando invariablemente un rodeo al pasar junto a Stines y Middleton.

—Ese estuvo ya otra vez aquí conmigo —dijo Stines—. Es un alcohólico y se curará. Éstos se reponen antes que nadie. ¿Le ves tan loco esta noche? Pues dentro de dos meses no le conocerías. —Arrugó el entrecejo—. Verás. Estuvo conmigo en Dunning, en 1920. Es de oficio carpintero. —Se encogió de hombros—. Pero ahora, las borracheras clandestinas son más peligrosas que las que se cogían cuando se bebía libremente. Tal vez no se ponga bien esta vez. ¡Quién sabe! —Señaló a otro individuo del banco, que, aunque de aspecto tosco, era un joven bien parecido, de mandíbula prominente, sin afeitar

y cabellos que le caían en rizos sobre la frente—. Ese es McCarthy. Creo que se puso furioso en el centro de la ciudad y se necesitaron cuatro guardias para traerlo aquí. Está con nosotros desde el lunes por la noche. Cuando entró tuvieron que enfrentarse con él el Pequeño Kelly y tres vigilantes para reducirlo. Los tres primeros días se los pasó amarrado a una de esas sillas grandes, hasta que acabó por comprender que el armar alboroto no servía de nada. Así es que se ha calmado; pero está más loco que un cencerro. —Gritó en dirección al banco—: Oye, Mac, ¿cuándo me vas a pagar esos diez mil dólares que me debes?

Aquel mozo tosco miró en seguida a quien le interrogaba, y como un perro rabioso, le enseñó los dientes, de los cuales le faltaban algunos.

—¿Qué dices tú? —vociferó, lanzando a la vez un juramento que no se puede repetir—. Tú me debes a mi cincuenta mil dólares; tú… —nuevos juramentos—. Págame primero y luego hablaremos.

—Yo le llamo Mac el de las grandes sumas —dijo Stines en voz baja—, porque no sabe hablar más que de cifras elevadas. Cuando llegó aquí no pasaba de mil dólares: había pagado trescientos dólares por su corbata, cuatrocientos por los zapatos, seiscientos por el traje. Entonces decía que sólo le debía mil dólares. Pero desde hace dos días ha empezado a subir, y ahora habla ya de cientos de miles, y hasta de millones. No sé hasta dónde llegaría un profesor de matemáticas que tuviese la misma enfermedad de Mac.

—¿Qué enfermedad tiene? —preguntó Middleton en voz baja.

Stines hizo un gesto de duda.

—Yo no soy el curandero —dijo—; no sé. Pero he visto a otros como May. Todos estos pájaros serán clasificados cuando ingresen en el manicomio, como lo serás tú. Esos curanderos tienen nuestro número. Yo no sé cuál será tu locura; pero puedes apostar cualquier cosa a que ellos lo

saben.

Middleton sonrió.

—Mi locura, amigo mio, como tú dices, es creer que mi nombre es Jerome Herbert Middleton, cuando en realidad es Jonathan Doe.

Stines le miró con curiosidad.

—Bueno; puede ser. No sé. Pero nunca vi a un loco que reconociera su locura; de modo que si tú la reconoces es que no estás loco; la cosa es clara.

Esta afirmación parecía de una lógica confusa; pero, dada la seguridad de Middleton, había base para hacerla.

Hubo una breve pausa. Luego, Stines se inclinó y puso la mano en el hombro de un joven, indudablemente italiano, el cual levantó sus limpios ojos negros y miró patéticamente a Stines, quien, a su vez, se volvió a Middleton:

—Este es Tony…; su apellido no lo sé. Al parecer se ha aislado del mundo. Es una especie de Robinson Crusoe. No sabe dónde está, quién es, qué es y por qué está aquí —se inclinó—. Tony, ¿me conoces? —el muchacho italiano miró a su interrogador sin decir nada, y a sus ojos negros asomó una mirada de desesperación, como si tratase de romper algún horrible velo que le separaba del mundo. Pero fuera de esto no hizo el menor movimiento—. Tony —gritó Stines con toda la fuerza de su voz—, ¿sabes dónde estás? —De nuevo asomó aquella mirada de desesperanza, aquella mirada anhelante, como de un alma humana que tratara de encontrarse a sí misma; pero que estaba irremediablemente perdida. La tersa frente se arrugó formando finas líneas, brotaron de ella pequeñas gotas de sudor y se vio claramente que el muchacho estaba haciendo un esfuerzo desesperado, pero infructuoso, para precisar su propia personalidad—. Tony —empezó a gritar de nuevo Stines; pero, de repente, el Gran Kelly asomó la cabeza por la puerta del pequeño despacho, a cierta distancia de donde se hallaban. Tenía el ceño fruncido.

—Ya está bien, Stines; no alborotes más. Y usted, Doe,

mejor sería que se fuere a acostar. Ya ha visto usted bastantes cosas esta noche. Tiene todo el día de mañana y otros muchos más para ver todo esto, y mientras esté aquí, ya tendrá ocasión de examinar a sus compañeros. Déjelo por esta noche. —Y miró agriamente a Stines, que se movía inquieto.

Middleton miraba en derredor al desolado cuarto, que era el único sitio donde podía uno sentarse en aquella Estación Psicopática de Detención de Chicago, y luego, una vez más, a los individuos que se hallaban medio tendidos en el único banco que allí había, desinteresados de las camas y de la misma vida. Luego, encogiéndose de hombros, se volvió a Stines:

—Bien; teniendo en cuenta que yo necesito dormir lo mismo que si estuviera fuera de aquí, puedo muy bien acostarme.

Stines le acompañó al dormitorio y comenzó a desnudarse, mientras Middleton se despojaba de sus andrajosas prendas. Sabía éste que el morfinómano iba a registrar los bolsillos de su harapiento traje, con la última esperanza de buscar el contrabando de drogas, tan pronto como se quedase dormido; pero no le importaba. Se puso el camisón que facilitaba el condado, echó hacia los pies la descolorida manta de encima y se metió en la cama. El colchón, lastimosamente delgado, presentaba hondos y bultos en abundancia, y al ceder a su peso pudo oír y sentir el crujido de la paja. Las sábanas tenían un olor peculiar, como a lejía, fuerte y a jabón, y sus narices palpitaron un poco al subirse hasta el cuello el embozo de la de encima.

—Mañana —dijo para sí— saldré de este sitio para siempre.

Pero al cerrar los ojos para no ver más las odiosas ventanas enrejadas y la larga fila de camas de hierro arañadas, no sabía que al día siguiente iba a recibir un recado —un interesantísimo e inesperado recado— nada menos que del propio Fortescue.

X. «Mi sobrino Angelo»

Jerry Middleton despertó por la mañana en la creencia de que estaba en la choza de pescador de Fortescue; pero al volver a la realidad vio que estaba en el mismo dormitorio, la mitad de cuyas camas se hallaban ahora ocupadas por individuos que yacían en diversas posturas; algunos sin vestir, otros vestidos a medias y otros con sus ropas puestas. La mayoría de ellos guardaban silencio; unos cuantos murmuraban para sí. Junto a él, a uno de los lados, estaba el enorme negro que había abierto el cauce del Mississipi con una cucharilla; moviendo los ojos de arriba abajo, como si en su perturbado cerebro se agitaran pensamientos sólo de Dios conocidos. Había fuera una leve claridad, y el tinte gris del cielo mostraba que podían ser apenas las cinco de la mañana. Stines estaba sacudiendo rudamente por el hombro a cada uno de los enfermos.

—Ya es hora de levantarse —decía—, ya es hora de levantarse. Son órdenes del Gran Kelly —aun a la débil luz grisácea estaba su cara mucho más pálida que a la luz artificial de la noche anterior; sus músculos se contraían violentamente, y a sus ojos asomaba una mirada de lucha desesperada—. Por Dios —dijo al acercarse al lecho de Middleton—, que voy a pasar hoy un día de perros. Dios quiera que entre por la puerta alguien con un poco que sorber. Lo traerán, sin duda; lo traerán.

Middleton se vistió pausadamente con sus andrajosas ropas, y una vez más se calzó los agrietados zapatos, que ató con sus trencillas de cuerdas mugrientas. Mientras chapoteaba

su barbuda cara con el agua de una palangana sucia que había en un ángulo de la estancia, se dijo, de una manera irritada, que esta ridícula equivocación no habría ocurrido nunca, como término de la bien pagada jugarreta de la noche anterior, si la fatalidad no hubiese llegado al colmo de sus disparates enviando a la Policía a una habitación gemela de la que él había descrito, una habitación idéntica, desde la cual sólo se veía un muro desnudo de ladrillo. Tan pronto como estuviese libre, se dijo, iría derecho a aquella vieja casa y aclararía, de una vez para siempre, el misterio de cómo aquella primera habitación se perdió tan fácilmente cuando se la buscaba de propósito.

A la sazón, dos corpulentos vigilantes, que llevaban chaquetas blancas y llaves que sonaban en sus cinturones, pasaron por la puerta abierta del dormitorio. El que iba en primer término era portador de una gran cafetera humeante, y el de detrás llevaba una bandeja, en la cual se apilaban muchas rebanadas enormes de pan, que desprendían un olor aceitoso a manteca al pasar hacia el comedor. Oyó fuera una exclamación, y al asomarse al pasillo vio un cuadro interesante. El vigilante que llevaba el pan lo había dejado caer en el suelo y estaba recogiéndolo. Con la manga de la chaqueta limpiaba cada rebanada y luego pegaba de nuevo una a la otra, como si se tratase de sellos de correo. El otro vigilante, el portador de la enorme cafetera, abría entre tanto la puerta, oculta por una cortina, que daba al comedor.

Diez minutos después, cuando la luz del exterior se iba convirtiendo en claridad de día, un golpe violento dado en un plato de metal, cerca del comedor, puso de repente en movimiento a los ocho hombres que estaban allí presos y que, ya vestidos, esperaban silenciosos, colocados en diversas posturas en sus lechos. El salto repentino que dieron en sus camas demostraba que el hombre pierde el deseo de satisfacer sus necesidades corporales mucho después de que pueda perder sus facultades mentales. Al agolparse todos para salir,

el chino se abrió paso a codazos entre ellos para llegar el primero.

El individuo que estaba de servicio y contemplaba la escena, con sus ojos muy juntos, debía de ser el Pequeño Kelly, pues era tan parecido al otro Kelly de la noche pasada como pueden serlo dos hermanos. El que se le llamara Pequeño Kelly era sólo una manera de distinguirlo del otro, pues él era también un gigante, casi tan alto y corpulento como el Gran Kelly —acaso no le faltase una pulgada en cada dimensión—, con la misma cabeza de bola, pero con ojos más duros, menos amistosos que los del Kelly de la noche. Sus grandes bíceps y tríceps se acusaban claramente bajo su ceñida chaqueta de jerga azul, y su camisa a rayas y la corbata indicaban que cuando no estaba de servicio, el Pequeño Kelly era un modelo de elegancia.

Se acercó en seguida a Middleton y le preguntó:

—¿Eres tú Jonathan Doe? —su voz era dura y revelaba al hombre que no toleraría una falta de disciplina.

—Ese es el nombre con que entré aquí erróneamente —dijo Middleton con calma, resistiendo su mirada—. Mi nombre es Middleton.

Kelly le miró un momento y luego se volvió hacia el comedor.

—Ve a comer —ordenó—. Siéntate al lado del chino.

Middleton entró y se sentó donde se le mandaba; pero no tenía apetito. Nunca, hasta entonces, había visto hombres tan parecidos a las bestias como en aquel desayuno, compuesto solamente de un café muy claro, ya azucarado, servido en tazas de hojalata, con unas cucharas de papel para moverlo, y pan untado con mantequilla para acompañarlo. Pero los hombres, después de tragarse las rebanadas que les correspondían, cogían descaradamente los pedazos sobrantes del vecino o los que quedaban en la mesa y los engullían vorazmente, aun corriendo el riesgo de sufrir una apoplejía.

En todas partes se veían gestos de enojo, y sólo se oían

gruñidos, y hubo un momento en que el corpulento McCarthy, de quien Stines había dicho que en cierta ocasión se puso furioso, se levantó de su asiento y asió con sus manazas el cuello del hombre del pelo rojo, el cual contestó con un puñetazo en la barbilla de McCarthy. La breve intervención del Pequeño Kelly, que estaba allí y los separó al instante cogiéndoles por la garganta, evitó que tazas y pedazos de pan rodaran por el suelo.

—Como vuelvas a hacer eso, McCarthy —le advirtió— te ponen la camisa de fuerza, y ya sabes lo que eso significa. Supongo que no se te habrá olvidado.

Con un gruñido salvaje, McCarthy se sentó de nuevo en el largo banco y, hambriento, se puso a masticar su pan a dos carrillos. Stines, que al parecer era delegado del Pequeño Kelly para estos menesteres, iba recorriendo la mesa de arriba abajo, poniendo en pie las tazas derribadas, separando a los enfermos que se peleaban por la propiedad del vecino, y desentendido del chino, que estaba al lado de Middleton y que lanzaba agudos gritos guturales, tratando, con su taza en alto, de explicar al Pequeño Kelly, a todos los allí reunidos y a alguna persona invisible de detrás de él, que algo irregular ocurría. Middleton sabía demasiado bien lo que era. Stines, encargado de servir a la mesa, había sustituido por agua caliente la mayor parte del café que le correspondía al chino, y el pobre asiático se esforzaba por aclarar los hechos.

Middleton no podía comer. El olor a manteca de aquel desayuno nada apetitoso, el café formando charcos y arroyos sobre la mesa, y el ver cómo el vigilante, después del incidente ocurrido, había recogido tranquilamente del suelo todas las rebanadas de pan caídas, para volver a ponerlas en la mesa, después de limpiarlas con la manga, eran demasiadas cosas para él. Sin decir nada acercó su café y su pan al chino, quien, mirándole de una manera vaga y comprendiendo de repente, cogió el donativo con ambas manos y prorrumpió en un nuevo chorro de sonidos guturales, a la vez que volvía la

vista a su espalda y llamaba la atención de Middleton hacia algún ser invisible.

Era aquel un sitio medroso para vivir, aunque sólo fuese una noche.

—Menos mal —se dijo Middleton— que no voy a estar aquí mucho tiempo. —Se volvió hacia Stines, que estaba detrás—. ¿Cuándo viene el médico? —le preguntó.

—Por la tarde —dijo el otro, limpiándose en los pantalones sus manos manchadas de manteca—. Nunca viene antes de mediodía, sino a eso de la una.

—¿Y qué hora es, Stines?

Éste miró por una de las ventanas enrejadas al reloj de una oficina que se veía al otro lado de un patio.

—Ahora son las seis y media de la mañana.

Terminado el desayuno, nada delicioso, se levantaron todos, por la sencilla razón de que todos parecían haber acabado al mismo tiempo, y como ya no quedaba nada que comer no había ningún motivo para seguir allí. Salieron por entre el banco y la mesa y se dirigieron de nuevo a la gran habitación principal, donde el hombre del pelo rojo volvió a pasear arriba y abajo y a hablar al espacio; los demás se dejaron caer otra vez en el banco, apoyada la barbilla en las manos la mayoría de ellos.

Cinco minutos después, mientras Stines estaba fregando las tazas de hojalata y limpiando la mesa, el Pequeño Kelly respondió a una llamada del teléfono del despacho, y poco después salió sonando las llaves y abrió la puerta que comunicaba con el mundo exterior. Entró un desconocido, sombrero en mano, y el Pequeño Kelly cerró la puerta tras él.

Indudablemente, no era viejo; a Middleton, que estaba sentado en una punta del banco, pensando que si al menos tuviese un cigarrillo se le haría menos monótona la larga espera hasta la llegada del médico, no le pareció, en efecto, que el recién llegado pudiera tener más de treinta y nueve años. Pero su verdadera edad era muy incierta, pues usaba

bigote y negra barba corrida, que se confundía con el pelo de las sienes y ocultaba sus años. El cabello era liso y negro, y tenía unos ojos chispeantes, de siciliano.

—Pase usted, señor Giani, y búsquele —le dijo el Pequeño Kelly, deferente—. Acaban de llamarme de la oficina y me han dicho lo que usted desea.

El hombre avanzó, sombrero en mano, hacia el banco y se detuvo delante de Middleton.

—¡Ah! Angelo, ¿no me conoces? —le preguntó después de un instante de silencio—. ¿No conoces a tu tío?

Middleton se le quedó mirando. Al principio creyó que aquel individuo era un nuevo compañero de prisión que venía a sumarse a aquella extraña tropa, de la cual él mismo formaba parte, aunque sólo fuese temporalmente. Pero la deferencia con que le había tratado el Pequeño Kelly denotaba que era un visitante a quien se había facilitado una tarjeta para entrar allí.

—Yo no soy Angelo —dijo, y al mirar en torno suyo y fijar la vista en el muchacho italiano, Tony, que estaba aún sentado con la mirada fija en el espacio, como si tratara todavía de rasgar el velo que había descendido sobre él, añadió—: Seguramente es ése el que usted busca.

—No, no, Angelo —dijo el siciliano—. Eres tú. Hace cinco años que no te veo, pero eres tú. ¡Angelo! ¿No conoces a tu tío Gregorio?

Middleton miró al Pequeño Kelly:

—¿Está este hombre mal de aquí —dijo señalándose a la cabeza—, como estos otros? Yo soy Middleton. Me llamo Middleton. Probablemente busca a ese muchacho de allí.

Pero el visitante hablaba en serio al Pequeño Kelly:

—Es mi sobrino Angelo. Le conozco muy bien. Trabaja desde hace cinco años en mis asuntos de comisiones. Es americano; su mamá era americana. No es completamente italiano, como su tío Gregorio. No tiene ojos negros, como su papá y su tío. ¡Qué lástima que se haya vuelto loco! No

conoce a nadie. Déjeme hablar a solas con Angelo. Yo le haré volver en sí. Apuesto a que le pongo tan cuerdo como estamos usted y yo.

Kelly frunció los labios.

—No sé cómo iba usted a conseguir curar a ninguno de éstos, cuando los mismos médicos no pueden —con un suspiro de resignación cogió su manojo de llaves y abrió una puerta excusada, desde la cual se veía un cuarto pequeño, amueblado con un diván, un cómodo sillón y una blanda alfombra. Hizo seña al siciliano.

—Métale usted en este salón de visitas y hable con él. Aquí está registrado como pacífico; pero si se alborota oprima usted cualquiera de los botones que hay por ahí. Tal vez pueda usted hacer que recupere parte de su razón. No sé —se volvió a Middleton—. Entra en esa habitación con este señor. Háblale y escúchale. Quiere ayudarte. ¿No quieres salir de aquí?

—Pero si ya le digo que no le he visto en mi vida —protestó Middleton. De repente se detuvo, pues una seña elocuente que le hizo el siciliano, a espaldas del Pequeño Kelly, le hizo comprender que todo aquello encerraba algo que él no había advertido. Se levantó con presteza y precedió al siciliano en el saloncito particular, cuya puerta cerró aquél.

—Angelo, hijo mío —siguió diciendo en voz alta—. Angelo; trata de recordar. Di que conoces a tu tío —y mientras repetía esta monserga sacaba del bolsillo interior de la chaqueta una carta, con la cual se acercó más al atónito Middleton, y, bajando la voz, dijo apresuradamente—: Es de un amigo. Léala de prisa y deme la respuesta de palabra. Entre tanto, yo seguiré hablándole en voz alta. No me haga usted caso.

Middleton, lleno de asombro, rasgó el sobre y sacó la carta, que estaba escrita a máquina, mientras el siciliano seguía hablando en lo que manifiestamente era idioma italiano. Sin prestar atención a las palabras extranjeras que llegaban a sus

oídos, miró rápidamente la firma y no halló más que la palabra Fortescue escrita por éste. Luego procedió a leer la carta del principio al fin. Su contenido era, en realidad, sorprendente, pues decía así:

> «Querido Jerry:
> Deploro que la diablura que anoche llevó usted a cabo tan perfectamente le haya hecho caer en manos de la Policía, y que se halle usted hoy en un sitio que no es de su gusto. Y, lo que es peor, siento ser yo el culpable de su situación. Pero ya le sacaremos a usted de allí, amigo Jerry, y teniendo en cuenta que todo lo que acaba bien puede darse por bueno, no tendrá usted que quejarse cuando vuelva una vez más a Astor Street.
>
> Ahora, Jerry, una mala noticia que se refiere a mí.
>
> Anoche me ocurrió algo terrible, y, después de meditar mucho, he llegado a la conclusión de que usted, y sólo usted, puede salvarme. He aquí, en pocas palabras, lo sucedido: Anoche, poco antes de las nueve, mientras estaba usted en la iglesia de St. Andrew esperando a desempeñar su papel en la boda, yo fui a visitar a una joven actriz de comedias musicales, a quien conozco hace algún tiempo, y a cuya casa he ido más de una vez.
>
> Siento parecer inmodesto; pero esta muchacha hace seis meses que está enamorada de mí. Anoche terminaron las cosas con una larga explicación por mi parte, en la que le dije que entre ella y yo no podría existir nunca un compromiso matrimonial. ¿Y qué dirá usted que hizo? Sacó un revólver, un revólver pequeñito, con perlas incrustadas en la culata, y se disparó un tiro en la cabeza. Cayó al suelo, y yo quedé aterrado, pues creí que se había

matado. Al pensar en las terribles consecuencias que aquello pudiera tener para mí, pues serían inútiles cuantas explicaciones diese a la Policía, se apoderó de mí un gran pánico y huí de la casa. Pero tuve la mala suerte de que me viera el portero, que ya me conocía de ir allí otras veces, y que sabía mi nombre. Inmediatamente me di cuenta de que la Policía me buscaría antes que transcurriesen muchas horas.

Lo primero que hice fue preparar una coartada. Como el viejo Tío Jed y Cristina, los dos criados de su casa, se habían despedido la semana anterior para ir a servir a otra casa con más sueldo, y yo entre tanto había tomado un nuevo criado para usted, fui en seguida en un "taxi" a Astor Street y soborné a ese hombre —era lo único que podía hacer— para que dijera, si la Policía iba a su casa de usted, que usted y yo habíamos estado jugando a los naipes hasta unos minutos antes y que acabábamos de salir. En efecto, antes de irme de allí llegó la Policía, y desde el mismo pasillo oí repetir al criado lo que acababa de decirle. Después me fui a mi casa.

A media noche supe que, aunque aquella joven no había recobrado aún el conocimiento, se esperaba que viviese, pues le habían reconocido el cerebro con los rayos X y la bala, aunque le había fracturado el cráneo, estaba alojada en la superficie del cerebro y podía extraerse fácilmente. Los médicos se han decidido a hacer esta operación; pero han manifestado que tardará una semana o diez días en recobrar el sentido y el movimiento de sus miembros y en poder prestar declaración.

Si no puedo probar la coartada —y he sabido

que el portero no está ahora convencido del todo que fuese yo la persona que él vio salir corriendo de la casa—, me detendrán, sin permitirme quedar en libertad bajo fianza, y preso estaré hasta que ella se reponga lo suficiente y pueda declarar que el tiro se lo disparó ella misma.

Es un conflicto horroroso, Jerry, y, sobre todo, inoportuno en este momento en que una docena de importantes negociaciones en los asuntos de su padre exigen mi presencia. Por eso me he decidido a suplicarle a usted que espere unos días, es decir, hasta que ella recobre el conocimiento y se niegue ya contestar a ninguna pregunta en la Estación Psicopática de Detención, así como a hacer ninguna declaración de que es usted Jerry Middleton, pues en cuanto se sepa que lo es usted, la coartada que he preparado, al efecto de probar que yo estaba con usted a las nueve de la noche pasada, queda completamente destruida, con el consiguiente perjuicio para mí.

En cuanto al criado, tendré que arreglar las cosas con él cuando la cosa haya pasado y se sepa la verdad en todas partes; pero ese pequeño gasto corre de mi cuenta.

Sé perfectamente, Jerry, que está usted en una situación en extremo desagradable, metido en ese sitio repugnante, y que lo único que tiene que hacer es llamarme para que le identifique. ¡Pero, por Dios, no lo haga todavía, Jerry! Tenga usted paciencia unos días más. Guarde silencio. No diga nada. Que se cuiden ellos de averiguar su personalidad. De ese modo me salvaría usted de que me encierren.

Eso es lo que puede hacer por mí. ¿Pero qué puedo hacer yo por usted? No crea que le pido

todo eso sin ofrecerle una compensación. Los específicos Middleton —tal vez le interese saberlo— invierten 250 000 dólares al año en anuncios en los periódicos y revistas, esto aparte de la publicidad que se hace por medio de carteles. He conseguido que una agencia de anuncios, a cambio de quedarse con esta contrata y con el 17 por 100 de comisión, le nombre a usted director de publicidad, con un sueldo de 20 000 dólares anuales. Este empleo, por supuesto, no supone para usted trabajo ni responsabilidad, pues no tendrá otra cosa que hacer más que cobrar el sueldo. Al hacer esto infrinjo las condiciones que me impone el cargo que desempeño en los negocios de su padre; pero mientras usted y yo no digamos nada, los emolumentos son suyos y la gente no sabrá ni una palabra. Esto es lo que le ofrezco. Pondré este empleo en sus manos la semana que viene, si permanece mudo durante diez días, o acaso menos, si la joven en cuestión sale antes del coma en que se encuentra y ya no tengo nada que temer. ¿Lo hará usted?

Si su respuesta es afirmativa, no encontraré dificultad en arreglar con un político amigo mío el que el Tribunal del condado se encargue de su caso para nueva observación el próximo lunes, cuando preste declaración, y de este modo entretendremos el tiempo hasta que podamos revelar la verdad. Naturalmente, iré a verle en persona tan pronto como esa mujer firme su declaración descargándome de toda culpa.

Devuelva esta carta al portador, persona de toda mi confianza, y dele su respuesta de palabra.

Fortescue».

Middleton no hizo la menor tentativa de leer la carta por segunda vez. La primera lectura era suficiente. Había comprendido su sorprendente contenido desde el principio hasta el fin. En cuanto a la respuesta que había de dar al infortunado Fortescue sólo una era posible en aquellas circunstancias. La magnífica idea de nombrarle jefe de publicidad en una agencia de anuncios, a cambio de ceder a ésta el pingüe negocio de explotar casi toda la publicidad de los específicos Middleton, no se le hubiera ocurrido nunca. La situación en que se encontraba Fortescue era, tal vez, una suerte para él, toda vez que aquél se había visto obligado a idear algo que le permitiera disfrutar de una parte de la hacienda de su padre. Y, lo que era mejor todavía, Fortescue estaría ahora a merced suya, pues una vez que había violado el espíritu del injusto testamento de Digby Middleton, no era probable que el director gerente tratase nunca de quitarle el empleo que le había facilitado por su propia iniciativa. Acaso fuera éste el motivo de no haberle hecho antes esa proposición. Mentalmente sumó Middleton el dinero que reuniría el primer año con esta repentina lluvia de riquezas que caía sobre él: diez mil dólares, cinco mil dólares, veinte mil dólares. Treinta y cinco mil dólares en junto. Casi tanto como iba a ganar Fortescue. El interés de casi seiscientos mil dólares al seis por ciento. Realmente, su contratiempo de la noche pasada, junto con la mala suerte de Fortescue, había volcado en sus bolsillos el cuerno de la abundancia.

Devolvió la carta al siciliano, que seguía sentado, interpolando en su lengua italiana frases como éstas: «Tu mamá quisiera tenerte en casa, Angelo» o «Di que recuerdas a tu tío».

—Diga a Fortescue —dijo Middleton en voz baja— que haré lo que desea. Callaré. La respuesta, es pues, que sí.

El siciliano se levantó. Guiñó un ojo en señal de comprensión, se dirigió a la puerta de la habitación y la abrió.

—Adiós, Angelo —dijo volviendo la cabeza—. Siento

mucho que no recuerdes a tu tío Gregorio. —Middleton le siguió. El italiano se detuvo a la puerta del despachito donde estaba el Pequeño Kelly—. No se acuerda de mí —dijo—. Por más que he hecho, no he conseguido nada. Insiste en que no es mi sobrino. —Se encogió de hombros de manera expresiva.

El Pequeño Kelly rió secamente y salió con su manojo de llaves.

—La mayoría de éstos no se acuerdan de nada, y algunas veces es mejor para ellos. Tal vez no sea su sobrino después de todo, si usted no le ha visto desde hace cinco años. Buenos días —dejó salir al visitante, y en ese momento diez hombres levantaron automáticamente la cabeza y miraron con ansia por la abertura que comunicaba con el mundo exterior.

El Pequeño Kelly dio una palmada. Todos prestaron atención.

—Bueno —dijo en alta voz—. Ahora vamos a salir todos a tomar el aire —echó a andar delante hacia la puerta enrejada de la derecha del pasillo, que comunicaba con el comedor, y que, una vez abierta, dejó ver un corto tramo de escalones de bordes redondeados, que conducían a un patio pequeño, verdaderamente reducido, rodeado de un muro de ladrillo, tan alto y tan cubierto en su parte superior de agudos pinchos, que apenas podría escalarlo un grupo de adiestrados árabes. Sobre él sólo se veía el cielo azul. A excepción del chino, que se quedó dentro, los demás salieron al aire fresco, y algunos empezaron a pasear arriba y abajo a lo largo del muro, donde la suciedad había formado una superficie dura como la de un campo de tenis.

Middleton salió también; se sentó en un banco formado por un tablón que se atornillaba a dos soportes de madera, que sobresalían del suelo, y se puso a mirar a aquel cielo que parecía entonces tan atrayente. A cierta distancia, no muy lejos, podía oír los gritos de los chicos que jugaban, el rodar de los tranvías, y le era difícil darse cuenta de que estaba aún en el centro de una gran ciudad ruidosa, y que, justamente al

otro lado de aquellos altos muros, había una animada calle por la que transitaba la gente, ajena a todas las extrañas aventuras que él había corrido durante las últimas doce horas. Se recostó en uno de los postes del banco en que estaba sentado y se abismó en sus pensamientos. Lo que tenía que hacer ahora para salvar a Fortescue era bastante desagradable. En lo más recóndito de su ser ansiaba demostrar a la necia Policía, y al no menos necio médico Wexney, que le había llevado allí, el gran error que habían cometido, y ahora Fortescue le obligaba a demorar su triunfo; pero tenía que reconocer que lo que Fortescue le ofrecía a cambio representaba una espléndida compensación, pues al final de su odisea tendría un empleo de 20 000 dólares anuales; un destino que no le exigía ni tiempo ni trabajo, pues él no sabía nada de la técnica del anuncio, y mucho menos de la retumbante propaganda americana. Una situación falsa, en verdad; pero que le reportaría unos cuatrocientos dólares a la semana.

Cincuenta y dos semanas: veinte mil dólares. Y, además de esto, diez mil dólares y otros cinco mil. ¡Treinta y cinco mil dólares! Ya era algo. Representaba una suma que podría abrirle amplias posibilidades para averiguar el paradero de la poseedora de aquellos cálidos labios cuya presión contra los suyos le obsesionaba más cada día.

Sólo una hora se permitió a los enfermos presos que permanecieran al aire libre, y luego, como animales, se les volvió a encerrar; no a todos, pues McCarthy, el que parecía y hablaba como un *gangster*, se quedó allí, agazapado en un rincón del muro, y con los puños en actitud de pelea, desafiando al Pequeño Kelly a que fuera a cogerle. Considerando que él era un preso del condado en aquel patio pequeño y en aquel edificio contiguo, su actitud era algo ilógica; pero la lógica era una cosa que no abundaba en aquel lugar de fantasía.

El Pequeño Kelly, que, sentado en el escalón más alto,

observaba a su gente como el que no hace nada, lanzó un profundo suspiro, alargó la mano con indiferencia y oprimió un botón que había a su espalda, incrustado en la pared. Se abrió la única puerta por la que se comunicaba la Estación de Detención con el muro exterior, volvió a cerrarse, y tres corpulentos vigilantes, con llaves que chocaban en sus manos, se lanzaron al patio.

—¿Qué ocurre, Kelly? —gritó el que iba delante—. Creí que se te escapaba alguien.

Pero el Pequeño Kelly movió negativamente la cabeza.

—Es lo mismo de siempre. ¡Tengo unas ganas de que llegue el lunes y se lleven a este pájaro! Aquí no volverá a entrar.

Se quitaron cuatro chaquetas, se remangaron cuatro pares de mangas sobre brazos velludos y musculosos, y cuatro toscos ejemplares del género humano avanzaron como gatos hacia el beligerante McCarthy, cuyos dientes rechinaron de tal manera que el sonido se oía claramente desde la ventana enrejada en que Middleton contemplaba, fascinado, la escena.

Detrás, Stines miraba por encima del hombro de aquél, con todos sus nervios en tensión.

La cosa acabó en un abrir y cerrar de ojos. Una danza salvaje de puños y brazos que golpean, un cerco de hombres, unos cuantos gruñidos, y McCarthy quedó de repente boca abajo. Le sujetaron los brazos por detrás, le amarraron las piernas y lo llevaron —mientras lanzaba juramentos y maldiciones— al edificio de ladrillo rojo, cuya puerta se cerró tras él, y donde, sin el menor miramiento, le sentaron en una de las sillas atornilladas. Con unas correas le ataron los tobillos, las muñecas y la cintura, y luego, los cuatro hombres se bajaron las mangas, se pusieron las chaquetas, sacaron cigarrillos de diversas partes de su anatomía, y tres de ellos se dispusieron a marcharse por donde habían venido. Ahora se veía claramente por qué, en vista de la repetición de alborotos como éste, todos los ángulos y esquinas de la Estación de Detención estaban hábilmente redondeados.

—¿Vas al baile esta noche, Kelly? —preguntó uno, con un bostezo de indiferencia.

—Allí iré —dijo el Pequeño Kelly—. ¡Quieto ahí, bruto! —gritó a McCarthy, que forcejeaba en la silla hasta hacer crujir las correas.

A las doce de la mañana de ese día Stines se puso descompuesto. Middleton, que estaba sentado en el banco aguardando el paso de las horas interminables, levantó la vista de repente y vio a Stines, de rodillas, delante del despacho del Pequeño Kelly.

—¡Por amor de Dios, Kelly! —gritaba lastimosamente—. Telefonee al médico…, llámele…, llámele. Estoy loco, se lo aseguro. Telefonéele…, búsquele. Tengo que tomar un poco de morfina. Si no lo hace me mataré, Kelly. Y le… le mataré a usted también. Así es que ayúdeme.

—Tú qué vas a matar —replicó el Pequeño Kelly con calor —. Tranquilízate. Estará aquí a la una, y si quiere darte un poco, puede hacerlo. Yo no tengo nada aquí; no puedo ayudarte.

—¡Miente usted, maldito sea; miente usted! —dijo Stines sollozando—. Usted tenía una jeringuilla llena en ese armario. ¿Acaso no le vi emplearla con Mac la otra noche? Démela, Kelly. Démela, ¡por amor de Dios!

Pero Kelly señaló ceñudamente fuera del despacho:

—Vete, si no quieres que te ponga una camisa de fuerza. Te aseguro que lo hago.

El desdichado Stines se retiró y se dejó caer exhausto en el banco, junto a Middleton. Éste trató de consolarle cuando se sentó como un manojo de nervios, agitado y convulso, haciendo con su pálida cara las muecas más violentas y moviendo de un lado a otro brazos y piernas; como si no pudiera estarse quieto, como si estuviese sentado sobre una estufa encendida. Pero todo era inútil, porque era como pretender calmar a un hombre fuertemente atado, a quien se estuviera haciendo cosquillas con largas plumas de ave. Stines

se ponía rápidamente como el resto de los pacientes de aquella habitación, aunque su situación era mil veces más digna de lástima.

Pero cinco minutos después un hombre, tan pálido como el mismo Stines, era lanzado en aquella sala, y la puerta se cerró inmediatamente tras él. Stines se calmó en seguida, se serenó aparentemente merced a un supremo esfuerzo, y se puso a observar al otro como un halcón. Después de escuchar algunas palabras aconsejadoras en el despacho del Pequeño Kelly, el nuevo huésped se puso a vagar de una manera incierta por la habitación. Stines se puso en pie de un salto y le dijo:

—¡Hola, amigo! ¿Cómo estás? Permíteme que te enseñe todo esto para que veas dónde vas a dormir esta noche. Ven por aquí, amigo.

El recién llegado, de cara pálida, miró a Stines con ojos melancólicos, como si existiera entre ellos algo que los uniera. Luego siguió a Stines, el cual, después de dirigir una mirada furtiva al despacho del Pequeño Kelly, le condujo al pasillo.

Jerry Middleton se quedó sentado, solo otra vez, con las piernas estiradas sobre el suelo; deseoso de tener un cigarrillo, un libro, una revista, una visita, cualquier cosa existente bajo el azul del cielo que rompiera aquella horrible monotonía. De repente, Stines y su nuevo amigo volvieron cogidos del brazo. Era otro Stines. Andaba ahora erguido; su mirada era firme y clara, y había en su actitud tanta arrogancia que parecía un gallo. Ya no le temblaban las manos. Era, por decirlo así, el amo del cotarro, y sus ojos miraban con altivez al dirigirse a los demás.

—¿Cómo te encuentras ahora, Stines? —le preguntó amistosamente Middleton, asombrado de su repentino cambio.

Pero Stines le miró también con la misma altiva mirada:

—¡Vete al infierno, piojoso haragán! —fue su respuesta, y volviéndose al otro—: Ven, George; te enseñaré este antro.

Y Middleton se dio cuenta de que Stines se había puesto en relación con un nuevo y valioso amigo.

La comida de mediodía fue una repetición del desayuno, salvo que se sirvió un plato de judías, además del pan con mantequilla, y luego té solo, con azúcar, para hacer pasar los otros manjares. Jerry Middleton probó unas cucharaditas de judías; pero pronto se dio cuenta de que su paladar había cambiado mucho desde aquellos días de las trincheras, en que las judías valían su peso en oro, y así, se las traspasó al chino, que las devoró como si no hubiera comido nada en un mes.

—¿Cuánto tiempo —se preguntó el hombre de Australia— habrá estado Stines robando la comida al chino delante de las narices de Kelly?

Ya había decidido lo que iba a hacer cuando llegara el médico, el cual lo hizo una hora exactamente después de la comida del mediodía. Se abrió la puerta con gran ruido de llaves y entró en la sala, cerrando cuidadosamente tras él, un hombre de baja estatura, ostentoso, con lentes sujetos por un cordón de seda y un bigote embrionario; acompañado de una enfermera, que parecía una enorme amazona. Echó una rápida ojeada a la fila de pacientes, y luego, después de consultar unos papeles que llevaba en la mano, gritó:

—Oiga, Kelly, ¿dónde está ese nuevo caso?

XI. «No tengo nada que decir»

Kelly salió con presteza de su despacho y señaló a Middleton:

—Es ése que está ahí sentado, doctor Updegraff. El de las grandes barbas.

—¡Ya! —el pequeño doctor se ajustó los lentes y miró a Middleton de una manera fría, franca, profesional. Repaso sus papeles, y luego, acompañado de la enfermera, cruzó el espacio que los separaba y dijo—: ¿Cómo se llama usted, amigo?

—No tengo nada que decir —contestó Middleton tranquilamente, cuando su deseo hubiera sido levantarse y gritar en la cara de aquel hombre pequeño, que tanta importancia se daba, que su nombre era Jerome Herbert Middleton.

—¡Ah! No tiene usted nada que decir, ¿eh? —el doctor puso unas notas en uno de los papeles que tenía en la mano—. ¿Y por qué no tiene usted nada que decir, amigo mío?

—No tengo nada que decir hasta que esté debidamente representado —respondió Middleton, comprendiendo la necesidad de dar alguna explicación de su mudez.

—¡Ah; no tiene nada que decir hasta que esté representado! —el doctor hizo otra anotación, miró a Middleton de pies a cabeza y puso nuevas notas—. Permítame que le tome el pulso —lo hizo con aire profesional, y volviéndose a Kelly, preguntó—: ¿Durmió anoche, Kelly?

—Como un leño —dijo Kelly—, según el informe de mi hermano.

—¡Ya! Como un leño —otra nota—. Mal síntoma éste. No sintió ninguna emoción al ser traído aquí —miró ceñudo a Middleton—. ¿Ha tratado alguien de envenenarle, buen hombre?

Middleton se echó a reír.

—No he notado nada, doctor; aunque el alimento no es, ciertamente, de lo mejor.

—¡Ah! —exclamó el pequeño Updegraff—. ¿Qué clase de alimento comen los de su clase? De seguro hacía un mes que no se le habían quitado las arrugas del vientre. ¿Quiere usted que le sirvan carne asada con setas? —y sonrió de una manera estúpida a la enfermera, la cual respondió con una sonrisa triste, como si quisiera simpatizar con el enfermo. Updegraff volvió la vista—: ¿Come, Kelly?

—No —dijo Kelly—; no toca la comida.

—¡Ya! No toca la comida —tomó más notas—. Desconfía de ella. Apuntaré este detalle —contempló a Middleton una vez más—. Usted es… —dijo mirando al papel que tenía en la mano—, usted es Jerome H. Middleton, ¿no es así?

—Yo no he dicho eso —respondió Middleton—. Pero tampoco he dicho que no lo sea.

—¡Ajá! —dijo Updegraff. No se veía claro qué clase de triunfo psiquiátrico significaba ese ¡ajá!; pero, sin embargo, tomó otras notas, y guardándose los papeles en el bolsillo de la americana preguntó a Kelly—: ¿No hay novedad? ¿Hay alguien enfermo?

—No hay novedad —contestó Kelly—. Únicamente que McCarthy armó un nuevo alboroto esta mañana. Le tenemos atado.

—Bien. Suéltenle cuando se tranquilice —ordenó el doctor fríamente, prestando poca atención a la robustez y a los músculos de Kelly. Se volvió a la enfermera y le pellizcó en la mejilla—. Perfectamente, rica, subiremos a la sala de mujeres —y girando sobre sus talones, sin dirigir siquiera una mirada atrás, salió de la habitación, con lo cual el mal rato, si así

puede llamarse, había terminado para Middleton. No había afirmado nada; nada había negado: no había quemado sus naves.

Parecía que la monotonía de esa tarde iba a romperse muchas veces, pues a las tres se abrió de nuevo la puerta para volverse a cerrar después de haber entrado dos hombres. Uno de ellos era, evidentemente, un empleado de aquel establecimiento, pues no llevaba sombrero; pero el segundo lo tenía en la mano, y no era otro que Fortescue en persona. Middleton iba a saltar de su asiento para ir a estrecharle la mano; pero permaneció sentado, haciendo un gran esfuerzo, reprimiendo la exclamación que asomó a sus labios, pues recordó la frágil historia de Fortescue, que se quebraría al instante si en aquel momento se descubriera su identidad.

—Es aquel que está allí sentado —declaró el Pequeño Kelly, señalando al sitio donde era de esperar se fijaran los ojos de Fortescue.

Fortescue estaba con las manos enguantadas, medio metidas en los bolsillos, mirando a Middleton. Para quien no estuviera en el secreto su cara podría parecer impasible; pero había en ella una levísima sonrisa, un vislumbre casi imperceptible de saludo amistoso en sus ojos, que expresaba claramente el siguiente ruego: «¡Sálveme, Jerry! Me han hecho venir aquí para verle. ¡Sálveme, amigo!». Y Middleton, a su vez, permanecía también impasible.

—Creo —dijo Fortescue— que, entre todos, tiene que ser él —hizo un signo de asentimiento al empleado que le había acompañado, y el Pequeño Kelly les abrió de nuevo la puerta para que salieran.

Middleton se quedó una vez más, de repente, solo y sin amigos.

Aún seguía sumido en su infortunio cuando ocurrió la tercera interrupción. Entró de nuevo el mismo empleado, pero seguido esta vez de un joven de pelo rubio y rostro franco, que se quedó mirando con la mayor turbación a Jerry

Middleton, que ya estaba más sosegado. Éste, después de rebuscar en su cerebro, reconoció por completo al recién llegado. Era el soñoliento dependiente del estanco, a quien él había ordenado la noche pasada que avisase a la Policía. Indudablemente, la cosa no había terminado con su detención en aquel establecimiento policíaco. Como Fortescue, el dependiente del estanco miró a Middleton de pies a cabeza, y volviéndose luego al hombre que tenía al lado dijo:

—Sí, él es.

Parecía tener gran deseo de salir de allí, y cuando los dos hombres desaparecieron, Middleton sonrió burlonamente al observar la presteza con que la gente quería abandonar aquella estancia llena de cerebros desequilibrados…, ¡incluyendo el suyo!

Estos fueron los acontecimientos de aquel primer día.

No hubo más visitas después de aquéllas. No hubo más interrogatorios del pomposo y pequeño doctor. Ahora no quedaba más que esperar, esperar, esperar…, hasta que llegara el día en que saliese de aquel sitio como Jerome Herbert Middleton.

El tiempo que transcurrió desde el viernes al domingo fue el que a Middleton le pareció el más largo de su vida. Nada ocurrió que rompiese la monotonía de aquel lugar de almas perdidas. Tres veces al día, pan con mantequilla. Una vez al día, judías; otra, un trozo de carne de vaca, cocida, y una patata, también cocida. Cada día adelgazaba un poco más, pues su organismo echaba de menos el sol y el aire, que habían sido sus compañeros desde por la mañana hasta la noche en Lake Winneback, y no podía comer sino muy poco; el chino, en cambio, estaba algo menos delgado, pues él cuidaba de que aquel desgraciado recibiese no sólo la ración que le correspondía, sino también parte de la suya. Todas las tardes, a las cinco, el Gran Kelly se hacía cargo del servicio, y todas las mañanas, a las cinco, le sustituía el Pequeño Kelly. Todas las mañanas, durante una hora, y todas las tardes,

durante el mismo espacio de tiempo, se sacaba a toda la pandilla al patio cerrado para encerrarla de nuevo transcurrida la hora.

Algunas veces, Middleton se irritaba al pensar en lo que pudiera ocurrirle a Fortescue fuera de aquellos muros. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué no podía él saber, por lo menos, algo de cómo iban las cosas? Comenzó a experimentar con el tiempo la impresión de que sólo con lo que estaba sufriendo en esos días eternos de su detención tenía ganado hasta el último centavo del dinero que iba a recibir en todo el año siguiente. El sábado por la mañana se vio en un espejo y automáticamente pensó en un mandril que había visto en Sidney, en el Parque Zoológico de Taronga. Parecía un animal, y empezó a sentir como si lo fuera.

En cuanto a Stines, era otro hombre desde la mañana en que se puso tan descompuesto. Cierto que todas las tardes empezaba a ponerse nervioso y a retorcerse; mas cada vez que le ocurría esto desaparecía con su nuevo amigo y a poco volvían; pero ya continuaban sosegados durante muchas horas. De vez en cuando, Stines se mostraba de nuevo amigo de Middleton, y el domingo por la tarde se sentó en el banco al ver que aquél le llamaba.

—Stines, ¿a qué hora sacarán mañana de aquí a estos pobres diablos? —y señaló con la mano a lo largo del banco.

—La mayoría de ellos salen mañana por la tarde —dijo Stines autoritariamente—. El juicio se celebra por la mañana. El Tribunal se reúne en este mismo edificio, en una habitación que hay en un pasillo que arranca de esta sala, saliendo por esa puerta —señaló a la puerta de roble por la que entraban siempre los que llegaban de la calle, y añadió—: El juez viene un día a la semana para examinar los casos.

—Espero que estarás mejor que aquí —dijo Middleton—. Yo tengo que quedarme. Me dejan para nueva observación, algún tiempo más —sonrió irónicamente.

—¡Qué te vas a quedar! —dijo Stines, mirándole—. Cada

lunes se llevan a todos los que hay.

Middleton se volvió hacia él:

—¿Has asistido ya a estos juicios? ¿Cómo son?

Stines movió negativamente la cabeza.

—Doe, me han enviado nueve veces al manicomio por morfinómano; pero nunca he asistido a un juicio de éstos.

—¡Nunca has asistido a ninguno! —exclamó Middleton—. Pues la ley, todas las leyes del mundo dicen que se debe oír al acusado.

Stines movió la cabeza gravemente.

—Pero nosotros no somos criminales, ¿sabes? No somos delincuentes. Los criminales tienen derecho a un juicio por jurados. Nosotros, no. Somos locos, y a un loco se le juzga por lo que ellos llaman su «historia»: por lo que hizo fuera y motivó que lo trajeran aquí. Discuten su caso en una sala cerrada, pesan los hechos, y le meten en la sala únicamente para que le vean los curanderos; nada más. Un loco nunca presencia su propio juicio. Mira, imagínate lo que haría ese boxeador de McCarthy si asistiera al juicio. No dejaría títere con cabeza.

—Pues es una ley extraña —comentó Middleton—. A mí no me parece bien; pero, después de todo, yo no la inventé. De todas maneras, yo me quedaré, y supongo que tú te irás. ¿Cuánto tiempo piensas estar en el… manicomio?

Stines movió la cabeza.

—Me pondrán en la calle, como curado, dentro de un año, aproximadamente, y luego volveré aquí de nuevo. ¡Doe, no sabes lo que es tener el vicio de la morfina! ¡Lo odio y me odio a mí mismo! —Su cara se crispó; se golpeó el pecho y a sus ojos asomó una mirada horrible.

Middleton le miró con las pestañas entornadas.

—Bueno, Stines, pobre amigo —dijo—; ya es hora de que vuelvas al dormitorio con ese nuevo compañero. Dios sabe que lo pasarás muy mal cuando os separen mañana. No me puedo imaginar dónde guarda tu amigo su provisión; pero

apuesto a que la institución del Estado os privará de ella muy pronto.

Stines se llevó rápidamente la mano a la boca y habló en voz baja:

—Eso es lo que harán, Doe, y me alegro. Este pájaro —y quede esto entre dos buenos amigos como nosotros— tiene la provisión repartida en la mitad de las costuras de sus ropas —y, obediente a la indicación que se le había hecho, se levantó y desapareció.

Cuando, al fin, llegó la mañana del lunes, Middleton observó con gran interés cómo cada paciente, con la muñeca atada con una gruesa correa de cuero a la de un alguacil de férrea mandíbula, que ahora apareció por primera vez en escena, salía por la puerta a cada llamada telefónica hecha por la línea, casi siempre ocupada, del despacho de Kelly. El enfermo, sin embargo, no estaba ausente mucho tiempo, pues todos volvían apenas habían salido. Luego siguió otra larga espera, hasta que otra llamada al teléfono de Kelly motivó la salida de otro enfermo. Después de cuatro incidentes de esta clase, Middleton se vio extraordinariamente sorprendido al ver a Kelly colgar el auricular, después de la quinta llamada, y hacerle señas.

—Doe —le dijo—: tienes que salir un minuto con este señor. En seguida te volverá a traer aquí. Anda, date prisa.

Indudablemente, hasta para sobreseer su caso era necesario que compareciese ante el juez. Esperó pacientemente a que Kelly le atase la muñeca a la de aquel coloso a quien había de acompañar, y ahora, por primera vez en aquellos interminables períodos de tiempo, se vio en la parte de fuera de aquella odiosa puerta, que se había cerrado tras él la noche de la boda de Pamela Martindale. Acompañando al guía que le remolcaba atravesó el vestíbulo, pasó por una ancha escalera que conducía al piso superior y siguió por un largo pasillo, al que daban, a intervalos, varias habitaciones. Al fin, fue introducido en una sala provista de asientos de alto

respaldo, como bancos de iglesia —manifiestamente una sala de audiencia—, y llevado ante una mesa colocada sobre una tarima, a la cual estaba sentado un hombre de aspecto de juez, completamente calvo, con una toga de color oscuro. En otra mesa había dos escribientes y un policía soñoliento, y en lo que parecía ser la tribuna del Jurado estaban unos seis hombres, que ofrecían un vario conglomerado de lentes, gafas, cuellos de alas de murciélagos y bigotes y barbas de todas formas. Cada uno de ellos tenía severa apariencia; evidentemente eran médicos.

El alguacil indicó a Middleton que se sentara delante del juez, y él, por su parte, se sentó en una silla, a su lado. Ambos siguieron atados juntos.

En la sala reinaba un gran silencio. Los doctores le miraban con curiosidad, y uno de ellos, de barba corta y puntiaguda, apoyaba la barbilla en la mano, en actitud pensativa. Éste habló a los demás.

—Si se le afeitaran —dijo— esas enormes barbas, creo que verían ustedes una semejanza más marcada con el señor Jerome Herbert Middleton que la que ahora se aprecia. Y ésa era, precisamente, mi suposición.

Middleton abrió los ojos. La mirada que dirigió a este hombre estaba llena de inquietud. ¿Iban estos médicos a librarle de la ridícula acusación de que era objeto, a pesar de su silencio y de la historia de Fortescue? Si era así, ¿qué ocurriría con la coartada de Fortescue? Pero él no podía hacer nada. Nada dijo, y nada se le preguntó.

Un hombre bajito, con unos astutos ojos azules detrás de unos lentes con aro de oro, se atusó su barba rubia partida.

—¿Insiste usted, doctor Walraven —dijo con ligero acento alemán— en que la psicosis de Von Zero entra en su caso?

—No, no insisto, doctor Daubmeier —dijo el interpelado—; pero sigo considerándolo posible. Ciertamente, vacilaría mucho en aceptar la sugestión del doctor Morster de alcoholismo agudo ante semejante parecido de frente y nariz

con J.
H. Middleton.
Su historia, en efecto, muestra que esta semejanza tiene que haber existido. ¿Cómo explicarse, si no, las fotos recortadas de los periódicos? ¿Y las posturas?

Todo esto era completamente ininteligible para Middleton, y aguzó el oído para no perder ni una palabra de esta interesante discusión. El médico de barba rubia y ojos azules se inclinó hacia fuera de la tribuna del Jurado y habló:

—¿Cómo se llama usted, amigo?

Middleton alzó la vista tranquilamente:

—No tengo nada que decir.

El que había hablado el primero miró a los otros e hizo signos afirmativos con la cabeza, como si estuviera ya cansado:

—Es lo que dice el doctor Updegraff.

Entonces intervino un anciano patriarca de barba corrida:

—Bueno, caballeros; creo que debemos llegar a un acuerdo. Yo no he leído la monografía del doctor Von Zero; pero el doctor Walraven, sí. Por tanto, lleguemos a un arreglo. ¿Les parece bien?

¡Arreglo! Esta palabra significativa sólo podía indicar una cosa: que le iban a someter a nueva observación hasta que se llegara a un acuerdo. Se veía que alguien —tal vez uno de aquellos hombres que formaban el tribunal médico— estaba inclinando un poco las cosas a favor de Fortescue. Pero Middleton mantenía aún su silencio absoluto.

Uno de los doctores entregó un papel a un escribiente, y el juez hizo señas al alguacil, el cual se levantó, tirando al hacerlo de la manga de Middleton. Los preliminares habían terminado. A causa del constante tiro en su muñeca, Middleton se vio obligado a acercarse con el alguacil a la mesa de los escribientes, y uno de éstos cogió el papel que ahora parecía tener el sello del Tribunal o del condado. Sin duda era la orden de aplazamiento. Un momento después, las

puertas giratorias de la sala se cerraban tras él, y volvía con el alguacil por el amplio pasillo que conducía a la sala de detenidos. Por primera vez Middleton aventuró una pregunta:

—¿Cuál ha sido el veredicto de ese grupo de sabios médicos de la tribuna? —dijo con cierta jocosa inflexión de voz—. Se va a aplazar mi caso una semana, ¿no?

—¿Aplazar? —gruñó el alguacil, volviendo sus ojos grises a su prisionero—. ¿Aplazar? No, hombre. Va usted a ser trasladado al manicomio de Birkdale.

—¡Trasladar! —exclamó Middleton asombrado—. ¡Que me van a trasladar! —repitió, casi sin habla, no queriendo dar crédito a sus oídos—. ¿A…, a un manicomio? —volvió los ojos, incrédulo, al alguacil—. ¡Quia! ¿Cómo me van a trasladar si no ha habido ningún juicio? ¡¡Yo, recluido!! ¿Cuál es la acusación, el veredicto o como quiera usted llamarlo?

El alguacil se detuvo para encender un cigarrillo con su mano libre. Hecho esto sacó del bolsillo el papel que le habían entregado en el Tribunal y lo miró:

—Dice así: «Diagnóstico aparente: Paranoia, salvo la opinión del doctor Walraven, favorable a la posibilidad de una seudoparanoia autohipnótica de Von Zero» —pronunció las últimas palabras muy despacio y con dificultad y luego volvió a meterse el papel en el bolsillo de la chaqueta—. Ya lo sabes. Volvamos a la sala de detenidos. Querrán que vaya en seguida otro enfermo.

Middleton estaba trastornado cuando echó a andar de prisa al lado del otro. Esto era una gran complicación. Fortescue le había prometido que su caso se aplazaría; pero, por lo visto, algo había salido mal…, muy mal, y, como resultado de ello, estos necios, influidos, sin duda, por haberse negado él a hablar para ayudar a Fortescue, habían cometido un disparate legal de la peor especie. ¿Qué debía hacer? ¿Y cuándo debía hacerlo? Movió la cabeza. Tenía que ponerse en seguida en contacto con Fortescue.

Pero se puso en contacto con él más pronto de lo que

pensaba, pues al dar la vuelta a un recodo del pasillo tuvieron que desviarse para evitar un grupo de tres hombres que estaban hablando. Uno de ellos, de cara afilada, llevaba debajo del brazo una cartera, que indicaba que su portador era algún jurisconsulto, acaso algún agregado del Tribunal que estaba reunido en aquel edificio. El otro estaba oculto por el tercero, el cual tenía, a su vez, vuelta la espalda al pasillo. Al acercarse Middleton oyó decir al individuo oculto:

—Entonces, el pobre hombre tiene paranoia y será enviado al manicomio. Qué caso más extraño, ¿verdad?

En aquel momento, el hombre que estaba de espaldas a Middleton y el alguacil volvió la cabeza, y Middleton pudo ver, con gran asombro, que el hombre era el propio Fortescue. Se paró de repente, obligando al alguacil a detenerse también, e inclinándose hacia adelante, con gran excitación, tiró de la manga a Fortescue.

—¡Fortescue! ¡Fortescue! —gritó—. ¡¡Han cometido un disparate!! Me envían al manicomio para encerrarme allí. Tiene usted que hablar ahora mismo. Ha que evitar que esto se consume. Yo no puedo hacer nada, como usted sabe.

Pero Fortescue, aunque parezca extraño, se apartó apresuradamente, soltó de un tirón su manga de la mano de Middleton y se sacudió la ropa, como si algo se le hubiera pegado.

Al hacerlo se movió lo bastante para dejar al descubierto al hombre que ocultaba con su cuerpo. Y entonces Middleton se quedó boquiabierto, mudo de estupor, pues el individuo que tenía delante de sus ojos ofrecía una asombrosa semejanza física con él. Era joven, tenía el mismo cuerpo y la misma estatura que Middleton. Llevaba sombrero hongo y traje de corte inglés, que eran los mismos de Middleton, los que él compró en Melbourne antes de embarcar. El joven llevaba un bastón, que era también el suyo. En el ojal de la americana tenía puesta una flor y cruzaba su chaleco una cadena, que Middleton reconoció ser la de su reloj, por sus gruesos

eslabones de oro. Pero lo más extraño de todo era que sus ojos estaban cubiertos por un par de pesadas gafas de armadura de plomo y cristales azules oscuros, con ramas, también de plomo, sujetas a los aros por medio de pasadores del mismo metal. Detrás de las gafas, visibles a través de los oscuros cristales, había unos ojos que eran iguales a los suyos en su separación, en su forma y en la longitud de las pestañas; tan parecidos como dos guisantes. ¡Y la cara! La frente, la nariz, los labios, la barbilla, la boca…, todo… era su propio rostro. Se pasó la mano por la frente creyendo que estaba soñando.

Pero este cuadro sólo duró un segundo, durante el cual los tres hombres que estaban hablando en el pasillo, le miraron. Luego el alguacil tiró rudamente de él hacia un lado.

—Apártate. Deja a esos caballeros y sigue adelante.

Y antes de que pudiera darse cuenta se vio arrastrado por el pasillo hasta la puerta de la sala de los detenidos, que el Pequeño Kelly abrió apenas oyó la llamada del alguacil. Un segundo después, Middleton estaba dentro; la puerta, cerrada, y de cuanto acababa de ver sólo quedaba un recuerdo fantástico, enloquecedor.

Mientras le quitaban la odiosa muñequera de cuero, la mente de Middleton no cesaba de trabajar rápida e iracunda. Aquella duplicidad de sí mismo que acababa de ver no era una ilusión fantástica ni fruto de una imaginación perturbada. Estaba siendo víctima de alguna extraña trama, en la que él se había metido con los ojos abiertos, como un niño; pero como un niño crecido, deslumbrado por el fuego fatuo de los primeros diez mil dólares, los cinco mil dólares y después, los veinte mil dólares; una trama en la cual ni el dinero ni el motivo aparecían con la menor claridad. Pero la trama existía, o bien se trataba de una broma pesada, muy pesada.

¡Necio, necio; más que necio!, se decía a sí mismo, mientras se sentaba nuevamente en el banco. Había sido un necio haciendo el caldo gordo a Fortescue, que había resultado ser el rey de los embusteros. Pero si él, Middleton,

era un necio, mucho más que necios eran aquellos seis sabios doctores, aquellos obtusos policías y aquel juez autómata del condado. ¡Porque entre todos enviaban a un manicomio a Jerome Herbert Middleton, fundándose en la teoría de que se hacía la ilusión de que era él mismo!

Apretando con fuerza las uñas de los dedos en las palmas de sus manos decidió tomar tremenda y sabrosa venganza.

El despertar de aquellos hombres sería triste.

XII. En manada hacia el oeste

Aquella tarde, después de la comida, hubo gran movimiento de la Estación Psicopática de Detención. Se adecentó la vestimenta de los pacientes lo mejor que se pudo, se hizo un envoltorio con sus ropas restantes y sus objetos personales, se firmaron papeles, que se llevaron de la sala de los detenidos al exterior, y viceversa, y, cerca de la una, comenzaron a reunirse en el despacho del Pequeño Kelly los agentes de Policía, pues eran a juzgar por las estrellas que mostraban en sus guerreras. La mayoría de los enfermos, hasta entonces abatidos y reacios, se mostraban animados, debido, tal vez, al conocimiento —un poco confuso, dadas las penumbras de su inteligencia, pero conocimiento al fin— de que algún cambio iba a operarse. Y cualquier cosa era mejor que la diaria monotonía de aquellas desnudas paredes y aquel banco largo por todo mobiliario.

Pero de esta animación no participaba Middleton, pues durante todos esos preparativos permaneció sentado, pensativo, apoyada en su mano la poblada barbilla, en una actitud más semejante a la de aquellos pobres desgraciados que a la suya propia un día antes, y ni siquiera acudió a la comida de judías y té aguado del mediodía.

Una y otra vez daba vueltas en su cerebro al incidente de la mañana, a aquella contrafigura suya que había visto mientras era literalmente arrastrado por el hombre encargado de su custodia; una contrafigura que hasta en sus ojos, aun estando éstos cubiertos por horribles gafas, se parecía a él por completo. Es más, hasta las gafas eran las mismas que había

heredado de su padre y llevaba puestas cuando fue conducido a la Estación Central de Policía del Norte.

Con la cara enrojecida por la ira recordó cómo Fortescue se apartó de él con repugnancia cuando le cogió de la manga y se sacudió como si temiera que se le hubiese pegado algo. Eran unos necios, unos necios infantiles todos ellos. ¿Qué cosa ridícula e imposible pretendía conseguir Fortescue con aquella mascarada? ¡Qué frágil castillo, que él, Jerry Middleton, podría demoler en cinco minutos, con sólo una breve conversación con un médico judicial! Era completamente incomprensible.

Una vez, sin embargo, en medio de sus recriminaciones, sintió que se le helaba la sangre al considerar las extrañas cosas que había visto y hecho en los últimos días, empezando por el momento en que vio desde una ventana a aquel grupo de anarquistas conspirando contra su vida, hasta el incidente posterior en que fue a indicar aquella otra ventana para encontrar sólo un muro sin el menor hueco, así como el episodio de horas antes en que se vio, por decirlo así, hablando con Fortescue. ¿Estaría loco en realidad? ¿Serían todos estos hechos aparentes fruto de la imaginación enfermiza de otro hombre: él mismo, que no era Middleton? Se pasó la mano por la frente y se rehízo. Él *era*: Jerome Herbert Middleton; de eso no cabía duda. Y nada, ni nadie, podría convencerle de lo contrario.

En todo se adivinaba ahora la mano de Fortescue en este juego infantil. Middleton repasó de nuevo «in mente» las diversas maniobras por medio de las cuales aquel caballero había dado lugar al desdichado final de hoy. Todo eran actos de Fortescue. Pero ¿qué podía éste salir ganando con todo aquello? Middleton movió la cabeza, abrumado. ¿O sería todo una broma?, se preguntó con esperanza. No obstante, la feroz mirada de Fortescue cuando se soltó el brazo decía más claramente que todas las palabras que allí no había el menor asomo de broma.

Y así, cuando aún estaba tan lejos de la solución del enigma como al empezar a intentar resolverlo, le llamaron de repente al despacho del Pequeño Kelly y le pusieron a disposición de un individuo corpulento, con un cuello de toro, que fumaba un grueso cigarro negro.

—¿Es rebelde este pájaro? —preguntó el del cuello bovino.

—Nada de eso, Laherty —dijo el Pequeño Kelly, moviendo negativamente la cabeza—. Es uno de los más pacíficos que han venido aquí.

Pero, a pesar de sus palabras, sacó de un cajón una de aquellas muñequeras de cuero y se la entregó a Cuello de Toro, el cual hizo señas con la cabeza a Middleton para que se acercara.

—Ven aquí, mozo. ¡Caray, amigo!; te hace falta un buen afeitado cuando llegues a tu casa feliz de Birkdale. Anda, mete la mano por aquí.

—¿He de ser conducido como si fuera un criminal? —preguntó Middleton descorazonado—. ¿Voy a atravesar así las calles? ¿Cree usted que me voy a escapar si no me ponen eso?

Pero Cuello de Toro movió la cabeza.

—Lo siento, amigo; pero así tiene que ir. Las órdenes son órdenes; de manera que mete la mano.

Middleton miró al Pequeño Kelly, a Cuello de Toro y a otros varios policías, envueltos en el humo de sus cigarros, como si quisiera explorar su ánimo; pero se acordó de la manera expeditiva cómo habían tratado al recalcitrante McCarthy en este reino de la coacción, y alargó tranquilamente la muñeca para que la ataran a la del agente con la fuerte muñequera de cuero. Ya llegaría su hora, y no iba a tardar mucho.

Cinco minutos después, cinco policías y diez pacientes bajaban por una estrecha escalera a un patio interior, donde les esperaba un autobús celular, cuyo conductor estaba apoyado sobre el volante. A la muñeca izquierda de cada agente estaba sujeta la muñeca derecha de un enfermo y a la

muñeca izquierda de éste la derecha de otro paciente. Y Middleton, lleno de enojo, se encontró con que le habían colocado en el centro. Ni siquiera podía levantar una mano para rascarse la barbilla.

El hombre que iba esposado con él era el negrazo que había excavado el Mississipi, y sus ojos seguían todavía girando como si le agradase la perspectiva de un paseo en coche. Se les cargó en el autobús como si fueran ganado y cerraron la portezuela con llave. Era un autobús extraño, pues parecía una celda con ruedas. El interior tenía bastante luz gracias a las pequeñas ventanas del coche; pero en cada una de ellas había una reja de fuertes barras de hierro.

El autobús rodó rápidamente por el patio sobre sus silenciosas llantas de goma y salió a la bulliciosa calle. Unos cuantos transeúntes se pararon en la acera y miraron con curiosidad al vehículo para ver qué clase de viajeros llevaba; pero la estrechez de las ventanillas y las barras que las cruzaban impedían ver bien el interior. En silencio —fumando los agentes de escolta, impacientándose los enfermos— rodó el autobús por las calles de la ciudad y, al fin, paró delante de una estación, que Middleton recordaba bien, pues era la misma en que se había apeado al llegar a Chicago aquel día memorable, hacía justamente tres semanas y media.

Aquí se apearon dos de los agentes: el que llevaba sujetos a Middleton y al negro y el que llevaba al chino y al muchacho italiano. El autobús, con sus otros nueve ocupantes, siguió su marcha, seguramente hacia otra estación, y los dos agentes, ya en la acera, condujeron con apresuramiento a sus cautivos hacia el andén por entre la gente, que los miraba con curiosidad. Como su llegada había sido cuidadosamente calculada, y ya estaba dispuesto el departamento necesario, los agentes les guiaron sin vacilar a uno de los trenes. Diez minutos después de haber ocupado los asientos delanteros de uno de los coches de día, el jefe de tren voceó: «¡Señores viajeros, al tren!», y Middleton comprendió que, por increíble

que pareciera, estaba ya camino de un manicomio. ¡Oh! ¡Las cosas que tendría que decir y que contar cuando pudiera conseguir una audiencia del director o del médico inspector! Rechinaba los dientes al pensar en las observaciones aclaratorias que haría.

El viaje duró unas dos horas y media, durante las cuales sólo una vez intentó Middleton romper un silencio turbado solamente por el matraqueo del rodar de los vagones que seguían al suyo.

—¿A dónde iban los demás individuos? —preguntó al agente a quien iba sujeto.

—Pues unos —contestó éste— van al manicomio de Elgin, otros al de Duning y los demás al de Karkakee. Pero tú vas al de Birkdale, amigo. Es un buen sitio. Ya no tendrá que preocuparte el buscar dónde comer o dónde dormir. Muy cómodo.

Para esa seguridad confortadora no tuvo respuesta Middleton. Al fin, el jefe del tren anunció la llegada a Birkdale, a la vez que hacía un gesto amistoso a los agentes, como si todos fuesen antiguos camaradas. Los seis se apearon en el andén de la estación de una pequeña ciudad, en la cual se veía, iluminada por el sol brillante de la tarde, una larga calle, animada a uno y otro lado por pequeños almacenes. Verdes bocacalles, con casitas de campo, producían el efecto de una pequeña ciudad encantadora, y, aguardando entre las vacías cántaras de leche de la estación, se veía la acostumbrada turba de haraganes que pululan por cualquier estación del interior, ya sea en Australia, ya en América. Aquí aguardaba otro autobús cerrado, en el cual se leían estas palabras: «Hospital del Estado», y en este coche metieron los dos agentes a los cuatro enfermos. Poco después se perdía de vista el pequeño letrero rojo de la estación, con su única palabra: «Birkdale».

Corrió el autobús por la pequeña ciudad sin que nadie hablase nada. Al final, las casas eran menos lujosas, estaban

más separadas, y era evidente que los viajeros iban ahora por los alrededores de la población. De repente, al dar la vuelta una curva del camino, el autobús se metió entre dos grandes pilares de piedra que sostenían un arco de hierro labrado, y un portero hizo un saludo con la mano al conductor. El autobús continuó su marcha durante unos cinco minutos por un camino enarenado, y, al fin, se paró a la sombra de un gran edificio. El conductor saltó a tierra y abrió la portezuela trasera del coche.

—¡Todos fuera! —dijo con gesto burlón—. Estamos en casa.

Con los policías se apearon el negro, Middleton, el chino y el muchacho italiano. Estaban a unos cien pies de distancia de un edificio colosal, de piedra gris, sobre cuya adornada entrada central se alzaba una alta torre, también de piedra. En lo alto de la torre había una esfera dorada de reloj, con gigantescas agujas, y en este preciso momento sonaron cuatro campanadas en aquel aire claro, inmóvil, de quietud de muerte. A cada lado de la torre había un ala de edificio de tres pisos de altura, y a estas alas se unían más edificios, formando también alas, y junto a éstas había más todavía; de suerte, que el conjunto de la edificación parecía una inmensa mariposa gris que no hubiera desplegado aún toda su capacidad. De piedra añosa —su color mostraba muchas décadas de antigüedad—, el edificio estaba cubierto en casi todas partes de hiedra; pero ni aun ésta ocultaba las fuertes barras de hierro que guardaban todas las ventanas, desde la primera del ala más próxima hasta la última, que podía divisarse en el cuerpo del edificio más lejano. En todas direcciones había otras muchas casas de piedra, pero más pequeñas —entre ellas una fábrica de electricidad, que lanzaba al aire su humo—, y caminos que serpenteaban por el terreno circundante, entrecruzándose muchas veces, y por los que pasaban calmosos carros o presurosos fornidos mozos, con chaquetas blancas y llaves que sonaban al entrechocar.

Hicieron entrar a los cuatro hombres por la puerta principal, y allí, uno de los agentes ató a su par de enfermos a la muñeca del negro, que iba unido a Middleton, con lo cual dejó a su compañero sujeto a una cadena humana. Entró en un despacho, en cuya puerta se leía: «Superintendente», de donde salió a poco, sin los papeles que llevaba; pero acompañado de un vigilante de chaqueta blanca, que condujo a los agentes y a la arrastrada cadena humana por un pasillo embaldosado, en el cual otro vigilante de chaqueta blanca abrió una puerta, en la que se leía: «Sala de recepción». Pasaron todos, y una vez dentro y cerrada la puerta les quitaron las muñequeras. Después de una observación final de los agentes, salieron éstos, y la puerta se cerró de nuevo. Jerry Middleton y los demás habían llegado a su destino.

La sala de recepción del manicomio de Birkdale no era sino un largo corredor, de unos treinta pies de ancho, donde había, de trecho en trecho, una mesa o una silla, que es lo que le daba su aspecto de institución. Pero todas las mesas y todas las sillas estaban atornilladas a unos tacos que sobresalían del suelo. A lo largo del pasillo corría una alfombra verde, y a los lados, hasta donde alcanzaba la vista, se abrían pequeñas habitaciones, con puertas que eran fuertes rejas de hierro. A través de ellas se veían reclusos recién llegados de todos los puntos del Estado, vestidos sólo con pijamas; tendidos unos en sus camas y otros en pie, con sus narices curiosas pegadas a la malla de hierro de las rejas, escudriñando fuera con ojos en que ardían extraños fulgores.

—Seguidme, muchachos —dijo el vigilante alegremente, y echó a andar para guiarles por el corredor.

Pero Middleton, sin moverse, le tocó suavemente en el hombro.

—Oiga usted —le dijo, enojado—; esta farsa y esta humillación se prolongan demasiado para mí. ¿Dónde está el superintendente? Él o algún médico de reconocimiento. Quiero ver al uno o al otro en seguida.

—Claro que sí —dijo el vigilante, y estas palabras fueron para Middleton su primera introducción en una nueva tierra, donde todo lo que cualquiera de sus habitantes forzosos pedía, sugería o creía era aprobado al instante; una tierra donde el enfermo era rey y nadie cometía un delito de lesa majestad—. Pero mira, muchacho, el doctor no está aquí ahora; así es que vete primero a la cama para que descanses, toma un buen baño y afeitate. Luego, a su debido tiempo, verás al doctor. Ven, te llevaré el primero.

Pensar en un baño y en que podía afeitarse fue un alivio para Middleton, que no había visto hacía dos semanas una navaja barbera. Se llevó una mano a la cara y la pasó turbadamente por sus cerdosas barbas, que convertían su rostro en un verdadero matorral. Luego tomó una decisión: primero, se afeitaría; después, vería al doctor. Hasta ahora había aguantado bastante; podía, pues, tener un poco de paciencia por algún tiempo más.

Echó a andar por el pasillo detrás del vigilante. El chino, el negro y el muchacho italiano, hábilmente llevados a remolque por otros tres vigilantes de los muchos que parecía haber en aquella sala, se separaron de él. Al fin, el vigilante abrió la puerta de una habitación. Era un cuarto de baño, con una gran bañera llena ya de agua.

—Desnúdate —ordenó el hombre de la chaqueta blanca.

Middleton lo hizo. El vigilante le registró los bolsillos, uno por uno. Luego se metió por una puerta en la que se leía: «Objetos de los enfermos», y volvió a salir en seguida con algo en la mano.

—¿Es esto —preguntó— todo lo que tenías cuando te encerraron en Chicago? Si no hay más pondré la etiqueta con tu número. Estas ropas viejas tuyas habrá que quemarlas probablemente.

Middleton, una vez despojado de todas sus ropas se metió gratamente en el baño, y al levantar la vista quedó sorprendido. El vigilante tenía en una mano una etiqueta

grande de madera con un número pintado, y en la otra un par de gafas de aro de plomo y cristales azules con un membrete en que se leía claramente el nombre de Jonathan Doe.

¡Unas gafas de plomo! Middleton, con un pie en el agua y el otro fuera, se quedó mirando asombrado. Eran, en efecto, unas gafas de plomo tan parecidas a las que él había recibido en virtud del testamento de su padre como él se asemejaba al extraño retrato de sí mismo que había visto aquella mañana en Chicago. Ahora, sin embargo, sabía con seguridad que las cosas de su propiedad no habían sido entregadas a nadie por la Policía ni por las autoridades del condado y que las gafas de plomo que había visto por la mañana puestas en su doble eran una hábil imitación, mientras que las que ahora contemplaba no eran otras que las gafas de Joseph Balsamo o Cagliostro, como se llamaba al famoso curandero y nigromante.

Al fin, pudo hablar.

—Eso es todo lo que tengo dijo, cayendo débilmente en el agua.

El vigilante, después de indicarle el jabón y un cepillo que había en una repisa junto al baño, desapareció con las ropas y las gafas en el cuarto inmediato, y un segundo después se oyó su voz que gritaba cada uno de los objetos a otro vigilante, el cual, sin duda, estaba apuntándolos en un papel.

Volvió cuando Middleton había acabado ya de restregarse y estaba secándose. El vigilante miraba con curiosidad aquel cuerpo delgado, de fina constitución, que ofrecía un gran contraste con su rostro barbudo. Le lanzó luego un pijama de algodón, un par de zapatillas negras de fieltro y un batín ligero, y cuando Middleton se los hubo puesto, abrió otra puerta, que tenía pintada la palabra «Barbería», desde la cual se divisaba un sillón de barbero, de peluche, colocado cerca de un armario de acero bien cerrado.

—Pasa, muchacho. Siéntate en el sillón.

Middleton pasó por la puerta giratoria y se subió con

agrado al sillón. El vigilante le mandó que pusiera las muñecas en los brazos del mueble.

—¿Pero para qué? —preguntó Middleton, sorprendido.

—Es el reglamento —contestó el otro con cara seria—. Ahora, si quieres que te quiten esas barbazas incómodas, conviene que hagas lo que te diga. Quiero que te muestres dócil con todo el mundo. Perfectamente. Vengan las muñecas. Así.

Middleton obedeció en todo e inmediatamente se vio con las manos atadas con dos correas sujetas en la parte inferior de los brazos del sillón, con lo cual quedó reducido a la impotencia. Y mientras reflexionaba sobre este extraño procedimiento se dio cuenta, de repente, de que no era sino una precaución que, sin duda, formaba parte de un reglamento inflexible de la institución, referente al afeitado de los irresponsables mentales. Luego el vigilante se arrodilló, y sin necesidad de tocar los pies de Middleton pasó dos correas por cada uno de sus tobillos y los sujetó al sillón.

—Ahora ya está bien sujeto —dijo con calma, y después de pasar un dedo por las cerdas de la barbilla de Middleton, añadió—: Vamos a empezar la siega.

Abrió con la llave el armario de acero, sacó una navaja de afeitar grande y brillante y una pequeña vasija; enjabonó bien a Middleton, desde las sienes hasta el cuello, y después de suavizar la navaja empezó a afeitarle. A Middleton le era grato ver salir de nuevo su epidermis a la luz del día, y no movió ni un dedo. Era una cosa medrosa ésta de que le afeitaran a uno atado de pies y manos; pero no había más remedio que someterse. Al fin se terminó la operación; la navaja barbera volvió de nuevo al armario de acero, le soltaron las muñecas y los tobillos y le condujeron a través del amplio corredor con sus numerosos cuartos enrejados semejantes a los de los diversos parques Zoológicos que había visto en su vida, hasta hacerlo entrar en uno de ellos, cuyo único mueble era una cama, en la que le hicieron acostarse.

Durante un rato estuvo contemplando las desnudas paredes amarillas. Como la mente, cuando está falta de toda distracción, examina minuciosamente los detalles más insignificantes de cuanto le rodea, así Middleton pudo llegar a darse cuenta de cierto número de factores de su nueva vivienda. Observó, en primer lugar, que cada barrote de la ventana estaba en forma que su sección de cruce era una cruz en miniatura, y por su práctica, adquirida en las fábricas australianas de acero de Newcastle, sabía que cada barra era en sí misma una pequeña viga capaz de resistir las más potentes tentativas para torcerla. Era evidente que aquellos a quienes recluía allí el Estado, allí tenían que permanecer mientras el mismo Estado no dispusiera otra cosa. Sus ojos recorrieron el suelo, que estaba entarimado con madera dura, tan bien encerada que brillaba. Semejante pulimento denotaba claramente un trabajo que nada costaba, pues estaba a cargo de los que vivían entre aquellas paredes. Por delante de la puerta pasaba presuroso un vigilante a raros intervalos, y cada cuarto de hora se oía el sonido de la campana de la torre, resonando en aquella calma que parecía la de un cementerio. ¿Y qué era este sitio sino un cementerio; un cementerio para seres humanos vivos?

La cena consistió en un huevo puesto de pie en una copa muy sólida, un plato, que era una especie de puré, y una taza de té. Se sentó en la cama y comió, y, cuando hubo terminado, el mismo vigilante que trajo la bandeja se la llevó. Era una nueva cara para Middleton; pero éste, nada intimidado, hizo de nuevo, impaciente, su pregunta vital:

—¿Cuándo voy a tener ocasión de ver al médico? Me parece que ya he esperado bastante.

—Muy pronto, Doe —dijo conciliador el vigilante, a quien le era ya familiar el nombre con que aquél figuraba en el registro—. Hay otros enfermos abajo antes que tú, y cada uno debe guardar su turno. Pero verás al médico.

Middleton se incorporó en la cama.

—Oiga, buen hombre, ¿parezco yo un loco? Contésteme a esta pregunta.

El vigilante quedó un poco confuso, al parecer.

—Aquí no hay locos, amigo mío —contestó—. Sólo hay enfermos. Esto es un hospital. No hay locos, sino pacientes.

Y para evitar una ulterior discusión de lo que parecía una cuestión difícil, salió, cerró la puerta enrejada tras sí y dejó a Middleton entregado a sus pensamientos.

Jerry suspiró. Se le estaba sometiendo a una dura prueba. Pero dio una vuelta en la cama y, al fin, logró quedarse dormido. Se despertó al oír dar las doce en el reloj de la torre. La luna brillaba en su ventana y las cosas se asemejaban ahora más a la muerte que por la tarde. En algún lugar lejano gritaba un hombre, y mezcladas con sus gritos se oían voces, que eran, seguramente, de los vigilantes. Dio otra vuelta, cerró los ojos y se quedó dormido de nuevo, pensando en que todas las cosas tienen un fin, y mucho más aquella farsa ridícula; ¡y ay de Fortescue cuando terminara!

Después de servirle otra bandeja de desayuno, le llevaron a un cuarto-lavabo y le dieron una toalla. Se lavó y fue de nuevo enviado a la cama. Estar aquí acostado en un catre empezaba a ser tan monótono como vivir en la estación de reclusión provisional, y empezó a sentir deseos de que ocurriera algo que le aliviara. Y algo ocurrió, en efecto, que mitigó su tedio, pero de una manera desagradable.

Entraron dos jóvenes, que se colocaron al lado de su cama. Creyó al principio que serían vigilantes; pero sus rostros revelaban una inteligencia mayor y sus palabras le indicaron pronto que eran médicos jóvenes.

—Yo creo que podíamos llevarnos ahora a este individuo, ¿no le parece, doctor? —dijo uno de ellos.

Middleton aguzó el oído y se sentó en la cama.

—¿Es alguno de ustedes el médico encargado del reconocimiento? —le preguntó.

El joven que había hablado al otro movió negativamente la

cabeza.

—No. Somos internos. Bueno, amigo; levántese y póngase las zapatillas. Necesitamos sacarle un poco de sangre y fluido espinal. No le haremos daño.

—¿Sangre? —dijo Middleton irguiéndose en la cama—. ¿Fluido espinal? ¡De ninguna manera! Permítame que hable dos minutos con el médico que ha de reconocerme y les garantizo que inmediatamente empaqueto mis cosas y me voy de aquí. A mí no me sacan sangre ni fluido espinal. ¡No faltaba más!

—Vamos, Doe; no sea usted niño, no pretenda armar ahora un escándalo. Le aseguro que no le haremos el menor daño y que será cuestión de unos minutos. Dentro de media hora no se acordará de tal cosa. Vamos. ¿No quiere usted curarse y salir de aquí?

Por el tono de su voz comprendió Middleton que el otro no se marcharía, y entonces se acercó al borde de la cama y dijo:

—No permitiré que me saquen sangre ni fluido espinal hasta que vea al médico, y entonces ya no será preciso. Y ni una palabra más.

El otro interno miró al que había hablado primero.

—Es absurdo extraerle sangre a este pobre loco —dijo con gesto de disgusto—. La prueba del fluido espinal no es desacertada, pues algunas veces resulta exacta y proporciona un indicio; pero ¿por qué envían aquí a un hombre con diagnóstico de paranoia y luego, por rutina, mandan hacerle la prueba de la *dementia praecox*? La reacción Abderhalden será, seguramente, negativa en este individuo. Mire, tiene veintitantos años.

El otro se encogió de hombros.

—Sí; pero las órdenes son las órdenes, doctor. Cada director que viene aquí da nuevas instrucciones. La primavera pasada se dispuso que sólo se practicara la prueba del fluido espinal en los casos de delirio de grandezas, y ahora mandan rutinariamente que se extraiga sangre y fluido espinal a todo

el mundo: hombres, mujeres y niños.

—¡Bah! —dijo el otro interno con disgusto—. El caso es dar a algún químico que bulla en política ocasión de hacer contratos de personal de laboratorio. Soborno y nada más.

El primero de los dos jóvenes hizo una seña a Middleton:

—Bueno, Doe; póngase las zapatillas y baje, con nosotros.

Middleton levantó la vista con calma desde el sitio que ocupaba al borde del lecho:

—Ahora, mis entusiásticos jóvenes médicos —dijo con calor—, permítanme que les diga una cosa: no sacarán de mi cuerpo ni una gota de sangre hasta que pasen por encima de mi cadáver. ¿Se han enterado bien? ¿No puedo hablar con alguien que tenga autoridad aquí?

El interno le miró ceñudo:

—¿Va usted a…, a protestar, Doe?

—Prueben y verán —replicó Middleton significativamente.

El interno se encogió de hombros, hizo una seña a su compañero y ambos se retiraron. Middleton se volvió a meter entre las sábanas, convencido de que, por esta vez, había logrado evitar que se efectuara una operación en su persona, aunque fuese de tan poca importancia como la anunciada. Pero su destino era ser engañado. Cuando volvió a abrirse la reja de su jaula aparecieron cuatro robustos vigilantes y los mismos dos internos, y al verlos se incorporó en la cama tan rápidamente como pudo. Se le había olvidado lo que le ocurrió a McCarthy en la estación de reclusión provisional; se había olvidado de todo menos de que su ser se sublevaba contra cualquiera que intentara pincharle con un instrumento, de la clase que fuera: ya fuese una aguja o un cuchillo, le causara o no dolor. Estaba como un gato, de pie sobre la cama, resguardado en el más lejano rincón, rechinando los dientes.

—Vengan…, prueben a ver…, vengan. Que pruebe uno cualquiera de vosotros.

Los cuatro vigilantes saltaron sobre la cama, también como

gatos. Él alzó uno de sus puños con violencia y acusó con alegría un fuerte golpe en la mandíbula más próxima; otro golpe y el hombre de detrás saltó de la cama y escupió un diente y una bocanada de sangre. Pero el tercero y el cuarto le cercaron y sus músculos le apretaron como cuerdas humanas. Sintió sus piernas y sus brazos sujetos de una manera extraña, como no lo habían estado nunca, y casi antes de que se diera cuenta le llevaron en andas como si fuera un pedazo de madera. Cuando le sentaron enhiesto sobre algo, con los brazos sujetos todavía, se hallaba en un cuarto pequeño, pintado de blanco, en el que relucían objetos esmaltados y brillantes instrumentos quirúrgicos. Luego le tendieron sobre una pequeña mesa de operaciones, reducido a la impotencia por cuatro pares de robustos brazos.

Imposibilitado por completo para luchar, Middleton insultó con ardor a los vigilantes, y al ver una cuerda de goma atada fuertemente a su antebrazo dejó, al fin, de defenderse. Sabía que no era sino un pigmeo en poder de fuerzas demasiado grandes para él y prometió que muy pronto alguien pagaría todo aquello. Vio cómo su brazo se hinchaba por la presión de la tira de goma y las venas se le ponían como cuerdas de látigo. Vio a un hombre —otro doctor más en embrión— con una jeringa de cristal en la mano, apoyarla sobre una vena y apretarla dos veces contra ésta; pero la vena se desviaba cada vez como una serpiente fugaz, hasta que, a la tercera intentona, se clavó la aguja con un sonido agudo. Entonces la goma fue soltada con tal rapidez que saltó al otro lado de la habitación, y Middleton vio cómo a medida que subía el émbolo de la jeringa, ascendía lentamente su propia sangre a lo largo de las rayas de graduación. Luego retiraron el instrumento, le aplicaron iodo en el lugar del pinchazo, le pusieron un trozo de esparadrapo y los brazos que le sujetaban aflojaron un poco su presión.

Uno de los internos le habló ahora con un tono de voz serio:

—Doe, quiero que me escuche. Lo mejor que puede usted hacer es llevar esto con tranquilidad. No tiene más remedio que pasar por ello, y si se resiste y lucha puede usted quedarse con una aguja rota dentro, de la columna vertebral. De modo que haga el favor de calmarse.

Middleton cedió como había cedido antes. El cuadro que se le pintaba no era nada agradable. Pero sus cuatro carceleros no querían, por lo visto, correr el riesgo de que se soltara, pues le sujetaron de nuevo frecuentemente con músculos de acero. No podía ver lo que ocurría detrás de él. Pudo oír al hombre que le había sacado la sangre contar las vértebras de su espalda desnuda; pudo sentir que se le frotaba ésta con un trozo de algodón empapado en algún líquido frío, que debía de ser éter o alcohol. Luego oyó a su espalda una voz que dijo:

—Ahora, Doe, cuando la aguja atraviese la piel le hará un poco daño; pero una vez dentro ya no notará usted nada, porque los músculos de debajo no tienen sensibilidad. No se mueva y baje bien la cabeza. Si siente usted una punzada extraña en un dedo del pie o de la mano, no se alarme: es la aguja que toca en algún filamento nervioso. Perfectamente.

Antes que pudiera decir una palabra sintió un dolor terrible que le hizo abrir la boca; pero fue rapidísimo, y luego no notó nada, salvo un cosquilleo extraño en un pie; después, ni eso. El silencio era absoluto. Middleton estaba tan quieto como si fuera de piedra, dándose cuenta de que el canal interior de su espina dorsal estaba ahora en comunicación con un tubo de ensayo o algún vaso por medio de una aguja hueca.

Al fin, después de lo que a él le pareció una cosa interminable, la voz de detrás dijo:

—Muy bien; ya tenemos bastante. Llévenselo y traigan al enfermo siguiente —y dando unas palmaditas en la espalda a Middleton añadió—: Ha sido usted bueno, amigo mío. Ahora vuélvase a la cama y quédese tranquilo.

Siguió a uno de los vigilantes —¡ya no fueron cuatro los

que le acompañaron hasta su cuarto!—. Se sentía muy satisfecho. El experimento no había sido lo que él pensó que iba a ser. Ahora vería al médico y pronto estaría fuera de allí. Había mucha gente en el mundo que podía identificar a Jerome Herbert Middleton, a pesar del juego infantil a que se entregaba Fortescue con aquel fantástico doble que se había procurado Dios sabe dónde.

Pero cuando una hora después se levantó de la cama para acercarse a la ventana y contemplar los verdes terrenos del manicomio de Birkdale, sintió en el cráneo un repentino golpear, como si le dieran con millares de martillos, y se puso tan malo como una vez, durante un viaje por Nueva Zelanda, al pasar por el estrecho de Cook, un día en que el mar estaba muy picado. Vaciló un momento, como si estuviese ebrio; nunca se había sentido tan enfermo en su vida. Era como si se le partiese la cabeza. Un vigilante que le espiaba desde fuera acudió presuroso.

—Echate, Doe, échate. Acaban de hacerte una punción lumbar y si te levantas experimentarás muchas molestias. Es mejor que sigas acostado.

No necesitó oír más para echarse. El terrible mareo que se había apoderado de él le habría obligado a arrastrarse hasta una litera, aunque el barco se estuviera hundiendo. Se dejó caer de nuevo en la cama con la mano puesta en la frente, sin preocuparse de lo que le ocurría a él ni al resto del mundo; pero, ¡ah!, apenas tomó la posición horizontal desaparecieron todos aquellos efectos y volvió a su estado normal. Convencido de que sólo había sido víctima de una indisposición pasajera, se incorporó de nuevo tan pronto como el vigilante salió de su cuarto; pero en cuanto se alteró la posición horizontal de su cuerpo le repitieron las náuseas y el martilleo de la cabeza se hizo tan intenso que inmediatamente volvió a tumbarse.

Así pasó tres días de tortura, tendido en la cama, encadenado por los invisibles grillos del mareo y de los

martilleos cerebrales. Ni barras ni cerrojos le guardaban ahora; la puerta de su cuarto estaba franca, y ni cuerdas ni correas le tenían sujeto a la cama. Allí, echado boca arriba, era libre para soñar, pensar y trazar el plan de su venganza futura. Pero en cuanto se incorporaba, aunque siguiese sentado, volvía a ser victima de una terrible enfermedad que hacía preferible la muerte.

Pero como todas las cosas tienen un término, al llegar la mañana del jueves —la tercera desde la tarde en que fue llevado allí— quedó sorprendido al ver que no sólo pudo sentarse en la cama, sino estar de pie y andar por el pasillo hasta el lavabo, sin sentir la menor molestia. Si hubiese sido fisiólogo hubiera sabido que la sangre humana había, al fin, restaurado la parte extraída del delicado suero que circunda la espina dorsal, y que su cuerpo había recobrado ya su equilibrio.

Al volver del lavabo, arrastrando sus zapatillas de fieltro por el pasillo, pasó frente a una puerta abierta, en la que se leían estas palabras: «Despacho del médico de reconocimiento». Se paró y miró adentro con curiosidad. La habitación estaba sola en aquel momento; pero entre sus escasos muebles característicos había algo que le llamó la atención: una pequeña librería abierta, en cuyo estante interior se alineaban los volúmenes de una enciclopedia completa. Había también unos cuantos armarios de acero en diversos puntos de las paredes de la habitación, cerrados todos con candados; una mesa de escritorio, de caoba, con un sillón giratorio, y una mesita plegable, como las que se ven en los despachos de todos los médicos del mundo. Middleton miró al vestíbulo en todas direcciones. Los vigilantes que se veían iban presurosos de un lado a otro, sin mirar a ninguna parte, y por unas palabras que había oído aquella mañana sabía que se esperaba la llegada de una nueva remesa de pacientes.

Entró apresuradamente en la habitación, la cruzó veloz, se

inclinó, y del estante abierto, sin cristal, sacó el volumen correspondiente a las palabras «Paddock a Quebec». Rápidamente lo escondió debajo de la chaqueta del pijama y salió del despacho tan prontamente como había entrado. Volvió a recorrer el pasillo, arrastrando las zapatillas, y se metió en la cama. Con las rodillas en alto para ocultar lo que hacía a las miradas de quienes pasaran por el corredor, buscó rápidamente la palabra «Paranoia», y con un interés más que fortuito se puso a leer la definición de este estado mental que con tanta facilidad como error le habían atribuido aquellos seis presuntuosos médicos de Chicago.

Y su lectura le resultó, ciertamente, muy esclarecedora.

XIII. Stonecipher el impasible

El artículo que acerca de la paranoia contenía la enciclopedia era sucinto; pero muy claro. Decía así:

> «PARANOIA: Una forma incurable de aberración mental, en la que el intelecto del enfermo permanece invariablemente sin alteración; pero está dominado por entero por una sola ilusión o serie de ilusiones. Se presenta, por regla general, en los comienzos de la vida adulta y empieza por una cierta ilusión que, con el tiempo, se desarrolla en todo un sistema de falsas creencias. La padecen cerca del treinta por ciento de los enfermos recluidos en los manicomios de todo el mundo civilizado.
>
> No existe en la paranoia ningún trastorno mental señalado ni perturbación del conocimiento, como ocurre en otras formas de locura; el único desorden de pensamiento y de conducta es aquel que está condicionado por la misma ilusión. Tampoco presentan los paranoicos los signos físicos degenerativos que tan frecuentes son en otros lunáticos, tales como cerebro asimétrico, dientes poco desarrollados, atrofia de uno u otro lado del cuerpo o diferencia del tamaño de las manos y los pies.
>
> En cuanto a la ilusión misma de la paranoia, puede ser de tipos diversos, abarcando desde lo religioso a lo regio. Tan inmutable es, sin embargo,

que se le llama en todas las lenguas la “idea fija”, y los diagnósticos pueden generalmente establecerse de manera absoluta, merced a la inmutabilidad de la idea fija, después de pasar unos años en algún establecimiento. La “idea fija” del paranoico, sea la que fuere, es siempre una manía persecutoria, combinada, en cierto modo, con la de grandeza personal. Estos dos factores deben tenerse presentes en cada caso al diagnosticar la paranoia. La victima llega de hecho a lo que en psiquiatría se llama una verdadera “transformación de personalidad”; ya no es Johnson, Smith o Brown, sino que es un Papa, un rey, un multimillonario, un inventor de fama universal o algo por el estilo.

Pero con este trastorno tan profundamente intenso de la mentalidad encontramos, como gran contraste, la conservación de todos los demás factores esenciales del bienestar mental. La memoria de los paranoicos es notable y perfecta la lógica de sus razonamientos. Aparte de su idea fija, pueden ser discretos, cultos, artistas, hasta eruditos. Es, al menos, una locura de distinción, pues encierra en su archivo nombres ilustres y hasta santos canonizados. Mahoma era un paranoico, así como Héctor Berlioz. Y que el asesino del presidente Garfield —aunque fue ejecutado por su crimen— era un paranoico, es cosa que reconocen todos los psiquiatras célebres de hoy.

Es corriente observar en los paranoicos un fenómeno curioso que recibe el nombre de “falsificación retrospectiva o seudorreminiscencia”. Es una perturbación de la memoria, aunque, en realidad, el juicio, la imaginación y la asociación de ideas toman parte en él. Los enfermos cuentan

largas historias de sus vidas y aventuras, creyendo de buena fe en la apariencia de verdad de sus relatos, que, en realidad, son completamente falsos. Entre paranoicos cultos y educados, el resultado de sus lecturas y de lo que oyen contar se mezcla de un modo curioso con el recuerdo de hechos, tergiversados todos ellos en su falsa memoria, pero correspondiendo esta falsa memoria con la falsa personalidad que asumen estos enfermos.

El orden de alucinaciones a que está sujeto el paranoico es: primero, las de la visión; después, las del oído y, por último, las del gusto y el olfato.

La notoriedad o el tipo de exagerada notoriedad periodística en el momento evolutivo de la perturbación paranoica determina usualmente la forma que se da a sí mismo. Con el desarrollo de las repúblicas y monarquías constitucionales, el progreso de las ciencias, artes y prensa y la emancipación de la Humanidad de los credos supersticiosos, los reyes, emperadores, profetas, emisarios de planetas, santas vírgenes y dioses son hoy menos comunes en los pasillos de los manicomios que lo eran antes. Hoy han dejado paso a famosos inventores, famosos realizadores de proyectos comunistas, famosos periodistas, maestros, músicos, hombres de ciencia…

La extrema singularidad de la posición del paranoico en la vida le hace —así, al menos, le parece al psiquiatra— agudizar su lógica hasta el punto de que, muy a menudo, pueda triunfar sobre la lógica de personas no familiarizadas con su estado mental. Aun en presencia de hechos que contradicen sus falsas creencias, el paranoico da inteligentes explicaciones y hace atinados

> razonamientos acerca de aquellos hechos que para él son completamente lógicos.
>
> Como los paranoicos no se dan cuenta de su estado, y el noventa por ciento de ellos son homicidas, debido a sus alucinaciones o al carácter persecutorio de sus ilusiones, la vida reglada de los manicomios, con su disciplina, recreos y ocupación en las salas es el único medio de que, en cierto modo, se adapten a la vida.
>
> Von Zero, célebre psiquiatra austríaco, ha subdividido recientemente el antiguo tema de la paranoia de una nueva forma que denomina seudoparanoia autohipnótica, división basada en su teoría de que muchos paranoicos que él ha observado en los manicomios de Austria y Alemania se asemejan marcadamente en rostro y en carácter a aquellas personas exaltadas que ellos creen falsamente ser. Declara que estos individuos, al estudiar sus rostros en los espejos y compararlos con sus contrafiguras, tan conocidas, o con los retratos, tan frecuentes en los periódicos, de ciertas personalidades públicas, se magnetizan primero y luego se autohipnotizan en la creencia de que son ellos mismos. Hace la afirmación de que en tales individuos —si su caso se comprueba— el psicoanálisis ofrece un medio de curación algo desconocido hasta ahora en el reino de la paranoia. La opinión de Von Zero está expuesta en una monografía que ha publicado acerca de este tema».

A esto seguía una larga serie de referencias científicas a tratados de psiquiatría alemanes, franceses, ingleses y rusos. Jerry Middleton cerró el grueso volumen y se tendió en la cama reflexionando. De modo que esto era la paranoia: una enfermedad en la cual la víctima cree, sin la menor duda, que

es otra persona y crea toda una serie de explicaciones lógicas para hacer ver por qué no ocupa el lugar de esa otra persona. Meditó. A él se le culpaba de hacerse la ilusión de que era Jerome Herbert Middleton; cuando fuera de allí, en el mundo libre, estaba el verdadero individuo que debiera estar tras unas barras, y no precisamente de un manicomio. Sin embargo, la cosa no podía durar; era demasiado absurda. Pero durante los días en que con esta extraña trama o broma —fuese lo que fuese— conseguían tenerle recluido, ¿qué cosas siniestras no se habrían hecho en su nombre? Esta era ahora la cuestión más importante.

Hizo un nuevo viaje al cuarto de los lavabos para volver a poner el tomo en la librería de donde lo sacó, y durante el resto del día quedó sumido en sus reflexiones, y apenas probó el huevo cocido y el puré de harina que le llevaron en la bandeja de costumbre. Ahora comprendía aquella alusión a Von Zero y la psicosis de Von Zero, hecha por el médico bajito y barbudo que formaba parte del tribunal profesional que le había enviado aquí. Y pensaba que en cuanto se viese libre, al cabo de uno o dos días, a lo más, tendría la satisfacción de ir en busca de aquel médico bajito para decirle que sólo él, de los seis, había demostrado poseer una cualidad parecida a la inteligencia humana.

Jerry Middleton tenía, en cierto modo, el presentimiento de que al día siguiente se le llevaría a presencia del médico encargado del reconocimiento. Era una suposición basada en algo más que en el mero instinto, pues por todas partes se veían preparativos para la nueva afluencia de enfermos que había de llegar el lunes próximo. Pero no se concretó noticia de esta especie hasta las doce de ese día siguiente, hora en que el vigilante que le llevó la comida le dio el grato recado.

—Bueno, Doe —le dijo, dejando la bandeja—; a la una tienes que presentarte al médico de reconocimiento. Entonces te destinarán a tu sala y podrás levantarte.

Middleton prorrumpió en francas carcajadas:

—¡Qué sorpresa se va usted a llevar cuando vea que me acompañan a la puerta de la calle y me dejan marchar! No tengo más que decirle.

Pero el vigilante se limitó a hacer un gesto y siguió a su obligación.

Volvió a la una, y se ordenó a Middleton que se pusiera el batín y sus zapatillas y siguiese al hombre de la chaqueta blanca. Lo hizo rápidamente, y ahora se encontraba en aquella pequeña habitación, en la cual ya había entrado a escondidas. Encontró en ella un ocupante, y vio la mesa de caoba cubierta de una serie de objetos curiosos, tales como un cronómetro, varios relojes «de segundos muertos», tubos de ensayos, botellas taponadas, varillas de cristal; artefactos todos que parecían destinados a medir el desarrollo de los cinco sentidos.

Había, además, un fichero abierto, objetos de escritorio y papeles. El único ocupante de la habitación era un hombre de corta estatura, de unos cincuenta años de edad, con lentes montados en la punta de la nariz y pelo escaso. De su cuello colgaba un estetoscopio. Llevaba chaleco blanco, un cuello de camisa de forma de ala de murciélago y corbata negra. Tenía grandes bolsas debajo de los ojos, y cuando habló descubrió que era quisquilloso, como suelen serlo los hombres bajitos.

—Este señor es el doctor Stonecipher —dijo el vigilante, a la vez que le señalaba una silla—. ¿Debo quedarme, doctor?

El médico contestó negativamente con un movimiento impaciente de cabeza.

—No es necesario, Starks. Vuélvase a sus quehaceres —el vigilante se marchó; pero al salir abrió la puerta por completo. El doctor señaló la silla que ya le había sido indicada a Middleton.

—¿Su nombre es…?

Pero Middleton permanecía en pie. Su rostro se puso al rojo vivo.

—Todos ustedes saben de sobra cuál es mi nombre. Y por

la diezmilésima vez desde que empezó esta farsa digo que me llamo Jerome Herbert Middleton. Doctor: yo no tengo motivos para estar enojado personalmente con usted; pero, en el nombre de Dios, ¿cuánto tiempo va a durar todavía esta parodia? He pasado tres días completos en la Estación de Detención de Chicago, y ya llevo aquí otros tres; pero ahora, tan cierto como que soy un hombre blanco y no un maorí, tendrán ustedes que escucharme, y usted el primero. Yo no estoy loco. Yo no soy un…, un paranoico. Todo esto no es más que una trama que se ha urdido contra mí, se lo aseguro. Existe una trama, tan desagradable como infantil, contra mí. Ciertas personas, por alguna razón inexplicable, han querido ponerme fuera de la circulación durante una semana. Pues bien; la semana casi ha transcurrido y, sin embargo, sigo aquí. Yo…

Se detuvo para tomar aliento, y, de repente, se dio cuenta de que estaba hablando como lo haría un paranoico teórico, según había leído el día anterior.

El doctor estaba ocupado escribiendo en varios papeles. Ni siquiera alzó la vista al oír esta calurosa explicación de las cosas.

—Bien, amigo —le dijo, al fin—; yo estoy aquí para escuchar todo lo que me digan, y si usted puede esperar unos minutos, examinaremos juntos, usted y yo, todo eso, y averiguaremos la verdad.

—No estoy dispuesto a esperar más —dijo Middleton exteriorizando, al fin, su ira—. Tenemos que hablar ahora, y no luego, pues todavía tengo tiempo, antes que anochezca, de tomar un tren para volver a la ciudad. Así es que deje usted sus papeles y hablemos ahora mismo.

—Vamos, vamos —dijo Stonecipher—. Claro que hablaremos de todo; pero, mi querido amigo, yo tengo que hacerle el acostumbrado examen psiquiátrico. Como comprenderá, usted no puede salir de aquí, aunque quiera, hasta que queden reseñados todos los factores físicos y

mentales de su caso. Usted es un hombre inteligente, según puedo apreciar por sus palabras; de modo que yo le ruego tenga un poco de paciencia hasta que anote todos los datos usuales.

Middleton suspiró. Esas eran palabras razonables, al menos. Se aplacó su ira y suspiró de nuevo. Había esperado seis días; bien podía aguardar una hora más. Se sentó, cruzó las piernas, y con una especie de silencio reservado se sometió a los deseos del otro.

—Siga usted —dijo secamente.

El examen a que se le sometió fue extraño, casi incomprensible. Fue efectuado por un hombre que, evidentemente, había hecho millares de reconocimientos análogos, por lo cual hacía todo como dictado por su subconsciente. Después de cada prueba tomaba varias notas reservadas en raros jeroglíficos parecidos a signos taquigráficos, y Jerry Middleton, por su parte, no dilató ninguna de tales pruebas, pensando que cuanto antes pasaran los preliminares antes podría descubrir a los badulaques y pícaros que le habían encerrado allí.

El doctor movió una mano gordezuela hacia un peso esmaltado de blanco que había en un ángulo.

—Primero, su peso; haga el favor —Middleton se subió a la báscula, cuya aguja marcó 161 libras. El doctor le indicó con la mano una talla niquelada muy brillante—. Ahora, la estatura; haga el favor —Jerry se subió a la tarima de este nuevo aparato. El marcador llegó a un cuarto de pulgada por debajo de la medida de seis pies. El doctor leyó la cifra, le hizo señas de que se sentara de nuevo y sacó del bolsillo un reloj de plata—. Ahora —le dijo— dígame el momento justo en que empieza usted a oír el

tic-tac

de este reloj —sostuvo éste a unos tres pies del oído del paciente y luego le fue acercando lentamente. Al fin, Middleton oyó el

tic-tac
—. Ahora, el otro oído —ordenó el doctor.

El enfermo lanzó un suspiro de resignación. ¿No sería posible hacer que cesasen estas tonterías? Pero con un hombre tan flemático como Stonecipher no era posible. El doctor sacó una cinta de medir, que desenrolló, de su chaleco, y midió con ella la distancia más corta de audición de uno y otro oído.

—Perfecta simetría de oído —comentó en voz alta, mientras anotaba estos datos.

Cogió ahora una linterna eléctrica, que lanzó un brillante haz de luz, y, bajando las persianas de la habitación, se acercó tanto al enfermo que su aliento cálido llegó hasta su mejilla. La linterna tenía una guarda circular de metal negro, provista de un pequeño orificio que daba paso a la luz, y este foco lo dirigió directamente a una y otra pupila de Middleton, como si estuviera tostando cada retina con una llama brillante. El haz de luz describía círculos como si fuera un cometa, y el hombre que estaba en la silla se preguntaba si aquello no iba a concluir nunca. Pero, al fin, la linterna se apagó y Stonecipher levantó la persiana. Nuevas anotaciones.

El doctor cogió luego una tarjeta y una vela encendida. Colocado el enfermo de espaldas a las ventanas, cubrió alternativamente cada pupila con la tarjeta, y luego, de repente, retiró ésta y acercó la luz de la bujía a cada ojo. Satisfecho, al parecer, después de la prueba en cada ojo, tomó más notas. Middleton hubiese dado cualquier cosa por poder ver aquellas anotaciones; pero, por desgracia, estaban hechas con los jeroglíficos de la taquigrafía americana.

Stonecipher sacó luego de la mesa una serie de tubos de ensayo, cada uno de los cuales contenía un liquido aceitoso y una varilla de cristal.

—Saque la lengua —ordenó. Middleton obedeció, con cierto enojo. Stonecipher metió la varilla en uno de los tubos y luego la colocó en la lengua extendida—. ¿Qué sabor nota usted?

—Sabor a canela —contestó Middleton sin vacilar.

Otra varilla y otro tubo de ensayo.

—¿Y ahora?

—Menta —respondió el enfermo en el acto.

Una tercera varilla de cristal.

—¿Y a qué sabe esto?

Middleton pensó un momento. El recuerdo de un fuerte dolor de muelas que tuvo en su niñez acudió a su mente.

—Clavo —dijo.

Otra varilla más. Esta vez tuvo que pensar mucho. Pero, de repente, dio con lo que era:

—Arce.

—Exacto —declaró Stonecipher, y dejando los tubos a un lado se puso a hacer nuevos garabatos. Hecho esto, sacó una serie de botellines cerrados con tapones de cristal y se sentó en una silla junto al paciente—. Ahora, al pasarle cada tapón por la nariz, dígame el olor que le parece a usted que tiene.

El primero olía, evidentemente, a rosas, y así lo dijo Middleton sin vacilar. El segundo ofrecía un gran contraste con el otro y distaba mucho de ser un olor agradable.

—Sólo puedo decir que es algo muy ácido —dijo—. ¿Vinagre? —añadió, como si lo preguntase.

Stonecipher asintió y acercó otro tapón a la nariz de su enfermo.

—¿Y este otro, qué olor tiene?

Middleton contrajo la nariz.

—Asafétida —dijo tras una breve pausa—. Por lo menos, así se llama en Australia.

—¿Entonces ha estado usted en Australia? —dijo Stonecipher distraídamente, poniendo a un lado los botellines y escribiendo nuevas notas.

—Allí he pasado toda mi vida —se apresuró a contestar el enfermo.

—¡Hum! —comentó el alienista; pero no siguió preguntando—. Haga el favor de sentarse ahí —le dijo

indicándole la mesa plegable—. Con las piernas colgando. Sí, sueltas. Muy bien —tenía en la mano un martillo niquelado, con cabeza de goma—. Junte usted las manos y mire al techo de manera que desvíe la atención de lo que yo hago.

Middleton lo hizo así. El alienista dio un golpe rápido, repetido dos veces en cada rodilla, con el martillo de cabeza de goma, y aunque Middleton tenía sus manos enlazadas y trataba de mirar al techo, vio que a cada golpe, cada una de sus piernas hacía un breve y vivo movimiento involuntario hacia adelante.

Con el mismo martillo, Stonecipher cogió con su brazo el codo del enfermo, y manteniéndolo sujeto, en forma de un gancho, dio un solo golpe seco. Algún músculo respondió evidentemente, pues tras dos pruebas el doctor dejó el martillo.

—Los reflejos están intactos hasta ahora —dijo para si a media voz—. Ahora échese de espaldas sobre esta misma mesa. —Middleton obedeció. El alienista, con una púa de cuerno como la que pudiera utilizar un negro para tocar la guitarra, rascó la planta desnuda de cada uno de los pies. Parecía concentrar sólo su atención en el dedo gordo del pie del enfermo—. Babinsky satisfactorio —fue su comentario cabalístico—. Ya puede usted sentarse —y se dirigió a su mesa —. Ahora póngase en pie y quítese el pijama. —Así lo hizo Middleton, y se quedó desnudo al sol de la tarde. Stonecipher se acercó a él con un trozo de algodón en una mano y un alfiler que cogió de la solapa de su americana, le ató apretadamente los ojos con un pañuelo limpio de seda y le dijo—: Ahora, siempre que sienta usted algo que le parezca que es algodón, diga: «blando», y cuando crea que es la punta del alfiler, diga: «agudo».

Y empezó entonces una especie de juego de fuego fatuo, en que el algodón parecía el fuego fatuo y el alfiler un perro sabueso que le perseguía. En innumerables puntos de su pecho, espalda, músculos, cuello, brazos y pies, se sucedían

los toques con rapidez de relámpago —algunas veces blandos; otras, agudos; otras, un poco dudosos, por un segundo—; pero Middleton respondió siempre con contestaciones rápidas, que seguían la misma sucesión veloz de los toques en su cuerpo. Al fin, Stonecipher le quitó el pañuelo de la cara y lo puso a un lado.

—Perfectamente, póngase el pijama, y también el batín si tiene frío —durante un largo rato siguió ocupado en su mesa, y cuando miró a Jerry Middleton éste tenía ya puestas todas las prendas con que había entrado en el despacho—. Acerque una silla aquí —dijo Stonecipher— para que no tengamos que alzar la voz —así lo hizo Middleton. ¿Es que no iba a acabar nunca este reconocimiento, con sus múltiples ramificaciones? —. ¿Ve usted estas preguntas impresas aquí? —dijo Stonecipher. Cogió de la mesa uno de los relojes que marcaban los segundos y entregó al enfermo un lápiz—. Mientras le cuento el tiempo, usted hará el favor de tachar todas las *ees*, desde la primera palabra hasta la última. Tenga cuidado de que no se le pase ninguna *e*; pero, por otra parte, no tarde demasiado —y acercó a Middleton una hoja de papel en la que se leía:

> «Es evidente que la razón para uno es la razón para otro y para todos los demás. Hay una medida media que satisface a todas las partes, por muchas que éstas sean o muy aferradas que estén a las suyas».

El lápiz de Middleton corrió a lo largo de estas lineas, casi ininteligibles, y antes de un minuto entregó el papel a Stonecipher con cierto orgullo. Con un chasquido agudo, el doctor paró el reloj, anotó el tiempo invertido y contó meticulosamente las ees tachadas. Todo lo cual fue anotado con detenimiento.

—Ahora —dijo— reste usted empezando por el ciento, la cifra siete hasta el número más bajo posible.

Middleton se le quedó mirando. Luego empezó:

—Ciento…, noventa y tres…, ochenta y seis…, setenta y nueve…, setenta y dos… —era un trabajo de rompecabezas y tuvo que concentrar su atención. Había llegado a cuarenta y cuatro cuando de repente Stonecipher abrió la mano y una brillante moneda de oro cayó al suelo, donde siguió rodando. Los ojos de Middleton la siguieron como un halcón; pero él siguió con su resta—… treinta y siete…, treinta…, veintitrés —Stonecipher recogió su moneda de oro—…, dieciséis…, nueve…, dos…, menos cinco…, menos doce…, menos…

—Basta —dijo el alienista—. Ya le dije que parase cuando llegara al final. —Su pluma volvió a escribir en el papel—. ¿Quiere usted decirme ahora si esta frase es o no gramaticalmente correcta? Escuche con atención, haga el favor: «La suma de las masas y los montones de papel nos dicen que no convienen mezclar los negocios con el placer».

—Yo creo que debe decirse «conviene» en lugar de «convienen» —comentó con curiosidad Middleton, con el tácito asentimiento de Stonecipher.

—¿Y quiere decirme ahora —preguntó éste bruscamente— qué falta hay en la oración siguiente?: «Al levantar el hombre la vista vio relucir una estrella brillante entre los cuernos de la luna creciente»

Middleton se le quedó mirando, atónito:

—No hay ninguna falta.

—Vamos, vamos —dijo el médico con impaciencia—. Las pruebas a que le estoy sometiendo demuestran que tiene usted un admirable nivel de inteligencia. No vaya a caer en una cuestión tan sencilla como ésta.

Pero Middleton continuó atónito.

—¿Es que hay algún error en esta frase? —preguntó escépticamente.

Stonecipher asintió, con énfasis:

—Y muy grande.

—«Al levantar el hombre la vista —repitió Middleton, ya

confundido—, vio relucir una estrella brillante entre los cuernos de la luna creciente» —movió la cabeza con lentitud —. No veo nada erróneo en ella.

—¿Absolutamente nada? —preguntó el pequeño doctor malhumorado.

Middleton reflexionó un momento.

—Absolutamente nada —dijo, al fin—. Estoy seguro de que no veo nada erróneo en esa frase. —Stonecipher se puso a anotar afanosamente su fracaso, que era evidente. La cara de Jerry Middleton expresaba más extrañeza que nunca—. Dígame, doctor: ¿qué error hay en esa frase, que yo no veo?

Stonecipher le miró como si le viera de lejos.

—Pues bien —dijo brevemente—; ya que he tenido que reseñar su fallo en esta cuestión, bien puedo explicarle en qué consiste. La luna creciente es, en realidad, toda la luna, con parte de ella iluminada por el sol y el resto oscuro. Usted no podría ver una estrella entre los cuernos de ese planeta, aunque la estrella estuviese allí, porque…

—Porque una luna sólida se interpone —interrumpió el paciente, asintiendo con la cabeza—. Tiene usted razón. El premio es suyo.

Pero Stonecipher no sonreía nunca; era evidente que tomaba todo esto muy en serio.

—Voy a hacerle ahora una nueva pregunta —dijo Stonecipher con calma—, de la cual quiero que saque una consecuencia. La pregunta es la siguiente: «Yo soy más alto que mi hermano y mi hermano es más alto que mi padre. ¿Quién es el más alto de los tres?».

—Usted es el más alto —dijo Middleton, divertido.

—Precisamente —murmuró el médico, y se puso a tomar nuevas notas. Alzó la vista una vez más y añadió—: Y ahora me va usted a completar esta frase: «Mi cabeza es a mi sombrero lo que mis manos son a mis…».

—Guantes —dijo Middleton después de brevísima pausa.

Stonecipher asintió. Cualesquiera que fuesen sus

impresiones no exteriorizó emoción personal ante la exactitud de las respuestas que estaba recibiendo. Era evidente que había empleado este procedimiento tantos millares de veces que para él era ya una rutina. Se reclinó en la silla y durante un momento pareció sumido en hondas reflexiones. De repente, habló en un tono de indiferencia.

—A propósito. Un hombre que iba paseando por los bosques situados al norte de este lugar vio algo que pendía de un árbol, y que le asustó. Vino corriendo a este hospital y se lo dijo a los vigilantes. ¿Qué vio?

—El cadáver de una mujer colgando…; un suicidio —dijo Middleton rápidamente. Y entonces se preguntó qué yo automático interior le habría impulsado a dar esta respuesta.

—¡Una mujer! —exclamó vivamente Stonecipher, mirándole—. ¡Una mujer! ¡Por Dios! ¿Y por…, por qué una mujer?

Middleton se encogió de hombros.

—¿No me ha preguntado usted lo que vio? Pues ya se lo he dicho. Tal vez fuera un saco de harina; pero yo le he contestado lo primero que se me ocurrió.

Parecía que Stonecipher había tropezado con algo que era completamente nuevo en su carrera de psiquiatra.

—Bueno, bueno, bueno —murmuró—. En diez mil ocasiones se me ha contestado que era el cadáver de un hombre y ahora sale usted con que era el de una mujer. Bueno, bueno, bueno —su pluma trazó algunos garabatos—. Defíname —ordenó ahora gravemente— la diferencia entre la piedad y la compasión.

—¿Piedad? —dijo Middleton, después de reflexionar—. La piedad es una emoción engendrada en quien contempla algo que despierta compa…; es decir, la piedad es un deseo de ayudar a un desgraciado, mientras que la compasión es el anhelo de… ¡Oh, doctor! Póngame algo más sencillo haga el favor.

—¿Algo a que pueda usted contestar con más facilidad? —

preguntó Stonecipher con aspereza, como si su enfermo debiera ser arrastrado y descuartizado.

—Eso es; algo a lo que pueda contestar con más facilidad —dijo el enfermo con sonrisa burlona—. Para distinguir la piedad de la compasión tendrá usted que llamar a otro, doctor. Bueno, a ver; diga usted.

El doctor frunció el ceño, pensativo. Al fin alzó la vista.

—¿Quiere usted indicarme qué hay de extraño en cada una de las tres manifestaciones siguientes? La primera dice así: «Peter Branson iba andando de prisa por la calle, balanceando el bastón, con las manos metidas en los bolsillos».

—No hay nada extraño en eso —dijo Middleton irritado.

—Con que nada extraño, ¿eh? —Stonecipher se le quedó mirando—. ¿Ningún error?

—Ninguno que yo advierta —dijo Middleton, moviendo la cabeza—. Yo he llevado mil veces en Australia un bastón de cayada al brazo, balanceándose, y tenía al mismo tiempo metidas las manos en los bolsillos porque hacía frío.

—¡Hum! —respondió el médico gruñonamente, aclarando luego su garganta—. Pasaremos por eso. ¿Y esa otra?: «Hay una noticia terrible en el periódico de hoy. Se ha encontrado a un hombre partido en veinte pedazos, y la Policía practica diligencias para averiguar la causa del suicidio».

Middleton movió la cabeza con desesperación:

—Siento decirle… que no veo nada raro en eso.

—¿Nada raro? —exclamó Stonecipher, todo irritado—. ¿Nada raro? Un enfermo joven como usted, que ha salido airoso de tantas pruebas de inteligencia, ¿insiste en decir que no hay nada raro en eso? ¿Cómo…, cómo puede ser un suicida un hombre a quien encuentran partido en veinte pedazos?

XIV. «Probaré mi caso»

Ante las exclamaciones de asombro del pequeño doctor, Jerry Middleton se encogió de hombros, con impaciente tolerancia. Su réplica fue reposada.

—Cierto hombre, allá en Australia —dijo— escribió una carta en la que daba cuenta de que se suicidaba, y, luego, se arrojó a la vía del tren cuando pasaba un expreso de la línea Melbourne-Adelaida. Quedó partido exactamente en…, ¡bueno, se encontraron ciento nueve pedazos!

Stonecipher frunció el ceño con desagrado. Era evidente que todas las pruebas acumuladas desde hacía una docena de años las estaba echando abajo este enfermo, que veía las cosas desde un nuevo punto de vista. Lanzó un suspiro resignado y se dispuso a exponer la tercera manifestación:

—Bueno, vamos a ver ésta: «Cardigan tiritaba, enfundado en su abrigo en aquel día de enero. Sin embargo, molesto como estaba, se inclinó sobre una verja baja de la acera del bulevar y cogió una rosa que estaba junto a ella antes de tomar un tranvía que iba en dirección norte».

—Tampoco veo aquí nada extraordinario —dijo Middleton —. Al parecer, doctor, se empeña usted en que encuentre raras cosas que no lo son. Lo siento; pero no puedo decirle otra cosa.

—Pero piense usted —ordenó Stonecipher concisamente—; piense con toda atención. Hay una manifiesta discrepancia en esos conceptos. Piense detenidamente.

—No necesito pensar —dijo Jerry Middleton irritado—. Supóngase usted que le dijera que un día de enero, allá en

Australia —recuerde que ese mes corresponde a vuestro julio, cuando la gente lleva aquí ropas ligeras y sombreros de paja —, iba yo paseando por Whaka, el Yellowstone Park de Nueva Zelanda. Tenía algo de fiebre y llevaba un abrigo al brazo, que me ponía cada vez que me daban tiritones. También yo cogí una flor, no sé cuál, de un jardín, y…; bueno, si no tomé un tranvía, cogí un autobús —hizo una pausa—. Ahí tiene usted, pues, a un hombre tiritando, con abrigo puesto en enero y cogiendo una rosa de un jardín, junto al borde de la acera.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Stonecipher a falta de otras palabras y completamente trastornado ante el rudo trato dado a las tres famosas cuestiones planteadas durante muchas décadas a los nuevos enfermos de los manicomios—. Usted ha echado por tierra mis pruebas con sus respuestas. Las ha derribado usted —inclinó la vista hacia sus papeles, con ceño, casi huraño; luego alzó de nuevo los ojos—. Bueno, sea. ¿Quiere usted describirme ahora, en unas cien palabras, un cuadro del planeta Venus?

Middleton se le quedó mirando, lleno de sorpresa, y se echó a reír. Y, nada acobardado, empezó diciendo:

—Bien; veo un cielo nublado, por el cual no ha penetrado el sol desde hace siglos, y una tierra que no es más que vaporosos pantanos y árboles gigantescos, semejantes a helechos. El calor y la humedad son los de una selva tropical; pero no hay gorjeos de pájaros ni chirridos de monos. De repente se altera la tranquila superficie de un gran lago fangoso en el interior de la selva y sale de su fondo un animal gigantesco de miles de pies de largo; primero una serie de sierras o peines y después una especie de cuello largo, con unos ojos bulbosos, que sobresalen al final de una cabeza pequeña. Viene luego de la selva un ruido como de cosas que se rompen con estrépito, y se lanza al lago otro animal gigantesco, con un cuello dos veces más largo que su cuerpo, cubierto de enormes escamas. Se arroja sobre el primero y éste se alza sobre el agua para hacer frente al ataque. Caen

árboles al ruido de su lucha y los dos animales…

—Basta —dijo Stonecipher, levantando una mano—. Casi me atrevería a decir que ha estado usted allí. ¡Magnífico! —garrapateó de nuevo y parecía radiante de alegría—. ¡Magnífico! —repitió enigmáticamente. Y su pluma siguió arañando el papel. Al dejarla sobre la mesa, dijo—: Haga el favor de multiplicar de memoria 24 por 22.

Tras breve pausa, Middleton dio la respuesta:

—Creo que el resultado es 528.

Stonecipher asintió y preguntó de repente:

—¿Y cuál es la capital de Siam?

—Me parece que es Bangkok. No estoy muy seguro.

Nuevo asentimiento del alienista y una nueva anotación en el papel. Puso cuidadosamente sus notas a un lado y se cruzó de piernas.

—Bueno; para hablar de otras cosas, supongo que no será preciso preguntarle si sabe usted dónde está; pero, de todas maneras, me gustaría oír su respuesta, para que el examen sea completo. ¿Sabe usted dónde se encuentra?

—Claro que lo sé —dijo Middleton con amargura—. Estoy en el hospital de enfermos mentales de Birkdale, situado en Illinois. En la sala de recepción. Yo…

—Muy bien. Permítame que siga hablando un minuto más. ¿Qué día es hoy?

Middleton calculó rápidamente:

—Debe de ser viernes, 17 de octubre, si no me equivoco.

—¿Y qué edad tiene usted?

—Veinticuatro años.

—¿Cómo sabe usted que tiene esa edad? —preguntó el alienista mirando fijamente al otro.

—¿Que cómo lo sé? Porque cumplí veintitrés años el año pasado, y antes de eso tenía veintidós, y antes veintiuno…

—Y así sucesivamente, hasta que era usted demasiado joven para saber la edad que tenía el año anterior; pero ¿qué normas son las que sigue para saber la edad que afirma tener?

Middleton miró, enfadado, al tranquilo y ya rehecho doctor.

—Si hemos de retroceder a los rudimentos —dijo lacónicamente—, no puedo probar mi afirmación. En mi niñez, las personas con quienes vivía en Australia me dijeron que tenía cierta edad, y yo, fundándome en aquella base inestable, seguí aumentando un año cada doce meses —y el tono de su voz, al decir esto, tenía algo de sarcasmo.

Stonecipher, para quien este tono no pasó inadvertido, arrugó el entrecejo, y dijo:

—Observo en su voz cierta ironía, que no puede favorecerle.

—Siga usted —dijo Middleton con risa burlona.

—Muy bien —asintió el médico cordialmente—. ¿Con qué nombre ha ingresado usted en este hospital? ¿Lo sabe usted?

—Sí; con el de Jonathan Doe.

—¿Y cuál es su verdadero nombre?

—Jerome Herbert Middleton. Yo era…

—Permítame; cada cosa a su tiempo. ¿Está usted completamente seguro?

—Tan seguro como que usted y yo estamos ahora aquí sentados y charlando. Ya sé —añadió Middleton fatigosamente— que se supone que yo padezco una especie de alucinación; pero fíjese en lo que le digo: cuando salga de esto, usted y otros cuantos de aquí observarán una actitud muy distinta de la que ahora tienen. Le aseguro a usted que…

Stonecipher levantó la mano, irritado.

—Permítame que le haga otra pregunta: ¿es usted víctima de alguna trama de cualquier clase?

—La trama más infame y la más infantil a la vez que puede concebirse —y las palabras de Middleton salían ahora a borbotones, atropellándose unas a otras—. Ciertas personas ajenas a este establecimiento me han sustituido por un hombre parecidísimo a mí y pretenden hacer creer que soy yo mismo, mientras yo me esté pudriendo aquí durante unas

semanas. Pero ya ajustaremos cuentas. Ya lo pagarán, y lo pagarán muy caro.

—¿Dónde se imagina usted que encontraron un doble tan semejante? —preguntó Stonecipher, conciliador.

—Sabe Dios dónde —respondió Middleton, descruzando las piernas para volver a cruzarlas después en su agitación—. Los dobles no crecen como los arbustos. Yo no tengo hermanos, ni hermanas…, ni gemelos.

—Entonces, ¿no se explica usted cómo pudieron conseguir ese doble?

—No; pero…

Stonecipher le impuso silencio con la mano.

—¿Quién sospecha que pueda ser la cabeza de este complot urdido contra usted?

—Esa cabeza es un hombre que se llama Luther Fortescue y que ha sido nombrado administrador general de la fortuna de mi padre.

—¿Y por qué cree usted que ese Fortescue quiere tenerle encerrado aquí?

Middleton movió la cabeza como si no supiera qué contestar.

—Para deshacerse de mí con algún fin; esto es todo lo que puedo decir. Pero eso ya lo averiguaré tan pronto como les haya convencido a usted y a los demás y vuelva al mundo de los vivos.

—¿No tiene, sin embargo, idea de quién pueda ser el hombre que ha usurpado la personalidad de usted?

—¿Cómo puedo tenerla? —dijo rápidamente Middleton—. Le vi por primera vez cuando me llevaban del tribunal a la sala de detenidos, en Chicago.

—Pero ¿por qué, cuando estaba usted en la estación de detención provisional de esa ciudad, se negó a hacer la menor manifestación acerca de la identidad que ahora afirma ser la suya?

—Porque —respondió Middleton con calor— había

recibido una carta del tal Fortescue que me llevó una persona extraña —algún recadero—, que dijo que yo era su sobrino, y me llevó a un cuartito de recibir visitas. En la carta Fortescue me rogaba que guardase silencio unos cuantos días, hasta que él pudiera conseguir una declaración de cierta mujer que se había disparado un tiro en su presencia, en Chicago, y en la cual constase que él no había hecho el disparo. Me había utilizado para una coartada, y si yo hubiese hablado no habría podido probarla.

—¿No le parece a usted todo eso un suceso demasiado fantástico para que le haya, ocurrido a un prosaico hombre de negocios como su…; sí, su perseguidor, señor Fortescue?

—Claro que lo es. Pero él me presentó la cosa tan hábilmente en su carta, que me pareció digna de crédito.

—Bien; veamos la carta —dijo Stonecipher; pero sin desenlazar las manos que tenía puestas sobre su abultado abdomen. Lo cual mostraba su seguridad de que el otro no iba a sacarla.

—No la tengo —dijo Middleton con desesperación—, por que se la devolví al hombre que me la llevó. En la carta se me decía que lo hiciera así.

—Ya —asintió el médico lentamente con la cabeza—. ¿Y usted está completamente convencido de que es Jerome Herbert Middleton? ¿No se le ha ocurrido nunca, desde que está aquí encerrado, la idea de que tal vez pudiera ser usted el equivocado, y no nosotros?

—¿Que ustedes están en lo cierto y yo no? —repitió Middleton con enojo—. ¿Duda usted alguna vez de sí mismo, doctor? ¿Piensa usted alguna vez que no es el doctor Stonecipher?

El médico miró con acritud.

—Bueno, usted y yo somos gente distinta.

Hizo una pausa y se inclinó hacia adelante.

—Permítame ahora que le haga otra pregunta: ¿quiere usted contarme aquel episodio ocurrido en Chicago, en la casa

abandonada, donde estuvo usted viviendo algunos días?

Middleton refirió, una vez más, la escena desarrollada ante sus ojos aquella noche. Ahora se daba perfecta cuenta de que esa desdichada ocurrencia había contribuido considerablemente a que le saliera bien a Fortescue su plan astutamente preparado; pero así es como el destino dispone las cosas. Era inútil negar en este momento aquel episodio, pues sabía que su declaración había sido reproducida taquigráficamente en la oficina de Gearty, en la Estación de Policía. Pero sabía también que llegaría el día en que descubriera el lugar exacto en que estaba aquel cuarto y pudiera quedar comprobada esta historia y él reivindicado. Hizo su relato con palabras sencillas y fuertes, como hombre convencido a quien hay que creer. Pero la cara del alienista era la máscara de la impasibilidad.

Sin embargo, el doctor había escuchado con la mayor atención y ahora preguntó:

—¿De modo que los tres hombres elegidos por votación para ser víctimas posibles de una bomba fueron John D. Rockefeller, Henry Ford y… usted mismo?

—Así lo declaré —dijo Middleton, afirmando con un movimiento de cabeza.

—Al parecer, y con miras a un posible asesinato, tenía usted más importancia para ellos que cualquiera de los otros dos financieros de fama mundial.

—Así parece —dijo Middleton, caviloso—. Tal vez fuese más fácil llegar hasta mí. De todas maneras, vuestra torpe Policía americana no supo aprovechar la valiosa información que se le facilitó.

—¿Cómo se explica usted que la Policía fracasase aquella noche, aun estando usted presente, no encontrando la ventana desde la cual debía ser visible aquella otra de la habitación en que se efectuaba la reunión anarquista?

—La explicación es sencilla y, fíjese usted, se puede demostrar fácilmente. La antigua casa estaba,

indudablemente, empapelada toda ella con una sola clase de papel. Yo estuve primero en una habitación; pero cuando luego fue la Policía y me llevó con ella entramos en otra diferente, desde la cual sólo se veía un muro de ladrillo. Los agentes no quisieron esperar a recorrer el resto de la casa. Teníamos que ir en seguida a la Oficina Federal. ¡Bah!

Stonecipher se echó hacia atrás en un sillón giratorio, perdido en sus reflexiones.

—Cuénteme su vida desde el principio. Empiece por sus primeros recuerdos y bosquéjeme a grandes rasgos su existencia hasta el momento actual.

Middleton empezó a hacerlo, muy contento. Hizo primero un rápido relato de su vida en Australia, señalando sólo los hechos más salientes, y continuó su historia hasta el momento actual, sin omitir sus amores con Pamela Martindale y su posterior entrevista con Fortescue. Por último se paró, porque había llegado al final.

—Y aquí me tiene usted —terminó diciendo con desesperación—, recluido en un manicomio.

—No lo llame usted así —dijo Stonecipher en tono de súplica—; llámelo…, por ejemplo…, una casa de reposo.

—Bueno; llámelo como quiera, siempre será una tumba en vida para los infelices que tengan que quedarse aquí.

—Y entonces, ¿no cree en la posibilidad de que tenga usted que permanecer aquí? —preguntó Stonecipher con curiosidad.

—¡Claro que no! —exclamó Middleton con cierta indignación—. ¿Cuándo se ha visto que un hombre esté recluido por hacerse la ilusión de que es él mismo?

Stonecipher rió fríamente, sin alegría.

—Las ilusiones, amigo mío, son los fenómenos más extraños que ofrece la vida humana. Podría indicarle a usted en este establecimiento centenares de individuos —tal vez más de mil— que tienen las ilusiones más extrañas; ilusiones tan reales para ellos que no hay argumentos capaces de convencerles de lo falso de sus creencias. A usted, esos

individuos —todos y cada uno de ellos— le parecerían lógicos en sus peroratas y en su conducta hasta que llegara a tocarles en el punto de su ilusión. Y entonces, ¡buenas noches! Ahora bien: refiriéndonos al caso de usted, supongamos que llamamos su ilusión al hecho de que usted cree que es Jerome Herbert Middleton. En cuanto abordamos el tema de que usted no lo es, se pone nervioso y empieza a despotricar y a levantar la voz. Y esto es precisamente lo que ocurre con todos los demás.

—Pero, ¡por amor de Dios, hombre! —exclamó Middleton furioso—. Usted puede ver que estoy en mi sano juicio. ¿No es así? ¿Va usted a aceptar ciegamente un diagnóstico ya hecho, sin someterlo a su criterio propio? ¿Hablo yo como un perturbado? ¿Obro como tal?

Stonecipher se encogió de hombros como el que no puede hacer nada.

—Los perturbados son más cuerdos que nadie, mientras no se toca a sus ilusiones.

Hizo otro ademán de impotencia con las manos y añadió:

—Pero no estamos aquí para discutir la locura. Vamos a ver, Doe: ¿qué diría usted si yo le afirmara que tenemos una prueba absoluta e irrefutable de que es víctima de una ilusión, tan convincente para usted, que no le es posible concebir la verdad de que sea usted otra persona —sabe Dios quién—, otro hombre distinto del que cree ser; que usted ha sufrido una transformación de personalidad tan completa que o tendrá que permanecer bajo este techo toda su vida o…?

Se detuvo.

—Diría que está usted loco…, que todos ustedes están locos —rugió Middleton, levantándose de la silla, indignado, y poniéndose a pasear de un lado a otro de la habitación—. ¿Qué prueba tienen ustedes? ¿Dónde está? Exijo que se me dé esa prueba. No pueden ustedes tenerla, porque no existe. Ustedes no pueden demostrar que yo no soy Jerome Middleton. No pueden demostrar una mentira.

—Esa prueba se puede encontrar en la transcripción completa de su caso, que pudiéramos llamar su historial clínico —dijo Stonecipher—, y nosotros no enseñamos a los enfermos sus historiales clínicos. Por un lado, no está de acuerdo con la práctica de la psiquiatría y, por otro, los enfermos los harían pedazos y los pisotearían. Por esta razón no se le enseñará el suyo.

—Pero yo exijo verlo. Pido ver mi historial clínico. Exijo que me enseñen la prueba de que yo soy…, soy John Doe, o quienquiera que se suponga que soy.

Stonecipher denegó con la cabeza de una manera decisiva, inflexible:

—Ya le he dicho que eso está en contra de los principios de la psiquiatría; en realidad, está en contra de los principios de la psiquiatría hasta el discutir con un enfermo su caso. La razón por la cual, Doe, si yo he hablado con usted del suyo ha sido porque su caso es desusado, aunque no nuevo en los anales de la ciencia que trata de la aberración mental. Usted ha sido enviado aquí por un tribunal de alienistas competentes, que han declarado que usted padece paranoia, una de las psicosis más tenaces y desconcertantes. Sólo un doctor se mostró disconforme; pero su disconformidad se refería solamente a que la modalidad de su padecimiento fuese tal vez una variación peculiar de este estado: una psicosis conocida con el nombre de seudoparanoia autohipnótica de Von Zero.

—¡Es absurdo! —exclamó Middleton lleno de ira—. ¡Absurdo! ¡Absurdo! Ese tribunal era un atajo de locos. ¡Malditos sean todos! Y usted también; usted, que está, asimismo, complicado en la trama urdida contra mí. Fortescue le ha pagado a usted. Le ha prometido…

Stonecipher suspiró.

—Me han acusado de eso tantas veces desde que estoy aquí —dijo tristemente—, que algunas veces hasta desearía que alguien quisiera pagarme para que tenga encerrada aquí a

alguna persona. Soy un hombre pobre actualmente, Doe; un mero funcionario del Estado, y Dios sabe muy bien que el Estado regatea sus peniques cuando se trata de sueldos. Soy también autor de tres libros de texto sobre la locura y lector de psiquiatría en el Colegio de Medicina de la Universidad del Noroeste. Pero, hasta la fecha, nadie me ha ofrecido nunca nada por tener recluido aquí a alguien. Si todas las acusaciones que contra mí han hecho los enfermos fuesen ciertas, tendría un millón de renta al año.

Middleton se le quedó mirando y Stonecipher prosiguió:

—Pero, mi querido amigo, tengo la satisfacción de decir que en su caso hay circunstancias que hacen muy improbable que usted padezca la psicosis de Von Zero, como se llama ahora. Si así fuera, no habría razón para que usted, llegado el caso, no pudiera salir de aquí como un hombre completamente libre, desligado de las cadenas invisibles que le atan. La psiquiatría quiere que se curen todos los que, como usted, pueden curarse. Nosotros no queremos tenerle encerrado; pero si el Estado le mete aquí, tenemos que retenerle hasta que podamos decir en conciencia que está usted completamente restablecido. Nosotros no somos sino servidores del Estado.

—Pero, hombre de Dios —protestó Middleton—, ¿quieren ustedes dejar aquí a un hombre sano? Enséñeme las pruebas de que yo no soy Jerome Middleton. Le aseguro que las echaré abajo.

—Las pruebas son irrebatibles —dijo Stonecipher tristemente—, y yo no debiera haber hablado de ellas con usted. Lo hice impulsado por la creencia de que algún día pueda estrechar su mano y oírle decir que Stonecipher tenía razón. Y entonces seremos amigos para toda la vida.

—¿Amigos de por vida usted y yo? —dijo Middleton, sonriendo burlonamente—. ¡Bah! Usted es un pobre idiota que está en la séptima infancia. Usted…

—Nada de calificativos —advirtió Stonecipher irritado—.

Nada de calificativos, se lo ruego. Está usted incurriendo en lo que llamamos aquí violencia; un grado más y tendré que llamar a un vigilante para que le tengan sujeto un rato.

Pero su mano no se movió para oprimir el botón del timbre de su mesa y Middleton no pudo menos de admirarle por esto. El hombre no sentía miedo en presencia de un supuesto loco que podría haberle estrangulado sin la menor dificultad; cosa que al joven casi le hubiera gustado hacer en aquel momento. Aunque estaba cuerdo, sentía el deseo de saltar sobre aquel ser flemático y apretarle la garganta con sus manos. Y se preguntaba que si su reacción fuese ésta, ¿cuál no hubiera sido en el caso de estar realmente loco? Pensó mucho desesperadamente.

—Exijo mi historial clínico —reclamó con ira.

Pero Stonecipher denegó con la cabeza.

—A un enfermo no se le enseña el proceso de su caso, ya se lo he dicho. Lo prohíbe el artículo 49 del reglamento de esta institución, que está vigente desde que se fundó el establecimiento. Más de un asesinato se ha cometido por enfermos fugados en el curso de los años, que guardaban rencor a los que no hicieron otra cosa que contribuir a recluirlos donde estuvieran seguros, bien vestidos, albergados y bien alimentados. Esos…

—Acudiré al director —interrumpió Middleton—. Veré mi historial clínico.

—Ver al superintendente es muy difícil —declaró Stonecipher fríamente—, hasta para nosotros los médicos. Todas las cartas que le dirigen los enfermos las vemos primero nosotros, y le digo francamente que no le molestamos remitiéndole tales misivas. Si se le envía alguna, siempre la devuelve al médico de la sala. ¿Por qué no quiere usted ser razonable, amigo mío?

—¿Razonable? Pero ¿cómo puedo ser razonable? Yo, Jerome Middleton, hijo de Digby Middleton, que poseía una fortuna de diez millones de dólares, me encuentro aquí

sentado, suplicándole que crea lo que es la verdad, y usted me dice con la mayor tranquilidad que yo no soy yo, y, además, me pide que sea razonable. ¿Por qué no me pide usted que sea loco? Eso sería más fácil. Y ahora, escúcheme: yo puedo destruir sus pruebas, si usted me da ocasión de hacerlo; pero sino quiere hacerlo, por Dios que demostraré por mi mismo que soy el hombre que digo.

—¿Y cómo va usted a hacerlo? —preguntó el médico suavemente.

—Mande usted a buscar a Andrew Lockwood, un abogado que me conoce, que me vio en Londres, que…

—El señor Lockwood se ha ocupado ya de su caso con el señor Jerome Middleton en persona; es decir, con el verdadero.

—¿Lockwood? ¿También le han engañado a él con mi doble? ¡Esto es una maldición! Entonces, mande usted que venga Searles, el vicepresidente de la Mid-West Trust Company, de Chicago. Me vio en Christchurch, en Nueva Zelanda, cuando estuvo allí con su esposa. Me conoce.

—El señor Searles es, precisamente, quien dio a las autoridades la orden de que le encerraran a usted; mejor dicho, la petición de encarcelamiento está firmada por los representantes de la hacienda Middleton conjuntamente.

—¿Qué…? ¡Malditos sean todos! ¡Todos están metidos en esta trama contra mí! ¡Todos son iguales!

Stonecipher se encogió de hombros.

—Esa es, precisamente, la observación que estaba esperando que hiciera usted.

Middleton se mordió los labios. De una manera u otra tenía que salir de este ridículo atolladero.

—Haga el favor de escucharme —dijo de pronto—. Mande usted llamar a la señorita Pamela Martindale, ahora señora de Van Ware, para ser más exacto. Estuvimos juntos a bordo un mes entero.

Stonecipher frunció los labios.

—Comprenderá usted que no voy a mandar venir a una mujer desde tan lejos para una cosa así —dijo con calma—, pues, según he leído en los periódicos, la señorita Martindale embarcó para Londres después de su boda con el señor Van Ware. Hoy ha debido de llegar a Southampton.

Middleton movió la cabeza, descorazonado, pues comprendía que Stonecipher tenía razón. No era posible hacer recorrer a Pamela Martindale de Van Ware una distancia de cinco mil millas para identificar como su ex prometido al vagabundo que casi había deshecho su boda. Pensó rápidamente en otras personas que pudieran identificarle. ¿Fortescue? Pero Fortescue era el agente principal de este plan nefasto. ¿Searles? ¿Lockwood? Todos habían firmado la petición de encarcelamiento. Tenían que ser unos bribones o estar engañados por su historial clínico para haber firmado semejante petición. ¿Qué demonios contendría ese historial? No sabía qué pensar. Y Stonecipher miraba a su reloj.

—Ahora tengo que completar mi informe —dijo el médico bruscamente—, para ponerlo luego a máquina. Mañana por la mañana aún le preguntaré una o dos cosas más, y luego le destinaré a una sala y clasificaré su caso, para ir añadiendo de vez en cuando al historial las notas relativas al curso de su enfermedad y a su comportamiento aquí. Procure usted, amigo mío, tener buen carácter, pues ciertas circunstancias que veo en su caso me permiten no considerarlo como desesperado, y cuando llegue el día —si llega— en que usted recuerde quién es y su verdadera personalidad pueda ser satisfactoriamente determinada, este establecimiento le pondrá a usted en libertad, dado de alta como el primer caso curado en América de la psicosis de Von Zero. Entonces reconocerá usted que fue paranoico con suerte por haber vivido en estos tiempos, pues hace unos cuantos años habría usted muerto en un manicomio, víctima de un diagnóstico equivocado.

Middleton se puso en pie, ya completamente repuesto. En la hora transcurrida no había conseguido nada; pero sabía muy bien que nada lograría tampoco aunque estuviese encerrado con el doctor otras diez horas. No eran las leyes ni los hombres los que aquí le retenían; era aquel historial clínico, del cual resolvió firmemente apoderarse, por medio de la habilidad o del engaño, antes que malgastar el tiempo con argumentos infructuosos. Tenía que jugar contra cartas conocidas, no ignoradas. De repente se sintió poseído de la estratagema del lunático, aunque no hasta el punto de poder evitar el decir:

—Bien; entonces, si para salir de aquí necesito recordar quién soy, quién es mi familia, y probarlo…, y ese yo tiene que ser otro que no sea Jerome Middleton, ya puedo prepararme a pasar aquí todo lo que me queda de vida. Eso es. Pero yo probaré mi caso…; lo probaré.

—Perfectamente. Vuélvase a la cama —se limitó a decir Stonecipher, con una inclinación de cabeza en señal de despedida—. Mañana le mandaré levantar y daré orden de que le lleven ropa de vestir.

Con el ánimo mucho más conturbado que cuando había ido al despacho de Stonecipher, se dirigió Middleton de nuevo a la cama, arrastrando las zapatillas. Si sus pensamientos habían vagado desatinadamente, irresolutos, de una a otra de las extrañas facetas de su encierro en esta tumba de piedra y hierro, ahora se concentraban en una sola cosa: ¡el historial de su caso! Se agolpaban en su mente mil planes para lograr verlo; pero uno por uno los fue descartando, hasta retener solamente el que parecía de más fácil ejecución. Ese plan consistía en lo siguiente: si la ética de esta gran ciencia que es la Psiquiatría y el articulo tantos del reglamento de la institución le prohibían ver su historial clínico, necesitaba sobornar, forzar o persuadir a alguien de este amplio mundo para que lo viese por él. Pero no tenía la menor idea de quién podría ser esa persona. Este fue, en resumen, el producto de

un día de terrible meditar, en que los pensamientos se agolpaban como gatos que unos a otros se persiguen.

Tan trabajosas y concentradas fueron ese día sus actividades cerebrales, que, por la noche, Middleton soñó que tenía en su poder la preciosa copia de su caso, cuyo contenido, escrito a máquina, leyó con gran avidez. No sabía que ese sueño iba a realizarse, tal vez por la razón de que los sueños son la ejecución visionaria de fuertes y avasalladores deseos, y estos deseos se convierten, a su vez, en progenitores de los hechos realizados.

A la mañana siguiente, muy temprano, al recogerle la bandeja del desayuno, le ordenaron que fuese al despacho donde tan mala hora pasó el día anterior. Al entrar encontró a Stonecipher trabajando en su mesa. Middleton se sentó, y sus ojos se abrieron entonces como si fueran a salírsele de las órbitas. En la tabla corrediza del pupitre había una voluminosa carpeta, en la que se leían estas palabras impresas: «Historial completo del caso de…», y debajo el siguiente nombre, escrito a mano, en caracteres de imprenta: «JONATHAN DOE, 46».

Ahora o nunca. Jerry Middleton simuló un bostezo para ocultar su excitación interior.

—Oiga, doctor, ¿ha visto al jefe de los vigilantes? Le estaba buscando a usted hace un momento. Parece que han llamado por teléfono para que fuese usted al despacho del superintendente.

Nunca una mentira dicha a sangre fría y con tanto descaro había parecido una verdad tan virtuosa y meritoria, y al mismo Dios, a quien de niño rezara todas las noches, envió ahora Jerry Middleton con urgencia una fervorosa oración, para que su mentira se viera recompensada de un modo que apenas se atrevía a esperar.

Y fuera porque Dios atendiera su súplica o porque la palabra «superintendente» fuera para Stonecipher un poderoso incentivo para ponerse en movimiento inmediatamente, el

hecho es que el médico se puso en pie con la mayor presteza.

Dirigió una mirada en torno suyo para ver si estaban bien cerrados los armarios de acero, se volvió a su enfermo y le dio esta orden perentoria:

—Vuélvase a la cama. Ya le mandaré llamar dentro de un momento.

Esperó a que su paciente saliera al pasillo y, dirigiéndose rápidamente a la puerta de la sala, la abrió con su llave particular y salió. Pero apenas quedó cerrada de nuevo, Middleton volvió como un cohete sobre sus pasos, y pronto se halló de nuevo ante la puerta del despacho de reconocimientos.

Entró silenciosamente, salvó de tres zancadas la distancia que le separaba de la mesa, cogió el precioso historial de su caso, lo metió debajo de la chaqueta del pijama del Estado, y con el documento bien apretado contra su cuerpo por un brazo firmemente colocado se dirigió, una vez más, a su cama. Como el día que estudió en la enciclopedia, levantó las rodillas para ocultar a los que pasaran por fuera lo que estaba haciendo. Un vigilante pasó por delante de la puerta y miró al interior, pero no se detuvo. Con dedos temblorosos de impaciencia desplegó la carpeta de cartón. Se puso a pensar si Stonecipher volvería pronto; pero no sabía que el médico estaba ahora sentado pacientemente en el despacho del superintendente, y que el superintendente, a su vez, en su confortable casa, al otro extremo del establecimiento, acababa de levantarse de la mesa, después de un abundante almuerzo de codorniz, extendida sobre pan tostado, al estilo de Illinois.

Comenzó por pasar rápidamente todos los papeles que contenía el historial de su caso. Las primeras cinco páginas eran hojas iguales, de rico papel de barba, claramente escritas a máquina con tinta morada; pero sujetos con grapas a la última había documento tras documento. Algunos ostentaban la palabra «affidavit» **[3]** ; otros parecían órdenes judiciales; otros, copias de testimonios, y algún que otro certificado, sin

contar una reproducción fotográfica; documentos todos ellos probatorios, por decirlo así, de su caso. Empezó a leer, y a medida que leía se iba dando cuenta, con gran abatimiento de su ánimo, de que un hado maligno se había dado la mano con un hipócrita maestro en el arte de la intriga, y de que en Luther Fortescue había encontrado un artista que no reparaba en minucias. El documento, aunque era corto, demostraba ser el más asombroso de los documentos que jamás había leído. Decía así:

XV. Expediente de Jonathan Doe

HISTORIAL DEL CASO DE JONATHAN DOE (Doe, número 46)

Condado de Cook, Illinois

Acción del Estado de Illinois contra el llamado Jonathan Doe

Procedimiento por demencia

Jonathan Doe (*constitutivo del auto de reclusión número 46, en el Condado de Cook, bajo esta denominación legal; pero a quien se llamará en esta tramitación sencillamente Jonathan Doe*) llamó por primera vez la atención de las autoridades en la ceremonia de la boda de una tal señorita Pamela Martindale con un tal señor Carleton Van Ware, ambos de Chicago, celebrada a las nueve de la noche del 9 de octubre de 1924, en la iglesia de St. Andrew, de Chicago. Al hacer el sacerdote la pregunta de ritual de si alguno de los presentes tenía algo que decir en contra de la celebración de las nupcias, el mencionado Jonathan Doe se puso de pie en su asiento y gritó con voz lo bastante alta para que se le oyera en toda la iglesia: «¡Me opongo al matrimonio! ¡Soy el prometido de Pamela Martindale! ¡Soy Jerome Herbert Middleton! ¡Me opongo al matrimonio!». *(Véanse «affidavit» y copia de la declaración de Benjamin Forsythe, bedel de la iglesia de St. Andrew, que se acompañan en el expediente de demencia)*.

El mencionado Jonathan Doe fue inmediatamente detenido por los agentes McEgan y McInerman, que prestaban servicio delante de la entrada principal de la iglesia y pertenecen a la Estación Central de Policía del Norte, encargada de la vigilancia del distrito donde está enclavado el templo. El mencionado Doe, al ser interrogado mientras se esperaba la llegada del auto de la Policía volvió a afirmar que era Jerome Herbert Middleton, y preguntó a los agentes qué derecho tenían para molestarle o privarle de libertad. *(Véanse declaraciones que se acompañan en forma de «affidavit» de los agentes Denis McEgan y Michael McInerman, de Estación Central de Policía del Norte, Chicago)*.

Al ser interrogado por el sargento Gearty en la Central de Policía del Norte, el mencionado Jonathan Doe volvió a afirmar esa personalidad, que es la del hijo único de un destacado fabricante de específicos de Chicago, recientemente fallecido, y que últimamente tuvo gran notoriedad periodística a causa del testamento de su padre. *(Véase la información con fotografías que se acompaña, publicado en el periódico «Chicago Morning Despatch», el 21 de septiembre de 1924)*. El mencionado Jonathan Doe ordenó perentoriamente al sargento que llamara al señor Luther Fortescue, residente en Sheridan Arms, para que corroborase esta identidad, por ser dicho Luther Fortescue representante general y director gerente de la hacienda de Middleton. El mencionado Doe se hallaba en el momento de su detención en un estado deplorable, pues sus ropas eran verdaderos andrajos, su camisa estaba sin planchar y sin botones, sus zapatos llenos de agujeros y atados

con cuerdas en vez de cordones y su sombrero grasiento y sucio; tenía, además, barba de varios días. En resumen: su aspecto era el de un hombre que no se ha ocupado de su persona ni ha tenido el menor deseo de hacerlo durante un número considerable de días.

Antes de la detención de Doe había llamado por teléfono a la Estación Central de Policía del Norte un tal Charles Henley, dependiente de un estanco situado en la esquina de State Kinzie Street, de Chicago, para comunicar que un detective disfrazado acababa de entrar en su establecimiento y había dicho que en un edificio contiguo a una casa deshabitada, situada en el número 44 de East Kinzie Street, se estaba verificando una reunión de anarquistas, en la cual se tramaba el asesinato de un hombre llamado Jerome H. Middleton. En los interrogatorios a que fue sometido Jonathan Doe, tanto en el primero como en el que se efectuó ante el doctor George Wexney, cirujano de ambulancia de la Estación Central de Policía del Norte, afirmó aquél, después de insistir en su identidad, que él era el hombre que había entrado en el estanco de Henley y dado el aviso. (*Véase declaración prestada ante el doctor Wexney, sargento Gearty y agentes Cassidy y Wheeny*).

Como consecuencia del aviso telefónico de Henley, la Policía acudió a Kinzie Street; pero vio que había sido objeto de un engaño, pues el único edificio inmediato al número 44 de East Kinzie Street era una antigua casa de campo, cuya propiedad había sido conservada durante muchos años por cierta persona, y a ambos lados y detrás de ella se alzaba un gigantesco almacén, en forma de una U invertida, cuyos dueños no consiguieron

nunca comprar el solar de la casa de campo, que hubieran querido utilizar como patio. Este almacén, tipo corriente de esta clase de edificios, no tenía ventanas de ninguna clase y, por consiguiente, desde ninguna ventana, puerta o cualquier otro hueco de ventilación de la casa número 44 se podía ver nada más que un sólido muro de ladrillo hasta la altura de siete pisos. (*Véase copia heliográfica del plano que acompaña, facilitada amablemente por la American Cold Storage Warehouse Company, Chicago*).

Los agentes Whortman, Considine y Lalago, después que Doe amplió su declaración en el despacho del sargento Gearty, practicaron un detenido reconocimiento de la vieja casa, terminado el cual volvieron a la Central de Policía, mientras Jonathan Doe era conducido a la Estación Psicopática de Detención, después de salir de la antigua casa, donde no pudo probar cierta historia relatada por él y reseñada someramente en el presente escrito. El reconocimiento hecho por los agentes Whortman, Considine y Lalago fue comprobado por el sargento Gearty, en su deseo de confirmar o rechazar definitivamente esta historia, que era como sigue: El mencionado Jonathan Doe había visto desde una ventana de la vieja casa, vestidos con túnicas negras, sobre las cuales llevaban cosidos diversos números, a un grupo de hombres que votaban por turno, en presencia de carteles que ostentaban los nombres de John D. Rockefeller, Henry Ford y Jerome H. Middleton, respectivamente, y de una potente bomba de explosión, que estuvo a la vista durante toda la reunión. Afirma el declarante que no pudo ver más, ya porque se apagara la luz o porque bajaran

las persianas de la habitación utilizada por los anarquistas.

El reconocimiento de la casa número 44, practicado por los agentes Whortman, Considine y Lalago, demostró que el edificio estaba abandonado desde hacía mucho tiempo, húmedo, lleno de moho y telarañas. En su habitación frontal había un colchón sucio, con señales de haber sido ocupado durante la noche; un pequeño montón de calcetines sucios, una caja de cerillas, numerosos fósforos apagados, una cacerola de estaño y, fijado a la pared, un trozo grande de un espejo roto, alrededor del cual, y clavadas con alfileres y en gran profusión, se veían las fotos y las informaciones referentes a Jerome Middleton, publicadas en los periódicos de Chicago del sábado 20 de septiembre y del domingo 21. Clavados también con alfileres había recortes que daban cuenta de la proyectada boda Martindale-Van Ware. (*Véanse las hojas que se acompañan con todos los recortes y fotos pegados en ellas y el diagrama hecho por los agentes que llevaron a cabo el reconocimiento*). Había también en la habitación un montón de libros de segunda mano sobre Australia, que eran tomos de viajes, guías, etc., y una biografía, recientemente publicada, de la carrera comercial de Digby Middleton, muy manoseada y llena de anotaciones. En todo este revoltijo de cosas había también un fotograbado de gran tamaño, en papel satinado, de un par de gafas, que recientemente habían tenido una gran popularidad al hacerse público el testamento de Middleton, y en la chimenea se encontraron, sin quemar, un recibo por valor de tres dólares, pagados a la Inter-Continental News Service por el original de esta

foto, correspondiente a la de tamaño más reducido que se publicó en un periódico, y otro de siete dólares de

A. Krantz & Co.,

constructores de cristalería artística y vidrio emplomado, de Milwaukee Avenue, número 2112, por la fabricación de un par de gafas cuadradas como las de la foto, con cristales azules y sólida armadura de plomo. *(Véanse declaración y «affidavits» que se acompañan de los detectives Whortman, Considine y Lalago. Véase también la investigación concerniente al recibo de y al de la Ínter-Continental News Service)*

Krantz & Co.

.

Oída la declaración del señor Fortescue de que él y el señor Jerome Middleton estuvieron juntos en su casa, jugando a las cartas, a la hora en que se celebraba la boda de la señorita Martindale con el señor Van Ware, el doctor Wexney firmó una orden facultativa de retención del mencionado Jonathan Doe en la Estación Psicopática de Detención de Chicago para someterlo a nueva observación de su estado mental. (*Véase el certificado de la Estación de Detención relativo a su ingreso, número 4557, que se acompaña*).

Mientras Jonathan Doe permaneció en la Estación de Detención estuvo completamente tranquilo y observó buena conducta, limitándose a manifestar que esperaba que muy pronto le pondrían en libertad. No ocasionó la menor molestia; pero al ser interrogado por el doctor Updegraff se negó a hacer la menor manifestación acerca de sí mismo, así como a afirmar o negar que él fuese el mencionado Jerome Middleton. (*Véase*

el informe oficial del doctor Updegraff, que se acompaña, así como la copia de su dictamen facultativo acerca de su estado de demencia, 13 de octubre).

El mencionado Jonathan Doe fue visitado, mientras estuvo en la Estación de Detención por Charles Henley, el dependiente del estanco con quien habló la noche del 9 de octubre, y aquél le reconoció como el hombre que entró en el establecimiento. *(Véase «affidavit» de Charles Henley, que se acompaña)*. Doe fue visitado también por el señor Luther Fortescue, de la casa Middleton, el cual lo reconoció como un tal William Clendenning. (*Véase copia de la declaración prestada por el señor Fortescue, unida al expediente de demencia*).

El señor Fortescue, como se verá por la lectura de su declaración, reconoció inmediatamente al mencionado Jonathan Doe como el hombre que tuvo a su servicio como ayuda de cámara, a consecuencia de un anuncio que puso en un periódico alrededor del 4 de septiembre, unas dos semanas antes que Jerome Middleton llegara de Australia. El nuevo ayuda de cámara usó barba y bigote durante todo el tiempo que estuvo al servicio del señor Fortescue, y éste, según afirma, no notó, hasta la llegada de Australia de Jerome Middleton, que había una marcada semejanza, al menos en los ojos y en la frente, entre su criado y el hijo de su jefe. La misma observación hizo el señor Jerome Middleton al ver al criado en casa del señor Fortescue. El nombre que dio este servidor al señor Fortescue al entrar en su casa fue el de «William Clendenning»; pero luego confesó a su amo que este nombre era ficticio y que había

olvidado su verdadera personalidad a causa de una neurosis producida por los disparos de cañón en la pasada guerra. La conducta del criado fue ejemplar hasta la llegada del señor Jerome Middleton de Australia, en que empezó a dar muestras de un señalado interés por todas las conversaciones sostenidas por los dos hombres, interés que se manifestaba en las preguntas que hacía, a fin de familiarizarse con los nombres y las personas relacionadas con los Middleton, padre e hijo, hasta el punto de producir gran extrañeza en el señor Fortescue. En este punto los nombres del señor Andrew Lockwood, abogado del señor Middleton, padre, y del señor Searles, vicepresidente de la Mid-West Trust Company, depositaria de los bienes del joven Jerome H. Middleton, eran especialmente objeto del morboso interés que el criado concedía a todo lo relacionado con el propio Jerome Middleton.

Los primeros signos definidos de una perturbación mental fueron, quizá, el hallazgo en el cuarto del criado de una serie de libros ilustrados relativos a Australia y el abandono por parte de éste de sus obligaciones, a causa de dedicarse a la lectura de estos volúmenes hasta las altas horas de la noche. Pero no fue esto sólo, sin embargo, lo que motivó el despido del criado, sino el hecho, según declara el señor Fortescue, de haber llevado éste de la oficina a su casa el contenido de la caja fuerte particular del señor Digby Middleton para entregársela a su hijo Jerome. Este contenido consistía solamente en una serie de cartas escritas por Jerome H. Middleton a su padre, semanalmente, desde su niñez, durante el período comprendido entre los siete y los

veinticuatro años, salvo un año en que cesó por completo la correspondencia entre padre e hijo. Al ir un día a la librería en que había guardado las cartas, el señor Fortescue vio que la cerradura estaba saltada y que las cartas habían desaparecido. Fue en seguida al cuarto del criado, y al enfrentarle con la pérdida le obligó a confesar que había robado todas las cartas, que las había leído desde el principio hasta el fin y que luego las había quemado deliberadamente.

Reconociendo entonces que aquel hombre o estaba gravemente perturbado o no era honrado, el señor Fortescue le dio el salario de una semana y le despidió en el acto.

El señor Fortescue no relacionó con la marcha del criado, ocurrida en la noche del domingo del 28 de septiembre, la desaparición de una de las llaves rotuladas, pertenecientes a diversas propiedades de Middleton, de las cuales tenía, como director gerente de la hacienda de Middleton, llaves dobles de todos los inmuebles, cuya administración se hallaba encomendada a agentes y casas comerciales, y que estaban colgadas en un tablero, en un cuarto piso. Pero las subsiguientes fases del caso del antes «William Clendenning», ahora Jonathan Doe, nos permiten suponer, sin gran dificultad, que Jonathan Doe, después de ser despedido, se dirigió con la llave rotulada que había robado a la casa desierta, donde fijó su residencia. Su psicosis, si no estaba ya completamente formada, acabó de completarse allí. (*La declaración del señor Luther Fortescue va unida a este expediente*).

La indagación hecha por el abogado Lockwood acerca del par de gafas con armadura de plomo,

encontradas en poder de Jonathan Doe en el momento de ser detenido, indagación para la cual sirvió de indicio el recibo de las mismas encontrado en las ropas del mencionado Doe, probó que un hombre sin afeitar, de aspecto derrotado, se presentó en el establecimiento de
A. Krantz & Co.,
fabricantes de cristalería artística y vidrio emplomado, hacia el 3 de octubre, y mostrando una foto de un par de gafas semejantes, encargó otro igual. Así lo hicieron, ajustándose en un todo a la fotografía. *(Véase «affidavit» que se acompaña)*. Otra diligencia practicada en las oficinas de la Inter-Continental News Service, establecidas en Chicago South Market Street número 12, puso en claro que el 2 de octubre estuvo allí un hombre del mismo aspecto y adquirió una foto en papel satinado de las gafas que tanto habían figurado en el caso Middleton. *(Véase «affidavit» que se acompaña de Donald Marks, empleado de las oficinas de la Inter-Continental News Service)*.

Las diligencias practicadas en San Francisco, donde nació Jerome Middleton, revelaron que del matrimonio de Digby y Nell Middleton, celebrado el 12 de noviembre de 1899, sólo nació un hijo, hecho que consta en el registro de nacimientos. Este nacimiento no explica, pues, la casi semejanza que existe entre el barbudo criado y el señor Jerome Middleton, y que hay que considerar, por lo tanto, como obra de la casualidad. Esta diligencia fue hecha en San Francisco por Andrew Lockwood, antiguo abogado de Digby Middleton, a fin de completar el caso. (*Véase telegrama que se acompaña del registro de nacimientos y defunciones, Palacio de Justicia de San Francisco*).

En una reunión de las personas más íntimamente relacionadas con la hacienda de Middleton: el señor Jerome H. Middleton, como presidente, y los señores Fortescue, Lockwood y Searles, representante este último de la
Mid-West
Trust Company, depositaria de los bienes, se acordó, por unanimidad, que el mencionado Jonathan Doe fuese recluido en algún establecimiento donde, debidamente tratado, pudiera recobrar su equilibrio mental, si esto es posible, y, principalmente, para tener la seguridad de que no puede causar daño físico a los que tienen relación con la hacienda a la que cree tener derecho. La petición de juicio de prueba y de reclusión hecha al juez figura unida al expediente.

INFORME DEL MEDICO DE RECONOCIMIENTOS

Como médico encargado de los reconocimientos no he hecho las pruebas Binet-Simon en el paciente, pues su mentalidad se halla claramente en el estado adulto, si no lo sobrepasa. Las pruebas en sangre y fluido espinal son negativas respecto a la reacción Wassermann, y negativa, asimismo, la de sangre respecto a la de Abderhalden, lo cual contraindica la neurosífilis, la paresis y la *dementia praecox*.

El reflejo pupilar es normal. No existe confirmación ni de ataxia locomotriz ni de manifestaciones paréticas.

El cuerpo y las manos, el oído y la vista son todos simétricos. No existe la asimetría que se encuentra en muchas demencias.

Los reflejos de la rodilla, codo y Babinsky son normales. No existe lesión cerebral de consideración. Tampoco hay pérdida de oído, gusto y olfato, ni anestesia alguna en ningún punto del cuerpo que indique cualquiera posible manifestación histérica.

La educación del enfermo es muy buena. Tal vez sea universitario; pero no tiene conocimientos de Astronomía, como se desprende de la prueba de la luna en cuarto creciente.

Es extremadamente cuidadoso y exacto en pequeños detalles, como se advierte por el tachado del ciento por ciento de las «ees» en la prueba de la «e», y muestra habilidad para crear un sistema ilusorio que, como ilusorio, es perfectamente racional. Esto lo confirma ulteriormente una imaginación muy viva —casi demasiado viva— puesta de manifiesto en el cuadro detallado de la hipotética vida en el planeta Venus. La orientación, tanto en orden al espacio como al tiempo, es exacta; tiene un perfecto conocimiento de dónde está y de la fecha. Si ha supuesto la edad que tiene Jerome H. Middleton o si da su propia edad actual no puede averiguarse; pero no hay discrepancia entre las dos.

Bajo el cuidado de la institución está tranquilo y no ofrece signos de perturbación, como lo demuestra la prueba de dejar caer una moneda de oro mientras el paciente efectuaba una operación mental de resta de la cifra de siete a partir de ciento. Multiplica de memoria rápidamente, cálculo algo difícil para la mayoría de los enfermos, y muestra facilidad al hacer el esfuerzo psíquico necesario para mantener una ilusión creada. Su lógica, aparte de la ilusión que padece,

es clara y perfecta.

Su explicación de por qué está en Birkdale es la acostumbrada: que es víctima de una trama. No consigue demostrar en qué consiste ese complot; pero ya ha forjado en su mente una serie de explicaciones de cómo y por qué ha sido víctima de esa trama. Tampoco logra demostrar, hasta ahora, la personalidad del hombre que cree está usurpando su puesto. Designa al señor Luther Fortescue, su antiguo amo, como el alma del complot y, como es corriente, todas sus explicaciones parten, como radios de una rueda, de la persona de su perseguidor.

Después de afeitado completamente en la sala de recepción del hospital del Estado, su aspecto personal ofrece una asombrosa semejanza con las fotos publicadas en los periódicos del hombre que, según él, usurpa su posición, y se ve que esta semejanza reside en algo más que en la frente y en ojos, como se observó en un principio. Realmente, la semejanza abre un amplio campo teórico en su caso para la verdadera clasificación de su psicosis. De esto se tratará nuevamente en las conclusiones y diagnóstico.

CONCLUSIONES Y DIAGNOSTICO

El aspecto extremadamente desaliñado de Jonathan Doe, 46, indicaría para muchos médicos inexpertos una *dementia praecox*; pero debe hacerse notar que el paciente no muestra la habitual falta de interés por lo que le rodea, ni la actitud apática que es característica en esta enfermedad; además, la prueba Abderhalden en su sangre ha sido negativa, y, por otra parte, está ya cerca de los

treinta años, es decir, fuera de la edad en que suele declararse este estado.

La fase del delirio de grandezas de la alucinación que precedió a su tentativa de impedir la boda Martindale-Van Ware, esto es, que fue elegido con preferencia a Rockefeller y Ford como candidato a la muerte, sugiere una paresis prematura, salvo que falta toda prueba de lesión cerebral y son negativas las de fluido espinal y sangre.

La falta de todo tremor y la perfecta colaboración rosada que se observa en la retina excluyen toda clase de alcoholismo, que siempre asoma como una posibilidad en esta era de desconocidas mezclas espirituosas.

El único diagnóstico posible es la paranoia, ya que la ilusión principal es la de transferencia de personalidad a la de un Jerome Herbert Middleton, con las figuraciones anejas de que se le persigue, por el hecho de verse encerrado en un manicomio. Hay, sin embargo, en su caso la gran posibilidad de que presente el cuadro clínico que se busca desde hace tiempo, al menos en América, de la psicosis de Von Zero, o seudoparanoia autohipnótica, lo cual proporcionaría a Birkdale el descubrimiento en este país del primer caso auténtico.

Digo esto, en primer lugar, por su marcada semejanza con Jerome H. Middleton, por la indudable contemplación de su rostro ante el espejo que fue hallado en el lugar donde su psicosis, ya avanzada, se desarrolló plenamente, y por los muchos recortes de periódicos clavados con alfileres alrededor del espejo, con los cuales no hay duda que comparó largamente su propia cara. De tal modo llegó a obsesionarle el hecho de que

pudiera ser el verdadero Jerome Middleton, que adquirió un par de gafas con armadura de plomo, exactamente iguales a las que heredó Middleton, a fin de completar la meticulosa comparación de sí mismo con el otro. Creo que puede inferirse con seguridad que en aquellos momentos se efectuó la transferencia total de personalidad. Es de lamentar que en el desarrollo de la psicosis haya, como indudablemente lo hay, un vacío oculto, que corresponde al tiempo en que vivió encerrado en la casa abandonada.

RECOMENDACIONES

Suposición, por ahora, de que el enfermo ofrece sólo un caso de verdadera paranoia, y confinamiento, de por vida, en un establecimiento; debiendo, sin embargo, ser presentado en octubre en la clínica de Von Zero, de Birkdale, para intentar determinar, por medio del empleo del psicoanálisis, si se trata de la seudoparanoia autohipnótica y ver, en tal caso, si puede recobrarse su verdadera personalidad. Si no se descubriera por los medios del psicoanálisis, debe trasladársele a una de las salas exteriores.

Firmado: *Peter Stonecipher*, doctor en Medicina.

XVI. Un rayo de luz

Jerry Middleton leyó todo este pasmoso documento, con sus muchos anejos y papeles numerados, con una mezcla de asombro y consternación. Jamás hubiese concebido que pudiera tramarse una cosa tan maquiavélica contra un ser humano; pero el documento no aportaba ninguna nueva luz sobre otros motivos de Fortescue fuera de los aparentes hasta ahora.

¿Quiénes estaban complicados en la trama? ¿Y quiénes eran las víctimas juntamente con él? Esta era la cuestión principal.

Indudablemente, Fortescue; después, este extraño doble, acerca del cual se puso a reflexionar. Había una cosa que no se les había ocurrido a los que habían pergeñado este maldito documento. Y era que todas las leyes de la coincidencia estaban contra un hombre que había respondido a un anuncio de oferta de empleo, y que, al mismo tiempo, se parecía tan completamente a otro hombre que se encontraba entonces en alta mar y que había de entrar en activas relaciones con el amo de aquel hombre. Este pequeño hecho revelaba que era falsa la parte de la historia de Fortescue en que éste explicaba cómo se puso en contacto con el barbudo criado. Pero Jerry Middleton dudaba seriamente que alguna vez pudiera convencer a un médico sobre ese punto, toda vez que se había pasado por alto la diferencia tan notable que hay entre la casualidad y la coincidencia. En efecto, la misma consideración del aspecto de coincidencia que tenía la historia de Fortescue hacía más misteriosa que nunca otra explicación:

¿no era mucha coincidencia que Fortescue, después de haber trazado primero su plan, tuviera la suerte de encontrar un doble que tomara parte en él, un doble exactamente igual al que necesitaba? Los dobles se producen, pero no crecen en los arbustos. Lo cierto es que se había encontrado el asombroso duplicado de sí mismo.

Y empezó a pensar si ese doble estaría buscado ya y preparado antes que él, Jerry Middleton, llegara a las playas de los Estados Unidos.

Con esto ya había dos definitivamente complicados en la trama. ¿Y Lockwood y Searles? Pensó de nuevo en aquel amable anciano, Andrew Lockwood, y movió negativamente la cabeza con energía. Lockwood era, indudablemente, una víctima del plan; tenía que ser así. ¿Y Searles? Searles era el tipo del hombre brusco, serio, pero honrado. Parecía inconcebible que se hubiera prestado a un amaño de esa especie.

Y Jerry Middleton juzgó en seguida que Searles era también un engañado. Si pudiera ponerse en contacto con Lockwood y Searles podría desbaratar esta torpe intriga. Pero ¿podría realmente? El hombre a quien había visto en la estación de detención se parecía tanto a él que, por un momento, llegó a creer que estaba viendo su propia imagen reflejada en un espejo, y, siendo así, Lockwood y Searles debían de haber caído inocentemente en el lazo. Sin embargo, si pudiera enviar alguna carta a cualquiera de los dos… Frunció el ceño, caviloso. No parecía fácil lograrlo si la carta tenía que pasar por el jefe de los vigilantes y luego por el médico de la sala. Los médicos de los manicomios, como le había advertido Stonecipher, y él comprendía perfectamente, no molestan a la gente de fuera con cartas y peticiones de los enfermos recluidos. Hizo un ademán negativo de cabeza. El poder sacar de allí una carta tampoco era una solución, pues no tenía sellos para el sobre y el buzón de Correos estaría quizá a dos millas de allí.

El recuerdo de cómo se había visto a sí mismo, por decirlo así, en el pasillo de la estación de reclusión provisional trajo a su mente el tema de las alucinaciones en general, y esto, a su vez, le sumió en sombríos pensamientos. ¿Qué endemoniada perturbación de su inteligencia le había hecho ver, la noche de la boda de Pamela, aquel cuadro que con tanto detalle describió a la Policía? Sea como fuere, la Policía no estaba complicada en esta trama, y si había visto que la antigua casa del número 44 de East Kinzie Street estaba rodeada en tres de sus lados por un gigantesco edificio sin ventanas, dedicado a almacenes frigoríficos, no cabía duda de que tenía que ser cierto. Examinó, sin embargo, detenidamente la copia heliográfica que figuraba en el expediente. Pero ésta sólo permitía una interpretación. Era un plano del terreno, con una fachada lateral del edificio, que mostraba claramente una gran «U» invertida, entre cuyos brazos figuraba un diseño rectangular, sobre el cual había escrito el delineante con letra clara: «Casa de madera que será derribada tan pronto como pueda adquirirse su propiedad, y cuyo solar se dedicará a patio, con macizos de flores, etc». Movió la cabeza con desaliento, con temor. Dominado por la exaltación de la aventura que le esperaba aquella noche había contribuido a favorecer el plan de Fortescue, ya bastante diabólico sin esto, viendo y añadiéndole una verdadera alucinación.

Nunca le había ocurrido nada semejante, exceptuando las cosas que vio una vez en Francia en su delirio febril. Una vez más le trajo su mente el recuerdo de las circunstancias en que había tenido esta aparente alucinación. Recordó, de un modo intenso, cómo, mientras esperaba el momento de ir a la iglesia, tropezó en sus ropas con las gafas de armadura de plomo; cómo se las puso para calcular su peso y presión cuando empezara a usarlas durante un año; cómo se había mirado con curiosidad al espejo, y cómo se fue amortiguando entonces la llama del gas hasta dejarle en completa oscuridad. Y recordó, asimismo, cómo vio muy cerca, a través de la

oscuridad de la ventana, aquel pequeño drama animado, en el que apareció su nombre, y en el cual él mismo tuvo una intervención invisible. Y había sido un drama real, mucho más real como alucinación padecida por una víctima impelida a ella, que una película presenciada por un ser normal. Porque una película era una cosa de dos dimensiones, sin perspectiva, mientras que esto otro fue una cosa de anchuras, distancias y espesores —una cosa en que personas de carne y hueso, al parecer, se había movido hacia adelante y hacia atrás en el espacio y habían manejado objetos de tres dimensiones—. Mirando al techo sin ver, siguió pensando lúgubremente en aquella alucinación, con la que vio a través del espesor de un muro de ladrillo. ¿Cuánto tiempo habría durado? ¿Qué ocurrió para que acabara? No había ocurrido nada. Había bajado la cabeza un momento para quitarse aquellas pesadas gafas, cuyos cristales, teñidos y cuadrados, reducían parcialmente su visión; había mirado de nuevo hacia arriba con las gafas en la mano; pero el rectángulo de luz había desaparecido. Se había apagado la alucinadora iluminación en aquel cuarto alucinador…, o habían corrido la alucinadora persiana.

¡Primero, las gafas puestas; luego, en la mano! ¡Las gafas del conde de Cagliostro, nigromante y hechicero del siglo pasado! Se sentó de nuevo en la cama. ¿Dependería de eso su alucinación? ¿Qué magia endemoniada había en aquellas sencillas gafas de plomo para hacerle ver lo que no existía? Mil explicaciones cruzaron por su cerebro. En primer lugar, que hubiera en el cristal algún puntito o burbuja capaz de tenerle hipnotizado. Pero no; reinaba la oscuridad en el momento en que creyó ver cosas y personas que no existían, y no puede mantenerse un estado de hipnotismo en la oscuridad absoluta. En segundo lugar, que los cristales —los dos o uno de ellos— llevasen en su interior la imagen de un anciano puesto en pie delante de una mesa. Pero los cuadros fijos no se mueven. Entonces se le ocurrió una idea peregrina. ¿Habría

en aquellas ramas de la armadura de plomo de las gafas algo, como una punta de aguja, que contuviera jugo de adormideras, jugo que durante unos momentos le hubiera transportado al reino de la fantasía, donde millares de individuos de raza amarilla se pasan horas sentados, agotando sus vidas en sueños? Pero la adormidera produce una ilusión agradable; no esa sensación lúgubre que señalaba su propia muerte.

Repasó «in mente» la lista de drogas que conocía: el «caapi», o droga del valor, de las islas del Mar del Sur; el «haxis», que intensifica, exagera y pone en movimiento lo último que se ha visto; el «monasto», la droga creadora de demonios; el «taolí», la droga de la serpiente que emplean los maoríes en sus danzas… Se encogió de hombros, impotente.

No había sentido ningún pinchazo en las sienes, en el puente de la nariz ni en las orejas; pero estaba convencido de que, de una manera o de otra, le habían administrado alguna droga, y así, una vez narcotizado, tuvo la alucinación que había favorecido, indudablemente, los planes de Fortescue. Y había también otra cosa cierta: que en esta circunstancia tan venturosa para Fortescue éste no había tenido intervención, pues las gafas de plomo no habían salido nunca del poder de Jerry Middleton, ni siquiera cuando se las pidió Fortescue, a pretexto de que «quería enseñárselas a un amigo», el día antes de salir para Lake Winneback. De hecho, la verdadera razón de que Middleton no accediera a esta petición —lo cual constituía ahora la prueba evidente de que Fortescue no había tenido ocasión de alterar en lo más mínimo los cristales— era la oferta, hecha por el mismo Fortescue, de poner por su joven amigo los 5000 dólares de la apuesta relativa al uso de las gafas. Middleton había tenido buen cuidado de que el objeto que había de llevar no se perdiera en manos de una tercera persona en vísperas de la apuesta. Así, pues, Fortescue, ya hubiese recibido en realidad esa proposición de un deportista, como le dijo, o se tratara de una nueva maquinación de las

suyas, no había tenido ocasión de manipular en las gafas ni de meter en ellas puntas de acero impregnadas de alguna droga.

Middleton pensó también que era extraño que Fortescue insistiera con tanto empeño en que él aceptara la proposición de llevar las gafas puestas durante un año; pero como esto no conducía a nada, ni le llevaba a ninguna salida del laberinto en que se hallaba, lo descartó, como había desechado otras cien cosas inexplicables en este caso.

En vez de romperse la cabeza inútilmente contra los baluartes de lo insoluble se puso a revisar la concluyente prueba acumulada contra él. Era ésta su extraña historia frente a la de Luther Fortescue, el por qué estaba andrajosamente vestido aquella noche y el por qué se levantó de su asiento en la iglesia en el momento culminante de la boda Martindale-Van Ware. Era también su extravagante explicación, frente al frío testimonio de Fortescue, de por qué no persistió en sus protestas en la estación de reclusión provisional, donde hubiera podido demostrar su personalidad. Era, por último, su fantástico relato frente a los recortes de periódicos, el espejo, el colchón y los libros; colocado todo ello en el cuarto delantero de aquella casa antigua por alguna persona desconocida —si es que ésta no era el propio— Fortescue. Y estas cosas materiales significaban para los alienistas y la Policía mucho más que las palabras que emanan de aquellos que se supone tienen perturbadas sus facultades mentales. ¡Qué bien preparada aquella apariencia, que había de dar la impresión de que él había vivido días y días en la casa, y con qué acierto estaba reflejada la sugerencia de que él se había pasado días enteros mirándose al espejo y comparando su propia cara con las fotos publicadas de Jerome H. Middleton, clavadas con alfileres alrededor de aquél!

Ahora ya no creía que la Policía hubiese sacado del cuarto trasero de la casa, al hacer su primera visita, el traje de caza que él se había quitado allí. Era el propio Fortescue el que había entrado para llevarse el traje de caza, los zapatos, la

gorra de cazador y todo. Y su posesión de las antiguas gafas, de las que, gracias a su obstinación, no se había separado, fue bonitamente anulada por la aparición de un nuevo par; y una cadena de hechos bien forjada le señalaba como la persona que había mandado fabricar el par duplicado. Quizá hubiese en alguna Vetusta biblioteca o en un viejo monasterio algún antiguo pergamino que describiera tan bien esas gafas, que pudieran ser reconocidas como las auténticas que poseyó y usó aquel pícaro Cagliostro; pero Europa estaba muy lejos y la posibilidad de hacer esta investigación era aún más remota.

Acumuló profusamente y sin piedad maldiciones contra sí mismo al recordar cómo aquella noche, en el piso de Fortescue, no sólo había revelado los hechos principales de su vida, sino que había dado cuenta detallada de aquel año perdido de su existencia, en que no escribió ninguna carta a su padre.

Eso era precisamente lo que quería Fortescue, y a Jerry Middleton no le cabía la menor duda de que alguien, a unos doce pies de donde él se hallaba, había recogido sus palabras. Y ahora tenían ellos todas las ventajas. Con los detalles de aquel año perdido y el gran número de cartas que había escrito a su padre en todos los demás años, el espurio Jerome H. Middleton poseía todos los datos de la vida del verdadero Jerome H. Middleton, todos los nombres, todos los incidentes, todos los episodios; y al amparo de la indicación de haber sufrido una neurosis producida por los disparos de cañón durante la guerra, en que el verdadero Jerome H. Middleton había tomado parte, el espurio Jerome H. Middleton podía ahora frecuentar el trato de cualquier persona que el verdadero Middleton hubiese conocido.

No había posibilidad de demostrar con argumentos quién era él realmente; de esto no cabía la menor duda. Era ésta una tierra en que las razones caen en oídos que no oyen. Pero en el mundo hay una cosa que se llama escritura. Y él se devanaba los sesos pensando quién habría en este mundo que

poseyera una prueba de su escritura aun en esta hora tardía.

Había, en primer lugar, las oficinas militares australianas. Pero eran treinta días de América allí, otros treinta de vuelta, y a estos sesenta días había que agregar otro montón de meses en el haber del balduque[4]. Su coronel pereció la misma mañana del armisticio y sus antiguos compañeros andaban diseminados por todas partes. No había firmado ningún cheque para el cobro de sus haberes en los ranchos australianos, ni en las minas de plomo, ni en las fábricas, pues en aquella tierra, de vastos espacios y pocos Bancos, le habían pagado siempre su salario en plata. Existía también la señora Mock Lee, que le había cuidado en Sidney, una china que apenas hablaba inglés; pero era dudoso que hubiese sido alguna vez heredera de un ejemplar de su quirografía[5]. Recordaba, asimismo, al doctor Phineas Harrow; pero había fallecido, y él estaba seguro de que no tenía ninguna prueba de su escritura. Y en este país, a las únicas personas que conocía con alguna intimidad eran Searles, Lockwood —ambos víctimas de la trama— y Fortescue, el alma de ella. En cuanto a los dos criados: el viejo Jed, el negro, y Cristina, la sueca, era fácil abusar de ellos, y, además, para mayor desgracia, se les había dicho que buscasen nueva colocación y les habían pagado el salario de una semana, si es que había interpretado acertadamente la carta que Fortescue le envió a la Estación de Detención. Luego recordó a Pam…, la de los cabellos de oro; la majestuosa Pamela, de nariz palpitante; Pamela, cuya boda había cruelmente estropeado. ¡Y Pamela estaba en Londres! ¡Si hubiese tenido alguna vez ocasión de escribir a Pamela una carta de amor! Pero no le había escrito ninguna. Era indudable que le tenían bien atado.

Pero, de repente, se le ocurrió una idea. Pasó rápidamente las hojas de su historial hasta llegar a la petición de reclusión, firmada por los cuatro hombres. Aquella firma, que decía «Jerome Herbert Middleton», era asombrosamente parecida a la suya; una firma que se había imitado después de larga

práctica; pero que, evidentemente, no era la suya. Sólo en su aspecto general parecía serlo, y él mismo podría haberla confundido con la suya desde una distancia de siete pies; pero examinada de cerca se notaba que carecía de los mil y un detalles que hacen indiscutible una firma. Y para eso se habían creado los peritos calígrafos. En su cara se pintó ahora una mueca burlona. Ahí estaba el detalle insignificante que se le había pasado a Fortescue por no concederle importancia; ahí estaba la cosa que desataría sus ligaduras, pues en los sótanos de la Mid-West Trust Company estaba nada menos que el recibo de la herencia de su padre —las gafas de Cagliostro—, un papel en el que él mismo había puesto su nombre, y que, después de metido en un sobre y sellado éste, fue entregado intacto al empleado enviado por la Compañía. No hay cadena que no tenga algún eslabón débil, y éste era el eslabón débil en la forjada trama de Fortescue. Si él, Jerome Middleton, pudiera enviar ahora una carta, un recadero, un aviso de cualquiera clase, la trama quedaría hecha pedazos. Cerró el historial de su caso con la primera sensación de tranquilidad que había experimentado desde hacía una semana. En su infortunio había aparecido, al fin, un rayo de luz.

En este momento llegó a su puerta un vigilante.

—Ponte el batín, Doe. El doctor Stonecipher te espera. Por el vestíbulo. En el mismo sitio.

Se enfundó el batín del Estado, y con la historia de su caso debajo del brazo volvió a arrastrar las zapatillas por el pasillo. Unos cuantos pacientes le miraron de reojo desde detrás de sus rejas cerradas. Entró en la habitación enrejada en que estaba Stonecipher, rascándose, perplejo, el estrecho claro que tenía en la parte superior de la cabeza; mirando en torno suyo, en el suelo, encima de la mesa, debajo de los libros, en todas partes. Los cajones de la mesa estaban abiertos y las puertas de los armarios también de par en par. Cerca de él,

observando curiosamente la busca, había un joven doctor, delgado, de grave aspecto profesional, con gafas de armadura de concha, tez cetrina y gruesos labios, a quien Stonecipher estaba diciendo:

—Siéntese, doctor Odza. En un minuto termino con este enfermo. ¿Pero dónde diablos habré puesto yo ese historial?

—Aquí tiene usted su historial —fueron las primeras palabras que pronunció jovialmente Middleton—. Muy interesante, doctor.

Stonecipher se volvió bruscamente y fijó en él sus ojos airados. Miraba de una manera tan feroz que se puso tan rojo como una remolacha cocida.

—¿Lo…, lo cogió usted? —tartamudeó.

Middleton asintió con la cabeza.

—Sí; estaba deseando leer mi historial.

Stonecipher lo cogió con avidez, lo repasó y vio que nada faltaba. Ya visiblemente calmado, indicó a su paciente, con una especie de gruñido, que se sentase en la silla acostumbrada, y él se dejó caer pesadamente en su asiento giratorio. El doctor Odza miraba todo esto con interés.

—Bien —gruñó Stonecipher—; supongo que ahora estará usted convencido de que existe un tremendo complot contra usted, ¿eh?

—Dos cosas me interesaron —comentó Middleton—. Estoy, como usted dice, completamente convencido de la trama contra mí; pero lo que más me ha interesado saber es que usted recomienda que yo permanezca aquí toda la vida, si no puedo encontrar mi perdida personalidad.

—No le trataremos mal —dijo Stonecipher secamente—. Este no es mal sitio para vivir. El mundo de afuera es penoso, como usted sabe, aun en el mejor de los casos.

—Vamos a ver, doctor Stonecipher —empezó a decir Middleton—; usted está completamente convencido de que tengo paranoia; no sé si censurarle o no. El hecho de que haya usted visto muchos paranoicos, que eran lógicos y cuerdos

cuando se apartaban del tema particular que constituía su obsesión, basta para que nada de cuanto yo le diga le induzca a hacer la menor cosa que me permita desbaratar esta maldita trama. —Stonecipher suspiró perceptiblemente, como si en su trabajo diario se hubiera encontrado tantas veces, al cabo de los años, con la palabra trama, que era ya un anatema para él —. He encontrado el modo de probar que yo soy Jerome Herbert Middleton.

Stonecipher miró sin convencimiento.

—Bien; ¿cuál es? Dígalo pronto.

—Yo firmé un recibo de esas gafas que me entregaron de la hacienda de mi padre —siguió diciendo Middleton apresuradamente—, y vi que ese recibo pasó directamente de mis manos a las de un empleado de la
Mid-West
Trust Company, en cuyas cajas estará ahora, seguramente. Usted puede comprobar que el nombre escrito en el recibo no es de la misma letra que el correspondiente que aparece en la demanda de reclusión, y que figura en el expediente que está encima de su mesa.

Stonecipher se volvió a Odza.

—Este caso es uno de los más típicos que he encontrado en mi vida. El cuadro clínico es absolutamente perfecto. El enfermo tiene una de las series más completas de recuerdos falsos que he visto; un pasado espurio completamente artificial, en el que cree implícitamente; pero que sólo es fruto del ímpetu creado por su ilusión central, formada por la absorción de lo suministrado por un cerebro de gran exactitud y fuerza retentiva, que le ha hecho utilizar lógicamente hasta el último grano de arena. Puede relatarle a usted cosas de Australia sin haberlas visto nunca.

—¿Cree usted, entonces, que no ha estado nunca en Australia? —preguntó Odza, volviendo gravemente hacia Middleton la batería de sus gafas de concha.

—Lo dudo mucho —declaró Stonecipher—. Se trata de una

falsedad retrospectiva, nada más. Lo corriente. Fíjese en ese antiguo caso de nuestro seudo Napoleón de arriba. Ese hombre puede describir hasta el último detalle de la vida de todos los generales de Napoleón y trazar y explicar todos los movimientos tácticos hechos por Napoleón en sus diversas campañas. Y todo ello logrado meramente por la lectura y el artificio constructivo.

—Sí; ya me hablaron de ese caso cuando vine aquí por primera vez —respondió Odza.

—Y algún día ustedes dos conocerán otro caso —prorrumpió Middleton, iracundo.

Hizo una pausa y tragó saliva para moderar su rabia.

—Bueno, doctor: ¿quiere usted escribir una carta a la Mid-West Trust Company, incluyendo mi firma y pidiendo que la comparen con la que allí tienen?

—Decididamente, no —contestó el doctor Stonecipher, moviendo la cabeza negativamente, con énfasis—. No voy a molestar a una empresa financiera con semejante tontería, aun cuando a usted le parezca una cosa seria. Ni voy a favorecer su ilusión simulando que lo hago. Usted no es Jerome Herbert Middleton; pero lo estará usted creyendo hasta que se muera, a menos que, por casualidad, pueda curarle el gran Von Zero. Espero, y sinceramente deseo, que pueda hacerlo.

—Pero permítame que le haga una pregunta —insistió Middleton, con el puño cerrado—. Si usted enviara mi firma y viese que es exactamente igual a la que hay en Mid-West Trust, ¿no llegaría usted a pensar que hay un error en alguna parte? ¿Algo que debiera investigarse?

—Pero no será igual —dijo Stonecipher tristemente.

—¿Y si fueran idénticas? —insistió Middleton.

—No es posible.

—Pero vamos a ver, doctor. Tráteme como a un hombre, al

menos en la parte de mi yo, que usted sabe es cuerda y lógica. Olvide mi ilusión por un momento. Si las firmas coincidieran, ¿no cree usted que habría algo que investigar?

—¡Oh, sí! En tal caso… —suspiró Stonecipher—. Si se diese esa millonésima posibilidad —que no se dará—, entonces podría examinar las cosas un poco más.

—Perfectamente. Entonces, proporcióneme esa ocasión de demostrarle que soy un hombre cuerdo y no un paranoico.

El doctor hizo un nuevo gesto negativo de cabeza.

—No —dijo, inflexible—. Le curaré a usted, si es posible; pero por nuestros medios. Puede que algún día me agradezca que no haya sacado sus extravagancias al exterior.

—¡Oh, deseche esa idea, doctor! Hágame este favor, se lo ruego. Le doy mi palabra de honor de que usted ha de ver que esas firmas son iguales.

—Y cuando vea que no coinciden —dijo Stonecipher, ya impaciente—, se le ocurrirá a usted otra explicación: otra nueva trama…, otro complot…, los empleados de la Compañía metidos en la nueva conspiración…, Y así sucesivamente; una cadena sin fin.

Odza descruzó entonces las piernas, y dijo:

—Voy a decir a usted, Doe, lo que yo haría.

Se volvió a Stonecipher.

—Estoy escribiendo aún esa monografía de que le hablé a usted titulada *La facultad de raciocinio del paranoico, demostrada por sus explicaciones de fases que contradicen su ilusión*. Carezco todavía de los ejemplos clínicos que quisiera consignar en mi trabajo, antes de leerlo en la Sociedad Americana de Neurología. Así, pues, para oír directa y fielmente lo que Doe vaya a decir, quiero complacerle en esto. Yo mismo enviaré su firma a esos señores y le enseñaré luego la carta que de ellos reciba diciendo que las firmas no son iguales. ¿Qué le parece, Doe? —preguntó, volviéndose a Middleton.

—Nada tendré que decir entonces —dijo éste con calma—.

Van ustedes a recibir la gran sorpresa de su vida.

Stonecipher se encogió de hombros.

—Muy bien, Odza; pero yo puedo completar su tesis por usted y ahorrarle esa correspondencia. Todo lo que ocurra será trama, trama, trama. Doe, como una centella, jurará que la gente de esa Compañía está también comprometida en el complot para tenerlo aquí encerrado. Pretender meter su caso en un rincón donde no pueda responder es como intentar coger un conejo corriendo detrás de él; nunca se le cogería. Habría que borrar la palabra «trama» de su vocabulario.

—Bueno; voy a intentarlo en beneficio de la ciencia —respondió el joven médico, y sacó su pluma estilográfica— firme usted aquí, Doe, en esta hoja de papel. La enviaré con una carta; pero tiene que prometerme que no dirá lo que Stonecipher asegura cuando se reciba la respuesta de la Compañía. ¿Lo hará usted así?

—Sí, señor —respondió Middleton con convencimiento—. Serán ustedes los que tengan que contestar a las preguntas que entonces les hagan.

Firmó rápidamente y lanzó luego un suspiro de alivio.

Al fin había encontrado la salida. Mucho trabajo le había costado, y, de no haberlo conseguido, hubiera tenido que estar aquí meses enteros, un año, tal vez dos.

Stonecipher oprimió el botón de su mesa e inmediatamente apareció un vigilante.

—Provea usted a este enfermo de un traje completo. Voy a mandarle a la sala
A-1
del segundo piso de este ala.

Se volvió a Middleton.

—Ahora, Doe, quiero decirle unas palabras finales. Está usted, como sabe, en un manicomio. Puede que le parezca una cárcel, pero eso es cosa de su imaginación. En opinión de los que están en mejores condiciones que usted para juzgar, no se halla usted en situación de tener trato social; así es que tiene

que amoldarse a la vida de aquí. Le llevo a usted a la mejor sala que tenemos. Todo es cómodo y casero. Los enfermos de arriba no son malas personas. Si trabaja usted allí algo, se le podrá conceder una habitación particular. Eso depende del primer vigilante de los dos que están de servicio en la sala. Puede usted leer, distraerse, escribir…, sin tener la menor preocupación. A su debido tiempo irá usted a la clínica del famoso médico austríaco *Herr* Doctor Meister-Profesor Hugo Von Zero, uno de los hombres más célebres de Austria, pues ya se ha dispuesto que se establezca esa clínica en Birkdale dentro de poco. Esto es cosa que pocos enfermos pueden conseguir. Su caso no es desesperado…, y no me sorprendería que un día llegase usted a recordar quién es. Poco después de ese día saldrá usted de aquí como un hombre libre; en el supuesto, claro está —añadió, después de una pausa reflexiva —, de que nosotros comprobemos su personalidad encontrada, y no se trate de otra farsa que usted asuma para salir de aquí. Y ahora, unas palabras más —agregó, después de una nueva pausa—. Si se le mete en la cabeza ofrecer resistencia, intentar escaparse, armar alboroto, infringir la disciplina, irá usted a una sala no tan agradable como ésta adonde le envío. Esa sala es la mala; la llaman la sala X, y en ella están los criminales locos, los feroces, los malos, los alborotadores, que están allí encerrados en condiciones más apropiadas a sus instintos criminales. Es norma inflexible de este establecimiento que todo el que intente escaparse, ya fracase en su tentativa o se le coja después, vaya a la sala X; así es que piense bien lo que hace. Esta sala es mucho peor que la Estación de Detención de Chicago, de donde usted procede; y si hubiera que enviarle a ella podría usted tardar dos años en ser trasladado a otra mejor. Yo me cuidaré de que pase usted una vida tranquila y metódica.

Volviéndose al vigilante, ordenó:

—Diga a Howard Hyde que baje —y volvió a los papeles de su mesa, en cuyo estudio se abismó.

No habían pasado cinco minutos, cuando volvió a aparecer el vigilante, acompañado de un joven, vestido con pantalones sujetos por elegante cinturón, de rostro vivo e inteligente, cabello peinado con raya y camisa blanca de seda, con corbata negra bien planchada. Al verle entrar, Stonecipher se levantó.

—Señor Hyde… Howard, éste es el señor Doe…, Jonathan Doe. Creo que los dos se harán buenos amigos. El señor Doe, como usted, es un hombre muy inteligente. Va a vivir arriba y quiero que usted le acompañe, le enseñe todo y haga de manera que se encuentre como en su casa.

Hyde alargó la mano amistosamente y estrechó la del enfermo. Su apretón de manos no fue el de un alienado. Si era vigilante u otra cosa, Middleton no pudo descifrarlo. El recién llegado habló. Su voz era agradable, franca, amistosa:

—Tengo mucho gusto en conocerle, señor Doe. Siento tener que ser una especie de manso carnero que le conduzca a usted arriba, a la matanza psiquiátrica; pero estoy seguro de que me perdonará.

—Gracias; lo soportaré con gusto.

Stonecipher se volvió al vigilante.

—Proporcione a Doe ropa del Estado, un equipo completo, y luego llévelo en seguida a la sala
A-1.
Vuelva dentro de cinco minutos, que tendré firmada la orden de traslado.

El vigilante habló:

—Cuando vino aquí, lo único que trajo fue un par de gafas contra el sol. ¿Qué hago con ellas?

—Nuestro reglamento —dijo Stonecipher mirando a Middleton— permite a los enfermos de las salas de orden conservar ciertas cosas, como gafas o lentes. Pero seguramente usted no las querrá, ¿verdad?

—Sí, señor; las quiero —dijo Jerry, pues había decidido hacer un detenido examen de aquellos cristales.

—Déselas —dijo Stonecipher tristemente—. Estará más

contento teniendo las cosas que son de su propiedad. Nada más.

Middleton se volvió a Odza al llegar a la puerta:

—¿Vendrá usted a mi nueva sala tan pronto como llegue la carta, doctor?

Odza asintió:

—Claro que sí. Tengo grandes deseos de oír lo que tenga usted que decir.

—No tantos como los que tengo yo de oír lo que tengan que decir ustedes —dijo Middleton con breve sonrisa. Y, dicho esto, se retiró tranquilamente.

XVII. El mundo de la fantasía

El nuevo conocido de Jerry Middleton esperó cortésmente fuera de la pequeña habitación, mientras éste se vestía el equipo completo que le llevó el vigilante. Se componía de dos prendas de tejido ordinario, de algodón, naturalmente; un par de voluminosos y pesados zapatos con suelas de una pulgada de espesor; un complemento de traje de tejido tosco, que no era ni blanco ni negro, sino de un gris oscuro; un par de calcetines especiales, moteados, compuestos de hilos amarillos, blancos y grises, entremezclados, como si en la fábrica donde los hicieron se hubiesen vuelto locos; una corbata de luto; una camisa blanca, con el cuello pegado, que había sido ya lavada, pero nunca planchada; un sombrero de fieltro negro, tal vez un número mayor del correspondiente a su cabeza; una pipa nueva de mazorca de maíz, brillantemente barnizada; un paquete gigantesco de tabaco muy flojo, de color claro, y una enorme pastilla de tabaco de mascar. Y, por último, las gafas de Cagliostro, con sus ramas de plomo plegadas casi en actitud inocente.

Antes de ponerse ninguna prenda se acercó con las gafas a la ventana, y allí examinó meticulosamente cada pulgada cuadrada de los aros y enganches de plomo en aquellos puntos en que, en posición normal, pudiesen tocar la carne de la cara. Pero en ningún sitio había nada que se pareciese a la punta de una aguja. Pasó cuidadosamente la yema de un dedo sobre aquellas superficies, y tampoco sintió punta alguna. Volvió a examinar los pasadores que sujetaban las ramas; pero sólo eran inocuos trocitos de alambres de plomo, que ni siquiera

tenían afilados sus extremos. Utilizando la resplandeciente y blanca colcha de la cama como fondo para el examen que iba a hacer, se puso de nuevo las gafas y miró a la colcha para ver si en sus cristales había alguna fantástica reproducción de un anciano con barba, hábilmente introducida en el cristal —lo cual constituía una de las hipótesis que primero descartó—; algún punto brillante, alguna burbuja hipnótica de aire. Pero no había ni burbuja, ni punta, ni cuadro alguno; sólo cristal de un lúgubre tinte azul. Eso, y nada más, es lo que había. Suspiró. Todas las esperanzas que había abrigado de poder explicarse rápidamente aquellos diez minutos de delirio, en que se imaginó cosas inexistentes, se desvanecieron ahora. Se quitó despacio las gafas y las metió en un bolsillo de la chaqueta que el Estado le había proporcionado. Luego empezó a vestirse.

Cuando salió, diez minutos después, con sus ruidosos zapatos de clavos, desgarbado, con aquella extraña indumentaria que le habían facilitado, sintió un repentino desconcierto al verse frente al impecablemente ataviado Hyde. Miró a su ropa, avergonzado.

Pero Hyde se echó a reír para darle ánimos.

—Ya se acostumbrará usted, Doe. Su ropa interior, los calcetines y el traje se tejieron en telares de presidio, con algodón cogido por los penados, y fueron confeccionados en las penitenciarias de Illinois; los zapatos están hechos también en presidio, y las presas son las que han cosido sus camisas. Es usted un producto de presidio cien por cien.

Middleton le miró con tristeza.

—Y estoy en presidio también —comentó—. Pero ¿a qué obedecen todos estos artículos hechos en los presidios?

—Le diré la razón, amigo mío. Los penados de Illinois tienen que ocuparse en algo, y como la mayoría de las organizaciones de trabajo prohíben los artículos de fabricación carcelaria, de aquí que una institución del Estado tenga que ayudar a las demás instituciones que también son

del Estado.

Movió la cabeza.

—Pero procure no mirar este sitio como una cárcel, amigo. Yo haré lo que pueda para que esté usted bien arriba. Tenga un poco de paciencia, y también algo de tolerancia…, y la adaptación será fácil.

—Yo no voy a estar allí siempre —explicó Middleton.

Howard Hyde no contestó, pero su cara se entristeció.

—¿De dónde procede usted, Doe? —preguntó, y añadió en seguida—. Pero voy a llamarle Jonathan, y usted a mí Howard. ¿Le parece bien?

—Perfectamente —asintió Middleton con alegría—. Pues yo procedo de Australia.

Hizo una pausa.

—Aunque supongo que no lo va usted a creer.

—Nada de eso, Jonathan. Nada de eso, se lo aseguro. Yo creeré todo lo que me diga. ¿Australia? ¡Cómo me gustaría visitar ese país! Precisamente acabo de leer un libro acerca de los marsupiales de Australia. ¿No es extraordinario que la fauna y la flora de ese continente sean los de otra edad —la edad geológica—, por la cual los otros continentes del mundo pasaron ya hace un millón de años?

¡Los marsupiales de Australia! ¡La juventud geológica del reino animal y vegetal de aquel país! He aquí un hombre que tenía esa rara cualidad de interesarse señaladamente por las cosas de la vida que salían de su propia esfera. Porque los mismos australianos, y Middleton lo sabía, rara vez se molestaban en leer libros dedicados a los marsupiales, o animales con bolsa, de su extraño continente. Pronto se dio cuenta de que este Howard Hyde iba a ser de su agrado, y al nacer en él esta emoción empezó a pensar en la razón por la cual estaba allí. ¿Era vigilante, estudiante… o qué?

En este momento apareció el vigilante.

—Bueno, muchachos, vamos para arriba.

Miró a Jerry Middleton y sonrió burlonamente.

—¿De manera que va usted a salir de la Sala Zoológica, como la llamamos?

Sonando las llaves, condujo al propio Hyde y a su pupilo a una puerta trasera de la sala, que abrió con una de las llaves, y luego a una escalera de caracol, con ventanas enrejadas y con las salidas de cada descansillo provistas de verjas de hierro cerradas con llave. Subían en fila uno tras otro. Al llegar a uno de los pisos superiores, el vigilante abrió una pesada puerta de madera, y Middleton se encontró en lo que era, indudablemente, la sala
A-1,
la morada donde iba a verse obligado a vivir unos cuantos días, hasta que el doctor Odza, propenso a hacer experimentos, se apresurase a subir con la buena noticia de que al recluirle se había cometido un error.

La vista de la sala
A-1
que se ofrecía a sus ojos era completamente distinta de la sala de recepción del piso inferior. Había un pasillo muy largo, tanto como el de abajo, casi de una longitud como la de una manzana de casas de ciudad; pero era doble de ancho que el otro, con lo cual era más un vestíbulo que un corredor. Había a lo largo del mismo, espaciadas con precisión matemática, mecedoras de recia construcción y divanes de aspecto conventual, ninguno de los cuales estaba atornillado al suelo. Sobre éste se extendía una alfombra, que lo cubría enteramente, salvo a los lados de las paredes, donde se veía una franja de «parquet» encerada. Las puertas, que en la sala de abajo estaban fuertemente enrejadas, eran aquí de madera de cuarterones y daban a pequeñas habitaciones situadas a lo largo de la sala, cada una de las cuales no contenía ni un solo mueble, salvo el acostumbrado lecho de hierro, y, como en el piso inferior, los suelos estaban encerados y relucientes en alto grado. A un extremo de esta larga calleja había un pequeño despacho con una mesa y un armario de hierro para

los vigilantes, un cuarto de baño con dos bañeras y una habitación contigua con diez lavabos. Puestos en fila.

Un dormitorio, que contenía unas veinte camas, daba a un lado de la sala, y enfrente había un comedor, separado por una puerta de enrejado de hierro, cerrada con candado; lleno de mesas pequeñas, rodeada cada una de ellas de cuatro sillas, simétricamente colocadas. En este piso se veían hombres de múltiples aspectos, todos ellos completamente vestidos y algunos con trajes de última moda —sin duda, los que tenían parientes—, mientras otros llevaban las ropas toscas y tiesas hechas en los presidios y camisas sin planchar, como la que llevaba Middleton. Unos paseaban arriba y abajo, y otros estaban de pie, vueltos de espalda a la pared, con las manos cruzadas por detrás, observando la entrada de los recién llegados. En el centro del largo corredor, que comprendía la mayor parte del área de la sala, había una gran habitación, que rompía la continuidad de aquella vía tachonada de puertas. En ella se veían dos grandes mesas con periódicos y unas cuantas revistas manoseadas, un excesivo número de pesadas mecedoras y bancos ocupados por gente allí recostada y dos mesas redondas, más pequeñas, en torno de cada una de las cuales había un grupo de cuatro hombres que, abismados en algún juego, echaban rápidamente los naipes en incesante sucesión. En conjunto, aunque las barras de las rejas, cubiertas de hiedra, daban al lugar un aspecto de cárcel, el interior, si uno pudiera abstraerse de aquella intensa quietud y del gorjeo de los pajarillos, parecía una especie de casino fantástico.

Una vez hecha oficialmente por Howard Hyde la presentación de Middleton al jefe de los vigilantes, un tal Joe Blake, sujeto de anchas espaldas, cuyos ojos recogieron todos los detalles de su persona, Hyde dio a Jerry una palmadita en el hombro.

—Y ahora va usted a conocer a algunos de los muchachos —dijo sencillamente.

El sonido de un violín, que procedía del dormitorio

contiguo, hizo volver la cabeza en aquella dirección al acompañante de Middleton, quien invitó a Jerry con fina cortesía a dirigirse allí. Dentro de la gran habitación, con sus veinte camas de hierro, había un hombre tocando una melodía fantástica, cuyas notas llegaban hasta lo más hondo del corazón, y, cosa extraña, de la parte inferior del violín colgaba de una cuerda una botella vacía, en la cual parecía que el músico tocaba algunas veces. Al ver entrar a los dos alzó la vista. Era un judío de mediana edad, bajo de estatura, con ojos castaños, saltones, pelo rizado, hombros caídos y tez muy cetrina, con muchas manchas verdosas, indicadoras de un padecimiento de hígado. Sonrió, mostrando, al hacerlo, dos hileras de blancos dientes.

—Sam —dijo Hyde—: te presento al señor Doe. Este es el señor Glasstein Jonathan.

Middleton le dio la mano cautelosamente. El judío pareció demostrar gran interés.

—Encantado de conocerle —dijo—. Me alegra siempre ver una cara nueva.

Su rostro se entristeció de repente, como si se reflejara en él toda la melancolía de su raza.

—Se hace monótono el estar siempre aquí, en esta sala, frente a las mismas caras, con la misma gente.

Tocó con el pulgar una cuerda de su violín.

—¿Le gusta a usted la música, señor Doe?

—Sí, ya lo creo —respondió Middleton.

Sam Glasstein parecía persona muy amable.

—Y dígame —prosiguió Middleton, señalando a la botella —: ¿para qué es la botella, si me permite la pregunta? ¿Mejora la sonoridad?

Entonces vio aparecer en los ojos del otro una mirada extraña, vidriosa, que había de hallar con frecuencia en los día siguientes.

—¿Mejorar el tono la botella?

Sam Glasstein parecía titubear ante esta manera de

interpretar la disposición mecánica de su instrumento.

—No, no. La botella hace peor el tono, si ello es posible. Pero debo tenerla aquí. Estos pobres locos de la sala no hacen más que reírse; pero no saben de qué se ríen. La botella… recoge los tonos malos que salen. Hay tonos buenos y tonos malos, mayores y menores. Los tonos malos… se convierten en espíritus y hacen cosas nocivas. Yo los embotello todas las noches, y ya puede usted apostar a que no los dejo en libertad. Yo… los ahogo.

—Muy interesante —fue el único comentario que a Middleton se le ocurrió como respuesta. Y su compañero se apresuró a poner término a la conversación.

—Bueno, Sam —se apresuró a decir Hyde—; ya te veremos otra vez. Quiero que Jonathan vea esto antes de almorzar.

—Mucho gusto en conocerle —dijo Sam Glasstein, y volvió a su violín, mientras Middleton se retiraba siguiendo los pasos de Hyde, el cual, una vez fuera del dormitorio, habló con calma:

—Tal vez debí haberle prevenido, Jonathan, *sub rosa*, de las extrañas ideas de Sam, como las llamamos aquí. Sam era solador; pero se apoderó de él esa curiosa idea de los tonos malos, y lo mandaron aquí. Pero si consideramos que uno de los generales más famosos del mundo dijo en cierta ocasión que una batalla se perdería seguramente si los soldados fuesen a ella al compás de una música interpretada en tono menor, tal vez resulte que Sam no está alejado mil millas de cierta verdad psicológica.

Hizo una pausa.

—Y ahí le tiene usted, Jonathan. En su caso, es conveniente hacerle preguntas sobre la botella, etc. Es la mejor persona del mundo; pero algunos de los otros muchachos están un poco soliviantados con lo que llamamos aquí su «chifladura particular». Bueno, amigo, yo no sé por qué está usted aquí; pero si por casualidad incurro en algún error, hágame el favor de no tomármelo en cuenta, ¿estamos?

Aguardó a obtener la aquiescencia de Middleton, y luego le guió, camino del vestíbulo, sin dejar de hablar.

—En esta sala tratamos de crear una especie de *esprit de famille*, para citar una frase francesa que expresa bien lo que quiero decir, y…

Se detuvo. Un eslavo enorme, de aspecto estúpido, estaba pegado a la pared, mirando febrilmente al otro lado de la sala, y luego, esperanzado, de arriba abajo de la misma. Tendría unos cincuenta años de edad. Dio un paso o dos desde donde estaba, para retroceder en seguida. De repente, empezó a andar a lo largo de la pared, hacia la izquierda.

—¿Te ayudo a cruzar, Dimitri? —le dijo Hyde alegremente.

—Gracias, Hyde. Quiero ir al lavabo; pero no me gustaría dar la vuelta.

Hyde le cogió con firmeza del brazo. El eslavo se agachó como si se dispusiese a dar un gran salto. Impulsado por sus músculos y guiado por el brazo firme del joven, atravesó de dos pasos gigantescos toda la anchura de la sala y, lanzando un suspiro de alivio, alcanzó la pared opuesta, que acarició con fuerza. Hyde se echó a reír y, después de hacer al eslavo un saludo de despedida con la mano, siguió andando y se unió a Middleton, que había contemplado todo esto con asombro.

—Este es Dimitri Brusiloff —explicó sencillamente—; un polaco que fue en su tiempo obrero ferroviario. Hoy es un agoráfobo, es decir, una persona que siente un pánico terrible ante cualquier espacio abierto. Se pasa la vida deslizándose a lo largo de las paredes de esta gran sala.

Con un movimiento de la mano señaló la extensión del espacio a que se refería.

—Si Dimitri quiere cruzar la sala, aunque sea por esa parte estrecha que usted ve, tiene que recorrer como dos manzanas de casas, dando la vuelta por toda la habitación. Así, muchas veces, nosotros le cogemos del brazo y le cruzamos por el sitio más corto. Es discutible que esté loco…; en realidad, padece lo que se llama una fobia; pero cuando un hombre no puede

trabajar, no puede cruzar una calle, no se atreve a andar diez pasos desde un árbol o desde una casa… ¿qué van a hacer con él? La señora Brusiloff, su mujer, es quien lo metió aquí, y ya lleva cinco años sin que hayan logrado sacarle ese miedo del cuerpo. Cuando entró aquí cruzaba la sala él solo; hoy tenemos que ayudarle; dentro de cinco años no se atreverá a cruzar ni aun con ayuda. Ahora quiero —añadió, cambiando de conversación— que conozca usted a Pop Claggett, uno de los mejores sujetos de esta sala. Fue en otro tiempo un labrador afortunado; pero dejó la labranza para escribir un libro. Ha hecho un trabajo llamado *Filosofía Universal*, en el que explica la gravedad, la religión, la idea de que el sol no es el centro del sistema solar y las estrellas; destruyendo, en general, todas las leyes conocidas de Física y Astronomía. Dicen que se le ha discutido y que sus filosofías quedaron hechas añicos; pero a él sólo se le alcanza que tiene toda la razón. Su familia tuvo que mandarlo aquí, porque ni siquiera quería trabajar. Su finca de labranza quedó abandonada y se cubrió de maleza.

Abrió, empujándola, la puerta de una de las pequeñas habitaciones. Junto a una ventana, por la que entraba la luz del sol, quebrada en siniestras sombras negras de la forma de los barrotes, estaba sentado un hombre, ya de edad, robustamente constituido, que volvió sus ojos acuosos hacia sus visitantes. Sobre la pequeña mesa a la que estaba sentado había muchos mapas y un globo terráqueo; y un encerado negro que colgaba de una de las paredes, un trozo de tiza, una esponja de borrar, un puñado de lápices afilados y muchas hojas de papel mostraban claramente que Pop Claggett no era hombre que perdiera el tiempo jugando a las cartas.

—Pop, aquí te presento al señor Doe, nuevo miembro de nuestra hermandad. Jonathan, el señor Claggett.

Pop se puso en pie.

—Mucho gusto en conocerle, amigo —dijo con voz estruendosa—. Me gustaría ofrecerle un asiento, pero no hay

más sillas en la habitación. No me han dado más que esta mesa pequeña, y eso al cabo de un año de estar pidiéndola. Fuera de aquí no puedo trabajar, como usted comprenderá, con todos esos ignorantes que andan vagando por ahí o perdiendo el tiempo jugando a las cartas.

—Lo comprendo —asintió Middleton cortésmente—. ¿Está usted… ocupado en… algún trabajo científico?

—Joven —dijo Pop Claggett con severidad—, ¿es usted universitario?

Middleton asintió.

—Entonces, joven, uno de estos días le hablaré, y cuando lo haya hecho sentirá usted haber perdido el tiempo en esos centros de enseñanza. Le habrán explicado que el mundo es redondo, ¿verdad?

Middleton asintió.

—Pues no sabían nada de lo que enseñaban.

Pop Claggett hizo una pausa, lleno de indignación.

—Le enseñarían a usted que la gravedad atrae las cosas hacia abajo, ¿verdad?

Middleton asintió de nuevo.

—¡Ja!

Pop Claggett rió de una manera sardónica.

—No le dirían que las cosas caen hacia arriba, como hacen en realidad, ¿eh? ¡Farsantes! Algunas veces creo que han querido ocultar la verdad a la gente. Pero no —rectificó, haciendo un movimiento de cabeza—; creo que no. Es que están perdidos en su propia ignorancia, completamente perdidos, y caminan en la oscuridad.

Miró a Middleton muy maliciosamente.

—Joven, quiero tener una conversación con usted uno de estos días. Deseo decirle algunas verdades. Tal vez no saque usted nada en limpio de ellas; pero siendo universitario tal vez comprenda usted algo. Quizá algún día salga usted de aquí, y quiero que propale la Filosofía —y al decir esto extendió los brazos, como un gran buitre extendiera sus alas—, desparrame

las verdades de la *Filosofía Universal*, la magna obra de Alexander Samuel Claggett acerca de la verdad del Universo en que vivimos.

Después de una pausa, Middleton aventuró una pregunta cortés:

—¿Sabe usted, señor Claggett, que ahora se habla sin alambres en el mundo?

—¡Claro que sí! —exclamó Pop Claggett, irritado—. Hace treinta años pude haberles demostrado que estos rayos eléctricos no son otra cosa que el remolino del éter, y usted puede sacar en espiral una onda sonora a lo largo de ese remolino y recogerla en un diafragma. Hace treinta años prediqué que el teléfono era una cosa que no valía la pena, y entonces empezaron a hablar de traerme aquí. Todo viene del sol, que gira alrededor de la luna y establece una contracorriente que atrae las cosas hacia arriba…, hacia el perihelio.

Middleton frunció las cejas.

—Pero el perihelio, señor Claggett…, ¿eh? ¿No sería el cenit?

Pero Hyde tosió ligeramente.

—Bueno, Pop, no debemos distraerle de su obra. Ya vendremos a verle otra vez.

—No dejen de hacerlo, amigos —dijo Pop—. Siempre me agrada hablar con personas inteligentes como ustedes —y volvió a sentarse en la silla.

—A veces dice muchas verdades —dijo Hyde cuando estuvieron fuera—, pero muy embarulladas. Se lee todos los periódicos que se publican en Chicago, pues sus parientes se han suscrito para que se los envíen, y sabe todo lo que pasa en el mundo de la ciencia. A final de mes arma siempre un alboroto cuando los vigilantes insisten en sacar de debajo de su cama todo su precioso montón de papeles.

Hizo una pausa.

—Yo trato de seguir sus teorías, pero siempre acabo por

perderme en ellas. Tal vez tenga usted más suerte.

Se volvió a Middleton.

—A propósito, Jonathan: hemos llegado al cuarto número treinta, y quiero presentarle a uno de la cuadrilla. Se llama Fanny Garside.

—¿Fanny? —preguntó Middleton, sorprendido—. ¿Fanny? No suponía que aquí hubiese mujeres.

Hyde frunció las cejas.

—Bueno…; no es…, no es precisamente eso. El traer a Fanny a este establecimiento constituyó un enigma para los médicos. No sabían adónde llevarla o llevarle. Fanny es…, ¿comprende usted? Fanny era un invertido. Hay millares como él: gente que tiene los instintos del sexo contrario. Pero el caso de Fanny era algo más complicado. Verá usted: ella…, o él —añadió, como si se tratara de ser exacto en una declaración científica—, tenía una ilusión real de cambio de sexo imbuida en su instinto invertido. Pero no interprete usted mal mis palabras —aclaró, haciendo, a la vez, un ademán de advertencia con la mano—. Fanny es muy decorosa, muy modesta. Ella —o él— se da cuenta de que está viviendo entre muchos hombres, y…, por nuestra parte, la tratamos como si fuera nuestra hermana. Ya hemos llegado; es aquí.

Llamó discretamente con la mano en la puerta cercana. Una voz extrañamente dulce, y, sin embargo, masculina, contestó:

—¡Adelante!

Hyde abrió la puerta. Jerry Middleton se quedó en el umbral, un poco azorado. Junto a la ventana, en una mecedora, con una labor de punto en el regazo, estaba sentada una figura enigmática, por decirlo así. No tendría más de veintiocho años de edad y llevaba puestos un vestido de verano de una pieza, algo escotado, y botas muy altas, con grandes tacones, botones y puntas muy estrechas. Su cara era más bien redonda, con mejillas de un rojo subido, y estaba pródigamente empolvada. Sus cabellos, en cambio, eran

cortos, como los de un hombre. Suspendió su labor y levantó la vista.

—¿Qué tal, Fanny? —dijo Hyde—. Quiero presentarle al señor Jonathan Doe.

Aquel ser con cara de hombre y ropa de mujer se levantó.

Ofreció las puntas de sus dedos a Middleton y le miró por detrás de un abanico que sacó de su cinturón.

—Tengo mucho guzto en conocerle, ceñor Doe —ceceó, poniéndose muy colorada—. Dizculpe el eztado de mi habitación. Eztuve muy ocupada con ezte cojín para el zofá, que tengo que acabar. ¿Cómo eztá uzté, ceñor Howard? Hace mucho que no le he vizto.

—¡Claro! —observó Hyde amablemente—. ¡Cómo no sale usted nunca! Ya la echamos de menos, Fanny. Supongo que ninguno de los compañeros la habrá importunado, ¿verdad?

Fanny Garside se ruborizó.

—No, no zon importunos, Howard; pero zon muy poco finos. Ezte no ez, en realidad, un citio para una ceñora como yo.

Se volvió a Jerry Middleton.

—Pero zupongo que uzté ce dará cuenta de la injuzta clacificación que eztoz mezquinoz doctorez hacen de laz perzonaz dezdichadaz como nozotroz.

Se volvió de nuevo a Hyde.

—No, Howard; nadie ce ha metido conmigo; pero la otra noche, cuando zalí, no había ninguna cilla vacía, y ninguno de ezoz ineducadoz ce levantó para cederme zu aciento. Por ezo juré que no zaldría máz.

Al decir esto se dio un golpe en la muñeca con el abanico.

—¡Por favor, Fanny! —exclamó Hyde—. No se muestre usted tan severa con los compañeros. Es que la consideran como uno de ellos; es decir…, bueno…

—No tiene uzté que dar ezplicacionez, Howard —dijo la mujer-hombre—. Ahí eztá el mal: que me concideran como uno de tantoz. Yo zoy una perfecta zeñora y ecijo por ezo el

rezpeto que una ceñora ce merece. No zaldré ahí fuera en toda la cemana.

Se volvió a Middleton.

—Ci uzté, ceñor, decea vicitarme zocialmente en mi cuarto, tendré mucho guzto en recibirle. Vamoz a ver —añadió Fanny Garside frunciendo los labios—. ¿A quién podríamoz tener como acompañante? ¿A quién?

—¿Por qué no llamamos a Stribling Keane? —propuso Hyde.

—El ceñor Keane —dijo Fanny, después de reflexionar un momento—, con zu ilución, y lez hablo como lo haría a miz hermanoz, de que ez Napoleón, ce hace un poco pezado con zuz relatoz de laz campañaz en que ha eztado. Ezaz cozaz zon para hombrez. A una ceñora no le guzta hablar zobre temaz tan terriblez de guerra y zangre. ¡Oh! Nozotraz laz mujerez, ci pudiéramoz todaz juntaz poner fin a laz guerraz, laz evitaríamoz.

Se sacudió el vestido con su mano suave.

—Ya cé quién ez el ceñor Phelz, ceñor Doe. Me guzta oírle hablar de zu gato. ¡Me guztan tanto loz gatitoz! ¿A uzté no le guztan también, ceñor Doe?

—Sí, sí —empezó a decir Middleton—; pero no sabía que aquí se permitiera tener animalitos. Yo…

Se detuvo al ver que Hyde miraba significativamente a un reloj de plata, de pacotilla, que llevaba en el bolsillo.

—Bueno —dijo el otro apresuradamente—; tenemos que continuar, porque quiero que el señor Doe conozca a algunos de sus compañeros de comedor antes que se sirva la primera comida. Ya sabe usted, Fanny, que sin sociabilidad no hay apetito.

Fanny se sentó de nuevo en la mecedora.

—Venga a verme, ceñor Doe; no ce le olvide. Traiga zu labor ci tiene alguna. Podemoz hacer punto de aguja mientraz hablamoz. Y traiga uzté al cimpático ceñor Phelz.

Ya fuera, Middleton se volvió a Hyde:

—Bien sabe Dios —comentó— que éste es un mundo extraño. ¿Por qué?… —pero Hyde le puso una mano en el hombro.

—Es el mundo de la fantasía, amigo mío —dijo reposadamente—; el mundo de la fantasía. Pero tenga usted siempre presente que todos los hombres que hay aquí son seres humanos, como usted y como yo; que cada uno de los reclusos es una persona que en otro tiempo sufrió, odió y amó. Es un mundo de almas perdidas, y no hay ninguno que no sienta que está en una cárcel…, condenado para toda la vida. Sea cual fuere la ilusión de que esté poseído, Jonathan, es un ser humano, después de todo. Yo trato siempre a todos con la mayor consideración, porque tengo siempre presentes estas cosas, y espero que usted también las tendrá.

—Es usted una persona excepcional, Howard Hyde —respondió Middleton impulsivamente—, y pienso que el hecho de que esté usted aquí obedece a una razón distinta de las que nos han traído a los demás.

—Quizá —dijo Hyde tristemente—, quizá. El manicomio sirve algunas veces para ayudar a aquellos que tal vez no tienen derecho a su protección —cayó sobre él, como un manto invisible, una gran depresión.

Y Jerry Middleton, al mismo tiempo que medio bajaba la cabeza asintiendo, hizo para sí este comentario: «Convicto de algún delito, inocente o culpable, e ingresado aquí por la política americana. Pero ¡qué hombre… más cabal…, y qué magnífico!». Luego dijo en voz alta:

—¿Quién es ese Stribling Keane, al que Fanny pone tantos reparos?

—¿Stribling Keane? —dijo Hyde, reanimándose—. Pues Stribling Keane es —o era— actor. Parece que le dieron en una obra el papel de Napoleón, y como no tuviera la estatura conveniente, trató de subsanar sus deficiencias personales por medio de una interpretación acabada del personaje, y tanto estudió la vida y costumbres, el carácter y personalidad del

Petit caporal, que algo se quebró en su interior…, y quedó convertido en el propio Napoleón. Es raro encontrar un caso como el suyo en las salas de un manicomio, pues hoy su tipo de perturbación ofrece solamente figuras eminentes de actualidad. Es buena persona, no obstante, aunque teatral, y un excelente jugador de cartas.

—¿Es lo que se llama un paranoico? —preguntó Middleton con afán. Este era un caso típico, exactamente igual que el que se suponía era el suyo propio.

Hyde asintió.

—Sí, un paranoico; pero muy buena persona, Jonathan; muy buena persona. No vaya usted a pensar otra cosa. Haga usted que le cuente sus campañas; verá algo extraordinario. Da la impresión exacta de que ha estado en Moscú. Pero no quiere hablar, a menos que se le obligue —hizo una pausa—. Otro buen sujeto es William Phelps. Phelps es —o era— corredor de comercio. Fanny siente gran simpatía por él a causa de su gato, como Phelps le llama. Parece que hace algunos años Phelps se encontró en mala situación en la Cámara de Comercio, y aquello causó su ruina. Probablemente no tenía los nervios lo bastante firmes para resistir el golpe. Una noche se le escapó su gato, y aquello provocó la crisis. Se le metió en la cabeza —Dios sabe cómo o por qué— que el gato se le había metido en el estómago. Todas las mañanas y todas las noches tomaba cierta cantidad de leche para alimentar al felino. Luego empezó a consultar a médicos para ver si le podían operar y engatusar al animal para que saliese. Esto, naturalmente, significó el fin de su libertad. Fue recluido aquí. Los doctores de abajo intentaron un experimento radical para ver si le curaban: le dieron un vomitivo que le puso gravemente enfermo y le tuvo casi ciego, y cuando pasaron los efectos de la droga le hicieron creer que durante el acceso había vomitado un gato. Tan pronto como pudo incorporarse y darse cuenta de las cosas le enseñaron el gato.

—¿Y por qué no salió bien la estratagema? —preguntó

Middleton, que había seguido el extraño relato con los ojos muy abiertos.

—Porque no se tomaron el trabajo de buscar un gato igual al que se le había escapado. El hombre pudo haberse curado de su psicosis —pues no se le considera como un verdadero paranoico—; pero los médicos fracasaron por no reconocer que tenía una inteligencia normal. Ese experimento, aunque se llevó a cabo tan burdamente, hubiera podido salir bien tratándose de un hombre ignorante, como, por ejemplo, Brusiloff, ese pobre obrero ferroviario; pero no con un hombre tan inteligente como Phelps.

Uno al lado del otro habían atravesado un gran espacio de la sala y ahora estaban en aquella parte ancha que terminaba en un enorme cuarto con ventanas, en el cual había, a la derecha, cuatro hombres sentados alrededor de una mesa, ajenos a todo lo que les rodeaba. Uno de ellos estaba diciendo:

—Juega el as, Keane. Juega el as. Le has cogido. Le has cogido en un lazo como el que te tendieron en Waterloo.

—Entonces está perdido —dijo el hombre que estaba enfrente del que hablaba con una sonrisa placentera—. Bien me reventaron en Waterloo; Dios lo sabe —y echó el as sobre la mesa—. El juego es nuestro, Phelps —un tercer hombre empezó a recoger las cartas.

—Caballeros —dijo Hyde, cogiendo a Middleton de la mano—: les presento a un nuevo compañero, el señor Doe; Jonathan Doe. Garantizo que el señor Doe es persona que no sólo ha visto nuestro pequeño mundo hasta los antípodas, sino que ha frecuentado una Universidad. Creo que podemos admitirlo en el acto en nuestro pequeño círculo —al momento se apartaron cuatro sillas y cuatro hombres se pusieron en pie, con caras sonrientes de bienvenida—. El señor Keane está a su izquierda, Jonathan —dijo Hyde—. El señor Stribling Keane.

XVIII. Dos poemas

Jerry Middleton miró al ex actor con gran interés y le dio la mano. Bien podía hacerlo, ya que se encontraba frente a frente con un caso indiscutible de paranoia. El otro presentaba un rostro fino, de nariz algo aguileña, cabellos algo grises en la parte de las sienes y una tez que había recibido mucha pintura grasienta. Vestía un magnífico traje, con chaleco blanco bien planchado, y parecía el hombre más afinado del mundo al inclinarse a saludar en el momento de la presentación. Pero Middleton observó que al hacerlo colocaba parcialmente la mano debajo del borde abotonado de la chaqueta, adoptando, consciente o inconscientemente, la actitud del *Petit caporal*, aunque tenía, en realidad, elevada estatura.

—Tengo mucho gusto en conocerle, señor Doe —dijo con voz retumbante y melodiosa, voz propia de un escenario, pronunciando cada sílaba correctamente, hasta el último extremo de la aspiración y espiración científicas. Sus ojos se posaron cortésmente en el rostro de Middleton, sin fijarse en lo más mínimo en su ropa de confección carcelaria—. Voy a presentarle ahora al señor Phelps, señor Doe. Señor Doe, el señor Phelps.

¿De modo que éste era el hombre que creía insensatamente tener dentro de su cuerpo un gato, al que debía alimentar? Jerry Middleton le miró con curiosidad, y le pareció que más bien contemplaba a un hombre de negocios. Iba bien vestido —era, sin duda, otro de aquellos cuya ropa corría a cargo de parientes y amigos del mundo exterior—, y Jerry Middleton

sintió cierta vergüenza al mirarse sus prendas groseras. Pero estos individuos eran unos caballeros, más de lo que se le había dicho, pues Phelps hizo también caso omiso de su vestimenta. El ex corredor de comercio tenía alta frente, labios firmes y agradables, ojos muy separados y de mirada franca, sin la menor sombra de falsedad. Iba peinado hacia atrás, y claramente se apreciaba que era hombre que lo mismo podía estar en un salón que delante de un aparato transmisor de cotizaciones. Pero se hallaba allí, con su vida dedicada a jugar a las cartas y a alimentar un gato que no existía. Middleton reprimió un estremecimiento.

—Muchísimo gusto en conocerle, Doe —dijo Phelps—. ¿Juega usted al «whist»? ¿No? ¿Qué le parecen seiscientos? Bueno; tendrá usted que aprender, amigo. Le despellejaremos vivo. Aquí no tenemos ya otra cosa a qué jugar. Blake prohibió que nos jugáramos el café por la mañana, después que este su seguro servidor perdió apostando las tazas de una semana. Pero ya encontraremos algo que esté bien, si prefiere usted posturas menores.

—Sí, ya lo creo —dijo Stribling Keane amablemente—. Tiene usted que aprender un juego, señor Doe. Creo haber entendido, por algo que dijo Howard hace un momento, que ha estado usted en África del Sur o en Australia, y en ese caso quizá pueda enseñarnos algo nuevo en materia de naipes. Nosotros estamos siempre deseosos de cambiar. Pero si no es así, yo mismo le enseñaré.

—Si aquí no aprende usted un juego cualquiera —dijo Phelps—, entonces… —y agitó su mano señalando hacia atrás tendrá usted que dedicarse a eso. ¿No es así, caballeros?

Middleton miró en la dirección que indicaba la mano de Phelps, y vio que cada alféizar de las muchas ventanas de la habitación estaba ocupado por un hombre que, sentado en una silla frente al mismo, se entretenía haciendo solitarios.

Hombres altos y bajos, hombres que volvían a veces la vista en medio de su juego, y hombres que nunca volvían sus

cráneos de formas extrañas, de ensimismados que estaban colocando cartas, barajando y volviéndolas a poner en la rueda sin fin del solitario. Realmente, era éste un triste final de vida.

Pero Phelps estaba hablando de nuevo:

—¿Ha visto usted ya a esos otros amigos, Doe? —preguntó, señalando a un joven bajito, de pelo negro y ojos sagaces del mismo color, con una corbata suelta Windsor y orejas que sobresalían demasiado a ambos lados de la cabeza, y luego a un hombre calvo, de unos cincuenta y tres años, con grandes gafas redondas sujetas en el ojal de la chaqueta por una larga cinta negra—. Charlie Wall, a mi izquierda; el señor Sydney Spencer, a la izquierda de Charlie.

—Encantado de conocerlo, Doe —dijeron sucesivamente el joven y el viejo, omitiendo familiarmente el «señor».

Permanecieron de pie un momento, hasta que Phelps, fijándose en cómo habían quedado las cartas y mirando a un reloj grande que había en la pared lejana, dijo:

—Bueno, tenemos tiempo de acabar esta mano antes que suene la campana para la comida. Vamos, amigos. Venga, Doe; entre usted en el juego. Tendré mucho gusto en enseñarle. —Y con una seña de invitación a los demás, se sentaron de nuevo los cuatro en sus sillas y reanudaron el juego.

Middleton siguió en silencio a Hyde más allá de esta parte tan poblada de la sala, hasta donde ésta se estrechaba para no formar más que un ancho pasillo tachonado de puertas.

Y una vez apartado de aquellos con quienes había estado hablando, y que ahora no podían oírle, dijo:

—Creo que no debía hacerle a usted tantas preguntas; pero…, y ese joven Wall…, y el viejo de las gafas grandes y redondas…, ¿qué…?

—Le diré —contestó Hyde anticipándose a la pregunta—. Charlie Wall era empleado de Banca de Chicago y aficionado a escribir poemas. Sus poesías empezaron a llamar la atención,

y los editores de Nueva York a hablar de ellas. Comenzaron a llegar cartas a los editores de Chicago, y éstos le buscaron…; pero acabó por venir aquí. Tiene un temperamento fogoso, errante, algo irracional…; pero es un buen jugador de naipes, y se ve muy solicitado cuando se arma una partida.

—Y sus poesías, ¿eran malas…, o qué? —preguntó Middleton con curiosidad.

Hyde buscó algo en sus bolsillos.

—Vamos a ver; creo que tengo una aquí. Me la dio el otro día a cambio de una cebolla que me dio otro enfermo, con el cual hice también un trato. Las cebollas, ¿sabe usted?, tienen aquí una gran demanda. Muchos de nosotros no dormimos bien, a causa de este régimen de encierro, naturalmente, y una cebolla es aquí moneda legal; vale más que una naranja. —Sacó una hoja de papel, que, al desdoblarla, parecía estar escrita a máquina, en caracteres de imprenta—. Charley me dijo que si mandaba este poema al *Saturday Evening Post* le valdría cien dólares, por lo menos. Léalo, Jonathan. Tal vez sea bueno; acaso no.

Middleton leyó el papel con interés. Los extraños versos decían así:

Toma ahora este consejo antes que me vaya;
(¡Ah, todos los AVARIENTOS de la tierra!)
Y sálvate de la horrible suerte…
Cuando pienses entrar por la puerta del Cielo;
Donde le dicen a uno que se ponga a un lado y espere…
¡Deja que pase el pobre niño, a quien dejó que se helase, pasara hambre y muriese!
Mientras él se abrazaba a la escoria de la TIERRA;
…
¡Y sin piedad le vio morir
y vio indiferentes los ojos de su madre,
hundidos en la pena y empañados por el dolor,

sin querer ofrecer ningún alivio!…
¡Guardando los bienes de la vida como un ladrón!
;¡Ah!
C-H-I-N-G-O

C-H-I-N-G-O

L-I-N-G-O

L-I-N-K…
;¡Ahora le mete en el INFIERNO, creo yo!…
¡Adonde deja ir al miserable AVARIENTO!
Sólo apropiado para el hórrido INFIERNO de abajo.
¡Es el destino que buscaba…; así, pues, que lo tenga!
¡EL FUEGO DEL INFIERNO…; así, pues, que lo arrastre!
;;;;
¡C-H-I-N-G-O!

¡C-H-I-N-G-O!

¡C-H-I-N-G-O!

¡L-I-N-K!!!…
(—;;;13034???…)

Middleton devolvió este curioso documento.

—Parece que abusa algo de la bastardilla y de las mayúsculas —dijo como único comentario—. Pero me veo obligado a decir que no me extraña que los editores americanos hicieran indagaciones bajo cuerda.

—¿Lo cree usted así? —dijo Hyde con extrañeza—. Bien —añadió, reflexionando—; quizás…, sí…, quizás. —Buscó de

nuevo en los bolsillos—. Aquí tiene usted otro poema. ¿Qué le parece éste? —sacó otra hoja de papel, escrita como la anterior, y se la ofreció cortésmente a su acompañante.

Era una poesía más corta, y Middleton la leyó rápidamente. Decía así:

> ¿qué ha sido de (si hace usted el favor)
> toda la gloria que era Grecia,
> todo el gran ja
> que era dada?
> Camarero, una bebida, camarero, o dos o tres
> ¿qué se ha hecho de Maeterlinck
> ahora que ha llegado abril?
> (pregunta al hombre que uno tiene
> pregúntale a papá. Él lo sabe).

Levantó la vista, moviendo la cabeza comentó:

—Loco de remate, Howard. No me extraña, francamente, que el señor Walls esté aquí.

En la cara de Howard Hyde se dibujó una alegre sonrisa.

—¿Lo cree usted así? —preguntó—. Pues esta poesía no es de Charlie Walls.

—¿De otro enfermo, entonces? —preguntó Middleton.

Pero Howard Hyde hizo un nuevo movimiento negativo de cabeza.

—No; siento decírselo, Jonathan. Lo que usted acaba de leer es sólo un par de estrofas de un poema de este tipo publicado por *Secession*, una revista americana. Es un ejemplo de lo que los Dadaístas creen que es la poesía. Los Dadaístas forman una escuela literaria que sostiene que la literatura debe tomar todo cuanto pueda de la técnica de los carteles anunciadores, de la electricidad y de toda la vorágine de inventos mecánicos con que tropezamos a diario mil veces en nuestra vida; es decir, que la literatura debe buscar sensaciones claramente modernas.

—Entonces —dijo Jerry Middleton impulsivamente—, lo

único que puedo decirle es que algunos que están fuera debieran estar aquí dentro.

—Exactamente —asintió Howard Hyde guardándose de nuevo el papel de los versos—. Ahora muestra usted la actitud teóricamente perfecta del lunático teóricamente perfecto —apoyó amistosamente, sin embargo, su mano en el hombro de Middleton para hacer ver que sus palabras no pasaban de ser un rasgo de ironía. Luego, cambiando hábilmente de tema, dijo—: Me preguntaba usted también por el viejo, el señor Sydney Spencer, ¿verdad?

—Sí.

—¡Pobre Spencer! Era profesor de latín. Padece lo que se llaman alucinaciones auditivas, que es la cosa más molesta, según tengo entendido. Comienzan creyendo el enfermo que los maquinistas de los trenes y los conductores de ómnibus le llaman a gritos y le insultan. Abrumado por esta sensación se fue a St. Louis, de allí a Memphis, y de allí a Nueva Orleáns; pero en todas partes oía que le llamaban, unos días más que otros. Consultó a varios neurólogos, quienes le aseguraron que sólo se trataba de alucinaciones…, y así lo reconoció él mismo. Pero las voces continuaron. Volvió a Birmingham, Alabama. Siguieron las voces. Al fin decidió establecerse en Chicago, donde, al menos, tenía amigos. Pero las alucinaciones se hicieron tan reales que empezó a subirse a los camiones y a golpear a los conductores, por lo cual le encerraron. Es un desdichado. Sigue oyendo voces, y con frecuencia se vuelve y se muerde los labios para no contestar. Son, desde luego, voces completamente reales para él, aunque para usted y para mí sean pura fantasía. Eso es lo que le ocurre —fue a decir algo más; pero se contuvo de repente y miró de manera extraña a Middleton—. Perdóneme Jonathan, ¿no oye usted también voces?

Middleton hizo con la cabeza un movimiento de categórica negación.

—En absoluto —pero no sonrió, pues pensó entonces en las

cosas que había visto una noche en una casa deshabitada, cosas que nunca habían existido.

Iban andando, cuando Hyde le hizo pararse de repente. Frente a ellos, a una distancia de cinco pies, había un joven de cara delgada, pómulos prominentes y brillantes ojos que centelleaban, contrastando con el color amarillo pálido de su piel, a través de la cual se abría paso una barba incipiente, parecida al rastrojo. Estaba en pie, mirando a la pared, con una pierna levantada y un brazo alzado en el aire hacia adelante. No hacía el menor movimiento, y sus ojos, mirando de soslayo y con la cabeza medio vuelta e inmóvil, siguieron a Hyde y a su acompañante. Pero no se movió.

—¿Qué, Oswald, estás dando tu paseíto? —dijo Hyde alegremente—. Oswald, te presento al señor Doe. Jonathan, éste es Oswald Olsen.

—Muchogustoenconocerle —dijo el señor Olsen formando una sola palabra de todas ellas y sin cambiar de postura lo más mínimo.

Siguió un penoso silencio; allí no había que hacer sino seguir andando. Así lo hicieron; Middleton detrás de su compañero, que inició la retirada. Cuando estuvieron lo suficientemente apartados para no ser oídos del rígido Olsen, dijo Hyde:

—Ese es Oswald Olsen, joven dibujante de figurines. Ofrece un caso curioso conocido con el nombre de catatonia. Toma toda clase de posturas extrañas, generalmente delante de la pared, y las mantiene durante horas enteras. Sin embargo, es perfectamente racional, Jonathan. Responde siempre que se le pregunta; pero no se le puede hacer que deseche esta idea obsesionante que le obliga a tomar esas posturas rígidas, casi catalépticas, que le hacen estar como en éxtasis. Un estado que, al parecer, cae dentro de la idea obsesionante y que su voluntad no puede vencer. Por lo menos, yo lo diagnostico así; pero los doctores sustentan teorías más profundas, pertenecientes al reino del «yo» y de la

conciencia del «yo».

Middleton miró hacia atrás. El joven ex dibujante de figurines seguía como una estatua, con la nariz casi tocando la pared. Y se puso a pensar si esta imagen humana esculpida volvería a convertirse en persona de carne y hueso cuando sonara la campana anunciando la comida. Más tarde, sin embargo, había de saber que Olsen tenía que ser literalmente arrancado de su postura a las horas de comer y acostarse y llevado a los lugares donde se ejecutaban los actos de esta naturaleza; que se iba debilitando como un faquir indio, debido a la falta de ejercicio, consecuencia de aquellas posturas mantenidas durante tantas horas. Mientras pensaba en esto, volvió la cabeza y vio un cuadro desconcertante.

Se oía avanzar por el vestíbulo un ruido parecido a «pam…, pam…, pam…», y se veía acercarse a un hombre que, con facilidad y gracia, andaba cabeza abajo, apoyándose en las manos y con las piernas dobladas por encima. Iba mirando hacia arriba y viéndolo todo al revés, naturalmente, pero, al parecer, sin perder detalle.

—¡Hola, Chris! —dijo Hyde.

—¡Hola, tú! —respondió jovialmente el hombre que andaba patas arriba.

—¿Sale algo? —preguntó Hyde con solicitud.

El hombre se paró, y sin dejar de apoyarse en las manos, miró hacia arriba al que hablaba.

—Casi ha salido hoy —dijo—. Por eso tengo esperanzas de que salga del todo —hizo una pausa y cargó el peso del cuerpo de una a otra palma de la mano—. Bueno, voy a seguir trotando —y con el «pam…, pam…, pam…» de sus manos se alejó en la misma forma hasta perderse por el vestíbulo.

Middleton no había dejado de mirarle, con gran asombro.

—¿Quién…? ¿Qué…? ¿Qué…?

Hyde se echó a reír.

—Chris McKoin era acróbata de circo. Aquí le consideramos casi como el hermano gemelo de Phelps.

Mientras éste cree que se ha tragado un gato, McKoin piensa que se ha tragado una bala de cañón. Y es extraño ver cómo cada uno de ellos se burla de la ilusión del otro. Son enemigos mortales, y casi hay que tenerlos en salas distintas. McKoin es un estupendo acróbata y saltimbanqui, como puede apreciarse por… —y señaló con la mano en la dirección seguida por el aludido—, por la extraña manera con que trata de que salga de su cuerpo la bala de cañón. Todos los días se da un paseo de un par de horas andando sobre las palmas de las manos. Cuando se le ve así por primera vez produce gran impresión; pero ya se acostumbrará usted a oír su «pam…, pam…, pam…», por el vestíbulo. Lo peor es cuando se le ocurre hacerlo durante la noche —Hyde miró al reloj—. ¡Dios mío! —exclamó—. Las doce menos cinco ya. Parece… —pero interrumpió sus palabras un vigilante, que salió al centro de la sala y voceó:

—¡Al comedor! ¡Al comedor!

Hyde miró en derredor, y luego se volvió a Middleton:

—Ahora tengo que irme, Jonathan. Yo como en la mesa de la mantequilla, y no quiero perderla. Tengo que lavarme de prisa. Siéntese aquí. Luego nos veremos. Cuando suene la campana vaya usted a comer y le colocarán en una de las mesas —sin decir más, se alejó por el vestíbulo, con el apresuramiento de quien fía en su celeridad para no perder alguna valiosa prerrogativa.

Jerry Middleton se dejó caer en una de aquellas sillas conventuales que estaban repartidas sobre la verde alfombra, a intervalos de matemática precisión. A alguna distancia de allí, Oswald Olsen seguía aún como una estatua; cien pies más allá, Chris McKoin continuaba su paseo apoyándose en las manos desnudas; vio a Fanny salir de su habitación, dar brincos dentro de sus faldas, abrir el abanico y detenerse para darse polvos y colorete en la cara; vio a Sam Glasstein surgir del dormitorio del final de la sala, con su violín, llevando ahora bien sujeta con la mano la botella que antes pendía del

instrumento, y camino del cuarto de los lavabos, al parecer para ahogar los «malos tonos»; vio a Pop Claggett salir de su cuarto y avanzar cautelosamente, y oyó a lo lejos el chocar de fuentes, cuchillos y tenedores al ser puestos en la mesa.

¿Así, pues, esto era un manicomio? ¡Y éste era el mundo loco, trastornado, delirante, en que había sido precipitado por un intrigante, ayudado por un tribunal de médicos estúpidos, que veían la paranoia con gemelos de teatro y la cordura con los mismos gemelos… invertidos! Movió la cabeza con incertidumbre. Era un mundo de difícil vivir. Pero tendría paciencia mientras pudiera…; había nacido con esa valiosa facultad.

Pero todos aquellos doctores se verían altamente sorprendidos cuando llegara cierta carta de la
Mid-West
Trust Company, manifestando inequívocamente que la firma enviada para su examen era idéntica a la que figuraba en el recibo que dicha Compañía guardaba en sus cajas. Entonces vendría una investigación que le reivindicaría y le devolvería la libertad, y luego vendría el ajuste de cuentas con Luther Fortescue. Al pensar en esto apretó los dientes y sus fuertes músculos jóvenes se pusieron en tensión bajo el traje ajustado y mal hecho del presidio.

XIX. La Mid-West Trust Company responde

La vida en la sala del manicomio durante los días siguientes constituyó una dura prueba; pero cuando uno cree firmemente que la llegada de cierta carta significa la reivindicación y la libertad, uno se siente poseído de una desusada capacidad para soportar pruebas y tribulaciones. Y esto es lo que descubrió Jerry Middleton. Tal vez, si hubiese estado solo en este mundo loco de la fantasía, su resignación ante lo que le rodeaba hubiera sido una carga abrumadora; pero se veía fortalecido por esa cosa rara: un amigo. La amistad que había nacido aquella mañana en que Stonecipher le presentó a Howard Hyde había hecho enormes progresos, y hoy se sentía lo bastante íntimo del otro para pensar en preguntarle cuál fue el verdadero motivo que le hizo buscar el refugio legal de un manicomio.

Nunca hizo mención de su extraña historia a su nuevo amigo. Aunque lo que había obligado a Hyde a aceptar la defensa legal que le había conducido aquí hubiese sido el más espantoso de los crímenes, Middleton quería el respeto de este hombre, cuya cordura y cuyo claro y recto pensamiento eran la única cosa estable en este mundo del engaño. Más de una vez había sorprendido a Hyde, que le miraba con curiosidad, como si tratara de inquirir por qué había sido encerrado allí.

Pero siempre guardó silencio. Sabía que en cuanto revelara la extraña historia que tenía que contar sería para Howard Hyde sencillamente lo que Keane, Phelps y aquellos otros

poseedores de ilusiones y sistemas de ilusiones que habían sido la causa de que perdieran la libertad.

La vida en Birkdale estaba sujeta a una disciplina muy penosa. Al rayar el día, el vigilante nocturno —un sueco gigantesco de voz ronca, llamado Svenson, que entraba de servicio todas las tardes a las siete y media y se pasaba la noche entera, sentado, haciendo solitarios—, recorría la sala, y asomando la cabeza a cada puerta, gritaba: «¡Todos arriba!».

En el silencio de muerte que reinaba en Birkdale durante las veinticuatro horas del día había mayor propensión a dormir más profundamente y más tiempo, y el grito de «¡Todos arriba!», sonaba siempre como la vuelta a un mundo real, fastidioso y descorazonador. Pero existía un castigo para el que no lo oyera, según le había advertido Hyde.

—Cuando oiga usted por las mañanas el grito de «¡Todos arriba!». —había dicho—, levántese. Cinco minutos después repetirán el grito, y si entonces no está usted levantado le trasladarán a otra sala, y algunas de esas otras salas no son los sitios más agradables del mundo en que vivimos —y había añadido—: Otra cosa: nunca se eche usted en la cama durante el día, porque si lo hace le llevarán en seguida a la sala del hospital. Aquí se supone que si el recluido está echado es que está enfermo, y no se paran a averiguar más. Y lo peor es que si le mandan a usted al hospital pierde su puesto en la sala de donde procede, y un puesto en una buena sala como ésta se ocupa rápidamente. ¡Así es que no se eche usted nunca!

Después de haberse puesto las ropas los cincuenta y cuatro reclusos, y una vez vertidos unos galones de agua por los bordes de los lavabos del cuarto de aseo, se oyó el grito estentóreo de «¡Los del comedor!», y, al oírlo, cuatro hombres que siempre se sentaban en la «mesa de la mantequilla» se destacaron inmediatamente de los otros cincuenta, que empezaron a agruparse como ovejas que esperan la comida de la mañana.

El desayuno —como todas las comidas— llegaba al

refectorio en enormes peroles rectangulares tapados, procedentes de la cocina central, y subidos en carritos de dos ruedas a las diferentes salas, por medio de tornos. A pesar de su largo recorrido, el alimento estaba todavía humeante cuando se levantaba la tapa de cada perol. Cada uno de éstos llevaba pintado en su mango, en esmalte negro, el número de la sala adonde debía llevarse; y en el acto, maravillado Middleton al ver cómo se vaciaban los peroles por completo, pues los reclusos no dejaban nada, preguntó a su amigo la razón de este enigma.

—Cada clase de comida —dijo Hyde— se pesa antes de traerla aquí, y el sobrante que vuelve a la cocina, si es que queda algo, se pesa también, y en la comida siguiente se reduce la cantidad. Como los cocineros saben la sala a que va el alimento y las personas que hay en ella, pueden calcular el consumo hasta la última onza —y añadió como reflexión final —: La ley del término medio se cumple aquí como se cumple en la vida en todas partes.

Los dos primeros días los pasó Jerry Middleton contraviniendo la ley del término medio, tal como se aplicaba en la sala
A-1,
porque tenía poco apetito. En efecto, sin duda porque había que cocinar para 3000 reclusos tres veces al día, los platos eran únicamente una variedad de cosas cocidas, es decir, alimento que podía prepararse en cantidad de cientos de libras en ollas gigantescas. Las exquisiteces de los asados no se conocían aquí. La comida de la mañana consistía en hígado estofado, compuesto de trozos de correoso hígado cocido, a los cuales se añadía una salsa hecha con harina, un puré y una mezcla de trigo cocido y leche aguada. Acompañaba a la comida el café; pero era un café en el cual las delicadezas del parentesco gentilicio eran cosa desconocida, pues la judía se había cruzado en la «línea de color» culinaria, uniéndose a la achicoria para la producción de una mezcla híbrida, que se

parecía muy poco a su padre de más elevada alcurnia. La comida del mediodía consistía, generalmente, en una especie de estofado o cocido de carne de vaca, unas verduras del tiempo, hervidas, pan y oleomargarina, que era el componente del cual tomaba el nombre la «mesa de la mantequilla». Así como había peroles especiales de comida extra, destinada a los vigilantes, había también para ellos un limitado suministro de mantequilla, y esta mantequilla se repartía entre los dos vigilantes y los cuatro reclusos, cuidadosamente escogidos, que ponían y levantaban las mesas y servían las fuentes de comida y las lavaban después: los llamados «hombres del comedor». De aquí la «mesa de la mantequilla».

Mirando desde las lúgubres ventanas enrejadas, antes de la hora de comer, podían verse los carritos blancos que desde la gran cocina central avanzaban como moscas en todas direcciones, rodando sobre sus llantas de hierro, que producían un gran estruendo sobre los paseos empedrados. A esto seguía un silencio; luego, el golpe del torno al llegar, y finalmente, el profundo grito: «¡Los del comedor!».

El pan lo cortaba uno de los dos vigilantes, pues el reglamento prohibía que ningún enfermo tuviera un cuchillo en la mano. Todos los cuchillos se guardaban cuidadosamente en un cajón, con un fuerte candado. La disciplina se mantenía hasta en la mesa. Al abrirse la puerta del comedor y sonar la campanilla de mano, los reclusos entraban en fila; pero a ninguno se le permitía sentarse. Si alguno lo hacía, por olvido, recibía una orden perentoria del vigilante, que se sentaba con su auxiliar a la mesa en una alta plataforma, desde la cual podía vigilar toda la habitación. Cuando todos los hombres estaban en sus puestos —excepto Oswald Olsen, el catatónico, a quien, como de costumbre, había que llevar y traer— se lanzaba el grito de «¡Todos sentados!», y cincuenta y cuatro reclusos se sentaban como un solo hombre. Seguía luego el silencio, el chocar de jarros, la disputa por la cantidad de margarina, la petición de que echaran más jarabe de maíz en

las vasijas. Como utensilios de mesa se veían cucharas y tenedores baratos y cuchillos de puntas redondeadas y de hojas que apenas si servían para cortar la margarina; pero Middleton se enteró de que en muchas salas ni siquiera se permitían tales utensilios. Observó también que en cuanto había terminado de comer el último de los hombres todos los utensilios se contaban, bajo la atenta mirada del vigilante en jefe, y que hasta que la cuenta resultaba exacta no se pronunciaban las palabras que ponían en libertad a los cincuenta y tres reclusos restantes. Si alguno de ellos se levantaba inadvertidamente —y esto ocurría más de una vez —, el vigilante jefe gritaba con brusquedad: «¡Siéntese, Clark!». En efecto, nadie podía levantarse hasta que se daba el grito de «¡Arriba todos!». Al oírlo, todos se levantaban como un solo hombre, promoviendo gran ruido al arrastrar las sillas sobre el suelo. Middleton encontró que aquello era molesto, irritante; pero cumplió, resignado, con el proverbio que dice: «Donde estuvieres, haz lo que vieres».

Así como los hombres necesitan hacer ejercicio para vivir, también necesitan tomar algo que les abra el apetito. Todas las mañanas, antes del desayuno, el vigilante auxiliar pasaba una bandeja con vasitos llenos hasta la mitad de un líquido verdoso, y todos tenían que tragarse, les gustase o no, su dosis diaria de hierro, quina y estricnina: «la brigada del
H. Q. E.»,
como la llamaba en broma Keane, el ex actor. Pero el verdadero movimiento de las actividades vitales empezaba después del desayuno.

Blake, el vigilante principal, había sostenido una conversación con Middleton la tarde de su primer día en la sala
A-1:

—Aquí todos los hombres trabajan, ¿sabe usted? Si usted no trabaja no podrá estar en la sala
A-1;

tendrá usted que ir a una sala de gandules. De ordinario tengo cinco hombres para hacer las camas; cada uno de ellos hace diez. Pero —añadió al ver los signos de aquiescencia que hacía Middleton— no crea que es fácil esto de hacer diez camas, porque todas las sábanas y todas las colchas tienen que estar bien colocadas, por si viniera una inspección. Uno de los que tengo dedicados a este servicio está ahora en el hospital. Los que hacen camas tienen un cuarto particular. Puede usted, pues, ocupar su puesto. Los fregones tienen habitación sólo para dormir. ¿Qué elige usted?

Como Middleton no sabía lo que era un «fregón» eligió el hacer camas, y así, la primera noche se instaló en una de las habitaciones pequeñas, con su única ventana enrejada cubierta de yedra, y a la mañana siguiente se puso a hacer diez camas, como el que resuelve un delicado problema de medidas.

Cada sábana, cada colcha, la almohada, tenían que estar así y colocarse así. Y Joe Blake, con su miedo constante a la temida «inspección», era un capataz de trabajo muy exigente.

En cuanto a los «fregones», Middleton no tardó mucho tiempo en enterarse de su cometido en aquel pequeño mundo.

Cada mañana, al grito de «¡Fregones fuera!», éstos entraban a regañadientes en un pequeño cuarto contiguo al de aseo. La larga alfombra verde que cubría la sala de un extremo a otro había sido enrollada y estaba ahora apoyada contra la pared, convertida en un cilindro voluminoso. Las mesas, las sillas y los bancos estaban apilados en el centro de esta larga vía. Salieron doce hombres, cada uno de los cuales arrastraba, tirando de una agarradera, un gran peso de plomo, completamente cubierto con una franela enguantada, que parecía un aspirador de polvo para las alfombras. Jerry Middleton suspendió su tarea de hacer camas para tomar uno a peso, pero no pudo levantarlo; sólo era posible llevarlo a rastras. Precedidos de Blake, que iba echando raspaduras de parafina detrás de él, entraron los «fregones»: doce hombres y

doce artefactos de encerar. Aquí y allí un individuo reflexivo empujaba su enceradora hacia adelante, pero la mayoría de ellos tiraban de las suyas. Dando vueltas y más vueltas alrededor del gran circuito, efectuaban su trabajo con paso mecánico, con los ojos y el pensamiento ausentes.

Y el piso, mate en un principio, fue poniéndose poco a poco como un espejo, y los doce hombres, aletargados al empezar, acabaron por sacudir la modorra.

Había trabajo para todos. Con la misma meticulosidad que Jerry Middleton hacía sus diez camas, cumplían su cometido los demás. Allí estaba, por ejemplo, Todd Miller, un hombre de aspecto impasible, ex hortelano de Illinois, con su creencia de que él había tendido los cables de que colgaba el puente de Brooklyn, ilusión que le había llevado a aburrir al Congreso con facturas para cobro de su trabajo, hasta que, naturalmente, le recluyeron. Todas las mañanas, Todd Miller recorría estoicamente toda la sala con un cepillo de largo mango, cogiendo y deshaciendo las telas de araña que se habían formado durante la noche en los altos rincones y en las molduras de las altas y anticuadas paredes y del techo.

Allí estaba también Zeno White. Zeno había sido mecánico en su tiempo. Tenía unos veintiocho años de edad, y entre otras ideas más o menos oscuras y que estaban en desacuerdo con la sociedad figuraba la de creerse una biela en perpetuo movimiento. Le permitían tener en su habitación una mesita llena de barras, ruedas y clavos —todo de madera—, en la cual trabajaba y estudiaba durante el día; pero por las mañanas Zeno abandonaba su persecución del fugaz movimiento continuo y dedicaba su actividad al campo más prosaico del movimiento limitado, pues era el encargado de recorrer toda la sala y pulimentar los picaportes de latón de las puertas. El que estos picaportes fueran simulados, meramente de adorno, pues no sobresalían más que por la parte de afuera, no importaba. Aunque las puertas de las habitaciones pequeñas no tenían ni cerradura, ni pestillo, ni

cerrojos; aunque sólo estaban adornadas con picaportes aparentes, que ningún hombre podía asir desde dentro para impedir la entrada en su *sancta-sanctorum*, todos se limpiaban hasta que relucían como los tiradores que se ven en las calles de Bloomsbury, en Londres.

Otro hombre quitaba el polvo del sólido mobiliario conventual. Los hombres del refectorio que estaban exentos de estas tareas fregaban los peroles y las fuentes del almuerzo. Otros fregaban cada mañana la parte interior de unas cuantas ventanas. Había una tarea para todos y cada uno, y era evidente que los vigilantes de esta sala tenían que ser tan amas de casa como guardianes. De esta suerte, al menos durante una hora de trajín cada día, los cincuenta y cuatro hombres estaban obligados a abandonar los placeres de entregarse a sus lamentaciones.

Después de extendida la alfombra, retiradas las enceradoras y dado el último toque a las camas recién hechas, los cincuenta y cuatro hombres podían volver de nuevo al reino de la fantasía, pues no había ya más que hacer. Algunos sacaban de los bolsillos de sus ropas, como por arte milagroso, barajas mugrientas por el uso y ocupaban ventajosas posiciones en los más próximos alféizares de las ventanas; otros formaban partidas de cartas en torno a una mesa, rodeados siempre de mirones, y otros empezaban el largo día paseando arriba y abajo, perdidos en sus sueños.

Todo esto ocurría no siendo «día de afeitado». El «día de afeitado», como se le llamaba, los vigilantes trabajaban como troyanos y los reclusos sufrían. Así se lo había explicado Hyde a Jerry Middleton el primer día.

—El afeitarse —le dijo— es aquí una verdadera odisea. Tan difícil es esta operación tratándose de los reclusos, que el manicomio concede especial preferencia en la lista de méritos de los que aspiran a ser vigilantes a los solicitantes que tienen alguna práctica en esto del afeitado, por pequeña que sea. Admite al que es barbero para que afeite a otro, y cualquier

peluquero puede tener aquí una plaza; salvo que el sueldo de veinte a treinta dólares no es muy tentador para los barberos. Pero de esto ya sabrá usted mucho más con el tiempo.

Hyde tenía razón, aun en las pocas palabras enigmáticas que había dicho. El primer «día de afeitado», Middleton, respondiendo a la llamada de su nombre, se dirigía al viejo sillón de peluche en el despacho de Blake, cuando Stribling Keane le llamó para decirle:

—Tome antes un poco de papel de seda del «water». Aquí tiene usted algo del mío —y ofreció una hoja a Middleton. Su propia cara era un conglomerado burlesco de trocitos de papel pegados en las mejillas, en el labio superior y en la barbilla—. Blake corta mucho —añadió haciendo un gesto—, y el papel de seda es lo mejor que hay para las cortaduras.

Así, pues, Middleton entró preocupado, y en este estado de ánimo se dejó atar al sillón: sujetas las muñecas con unas manillas y los pies al soporte de hierro. Blake le raspó y le cortó, suavizó la navaja, maldijo, suavizó de nuevo, volvió a raer y, al fin, acabó su tarea. Ya libertado del sillón, Middleton se fue derecho a un lavabo y se miró al espejo. Tenía glóbulos de sangre en la barbilla, las mejillas, los pómulos y en el labio superior. Partió en pedacitos el papel de seda y se los aplicó al rostro, donde quedaron bien adheridos, como si su fibra facilitara la congelación del suero de la sangre. Luego se unió también al grupo de afuera, cuyas caras estaban tan moteadas como la suya. Felizmente, pensó con tristeza, el «día del afeitado» no era más que dos veces por semana. Un raspado así, repetido con más frecuencia, sería una cosa horrible para un hombre.

Una vez oyó una campana de sonido grave: tres veces —una pausa—, otras tres veces —nueva pausa.

—¿Qué campana es esa? —preguntó a Hyde, que estaba a su lado—. No es la campana del reloj de la torre, ¿verdad?

—No —dijo el otro—. Es la campana de la torre del fuego. Se oye en diez millas a la redonda. Ahora está tocando porque

se ha escapado un recluso. Pero todos los labradores a unas millas de distancia han sido ya avisados por el teléfono rural, y ya han salido en todas direcciones pelotones de vigilantes. El recluso, pobre diablo, será atrapado. No tendrá armas, ni dinero, ni nada que le sirva de ayuda. Y luego…, luego irá a parar a otra sala distinta.

Middleton no dijo nada. Había algo de ominoso en aquella campana; parecía decir que si el Estado declaraba que un hombre debía permanecer allí, allí debía estar.

Se fumaba mucho y se masticaba también mucho tabaco; pero a nadie se le permitía que tuviese cerillas, y cuando alguno necesitaba lumbre para su pipa o su cigarrillo iba obedientemente al jefe de los vigilantes, el cual tenía la amabilidad —algunas veces no la tenía— de encenderle una cerilla. Para muchos, el masticar estaba a la orden del día, y había numerosas escupideras distribuidas por allí; pero ya podía Dios ayudar a aquel que no tenía tino al escupir, pues se le hacía coger un cubo y una bayeta para quitar la prueba de su mala puntería. Un alemán viejo, de ojos acuosos, era el encargado de hacer a diario el trabajo sucio y desagradable de la sala. Limpiaba los retretes, fregaba el cuarto de baño y lavaba las escupideras; pero siempre murmurando para sus adentros con gran rapidez.

—¿Quién es? —preguntó Middleton a Hyde el segundo día.

—Ese es Jesucristo —dijo el otro sin sonreír—. No puedo decir si practica la humildad de nuestro Salvador. Se llama Adolph Krausmeier, y era labrador en una ciudad de Illinois, creo que en Danville.

Y así le fue dado ver a Jerry Middleton que la limpieza de la sala en que él estaba corría a cargo del Salvador de los hombres. En realidad, este mundo de ilusión, de chifladura, de extravagancia y de ficción imaginativa no era un mundo tan loco, después de todo. En el fondo de toda su locura latía una fuerza sardónica de lógica y de razón.

No tardó mucho tiempo Jerry Middleton en aprender a

jugar al «whist»; pero un día que jugaba con Keane, Wall y Phelps se quedó un poco sorprendido al oír al poeta de ojos negros, en respuesta a una mala jugada del ex actor:

—¿Por qué no jugaste ese triunfo, Keane?

—No creía que fuera una buena jugada.

—¿Qué? Estás loco, hombre. Ya lo creo que hubiera sido una buena jugada. Has cometido una locura dejándola perder.

—Naturalmente que estoy loco —dijo Keane mientras barajaba las cartas—. Si no lo estuviera no estaría aquí, ¿verdad, Phelps?

—Claro que no —asintió Phelps con una sonrisa—. Todos estamos locos; pero vosotros tres lo estáis un poco más que yo. Muy bien. ¿Qué puesta haces, Jonathan?

De este modo, Middleton se enteró de la extraña psicología del manicomio, donde unos hombres encarcelados por el solo hecho de estar locos admitían por razonamiento la lógica de estar allí, aunque en el fondo de sus almas secretas se burlaban de esa misma posibilidad. La acalorada acusación: «Te digo que estás loco» se repitió más de una vez en los días siguientes; pero la invariable respuesta a ella era, poco más o menos, la siguiente: «Sí; pero no tanto como tú; tú llevas aquí cinco años y yo sólo llevo dos».

Un día un recluso se enfadó mucho de pronto con otro, aunque su puño no llegó nunca a la barbilla de su adversario. Acudieron en el acto una docena de reclusos y los dos vigilantes, y separaron a los contendientes. Aquella tarde desaparecía misteriosamente el agresor: lo habían trasladado a la «sala mala»; que así es como se castigaba a los que de un modo conceptible no sabían distinguir la razón de la sinrazón.

Así como desaparecían de cuando en cuando varios reclusos de la sala
A-1
—y Jerry Middleton no llegó a conocer nunca a los cincuenta y cuatro—, llegaban otros de la misma manera misteriosa. La aparición de algunos de ellos era invariablemente la señal

para suspender el juego de naipes, y entonces el recién llegado se veía rodeado de muchos hombres.

—Di, ¿dónde está Horace Bonn? Sí, el individuo que quería abrir un agujero en el centro de la tierra. ¿Estuvo contigo en la L-3? ¿Y Beemans? He oído que a Tom Ashwode le trasladaron a la L-3 por tratar de guardarse un cuchillo en la mesa. ¿Has visto a Wilbur Twain últimamente? Oye: ¿estuviste en la sala D-8 cuando saliste de aquí? ¿Qué ha sido de aquel pobre Randall, el que tenía los bigotes caídos, que fue a la D-8? Buena persona. ¡No digas tonterías! ¿Paresis? Creo que sí. ¿Se ha ido? ¿A la sala de parésicos?

Así se deslizaban las conversaciones. Aquellos seres humanos enjaulados absorbían con ansia las noticias de los que habían estado con ellos algún tiempo y habían pasado por la tierra misteriosa de «otras salas». Su único periódico eran los reclusos que volvían a la sala A-1.

Había muchos individuos extraños, raros, tan silenciosos y reservados, que Middleton no pudo entablar conocimiento con ellos, y Hyde, por su parte, no hizo el menor esfuerzo para presentárselos. Se sentaban o andaban por allí, en su mayor parte, con las manos a la espalda o de brazos cruzados, perdidos en sus sueños, mostrando rasgos singulares de conducta, que no explicaban en modo alguno las cosas extrañas que se desarrollaban en los extraños cerebros de detrás de sus extraños ojos. Pero a otros Middleton los sumaba en seguida a la lista de sus conocimientos hechos en este mundo trastornado.

Conoció a John Chassevain, que había sido decorador de interiores; un hombre alto y delgado, con un bigote negro, de

puntas tan enceradas como el piso. Tenía una cara pálida, hundida, de enfermo, y unas manos blandas que delataban una vida anterior demasiado limitada, tanto física como mentalmente. Chassevain tenía la creencia de que mientras lucía el sol él se quedaba paralítico de medio cuerpo para abajo. De los cincuenta y cuatro hombres, sólo a él se le permitía permanecer en la cama los días de sol, y allí pasaba el tiempo esos días, pintando, con lienzos y pinturas. Los días nublados se levantaba y deambulaba por allí, tan sano y tan bien como los demás. Pero una mañana nublada se levantó y se vistió. Parecía que no iba a haber sol en todo el día. Después del almuerzo, Chassevain se puso de pie, detrás de uno de los jugadores de cartas, para seguir la partida. De repente, el astro rey salió con gran brillantez por detrás de unas nubes, y al instante se le doblaron las piernas y cayó al suelo. Le llevaron a la cama, y no recobró el uso de sus miembros inferiores hasta la caída de la tarde, en que se presentó a cenar como si tal cosa.

Allí estaba Billy Hackdorn, «jockey» en su tiempo. Delgado, pequeño, de cara muy morena, casi española, y de modales bruscos y libres, era la personificación de la vida del deporte. En efecto: Billy Hackdorn conocía los nombres de todos los caballos famosos y de todos los jinetes célebres que habían corrido desde Melbourne o Louisville, y por lo que hace al conocimiento que Hackdorn tenía de las carreras australianas, Jerry Middleton estaba en condiciones de reconocer que el otro sabía de lo que hablaba. Pero Billy Hackdorn sabía muchas cosas más: sabía que tenía millones de dólares, que tenía en Suiza un castillo cuyos muros eran de oro macizo, que una fuente que había en ese castillo arrojaba agua que contenía diamantes. Billy tenía también una hijita, graduada a los cinco años de edad en la Universidad más famosa del mundo, y ahora estaba a punto de casarse con un duque inglés que poseía una fortuna de cien millones de dólares. ¡Pobre Billy Hackdorn! Había llegado su hora y él no lo sabía, pues

padecía paresia incipiente. No toleraba que se le discutiese ninguna de sus manifestaciones dogmáticas, y una vez que Jerry Middleton se atrevió cortésmente a manifestar su disconformidad con una de ellas, se puso furioso, casi apoplético, aunque lo pensó mejor y retiró el puño.

También estaba allí el profesor Marcus Wilder. Era un hombre ya viejo, vestido siempre con un traje negro muy usado y reluciente, de corte antiguo, con faldones, una camisa blanca y corbata negra de lazo bajo un cuello almidonado de forma de ala de murciélago: la indumentaria de hace tres décadas. Su cara era la de un hombre de estudio, un idealista, y el pelo en desorden, muy teñido de blanco, coronaba una frente alta y pensadora.

—El pobre Wilder —había explicado Hyde a su amigo— es un ex profesor de Matemáticas que se derrumbó tratando de explicar a sus colegas que el tiempo y el espacio, dos entes, al parecer completamente distintos, eran sencillamente afines y dependían el uno del otro. Tal vez si hubiesen aceptado esta premisa se hubiera salvado; pero ahora está completamente ido, y hoy tiene mil ideas falsas donde sólo tenía un concepto equivocado del tiempo y del espacio.

—¡Pero por Dios! —exclamó Middleton—. Esa idea suya no era otra cosa que la teoría de Einstein, ¿no?

Hyde asintió:

—Sí; pero Marcus está aquí dentro y Albert está fuera. En muchas cosas, amigo mío, hay poca diferencia, muy poca, entre estar aquí dentro o fuera.

—En verdad, Howard —había exclamado Middleton ese día con admiración—, que usted parece saber un poco de todo. La teoría de Einstein, Geología, Medicina…, ¿qué no ha leído usted? Supongo que habrá usted estudiado toda la teoría de Einstein, ¿no?

—En realidad, sí; aunque no completamente. He comprobado todas las ecuaciones de su teoría, excepto una. Y las que siguen dependen de la verdad de esa una. Por eso

estoy esperando a que llegue aquí alguien con un cerebro de clara concepción matemática que pueda ayudarme a verificar la verdad o falsedad de esa dudosa ecuación. Y si la acepto es seguramente que estoy loco, ¿no es así? —y al decir esto se había sonreído.

Se hallaba también en el establecimiento Milo Davis, un hombre bajito, de unos cuarenta años, aspecto amable y ojos azules. Había sido barbero en Centralia, Illinois, y a causa de haberse apoderado de él la manía de que un viajante había tenido relaciones ilícitas con su esposa, entró en el cuarto del hotel que ocupaba el sospechoso, y estando éste durmiendo le seccionó a sangre fría la garganta con un cuchillo. Gracias a la influencia política de la pequeña ciudad, se le recluyó en Birkdale, en vez de mandarle a un manicomio de criminales delincuentes.

Otro habitante de este extraño mundo era el doctor Charles McFell, un hombre alto, torpe en el andar, de ojos vivos y lengua afilada. Era algo sarcástico, muy dado a la lectura, y la ropa le sentaba muy mal. Hyde le explicó así su caso:

—McFell decidió eliminar los medicamentos en el ejercicio de su profesión y empezó a usar polvos inofensivos. Varios de sus enfermos murieron; se analizaron sus medicinas y lo recluyeron aquí. ¡Figúrese! —añadió Hyde irónicamente—. ¡Atreverse un médico en estos tiempos a intentar curar enfermos sólo por medio de la sugestión! Sin embargo, el hombre no hacía más que anticiparse a todo lo que hoy se practica en el campo de la Psicoterapia —y añadió, con más ironía aún—: En realidad, McFell sólo padecía una ilusión: la de creer que las medicinas por sí mismas no tienen ningún poder curativo. ¡Imagínese cuáles serían sus probabilidades ante un tribunal de doctores! Ninguna, puesto que aquí lo tiene usted, probablemente para toda su vida, porque creo que no tiene parientes ni amigos que puedan pedir su libertad y a quienes pueda ser entregado bajo palabra —había hecho una pausa—. La víctima de una ilusión tan benigna como la suya,

Jonathan, puede salir a veces; únicamente los individuos que padecen manía persecutoria son los que están aquí durante toda su vida.

¡Manía persecutoria! A Middleton le parecía que iba a estar siempre oyendo estas palabras.

Otro de los que allí estaban era Luke Donneley, ex marinero de los Grandes Lagos, alto, rubio e infantil. Le habían abandonado en otro tiempo en la isla de la Amistad, frente a Sault Ste. Marie, Canadá, en el lago Superior, y estuvo a punto de perecer de hambre. Una vez rescatado, parece que empezó a prevenirse contra otra terrible contingencia como la pasada, pues continuamente se llenaba los bolsillos, las fundas de las almohadas, su cajón de a bordo, sus maletas y hasta los zapatos, que no usaba, de pedazos de pan y de galletas rotas. Y no podía perder esa costumbre. El horror al hambre se había apoderado de él. Y ahora mismo, todos sus bolsillos presentaban un bulto sospechoso. Junto a él olía siempre a pan, y sus ojos no se separaban nunca de la mesa del comedor donde hubiera más cortezas.

Herman Daufferdonck era un hombrecillo rechoncho, de grandes ojos azules, tupé rubio y una barba amarilla, corta y puntiaguda. Su cara aniñada, de indiscutible origen germánico, cuadraba muy bien con su nombre ultrateutónico. Su hija se había casado con un individuo que luego la abandonó, y Herman perdió la razón. Había intentado purificar de su estigma la sala donde se efectuó la ceremonia, rociándola profusamente con gasolina y prendiéndola fuego. Una manzana entera de edificios comerciales, que representaban un millón de dólares, se convirtió en humo antes de que aparecieran los bomberos. Y aquí tiene usted a Herman.

Sánchez Camponi era un joven español, que padecía lo que Hyde llamaba «locura caótica o pasmosa». Exactamente igual que el muchacho italiano de la Estación Psicopática de Detención; este joven se pasaba las horas sentado, como en

eterna meditación, tratando, indudablemente, de rasgar el velo en que estaba envuelto. No hablaba nunca; sólo sabía comer y arrastrarse silenciosamente todas las noches hasta la cama.

Otros países, además de España, había representados en aquella abigarrada pandilla. China había contribuido con un representante. En efecto, el mismo chino que había estado con Middleton en la Estación de Detención de Chicago llegó a la sala al día siguiente del ingreso de Jerry, y siempre que veía a su antiguo bienhechor le sonreía perceptiblemente.

Un negro de cabeza lanosa, llamado Peter Hodd, completaba el trío de razas orientales y tropicales que había en la sala

A-1.

A Peter, según supo Middleton, se le había metido en la cabeza, a fuerza de jugar a los dados, que si un hombre comía dados o tomaba una disolución acuosa de ellos tendría una suerte especial en este juego. Le habían llevado a la Estación Psicopática de Detención cuando se le encontró cociendo todo un centenar de dados para disolverlos.

—Peter —había comentado Hyde tranquilamente— es lo bastante desgraciado para tener una sencilla superstición de negro; pero aquí está y aquí se quedará probablemente.

Alexander Howe era uno de los primeros conocidos de Jerry Middleton. Hombre muy flaco, de cara tan afilada como una navaja barbera, pero siempre amable, se pasaba el día leyendo su libro de oraciones, pues era un verdadero cristiano en toda la extensión de la palabra. Cada veintiocho días —el mismo periodo de tiempo de la revolución de la luna alrededor de la tierra y de la maduración del óvulo— se ponía «violento». Su fervor religioso aumentaba gradualmente durante los días que precedían a esta «violencia», hasta que la víspera se ponía a golpear en las chaquetas de los reclusos y a decir que esto y aquello y lo de más allá era todo voluntad de Dios. A las veinticuatro horas se le trasladaba a una sala de

furiosos, donde se daban baños calientes y se empleaban otros procedimientos de efectos sedantes. Allí, Jerry Middleton — durante el segundo y tercer días de su estancia en la sala
A-1
— oyó a Howe gritar y cantar himnos, subido a los barrotes de su ventana como una mosca, según contaban los enfermos que habían estado con Howe en la misma sala, y su voz, antes tan débil y suave, podía oírse ahora en todo el manicomio. Dos días después se le pasaba el ataque, por lo que al cuarto día de estar Middleton en la
A-1
volvió Alexander Howe, tranquilo y amable, dispuesto a pasar otros veintisiete días de vida apacible. Howe había sido un buen telegrafista de ferrocarriles y el exceso de trabajo le había traído aquí.

Walter Casler era un joven muy pálido, de aspecto casi femenino. Tenía veintitrés años y había sido empleado. Era la antítesis de Dimitri Brusiloff, el agoráfobo, y su perturbación cerebral era naturalmente opuesta a la de Brusiloff: Casler era claustrófobo, es decir, le inspiraban un profundo terror los lugares cerrados. No podía meterse en un ascensor, en una habitación pequeña, en una escalera. Finalmente, la Policía le había detenido por no haberse atrevido a entrar en su casa. Aquí, en el manicomio, tenía que vivir en un espacio cerrado por paredes, pero era un lugar amplio y las paredes eran altas. Hacía un trabajo que le daba derecho a ocupar una habitación particular; pero no la utilizaba, pues todas las noches le tendían un catre plegadizo en un rincón de la sala y allí dormía, libre del terror de cuatro paredes y un techo que estuviesen demasiado juntos.

Su animoso compañero en este sitio de extrañas amistades era Henry («Hank») Evans, occidental. Por las muchas películas que Middleton había visto en los cines de Melbourne, Jerry se figura invariablemente a los americanos occidentales como hombres corpulentos, con sombreros de

fieltro de anchas alas, piel curtida por el sol y revólveres de seis tiros oscilando en las pistoleras de cuero de sus cinturones. Como en el caso de «Hank» Evans, sabía que siempre se les llamaba Hank. Pero Evans, el ex Wyomingita, desmentía a Hollywood, pues no era nada de esto, sino, por el contrario, un hombre bajito, delgado, de unos treinta y tres años, que llevaba un pañuelo blanco de seda, tenía pelo negro, liso, bien peinado, con raya en el centro, y lucía un bigote también negro, muy pequeño.

Vestía traje del mejor corte y paño, y sobre su nariz descansaba un par de frágiles lentes, sujetos a una de las orejas por una cadena de plata. Al parecer, los pájaros de la misma fobia se juntan como los pájaros de la misma pluma, y así Evans entraba y salía del cuarto de aseo de cincuenta a cien veces al día para lavarse las manos, limpiándose así, purificándose, purgándose de la contaminación producida por el mero trajín de vivir. ¡Lavándose siempre! Suspendía una conversación para lavarse aquellas manos, y, si se le hubiese permitido, se hubiera levantado de la mesa entre plato y plato para meter sus delicados dedos en el agua clara de Dios, pues sentía verdadero horror por lo sucio, por el polvo, por los microbios, por ese mundo oculto, microscópico, que se arrastraba, vivía y moría en todas las superficies que proporcionaba el universo.

Peter Johnson era un joven que había sido empleado de un gran almacén. Vestía un traje llamativo, como de tela de saco, con rayas de un vivo color verde y entorpecedores botones cosidos en sus bolsillos triangulares. Calzaba zapatos de un amarillo chillón. Tenía un bigote embrionario, vanidoso; pero, a pesar de lo llamativo de su vestimenta, era descuidado en los finos detalles de su atavío, pues con frecuencia se presentaba a la mesa sin cuello, sin corbata y con los botones de la camisa a medio abrochar. Padecía, según había dicho Hyde a Middleton, *dementia praecox*, enfermedad que ataca a la fuerza de voluntad de la gente joven, entre las edades de

dieciséis y veintidós años; y añadió Hyde que Johnson era sonámbulo, con lo cual causaba gran preocupación y molestia al enorme vigilante nocturno sueco.

Otro de los enfermos era Aaron Hedge, hombre de unos cuarenta años, que había sido en su tiempo dorador de marcos para cuadros. Era agrio, de aspecto arisco, con cabellos ligeramente grises, que le salían en todas direcciones como las púas de un puerco espín. Todas las mañanas recibía por correo un papel de la ciudad, y después de leerlo y de destruir todas las lineas que contenía, para lo cual lo rasgaba en pedazos no mayores de un cuarto de pulgada cuadrada, se metía en su pequeño cubículo, y allí, por medio de una piedra, un trozo de plomo, unos cuantos alambres, una magneto y algunos productos químicos compuestos de sosa calcinada, se ponía a componer una mezcla que había de convertir en oro sólido la piedra o el plomo. La tarea era ingrata; pero Hodge mostraba siempre una grave seguridad en cuanto al resultado final.

Un caso tan raro como cualquiera otro de los que encerraban los muros de la sala
A-1
era el de Daniel D. Curtman, como él se llamaba. Había sido ingeniero civil. Era alto, de constitución fuerte y tenía la cara cubierta en parte por una barba negra bien cuidada. El pelo de la misma le llegaba hasta las sienes, y un bigote negro casaba con el gris de arriba y el negro de abajo. Había estado en los trópicos y el curtido propio de aquella parte del mundo parecía haber impregnado su piel: el pigmento de los ardientes soles del Sur. Era, como Hyde había dicho a Middleton, un verboso periódico, una forma de locura totalmente inclasificable. Cada seis días, bruscamente, empezaba a repetir en voz muy baja estas sílabas sin sentido: «ke-ko-ka», y esta repetición se hacía cada vez más fuerte y más rápida, hasta que al anochecer adquiría tal velocidad, que sonaba como los cascos de un caballo al galope. Quedaba tan

extenuado por este enorme e incesante derroche de energía vocal, que, generalmente, Stonecipher mandaba que le subieran una píldora de morfina. El ataque, aunque menos intenso, le duraba el día siguiente. Después que Curtman salia del sopor producido por la droga, los «ke-ko-ka» bajaban de tono y disminuían de velocidad, hasta que se desvanecían totalmente, y Daniel D. Curtman se quedaba tranquilo y volvía a ser el hombre de buena conducta que se interesaba por todo lo que le rodeaba.

Cuando en este extraño mundo llegaba la hora de retirarse, el vigilante nocturno gritaba fuerte y con gran énfasis desde el extremo de la sala: «¡La hora de acostarse!». Este grito resonaba en toda la fila de habitaciones y se iba recogiendo en otras salas llenas de pacientes menos dignificados, hasta que en todas direcciones se oía el grito de vigilantes y reclusos a la vez: «¡La hooora de acostaaarse!». Y era un veredicto que no admitía apelación; había que suspender al punto todo juego, ya fuese solitario o partida de cuatro. Quince minutos después —a las nueve en punto— se apagaban todas las luces.

Acababa de sonar el ritual grito de la hora de acostarse la noche del 20 de octubre, momento en que Middleton llevaba cuatro días en aquella sala, siete en el manicomio y once entre rejas. Al volverse para ir a su habitación oyó abrir y cerrarse la puerta de la sala. Se detuvo en la de su cuarto y miró con curiosidad para ver quién iba a visitar la

A-1

a esa hora de la noche, y con gran sorpresa vio que el que había entrado no era otro que el joven doctor Odza, con sus gafas de concha puestas y sus llaves de médico en el cinturón. Con un grito de alegría, Middleton se lanzó corriendo al encuentro de Odza:

—¡Gracias a Dios! —dijo—. ¡Al fin llegó la carta! —Miró al joven médico con curiosidad—. ¿Qué le dicen a usted? —añadió con aire de triunfo.

Pero Odza, silencioso, le alargó una carta escrita a

máquina. Al leerla le dio un vuelco el corazón. Decía así:

> Muy señor nuestro: Con respecto a su muy singular petición acerca de la firma incluida en su carta, hemos comparado aquélla con la que obra en nuestro poder, y que figura en un recibo de un par de gafas antiguas, para comprobar hasta qué punto difieren las dos firmas.
>
> Hecha la comprobación, tenemos el gusto de manifestarle que ambas firmas sólo tienen una semejanza rudimentaria, y nuestro perito calígrafo declara, sin lugar a duda, que están trazadas por dos personas completamente distintas.
>
> De usted affmo
>
> s. y s.
>
> s.,
>
> MID-WEST
> TRUST COMPANY
> P. P., D. C. Fambon,
> Gerente

Middleton leyó dos veces la breve carta, sin poder dar crédito a sus ojos. Levantó la vista y se puso blanco y frío o la vez.

—¡Oh! ¡No puede ser! Yo estaba en casa de Fortescue…, y no perdí de vista el recibo ni un momento. Vi que se lo entregó al empleado de la Compañía. Yo… —de repente, su cara se ensombreció—. ¡Malditos sean! ¡Todos están contra mí! ¡Hasta la gente de la Trust Company! ¡Malditos, malditos todos: Fortescue, Searles, Lockwood…; todos ellos quieren tenerme aquí! Esa es la explicación de esta carta embustera —arrugó el papel con fiereza entre sus dedos y lo arrojó al suelo. Sus ojos echaban chispas. El doctor se agachó y recogió la carta arrugada. En su rostro se dibujó una seca sonrisa.

—Tenía razón Stonecipher —dijo lentamente—; tenía

razón. Predijo casi todas las palabras que iba usted a decir.

Y Jerry Middleton se dio cuenta de repente de que una vez más se había comportado de un modo que se ajustaba completamente a la definición de los actos y de la actitud de un paranoico…, de todos los paranoicos. Había visto una conspiración, una trama, una intriga contra él; pero sólo él sabía que esa trama era la cosa más real del mundo. Y siendo esto así, ¿cómo podría deshacerla? Se hallaba, en efecto, ahora en muy mala situación.

XX. Negros rizos y ojos castaños

Jerry Middleton permaneció aquella noche en pie durante largo tiempo, mirando a las tierras tranquilas, bañadas por la luz de la luna, que rodeaban a Birkdale. Estaba persuadido de que había caído en una red y de que la intriga que le había envuelto en ella tenía más largos tentáculos de lo que él imaginó en un principio. Como había visto con sus propios ojos a Fortescue poner en su mesa de escribir, metido en un sobre cerrado, el recibo de aquellas gafas antiguas, y luego entregárselo abiertamente al enviado que fue a buscarlo, y que era el mismo empleado a quien él había visto unos días antes en el despacho de Searles, cuando fue a la Mid-West Trust Company para hacer una pregunta concreta acerca de la hacienda de su padre, la deducción lógica de todo ello era que habían sobornado al empleado para que sustituyese los recibos. Si esto era así, era indudable que Searles estaba complicado en la trama, y al estar metido Searles, también tenía que estarlo Lockwood. Pero ¿por qué?…, ¿por qué? ¿Por qué, en nombre de Dios, no le dejaban libre? Él no perjudicaba a nadie con sus miserables setenta y cinco dólares al mes. ¿Por qué tenía que estar enjaulado como una fiera? Jugar a las cartas durante el resto de su vida…, ver cómo Sam Glasstein dirigía sus notas quejumbrosas a su botella de cristal…, acudir metódicamente al comedor tres veces al día al grito de «¡Todos sentados!», y salir de nuevo de él cuando sonaba la voz de «¡Arriba todos!». ¡Qué vida tan horrible! ¡Qué terrible suerte le estaba reservada! Es preferible morir, se

dijo fieramente, a vivir esta vida sin finalidad, encerrado como un criminal. Sabía que todos los que la sufrían la soportaban gracias a la esperanza que todos y cada uno expresaban a menudo con estas palabras: «Algún día me sacarán de aquí». Pero Jerry Middleton se daba perfecta cuenta de que nadie le sacaría de allí. El maldito historial de su caso, archivado en el establecimiento, lo hacía imposible.

Le asaltó de nuevo el fugaz pensamiento de que quizá estuviese verdaderamente loco, de que tal vez fuese Jonathan Doe, de que todo lo que suponía le había llevado allí no fuese sino el fruto de una imaginación desordenada, de que esa trama contra la cual se revolvía inútilmente no fuese sino un acto beneficioso para salvarle. Pero movió la cabeza con furia, protestando contra esta idea rebelde. Él era Jerome H. Middleton, estaba preso injustamente, era víctima de una intriga.

Empezar a dudar de si mismo era empezar a ser lo que ellos decían que era: un hombre que se había perdido a sí mismo.

Sobresaltado por un ruido que oyó a su lado, se volvió y vio a Hyde, que se hallaba en silencio junto a él, a la luz de la luna.

—¿Qué te pasa, muchacho? —le preguntó éste tuteándole cariñosamente—. Pareces preocupado. No he podido acostarme al ver la cara que tenías. ¿Qué ocurre? —hablaba con gran solicitud y en voz tan baja que el enorme escandinavo que guardaba de noche la sala no podía oírle.

—¡Oh, Howard! —dijo a su amigo—. He sufrido un rudo golpe. Creía tener la certeza de que iba a salir de aquí, y esta noche mi sueño ha caído por tierra hecho pedazos. Pero yo, Howard, necesito salir de aquí. No tengo más remedio. Y te aseguro que no tardaré mucho tiempo.

Hyde le miró pensativo a la luz lunar durante largo rato:

—¿Pero cómo vas a poder irte, hombre de Dios? Nadie ha podido salir nunca de estas salas, cercadas por hierros, sin

tener dinero o amigos fuera de aquí. ¡Ojalá pudiera yo sacarte! Bien sabe Dios que no causarías daño a nadie ni a nada en el gran mundo exterior.

Hubo una pausa durante la cual Jerry Middleton reflexionó profundamente.

—¿Qué ocurriría, Howard —preguntó de repente—, si dos o más enfermos redujeran al vigilante nocturno y le quitaran las llaves? ¿No se ha hecho nunca?

—Sí, se ha hecho —respondió Hyde moviendo la cabeza—; pero infructuosamente. Además de las puertas de las salas hay en la parte delantera y en la posterior una puerta adicional, cruzada por fuertes barras, a la cual tiene que llamar todo el que entra o sale, ya sea de día o de noche, para avisar a un guardián especial encargado especialmente de su custodia. Ni nuestros vigilantes ni los médicos tienen llaves para esas puertas exteriores —movió de nuevo la cabeza—. Salir de aquí, amigo mío, no es cosa fácil.

Middleton no contestó. Luego, de repente, se volvió al otro. Bañaba su rostro la luz de la luna.

—Howard, mírame a los ojos. Dicen que soy un paranoico. ¿Crees tú también que estoy aquí porque soy… eso?

Hyde se quedó perplejo un momento.

—Lo que yo puedo decir, Jonathan, es que muchos hombres se han visto encerrados en un manicomio a causa de una intriga urdida contra ellos, y allí se han pasado años y años —continuó mirando a su amigo—. Pero tú eres el hombre más cuerdo, el más equilibrado que he visto nunca en este sitio.

—Excepto tú mismo, Howard —respondió Middleton tristemente—. Bien sabe Dios que éste no es tu sitio. Howard, dime una cosa: tú no estás aquí por ser morfinómano, ¿verdad?

—No —contestó Hyde con un movimiento negativo de cabeza. Se descubrió el brazo. No tenía las cicatrices de las agujas hipodérmicas—. Jamás he probado un narcótico.

—¿Ni alcohol?

Hyde negó de nuevo con la cabeza.

—No, Jonathan. Lo más fuerte que he tomado en mi vida ha sido una copa de vino de Oporto.

—Bueno, Howard; yo no soy ningún delator ni ningún curioso, y por eso no voy a hacerte preguntas concretas. Pero sé muy bien que estás aquí por algún subterfugio legal. Sabes demasiado acerca de la locura…, más que los mismos médicos. ¿Es…, fue… algún delito?

La cara de Hyde se puso grave.

—Fue un delito, sí; pero yo no era culpable.

—¿Y entonces hiciste que te mandaran aquí? O venías aquí o ibas a la cárcel, ¿no es eso?

—Peor aún —dijo el otro con tristeza—. Dios sabe que esto es bastante malo; pero aquí, por lo menos, se tiene cogido ese precioso hilo que se llama vida.

—¿Entonces te hubiesen condenado a muerte si no llegas a tomar este partido?

Hyde asintió y se puso a contemplar la luz de la luna.

—No hablo muchas veces de mi extraño caso; pero te tengo afecto, te lo tengo desde el principio, y tal vez uno de estos días podamos tú y yo hacernos confidencias mutuas. Mi historia es bastante breve y no se necesita mucho tiempo para contarla.

—Con mucho gusto —dijo Middleton—. Con mucho gusto.

Esta noche le parecía que se asía a este único pilar de cordura, como lo haría un náufrago a un leño. Preguntó de repente:

—Howard, ¿se puede mandar desde aquí una carta?

—Es casi imposible —dijo el otro—. Todas las cartas pasan por las manos del médico, y, según tengo entendido, se destruyen toneladas de ellas —puso amistosamente la mano en el hombro de Middleton—. Ahora tengo que marcharme, amigo mío. Duerme bien… y disfruta de libertad, al menos en sueños.

Y desapareció como si fuera un fantasma.

Jerry Middleton siguió todavía un rato de pie detrás de la ventana enrejada. El envío de una carta a alguien le parecía ahora la única esperanza que le quedaba; pero escribir a Australia, a personas cuyo paradero le era hoy casi desconocido, y esperar semanas y semanas a recibir una respuesta que acaso no se hubiera escrito, no era una solución satisfactoria, ni mucho menos. Con las manos metidas en los bolsillos estuvo en pie otro rato, y luego, silenciosamente, se despojó de sus toscas ropas y se metió con desesperación en la cama.

Durmió poco aquella noche. Por su mente desfilaron mil planes encaminados a conseguir su libertad; pero acabó descartándolos todos, y cuando llegó la mañana se encontró tan lejos de una solución práctica de sus dificultades como lo estaba antes.

Pero aquella mañana ocurrió algo que había de arrojar una luz distinta sobre las cosas y le iba a hacer cambiar todo el curso de sus pensamientos en orden a aquel millar de planes inútiles. Ocurrió esto a eso de las diez. Estaba en pie, mirando con tristeza desde la ventana enrejada de su habitación a las tierras circundantes de Birkdale, contemplando los pájaros tan libres, cuando Joe Blake, el vigilante principal, le tocó en el hombro:

—En la sala hay una señora, Doe, que trae un pase especial y dice que tal vez pueda revelarnos quién es usted.

—Es imposible que pueda decirles quién soy yo —dijo Middleton dolorosamente—. Buscará a otro Doe de por aquí.

Pero Blake movió negativamente la cabeza.

—No, Jonathan; ahora no hay ningún otro Doe por identificar en el establecimiento. De modo que lo mejor es que vaya usted a verla.

—¿Es indispensable?

Blake hizo un signo afirmativo.

—Sí. Trae un pase y una orden firmada por el propio

subdirector, autorizándola para tener una entrevista con usted.

Sin decir más, Jerry Middleton se separó de la ventana, salió de su cuarto y encaminó sus pasos hacia la sala. Al final de ésta, cerca de la puerta exterior, había un banco conventual, muy duro y muy severo, y cuando algún recluso recibía la visita de algún pariente, uno y otro podían sentarse en este banco, cuya silueta se proyectaba en un gran ventanal de cristales deslustrados, en los que también se veía la silueta de las barras de afuera. De este modo, visitante y paciente estaban durante todo el tiempo a la vista de los vigilantes y de los demás reclusos; pero a ninguno de los enfermos se les permitía, mientras duraba la visita, acercarse a menos de cuarenta pies de distancia del banco. Esta regla de los cuarenta pies se observaba con todo rigor.

Blake, que iba detrás de Middleton, fue el primero que habló:

—Este es el señor Doe, señorita —dijo.

Middleton miró con resentimiento a la mujer que había ido allí creyendo que podría revelar a las autoridades la supuesta perdida identidad de Jonathan Doe. ¡Era cosa de risa eso de buscar su perdida identidad! Pero no era una mujer, según advirtió en seguida. No era más que una muchacha; no tendría más de veinte años. Era graciosamente delgada, de apenas cinco pies de estatura, con cabellos tan negros como el ala de un cuervo y unos ojos grandes, redondos y castaños, llenos de espiritualidad. Llevaba un vestido de confección barata, pero recogido con tanto gusto a un lado con un artístico broche de plata, que su figura podía compararse favorablemente con la de cualquier mujer ataviada con un modelo del «Magasin du Louvre», de París. Un gran sombrero, muy elegante, coronaba su negra y brillante cabellera y hacía juego con sus medias negras de seda, y sus zapatos del mismo color, atados con lazos en los que relucían varias piedras. Sus labios eran rojos y sensuales, graciosamente dibujados, y

Middleton empezó a sentir el deseo de ser en realidad el Doe a quien ella quería ver.

—Aquí le tiene usted, señora —dijo Blake—. Siéntese en aquel banco. Es completamente inofensivo; pero, de todas maneras, yo estaré vigilando por la sala en el caso de que tenga usted miedo. Nadie les molestará mientras hable con él.

Estuvo allí un momento más y luego se separó para dirigirse a su despacho, situado al otro extremo. Por el camino se detuvo dos veces para ordenar a los reclusos que se mantuvieran a distancia del banco de la visitante.

Middleton permaneció un momento en actitud un poco embarazosa, y luego habló. Con su ropa de confección carcelaria se sentía algo avergonzado delante de aquella muchacha, tan gentil y tan elegante, que le miraba con gran insistencia.

—Perdóneme, señorita, pero ¿soy yo a quien quería usted ver?

Los ojos de la joven se animaron un instante al verle, y luego asomó a ellos una mirada de duda. Hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¿Es usted… Jonathan Doe? —se sentó en el banco haciendo un gracioso ademán—. ¿No quiere usted sentarse? Yo me llamo Anne Holliston.

Las inflexiones de aquella voz le penetraron como un dardo en el corazón. Aquellos dulces tonos, ¿podía él olvidarlos nunca? Su voz tembló con ansia al responder:

—¡Oh, gracias a Dios! —pudo al fin exclamar—. ¡Es usted! ¡Usted! Anne Holliston… —su voz se quebró—. ¡Pensar que vendría usted…!, la muchacha que me cuidó en Sidney, en el hospital del anciano doctor Harrow. Mil planes había forjado para… —se detuvo. Ella estaba extrañamente inmóvil, y él la miró lleno de turbación—. Naturalmente que usted sabe…, ¿verdad, mi buena amiga…, que yo soy exactamente quien digo ser?

Pero ella movió lentamente la cabeza, y su respuesta fue

débil y triste:

—No, no lo sé. Ayer tarde estuve en casa del señor Jerome Middleton y me reconoció en seguida. Charlamos durante un par de horas de Sidney, de Australia y de aquellos días en que estuvo en el hospital. Hasta me pidió perdón por algo poco caballeresco que hizo allí. E… —dejó de hablar.

Middleton cerró los puños.

—Los canallas que me han encerrado aquí conocen todos los detalles de mi vida. Engañaron hábilmente a las autoridades del Condado, aprovechándose de que yo les ayudé a hacerlo, y ahora tratan de engañarla a usted. Ese hombre, ese farsante que pretende ser yo… ¿se atrevió a pedirle perdón por haberla cogido en sus brazos y besado en la boca un día en Sidney?

Ella asintió, toda confusa.

Él insistió:

—Le habrán dicho a usted que yo me parezco mucho a él, que recogí los pormenores íntimos de su vida cuando estuve de ayuda de cámara de Fortescue y escuchaba sus conversaciones, ¿verdad?

Ella asintió de nuevo.

—¿Le preguntó usted, por casualidad, cuáles eran los títulos de los libros que usted me leía?

—Si, señor Doe, y me los dijo sin vacilar. Está por completo al corriente de todos los detalles relativos a la primera vez que él y yo nos conocimos.

Él la miró descorazonado. En cualquier camino en que se moviese se veía cercado por este anillo de acero.

—¿Y cómo…, cómo se le ocurrió a usted entonces venir aquí a preguntar por…; bueno…, por Jonathan Doe?

—Leí este caso extraño en los periódicos de Denver, que dedicaron gran espacio a la información. En vista de que usted, señor Doe, ha sido el causante de toda esta historia, seré leal con usted y le diré exactamente lo que dijeron los periódicos. Contaban que un loco, un vagabundo que

aseguraba ser el ex prometido de la novia, interrumpió la ceremonia de una boda de la alta sociedad en Chicago; que fue detenido y se vio que era un perturbado, pues se imaginaba que era un joven de Chicago que había alcanzado gran notoriedad en los periódicos de esta ciudad y de las demás poblaciones importantes de los Estados Unidos. Una información posterior, publicada en los diarios de Denver, menos extensa esta vez, decía que este hombre había ingresado en un establecimiento del Estado a causa de su demencia y no haberse podido averiguar su personalidad verdadera —hizo una pausa—. Hubo una tercera información sobre el caso, que publicaron también los periódicos de Denver, que se refería especialmente a una «interviú» telegráfica con un médico del establecimiento, el doctor Stonecipher, en la cual declaró éste que el llamado Doe, una vez afeitado, se parecía extraordinariamente al joven cuya personalidad había asumido; y a otra «interviú» por cable con un médico de Austria…, el doctor Von Zero…; sí, ese era su nombre, quien describió en varios cientos de palabras cómo se había engendrado semejante locura —hizo otra pausa, de apenas un segundo, como para ordenar sus pensamientos, y luego siguió hablando con precipitación—. Yo había conocido al señor Middleton, el joven cuyo nombre había adoptado ese vagabundo, en Australia, y no hacia más que preguntarme con extrañeza cómo podía haber otra persona tan semejante a él, puesto que no era un tipo vulgar, ni mucho menos. Era tanta mi curiosidad, que tomé el tren y vine a Chicago, decidida a verle a usted personalmente. Solicité del secretario del tribunal del condado en Chicago un permiso para verle a usted y hablarle, pretextando que estaba en condiciones de poder, probablemente, revelar su perdida identidad a las autoridades, y aquí estoy.

—¡Pero míreme usted! —exclamó él con vehemencia—. Míreme, Anne. Yo soy el verdadero Middleton. Yo soy aquél. Míreme. ¿No me parezco yo más que ese otro individuo al

muchacho que usted cuidó?

—Nunca vi al hombre a quien yo cuidé —dijo ella con calma—; es decir, no le vi más que la parte más baja y la más alta de la cara, porque sus ojos, el caballete de la nariz, sus cejas y la parte inferior de la frente las tuvo siempre vendadas.

—¿Y… y él? —tartamudeó Jerry Middleton—. ¿Se parece a mí en esto? —señaló sucesivamente a sus ojos, su nariz y su frente.

—Sí, se parece —respondió Anne con calma—. Ahora está pagando una deuda de honor de su padre, y por esto lleva unas gafas antiguas que no le favorecen mucho. Pero si usted se pusiese esas mismas gafas estoy segura de que el parecido sería asombroso.

Jerry sacó de un bolsillo de su americana el par de gafas que nunca había abandonado.

—Míreme ahora —dijo—. ¿Me sigo pareciendo?

—Se parece tanto a él —dijo ella, perceptiblemente maravillada— que…, que si estuviesen vestidos lo mismo no sabría distinguirlos. Sus actitudes, sus tipos no son exactamente iguales; pero esto nada me dice a mí, pues tiene usted que tener en cuenta que no he visto a Jerome Middleton desde hace varios años, y cuando le vi tenía la cara llena de vendajes.

Él se quitó las gafas de los ojos.

—¡Oh, Anne…, Anne! ¿No hay algún medio que me permita demostrar mi personalidad? Pregúnteme lo que quiera y verá cómo le contesto con toda exactitud, Anne: a mí me ofrecieron dinero, miles de dólares, para hacer esas cosas que han contribuido directamente a que yo me vea aquí, y yo, confiado en ganarlos, pensaba invertirlos en buscarla a usted…, en encontrar a aquella muchachita cuyos labios se unieron a los míos una vez en la vida…, que estuvo un día un minuto en mis brazos…, y que luego desapareció de mi vida completamente.

—¿Y le ofrecieron miles de dólares? —preguntó ella con manifiesta inquietud en su voz.

—Sí. Diez…, cinco…, veinte mil dólares sucesivamente.

Ella guardó un silencio extraño, como si estuviera aturdida. Luego habló:

—Ya me advirtieron ellos que me diría usted esto, que debía prepararme a oír de sus labios las historias más extrañas y fantásticas.

Los ojos de Jerry revelaban un gran abatimiento.

—Al parecer soy un caso perfecto.

—¿No tiene usted ningún recuerdo, sea cual fuere —preguntó ella de repente— de su verdadera personalidad antes de que asumiera la de Jerome Middleton? O…, o tal vez no debiera preguntar esto —añadió, un poco asustada de su atrevimiento.

—¿Recuerdos de mí mismo, como Jonathan Doe? —preguntó, confundido. Estaba anonadado—. No puedo tener ninguno, puesto que soy Jerome Middleton. ¿Cómo voy a tenerlos? Esos recuerdos que tengo, que dicen ser falsos, y que, según aseguran los médicos, proceden de libros, de cartas y de conversaciones, son verídicos. Mi doble es quien juega con los falsos. No me extraña que le hablara tan concretamente de aquellos días de Sidney… Hablé tanto de ellos una noche en casa de Fortescue…

—El señor Fortescue parece un hombre muy recto —dijo ella con calma—. A mí me produjo buena impresión. Le ha causado un gran disgusto todo lo ocurrido y está muy apenado por usted.

Lo que más hubiera deseado Middleton en aquel momento era tener el cuello de Fortescue entre sus manos. ¡Maldito sea! —pensó lleno de ira—. ¡Maldito mil veces! Si tuviera el cuello de ese hombre entre mis manos en este momento, le estrangularía sin piedad. Le hundiría los dedos en la garganta hasta que exhalara el último suspiro. Eso es lo que haría con ese canalla. Y en alta voz añadió:

—Ya pagará todo ese hombre algún día, y espero ser yo quien haga que lo pague.

—Y por eso, precisamente —dijo ella en tono de reproche—, es por lo que está usted aquí. Quiere usted vengarse de una injusticia imaginaria, hacer desaparecer a sus imaginarios enemigos, y por eso, según me han dicho, le han encerrado aquí: para librarle hasta de usted mismo.

Middleton guardó silencio. Ya sabía por qué se encerraba a los verdaderos paranoicos…, aunque tuviera la mitad de los sentimientos homicidas que él abrigaba.

—Hágame alguna pregunta —dijo él, furioso—. Pregúnteme algo. Yo le probaré a usted que soy Jerome Middleton.

Ella movió la cabeza con desaliento.

—No puedo preguntarle nada —dijo—. Al principio tenía una vaga idea de que todo esto no fuese más que una broma, y para cerciorarme de si era así pregunté al señor Jerome Middleton. Pero, vea usted, ya ha contestado él perfectamente a todas mis preguntas.

—¿Y no ha dejado usted nada para mí? —dijo él con amargura.

Anne movió negativamente la cabeza, pero parecía intrigada.

—¡Si no fueran ustedes tan semejantes, que se parecen como dos guisantes de la misma vaina, y si no conocieran ustedes dos tan al dedillo la vida pasada de Jerome Middleton…! Porque esto es lo asombroso.

—Entonces —dijo él— usted reconoce que en esto hay algo extraño, ¿no es así?

—Sí, en efecto; lo hay. Pero ellos dicen que ese mismo parecido es lo que hizo que se apoderase de usted esta locura.

Él lanzó un gemido:

—Su semejanza a mí es lo que les ha hecho a todos ellos elegirle para que ocupe mi puesto. ¿Pero qué es lo que quieren? Esa es la cuestión. ¿Qué es lo que pueden perseguir?

—después de una pausa añadió—: Pero no voy a dejarla salir de aquí, señorita, con la creencia de que soy Jonathan Doe, un demente. Yo…

La joven fue a levantarse.

—Voy a llamar al vigilante.

—Le ruego que se siente —dijo él con tristeza—. No le pondré ni un dedo encima. Si lo hiciera me llevarían a un sitio mucho peor que éste. Y si estoy loco, tengo, por lo menos, la lógica del lunático. Anne… —se inclinó, suplicante, y puso una mano sobre las de la muchacha, la cual las retiró, con suavidad, pero con firmeza. Jerry se sonrojó y no volvió a hacer un movimiento semejante. Anne, no juegue conmigo, por favor. No juegue conmigo.

—¿Y qué querría usted que hiciese?

—Ayúdeme de algún modo a salir de este sitio para que pueda demostrar la existencia de esa trama monstruosa urdida contra un hombre cuerdo.

Ella guardó tan largo silencio, durante el cual le estuvo contemplando por debajo de su elegante sombrero, que creyó no volvería a oírla hablar. Pero al fin llegó su respuesta.

—Bueno; voy a decirle lo que estoy dispuesta a hacer. Me he decidido a ello sólo desde hace veinte minutos. Existe —siguió diciendo lentamente— una probabilidad de que usted sea víctima de una intriga y ese otro hombre un impostor. Pero la psicología del paranoico, según leí anoche, antes de venir hoy aquí, hace también probable que usted tenga lo que se llama una transferencia de personalidad, unida a un seudo recuerdo. Habla usted de jugar —añadió mirándole a los ojos—. Señor Doe, si fuese usted Jerome Middleton, y claro es que así lo piensa, tendría usted una renta anual de novecientos dólares, según el testamento de su padre. Eso, al menos, lo creerá usted.

—Lo sé —respondió él—. Lo sé; pero usted no. Siga, haga el favor.

—Yo soy pobre —dijo ella bajando la cabeza—, más pobre

de lo que usted se imagina. No tengo padres, ni tíos. Todas las prendas que llevo me las he hecho yo misma. Tengo una hermana, enferma desde hace mucho tiempo, que necesita un tratamiento que sólo puede proporcionarle el dinero: sol, buena alimentación, viajes y gran tranquilidad de espíritu. Un año de este tratamiento costará, según mis cálculos, novecientos dólares, por lo menos —hizo una pausa—. Si usted fuese, por casualidad, Jerome Middleton, recibiría durante los próximos doce meses novecientos dólares de la hacienda de su padre, y esa cantidad sería una merced del cielo que haría de mi pobre hermanita una nueva persona —hizo otra pausa—. Si yo ayudara a fugarse a un individuo que está bajo la tutela del Estado, cometería un grave delito, y yo no sé si usted es Jerome Middleton o un enfermo desconocido. Pero estoy dispuesta a hacerlo. Correré la suerte con usted y jugaré, para ganar si acierto, y perderlo todo si me equivoco.

—¿Y qué…, qué debo hacer? —preguntó él con ansiedad.

—Le pediré que firme un pagaré a mi favor de los novecientos dólares, con el cual yo podría retener los próximos doce pagos mensuales de setenta y cinco dólares que debe usted cobrar de la hacienda de su padre, Digby Middleton; en el supuesto, claro está, de que sea usted Jerome Middleton.

—¿Y usted…, qué hará por mí?

—¿Que qué haré yo por usted? En primer lugar, su pagaré no tendrá más valor que el del papel en que esté escrito, a menos que usted se vea libre de la acusación de demencia ante los tribunales de justicia. Esto significa que tengo que facilitarle el medio de que se escape y preparar un plan para que se esconda después. Eso es lo que yo haré por usted. Dentro de una semana traeré una o varias herramientas; usted me dirá lo que necesita y cómo puedo procurármelo. En la noche que acordemos en esa visita le esperaré a medianoche, con un pequeño coche Ford alquilado, en algún punto de las afueras de este establecimiento. La elección del sitio la haré

yo, que estoy afuera, y no usted, que está dentro. Como digo, le esperaré, le llevaré, atravesando Illinois, a Indiana, que es el Estado limítrofe más inmediato, a través de la cinta vital estratégica conocida con el nombre de «línea del Estado» —hizo una pausa—. ¿Me comprende usted?

—Si, sí, Anne —dijo con afán—. Siga usted, haga el favor.

—Se producirá un gran revuelo. Jerome Middleton, el señor Fortescue, los abogados, los empleados de la Compañía de depósitos, todos los que tienen alguna relación con la hacienda de Middleton, ofrecerán recompensas por su captura, y me supongo que las ofertas serán tentadoras. Y, lo que es peor aún, todos los periódicos publicarán todos los detalles de estas recompensas, y de ellas hablarán todas las ciudades y todos los habitantes en un radio de cien millas. Si intentara usted ocultarse con sus propios medios estaría usted perdido, pues seguramente le cogerían, porque su cara la conocen en todas partes debida a la publicidad dada al testamento del señor Digby Middleton. A mi modo de ver, no hay más que un medio de que pueda usted estar libre de la sospecha de ser un paranoico fugado, del cual se habla en cuatro Estados. Ese medio es casarse conmigo, vivir juntos en alguna ciudad apartada y tranquila, en una habitación alquilada a una familia particular. En otras palabras: esto significa que tan pronto como sea posible —mañana tengo que empezar a preparar esto, procurándome en alguna ciudad de Indiana una habitación, que alquilaré a nombre de «Señora de…», como corresponde a una mujer casada, y diré que espero a mi marido dentro de una semana. Según tengo entendido, en Indiana es donde se suele pasar por alto con más frecuencia el requisito de la residencia legal de los contrayentes; así es que la noche que huyamos tendrá que casarnos algún sacerdote rural en la línea de Indiana, como si fuéramos una pareja de novios fugados, de manera que podamos vivir como marido y mujer en el cielo del refugio que yo tendré alquilado. Y después, que Dios me ampare si pierdo en la lucha legal que

ha de seguir. Tendré unos cien dólares, nada más; cien dólares para un abogado, bueno o malo. Lucharemos en nuestro terreno, no en el suyo; pero ellos tendrán miles de dólares para pelear contra nuestro mezquino centenar. Si pierdo, entonces me habré casado con un lunático y violado las leyes de Illinois al ayudarle a fugarse; si gano, su pagaré será válido y estaré libre para seguir mi vida.

Middleton la oía extasiado. Esperó a que ella acabara de hablar, y entonces la contestó:

—Esto va a ser una cosa muy penosa para usted, y si fuera a obrar impulsada únicamente por un sentimiento de bondad y amor a la justicia, yo no podría aceptar sus servicios; pero como ha dado usted una razón puramente monetaria, acepto con mucho gusto. Daré gustoso las próximas doce mensualidades de mi hacienda a cambio de una sola probabilidad de vencerlos. Proporcióneme un abogado, aunque sea de una ciudad pequeña, y un jurado, y los derrotaré —hizo una pausa—. ¿Cree usted que sólo casándonos podremos luchar con probabilidades de buen éxito?

Ella asintió pausadamente.

—Sí, por dos razones. En primer lugar, sólo así podremos presentarnos ante la gente provinciana, que está siempre alerta, y que acabaría por descubrir cualquier anormalidad en nuestras relaciones, si dejáramos que la hubiera. Y tenemos que tener algún tiempo de respiro, tenemos que tenerle a usted guardado hasta que podamos conseguir escritos que le guarden, pues sin éstos le volverían a traer a usted aquí antes de que pudiéramos decir amén. En segundo lugar, la esposa es en América el guardián legal de su marido en los casos de demandas por causa de demencia, y sus derechos, en un juicio de tal naturaleza, están por encima de los de cualquier persona extraña, incluso del mismo Estado, para reclamar la tutela *ad litem*, como se la llama. Usted no está loco en Indiana, puesto que allí no ha sido declarado tal. Pero si la

cosa se vuelve contra nosotros, lo será usted, y entonces la próxima vez lo encerrarán en un manicomio de ese Estado, lo cual significaría para mí que no podría casarme otra vez, pues nadie puede divorciarse de un cónyuge que está incapacitado mentalmente. Como usted ve soy absolutamente franca —hizo una pausa—. Y respecto a si, después de la ceremonia, recibiré o no de usted la consideración que se debe a una mujer, no me atrevo ni a pensarlo.

Él la miró cara a cara.

—Le prometo —dijo con calma— que usted recibirá la máxima consideración. ¿Debo decir algo más?

Ella le miró con curiosidad.

—Sus palabras pronunciadas hoy aquí no son del todo convincentes —dijo—. Si está usted loco, no es probable que sea usted caballeroso fuera de aquí.

—Bueno —dijo él, impasible—; ya está usted camino de saberlo. Porque, Anne, yo… —hizo una pausa—. Pero…, acepto su ofrecimiento. Dígame ahora cuáles son sus planes inmediatos… y cuándo volveré a verla.

—Vendré aquí… —Vamos a fijarlo exactamente— dentro de una semana, pues diré abajo que aún no estoy completamente segura, que tengo que esperar a recibir cierta carta. Y la próxima vez que venga traeré en el pecho la herramienta o herramientas que usted necesite. ¿Qué le parece que debo traer?

—Traiga una sierra para cortar metal —dijo Jerry apresuradamente—. Una sierra de doce pulgadas, que puede comprar en cualquier ferretería. Compre doce hojas, y asegúrese de que encajan bien, antes de llevárselas. Traiga también un pedazo pequeño de jabón, pues el que tenemos aquí es líquido y necesitaré del otro. También me hace falta una cajita de negro de humo…; carbón en polvo. Nada más.

—Cuando venga —dijo ella— le daré detalles de todo lo que haya hecho durante la semana. Ahora vivo en la parte sur de Chicago, y lo primero que voy a hacer es buscar una

ciudad de Indiana y, quizá, una licencia matrimonial, a nombre de Jonathan Doe, que es el que legalmente lleva ahora, y Anne Holliston. Buscaré luego otra ciudad del mismo Estado desde la cual podamos librar nuestra batalla legal… ¡Oh! —exclamó levantándose, con la cara muy pálida y mirándole llena de turbación—. No sé si me equivoco al hacer esto. No sé.

—No tema usted nada —respondió él, levantándose también—. No comete usted ningún error. ¡No me falte, por favor! No cambie de modo de pensar. Es usted mi única esperanza.

Ella movió la cabeza.

—No me arrepentiré, pues necesito imprescindiblemente esos novecientos dólares, y no tengo más remedio que seguir adelante. Otras cosas peores haría para ayudar a mi pobre hermana —se quedó parada uno o dos segundos, como si dudara de lo que iba a hacer, y luego, de repente, dio por terminada la entrevista levantando su mano enguantada y haciendo una seña al vigilante, que seguía siempre atento en el fondo de la sala. Sus últimas palabras a Middleton fueron—: Traeré también un pagaré de novecientos dólares para que lo firme usted. Nada más. Adiós —le tendió la mano, y él la estrechó e hizo una reverencia.

Joe Blake acudió presuroso y la acompañó hasta la salida.

Sonando las llaves se separó de la puerta, después de dejarla bien cerrada, y miró de reojo a Jerry Middleton. Pero se abstuvo de todo comentario y de toda pregunta.

En cuanto a Middleton, se dirigió inmediatamente al cuarto de Pop Clagget, que recibía todos los periódicos de Chicago, y después de leídos los guardaba cuidadosamente, al menos hasta que los vigilantes se llevaban todo su depósito al final de cada mes. El anciano estaba muy enfrascado en su obra de «Filosofía Universal», y, lápiz en mano, volvió sus ojos reumáticos hacia su visitante.

—Pop —dijo Middleton sin más preliminares—, ¿me

permite que vea los periódicos de octubre? —señaló al montón que había debajo de la cama.

—Sí; lo que usted quiera, joven. Siempre que quiera ver los periódicos venga usted aquí; pero no se lleve ninguno, Johnny —y se inclinó para reanudar su tarea.

Lo primero que hizo Jerry Middleton fue apartar todos los periódicos de la mañana y de la noche correspondientes al día 10 de octubre, el siguiente a la noche en que le detuvieron en la iglesia de St. Andrew, y, como esperaba, no había en ninguno de ellos ni una palabra acerca del suceso, ni siquiera el menor suelto del tipo 5 al final de una columna. Pero en cada uno de los periódicos había, a toda plana, un enorme anuncio del Lotsapep: una publicidad como no la había visto antes en ningún diario de los que leía para enterarse de los anuncios de ofertas de trabajo. Siguió repasando los periódicos del día siguiente y de los sucesivos hasta aquel en que ingresó en Birkdale; pero no vio ni una línea, ni el suelto más insignificante, ni la menor mención. En cambio, encontró en todos el enorme anuncio, siempre a toda plana, del Lotsapep, el tónico maravilloso. Habían gastado el dinero como agua. Apiló de nuevo los periódicos debajo de la cama de Pop Clagget, y luego se retiró tranquilamente.

Todo estaba aclarado. No se había publicado en Chicago ninguna información por la sencilla razón de que esos costosos anuncios habían impedido cualquier publicidad que hubiera podido comprometer el honrado nombre de la hacienda de Middleton y del heredero de Middleton. Le habían eliminado de una manera expeditiva, y con tal habilidad le habían hundido en la charca de lo desconocido, como si fuera una plomada, que su inmersión no había producido ningún chapoteo ni la menor ondulación que pudiera advertir a algún curioso de la orilla. Pero la intriga había tenido una consecuencia irónica. Ya no habría que gastar los treinta y cinco mil dólares que esperaba ganar, fiado en las promesas de Fortescue; aquellos treinta y cinco

mil dólares que, con toda probabilidad, no habían existido nunca. El suceso había sido tan extraño que, aunque abortado en Chicago, había sido telegrafiado a las demás ciudades. Y así, con sus fotos y todos sus detalles, la noticia había llegado hasta el único ser —la aguja en el pajar— por quien Jerry Middleton hubiera dado una fortuna hasta encontrarlo. En realidad, esta nefasta trama había logrado más que las falsas promesas de Fortescue. Y la cara de Middleton adquirió una repentina gravedad al pensar que en esta deliciosa muchacha, que iba a correr el albur de casarse con un loco o con la víctima de una intriga, estaba la única probabilidad que tenía de una lucha franca en campo abierto y de desbaratar los planes de aquella camarilla oculta, dirigida por Fortescue, que quería enterrarle para siempre en una tumba viva.

XXI. La preciosa herramienta

Los siete días anteriores a la vuelta de Anne Holliston a Birkdale fueron para Jerry Middleton una eternidad. Nunca había concebido, aun en sus momentos más borrascosos, que un día pudiera ser tan largo. Antes de esto había observado con gran curiosidad la manera como muchos de los reclusos, encerrados bajo llave y rejas en la sala
A-1,
se pasaban el día paseando arriba y abajo como tigres enjaulados, en espera solamente del grito que les mandaba acostarse. Pero ahora él también se había sumado a las filas de aquellos cuyas pisadas sonaban de un extremo al otro incesantes y monótonas en los suelos encerados. La incertidumbre de la espera había llegado en él al grado de la desesperación; estado fácilmente explicable si se considera que al final de esa espera estaban la libertad… y el amor.

En cuanto a éste, Jerry comprendía que en este trance Anne Holliston retenía sus verdaderos sentimientos, sus emociones reales. Le dolió que no le hubiese distinguido de su impostor…; ella, a quien él habría buscado por todo el continente americano…; ella, por quien él se habría gastado hasta el último de los treinta y cinco mil dólares que, según las promesas de Fortescue, habían de llegar a sus manos. Y aún se preguntaba si él no hubiese hecho lo mismo estando en su lugar; si no se hubiera mostrado tan reservado como ella, no sabiendo si el hombre con quien hablaba estaba loco o cuerdo. Movió la cabeza e hizo un gesto de lástima. Ella era una muchacha decidida y valiente, que tiraba los dados,

jugándose su propia vida, para lograr, en beneficio de su hermana, la miserable pitanza que su pagaré podría darle.

¿Le saldría bien la fuga, se efectuaría ese matrimonio a medianoche, le pondrían en libertad en algún juicio en que se debatiera su supuesta locura, podría entonces ganar a Anne por entero, podría convencerla de que el amor que le ofrecía no era el falso y fracasado sentimiento que había tratado de entregar a Pamela Martindale? Si no era así, si estaba escrito que el corazón de Anne Holliston no había de latir nunca por Jerry Middleton, se dijo entonces tristemente que la miserable parte que le había correspondido de la hacienda de su padre sería de ella hasta el último penique durante el resto de su vida. Pero esto, naturalmente, cuando los tribunales declarasen que un hombre cuerdo había sido injustamente encerrado en las salas de Birkdale.

La esperanza es un tónico admirable, como iba Jerry a comprobarlo la mañana del día en que ella debía volver. Howard Hyde, con un ejemplar de la *North American Review* en la mano, se le llevó a un rincón para hablarle.

—Tienes un destello en los ojos, muchacho, y unos colores en las mejillas que no te los he visto nunca. ¿Qué ha sido de todos aquellos deseos tuyos de salir de aquí? ¿Los has tirado por la borda?

—No —dijo Middleton—; no, Howard. Pero cada cosa llega a su tiempo —miró al otro. Se le había ocurrido una idea repentina—. Necesito hablarte, Howard. ¿Quieres quedarte fuera de la partida de cartas después de la comida de mediodía?

—Con mucho gusto —dijo el otro. Y después de mirar a Middleton con cierta curiosidad volvió al artículo que estaba leyendo.

Dieron las doce, y la muchacha no llegaba. Jerry Middleton empezó a sentirse vagamente inquieto. ¿Se habría pasado a sus enemigos y obtenido de ellos los preciosos novecientos dólares? Era indudable que pagarían muchas veces esos

novecientos dólares a cambio de eliminar a una mujer dudosa del camino que había de asegurarles su encarcelamiento. Aunque tal vez, Anne Holliston no se hubiera dado cuenta de esto, y así lo esperaba, con fervor. Lleno de ansiedad empezó a andar arriba y abajo.

Pero poco después de la comida del mediodía, que había consistido en carne de vaca y remolacha cocidas, pan y jarabe de maíz, sonó el timbre de la puerta exterior de la sala, y entró ella, introducida por Joe Blake. Con el corazón palpitante, Jerry se dirigió al extremo de la sala, y mientras Blake se volvía a su despacho, el joven se sentó en el banco al lado de la muchacha. Vestía también de negro, pero hoy llevaba un elegante vestido de terciopelo, tan «chic» como el de la vez anterior, y con sus ojos de suave color castaño parecía una flor tenue y frágil. Observó también que debajo de aquellos hermosos ojos había unos círculos que denotaban preocupación. De buena gana la hubiese cogido en sus brazos y atraído hacia él, como si fuese un niño; pero se miró a sí mismo y se dio cuenta, avergonzado, de que era todavía un caso y de que estaba vestido con las toscas prendas confeccionadas en presidio.

—Temía que no viniera usted —fueron sus primeras palabras—. Empezaba a sentirme como un tigre enjaulado.

—Ya le dije que vendría —dijo ella mirándole gravemente —. Y aquí estoy…, preparada para todo.

Él se inclinó hacia adelante.

—¿No está usted ya más convencida de que a quien ayuda es al verdadero Jerome Middleton? Observe que dice usted que está preparada para seguir adelante con su plan para libertarme.

Ella movió la cabeza con lentitud.

—El problema es demasiado complicado para mí. Si hubiese conocido bien al verdadero Jerome Middleton, si le hubiera visto en circunstancias ordinarias, tal vez podría haber formado una opinión; pero tanto usted como Jerome

Middleton —o usted y su usurpador—, cualquiera que sea el caso, son relativamente desconocidos para mí.

—¡Oh, Anne! —dijo él—. Me doy cuenta de lo que está usted pasando, de la tortura de su cerebro por no saber cuál de nosotros es el auténtico. Lo comprendo. En cuanto a la otra cuestión, tenga usted ánimos. Le aseguro que no hay cuidado.

Hubo un momento de silencio y luego habló ella en un tono de voz muy bajo:

—¿Hay alguien que pueda oírnos?

—Nadie —dijo Jerry con un movimiento negativo de cabeza—. El reglamento manda que las puertas de todos los cuartos estén abiertas en todo momento, bien sea de día o de noche, y al venir hacia aquí pude ver que no había nadie en ninguna habitación a una distancia menor de cien pies de este banco. Podemos hablar con toda tranquilidad.

—Entonces hablaré y de prisa. Mientras no conozca la verdadera personalidad de usted y la del otro, le seguiré llamando Jonathan. Pues bien, Jonathan, el plan que he trazado es el siguiente: He comprado la sierra de cortar metales y atadas a ella están las doce hojas. Llevo el paquete en el pecho, y en mi bolso la pastilla de jabón y el paquetito de negro de humo. Se lo entregaré todo en cuanto tenga una oportunidad. Veamos ahora el plan de fuga. He examinado con gran cuidado los alrededores de este establecimiento, y por eso no vine esta mañana; y he visto que hay una vía férrea a un cuarto de milla de distancia al sur de aquí. ¿Sabía usted eso?

—Sí —asintió él—. Oímos silbar los trenes cuando pasan y vemos el humo de las locomotoras marcar su rastro en el aire —hizo una pausa breve, como si estuviera embelesado—. Cuando vine a Chicago desde Australia —añadió tristemente —, el tren en que yo venía pasó por estos lugares… Mal podía entonces imaginarme que algún día tendría que verme detrás de las extrañas torres y edificios de piedra, semejantes a cárceles, que desfilaron como un rayo ante mis ojos a través

de los verdes campos —rió con cierto desasosiego—. Pero quizá esté divagando, como sólo puede divagar un lunático. Siga usted, Anne…; señorita Holliston.

—Bien —prosiguió la joven sin responder a sus manifestaciones—; a una distancia aproximada de dos manzanas corrientes de casas, en dirección este de esa vía férrea, cruzándola, hay un puentecito de madera, sobre el cual está instalado un armazón de acero con un juego de señales. En realidad, el motivo de estar allí ese puente es que la línea férrea está tendida en una depresión del terreno. Ese puente de que hablo forma parte de un camino retirado que conduce a una de las principales carreteras de automóviles de Illinois; y en ese puente es donde yo le esperaré con el viejo Ford, que, afortunadamente, sé conducir. Ya he alquilado el coche para esa noche por la suma de diez dólares; pero tengo que dejar en fianza los ciento que destinamos para entablar nuestra lucha judicial, lo cual significa que tenemos que devolver el coche al día siguiente de su escapatoria. Pero de esto ya hablaremos después —hizo una pausa—. Ahora vamos a ver: ¿cuánto tiempo tardará usted en aserrar esos barrotes?

—Puedo aserrarlos —dijo con optimismo— en una hora. Tendré sobrada ocasión de hacerlo, porque el vigilante de noche se sienta al otro extremo de la sala. He examinado detenidamente esas barras, y… no quiero marearla dándole detalles; pero sé lo que me digo. Esta noche, en una hora de trabajo, puedo aserrar por completo dos barrotes, hacer unos cortes en los ocho rebordes y taparlos con jabón ennegrecido para evitar que se vean.

—Entonces, muy bien —dijo ella—. Mañana por la noche, a las doce, estaré a un lado de la carretera, junto al puente a que acabo de referirme, con las luces apagadas. Es de suponer que usted no tenga ningún contratiempo. Ahora hablemos de nuestro matrimonio, sin el cual todos nuestros planes tan bien trazados podrían quedar reducidos a la nada —hizo una pausa —. Leyendo los periódicos de Chicago he visto el nombre y

dirección de un sacerdote que vive al otro lado de la raya del Estado de Indiana, en la carretera principal que entra en él desde esta parte de Illinois. Le llaman el «cura de los matrimonios» de Indiana, debido a los muchos novios fugados de Chicago que casa. Es secretario del Tribunal del condado, a la vez que párroco de su iglesia, por lo cual puede conceder también licencias de matrimonio. Una vez dentro de Indiana, cuanto antes seamos marido y mujer será mejor para nuestro plan, en el caso de que surgiera cualquier complicación. En cuanto al nombre con que hemos de casarnos, elegiremos el de Jonathan Doe, que da absoluta legalidad al matrimonio, puesto que un Tribunal de Illinois, con razón o sin ella, le ha conferido a usted ese nombre. Si usted se casara conmigo con el nombre de Jerome H. Middleton, aquellos con quienes hemos de combatir podrían tener un medio inmediato de privarme de toda jurisdicción sobre usted, como cónyuge suya, declarando que usted no es Jerome H. Middleton, y que, por lo tanto, mi matrimonio es ilegal. Así, pues, en lo que podamos caminaremos por terreno firme. Por consiguiente, la licencia se extenderá a nombre de Jonathan Doe y Anne Holliston. Una vez fuera de la casa del sacerdote, emprenderemos rápidamente la marcha hacia el norte de Indiana.

—A…, ¿adónde? —preguntó Middleton casi sin aliento.

—He explorado el norte de Indiana a fin de buscar un sitio lo bastante alejado del límite de los Estados de Illinois e Indiana, de manera que no pueda usted ser secuestrado por sus enemigos durante el viaje, como lo fue Harry Thaw, y conducido de nuevo a Illinois, de donde le traerían inmediatamente a Birkdale. No me sorprendería que en este caso emplearan este procedimiento. Por eso he ido en dirección norte casi hasta Michigan, a una ciudad que está junto al lago, llamada Kenburyport —una ciudad de fundiciones de hierro que reciben el mineral directamente del lago Superior—. Allí tiene una pensión una señora alemana

llamada Rothappel, y en ella he tomado una habitación, en la que he estado viviendo durante cinco días con el nombre de Alice Winters. He dicho a la patrona que espero que mi marido se reúna conmigo dentro de muy poco. Como es natural, he tenido que comprar muchas prendas de hombre para añadirlas a mi equipaje, pues, por lo que he podido ver, es una mujer muy entrometida. Así, cuando lleguemos juntos finalmente, nuestra llegada no será una cosa inesperada. ¿Está claro?

Él reflexionó:

—¿Rothappel? Eso significa en alemán manzana roja. Y la ciudad es Kenburyport, en Indiana, ¿no?

Ella asintió:

—En la línea férrea central de Michigan, procedente de Chicago, o sea el Ferrocarril Eléctrico Suburbano de Chicago a la Costa Oriental —él fijó estos datos cuidadosamente en la memoria, y luego habló ella de nuevo:

—Creo, Jonathan, que ya está dicho todo. Yo estaré en el sitio convenido, a la hora fijada, y supongo que usted, por su parte, llevará todo a feliz término. Aquí ya no le haré más visitas para no inspirar sospechas, y cuando salga tendré que decir abajo que no me es posible identificarle, como esperaba, pues mi carta ha resultado infructuosa. Y ahora, una cosa importante —añadió, abriendo su bolso y sacando una estilográfica y un pedazo de papel que entregó a Middleton—. Este es el pagaré.

Él lo leyó. Era un pagaré corriente por la cantidad de novecientos dólares, pagadero en doce plazos mensuales de setenta y cinco dólares cada uno. Cogió la pluma que ella le ofrecía y firmó: «Jerome Herbert Middleton». Se lo devolvió juntamente con la pluma.

—Ahí tiene usted; ya está firmado. Por usted, sobre todo, deseo descubrir que el propio Jerome Herbert Middleton es quien ha firmado este documento.

—Así sea —dijo la joven suspirando—. Bien sabe Dios que

ese es mi deseo.

Dobló el pagaré con cuidado, lo metió en una de las divisiones de su bolso y luego se volvió a Jerry con cierta turbación:

—¿Cómo voy a darle ahora la sierra y los otros dos paquetitos?

Middleton meditó un momento y miró hacia la sala. Blake estaba en su despacho y no podía verlos. Sólo un par de reclusos, que estaban en la línea divisoria de los cuarenta pies marcados entre los enfermos y las visitas, miraban con curiosidad y deseo a la «visitante».

—Voy a levantarme —dijo con precipitación— para poner me delante de usted, como si fuese a mirar en el bolso algo que me quisiera enseñar, y entonces démelos usted rápidamente.

Ella asintió. Jerry efectuó la maniobra que había descrito, y la joven, como una flecha, sacó la sierra, a la cual estaba atado el paquete de hojas; todo ello envuelto en papel de periódico. Al sacarlo del seno llegó hasta él el delicado perfume de su cuerpo. Middleton metió el paquete debajo, de la chaqueta, sujeto bajo su brazo izquierdo. Luego, con igual rapidez, le entregó los paquetitos de jabón y negro de humo, que él se apresuró a guardar en uno de los bolsillos laterales de la chaqueta. Hecho esto volvió a sentarse en el banco como estaba. Blake seguía sin aparecer; uno de los reclusos se había ido y el otro no parecía haberse dado cuenta de nada. Una maniobra así no hubiera podido llevarse a cabo en ninguna penitenciaría; pero en esta prisión menor, en este manicomio, había tenido un resultado satisfactorio.

La muchacha miró ahora a un relojito barato que llevaba en la muñeca.

—Tengo que irme, Jonathan —le tendió las puntas de los dedos, de las que él se apoderó con timidez, y mirándole a los ojos con los suyos castaños, insondables, le dijo—: Jonathan Doe: antes que transcurra la noche de mañana seremos marido

y mujer. Ningún ser humano, ni yo misma, puede decir en este momento si está usted loco o es la víctima inocente de una confabulación; pero sea lo que fuere, espero, confío en que se portará usted de una manera honrosa…, por lo menos hasta que este misterio se aclare.

Él le cogió ambas manos y esta vez ella no las retiró.

—Encantadora Anne Holliston —dijo—: se lo prometo. Le demostraré que hasta un lunático puede tener el sentido del honor y del deber.

La respuesta de la muchacha fue una mirada de gratitud, al mismo tiempo que retiraba suavemente sus manos de las de Jerry.

—Ahora debo marcharme. Adiós.

Se levantó rápidamente. Al verla, Blake, que estaba ahora en su despacho, acudió presuroso a su encuentro.

—¿Ha estado tranquilo el enfermo, señorita? —preguntó.

—Completamente —respondió ella—. El señor Doe es todo un caballero.

Señaló con la cabeza a la puerta y Blake abrió con la llave y dejó que saliera.

Poco después, Middleton, con su brazo izquierdo apretado contra el costado, iba presuroso por la sala, detrás de Blake. Se separó de él al llegar al cuarto de los lavabos, donde no vio a nadie. Rápidamente sacó un imperdible que había ganado el día antes a uno de esos juegos de naipes en los que no se cruza dinero, pero si objetos, y desabrochándose la descolorida camisa metió dentro la sierra y la sujetó con el alfiler a la camiseta, debajo de su brazo izquierdo, como antes. Así la llevó durante el resto de la tarde.

Estuvo mucho tiempo de pie frente a la ventana, pensando en cierto problema grave y difícil; pero, al fin, tomó una resolución. Se dirigió adonde estaba Howard Hyde sentado, y leyendo siempre, aunque siempre deseoso de levantar la vista del libro.

—Howard —le dijo—: quisiera hablar contigo a solas.

Hyde le acompañó a su cuarto, donde, por falta de sillas, se sentaron en el alféizar de la ventana. Y Middleton dio suelta a lo que tenía en la mente:

—Howard —empezó diciendo—: he estado pensando muy detenidamente en tu situación y en la mía. Tú dices que nunca se ha podido escapar nadie de aquí, no teniendo dinero o ayuda del exterior; pero en todo hay siempre alguien que es el primero. En efecto; supongamos que yo te dijera que creo tener una inteligencia más despierta que las de aquellos que idearon este enorme sarcófago de piedra, y que algún día, de alguna manera, lograré fugarme. ¿Qué pensarías tú?

—¡Ojalá pudieras! —contestó el otro—. Mis deseos te acompañarían.

—Pero suponte que me escapara. No podría irme de este mundo de esperanzas perdidas y dejarte atrás. Dices que llevas ya seis años en este infierno. ¡Por Dios, Howard; esto no es vida para ti! Tú tienes derecho a comenzar de nuevo tu vida en el mundo…, con otro nombre…, una vez que está olvidado el delito que te trajo aquí, Howard; yo… tengo algunos amigos fuera de aquí, y quiero que te unas a mi cuando haya ultimado mis planes.

Hyde estuvo largo rato pensativo.

—Sería imposible, Jonathan —dijo al fin—. Por grandes que fueran mis deseos de salir a ese mundo exterior y de recobrar mi libertad, mi destino está aquí, en las salas de este manicomio.

—Pero tú no estás loco.

—No, no lo estoy; pero raras veces me pongo a pensar en ello. ¿Para qué?

—¿Y eres inocente del delito que fue la causa de que permanezcas aquí?

—En el nombre de Dios te lo aseguro. Soy completamente inocente —dijo Hyde con profunda emoción.

—Entonces, ¿por qué has de quedarte? ¿Por qué tienes que estar aquí, hombre de Dios? Te digo que es la libertad para los

dos…, y a la vez una amistad imperecedera. Primero prosperaré yo, y luego te ayudaré a conseguir algo.

Hyde movió la cabeza tristemente.

—No puede ser. Lo que me ofreces, Jonathan, es una perspectiva muy halagüeña; pero yo no puedo tener más que esto —y con gesto cansado señaló con la mano en dirección a la larga sala.

—¿Pero por qué…?, ¿por qué? —insistió Middleton.

El otro guardó un largo silencio y luego habló:

—Tú, querido Jonathan, debes saber la verdad. No quiero tenerte más tiempo en ese estado de ignorancia. Mira allí —añadió después de una pausa, señalando más allá de las verdes praderas, a la hilera de árboles que apenas se divisaba junto al límite de los terrenos del manicomio—. Aquello es la libertad para ti, sí; pero no para mí, porque ellos están allí, y allí seguirán hasta que mi cuerpo reciba sepultura en el cementerio del Estado que hay cerca de aquí.

—¿Ellos…, ellos? ¿Quiénes son ellos, Howard?

—Los franceses.

—¿Los franceses?

—Sí; los franceses —Hyde hizo una pausa—. ¡Es tan fácil y, sin embargo, tan duro decírtelo! Mi padre, como ya sabes, huyó a Holanda; con lo cual demostró su prudencia. Pero yo, lleno del pánico que se apoderó de mí en aquellos últimos días terribles, huí en un submarino y llegué a las playas de América. Seguí huyendo…, huyendo hacia el Oeste, confiado en que podría llegar al Oriente. Pero en Chicago me encontraron. En todas partes veía a los malditos espías franceses, esperando, esperando para asestarme el golpe para matarme. Y estaba desesperado. Porque el mundo, los mismos franceses, no han sabido nunca la verdad. Porque el mundo dice que mi padre y yo fuimos los promotores de la guerra; pero yo te aseguro que estuvimos en contra de ella desde el principio. Fueron Von Ebberling, Von Kroch, Von Zippermach y el gran Consejo de guerra quienes quisieron esta

conflagración. Mi padre y yo odiábamos la cosa; pero no éramos más que unos peones. Bueno; en Chicago supe, cuando vi los cientos de caras de agentes del servicio secreto francés, que yo estaba sentenciado a muerte y que tenía que darme prisa si quería salvar la vida. Y huí hasta aquí, al tranquilo Birkdale, y rogué que me admitieran para salvarme. Así lo hicieron; pero ya no podré salir nunca. Porque ellos están ahí —en todas partes— trabajando como obreros del campo, jardineros y en toda clase de ocupaciones, en unas cuantas millas alrededor de este establecimiento; todos con su puñal, su bomba, su fusil, esperando, esperando, esperando día y noche el momento en que yo salga como un necio de aquí; esperando a asestarme el golpe de gracia y vengar el crimen cometido contra Bélgica.

El que hablaba puso en sus últimas palabras un acento de terror y dirigió a Jerry Middleton una mirada medrosa. Luego, sus ojos se quedaron momentáneamente fijos, de una manera peculiar, como si miraran al vacío.

Middleton se le quedó mirando, casi asustado por el terror del otro.

—Tú…, tú estás bromeando, ¿verdad, Howard?

—Dios es testigo de que no —respondió el otro con amargura—. ¡Ojalá fuera así! —hizo una pausa—. ¿Comprendes ahora, Jonathan?

Middleton se levantó de repente.

—Vuelvo en seguida, Howard. Espérame aquí.

Salió apresuradamente de la pequeña habitación y bajó a la sala. Sin pararse a llamar con los nudillos, abrió de golpe la puerta del cuarto del anciano Pop Clagget. Éste estaba trabajando en su «Filosofía Universal»; pero se apresuró a levantar la vista. Jerry Middleton no perdió tiempo:

—Pop: ¿quién es Howard Hyde? ¿Por qué lo mandaron aquí?

Pop alzó sus pobladas cejas, sorprendido.

—¿No lo sabe usted, muchacho?

—No.

—Bueno…; yo creía que todo el mundo sabía por qué está aquí Howard Hyde. Era abogado en Mattoon y defendió a algunos de esos falsificadores de letras de cambio. La gente empezó a llamarle el hijo del Káiser; esto prendió en su cerebro y no tardó en creerse el Kronprinz de Alemania, y que los franceses le estaban persiguiendo. El…

—¡El Kronprinz! —respondió Middleton, lleno de asombro. Parecía que el mundo se le venía abajo—. ¿El Kronprinz de Alemania? —repitió aturdido.

—Sí, señor. Pero muy buen muchacho Howard, muy listo. Nunca habla de sus ideas delante de la gente.

—Gracias, Pop —salió del cuarto de éste, cuya puerta cerró sin hacer ruido, y volvió despacio adonde había dejado a su amigo. Éste seguía sentado y miraba con ojos tristes a aquella distante libertad. Middleton se acercó a él y le cogió la mano.

—Howard: hace poco me hiciste una pregunta. Te agradezco la confianza que depositas en mí y quiero decirte que no he olvidado tu pregunta. En efecto, amigo mío, ya puedo decir que sé exactamente cuál es tu sentir en todas estas cosas —le estrechó la mano en silencio—. Sí, Howard, lo comprendo…, lo comprendo muy bien.

Y salió, lleno de tristeza. Había encontrado en su vida un amigo maravilloso y luego había desaparecido como si se lo hubiese llevado la mano helada de la muerte.

XXII. *Herr* Doctor Von Zero

Jerry Middleton había estudiado cuidadosamente la estructura peculiar de los barrotes de cada una de las ventanas de Birkdale. Cada barra vertical estaba hecha con cuatro protuberancias verticales que formaban estrías y separada una de otra noventa grados alrededor de la barra. Como había trabajado en las fábricas de acero de Newcastle, en Nueva Gales del Sur, rodeado de cosas como hierros acanalados, hierros acodillados y hierros en forma de I, sabía que estas protuberancias, aunque la barra se cortase enteramente por un extremo, harían imposible el doblarla hacia fuera o hacia dentro, por el hecho de que convertían el barrote en una pequeña viga en forma de I en cuatro direcciones. Esto significaba que, si no cortarlos por entero, habría que hacer en los mismos salientes profundos cortes en el punto de doblez deseado. Esta era una de las cosas que había deducido. La otra era que si cortaba y doblaba dos barras quedaría suficiente espacio para que pasase un hombre.

Cuando llegó la hora de acostarse y la sala quedó en silencio, empezó su trabajo, colocándose delante de la ventana abierta, en la oscuridad. De vez en cuando iba a la puerta y atisbaba por el vestíbulo. Svenson, el gigante sueco que vigilaba de noche, permanecía sentado bajo su luz, haciendo solitarios como si él fuese también un recluso.

Middleton empezó por cubrir la sierra con la camisa y dos calcetines para evitar las vibraciones. Muchas docenas de veces, durante el año en que estuvo sin relacionarse con su padre, había utilizado una herramienta parecida en la fábrica

de Broken Hill Company, de Newcastle; así es que la unión de los dos segmentos de la sierra y el ajuste de la hoja fueron cosas sumamente fáciles para él. Probó la herramienta en la parte baja de la segunda barra de la izquierda. La sierra cortaba bien; pero con un ligero chirrido. Decidió amortiguarlo un poco más, y para ello lió su camisa alrededor del marco. Esta vez el chirrido de la sierra había casi desaparecido y la hoja cortaba sin el menor ruido.

Al fin aserró el primer saliente; pero la continuación se hizo más dura al tener que morder la sierra la parte más gruesa de la barra. Cada cinco minutos, aunque sólo fuera por descansar, se asomaba a la puerta a mirar por el vestíbulo. Pero Svenson seguía matando el tiempo con sus solitarios, haciendo un largo y agonizante estudio de cada carta antes de dejarla en la mesa. Middleton oyó dar las once y las doce en el gran reloj de la torre del establecimiento. Al dar la duodécima campanada había ya aserrado por completo una barra.

Se daba cuenta ahora de que había calculado mal aquellas barras; de que la cosa no iba a ser tan sencilla que costase sólo una hora de trabajo. Comprendió que iba a tener que estar trabajando la mayor parte de la noche. Lanzó un profundo suspiro, se enjugó la frente sudorosa, y tras este pequeño descanso empezó a aserrar la segunda barra.

Estaba aserrando afanosamente, jadeante, cayéndole de la frente las gotas de sudor, cuando, de repente, se paró. Tenía la vaga sensación de que había alguien en su cuarto…, de que alguno estaba observando en silencio todos sus movimientos. Se volvió lentamente y quedó perplejo al ver confirmados sus temores. Le habían descubierto. De pie, con los brazos cruzados, vestido con el pijama del Estado, estaba el único observador de sus operaciones. Siguió un largo minuto, durante el cual Middleton estuvo esperando a que hablase el otro. Pero éste no dijo ni una sola palabra. Y entonces, cuando Middleton avanzó con las manos tensas, dispuesto al ataque, si era preciso; decidido de pronto a huir antes que

amaneciera, mejor que dejar que este curioso revelase lo que había visto, sintió que una risa repentina pugnaba por salir de sus labios. Porque a la escasa luz del cielo que se infiltraba dentro vio que aquella persona no podía ver, no podía oír, no podía darse cuenta de lo que ocurría, pues se trataba del pobre Peter Johnson, el caso de *dementia praecox*, que vagaba en su sonambulismo nocturno. Poco a poco fue recobrando Middleton la respiración, aunque las piernas se le doblaban a causa de la impresión recibida. Luego, lanzando un suspiro, se abrochó la chaqueta del pijama y puso la sierra debajo de la ropa de la cama.

Un momento después apareció en el pasillo llevando del brazo a Peter, que aún seguía dormido. Svenson, al oír aquel ruido inusitado, volvió la cabeza, se puso en pie de un salto y encendió las luces de la larga sala adonde daban los pequeños cuartos.

—¡Eh! ¿Qué hacéis ahí vosotros dos? —preguntó.

—Es que Peter se ha metido en mi cuarto —respondió Middleton con calma—, y le vuelvo al pasillo.

—Sí, y parece que te ha dado un buen susto —dijo el sueco —. Tienes la frente empapada de sudor. Bueno; tendré que vigilar a Peter toda la noche.

Cogió al todavía dormido sonámbulo del brazo que había soltado Middleton y le condujo a su cuarto. Luego apagó todas las luces, menos una, y puso su mesita delante de la puerta de Peter. Desde este sitio estratégico podía coger al peripatético Peter si salía a dar otra vuelta; pero ahora se encontraba unos veinte pies más cerca del cuarto de Middleton.

Sin embargo, si antes estaba de cara, ahora se hallaba vuelto de espaldas, lo cual agradeció Middleton, pensando que hasta en las calamidades hay algo bueno. Pero se enjugó la frente, y de nuevo sintió un escalofrío al pensar en el susto que había pasado.

Eran las tres de la mañana cuando acabó con la segunda barra. Apuntaba ya la aurora, pues la oscuridad iba dejando

paso a un débil tono gris oscuro. Asió uno de los barrotes cortados y tiró de él suavemente; pero, como había previsto, no se podía doblar, era casi inamovible. Los salientes, que eran ocho, habría que cortarlos, pues eran los que daban a la barra su tremenda resistencia.

Sabía ahora que tenía que trabajar más aprisa. Y tan velozmente manejó la sierra, que rompió dos hojas seguidas, y el agudo chasquido de cada una de ellas hizo latir su corazón como un martinete de fragua. Cada vez que se asomó a la puerta vio, sin embargo, a Svenson absorto en sus esfuerzos por «sacar» el solitario; pero cuando iba a reanudar su tarea vio que el vigilante nocturno se levantó de pronto para iniciar uno de aquellos recorridos que se hacían, más para romper la monotonía de las cosas, que para inspeccionar. Al ver aquello, Middleton se metió en la cama con su sierra, se tapó con las ropas hasta la barbilla y permaneció inmóvil, con los ojos cerrados.

Svenson miró al interior del cuarto, y sus pisadas se oyeron a un lado de la sala, y luego al otro, cuando volvió. Middleton fue de puntillas a la puerta y vio a Svenson, sentado ya, con las cartas en la mano. Entonces el reloj dio las cuatro, y Middleton lanzó un rugido. Tenía que trabajar más aprisa que antes. Había empleado unas dos horas en cortar una barra y le faltaba aserrar los salientes de las dos.

Se subió al amplio alféizar y, apretando los dientes, empezó a trabajar. Manejando la sierra primero a la derecha, luego por el lado izquierdo y, finalmente, por delante, cortó uno por uno los cuatro salientes de uno de los barrotes, con un gran temblor al cortar por la parte de afuera, ante el temor de que se le cayese la sierra y la encontrasen al día siguiente en el suelo, al pie de su ventana. Y ello significaría el fin de todos sus planes. Tal vez no fue la suerte la que estuvo entonces de su parte, sino la firmeza de su mano, pues la sierra no se le escapó. Puso ésta a un lado, e inclinando el cuerpo, con los pies fijos en el alféizar, intentó probar con

gran cuidado si la barra podía doblarse. Comprobó que cedía hacia dentro, pero no insistió, pues no tenía palanca alguna para volver a colocarla en su posición normal, una vez cortada. Satisfecho con esto, cogió de nuevo la sierra y la emprendió con la otra barra.

Cortó uno tras otro los salientes de ésta, y con tal ahínco trabajó que terminó a las cuatro y media. Oyó movimiento de carros y ruido en la cocina grande, que estaba a alguna distancia del edificio principal de la institución, y comprendió que tenía que apresurarse. Cogió el jabón, con el cual rellenó los cortes hechos en las barras, y una vez que sacó la sierra de su envoltorio de prendas, se metió en la cama, en espera de la luz del amanecer para llevar a cabo el trabajo más delicado de aplicar el negro de humo.

Al aparecer la primera luz gris se levantó de nuevo. Una ojeada por el vestíbulo le permitió ver que Svenson estaba sentado en su silla, con las manos metidas en los bolsillos, satisfecho, sin duda, de que terminase su larga guardia. Soplando con fuerza, Middleton lanzó al aire húmedo del exterior el fino polvillo de hierro que había caído sobre el alféizar y sobre la barra horizontal más baja. Luego, con hábiles dedos, suavizó y alisó los cortes rellenos de jabón, con lo cual el hierro ofreció una superficie igual, y hecho esto metió el índice y el pulgar de la mano derecha en el precioso negro de humo y untó con él los cortes enjabonados, hasta que no quedó la menor muestra del blanco relleno. Se separó un poco para contemplar su obra. Nadie sería capaz de imaginarse que una operación como aquélla se había llevado a cabo allí durante la noche. El trabajo era perfecto. Cierto que él no había dormido ni un minuto; pero la libertad, la preciosa libertad, estaba ya asegurada. Tranquilo de espíritu, volvió a meterse en la cama y se arrebujó con las sábanas, lanzando un suspiro de satisfacción.

Tan extenuado estaba por el duro trabajo de la noche, que se quedó inmediatamente dormido y le acometió un sueño del

cual fue el protagonista: un sueño largo que le pareció de muchas horas; pero que, en realidad, sólo había durado treinta minutos, a lo sumo, pues cuando se despertó, sobresaltado al oír una voz en su cuarto, divisó a Svenson asomado a su puerta, resonó en sus oídos el grito de «¡Todos arriba!», y vio brillar fuera la luz del día, daban las seis en el reloj de la torre.

Se levantó, se vistió y volvió a colocar la sierra y las hojas en la parte interior de la camisa, debajo del brazo izquierdo. Dejarlas en su cuarto hubiera sido fatal, pues la cama no la hacía él mismo, sino otro recluso, un viejo de aspecto adusto, llamado Blake, que, desde que Joe Blake llegó a la sala
A-1
como vigilante, había concebido la inmutable idea de que era el padre de Joe. Y en este mundo de la fantasía, en que los hombres no reaccionaban en virtud de realidades, sino por los efectos de sus imaginaciones perturbadas, Middleton no estaba dispuesto a proporcionar al «padre» de Joe Blake la ocasión de que expusiera sus planes al propio Joe Blake.

Aquella mañana, durante el desayuno, Jerry Middleton miró con deseo los platos de los demás comensales. Nunca le había parecido tan apetitoso, tan atrayente, el hígado estofado. Era natural; había llevado a cabo durante la noche un trabajo abrumador, sin probar bocado, y, además, había comido poco el día anterior, debido, en primer término, a su ansiedad al pensar en si Anne Holliston volvería, y luego, una vez que se marchó después de verle, a la nerviosidad que se apoderó de él ante el temor de que saliera mal algún detalle de su plan. Ahora que la incertidumbre, así como las ocho horas de duro trabajo, habían pasado, habría sido capaz de comerse las cuatro raciones de hígado estofado que había en la mesa esta mañana; pero tenía que conformarse con una. Y se levantó de la mesa con tanta hambre como tenía al sentarse.

Poco después de haber hecho sus diez camas, se acercó a él

Joe Blake:

—Te traigo una noticia —le dijo—: hoy tienes que someterte a un examen médico.

—¿Un examen médico? —exclamó Middleton, asombrado —. ¿Un examen médico?

—Sí —dijo Blake—; acaban de telefonearme de abajo para que te lo diga. Un famoso doctor austríaco, llamado Von Zero, está pasando tres días en este establecimiento y va a reconocer a varios de los enfermos que hay aquí. Es huésped del Subdirector y vive en su casa, que está ahí, al otro lado de la pradera, cerca de la verja. Eres el primer enfermo que va a ver, y espero, Jonathan —añadió amablemente—, que pueda volverte a tu verdadero ser, pues he oído algo acerca de tu caso.

—¿Dónde se va a efectuar el examen? —dijo Middleton, a quien esta contingencia le causó alguna inquietud, sin saber por qué.

—Aquí, en la sala —contestó el vigilante—. Tienes que lavarte y cepillarte bien. Aquí tienes una camisa limpia y planchada, un cuello duro y una corbata nueva del Estado. Aunque hoy no es día de afeitar, pásate por mi despacho y te pasaré la navaja y te arreglaré un poco el pelo por detrás de las orejas.

Middleton se cambió de camisa, y con ella la sierra, que le estaba resultando muy fastidiosa. Tiró el resto del bajón, trozo a trozo, por un lavabo del cuarto de aseo y dejó luego correr agua caliente. Lo propio hizo después con el negro de humo, que fue rápidamente arrastrado por el agua. Pero no veía el modo de deshacerse de aquel estorbo de acero que tenía debajo del brazo. Lo llevó así mientras le afeitaban y durante el resto de la mañana, tiempo que pasó sentado, pensando con tristeza en los dos esfuerzos que se estaban haciendo ahora para ponerle en libertad: el de la ciencia, representado por este Von Zero, y el de la fuerza y la estrategia, representadas, respectivamente, por una sierra de cortar metales y Anne

Holliston. Era, en efecto, una pugna chusca, se dijo.

Inmediatamente después de la comida de mediodía, Blake empezó a preparar la habitación para el reconocimiento médico que iba a efectuarse. Ya debían de haberse hecho allí otros estudios clínicos antes, pues Blake y su ayudante estaban al tanto de cómo había que disponer las cosas. Retiraron las mesas a un extremo de la sala central de las múltiples ventanas, donde los reclusos acostumbraban a reunirse, y colocaron un enorme encerado en uno de los lados de la habitación, que ahora estaba vacía. Alinearon frente al encerado, formando un gran semicírculo, muchas de las sillas rectas de la sala y otras del comedor. Colocaron cuatro biombos plegables; dos de ellos en los puntos en que la parte estrecha del recinto se ensanchaba para formar esta gran habitación, y de esta manera quedó aislado el resto de la sala. A los reclusos se les apiñó en el extremo ocupado por el gran dormitorio, y se tendió una cuerda que cruzaba el pasillo, atada en uno de los falsos picaportes de un extremo y en otro del lado opuesto. Al mismo tiempo se les advirtió que durante el examen clínico ninguno podría pasar de la cuerda y que debían estar absolutamente quietos.

La medida desagradó en general, y se oyó un gran murmullo de quejas. Todo el interés se concentró en Jerry Middleton cuando se supo que él era el motivo de aquella sesión y de la visita del famoso psiquiatra austriaco.

La mayor parte de los cincuenta y cuatro reclusos se habían retirado en ese momento al dormitorio, donde las grandes ventanas dejaban pasar, al menos, la alegre luz del día.

Se sentaron, refunfuñando, sobre las camas o en los alféizares de las ventanas, malhumorados al ver que les habían privado de sus habituales sillas y mesas de juego. Algunos de los más pertinaces cultivadores del solitario trataban de seguir jugando sobre sus rodillas, mientras tres pacientes de los más aburridos intentaban echar una parte de «500» en el suelo. Seguía sonando el timbre de la sala; había

mucho ruido de conversaciones en voz alta en el pasillo, de sillas arrastradas, de llaves que entrechocaban; hasta que, al fin, apareció Blake en el dormitorio e hizo con la cabeza una seña a Middleton, y en el acto cesaron todos los juegos de cartas.

—Ven a ocupar tu sitio entre los doctores, Jonathan —dijo —. Siéntate en aquella silla grande, la que tiene brazos. Inclínate para pasar por debajo de la cuerda.

Con cierto temblor por este experimento que hace unos días le hubiera interesado, Middleton pasó por debajo de la cuerda que hacia de barrera y se dirigió al espacio comprendido entre los dos biombos. Allí vio a unos veinte doctores de indudable aspecto profesional, jóvenes muchos de ellos, serios todos, sentados en derredor; entre ellos el doctor Odza, con sus gafas de armadura de concha. Había también dos mujeres, sin duda de la profesión, con austeras gafas de aros de cuerno, el cabello rizado sobre las sienes, según la moda del 80, corpiños con cuello almidonado y severísimas faldas. Aquí y allí se veían muchos cuadernos de notas.

Conforme se le había indicado, Jerry Middleton se sentó en la silla desocupada del centro del circulo. Su llegada, sin embargo, despertó poco interés. Una de las doctoras le dirigió una fugaz mirada, severa y condenatoria, y siguió luego hablando con un médico joven, bien parecido, que estaba a su lado. Dos de los sabios varones le concedieron también pasajeras miradas; pero no hubo más. Jerry advirtió claramente que en esta sesión no era él el personaje principal.

Apenas se hubo sentado, se abrió y se cerró de nuevo la puerta de la sala. Se oyeron pasos por el amplio pasillo, y en el espacio comprendido entre los dos biombos apareció Stonecipher acompañando a un hombre que llevaba en la mano un maletín de cuero de forma extraña.

—Caballeros… y señoras —declaró Stonecipher—; tengo el gran placer de presentar a ustedes a *Herr* Doctor Meister-Profesor Hugo Von Zero, de Austria, descubridor de la psicosis

de Von Zero o seudoparanoia autohipnótica.

El gran hombre de ciencia que, al lado de Stonecipher, levantaba la cabeza por encima de éste y hacía profundas reverencias en todas direcciones a los estirados cuellos de estos jóvenes miembros de la escuela de psiquiatría, tenía indudable tipo alemán. Una barba puntiaguda que le llegaba hasta un punto por debajo de la barbilla, se unía en la parte superior con un bigote que sombreaba dos labios gruesos fruncidos. Dos ojos, que tal vez estuviesen demasiado juntos, miraban algo fríamente y con altivez a sus colegas a través de un par de gruesas gafas, con cristales de color ámbar y armadura de concha, sujetas a la americana con un cordón de seda de casi una pulgada de ancho. Llevaba una corbata de lazo, de seda negra, colocada en un cuello alto, y la americana, negra también, estaba ribeteada con una trencilla gris, al estilo continental. Su cabello, como el de Stonecipher, era escaso en la parte superior de la cabeza, pero bien peinado lo que había.

Con sus dedos largos y finos se acarició la barba y con la otra mano dejó su extraño maletín a un lado, en el suelo.

—Encantado, señores —dijo por pura fórmula, haciendo otra reverencia en todas direcciones.

Sus ojos agudos y astutos se fijaban aquí, allí, en todas partes, viéndolo todo. Hasta se posaron en Middleton con una mirada de curiosidad.

Stonecipher volvió a hacer uso de la palabra.

—Este es, doctor Von Zero, el enfermo cuyo caso leímos juntos esta mañana —abrió el voluminoso expediente por una de las hojas que contenía varios recortes de periódicos pegados. Para refrescar su memoria explicó—: La cara del enfermo es, sin duda alguna, semejante a los retratos que se han publicado de Jerome Middleton, ¿no le parece? Fíjese, por ejemplo, en esta foto sin las gafas…

Entregó el historial a Von Zero.

—Yo diría que sí —dijo Von Zero con entusiasmo, y sus

ojos pasaron de la cara de Middleton a los retratos de los periódicos, y viceversa—. Y diré que existen grandes probabilidades de que nos hallemos ante un caso típico de seudoparanoia autohipnótica. Bien; tendremos que verlo.

Devolvió a Stonecipher la historia del caso, y acercándose a Middleton le examinó la pupila de cada ojo. Se alargaban los cuellos y los ojos observaban los movimientos del gran hombre.

—¿Cómo se encuentra usted, amigo? —dijo Von Zero con repentina oficiosidad.

Su fría voz científica carecía de verdadero interés humano, y aquel tono hizo que, al momento, Middleton se sintiese ofendido por la actitud del otro.

—No me encuentro tan bien como podía estar —respondió escueta y fríamente.

—No tan bien, ¿eh? Yo haré que se sienta mejor. Soy el doctor Von Zero. ¿Me conoce?

—No, no tengo el gusto de conocerle.

—¡Ah! —exclamó el doctor—; pero puede que llegue el día en que bendiga usted el nombre de Von Zero. Ya veremos.

Se sentó cómodamente en el brazo de un sillón, cerca de Middleton. Stonecipher había tomado asiento en el círculo de los otros médicos.

—Vamos a ver, amigo mío —dijo Von Zero, de repente—. ¿Sueña usted?

Middleton asintió. Este drama era muy serio para aquellas gentes, pero para él era sólo una farsa.

—Si —respondió con calma.

—¿Sí? ¿Y qué sueña usted? —preguntó Von Zero—. Cuénteme, si quiere, su último sueño.

Durante un momento Middleton no contestó, y luego se encogió mentalmente de hombros. Si lo que quería Von Zero eran sueños, pensó, no le faltarían al psiquiatra austríaco. Tomada esta resolución, y después de una breve pausa para recordar el principio, procedió a relatar la fantástica serie de

imágenes oníricas que habían asaltado a su «yo» dormido, entre la hora en que acabó su trabajo de aserrar las barras de su habitación y el momento en que despertó al oír a Svenson, el vigilante nocturno, gritar en su puerta.

—Bien —dijo con lentitud—; en el último sueño que tuve, único que recuerdo, me hallaba al empezar a soñar en un bosque gigantesco, donde los árboles eran tan grandes que me impedían andar. Parece que me caí en una charca del bosque en que estaba, una charca donde los peces jugueteaban, y yo cogí el hocico de un pez espada que me vino fácilmente a la mano y con él empecé a tocar cada árbol. Y a medida que iba tocando los árboles parecían que se caían a un lado y dejaban un claro, una especie de sendero.

Hizo una pausa para coordinar en su mente los hilos de aquella intrincada cadena de sucesos soñados. En la sala reinaba un silencio absoluto. —Bueno —siguió luego diciendo —; cuando hube abierto ese sendero en el bosque, seguí mi camino y me encontré de repente en el teclado de un gran xilórgano. Parecía que me hallaba en una especie de país como el de Brobdingnag, en donde yo era Gulliver y todas las cosas eran gigantescas. Bueno; seguí andando por el teclado de este enorme xilórgano, pasando de una de las barras musicales a la siguiente, y, aquí y allí, pasé al lado de una figura de estatura parecida a la mía, que me miraba con un único ojo encarnado que tenía en medio de la frente. Debían de ser mineros que iban o volvían del trabajo; pero no sé exactamente lo que eran, pues parecía que era de noche. Y así seguí andando por ese xilórgano, cuando, de repente, llegué a un punto en que había un grueso alambre, flojo, suspendido en el aire sobre aquél, y oí que me llamaban una y otra vez: «¡Sidney, Sidney, Sidney!».

—¿Sidney? —interrumpió Von Zero—. ¿Fue ése el nombre que usted oyó?

—Sí, Sidney —y después de una pausa siguió diciendo—: Bueno; cuando levanté la vista contemplé en sueños a una

muchacha de ojos castaños y pelo negro que me hacia señas desde el alambre. Me subí a él no sé cómo, y entonces me fijé en que ella tenía una bicicleta con dos sillines. Me senté en el de atrás y la muchacha empezó a pedalear suavemente. Aunque yo temía mucho que nos saliéramos del alambre, mantuvimos bien el equilibrio y de esta manera atravesamos montañas y valles que estaban muy debajo de nosotros. Pero a medida que seguíamos rodando por el alambre éste parecía que se iba aplastando, a la vez que se ensanchaba cada vez más. Primero se convirtió en una ancha cinta de metal…, luego se trocó en un pedazo de tierra…, y, de repente, en tierra firme.

Calló.

—Siga usted —le apremió Von Zero—. Su sueño es muy interesante.

—Bueno —siguió diciendo Middleton—; seguíamos rodando cuando surgió de pronto ante nosotros un gran león africano, rugiendo y sacudiendo la melena; pero nosotros seguimos rodando hacia él sin temor. Luego miré hacia atrás. Vi centenares de hombres semejantes a carceleros —aunque iban vestidos con flotantes ropas blancas—, que parecían perseguirnos. En ese momento, el león, como si obedeciera órdenes de la muchacha, se tumbó en el camino a una palabra suya y pasamos por encima de su cuerpo. Hecho esto, el león se levantó furioso, y lo último que le vi hacer fue sacudir la melena y rugir a nuestros enemigos, con lo cual éstos se contuvieron y dejaron de perseguirnos.

Después de una breve pausa, Middleton siguió hablando.

—Continuamos pedaleando despacio y, de repente, pareció que nos habíamos quedado sin ruedas, y vi con extrañeza que una de las manos de la muchacha y una de las mías estaban unidas por la muñeca, formando una sola mano corriente; pero aquello no era ni doloroso ni desagradable, aunque limitaba nuestros movimientos. Así seguimos hasta llegar a un espejo gigantesco que nos impidió seguir adelante, y allí, en el

espejo, vi reflejarse mi figura, que no era exactamente yo. No sé explicarlo de otra manera. Miré con cuidado en el suelo, a mi alrededor, y vi una piedra que era como carbón, de color negro azabache. La cogí y la arrojé —parece que ella y yo utilizamos nuestra mano común con tal fin— contra el espejo. Al instante, el reflejo y el cristal se hicieron mil pedazos y ahora se veía el sol, que estaba detrás de él, resplandecer sobre todo el campo. Entonces desperté y oí gritar al vigilante nocturno: «¡Todos arriba!». —hizo una pausa—. Esto es todo lo que soñé.

Von Zero se volvió al auditorio:

—Ya han oído ustedes el sueño de este enfermo. Vamos ahora a examinarlo. Sabemos que puesto que su verdadero «yo» —su «yo» perdido— está encerrado en lo más recóndito de su subconsciencia, no podemos esperar encontrarlo si no es sondeando en esa región de lo subconsciente. Por medio del mecanismo del sueño tenemos probabilidad de hacer ese sondeo. Sin embargo, en este caso nos encontramos ante este difícil problema: Freud, como ustedes saben, nos ha demostrado de manera concluyente que en nuestros sueños vemos la realización de nuestros deseos —una visión de nuestras alegrías inminentes, de nuestras apetencias, hasta de nuestros planes que esperamos poner en ejecución—; pero siempre simbolizados para poder ocultarlos en el caso de que pugnen con la realidad. Morel, mi respetable contemporáneo, ha demostrado asimismo que en todos los casos corrientes de amnesia o de pérdida de personalidad en los que el que la sufre no ha asumido una nueva, el mecanismo del sueño tiende invariablemente a restablecer realidades relacionadas con la perdida existencia, lo cual está, después de todo, de perfecto acuerdo con las teorías de Freud, puesto que revalidar esas realidades de la perdida personalidad de uno es expresar el más fuerte deseo de recobrar el propio «yo», de encontrar el «yo» perdido. Y, como ocurre en el otro caso, las prácticas perdidas se restablecen sólo simbólicamente. En

vista de estas dos conocidas leyes de los sueños, nos encontramos ante un bonito problema de análisis, pues aquí tenemos a un hombre que ha perdido una personalidad y ha encontrado una nueva. Por lo tanto, ¿qué parte del sueño que acaba de relatar expresa los deseos, las apetencias, hasta los planes de su «yo» actual, un «yo» falso, que él llama engañosamente… —vamos a verlo— J.
H. Middleton?,
¿no es así? ¿Y qué partes de su sueño representan la realización de su pérdida de personalidad? Su sueño puede pertenecer todo él a un campo de la conciencia o al otro, o puede representar una mezcla de los dos. Bien; examinaremos esto, empleando la discreción y la deducción lo mejor que podamos.

Von Zero hizo una pausa, y cuando prosiguió golpeó con la punta de su dedo indice la parte superior de la cabeza de Middleton.

—Este hombre no puede tener muchos deseos contenidos. Está bien alimentado, bien vestido, es feliz y está satisfecho; tengo la seguridad. Tampoco puede tener planes para el porvenir, puesto que sabe que ha de estar aquí por tiempo indefinido. Así, pues, supongamos simplemente, dogmáticamente —pero nuestro dogma se basa en el razonamiento que acabo de hacerles—; supongamos, digo, que no ha hecho sino restablecer alguna realidad de su personalidad perdida. Si podemos reconstruir esa realidad con los símbolos de su sueño, tal vez encontremos la perdida identidad del paciente, tal vez descubramos quién es.

—¡Oh, doctor, *Herr* Doctor! —dijo una de las señoras psiquiatras—. ¿Y puede usted reconstruir un sueño tan extraño como ese?

—Muy fácilmente —dijo Von Zero riéndose y acariciando la punta de su barba—. He reconstruido millares como éste. Ahora permítanme que les diga mi interpretación de este sueño.

Pensativo, hizo una pausa, y luego empezó a hablar en su inglés preciso, en el cual apenas si se advertía alguna leve sombra de acento.

—Este hombre estuvo en otro tiempo en una penitenciaría, pues los árboles de ese denso bosque donde empezó su sueño, espesos y juntos, no pueden ser otra cosa que los barrotes de una cárcel; y el pez espada cuyo hocico asió en la charca es… una lima, una sierra o algo por el estilo. Pongamos que sea una sierra. Observarán ustedes que con ese hocico fue tocando y derribando cada árbol. En otras palabras, limó las barras y logró la libertad. El claro del bosque era la libertad. Veamos ahora lo que hizo cuando salió al exterior. Dice que en su sueño de anoche se encontró andando sobre el teclado de un xilórgano gigantesco. Esto significa, en la verdadera realidad restablecida por el sueño, que se dirigió a una línea férrea, pues esas teclas no son ni más ni menos que lo que ustedes llaman en América traviesas de ferrocarril, e, incidentalmente, los mineros que vio pasar en sueños con sus linternas rojas —o sea sus ojos enrojecidos— eran las luces de las agujas, que están situadas a la altura del hombro y delante de las cuales pasó en la realidad. El hecho de que las cosas estuviesen oscuras en su sueño permiten deducir sin gran dificultad que su fuga se efectuó entre la puesta del sol y el amanecer.

Después de una pausa de un segundo, Von Zero siguió hablando rápidamente.

—Al fin llegó a un puente que señalaba el cruce de una carretera con la vía férrea, pues sólo como si fuese un puente puedo interpretar este alto alambre de su sueño, y su altura, no sólo se relacionaba con algo más alto que él mismo en el plano vertical, sino que significaba también que si subía a él se vería en peligro. La muchacha representa la libertad o algún compinche, no sé cuál de las dos cosas. Pero, al parecer, unió sus fuerzas a las de ella, y así, durante mucho tiempo, estuvieron con los nervios en tensión, hasta que se sintieron más seguros, como lo prueba el alambre flojo que se iba

aplastando poco a poco hasta convertirse en carretera firme.

El que ella le llamase «Sidney, Sidney», pudiera ser una intromisión en el sueño de su consciente actual, deseoso de que se le crea de Australia —tengo entendido que hay allí una ciudad que se llama Sidney—; o pudiera ser un complejo relacionado con —digámoslo así— un asunto amoroso con una muchacha de ese nombre —creo que algunas veces se llama así a las chicas americanas—; o puede ser también su propio apellido, y en tal caso esto podría representar el primer indicio de su perdida personalidad. Sería difícil en este momento decir cuál de estas cosas es la verdad.

Von Zero hizo otra pausa.

En cuanto a Jerry Middleton, estaba escuchando toda esta exposición con creciente inquietud. Von Zero había expuesto con toda exactitud el desarrollo de los planes que había trazado con Anne Holliston. Ahora, en silencio, se reconvenía a sí mismo por haber relatado su sueño, inocente al parecer. ¿Iría a descubrir este misterioso austríaco sus más íntimos secretos? Y como Von Zero seguía hablando, aguzó de nuevo el oído.

—Ahora bien —dijo Von Zero—, el hecho de que en su sueño los dos, él y la muchacha, sean perseguidos, prueba que aún no estaban seguros, y este león africano no es ni más ni menos que un equivoco de los muchos que abundan en los sueños. Examinen ustedes sus propios sueños. Consulten a nuestro eminente hermano Freud. Es casi axiomático que nosotros usamos de equívocos en nuestros sueños. En mi última interpretación onírica que hice en Nueva York me encontré con un caso en que mi sujeto, un ardiente prohibicionista y reformador profesional, pedía continuamente en sus sueños a su perro que bebiese, quería siempre ver cómo «bebía». Por la frecuencia de la aparición de la palabra «bebía» tuve en seguida la sospecha de que se trataba de un equivoco del sueño y sometí a aquel hombre al tormento de la parrilla mental hasta que, al fin y después de

un trabajo horrible, pueden creerme, descubrí que le habían ofrecido un puesto extraordinariamente lucrativo en el negocio de la venta de vino de champaña, si se modificaba alguna vez la ley prohibicionista, y cuando decía que quería ver cómo «bebía» su perro, lo que quería significar era que volviera a América la libertad de las «bebidas». El empleo del equivoco en un sueño es un fenómeno que hoy admiten todos los psicópatas.

Tras una pequeña pausa siguió diciendo:

—Puedo afirmar de manera absoluta que el «león» del sueño de este enfermo no es ni más ni menos que una línea límite de Estado, o nacional, que significa seguridad de alguna clase. Quizá esté complicado el sueño con alguna idea relacionada con su reclusión en este establecimiento, en el sentido de que si él pudiera cruzar la «línea» raya de algún Estado, quedaría en libertad. Es probable, sin embargo, que en la verdadera realidad de su personalidad perdida cruzara la línea de algún Estado o alguna frontera nacional. Quiero llamarles la atención acerca del peculiar simbolismo de que el «león», después de haber pasado ellos por encima de su cuerpo, se queda atrás y contiene a sus perseguidores. Esto prueba, a mi juicio, mi punto de vista. Lo que no sé es lo que representan esos perseguidores vestidos de blanco. ¿De blanco? No lo entiendo.

En este momento Joe Blake entró en el espacio acotado por los biombos. Su blanca chaqueta de vigilante se destacaba junto a la tela oscura que cubría las mamparas plegables.

—¿Me ha llamado alguien? —preguntó mirando en derredor.

—No —dijo Stonecipher desde el sitio que ocupaba en el círculo.

Y Blake, con su chaqueta blanca, desapareció.

Von Zero seguía reflexionando.

—No, no sé qué explicación dar a que los perseguidores estuviesen vestidos de blanco. Dejemos, pues, esto aparte —

hizo una pausa—. Ahora llegamos a una parte muy interesante del sueño. Habrán ustedes observado que él y la muchacha parecían tener una mano en común y que aquello no era nada desagradable. No creo que la muchacha sea sólo un mero símbolo de libertad, sino que creo representa un ser femenino real con quien él se ha coligado. Una relación sexual, quizá matrimonial, acaso clandestina. La mano común prueba, a mi juicio, mi aserto.

Quedó un momento pensativo. Las manos de Middleton asieron con fuerza los brazos de su sillón. Estaba frío de la cabeza a los pies. Este barbudo brahmán de la psiquiatría iba descubriendo todos los detalles del plan de la preparada fuga de la noche. Se esforzó por aparentar tranquilidad y por ocultar la menor muestra de emoción.

—Y ahora —dijo Von Zero—, llegamos al espejo y a lo reflejado en él. Este hombre cree que es un señor Jerome Middleton, y que el verdadero Middleton de afuera está usurpando su puesto, y ahora, de una manera definitiva y concluyente, introduce en su sueño algunas de las ideas y complejos que mantiene en su actual personalidad; es decir, se siente agraviado por este supuesto usurpador y le repudia convirtiéndole en su sueño en un reflejo solamente. Observen ustedes que él mantiene *su* realidad; pero hace del ser parecido a él un reflejo. En otras palabras, le sella como un «yo» falso. Él se halla ahora definitivamente metido en una serie de complejos relacionados con su yo actual; ha dejado definitivamente la linea anterior de acontecimientos hurtados de su perdida personalidad. Ha sido echado a un lado, descarrilado, como ustedes quieran llamarlo, por la intensidad de sus emociones respecto a este falso «yo» suyo del mundo exterior. Y, en efecto, ustedes observarán que él destruye realmente en el sueño el falso «yo». ¿De qué manera? Coge una piedra negra —y vean que lo hace con la mano común que pertenece a él y a la muchacha— y juntos consiguen romper el espejo y destruir el reflejo. Esa piedra negra,

señores… y señoras, no es otra cosa que Blackstone… **[6]**, ¡la ley! Ha destruido al usurpador, simbólicamente, en su sueño, y querría hacer lo propio en su vida real por medios legales, lo cual, desgraciadamente para la paz de su espíritu, no puede hacer. Pero, al menos, vive sus deseos en sus sueños, lo cual corrobora de manera tan hermosa las enseñanzas de Freud. Y creo que no hay nada más. ¿Tienen algunas objeciones que hacer?

Siguió un rápido torrente de preguntas. Un doctor interrumpió al otro; tan grande fue la discusión que promovió el análisis de Von Zero. Una de las señoras presentes preguntó:

—¡Oh, doctor; ha sido maravilloso! Pero permítame una pregunta: ¿Cómo podemos decir qué parte del sueño representa realmente el restablecimiento de las realidades de su perdida personalidad, y cuál otra los deseos y anhelos de su «yo» actual?

—Eso es fácil de decir —dijo Von Zero—. Como enfermo que está aquí encerrado, sólo puede tener los planes más caóticos de fuga…, y el sueño está perfectamente logrado. Por tanto, la huida o fuga de su sueño se refiere sólo a alguna antigua realidad de su «yo» perdido. El simbolismo de la última parte del sueño es, sin embargo, de interpretación tan hermosa que el más neófito en esta materia puede ver que el enfermo se separa enteramente de la línea del pasado y empieza a sustituirla con deseos actuales, a saber: la destrucción de ese usurpador, como él le llama, por medio de Blackstone…, es decir, la ley…, la piedra negra.

—Esa interpretación de su deseo de lograr una victoria legal es magnífica —dijo un doctor joven—; es digna de un maestro, *Herr* Doctor.

—Sí, sí, *Herr* Doctor —añadió otro—. Eso es genial, si se me permite denominarlo así.

—Extraordinaria sabiduría —agregó un tercero, con entusiasmo.

—Freud tiene en usted un digno sucesor —dijo un cuarto.

—¡Oh!, gracias, gracias —murmuró Von Zero, y se inclinó en todas direcciones al decir esto. Con inconsciente ademán levantó las puntas de los dedos hacia sus labios; pero luego, como si recapacitara de pronto, retiró la mano con rapidez. Middleton le contemplaba, mudo de estupor. Era evidente que aquel hombre había estado a punto de tirar besos a diestro y siniestro; pero se contuvo a tiempo.

—¿Era aquello un circo o un hospital? —se preguntó a sí mismo el solitario paciente sujeto a observación.

—Bien; en este aspecto hemos hecho todo lo que podíamos hacer —dijo Von Zero—. Vamos ahora a la prueba de la palabra.

¡La prueba de la palabra! Jerry Middleton se irguió en su sillón. Otra tentativa de reconocimiento en el campo de sus pensamientos más íntimos. Bien; pero ahora sería cauto, muy cauto. No volvería a revelar a este pedante barbudo hechos que pudiera recoger y desmenuzar ante esta asamblea. ¡Cuidado, mucho cuidado! Esta sería ahora su consigna. Pero si hubiese sabido… ¡Su extrema cautela era cosa de juego en manos del investigador!

XXIII. El escudriñador de espíritus

El doctor austriaco, con la cooperación de media docena de auxiliares espontáneos que acudieron en su ayuda, estaba ahora corriendo el gran encerado hasta dejarlo detrás del sujeto a quien estaba examinando. Al volver su equipo de tramoyistas a sus respectivos asientos, él hizo, desde detrás de Middleton, una manifestación relacionada con la prueba que iba a seguir:

—En América —dijo— empleo en todos los casos desconocidos como éste la lista de cuarenta y siete palabras seleccionadas por mi.

Dicho esto se colocó delante de Middleton y sacó de su chaqueta lo que Jerry, por su experiencia de las carreras de caballos celebradas en los ejercicios atléticos del colegio, reconoció ser un reloj de segundos muertos. Y dando cuerda a este reloj mientras hablaba, Von Zero hizo a su paciente las indicaciones necesarias para la prueba que iba a empezar.

—Ahora, amigo mío —dijo—, quiero que a cualquier palabra que yo diga conteste usted con la primera que acuda a su mente, aunque parezca absurda. ¿Comprende usted?

—Creo que muy bien —fue la respuesta de Middleton. Y añadió con tristeza para sí: Pero tendré cuidado con todas mis respuestas, amigo mío.

El doctor desapareció de nuevo detrás de él. Un momento después su voz gritó:

—Hombre.

—Mujer —respondió Middleton.

Se oyó el ruido de la tiza al rozar el encerado. Y luego:

—Suerte.

—Hado —fue la palabra que acudió en el acto a la mente y a los labios de Middleton.

—Negro —fue la siguiente.

—Blanco —fue la respuesta.

—Boxeo.

—Guante.

—Sierra —fue la siguiente.

Esta palabra produjo un sobresalto en Middleton. Recorrió desatinado su cerebro en busca de un vocablo que sustituyese a la palabra «corte», que ya tenía en la punta de los labios.

Y, finalmente, del millón de palabras o cosa así que hay en el diccionario se las compuso para dar una respuesta sin sentido, pero inofensiva. Se apresuró a refugiarse en el absurdo:

—Gayuba.

Se daba cuenta de que había transcurrido un enorme intervalo entre la palabra clave de Von Zero y su respuesta.

Ahora empezaba a comprender que la ciencia del psicoanálisis quería cazarle.

Así continuó la prueba de la palabra. Middleton, contestó rápida y espontáneamente a ciertas palabras inofensivas; pero vaciló en otras que se acercaban demasiado peligrosamente al secreto de sus planes. Al fin, cuando colocaron el encerado en forma que todos, incluso él mismo, pudiesen verlo, Middleton lo examinó con gran intranquilidad.

—Observarán ustedes —dijo Von Zero, que estaba junto al encerado— que entre cada palabra dicha al sujeto en observación y la que él mentalmente asocia a ella este reloj ha marcado el número de segundos transcurridos en su mente. El tiempo normal de asociación es de siete a once segundos.

Se puso a un lado del tablero para que todos pudieran verlo. La columna escrita decía así:

Hombre	8	Mujer

Suerte	9	Hado
Negro	7	Blanco
Boxeo	11	Guante
Sierra	29	Gayuba
Violín	8	Botella
Jabón	10	Lejía
Amor	9	Anne
Libro	11	Biblia
Ocultar	31	Ártico
Verde	8	Hierba
Padre	7	Injusto
Marzo	10	Guerra
Odio	9	Ira
Illinois	11	Los Estados
Cuento	9	Increído
Wall (pared)	8	Street (calle)
Jugo	10	Baya
Hierro	7	Barras
Michigan	11	Lago
Perro	5	Gato
Barra	29	Presa
Bolsa	5	Marsupial
Rico	10	Pobre
Barco	10	Vela
Alfiler	8	Agudo
Hoja	9	Blanca
Grande	7	Pequeños
Fuego	8	Caliente
Frío	7	Hielo
Dientes	8	Sierra29
Niño	11	Solitario
Medianoche	10	Autocar
Ojos	8	Castaños
Loco	3	No
Fuga	45	Capa

Usted	10	Conspiración
Yo	8	Pato
Patín	12	Hielo
Zampoña	11	Oveja
Indiana	6	Oculto
Ciegos	10	Doctores
Reyes	10	Crepúsculo
Manía	7	Tasmania
Madre	8	Carencia
Muerte	7	Frío
Bebé	8	Llanto

—Ahora quiero llamarles la atención —dijo Von Zero después de breve pausa— sobre el hecho de que las siguientes asociaciones de palabras son completamente normales, y puedo decir que se han sucedido tan a menudo en mis pruebas con personas locas y personalidades enajenadas, que puede decirse constituyen ya asociaciones regulares en este campo. Helas aquí —las escribió abajo, en una columna separada, a la derecha de los datos que comprendían su prueba completa. Decían así:

Hombre	Mujer
Suerte	Hado
Negro	Blanco
Boxeo	Guante
Jabón	Lejía
Libro	Biblia
Verde	Hierba
Marzo	Guerra
Odio	Ira
Jugo	Baya
Michigan	Lago
Perro	Gato
Rico	Pobre

Barco	Vela
Alfiler	Agudo
Hoja	Blanca
Grande	Pequeño
Fuego	Caliente
Frío	Hielo
Patín	Hielo
Reyes	Crepúsculo
Muerte	Frío
Bebé	Llanto

—Verán ustedes también —siguió diciendo Von Zero— que el tiempo de asociación de cada par de palabras oscila entre siete y once segundos; es decir, cae dentro del margen usual en que se mueven las asociaciones normales —hizo una pausa —. Así, pues, descartaremos esa serie en cuanto a ulteriores consideraciones —escudriñó luego en silencio, durante un momento, la columna más alta y después, vuelto de espaldas a su auditorio, habló de nuevo—: Observo, sin embargo, cierto número de asociaciones extrañas; asociaciones que, siendo normales en un periodo de reacción, no lo son en absoluto como tal respuesta. Aquí están —escribió una tercera columna a la derecha de la segunda. Decía así:

Violín	Botella
Amor	Anne
Padre	Injusto
Illinois	Los Estados
Cuento	Increído
Wall	Street
Hierro	Barras
Bolsa	Marsupial
Dientes	Sierra
Niño	Solitario
Medianoche	Autocar

Ojos	Castaños
Loco	No
Usted	Conspiración
Yo	Pato
Zampoña	Oveja
Indiana	Oculto
Ciegos	Doctores
Manía	Tasmania
Madre	Carencia

—Estudiemos ahora esto un poco —dijo Von Zero, y dejó la tiza para coger un puntero, con el cual dirigía los ojos de su auditorio a las palabras a que se refería—. Como vemos, el tiempo de asociación —o de reacción, como también se le llama— de cada par de palabras cae dentro del normal; pero la asociación en si no es normal, y nos encontramos, pues, en el campo de aquellos complejos propios del mismo enfermo, más que de todos los enfermos. Y si profundizamos en ellos podremos descubrir algo relacionado con su perdida personalidad. Por ejemplo: ¿qué extraño incidente de su vida pasada le hace asociar el concepto VIOLÍN con el concepto BOTELLA? ¿Quién de ustedes puede formular una hipótesis?

Stonecipher, con cierto embarazo, tosió ligeramente antes de hablar:

—Bueno, *Herr* Doctor; tal vez deba yo explicar que hay un enfermo en esta sala que tiene un violín y que ata siempre una botella al instrumento para recoger ciertos tonos malos, según él se imagina.

—¡Ah!, ya comprendo —respondió Von Zero—. Esa es la explicación. Pero ¿qué dicen ustedes de AMOR y ANNE? Esto se refiere, sin duda, a algún episodio amoroso, y como el aspecto del enfermo, desde que fue víctima de su psicosis hasta que ingresó aquí, era lo suficientemente repugnante para excluir toda posibilidad de idilio entre él y cualquier miembro del sexo femenino tenemos que ver en la reacción

AMOR-ANNE
un reflejo de asunto amoroso de su perdida personalidad. Perfectamente. ¿Y qué les parece lo de PADRE-INJUSTO? Esto parece un complejo de su robada o asumida personalidad; a saber: la de J.
H. Middleton,
conforme a la cual juzga que el padre de J.
H. Middleton
fue injusto en el testamento que otorgó este hijo eminente de Chicago. Ustedes pueden apreciar, por la forma en que sirve de receptáculo para los complejos relacionados con sus dos personalidades, qué campo de batalla es su mente para una y otra. Pasemos a otra cosa. ¿Qué decir de ILLINOIS-LOS ESTADOS? Puesto que sólo los extranjeros llamamos a sus Estados Unidos «los Estados», y puesto que este hombre habla perfectamente el inglés, sabemos dos cosas: que viene de fuera de los Estados Unidos; pero de un país de habla inglesa. Según esto, pudiéramos creerle canadiense, y no me sorprendería que este hecho se corroborase si llegara al fin a descubrirse su perdida personalidad. De esto nada más. ¿Y el par CUENTO-INCREÍDO? Les llamo la atención sobre esto porque es típico de su caso. Es la expresión de una emoción engendrada por un complejo perteneciente también a la asumida personalidad; una protesta, si les agrada el término, contra el hecho de que no queremos aceptar su cuento, por completo inaceptable. Muy bien. Vamos ahora con lo de WALL-STREET.

Von Zero hizo una pausa, durante la cual Middleton le estuvo mirando con curiosidad. Aquella mañana, Keane, el seudo Napoleón, había comparado en broma a Charlie Wall, el poeta loco, con el colaborador de revistas americanas Julián Street, y esta comparación estaba fija en la memoria de Middleton. De ella, sin duda, procedía la reacción WALL-STREET. Pero ya Von Zero estaba de nuevo en el uso de la palabra.

—WALL-STREET es una asociación tan puramente

americana que podemos pensar muy bien que el enfermo, a quien suponemos canadiense, ha vivido en este país años bastantes para acumularla a su lista de reacciones normales. Pero la he incluido en esta relación de respuestas anormales porque es anormal si la comparamos con el par ILLINOIS-LOS ESTADOS, que le señala como oriundo de otro país, el Canadá, según hemos decidido. Perfectamente. Y vamos ahora con HIERRO-BARRAS. Aquí parece como si hubiéramos tocado en su antigua realidad, en la que se escapó de la cárcel. ¿No es así? El análisis del sueño y nuestro análisis de las palabras coinciden perfectamente en este punto —hizo una pausa—. ¿Y BOLSA-MARSUPIAL? —miró a Middleton y dijo con el ceño fruncido—: Amigo mío: ¿no tiene usted idea de cómo se le ocurrió esta relación mental de BOLSA-MARSUPIAL? La mayoría de los enfermos relacionan BOLSA con DINERO o con CARTERA.

—¿No se llaman en Australia marsupiales todos los animales que tienen bolsas? —respondió Middleton ingenuamente.

Stonecipher intervino de nuevo con un comentario:

—El enfermo —dijo— acostumbraba a leer con gran frecuencia libros referentes a Australia, antes de su ataque de psicosis, y así observará usted que Australia y las cosas de Australia han penetrado profundamente en su cosmos mental.

—Ya —dijo Von Zero—. Esto explica entonces esa reacción algo rara. Bien. ¿Y DIENTES-SIERRA? Esta es una respuesta desusada, que, dado nuestro actual estado de conocimiento, escapa a nuestra interpretación. Tal vez sea un complejo de alguna clase…, una realidad perdida…, pero de ahí no podemos pasar. Estudiemos ahora la otra reacción: NIÑO-SOLITARIO. Él era de joven, según tengo entendido, un muchacho solitario, y la intensidad de su emoción respecto a esa soledad estalla en la actual personalidad que él ha asumido sobre sí. Tendremos que abandonarla, sin embargo, ya que no revela más que la escueta manifestación del hecho

que señala. ¿Y MEDIANOCHE-AUTOCAR? ¡Ah! Ahora entramos en aquella perdida realidad suya, y sabemos, por primera vez, lo que representa la bicicleta que tenía la muchacha en el sueño. De nuevo el análisis de éste y el de la palabra se refuerzan mutuamente. Pasemos ahora a OJOS-CASTAÑOS. Aquí tenemos la tendencia egoísta que descubre necesariamente cualquier análisis investigador de cualquier «yo». Los ojos del enfermo son castaños, independientemente de la personalidad que se revele; de aquí que cualquier alusión a la palabra OJOS tendrá como reacción inmediata el color o las características de sus propios ojos. Pasemos a la reacción siguiente:

LOCO-NO,

que he colocado en la lista de respuestas anormales únicamente para enfocar la atención de ustedes hacia ella. Tan normal es esta respuesta para un lunático, que en treinta años no he pronunciado nunca el vocablo LOCO en una prueba de palabras sin que dejara de ir seguido inmediatamente de la palabra NO, o del vocablo que significara NO en la lengua que se hubiese empleado, y eso con una rapidez comparable al restallar de un látigo. Pueden ustedes ver que esta fue la respuesta más rápida de este enfermo: tres segundos; y así ocurre siempre en todo el mundo de los manicomios. Todavía no he podido ver que se haya producido otra reacción distinta en una persona mentalmente perturbada. Y de esto no hay más que decir. Vamos con la siguiente: USTED-CONSPIRACION. Esta es, asimismo, muy corriente en las pruebas que se practican en los manicomios, y si la he colocado aquí ha sido sólo para su observación y discusión. Nunca he dejado de verla surgir rápida en un paranoico, y su presencia en una prueba de palabra es casi la prueba clínica de esa perturbación. Entiéndanme; en ésta al menos. Puede también aparecer en mi seudoparanoia —Von Zero miró al encerado—. Ahora, unas cuantas reacciones más. No puedo hallar relación entre

YO-PATO.
Así como cuando pronuncio la palabra USTED el enfermo piensa en sí mismo y se imagina inmediatamente que es la víctima de una conspiración, así, cuando pronuncio la palabra YO, piensa en el médico. En este caso, sin embargo, relaciona conmigo la palabra PATO —Von Zero hizo una pausa y frunció el ceño—. ¿Pato? ¿Pato? ¿Pato? No puedo descifrarla de ninguna manera. Me haré la ilusión de que es una idea aprobatoria de alguna clase y la desecharé como una relación que es demasiado absurda. Veamos ZAMPOÑA-OVEJA. Esta parece corroborar la anterior explicación del doctor Stonecipher de que el enfermo está mentalmente saturado de Australia. La sílaba ZAM sugiere a su cerebro la zambullida de las ovejas en aquel gran país de rebaños para librarlas de sus parásitos. Pasemos a la siguiente: INDIANA-OCULTO. ¡Ah!… Aquí tenemos un indicio de aquella antigua realidad suya perdida. Parece que después de fugarse de la cárcel se ocultó en el Estado de Indiana. Un examen en los archivos del presidio de Lansing, Michigan, por ejemplo, pudiera contribuir a revelar la perdida identidad de este hombre. Y vamos a las dos últimas. CIEGOS-DOCTORES es la acostumbrada reacción de paranoico contra nosotros, que sólo podemos hacerle bien; mientras que MANIA-TASMANIA es una de esas relaciones eufónicas que pueden hallarse en cualquier sitio en todas las pruebas de la palabra.

Desde un oculto rincón del círculo que formaban las sillas habló entonces el más joven de los doctores allí reunidos; un mozalbete que parecía haber salido apenas de una escuela superior, y mucho menos de una Universidad:

—Pero, Doctor, *Herr* Doctor —dijo de un modo vacilante—: ¿podría alguien que no fuese un verdadero australiano relacionar la palabra MANÍA con una palabra tan extraña como el Estado de TASMANIA?

—¿De modo que hay en aquel país un Estado de ese nombre? —preguntó Von Zero con interés—. Bien; eso explica

entonces, en parte, la naturaleza de su reacción, puramente eufónica [7] —levantó autoritariamente el dedo índice, dirigido hacia el joven médico, al cual Stonecipher miraba ceñudo, con muestras de desaprobación ante la audacia de aquel mozalbete, que se atrevía a preguntar a un gran sabio—. Un paranoico —dijo el psiquiatra austríaco lentamente y en tono impresionante— o un seudoparanoico, como ha declarado el doctor Stonecipher en el caso de este hombre, absorbe todos los detalles de su asumida personalidad. Un enfermo como éste, que ha leído afanosamente muchos libros acerca del país que le proporciona una supuesta cuna, está, digámoslo así, «supersensibilizado» en todo lo que se refiere a los antípodas —dirigió una mirada paternal y benigna al turbado mozalbete, y con un ademán de su mano dio por abandonado el tema. Luego volvió la vista al encerado—. Pero queda otro par de palabras; MADRE-CARENCIA, que parecen reformar la asociación de NIÑO-SOLITARIO; con lo cual creo que hemos terminado con la segunda sublista puesta a discusión.

Hubo una pausa, turbada solamente por una de las dos doctoras, que hablaba con entusiasmo a la otra que estaba a su lado.

—Es profundo, en verdad. El *Herr* Doctor es maravilloso en sus rápidas deducciones.

Pero el *Herr* Doctor estaba preparando en el encerado, en una cuarta columna, los restantes pares de palabras no discutidas. Esperó a que ningún nuevo encomio [8] rompiese el silencio, y entonces habló:

—Si ustedes miran ahora al encerado —dijo—, observen las palabras en que se contuvo el impulso inicial del paciente al hablar, y la reacción que siguió, y verán el excesivo intervalo de tiempo entre uno y otra, así como la falta de toda relación aparente entre las dos palabras, lo cual prueba el proceso que se desarrolló en el elemento subconsciente del enfermo.

Concentró la atención de su auditorio en la breve cuarta columna, que decía así:

Sierra	29 segundos	Gayuba
Ocultar	31 segundos	Ártico
Barra	29 segundos	Presa
Fuga	45 segundos	Capa

—Sería inútil —explicó Von Zero— prestar la menor atención a las palabras de reacción obtenidas aquí, pues durante el largo intervalo entre ellas y las claves mil palabras se cruzarían en el cerebro del enfermo. Ninguna de esas palabras guarda la menor relación con el «yo» del paciente, y pueden descartarse. Pero las primeras, aquéllas a las que había que contestar, y que eludieron otras palabras que el subconsciente del enfermo creyó conveniente rechazar, comprenden una valiosa serie de complejos. Tenemos, como ustedes ven, la serie SIERRA-OCULTAR-BARRA-FUGA, que podemos formar y reformar con varios cambios y combinaciones en un esfuerzo para obtener una ínfima historia esquemática que el «yo» subconsciente trata de escamotear. Esa historia, como todos ustedes comprenden, es la de su fuga de la cárcel en aquella otra personalidad suya, que quedó reemplazada por la falsa identidad de Middleton —hizo una pausa.

—Entonces, si el paciente no tiene el menor recuerdo de esa descartada personalidad —preguntó una de las lumbreras médicas menores— y no puede facilitar la historia perdida, ¿no nos es ya posible seguir adelante?

—Nada de eso —dijo Von Zero, que siempre tenía recursos para todo—. Ahora hipnotizamos al enfermo y averiguaremos más de lo que constituye la verdad —tenía ya en su mano el maletín de cuero que llevaba consigo, y mientras hablaba estaba soltando los cierres metálicos.

Jerry Middleton miraba, desalentado. Era evidente que este

intrépido viajero del oscuro continente de la subconsciencia perseguía un ejemplar de la selva conocido con el nombre de Jerryalibus Middletonibus. En Australia había visto entre los artistas de circo y los sujetos que utilizaban para sus experimentos algunas de las cosas puramente físicas que podía llevar a cabo el hipnotismo, y se daba cuenta de que una vez que estuviera bajo la influencia de esa fuerza extraña, capaz de dar a un débil ser humano suficiente rigidez para resistir el peso de seis hombres corpulentos, era difícil que sus planes para aquella noche permaneciesen secretos. Tenía, pues, que evitar a toda costa el caer bajo el dominio de aquella siniestra influencia, aunque fuera fingiéndose enfermo, como hacían algunos sujetos en las exhibiciones que había visto. Y daba devotamente gracias a Dios por los chelines con que había contribuido a nutrir las arcas de los hipnotizadores ambulantes.

—Primero magnetizaré al enfermo —siguió diciendo Von Zero, con calma—, y luego la inducción de la hipnosis será relativamente fácil. Soy yo sólo quien emplea este procedimiento. Visto el hecho de que en él se ha producido anteriormente un estado semejante, será un sujeto fácil.

—¡Sí va a serlo! —dijo Jerry Middleton para sus adentros —. ¡Sí va a ser un sujeto fácil!

El doctor austriaco había sacado de su maletín un pequeño y extraño aparato, que parecía como un juego de luces de colores, una serie de espejos giratorios, cuyos planos formaban ángulos entre sí, así como con el eje sobre el cual giraban. El aparato tenía, al parecer, un pequeño motor eléctrico, pues llevaba unido a él un largo cable flexible gris, de seda, con una clavija de conexión.

Von Zero introdujo ésta en los agujeros del casquillo de la luz colgante, hizo funcionar una pequeña palanca, y al empezar el aparato a girar lentamente, lo movió en todas direcciones para que todos pudiesen verlo. Los planos giratorios captaban los reflejos de las bombillas coloreadas

medio ocultas, y formaban una extraña cascada de luces de todos los colores, que parecían correr sin parar hacia el eje y desaparecer después.

Cuando todos los presentes lo hubieron visto, Von Zero puso el espejo giratorio cerca de los ojos de Middleton, y así lo mantuvo.

—Tiene usted que mirar a las luces —dijo—. Mírelas…, sígalas.

El otro lo hizo así con turbación, y pensando si sería lo mejor no mostrarse francamente rebelde. A medida que la cascada de luces fluía y daba vueltas en espiral, y los reflejos de brillantes colores se escapaban y giraban, y volvían a escaparse y a girar delante de sus ojos, él se dio cuenta de repente de que se estaba quedando dormido por cansancio ocular. Luchó contra esa sensación abrumadora…; se hizo fuerte. Luego vio el espejo giratorio más cerca de sus ojos y oyó la voz de Von Zero, que decía:

—Duérmase, duérmase. Cierre los ojos. Está usted dormido.

Cerró los ojos con presteza. Lo que un minuto antes pudiera haber sido una orden conminatoria, fue en este momento una sugestión que le permitiría escapar de lo que se dirigía hacia él con la velocidad de un expreso. Y al ceder en este oportuno instante, advirtió con satisfacción que tan pronto como cerró los ojos y dejó de ver aquellas trasnochadoras luces giratorias se sintió libre del sopor que empezaba a apoderarse de él. Sólo tres minutos más, acaso dos, y le habrían magnetizado. Estaba seguro.

Pero ahora permanecía en aquella isla salvadora que le deparaban sus párpados cerrados. Oyó la voz de Von Zero, que decía:

—Duérmase ahora. Duerma profundamente. Está usted desplomándose…, desapareciendo…, Ya ha desaparecido. Ya está usted dormido.

—¿Y cómo puede usted saber con certeza —dijo alguien—

cuándo está completamente dormido el enfermo?

—Hay dos procedimientos —dijo Von Zero prontamente—. Podemos levantarle los párpados para ver si las pupilas no son sensibles a la luz; pero en este caso no me molesto en recurrir a esta manipulación, más o menos penosa, dadas la rapidez y precisión con que cayó dormido. Otro procedimiento más lento, que se utiliza especialmente con los que se fingen dormidos, consiste en obligar al sujeto a dar respuestas y hacer manifestaciones contradictorias. Un hombre hipnotizado no puede decir más que la verdad, y aunque algunas veces esté oculta como por una niebla, será siempre la verdad. Si se advierte alguna contradicción directa en las respuestas de un sujeto a nuestras preguntas, podemos suponer con seguridad que nos encontramos ante un simulador. Muchas veces fingen, sabe Dios por qué.

El alcance de estas explicaciones no pasó inadvertido para el sujeto que estaba sentado con los ojos cerrados. La voz de Von Zero sonó de nuevo, dirigiéndose a Middleton:

—Ahora, amigo mío, quiero que conteste usted a varias preguntas que voy a hacerle. En primer lugar…, usted estuvo encarcelado una vez en su vida. ¿Dónde? Piense con detenimiento, pues de que lo haga usted así depende el poder librarle de sus alucinaciones. Recuerde que esas alucinaciones suyas son las que le obligan a estar aquí. Ahora, el papel que usted representa cuando está despierto no le impone ninguna prohibición, ninguna cortapisa. Así, pues, ¿cuándo y dónde estuvo usted encarcelado? Piense detenidamente. Piense muy detenidamente.

Jerry Middleton se puso a pensar, en efecto, con gran detenimiento. El tema de sus pensamientos era si compondría o no alguna historia fantástica para explicar aquel maldito sueño que tan inocentemente había relatado; pero vio inmediatamente que aquel astuto psiquiatra de Austria podía encontrar al momento múltiples contradicciones en cualesquiera respuestas que él diera con respecto a una

aventura imaginaria. Por que ahora iba a actuar en la plataforma de los testigos, en una extraña y desusada plataforma, como testigo único, además, para declarar en el juicio contra Jonathan Doe ¡por usurpación de personalidad! Y como saben todos los legistas competentes del mundo, la única historia que no puede ser destruida, o en la que no puede ahondarse a la fuerza en la plataforma de los testigos, ante un interrogador hábil, es aquella que refiere hechos que realmente han ocurrido. Este, pues, era su *fuerte*. La penalidad en este juicio por falso testimonio no era un proceso por perjurio, sino el examen por el abogado fiscal de los globos de los ojos del testigo, y nueva prestación de juramento de aquel individuo por los caminos de una nueva hipnosis, que le arrancaría un testimonio desagradable para todos los interesados. Meditó un momento, y casi encontró lo que quería: una aventura suya de cuando estuvo en Francia con las fuerzas australianas expedicionarias. Era este un episodio que proporcionaría al voraz Von Zero la cárcel que con tanto afán buscaba. Este habría de ser el campo de la antigua aventura en la que Australia tuvo que contender con Austria. En realidad, la Gran Guerra no había terminado todavía.

—Piense detenidamente —le repitió Von Zero de repente cerca del oído—. Piense detenidamente. ¿Dónde estuvo usted encarcelado?

Middleton sabía bien que un hombre hipnotizado tenía que tener pensamientos desquiciados, hablar con voz monótona, decir frases cortadas y repetir con mucha frecuencia las palabras del interrogador. Y, teniendo esto en cuenta, reguló su voz y sus respuestas.

—Fue…, fue en Francia.

—¡Ah!… ¿En Francia? ¿Y por qué le encarcelaron en Francia? Piénselo bien.

—Yo…, yo estaba en la ciudad de Mon…, Mon…, Montvalliers. Estaba con permiso. Con permiso del frente. Había perdido mi documento…, el permiso. Un policía militar

me cogió. Me prendió como sospechoso. Sospechoso de deserción. Me encerró.

—¿Pero no estuvo usted detrás de rejas?

—No, no estuve.

—¿Por qué se marchó usted?

—Sabía que tenía derecho a hacerlo. Derecho a marcharme. Pero la comunicación estaba cortada. La comunicación con mi comandante. No podía probar mi caso.

—¿Cómo salió usted del lugar en que estaba encarcelado?

—¿Cómo salí?

—Sí. ¿Cómo?

—¿Cómo?

—Respóndame. ¿Cómo?

Con turbación, pensó Middleton en cómo había llegado su coronel en momento oportuno y hecho que le pusieran en libertad. Pero esto resultaría un relato mezquino para explicar el sueño que tan espontánea e insospechadamente había narrado, y él tenía que sostener a toda costa la teoría sustentada allí por el psicoanalizador de que aquel sueño expresaba un incidente de la perdida personalidad de Jonathan Doe, pues si el otro barruntaba que era la revelación, en estado imaginativo, de un plan completo para fugarse, estaba perdido sin remisión. Decidió jugar una especie de partida de ajedrez y no decir mentiras que pudieran luego dar lugar a contradicciones y a que le levantaran los párpados.

—¿Cómo salí?

—Sí. ¿Cómo? ¿Cómo salió usted de la cárcel?

—Salí…

—¿Pero cómo efectuó usted su salida?

—Mi salida fue mágica. Primero estaba detrás de una reja, y luego estaba libre afuera.

—¿Empleó usted una sierra o una lima?

—¿Empleé una sierra o una lima?

—Piense. Una sierra o una lima.

—Pienso. Una sierra o una lima.
—Pero no ha contestado usted a mi pregunta.
—No he contestado a su pregunta.
—Usted salió de allí. ¿Inesperadamente?
—Salí de allí. Inesperadamente.
—Cuando usted salió, ¿no era ya un preso?
—Cuando salí, ya no era un preso.
—Ahora piense usted. ¿Qué herramienta utilizó para quedar en libertad?
—Pienso. Primero estaba dentro y luego estaba afuera.
—¿Cómo cortó usted aquellas barras?
—¿Cómo corté las barras?
—Sí. ¿Cómo?
—¿Cómo?
—No…, no repita mis preguntas. Le ordeno que recuerde. Usted cortó las barras. ¿Qué herramienta utilizó?
—No repito sus preguntas. Recuerdo. Había barras. Los barrotes estaban primero delante de mí y luego estaban detrás.
—¿Quién le dio la herramienta con que usted se libertó?
—¿Quién me dio la herramienta con que me liberté?
—No repita. Queremos que recuerde esta herramienta.
—Esta herramienta.
—Sí, esta herramienta.
—Esta herramienta.
—Ya se lo he dicho; esta herramienta.
—Usted ya lo ha dicho; esta herramienta.
Von Zero pronunció sus siguientes palabras en otra dirección distinta de la de su sujeto:
—Un complejo tremendo —dijo— está obstruyendo el recuerdo de la herramienta que empleó. Veo que una sola sesión hipnótica no basta para arrancárselo. Habría que dormir sus inhibiciones más de lo que están —hizo una pausa —. Bien; no intentaremos más ataques infructuosos en ese sentido —sus palabras se dirigieron ahora a los oídos de

Middleton—. Usted salió de ese lugar de rejas y barras que era una cárcel militar. ¿Se fue usted a una línea férrea después de salir?

—Fui a una linea férrea después de salir. Sí, fui a una línea férrea.

Middleton recordaba muy bien que en aquellos días había en los caminos barro hasta la cintura y que todo el tráfico a pie tenía que hacerse sólo a lo largo de las vías férreas.

—¡Ah! —exclamó Von Zero, lleno de júbilo—. Confirma la aventura simbólicamente narrada en su sueño. Era media noche y fue a una línea férrea después de salir de la cárcel. Continuaremos —su voz volvió a llegar una vez más a los oídos de Middleton—. En esa línea férrea pasó usted por muchos discos rojos de señales, ¿verdad?

—¿Muchos discos de señales? No. Pasé cerca de muchos soldados franceses. Soldados franceses con tiras rojas en sus guerreras. Y aldeanas francesas también… con refajos rojos.

El austríaco parecía atónito. Middleton hubiera jurado que oyó el raspar de la uña de un dedo reflexivo sobre una mejilla cubierta de barba. El tono de las siguientes palabras de Von Zero era de disculpa:

—Hay, al parecer, alguna discrepancia. Con arreglo a su sueño era difícil que pudiese escapar de día; pero de sus manifestaciones de ahora, había suficiente luz para distinguir los colores. Bien, quizá hubo algún error en mi interpretación. Probablemente se fugó de noche, se escondió hasta ser de día, y luego, caminando por la línea férrea, se encontró con esos franceses de tiras rojas y esas aldeanas de refajo encarnado que iban de un pueblo a otro la lo largo de la vía.

Con un suspiro de resignación volvió a dirigir sus palabras a su sujeto:

—¿Vio usted a una muchacha en un puente sobre la línea férrea?

—Vi a una muchacha en un puente.

—¿Sobre la línea férrea?

—Sobre la línea férrea. Sí…, encima.

—¿Era morena esta muchacha?

—Era morena.

—¿Cómo era de morena?

Middleton guardó silencio. En realidad, había visto, después de salir de la prisión de Montvalliers, a una muchacha negra, tan gruesa como un tonel de manteca; una muchacha negra importada en Francia, al parecer, con algunos de los muleteros que había allí a millares, que le hizo pensar en las maoríes de Nueva Zelanda y detenerse para mirarla.

—¿Cómo era de morena la muchacha? —repitió Von Zero con severidad.

—Muy morena —respondió el sujeto.

—¿Con ojos castaños?

—Sí; con ojos castaños.

—Bueno. ¿Tenía un vehículo de alguna clase?

—Sí; tenía un vehículo.

—¿Una bicicleta…, un carro…, un automóvil? ¿Qué tenía?

Middleton reflexionó antes de hablar. Aquella asociación de palabras MEDIANOCHE-AUTOCAR de su primera prueba había que demolerla ahora por completo. Así, pues, dijo… ¡la verdad!

—Un mulo.

Oyó risas en todo el circulo. Tuvo la intuición de que el *Herr* Doctor enrojeció al oír aquello…; la impresión de percibir en su propia piel las radiaciones de un color nada natural que surgió de las mejillas del otro. Luego, Von Zero respondió un poco turbado:

—Bien; yo sabía que ella tenía un vehículo de alguna clase, pues la bicicleta de su sueño indicaba un medio imperfecto de transporte. Y tengo entendido que vuestros mulos americanos no son el mejor medio de transporte del mundo, ¿eh? —más risas. Las palabras volvieron ahora a dirigirse a Middleton—: ¿Cuál era el nombre que esa muchacha morena gritaba desde el puente?

—Gritó el nombre de Spot (mota).

—¿No gritó Sidney?

—No gritó Sidney; gritó Spot.

Lo cual era verdad, pues la muchacha negra había estado llamando desde abajo a un perro moteado, que era suyo, evidentemente.

—¿Está usted seguro de que ella gritó Spot?

—Estoy seguro. De seguro que gritó Spot.

—Entonces, ¿el verdadero nombre de usted es Spottiswood… o Spottsman?

—Mi nombre es Jerome H. Middleton.

Le pareció que Von Zero estaba moviendo la cabeza, a juzgar por el tono de sus palabras:

—Su alucinación persiste a pesar de su hipnosis —decía—. Para apartarle por completo de ella serían necesarias varias sesiones. Bien; puesto que la muchacha gritaba Spot, sabemos que su verdadero nombre podía ser Spottiswood o algo parecido, y con esto ya hemos conseguido mucho —volvió a dirigirse al enfermo para preguntarle—: ¿Luego, entonces, usted subió al puente, montó en la mula y se fue cabalgando con la muchacha?

Pensó Middleton que ahora ya podía hablar sin peligro, pues después de haber saludado amablemente a la muchacha negra —otra igual no había visto en la lejana Australia, cuya rígida política era «Australia sólo para los blancos»— le había preguntado el nombre de su mula.

—Este mulo se llama «Leo» —le había contestado la muchacha en un dialecto extraño para él— y ese perrito de ahí abajo se llama «Spot». Este es un mulo americano, y ese es un perro americano. Yo también soy americana —había añadido con orgullo.

Después de cambiar unas palabras más, él había subido a la carretera, sobre la vía del tren, y mientras la muchacha, fustigando al mulo en el lomo con un trozo de madera, se alejaba seguida del perro por la medio transitable carretera, él

se fue en dirección opuesta. Decidió, pues, dar una respuesta a Von Zero, que estaba esperando:

—Yo subí. El mulo se llamaba «Leo».

—Entonces, *Herr* Doctor —interrumpió uno de los médicos —, parece que la interpretación de que él llegase a la raya limite de un Estado debe tomarse realmente en el sentido de que él subió con el mulo llamado «Leo». ¿No significa *leo* león en latín?

El Meister-Profesor austríaco parecía un poco cabizbajo:

—Sí, desgraciadamente —admitió—. El sueño no hace más que restablecer el hecho de subirse a la mula «Leo» —león en latín—. Bien, bien. ¡Hum! —pareció, sin embargo, haber reaccionado de repente, a juzgar por el tono de las palabras que dijo después—. Pero esto nos demuestra de una manera concluyente que el enfermo ha estudiado latín, pues sólo siendo así podía crear en sus sueños un retruécano tan erudito. De modo que ahora tenemos algo de su pasado, esto es, que ha estudiado latín.

En este momento Middleton reconoció la voz del mozalbete, que interrumpió así:

—O Astronomía, ¿no, *Herr* Doctor? ¿No podía ser Astronomía? La constelación de Leo Andronicus, ¿verdad?

—Tal vez —refunfuñó Von Zero. Era evidente que no apetecía tanta ayuda como se le estaba prestando—. La aparición en su sueño de la traslación del nombre del mulo a un león podría, indudablemente, indicar un conocimiento de Astronomía, adquirido por esa perdida personalidad. Muy bien: modificaremos nuestra afirmación y diremos que es Astronomía o latín lo que él ha estudiado en otro tiempo. Ahondaremos en eso.

Pero Jerry Middleton no había estudiado ni latín ni Astronomía, y ahora se veía envuelto en un lío, al soñar, primero, con un león, y al narrar, después, en presencia de un psicoanalizador, una aventura con un mulo llamado «Leo». ¿Por qué no pudo haberse llamado el mulo aquel Bill, o Tom,

o Hugo, o hasta Jerry?

—¿Dónde estudió usted latín? —preguntó Von Zero con repentina brusquedad.

—¿Dónde estudié yo latín? —respondió Middleton con obstinación.

—Sí. ¿Dónde estudió usted las altas ramas del saber?

—Bajo los cielos —Middleton se decidió por el camino de la Astronomía, asaltado por un repentino pánico al pensar que Von Zero pudiera levantarle los párpados para mirarle los globos de los ojos y descubrir que estaba fingiendo. Pero su respuesta había sido lo bastante misteriosa para apartar a Von Zero de propósitos semejantes, pues parecía francamente intrigado.

—¿Bajo los cielos? ¿Latín bajo los cielos?

—No. Enseñanza más alta bajo los cielos.

—¡Ah! Es la Astronomía. Quiere decir que lo que ha estudiado es la Astronomía. Bien; entonces ya podemos explicarnos ese fácil juego de palabras que hay en su sueño a base del nombre de la mula. La constelación de Leo Andronicus…, ¡el León! ¡Ya! —guardó silencio un momento —. Malo. Muy malo. Esto destruye por completo una hermosísima. Hipótesis: su supuesta huida a través de la linea fronteriza de otro Estado y demuestra, ¿no les parece?, que en el psicoanálisis debemos emplear todos los métodos que tengamos a nuestra disposición, análisis de sueños, prueba de asociación e hipnotismo, para no caer en una trampa —hizo una pausa—. ¿Se casó usted con esa mujer del puente? —preguntó de repente dirigiéndose a su sujeto.

—No —contestó Middleton sencillamente, al volver a pensar en aquella voluminosa muchacha negra de cara reluciente y gruesos labios.

—Pero usted había desertado y se iba con ella, ¿no es así?

—Tenía ojos castaños.

—Sí, desde luego. Ya nos lo ha dicho usted. Pero ¿qué clase de unión hubo entre ustedes dos?

—Era morena. Tenía el pelo oscuro.

—También nos lo ha dicho usted. Pero no nos referimos a eso. Piense. ¿Qué relación conserva usted en su mente en la que aparezcan dos manos juntas? Usted nos hijo hace un rato que había soñado que la mano de esa muchacha y la de usted estaban unidas. ¿Qué quiere decir eso? ¿Matrimonio…, o qué?

—Su mulo… se llamaba «Leo».

—No, no le pregunto eso. Bueno, ¿en qué Universidad estudió usted la Astronomía?

—Astronomía es la ciencia de las estrellas.

—Sí, las estrellas. ¿Dónde estudió usted las estrellas? ¿Dónde aprendió usted que la constelación de Leo Andronicus significa la constelación del León, nombre que me hizo deducir, erróneamente, que usted había huido a otro Estado de América? ¿En qué clase estudió usted las estrellas?

—¿En qué clase? En ninguna clase. Bajo los cielos. Durante horas y horas —lo cual era la cosa más cierta que Jerry Middleton había dicho en aquella media hora, pues recordaba claramente cómo había estado tumbado de espaldas, noche tras noche, en las trincheras de Flandes, mirando hacia arriba durante horas enteras a aquellos puntos parpadeantes y fulgurantes y pensando si volvería a ver Melbourne. Oyó el comentario que hizo Von Zero a su respuesta:

—Durante horas y horas, ¿eh? Bien; esto resuelve otro punto. Sólo un astrónomo profesional estudia los cielos durante horas enteras. O también un joven de familia tan bien acomodada que pueda proporcionarle un telescopio o un observatorio para su uso particular.

Middleton oyó el
tic-tac
de un reloj. Seguramente el *Herr* Doctor estaba mirando el transcurso del tiempo. Luego, el austríaco habló dirigiéndose a su auditorio:

—Bien…; el matrimonio, o la unión ilícita con esta muchacha de ojos oscuros en Francia, es un complejo muy

arraigado de alguna especie, y el enfermo quedaría en extremo agotado si tratáramos de ahondar demasiado en la primera hipnosis. Podría, pues, dar por terminada con esto la primera sesión, teniendo en cuenta que he de permanecer aquí tres días.

Se oyó decir a una de las lumbreras menores:

—¿No podría usted seguir un poco más, *Herr* Doctor? Esto es muy interesante, especialmente lo relativo al reflejo del paciente en el espejo, que representaba a su supuesto usurpador de afuera. ¿Cuáles son las verdaderas intenciones del enfermo para con ese supuesto detentador, estando, como lo está, aquí encerrado? ¿Es hasta ahora homicida o prefería apelar solamente a medidas legales?

—Cualquiera nueva prueba agotará mucho al enfermo —admitió Von Zero.

—No importa, *Herr* Doctor —dijo la voz de Stonecipher—. Tenemos muchos enfermos, pero muy pocos visitantes ilustres.

—¡Ah!, gracias —se pudo oír la reverencia de Von Zero—. Muy bien. Podemos entonces examinar un poco este asunto de la piedra negra; es decir, Blackstone: la ley —su voz se dirigió de nuevo a los oídos de Middleton—. Spottiswood, Spottsman…, o como se llame: ¿quién le persiguió a usted cuando huía con aquella muchacha en el mulo «Leo»?

Middleton respiró. Después de dejar a la muchacha negra había emprendido la marcha, en dirección opuesta a la de ella, hacia la ciudad ocupada por su regimiento, y ya no había vuelto a ver a «Leo», el mulo de largas orejas; ni a «Spot», el perro de orejas cortas; ni a la muchacha americana de pelo rizado. Pero parecía que el *Herr* Doctor había elegido este punto a fin de ir a parar suavemente a la manera cómo el enfermo trató de emplear la Blackstone contra su enemigo. Y como acudiera de pronto a su mente una aventura que le ocurrió en la fábrica de Newcastle, y sobre la cual podría afrontar un interrogatorio que durase todo el día, si fuese preciso, la aprovechó con gran contento.

—Oigo una pregunta acerca de mi sueño. Una pregunta relativa a que yo lancé…, lancé una piedra.

—Sí —respondió Von Zero con ansiedad—. Eso es precisamente lo que queremos. ¿Recuerda usted, entonces, algunos propósitos que tiene, cuando está despierto, de utilizar la ley para destronar a cierto individuo de fuera?

—¿La ley? ¿Blackstone?

—Precisamente. Blackstone. Magnifico —a los oídos de Middleton llegó el ruido del frotar de las manos de Von Zero.

Era el momento de sacar a relucir aquella aventura de la fábrica de acero de Newcastle, que excluiría definitivamente cualquier otra hipótesis más peligrosa en relación con los planes que abrigaba contra aquel doble suyo de Chicago. Y se puso a hablar con lentitud:

—Yo trabajaba. Trabajaba en una fábrica de acero. Un día me faltó el mono. El mío era un mono limpio. Sólo encontré monos sucios. Levanté la vista. Vi a otro obrero. Tenía puesto mi mono. Cogí un pedazo de carbón. Se lo tiré. Me devolvió lo que era de mi propiedad. Me lo devolvió enseguida.

¡Pobre *Herr* Doctor Meister-Profesor Von Zero! Unas cuantas sencillas palabras habían echado por tierra su bella hipótesis acerca de Blackstone y la proyectada aplicación a su sujeto de la famosa obra de jurisprudencia de *Sir* William. El austríaco debía estar cabizbajo ahora, a juzgar por el tono de su voz:

—De modo que donde usted trabajaba… un hombre le quitó el mono, ¿no es así? ¿Lo tenía puesto? ¿Usted le tiró un pedazo de carbón? ¿Carbón negro?

—Él me quitó el mono. Yo le tiré un pedazo de carbón.

El suspiro que lanzó Von Zero fue de profundo disgusto. Era evidente que veía esfumarse una obra acabada de interpretación psicoanalítica.

—¿Dónde trabajaba usted? ¿Eh? ¿Dónde estaba ese lugar en que usted llevaba mono?

—Fábrica de acero.

—Le pregunto dónde estaba.

—Hacían acero. Lingotes.

—Si…; pero ¿dónde?

—Donde los hornos vomitan llamas.

—¡Bah! En todas partes arrojan llamas: en Essen, Alemania; en Krich, Austria; en Vaneau, Francia; en Pittsburg, Estados Unidos. Usted trabajaba en las fábricas de Pittsburg, ¿eh?

En vista de que a Newcastle, Nueva Gales del Sur, se le llamaba «el Pittsburg de Australia», y que el nombre de Andrew Carnegie, el antiguo y famoso rey de la industria americana, era allí tan conocido como las propias lumbreras de Australia, Jerry Middleton no tuvo inconveniente en responder, al menos indirectamente:

—Trabajaba en… el Pittsburg.

—¿Por qué dice usted el Pittsburg?

—¿Por qué digo el Pittsburg?

—¿Trabajaba usted en Pittsburg?

—Trabajaba en el Pittsburg.

Von Zero suspiró. En este forcejeo entre el maestro y el sujeto se veía claramente cuál de ellos se estaba agotando. Se volvió a su auditorio:

—Considero irrazonable —dijo malhumorado— seguir hoy más adelante, pues estoy seguro de que el enfermo está agotado. Celebraremos, sin embargo, otra sesión con él otro día, puesto que se rinde tan fácilmente al hipnotismo y a la sugestión. Entre tanto, estudiaré su caso, y en la sesión próxima espero arrancarle todo su pasado, induciéndole a un sueño más profundo, en el cual queden anuladas más por completo sus inhibiciones. Así, bajo tal hipnosis, podemos esperar recoger más detalles de su vida anterior —hizo una pausa—. Ahora vamos a resumir lo que hemos conseguido con nuestros tres análisis, descartando aquellas hipótesis que se desplomaron solas y fijándonos en aquellas que se han corroborado entre sí —guardó silencio un momento, y luego

empezó—: Podemos dar por sentado, sin temor a equivocarnos, que es del Canadá, que ha pasado algunos años en ese país y que estuvo en Francia como soldado con las fuerzas americanas o canadienses. Se llama, probablemente, Spottiswood o algo parecido, por lo cual alguien allegado a él le llamaba «Spot». Sabemos que desertó en Francia, que fue capturado y encarcelado; pero que se escapó y huyó en un mulo con una muchacha de ojos castaños. Para seguir la ilación cronológica de su sueño, cosa sumamente factible, podemos suponer que después de volver a la vida civil en América ingresó de mala gana en la industria de la fabricación de acero en Pittsburg, Estado de Pensilvania, y digo de mala gana toda vez que nuestro análisis nos ha revelado que es un joven que ha estudiado Astronomía, o que ha sido maestro secundario de esa ciencia, o que sus padres desarrollaron en él su vocación en tal sentido proporcionándole un observatorio y un telescopio. O bien podemos suponer que aquéllos, por ser gente práctica o escasa de recursos, le obligaron a trabajar en la industria del acero, en la cual desempeñó un cargo inferior, de trabajo común, indudablemente. Es muy probable que la pugna entre su vocación astronómica y el ambiente real de su trabajo le movieran finalmente a cambiar de ocupación, a solicitar en Chicago la plaza de ayuda de cámara y, luego, a robar la personalidad de otro hombre, como modo de resolver aquel antagonismo entre sus inclinaciones y sus realidades. Pero esta usurpación de una nueva personalidad, como ustedes saben, sólo trajo un nuevo conflicto mental, debido al hecho de que ahora hay dos Jerome H. Middleton en vez de uno. Finalmente, se le prende por vago y vagabundo, y él protesta violentamente diciendo que es la persona cuya identidad robó. Fue una desgracia para él cruzarse con un individuo a quien se parecía, pues de otro modo pudiera haber resuelto de otra manera sus dificultades sin acudir a esta solución física —guardó silencio un momento—. Bien; creo que esto es todo por hoy. ¿Tienen algo que preguntarme?

Tal vez, antes de discutir el caso con ustedes, sería mejor despertar al enfermo para que pueda volver a su sala —sus palabras se dirigieron ahora al oído de Middleton—. Y ahora, amigo mío, cuando salga usted de su sueño, voy a decir que le trasladen a otra sala para que cambie de panorama: un poco de sacudida mental, como si dijéramos. Esto será un buen tratamiento para usted. En esa nueva sala estará contento y bien. Le curaremos y le daremos la libertad. Tenga usted esto presente.

—¡Un cuerno! —estuvo a punto de exclamar Jerry Middleton—. Esto era un grave contratiempo, y había que evitarlo a rajatabla, pues en su sala había dos barrotes perfectamente cortados, que sólo esperaban a ser doblados hacia adentro para dejar una abertura que conducía al mundo exterior… y a Anne. Habría de pasar mucho tiempo, muchísimo, hasta que volviese a tener la oportunidad de la noche anterior. De repente se puso a hablar con voz lenta y monótona:

—Yo nunca seré feliz en esa otra sala —dijo—. Estaré bien; pero no contento. Estaré intranquilo y caeré enfermo. En el cuarto que ahora tengo hay una grieta de forma extraña. Una grieta en el techo. La grieta tiene una forma especial. Su forma es la de la nariz de mi padre y me trae recuerdos raros. Recuerdos que no puedo precisar por completo. Me parece ver a mi padre en esa grieta. Mi padre…, en su gran plantación del Sur. ¡Y luego…, ya no veo más! —sus últimas palabras adquirieron un marcado tono agudo.

—¡Ah! —exclamó Von Zero—. Eso está muy bien. Ya está pensando en algo relacionado con su oculta personalidad, y siendo esto así, no debe de ningún modo trasladársele de habitación. Tal vez esa misma grieta le devuelva la memoria —se inclinó hacia adelante, y después de rozar con sus dedos la frente de Middleton, castañeteó con ellos de repente y ordenó—: «¡Despierta!».

Middleton abrió los ojos y miró, deslumbrado, en derredor.

Vio que Stonecipher le hacia señas:

—Puede retirarse, Doe. Vaya directamente a su sala y preséntese al vigilante.

Al oír este mandato se levantó rígidamente y pasó, obediente y tranquilo, por el espacio comprendido entre los dos biombos, sin mirar ni a la derecha ni a la izquierda. Pero una vez fuera se pasó la mano, sin fuerzas, por la frente.

—¡Uf! —se dijo—. ¡De la que me he librado! ¡Gracias, Dios mío, por esa grieta del techo! Bueno, Jonathan, tenemos que seguir en nuestro cuartito hasta esta noche, por lo menos. Después no habrá nada que temer, pues estaremos al otro lado del límite de Indiana.

XXIV. La fuga

Todo estaba profundamente tranquilo aquella noche, a las once, cuando Jerry Middleton, después de atisbar cuidadosamente en la sala en que el Gran Svenson, el vigilante nocturno, estaba haciendo solitarios, como de costumbre, se vistió en silencio con su ropa hecha en presidio. Luego, tras una nueva mirada, se subió con agilidad al alféizar de la ventana, asió una de las barras cortadas, inclinó el cuerpo hasta que pudo cogerla con ambas manos por encima del corte, y haciendo fuerza hacia atrás con los músculos de sus brazos, de sus hombros, de sus muslos y de sus pantorrillas, consiguió doblarla lentamente hacia arriba, desde el sitio en que había cortado los salientes, unos cuarenta y cinco grados. Dobló la otra barra en la misma forma y se dejó caer de nuevo al suelo.

Quitó de un tirón la colcha de su cama, se la puso sobre el hombro derecho a modo de almohadilla y se agachó debajo de una de las barras medio dobladas, hasta que su hombro pudo hacer fuerte presión contra ella. Entonces apretó sin hacer ruido, y la barra se levantó quince grados más. Era suficiente. Se pasó al otro hombro la colcha que le servía de almohadilla, y repitió la operación con la otra barra. Ésta, aunque con menos facilidad que la otra, subió también otros quince grados. Se dio cuenta de que sus fuerzas estaban ya casi agotadas; pero lo que había que hacer estaba ya hecho, exactamente como lo tenía previsto. Aquello bastaba.

Reflexionó un momento sobre si sacaría primero la cabeza o los pies, y, finalmente, se decidió por lo primero. Después de

una última ojeada a su habitación, sacó la cabeza, luego el torso, dio vuelta al cuerpo y asiéndose a las barras cruzadas de la parte superior, consiguió salir completamente. Al fin estaba afuera.

Abajo, el verde jardín de Birkdale estaba desierto. Brillaba un trocito de luna, nada más. Se oía el canto de los grillos, aquí, allí, en todas partes, con vivo chirrido, y el viento suspiraba lúgubremente por entre los árboles.

Bajó con cuidado las piernas, y, por último, sintió que sus pies colgantes tropezaban con los barrotes de la ventana de abajo, que daba a la sala de recepción. Sabía que tenía que proceder con suma cautela. Apoyado con un pie en la primera barra horizontal de arriba, y una vez que con una mano hubo desenrollado de su cuello la cuerda que había hecho por la noche con una de sus sábanas, ató ésta al punto más bajo de las barras de la ventana por donde había salido, y, después de dar un fuerte tirón para cerciorarse de que estaba bien atada, se deslizó por ella rápidamente hasta que pudo asirse a los barrotes de la ventana inferior. Desde allí fue fácil el descenso, hasta apoyarse con las puntas de los dedos en el borde del alféizar. Entonces se dejó caer al suelo, con un leve ruido sordo.

Pero al soltarse del alféizar e ir a dar con su cuerpo en el blando césped, vio detrás de aquellos barrotes, para desdicha suya, una cara blanca que miraba, alguien con el pijama del Estado. Y lo último que oyó al ponerse en pie y echar a correr fue un grito aterrador. Era evidente que aquella persona le había visto. ¿Cuánto se tardaría en que el relato de aquel pobre diablo se interpretara como un hecho real y no una alucinación? He aquí el problema.

Huyó a través del césped con la velocidad del viento. No se movía ni un alma. Aquello era solamente un mundo de edificios, no un mundo de personas. Pasó por delante de las grandes cocinas centrales, de donde había visto salir tantas veces los carritos blancos, y vio seis grandes calderos de cobre

brillantemente pulimentado, de seis pies de alto, en los cuales se cocinaba a diario la comida para tres mil reclusos. Las luces bajas, que estaban encendidas, se reflejaban de un modo fantástico en los costados relucientes de los depósitos de agua, parecidos a ollas.

Siguió andando, siempre en dirección sur, hacia aquella línea férrea de donde le llegaban todos los días los pitidos de una docena de trenes. Pasó por varios edificios de piedra, uno de ellos fábrica de electricidad, a juzgar por su alta chimenea, y, por último, llegó a una elevada cerca de alambre. Sabía que ahora estaba en las afueras de la institución. En el momento de encaramarse a la cerca ocurrieron dos cosas: la luna se oscureció de repente por haberse interpuesto una densa nube que cortó la luz, y se oyó tres veces el tañido de la campana de la torre del fuego. Luego un breve silencio; después, otros tres tañidos, y así durante largo tiempo después.

Habían descubierto su fuga demasiado pronto. Se lanzó desatinadamente en la oscuridad, a través de un campo cubierto de matas, y tropezando en troncos aquí y allí, vio, al fin, oscilar una luz roja oscura en un plano más bajo que aquél en que se hallaba. Era el farol de una aguja. Había llegado a la linea férrea.

La luna parecía haber desaparecido por completo, y él sabía que en una noche tan negra como aquella los del manicomio no intentarían buscarle hasta por la mañana. Registrarían los terrenos de la institución; pero no irían más allá. Sólo cuando fuese de día podían abrigar la esperanza de dar con él, y entonces ya estaría lejos, muy lejos, en otro Estado.

Caminó aprisa a lo largo de la vía, en dirección este. Se hallaba en una cortadura, pues apenas podía distinguir, dibujados en el fondo casi negro del cielo, los enormes muros protectores de la hondonada, que se alzaban a derecha e izquierda. Siguió andando, siempre con el temor de que la luna volviera a salir; pero no fue así, y, por fin, al ver el raro

verde de un disco de señales que se alzaba delante y sobre él, comprendió que estaba cerca del puente donde Anne debía de estar esperándole. Se había fugado a las once, y ahora debían de ser las once y cuarto u once y veinte. Continuó andando en la oscuridad, y luego, gracias a los rayos que despedía el disco de señales, vio que arriba había, en efecto, un puente de madera que unía los dos trozos de carretera, que iban a terminar en cada lado de la hondonada.

Ya no quedaba otra cosa que hacer sino esconderse y esperar. Salió de la cortadura escalando uno de los lados y se tendió de bruces entre las hierbas y la maleza de lo que parecía una tierra laborable. Allí permaneció con los ojos fijos en el pequeño puente, aguardando, aguardando una luz o el ruido de un motor. Esperaba que ella hubiese llegado a la cita antes que él, y que estuviera ya allí aguardándole antes de las doce. Pero no estaba, así es que calmó su excitación nerviosa lo mejor que pudo, y esperó.

Ni una sola vez, sin embargo, vieron sus ojos a ningún vigilante. Era indudable que la noche estaba demasiado oscura. Sólo una vez que se levantó algo de brisa creyó oír voces lejanas; pero nada más. Por el puente no pasó ningún vehículo, ni mecánico ni de tracción animal.

Llegó la medianoche, y el reloj de la institución, que quedaba ya muy atrás, dio claramente sus doce campanadas. Pero Anne Holliston no llegaba. Entonces se puso a pensar en si algo habría salido mal, o en si, por haberse comprometido tanto en este descabellado plan: con que habría de ganar 900 dólares, no se habría arrepentido a última hora.

Una sola campanada que sonó en todo aquel campo, tranquilo como la muerte, le advirtió que eran las doce y media, y media hora después otra campanada única indicó que era la una. Entonces tuvo la impresión de que no iba a verla, de que algo había salido mal.

Pero siguió en la misma posición, escudriñando con sus ojos la oscuridad, sin perder la esperanza y tratando de

convencerse a si mismo de que, de un momento a otro, oiría el ruido de las ruedas de su coche sobre la tablazón del puentecillo. Lo único, sin embargo, que le trajo su optimismo fue el sonido de la una y media, y, luego, la inconfundible doble campanada que marcaba la hora de las dos. Movió la cabeza con desesperación. Era evidente que algo salió mal. Él había ejecutado su parte con buen éxito, sin el menor tropiezo; pero, sin duda, no le había ocurrido a ella lo mismo.

Al fin, cuando oyó dar las tres en aquel reloj que estaba a un cuarto de milla, o más, al noroeste de allí, se convenció de que esa noche no iba a ver a Anne Holliston. Y su permanencia en aquel sitio significaba su captura antes del mediodía siguiente. No había más remedio que administrar las horas de oscuridad que le quedaban y recorrer aquella noche la mayor distancia posible entre Birkdale e Indiana, ocultándose luego de día y caminando en noches sucesivas, hasta llegar, por último, a Kenburyport. Cada hora que permaneciese aquí de ahora en adelante le acercaba más a aquellas odiosas barras.

Sin más demora bajó de nuevo a la hondonada y echó a andar aprisa vía adelante. Iba preguntándose cuándo pasaría por allí algún tren, si sería un tren de mercancías, si pararía o aminoraría la marcha si fuese un mercancías, y si sería posible ir a Indiana por ferrocarril sin pasar por Chicago. Él sabía que Chicago era el mayor centro ferroviario de América, y el viajar por aquellos rieles gemelos significaba acercarse peligrosamente a la ciudad desde la cual le habían conducido deliberadamente al manicomio de Birkdale. Pero cuando iba por los rieles saltando de traviesa en traviesa, viviendo ahora en la realidad el sueño que había tenido la noche anterior —en el cual se le apareció el enorme xilófono sobre el cual caminaba—, vio de repente, al dar vuelta a una curva, a unos cien pies de distancia, a la izquierda, un fuego crepitante hecho con restos viejos de traviesas de ferrocarril. Sentado delante de la hoguera había un individuo sucio, harapiento, y

no hay que decir que mal encarado; cubierto con un sombrero destrozado. Estaba removiendo algo en una lata, y cada vez que avivaba el fuego, las llamas oscilantes junto con la maleza y los pequeños árboles de su alrededor, lanzaban inciertas luces extrañas sobre su cara sin afeitar.

Cuando Middleton, después de contemplarle un momento, se convenció de que aquel individuo era un vagabundo, bajó de la vía, pues ahora la línea pasaba por un altozano en vez de una hondonada, y se acercó a la hoguera. El individuo harapiento y sin afeitar se puso en pie de un salto y habló, mostrando al hacerlo unos cuantos raigones amarillos, en lugar de dientes:

—¿Qué hay, buen hombre? —dijo con una voz que dejaba ver su desconfianza—. ¿Busca usted a alguien?

Middleton movió la cabeza negativamente y sonrió para tranquilizarle.

—Quiero preguntarle una cosa y calentarme un poco junto a su fuego, si no le molesta.

—Venga, siéntese —dijo el otro escuetamente, y volvió a ocupar su asiento en un leño hueco y a remover en la lata. Sus ojos, sin embargo, recorrieron todos los detalles de la indumentaria de Middleton, y éste, al sentarse en una piedra, advirtió los grandes agujeros de sus zapatos y vio que no llevaba calcetines. El aire, bien por ser la hora más fría de la noche, o porque corriera el mes de octubre en América, se metía hasta los huesos, y Middleton acercó más la piedra al fuego para recibir el grato calor.

—¿Y qué es lo que quiere usted saber? —dijo el vagabundo —. Al principio creí que sería usted un ferroviario; pero ya veo que no.

—Lo que quiero saber —respondió— el joven es adónde conduce esa línea del ferrocarril —señaló hacia el este, que era la dirección que él había seguido.

—Pero, hombre, ¿no sabe usted dónde está? Por ahí se va derecho a Chicago.

—Ya —dijo Middleton, y añadió—: ¿Hay algún camino para ir al este de Chicago, hacia Indiana, sin tener que pasar por la ciudad?

El hombre, después de mirarle con curiosidad, le preguntó:

—Oiga, ¿de dónde es usted?

—De muy lejos, amigo —dijo Middleton lacónicamente—. De Australia…; precisamente del otro lado del mundo.

El vagabundo aceptó esta respuesta como explicación satisfactoria de su desconocimiento de los ferrocarriles americanos, pues contestó con menos recelo que antes.

—Bien; entonces, compañero, te lo voy a decir. Se va de esta manera: hay una vía que da la vuelta a Chicago, y se llama Línea de Circunvalación. Si la sigues y te apeas en una ciudad llamada Cann —la conocerás porque la estación está pintada de blanco y tiene una cúpula—, la primera línea a la derecha da la vuelta a Chicago y corta todas las carreteras que van hacia el este.

—Ya comprendo. ¿Y dónde corta la línea férrea que sale de Chicago y atraviesa Indiana en dirección a Michigan?

—Muy fácil. Es en una estación donde hay una casa redonda, pintada de verde, con tres surtidores. No sé el nombre del lugar; pero tú sigue la linea de circunvalación, a pie o subido en un tope, hasta que llegues a una casa redonda, como la que te digo, y allí tomas la línea que va hacia el norte, que es la del ferrocarril Central de Michigan.

—¿Has oído hablar alguna vez de una ciudad llamada Kenburyport? —preguntó Middleton—. Está cerca de Michigan.

—No; no la conozco. Yo no recorro esas ciudades míseras de Michigan. Lo mejor que te encuentras allí cuando llamas a una puerta es un estacazo. Yo soy un cometa, amigo; paso rápido por todas partes, pero sólo voy de este a oeste —miró a su compañero de arriba abajo—. Tú no debes venir de muy lejos, amigo. Tienes muy limpia la fachada. Buenos zapatos y… hasta calcetines. Estás bien provisto, ¿eh? —le miró de

reojo.

Middleton dirigió la vista a su tosca indumentaria del manicomio, que tan mal le sentaba y luego, al contemplar los andrajos del otro, dedujo que a su lado era él un «dandy». Hizo una nueva pregunta:

—¿Crees que podría coger esta noche un tren de mercancías para esa línea de circunvalación?

—Dentro de una hora empezarán a pasar toda clase de trenes de mercancías para Chicago —dijo el vagabundo, mirando cuerdamente hacia el este, para tener algún indicio de la hora que era—. Yo tendré que esperar mucho más, pues voy al oeste.

—¿Al oeste?

—Si, al oeste. Anoche salieron de Chicago tres trenes ordinarios entre las seis y las nueve; pero yo me quedé aquí dormido a causa de una botella de aguardiente que le saqué a un labrador a quien cogí contrabandeando. Pero siempre hay algún mercancías directo, procedente del este, que viene por la linea de circunvalación, y por eso estoy esperando.

—¿Cómo tomas el tren? —preguntó Middleton—. ¿Dónde afloja la marcha?

El de la chaqueta harapienta y rostro sin afeitar miró a Middleton con franco asombro.

—Pero, capullo, tú eres un «pardillo». No conoces la línea —señaló hacia el este, a lo largo de la vía y a una distancia de cincuenta o sesenta yardas de donde estaban sentados, a una hilera arqueada de centelleantes luces rojas—. Todos los mercancías, vengan del este o del oeste, aflojan la marcha en aquel punto, porque hay una curva y una atarjea, y allí puedes subir a un vagón vacío, si no te desnucas. Como lo probable es que todos los trenes que se dirigen al este vayan a Chicago, tú abre los ojos y no pierdas de vista esa ciudad que te digo de Cann, pues si no vas a parar a la estación de Chicago —como el fuego estuviera casi a punto de consumirse, el vagabundo se levantó con repentina viveza—. Capullito: haz el favor de

cuidar la lumbre mientras voy a coger más leña. Se está acabando. Y si ves que el fuego se apaga, atízalo un poco.

Middleton aceptó el encargo y ocupó el asiento del otro, el leño carcomido, donde se vio libre del humo irritante. Se puso a contemplar las oscilantes llamas, ora altas, ora bajas, y cuando estaba viendo reflejados en las rojas ascuas los muchos extraños incidentes de toda su vida, la llama del fuego pareció subir de repente, como si se hubiera prendido un barril de pólvora, al mismo tiempo que se dio cuenta de que recibía un golpe aplastante en la cabeza. Y luego…, luego…, lo demás…; todo dejó de existir. Todo era oscuro, negro, estigio.

Despertó al cabo de un tiempo, que le pareció un número interminable de horas; pero el sonido inconfundible de cuatro campanadas, que llegó débilmente a sus oídos, le permitió comprobar que sólo había estado una hora fuera del mundo. Se dio cuenta de que estaba tendido de espaldas y, con algún esfuerzo, logró recobrar su posición anterior. El fuego estaba casi apagado; pero había prendido en un tronco de leña, y ahora lucía brillantemente al envolver algún núcleo resinoso invisible.

Su compañero se había ido y él se miró lleno de asombro. Estaba sin zapatos y con los pies desnudos; la chaqueta había desaparecido y tenía la camisa empapada por el rocío. Como divisara unas cuantas manchas oscuras en la hierba débilmente iluminada, cerca del fuego, se puso en pie, vacilante como si estuviera ebrio, y se acercó a ellas. Vio que eran una chaqueta andrajosa, las gafas de plomo del señor Cagliostro —arrojadas allí, a distancia de unas cinco pulgadas, como cosa sin valor—, un sombrero arrugado y grasiento y un par de zapatos agujereados; los mismos que había visto momentos antes en los pies del otro. Calcetines no había ninguno.

Se frotó la parte posterior de la cabeza tristemente. Fue un buen golpe el que le había dado el vagabundo; un golpe sólo

comparable al que ocasiona un trozo de granada alemana. Aquel sujeto se había arriesgado a matarle para hacerse con unas cuantas prendas de vestir decentes; pero había sido lo bastante astuto para sacar de la chaqueta robada el único articulo sin valor que había en ella: un par de gafas baratas contra el sol, con armadura de plomo; por miedo de que algún día pudieran servir de único indicio que le enviara a una horca de Illinois. Los pies de Middleton tropezaron en un palo lleno de nudos que había en el suelo, y al agacharse a cogerlo para tirarlo al fuego vio que estaba manchado de sangre. Esta era, pues, el arma que tan bonitamente le había dejado sin sentido.

Se quedó atónito, con el palo en la mano, y luego oyó de pronto, a lo lejos, el melancólico y profundo alarido de un pito.

¡Un tren! Si fuese un mercancías, le había llegado la oportunidad de salir de allí. Se dirigiera al este o al oeste, tenía que prepararse a tomarlo si venía en dirección suya. Por el sonido del pito dedujo que estaría aún a una milla de distancia. Sin duda, éste era el segundo mensaje que traía el viento en los tres últimos cuartos de hora: el sonido de un profundo silbido llevado por colinas y valles; el primero debía de haber sido el de un mercancías de dirección oeste, que se habría llevado a su compañero de una hora antes. Se puso la andrajosa chaqueta lo más rápidamente que pudo, pensando con tristeza, al hacerlo, que era la segunda vez que tenía que ponerse una prenda así. Con vestiduras parecidas había entrado en Birkdale, y con tales lo dejaba. Metió el par de gafas en un bolsillo lleno de colillas, se calzó los pies sin calcetines con los zapatos agujereados, los ató con la tosca cuerda que tenían y luego se puso en pie, algo mareado, y echó a andar, dando tumbos, hacia la hilera de traviesas que marcaban la línea férrea.

Sabia que los trenes van en América por la derecha en lugar de ir por la izquierda, como en la tierra de su niñez,

allende los mares, y siguió, por tanto, por la izquierda de las dos vías. Caminando con dificultad, llegó pronto al trío de señales rojas, que indicaban la curva y la atarjea de que había hablado el «cometa», autor del golpe que le dejó sin sentido. Allí se agazapó entre las matas, junto a la vía, fuera del alcance de la luz delantera de cualquier locomotora, y oyó el ruido del traqueteo de la máquina que se acercaba. Era evidente que venía del oeste y que arrastraba un largo tren de mercancías, a juzgar por su marcha trabajosa. La suerte le acompañaba.

Unos tres minutos después la locomotora entraba en la curva, rechinando en su cauta marcha. Esperó a que unos cuantos oscuros vagones pasaran chocando estrepitosamente contra las traviesas, y entonces se puso de pie. La batiente portezuela de un furgón abierto, que se balanceaba al viento con el lúgubre gemido de sus goznes, que incitaba a la pelea al todavía más estridente de los frenos del coche, le hacia señas comprensivas de que se acercase, y él, al instante, saltó del camino de grava, puso un pie en el estribo y entró. Unos cuantos pasos por el interior oscuro del vagón le permitieron comprobar que éste estaba vacío; no había más que unas maderas y unos clavos desparramados por el suelo, y al acabar su examen notó que el tren iba ganando velocidad poco a poco.

Durante unos minutos marchó velozmente, perdió luego velocidad y la ganó de nuevo, para volverla a perder. A veces se quedaba parado, y luego emprendía otra vez la marcha, con una fuerte sacudida que se transmitía a todos los vagones del tren. Parecía un viaje interminable el que estaba haciendo. Pensó que debía de haber recorrido unas mil millas, aunque, instintivamente, sabía que no estaba tan distante de Birkdale como parecía. Calculó con inquietud que antes de llegar a Kenburyport, Indiana, habrían de transcurrir tres días de hambre con sus correspondientes tres noches de frío.

¡Pero tenía que seguir! Comparado con Birkdale, esto era

como pasear por los Campos Elíseos en un coche de oro. ¡Por que esto era la libertad!

Pero justamente cuando empezaba a amanecer —el sol no había salido aún; pero a la luz gris se divisaba el rocío a ambos lados de la vía—, y al asomarse, viendo que el tren se había parado, a la portezuela de su furgón particular, para atisbar si había llegado a aquella preciosa ciudad de Cann, oyó detrás el pito de un guardafrenos, y al volverse vio la luz de una linterna que se movía de arriba abajo. Se metió en el coche rápidamente y se pegó de espaldas a la pared; pero un momento después, una cara sin afeitar miró con cuidado dentro del coche, con su linterna sostenida en alto.

—¡Eh, tú! ¿Cómo demonios te has metido aquí?

Middleton, rascándose con apuro una oreja, adelantó unos pasos.

—¿Que cómo me he metido? Esto es un tren, creo yo.

—No digas tonterías y contesta bien. ¿Cómo te has metido aquí?

—¿Cómo me he metido?

—Sí. ¿Tienes monises?

—¿Monises? ¿Quiere usted decir dinero?

—¡Ah! Eres canadiense, ¿eh? Pues en el Canadá tal vez puedas viajar gratis; pero aquí, no. Con que, anda, dame un cuarto de dólar o te largas de aquí. Pronto.

Middleton movió la cabeza con desesperación.

—No tengo nada de dinero, amigo mío. ¿No puedo ir un poco más lejos, por favor?

El rostro del guardafrenos tenía una expresión salvaje cuando saltó adentro.

—¡Fuera de aquí, golfante! Como digas una palabra más, te meto los dientes en la garganta. ¡Fuera de aquí!

Middleton miró al guardafrenos. Era un hombre corpulento, que pesaría lo menos doscientas libras. Las doscientas libras le hicieron comprender que el capital era soberano en este país y en todos los del globo. No sentía el

menor deseo de armar pendencia con nadie en el mundo, ahora que había salido felizmente de los dominios de Birkdale; así es que se apeó sin decir palabra. El guardafrenos bajó tras él y le miró receloso al verle ponerse a un lado. La linterna se balanceó ahora con extraños movimientos y la máquina, después de lanzar dos pitidos, comenzó a arrastrar el tren hacia adelante.

El guardafrenos siguió mirando ceñudamente a su víctima, y cuando pasó su furgón por delante se subió a él. El tren ganó velocidad, y allí quedó Middleton, de repente, solo en medio del campo.

Se volvió con tristeza y siguió andando por la vía, en la dirección en que tan bonitamente venía rodando cinco minutos antes. Si no podía ir en coche, tenía que ir andando. Tenía que seguir adelante y alejarse cada vez más de Birkdale y de sus hordas de vigilantes. El sol, cuya vibración en la parte baja del horizonte había producido el gris del amanecer, salía lentamente sobre los campos humeantes y los abrillantaba. Había llegado el día, un día que iba a ser claro. Atravesó una pequeña ciudad, que tenía una amplia calle principal, llena de tiendas; pero ninguna estaba abierta a esta hora tan temprana, y no se veía a nadie en las calles. Al pasar por la estación, donde un soñoliento telegrafista tecleaba en su aparato la salida de un tren, vio que el nombre de la ciudad era Riverdale.

No se paró allí, sin embargo, ni un instante, sino que continuó metódicamente más allá de la estación, más allá de la calle principal, más allá del Ayuntamiento, hasta llegar al final de la pequeña población, donde siguió una curva de la línea férrea, hasta que se encontró frente a un individuo de anchas espaldas, corpulento, con cara de pocos amigos y sombrero hongo.

Este individuo se paró delante de Middleton.

—¿A dónde va usted, si me permite la pregunta? —dijo.

—Hacia el este —dijo Middleton, algo inquieto.

—¿Y quién le ha dicho a usted que podía caminar por la linea férrea? Apártese, si no quiere que lo detenga. Vamos teniendo ya demasiados holgazanes por aquí —como la chaqueta se le volviera un poco, Middleton pudo ver sobre el chaleco de aquel individuo una estrella brillante de cinco puntas, en la que estaban grabadas las palabras: «Policía Secreta,
S. y C.
M. R. R.». Miró a Middleton con curiosidad, y tal vez porque el que era objeto de su escrutadora mirada sólo manifestó cierta turbación en su cara, la turbación del que está dispuesto a cumplir cualquier orden que se le dé, su voz se volvió un poco más amable—: Veo que usted no conoce la
S. y C.
M., pues de otro modo no iría caminando tan alegremente por la vía. Apártese de ahí, vaya donde vaya, y salga pronto de estas ciudades, si sabe lo que le conviene, muchacho. Anoche se escapó del manicomio de Birkdale un loco que tenía ojos castaños como usted, y ya se ha fijado en un radio de cinco millas a la redonda un aviso en todas estas poblaciones. Yo, gracias a que he recibido hace una hora un despacho cifrado de la Policía diciendo que al demente lo han visto esta mañana a cincuenta millas al oeste de Birkdale, y que llevaba todavía los calcetines del Estado. Sólo a un loco se le ocurre andar por el país con calcetines del Estado en los pies —movió la cabeza en señal de advertencia—. Pero este telegrama cifrado que le digo no le sirve a usted de nada, porque si el viejo Zeb Purkins, que es el jefe de Policía de esta ciudad, en cuyo límite está usted, pasa en su auto escarlata y le ve, le detiene tan seguro como ahora es de día. Zeb no tiene más noticia que la de la fuga de ese loco, ¿comprende? No sabe nada de que ya le han localizado —hizo una pausa, y el tono de su voz se hizo aún más amistoso—. Con que ya lo sabe usted, amigo. Salga de Riverdale. Zeb Purkins no da muy bien de comer a sus presos. Siga mi consejo.

Middleton desmenuzó prontamente en su cerebro esta sorprendente información. Así, pues, el vagabundo que se había escapado con la mayor parte de su guardarropa había sido ya visto a cincuenta millas al oeste de Birkdale, y el telégrafo del ferrocarril estaría ahora muy ocupado para cogerle antes que recorriera otras cincuenta millas. Pensó que en todas las cosas hay siempre algo bueno, especialmente en su desventura de la noche, pues la persecución se había orientado hacia el oeste, en pos de un par de calcetines del Estado, en los que hilos grises, negros, blancos y amarillos, entrelazados, formaban un modelo que no tenía par en el mundo. Middleton se apartó de la línea férrea y se dirigió a una carretera que corría paralela a la vía. El policía de ferrocarriles le seguía con la vista.

—¡Dese prisa ahora! —le advirtió—. Y no vuelva a esta línea. Si hubiera usted ido en el tren hubiese tenido que detenerle; pero como no ha sido así, le dejo que se marche. Y ahora tenga mucho cuidado con Zeb Purkins, si sabe usted lo que le conviene.

Era evidente que no mediaba gran afecto entre este policía de mandíbula pronunciada, destinado a esta brigada de ferrocarriles, y el infatigable Zeb Purkins, visto que el vigilante de la línea férrea no se dignaba ni de facilitar al referido Zeb la detención de ningún individuo, ni dar información oficial alguna que ayudara al señor Purkins en sus posibles trabajos para capturar al loco fugado. Esta enemistad era, sin duda, el resultado de alguna antigua pendencia motivada por el encarcelamiento de algún desdichado caminante en la prisión ciudadana de Purkins, y Jerry Middleton se alegraba de aprovecharse de ella.

Estaba ahora en la carretera, completamente fuera de la vía y de la jurisdicción del ferrocarril y de sus esbirros, y así seguiría, se dijo a sí mismo, hasta haber recorrido la distancia suficiente para dejar al oficioso caballero que seguía la dirección contraria, a una buena milla detrás de él. Luego

bajaría otra vez a los rieles, abandonando el campo abierto, que no le agradaba, ahora que ya tenía noticias de su hospitalidad. Pero a medida que caminaba, mirando a los tejados de las casas de campo de las afueras de Riverdale, se percató de que había en aquellos lugares algo que le era familiar. Y ahora sabía por qué, pues al otro lado de un campo cercano, iluminado por el brillante sol matinal, que estaba ya muy sobre el horizonte, se alzaba una fábrica gigantesca que marcaba el limite de la ciudad: una fábrica de cinco o seis pisos, cuyo costado daba de frente al ferrocarril, y cuyas ventanas y demás huecos estaban cerrados con ladrillo o yeso para que formaran una superficie lisa, había sido cedida para fines de publicidad. En este muro lateral estaba el vocinglero anuncio del más reciente especifico de su padre, pintado con llamativas letras de colores, trazadas cada una de ellas sobre un fondo de diferentes colores, igualmente llamativos. Hacia seis semanas —siglos le parecían— que había pasado frente a esta fábrica, cuando iba camino de Chicago, y entonces las letras eran blancas sobre un fondo negro. Pero ahora ese fondo se había convertido en un mapa de centenares de pequeños paneles de colores: uno para cada letra, y las letras mismas estaban pintadas con todos los colores del arco iris. El andamio en el cual habían estado trabajando los pintores se hallaba ahora al pie del edificio. Y mientras estudiaba la brillante mezcolanza de amarillos, verdes, azules, anaranjados, rojos y hasta algunos blancos y negros que formaban el anuncio, se dio cuenta de que el mismo tumulto de colores daba la tónica de su primera línea.

A TRAVÉS DE ESPLÉNDIDOS COLORES
TONIFICA TUS NERVIOS CON MI ESPECÍFICO

LOTSAPEP

HIJO DEL ESTUDIO DE SANOS PRODUCTOS
HERBÁCEOS

CAVADOR, EMPLEADO, MAGNATE:
LA SALUD ES EL CENTRO DE TU VIDA
MÁS TÓNICO QUE LOS RAYOS SOLARES
ES LO QUE DIGBY MIDDLETON TE OFRECE
EN TODAS LAS FARMACIAS DE CHICAGO,
DESDE LAKE A OAK PARK AVE
PIDA A SU FARMACÉUTICO UNA BOTELLA
DE ESTE TÓNICO MARAVILLOSO

Pero mientras estudiaba la extravagante combinación de matices, que, al parecer, había sido el pensamiento de su padre de «ver la vida a través de espléndidos colores», oyó a lo lejos, en la carretera donde se hallaba, un asmático pag, pag, pag, y al volverse vio lo que, inconfundiblemente, era un auto pintado de rojo brillante, que avanzaba con rapidez, y en el que iban dos hombres. El corazón le dio un vuelco. ¡Un coche de color escarlata! Seguramente pertenecía al terror de los vagabundos, al temido Zeb Purkins.

Su primer pensamiento fue huir por entre los campos que se extendían al otro lado de la vía del tren; pero dos cosas le disuadieron de hacerlo así: la primera fue el comprender que hubiera resultado sospechoso ver que un caminante hacía tal cosa al divisar un vehículo, y la segunda, que entre los campos y la carretera había una alta cerca espinada, compuesta de muchas hileras, en la que se veía la defensa de las fuertes púas. Tampoco podía bajar de nuevo a la línea férrea, pues vía abajo, a un cuarto de milla o así, detrás de él, seguía el policía de ferrocarriles, con su sombrero hongo, que estaba parado, observando si sus órdenes se obedecían o no. Cruzar la vía no era factible, pues al otro lado había otra cerca de espino artificial. El coche rojo estaba cada vez más próximo, apenas a un cuarto de milla. ¿Qué iba a hacer? El rasgo más destacado de sus señas personales —los ojos castaños— había sido propalado por toda la región por medio del teléfono rural. En cuanto a lo demás, bendecía su buena estrella por no llevar ya

la ropa del manicomio, excepto los pantalones, que eran parecidos a cualesquiera otros de bajo precio. El punto peligroso eran sus ojos: indiscutible, irremediablemente castaños. Y al no poder huir en ninguna de las cuatro direcciones, se le ocurrió de pronto una idea…, una idea que lo resolvía todo: podía ocultar sus ojos.

Rápido como el rayo, sacó del bolsillo las antiguas gafas contra el sol de Cagliostro. Al fin iba a sacar alguna utilidad de su herencia completamente inútil. Desplegó las ramas, y con cuatro rápidos tirones que dio con el pulgar y el dedo índice dobló hacia afuera las mitades más bajas de los blandos pasadores de plomo que sujetaban las ramas o la armadura. Ahora ofrecían un aspecto menos raro que antes. Con gran cuidado, para que las ramas no se soltaran de la armadura, se colocó las gafas en la cara y se las sujetó a las orejas. Se inclinó para coger un palo que vio a un lado de la carretera, y luego, como andrajoso peregrino que camina hacia una Meca lejana, se irguió, palo en mano y gafas en los ojos, y dirigió la mirada al muro lateral de la distante fábrica, cuyo esmaltado anuncio había estado leyendo momentos antes. Y en esta inocente postura se dispuso a afrontar el peligro.

Pero aquel anuncio —que hacía unos instantes se componía de brillantes letras de colores pintadas sobre un fondo de paneles, también brillantemente coloreados— había sufrido una desconcertante transformación. Había desaparecido por completo la mezcla de colores, así como la primera línea del anuncio, y allí no quedaba más que un enorme encerado gargantuesco, en el cual algún gigante había trazado, con una tiza de un azul fantástico, sobrenatural, el siguiente mensaje:

A

MI

HIJO

HERB

CAVA

CENTRO

SOLAR

LAKE PARK AVE

A mi hijo…, a mi hijo Herb. ¡Herb! Herbert…, el único nombre de Jerome Herbert Middleton con que su padre le llamaba siempre, y cuya abreviatura escribía cariñosamente en todas sus cartas. ¡A mi hijo Herb! ¡Jerry Middleton sabía con certeza que en este momento había recibido un mensaje del muerto!

XXV. Suena el teléfono del señor Fortescue

Era la una en punto de la madrugada cuando Luther Fortescue, en su piso de soltero de Eastwood Arms, en Chicago, vio interrumpido su profundo y reparador sueño por el insistente sonido del timbre del teléfono. Abrió los ojos y se quedó un momento mirando en la oscuridad, y luego, de repente, al recobrar el sentido de la realidad, saltó de la cama, encendió las luces, se puso un albornoz sobre el pijama de seda y descolgó el auricular del aparato, que estaba en el pequeño vestíbulo del piso. Una voz profunda, bronca, de bajo, respondió a su «¿Quién llama?».

—Quiero hablar con Luther Fortescue.

—Fortescue está al aparato —dijo Fortescue, frotándose los ojos, que aún persistían en cerrarse.

—Aquí es la Estación de Policía. El sargento Bellcamp.

—¡La Estación de Policía!… ¡Bellcamp! —Fortescue sintió un escalofrío momentáneo; pero se rehízo.

—Sí, la Estación de Policía. Le llamamos para decirle lo siguiente: ¿Recuerda usted que hace algún tiempo enviamos al manicomio de Birkdale a un loco llamado Doe, que aseguraba que era ese Middleton que ha salido en los papeles?

—¡Sí, sí; claro! Yo fui uno de los que firmaron la solicitud de reclusión. ¿Qué ha sucedido?

—Pues que hace unos veinte minutos nos han dicho por teléfono desde el manicomio que se ha escapado esta noche a eso de las once y cuarto.

—¿Que se ha escapado? ¡Imposible! ¿Cómo ha podido ser eso?

—Lo único que saben es que le visitó dos veces una joven de ojos castaños; alguna tonta a quien convenció de que estaba cuerdo. Han encontrado cortadas dos de las barras de la ventana de su habitación y una sierra debajo de la ropa de la cama. De todas suertes, se ha escapado. La noche es muy oscura en todo el oeste de Illinois, y se cree que huirá en algún tren de mercancías antes que amanezca. El jefe del servicio de noche del manicomio me dice que su nombre de usted figura en la solicitud de reclusión que obra en el expediente de ese hombre, y por eso le llamo. Este individuo, según se nos dice, es un loco peligroso —un paranoico—, de esos que matan a sus perseguidores, y por eso estoy avisando a todos los que se han interesado por su encarcelamiento. Las personas a quienes aviso son: Roger Searles, Andrew Lockwood, Jerome H. Middleton y usted, todos de Chicago. Ya he avisado a los dos primeros y a usted; pero no puedo encontrar al señor Middleton.

—Bueno, oiga usted —dijo Fortescue—. Le estoy muy agradecido, muchísimo —se puso a reflexionar. Su rostro adquirió una fuerte expresión de angustia y, muy preocupado, se pasó una mano por la frente—. ¿Dice usted —preguntó de repente— que este individuo es un hombre peligroso para estar en libertad?

—Así me lo han comunicado —dijo el sargento de la Estación de Policía.

—Bien; pues supóngase que se hubiese procurado un arma de fuego; supóngase que esa muchacha, sea quien fuere, que le ha ayudado a escaparse, hubiese puesto una pistola en sus manos; supóngase que me encontrara…

—En ese caso —dijo el sargento— sólo puedo decirle que su único recurso con un hombre así es disparar sobre él en cuanto le vea, y disparar pronto. No le deje que se acerque a usted. Mátele como a un perro, si quiere usted salvar la vida.

—Ya… veo. Bien sabe Dios que no quiero morir todavía —respondió Fortescue. Se quedó pensativo—. Ahora quiero

decirle, sargento… Bellcamp, ¿no?, algo acerca de esa muchacha. El señor Jerome Middleton, yo…, sobre todo yo, creo que estamos en condiciones de aportar alguna luz sobre su personalidad para que pueda averiguarse quién es. Ha venido por aquí una joven preguntando…; pero, bueno, no le voy a molestar ahora contándole estas cosas. ¿Qué le parecería a usted si yo intentara buscarla personalmente?

—Me parecería muy bien —dijo el jefe de la Estación de Policía—, pues lo que más nos interesa es cogerla a ella. Pero si tiene usted alguna información que dar, lo mejor sería que viniera a decírnosla, y nosotros nos encargaríamos de buscar a esa joven.

—Con mucho gusto —dijo Fortescue—. Iré en cuanto tenga algo concreto que comunicarles. Y creo que lo tendré mañana a mediodía.

—Bien; recuerde que ya está usted avisado —insistió el sargento de la Estación de Policía—. Si ese hombre se acerca a alguno de ustedes será, probablemente, con el propósito de matarle; es decir, si por casualidad va armado. En cuanto haga el menor movimiento sospechoso hacia el bolsillo de atrás, mátenlo ustedes como a un perro rabioso. El Estado se quedará más tranquilo. Y nada más. Bueno, voy a tratar de encontrar otra vez a este hombre Middleton.

Fortescue colgó. Su cara era la imagen de la preocupación. Estuvo quieto durante unos minutos, y luego llamó a un número de Astor Street. Sólo le respondió el monótono zumbido del auricular, por lo que volvió a colgarlo de su soporte.

Se sentó en el taburete del teléfono, con la barbilla apoyada en las manos, y así permaneció unos cuantos minutos más. La expresión de su rostro era de contrariedad e inquietud.

—Ella debe de haber hablado con él —se dijo con rabia—, y habrá deducido que en todo esto hay algo anormal. ¿Pero qué le importaba a ella? Nada, absolutamente nada. Lo único

que se me alcanza es que intentase ayudarle con la remota esperanza de que él le cediese sus setenta y cinco dólares mensuales durante algún tiempo. Sí, sin duda eso es lo que la guió. Una gitanería. Seguramente le hizo firmar la cesión de sus pagas durante cierto tiempo, a cambio de alguna herramienta. ¿Pero por qué no vino primero aquí, donde hubiera podido conseguir dinero contante en el acto? Pero ella no sabe todavía si ha prestado ayuda al verdadero o al falso Middleton. No lo puede saber. Corre un albur; eso es lo que hace —siguió pensativo otro rato—. Indudablemente irá a buscarla, pues sólo ella puede proporcionarle albergue seguro. Tanto él como ella saben que su fuga tiene que producir gran revuelo, que ofreceremos recompensas por su captura. Sí…, tienen que saberlo.

Siguió sentado un momento más, con la barbilla apoyada en una mano. Luego, de repente, miró una anotación hecha con lápiz en una tarjeta que había encima del teléfono y llamó a un número del distrito siciliano de Chicago, donde reinaban la Mafia y la Mano Negra. Consiguió comunicar inmediatamente con el número Lombard 1224; pero el teléfono sonó mucho tiempo hasta que le contestó una voz soñolienta, con pronunciado acento italiano. Fortescue habló rápidamente, con apresuramiento.

—Vianello, Fortescue al habla. Vístete, toma un «taxi» y ven a mi casa en un vuelo. Date prisa, anda.

—Pero señor Fortescue; estoy tan…

—No importa —dijo Fortescue con brusquedad—. Haz lo que digo. Es urgente. Vístete en seguida y ven inmediatamente. Te doy veinte minutos —esperó— hasta oír un asentimiento refunfuñador y entonces colgó.

Se vistió del todo en su habitación, y cuando hubo terminado el último detalle de su atavío, abrió uno de los cajones de su cómoda y sacó una pistola de acero azul de grueso calibre. La examinó con cuidado, comprobó que el cargador estaba lleno y volvió a colocar éste en su sitio.

Apenas se hubo guardado el arma en el bolsillo dieron las dos de la madrugada en el reloj de encima de la cómoda. A esto siguió el ruido de un «taxi» que se paraba delante de la casa, y a poco se oyó un breve y cauto timbrazo en su piso. Salió al vestíbulo inmediatamente y oprimió el botón del zumbador de señales para que entrase su visitante.

El hombre que subió era un siciliano de ojos negros y vivos que denotaban su origen, anchos y fuertes hombros y cara afeitada, y a cuya piel asomaban los azulinos cañones de su barba y bigote, en constante renuevo. Entró con cierto embarazo.

—¿Para qué quiere usted verme, Fortescue? ¿Por qué no deja usted que un hombre duerma, eh?

—Porque —dijo Fortescue escuetamente— están ocurriendo muchas cosas. Pasa a mi alcoba y siéntate. Mi criado está durmiendo; podemos hablar.

El llamado Vianello pasó y se sentó en una silla. Fortescue apagó todas las luces del vestíbulo y se dirigió al cuarto del fondo del piso, donde una cauta mirada le hizo comprobar que su criado estaba durmiendo tranquilamente y roncando en su pequeña habitación. Hecho esto, volvió a su alcoba, cerró la puerta, cerró también herméticamente la ventana, bajó la persiana y se sentó en la cama, junto a la silla de Vianello.

—Vianello: nuestro pájaro ha volado.

Vianello se le quedó mirando:

—¿Habla usted en serio, Fortescue? ¡Imposible! Hoy precisamente he recibido mis certificados de State Board, Springfield, y mañana por la mañana entro de servicio en la sala mala, la sala de los criminales de Birkdale. Me destinan allí para empezar, a causa de que soy corpulento y fuerte como un luchador. No me costó trabajo conseguir la plaza porque fui en otros tiempos barbero y sé afeitar aprisa —se irguió con orgullo—. No encuentran muchos barberos que quieran ingresar allí por veinte dólares y mantenidos —inclinó

de nuevo el cuerpo—. Pero…, pero ¿se ha fugado?

—Sí; mas todo nos favorece —dijo Fortescue, ceñudo—. Apenas vino cierta joven a husmear por aquí empecé a pensar en todo. Sabía que tendría que moverme mucho para poneros juntos a él y a ti. Era preciso lograr esa plaza para llevarte a su sala, o que él fuese a la tuya. Como ahora se ha escapado, es seguro que cuando lo cojan lo encerrarán en la sala mala, la sala de los delincuentes. Yo la conozco algo porque mi tío murió en Birkdale, y tengo motivos para saber cómo hacen las cosas.

—Entonces…, entonces —dijo Vianello con ansiedad— lo meterán en mi sala cuando lo cojan, ¿verdad?

—Sí, gorila humano, eso es lo que ocurrirá, contando con que sea la sala mala adonde te han destinado para empezar. Es decir —añadió Fortescue arrugando la frente—, si le cogen. Lo malo será que no lo cojan. Esa joven necia le ayuda desde fuera. Ahora tendré que hacer un poco de labor policíaca por mi cuenta, pues he averiguado que la Policía no ha hecho nada.

Vianello se levantó, y dando muestras de desasosiego dio unos pasos de un extremo al otro de la alcoba. Luego se paró frente a Fortescue, y mirándole dijo:

—Fortescue, yo… Me da miedo meterme en este asunto. Me asusta la cosa. ¿Y si me cogen por asesino?

—No seas tonto —dijo Fortescue, iracundo—. Si no lo haces te colgarán de todas maneras, por lo que yo sé. Cuando te metí en esto te llevaba ventaja, y sigo llevándola —y alzó un dedo en señal de advertencia—. Todos los hechos están escritos y guardados en mi caja de caudales, Vianello, y si algo me ocurre saldrán a luz. Así es que no hay que pensar en lo que conviene o no hacer.

A la cara del siciliano asomó una expresión de culpable perplejidad, a la que siguió otra de alegría. Y procedió a exponer la brillante idea que era la base de su proyecto.

—¿Por qué…, por qué no dejarle, señor Fortescue? ¿Por

qué no dejarle morir allí como a otros locos? Si le cogen, ya no volverá a salir. Una vez que entre en la sala mala, ninguna joven podrá ya ayudarle a escapar. ¿Por qué hay que eliminarle? ¿Por qué?

—¡Maldito! —rugió Fortescue con furia—. ¿Vuelves a las andadas, perro judío? ¿Quieres ver cómo te entrego ahora mismo a la Policía? ¿Qué es lo que te propones?

Echando chispas por los ojos siguió mirando al siciliano, el cual se sintió pronto dominado. Fortescue se levantó de repente y se dirigió a un escritorio, de uno de cuyos cajones sacó un paquete de recortes de periódicos. Separó uno de ellos, y permaneciendo en pie donde estaba, leyó su contenido del principio al fin. Era un recorte pequeño, uno de esos sueltos referentes a gente desconocida, que insertan los periódicos sin noticias para llenar un espacio al final de una columna, a falta de otras informaciones de interés; pero que parecía convenir a los planes de Fortescue por la forma como lo acariciaba. Decía así:

VIANELLO, EN LIBERTAD

LA POLICÍA NO CONSIGUE HALLAR EL CUERPO DEL DELITO NI NINGUNA OTRA PRUEBA CONTRA EL ACUSADO

«Pietro Vianello, siciliano, domiciliado en Taylor Street, número 824, que estaba en la cárcel desde hace más de cinco semanas, acusado del asesinato de su novia María Bonelli, residente en Blue Island Avenue, número 1112, ha sido puesto hoy en libertad por la Policía, en vista de que no hay posibilidad legal de prolongar más su detención por tal supuesto delito. Las autoridades creyeron al principio que el acusado había dado muerte a la joven, fundándose para ello en las declaraciones de amigos y vecinos acerca de las frecuentes riñas por celos que sostenían; pero

> como después de practicadas diligencias en los lugares frecuentados por Vianello no se haya encontrado prueba alguna de haberse cometido el supuesto delito, se cree ahora que la joven salió de la ciudad huyendo de sus insistencias amorosas.
>
> Vianello era sereno en la gran Compañía de Específicos Middleton, situada al oeste de Chicago, y María Bonelli estaba empleada en el departamento de embotellado».

Una risa de satisfacción, pero desprovista por completo de alegría, se escapó de los labios de Fortescue cuando, después de leído, volvió a guardar el recorte entre los tesoros de su escritorio. Volvió a la cama y se dejó caer en la misma postura de antes, cerca de Vianello, que, muy inquieto, había ocupado de nuevo su asiento. Fortescue habló:

—Vianello: Debió de ser una buena estrella la que me guió aquella noche en que estuve trabajando hasta última hora en la nueva fábrica, y cuando me hallaba a oscuras en mi despacho, ya dispuesto a irme a casa después de haber apagado todas las luces, te vi esperando, como de costumbre, a esta italianita descocada, que trabajaba en el departamento de embotellado, y a quien tú rondabas constantemente. Presencié la riña terrible que tuvisteis cuando, al fin, salió la chica, y te aseguro que jamás en mi vida había visto manejar una navaja barbera con la rapidez que tú manejaste aquélla que le seccionó la garganta. Aquello fue un delito de sangre, Vianello. Después que metiste el cadáver en el sótano de la nueva fábrica, estuve más de una vez a punto de avisar a la Policía; pero, francamente, Vianello, sentía gran curiosidad por saber lo que ibas a hacer después de cometido un…; sí, un asesinato. No me mires así, Vianello —Fortescue parecía gozarse en este relato, mientras el siciliano hundía la cara en el pecho, visiblemente abatido—. Cuando tú, fríamente, la enterraste debajo del suelo sin cubrir del sótano —yo lo

presencié todo desde lo alto de la escalera— y pusiste sólo unas cuantas tablas en aquel suelo que los obreros tenían que cubrir con cemento a la mañana siguiente, vi entonces que eras un genio, a tu modo, y pensé que acaso algún día tendría yo necesidad de utilizar los servicios de un hombre que sabía borrar tan bien las huellas de un crimen. Yo no podía devolverte tu italianita descocada después del tajo que le diste. Le separaste casi por completo la cabeza del tronco, ¿verdad, demonio sediento de sangre? —hizo una pausa y a sus labios asomó una sonrisa irónica—. Y ahora, Vianello, no supondrás que el cadáver está ya descompuesto por completo; no te figurarás que aquel tajo ha desaparecido, ¿verdad? —Vianello no contestó; estaba temblando—. Y supongo —prosiguió Fortescue atormentándole— que durante aquellas semanas que pasaste en la cárcel como sospechoso, mientras la Policía indagaba dónde estaba la joven o su cadáver para proceder contra ti, no sudarías sangre sabiendo que tu víctima estaba enterrada bajo el suelo de cemento del nuevo edificio de la Compañía Middleton, ¿eh? Bien; pero allí está, Vianello, y allí seguirá, a no ser que te vuelvas atrás en este trato, pues en tal caso la Policía sabrá dónde está ese cadáver, y entonces habrá una acusación concreta contra ti, y te enviarán a la horca. El gobernador Small no se atreverá nunca a perdonarte, amigo. En verdad, Vianello, puedes dar gracias a tu Dios, a tu Papa y a todos los santos de tu calendario, por la ley del *Corpus Delicti*.

Vianello se estremeció de nuevo.

—¡Ojalá pudiera Dios hacer que desapareciera de allí ese cadáver…, o que se lo comieran los gusanos!

—Ya —dijo Fortescue enseñando los dientes—. Pero no puede ser. Es demasiado pronto para que los gusanos hayan acabado su labor —su voz adquirió un tono menos mordaz—. Ahora, Vianello, una vez que has cortado una garganta, segar una más no puede causarte ningún daño. La cosa es muy fácil de hacer. Hay un pequeño cuarto en la sala mala de Birkdale

—la sala X—, en la cual estuvo confinado mi tío durante el último año que pasó allí, y allí es donde se afeita a esos malos actores. A cada hombre se le sujetan las muñecas y los tobillos al sillón de afeitar por medio de correas fijas, y luego se cierra la puerta por dentro para impedir que cualquiera de esos salvajes de Borneo entre y se apodere de la navaja. Como ves, todo lo que tienes que hacer, una vez posesionado de tus cargos de vigilante y barbero —del de barbero, especialmente— y le tengas en aquel cuarto contigo, con las manos y los pies bien sujetos y la puerta cerrada con llave, es darle un tajo en la garganta, soltar rápidamente la correa que sujeta su mano derecha al sillón, ponerle la navaja entre los dedos, y salir gritando: «¡Cielos…, se ha degollado! ¡Se soltó la correa, cogió la navaja y se ha degollado!». Acudirán todos, se hará una información y, probablemente, te despedirán por negligencia criminal. Para librarse de toda culpa declararán que no aseguraste bien la correa; pero no harán más. Te verás en la calle, amigo mío, sin un empleo de veinte dólares al mes y mantenido; pero yo te entregaré diez mil contantes y sonantes y podrás volverte a Nápoles, comprar allí un viñedo o un olivar y establecerte como labrador con tus hermanos.

Vianello se había animado visiblemente ahora que no se hablaba de María Bonelli. Se volvió a Fortescue:

—Yo, Fortescue, no tengo inconveniente en rebanarle la garganta. Un tajo y listo. Pero tengo miedo a que empiecen a rebuscar, y que…

—¿Cómo pueden hacerlo? —preguntó Fortescue, irritado—. ¿No me tienes a mí como testigo de calidad? En cuanto a la Policía, nunca ha tenido nada contra ti. No hay testigos presenciales del hecho. No será la primera vez que esos astutos demonios de locos de la sala X han logrado soltarse las manos de las correas. Tampoco será la primera vez que los vigilantes han tenido que luchar con los reclusos cuando éstos han tratado de apoderarse de la navaja. Considera que si te mandan a prestar servicio en esa sala es porque eres

corpulento y fuerte. Lo peor que puede ocurrirte es que te despidan por negligencia, y, entre tanto, Jonathan Doe será enterrado en el cementerio del Estado que hay en Birkdale para los que mueren sin identificar, y así terminaría la historia de otro caso.

—¿Por qué —preguntó inocentemente Vianello— quiere usted deshacerse de ese individuo? ¿Qué puede importarle a usted un loco?

—Eso es cosa mía —dijo Fortescue lacónicamente—. Se trata de un pobre diablo que es una carga para él mismo, para el Estado y para alguien más. Quiero que desaparezca, y basta.

—Pues no pareció proceder como un loco en la Estación de Detención —comentó enseguida Vianello con prudencia, a la vez que hizo un movimiento con la mano como desentendiéndose de aquello—. Bueno, usted sabrá lo que hace. Yo también sé lo que me conviene. Con diez mil dólares puedo comprar una buena tierra de labor en Nápoles —hizo una pausa—. Y ahora, ¿para qué me necesita usted si se ha escapado? Mañana por la mañana tengo que presentarme en el manicomio de Birkdale y tendré que tomar el tren muy temprano. Y ahora…, ¿qué?

—Toma el tren y preséntate, tonto —dijo Fortescue con tono desabrido—. Lo único que quería era advertirte que te encontrarás con él antes de lo que pensabas, pues si le cogen lo internarán inmediatamente en esa sala.

Vianello se levantó y sacudió su largo cuerpo.

—¿No se olvidará usted de esos diez mil, Fortescue?

Fortescue se levantó también, y puso la mano en el hombro del siciliano.

—Querido Pietro Vianello: cuando la hoja de esa navaja corte la garganta de ese individuo, te podré dar diez mil dólares con la misma satisfacción que podría dar agua a una carpa, y —añadió con risa burlona— el cadáver de María Bonelli permanecerá en su tumba de cemento del sótano de la

fábrica de Middleton durante muchos, muchos años; pero te aconsejo que desaparezcas y cambies de nombre cuando estés en Italia. Nada más.

Apenas hubo salido Vianello cogió el impermeable y el sombrero y pidió un «taxi» por teléfono. Luego entró en el cuarto de su criado, hecho otro hombre, y le despertó encendiendo las luces. El criado se sentó en la cama, soñoliento y sorprendido.

—Biggs —dijo Fortescue, sentándose en el borde del lecho —. Acabo de recibir una inesperada y alarmante noticia de la Estación de Policía. Del manicomio de Birkdale, situado en este mismo Estado de Illinois, se ha escapado, hace cosa de dos horas y media, un loco peligroso, y creen que se dirige a Chicago. Lo único que saben de él hasta ahora es que una joven le ha ayudado a huir. Como yo tengo algunos datos de la personalidad de esa muchacha, voy a ver lo que puedo hacer para acabar con esto. Me figuro que el individuo irá en busca de la joven, y por eso hay que localizarla ahora, si es que ha cambiado de lugar. Para lo que te despierto a estas horas de la madrugada es para decirte que no te muevas de casa, a fin de que pueda comunicar contigo si te necesitara en estas veinticuatro horas. No te muevas de aquí —metió la mano derecha en el bolsillo trasero del pantalón y sacó la pistola de acero azul, que enseñó al atónito Biggs—. Quiera Dios que no me le encuentre cara a cara —añadió—, porque, como es de suponer que vaya armado, me han dicho que al menor movimiento que él haga le mate como a un perro rabioso. ¿Qué harías tú, Biggs?

—Yo…, señor, creo que procuraría salvar mi vida lo primero. Si un hombre no está bien de la cabeza no se puede discutir con él. Usted debe prevenirse; pero espero que no tenga necesidad de llegar a eso.

—Yo también —dijo Fortescue—; yo también. Pero uno no puede asegurar nada. Bueno; nada más, Biggs. No te alejes esta noche del teléfono. Adiós —se levantó al oír el zumbido

del timbre que le anunciaba que había llegado el «taxi».

Bajó a la calle, que a aquella hora tan temprana estaba desierta. No eran más que las tres menos cuarto. Consultó su cuaderno de notas y dijo al «chauffeur»:

—Vamos primero al número 3652 de Prairie Avenue —y se arrellanó en los cojines del coche.

XXVI. Kenburyport, 228

El vehículo en que iba Fortescue tardó tres cuartos de hora en llegar al número 3652 de Prairie Avenue, pues aunque los bulevares estaban completamente desiertos a esta hora desusada de la mañana y sólo se veía alguno que otro coche aislado, era preciso atravesar Chicago desde el extremo norte, cruzando el río, hasta el corazón mismo del lado sur. Se apeó y mandó al «chauffeur» que aguardase. La casa núm. 3652 era un edificio miserable, situado en una calle tan miserable como la casa, con un letrero en la puerta vidriera y un tramo de escalones muy alto, de estilo antiguo, que conducía a la puerta principal. Subió los escalones y llamó al timbre. Después de llamar repetidas veces, salió, al fin, a la puerta una mujer con una bata descolorida y un gorro de noche en la cabeza. Pareció un poco asustada al principio; pero se tranquilizó a la vista de aquel caballero bien portado, que usaba guantes y bastón.

—Perdone usted —dijo Fortescue—; pero he tenido…, mejor dicho, un amigo mío ha tenido recientemente trato con una señorita llamada Anne Holliston, que vivía en esta casa. ¿Sigue viviendo aquí?

La respuesta fue exactamente la que él esperaba:

—No, señor. Ya no está aquí. Hace una semana que se marchó y no sé adónde fue.

—¿Qué recadero de por aquí le llevó el baúl? ¿Lo avisó ella o usted? Tengo necesidad de ver a esa señorita inmediatamente.

La mujer guardó silencio durante unos segundos.

—Pues fue nuestro recadero de costumbre, que es hermano mío, y que es a quien llamo cuando los huéspedes se van. De esa manera me gano una comisión de diez centavos por baúl. Está en la United American Express Company, en la calle 36, aquí a la vuelta. Se llama William Boller, y vive encima de su oficina.

—Gracias —dijo Fortescue. Se despidió con una reverencia, bajó los escalones y volvió a tomar el «taxi»—. Vamos ahora a la calle 36 —ordenó al «chauffeur»—, aquí a la vuelta, a la United American Express Company. Torceremos por el oeste y luego por el este.

Pero al torcer por el oeste encontraron la United American Express Company, que resultó ser una denominación comercial pomposa en demasía, pues se trataba, en realidad, de una caseta de madera adosada a una vieja casa de ladrillo encarnado, que parecía formar parte de una vecindad tan mísera que Fortescue pensó si estaría en una calle de segundo orden habitada por negros. Un cartel pintado a mano, colocado en lo alto de un poste de madera y alumbrado por un farol próximo, mostraba el nombre de la Compañía, y por la ventana de la caseta se veían dentro cestas de carbón, manojos de astillas atados y una mesa desvencijada, sobre la cual había un libro Mayor muy usado. Subió los escalones que había junto a la caseta y llamó al timbre de la casa de ladrillo. Después de largo rato apareció en la puerta un hombre con pantalones sujetos con un cinturón encima del camisón de dormir.

—Perdone usted —dijo Fortescue—; pero puedo recompensarle bien si me dice usted a dónde llevó recientemente un baúl de cierta persona. ¿Es bastante un billete de cinco dólares por haberle despertado a estas horas?

—Yo creo que sí —respondió el otro.

—Bueno, pues el baúl pertenecía a una señorita llamada Anne Holliston, que vivió en casa de su hermana, de usted, aquí a la vuelta, en Prairie Avenue, número 3652.

—Espere usted que baje a la oficina —dijo el recadero—. Mi hermano atiende algunas veces al despacho. Vaya usted a la puerta de la caseta; yo entraré por aquí detrás y le abriré.

Fortescue bajó los escalones, y mientras esperaba se puso a tararear entre dientes una musiquilla. Un momento después lució un mechero de gas en la caseta, y el hombre abrió la puerta. Debajo del silbante mechero pasó con un dedo las manoseadas hojas del libro Mayor, escrito con lápiz.

—Sí, aquí está. Señorita Holliston, Prairie Avenue, número 3652. Un baúl. Entregado en la Compañía de Transportes Motorizados de Chicago y el Norte de Indiana.

—¡Ah! —exclamó Fortescue—. Transportes Motorizados. Ya. ¿Qué Compañía es ésa y dónde está?

—En la calle 12 —dijo el otro—, cerca del Viaducto L. Se encarga del transporte de baúles, mobiliario y banastas entre Chicago y los puntos del norte de Indiana. Tiene servicio nocturno, si es que quiere usted hacer más indagaciones esta noche. Pero no recoge ningún bulto; hay que llevarlo a las oficinas por medio del recadero local.

—Ya, ya comprendo —respondió Fortescue. Puso un billete de cinco dólares sobre la desvencijada mesa y subió de nuevo al «taxi»—. Vamos ahora —dijo al «chauffeur»— al viaducto de la calle 12, a la Compañía de Transportes Motorizados de Chicago y el Norte de Indiana.

Las cosas iban saliendo bien. Poco a poco iba localizando a la fugaz joven que le dijo la última vez que fue a visitarle que paraba en Prairie Avenue. Una vez que la encontrase, se dedicaría a buscar al que se había fugado del manicomio de Birkdale hacía unas cuatro horas y media. Mientras pensaba en estas cosas, echando bocanadas de humo de su cigarro, el «taxi» se paró en la calle 12, bajo el elevado viaducto. Se apeó de nuevo, y no le fue nada difícil encontrar las oficinas de la Compañía de Transportes Motorizados de Chicago y el Norte de Indiana, pues unas luces que alumbraban su fachada mostraban las letras doradas de las ventanas. Supuso con

malicia que el hecho de que la Compañía tuviese abierta una oficina día y noche obedeciera tal vez a que se dedicase al negocio ilícito del transporte de licores, disimulado finamente bajo la forma de un servicio perfectamente legal de conducción de pianolas y baúles. Pero esto no era cosa que a él le importara. Se apeó y entró. No había más que un empleado de servicio, el cual se dirigió tranquilamente hacia un cajón del mostrador que separaba la oficina del espacio reservado al público.

Fortescue sonrió de una manera tranquilizadora y se apoyó en su bastón con sus manos enguantadas.

—Necesito una pequeña información acerca de un baúl que se entregó aquí hacia el jueves por la United American Express Company, de la calle 36. Quiero saber a dónde se llevó.

—Nosotros no tenemos costumbre de facilitar informes de las cosas que se transportan —dijo el empleado con calma, cruzando los brazos de una manera retadora y mirando fríamente a Fortescue.

—¿Ni siquiera a detectives particulares? —preguntó Fortescue, y al mismo tiempo puso en el mostrador un billete de cinco dólares y dijo al empleado—: Tome, para que se compre un buen cigarro.

El empleado recogió el billete con gran presteza.

—Eso es distinto —dijo excusándose—; los detectives y los otros son diferentes, ¿comprende?

Repasó las hojas de un libro correspondiente al 24 de octubre y encontró el asiento que buscaba. Volvió el libro de manera que Fortescue lo viese. El asiento decía así:

> «Un baúl. A. Holliston. Al recadero de Kenbury, Indiana, para entregar a la señora Winters».

—¿Llevan ustedes directamente a domicilio en el punto de destino un baúl? —fue la única pregunta que hizo Fortescue.

El empleado de la Compañía de Transportes hizo un

movimiento negativo con la cabeza.

—No; la entrega se hace al agente local, que en esta ciudad… —y miró a una hoja escrita a máquina fijada en la pared— es Pop Flanders. Es una ciudad de segundo orden, en la línea eléctrica de Chicago a East Shore.

—Muy bien. Gracias. Creo que no necesito saber más.

Fortescue tenía ahora muchos más datos que cuando empezó su indagación. Una vez más volvió al «taxi», que le estaba esperando.

—Lléveme ahora —dijo al «chauffeur»— a la estación del ferrocarril eléctrico de Chicago a East Shore, que no sé dónde está, y creo que con esto terminaremos esta noche —miró al reloj. Eran las cuatro y media de la madrugada. Por el este empezaba a reflejarse una luz débil en el cielo, sobre el lago Michigan.

Llegaron a la referida estación a las cinco menos cuarto, y Fortescue despidió al «taxi», pagando una fuerte suma por las peregrinaciones de la noche. Entró y consultó un horario de trenes que había en la pared, junto al despacho de billetes. Hasta las cinco y media no salía ningún tren para Indiana. Sacó un billete para Kenburyport y se sentó en la pequeña y solitaria sala de espera, dispuesto a estarse fumando sin cesar grandes cigarros negros hasta que diesen las cinco y media. Llegó la hora, al fin, como lo indicaba un gran reloj que había sobre la arqueada puerta, y un empleado entró a avisar a Fortescue y a un par de obreros, provistos de picos y monos, que el tren estaba formado. Se levantó, y al salir al andén vio que clareaba el día. Había llegado la mañana, y obreros de la estación trajinaban por allí, engrasando los coches formados bajo la gran cubierta de cristal.

Se sentó en un blando asiento del único coche que salía de Chicago a esa hora, y que pronto se alejó velozmente de la ciudad. El cielo aumentaba en brillantez, y las casas eran cada vez menos frecuentes y más espaciadas, hasta estar en pleno campo. Ascendía el sol en su curso y avanzaba la mañana. A

la hora y media justa de haber salido de Chicago, el tren de coche único, se detenía en Kenburyport. Se apeó y examinó con curiosidad la pequeña población. Era una ciudad reducida y nueva. Una gran fundición de hierro, situada al norte, a la misma orilla del lago Michigán, lanzaba llamas rojas y carmesí por las altas chimeneas de los hornos de fundición, y Fortescue oyó grandes estampidos, que denotaban que había por allí algún taller de laminado. Grupos de hombres con monos y sus pequeñas tarteras de comida se dirigían a paso vivo a la fundición. Cerca de la estación, una tienda ofrecía gran surtido de lanas, guantes y tabaco para masticar. Cuando estaba allí, indeciso, se paró frente a la estación un viejo camión desvencijado y tirado por un caballo flaco, del cual bajó un hombre ya viejo, con la pipa en la boca, que se metió en el departamento de equipajes. Fortescue le abordó en la puerta:

—¿Quién es Pop Flanders? —preguntó.

—¿Eh? Soy yo.

—¡Oh! ¿Es usted Flanders? Bien. ¿Recuerda usted haber entregado un baúl a la señora Winters, de esta ciudad, hace cosa de una semana?

—Y usted, ¿quién es? —preguntó el viejo con curiosidad.

—A lo mejor soy el hermano de la señora Winters, de Texas —dijo Fortescue enigmáticamente y sonriendo—. ¿Quiere usted un cigarro?

—¡Oh! —dijo el viejo, cogiendo con recelo el rico «Perfecto»—. Sí, yo llevé ese baúl. Es el único baúl que llevé la semana pasada. Las cosas están mal; se trabaja poco. Se lo llevé a la casa de huéspedes de la señora Rothappel, que está allí, en aquella colina…, ¿ve usted? —y señaló con un dedo flaco y tembloroso.

Fortescue dio las gracias al viejo, y fijando en su mente el nombre de Rothappel echó a andar hacia la colina por una calle de hotelitos nuevos. Llamó al timbre de la muy nueva casa de huéspedes, de dos pisos, con su galería también nueva

y sus cuadrados pilares de pino, nuevos como aquélla, cuya pintura verde no había sufrido todavía una estación completa, ni fría ni calurosa. Una mujer muy gruesa salió a abrir.

—¿Admite usted huéspedes para dormir y a todo estar?

—Sí señor —respondió la patrona mirándole de arriba abajo—. Pero todos los que viven aquí son obreros, señor.

—Sí, ya sé; pero yo también soy un trabajador. Estoy estudiando las condiciones de las fábricas de acero y de las fundiciones de hierro —explicó Fortescue—. Soy un organizador.

—Bueno; pase usted, caballero. —La patrona le indicó el camino. A través de unas puertas abiertas que daban a una especie de vestíbulo de hotel, donde había un mostrador y un juego de libros, se ofreció a la vista de Fortescue un comedor, con sillas separadas de unas mesas sucias, y una muchacha desaliñada que estaba quitando los platos—. ¿Qué clase de habitación desearía usted? Las tengo de un dólar y de dólar y medio al día; esto sin contar la comida, naturalmente.

—Vamos a ver lo que tiene —dijo Fortescue con finura. Subieron juntos la escalera. Ella iba detrás, respirando tan fatigosamente que al llegar a la mitad de la escalera, Fortescue tuvo que esperarla—. A propósito —dijo tranquilamente—: tengo una hermana que pasa algunas temporadas en esta costa. Me escribió hace mes y medio diciendo que venía aquí; me parece que decía Kenburyport. Durante varios años no nos hemos relacionado y en ese tiempo se ha casado. Me gustaría encontrarla. ¿Hay otras casas de huéspedes en la ciudad? Tiene ojos castaños; es muy guapa.

La patrona, todavía jadeante, llegó donde él estaba.

—Hace poco vino aquí una señora llamada Winters —dijo —; tiene ojos castaños y nunca vi una mujer más guapa. Está esperando a su marido.

—Tiene una niñita de unos dos años, ¿no? —dijo Fortescue reprimiendo a medias la sonrisa que asomaba a sus labios.

—¡Oh, no, señor! Esta señora no tiene ninguna niña. Todavía no ha tenido hijos, señor.

—Entonces —dijo él con triste acento— no es mi hermana. Mi hermana tiene una niña pequeña.

Habían llegado al piso superior de la casa de dos plantas, de reciente construcción, y Fortescue miró en torno suyo con un interés más que casual. Del descansillo final de la escalera, sobre el cual había un amplio tragaluz, que vertía una diáfana claridad, arrancaba un ancho pasillo con habitaciones a ambos lados. Cada cuarto tenía una puerta de madera barata de pino, pintada de verde, y sobre ella una placa de esmalte blanco con un número negro, lo bastante grande para que pudiera verse a cien millas de distancia. Era evidente que la patrona no se decidía a subir esas escaleras, en calidad de guía, sino en caso muy necesario. Echó a andar para acompañarle por el vestíbulo, y él le tocó en el brazo:

—Me da mucho miedo el fuego —dijo—. ¿No tiene usted algo que esté cerca de este descansillo de la escalera?

—Sí, señor —respondió ella, y se dirigió a abrir la puerta de un cuarto, a unos quince pies del brillante rectángulo de luz de la claraboya—. Aquí hay una habitación de un dólar, al final de la escalera…, o muy cerca, de todos modos.

Era un cuarto pequeñito, con una cama limpia, una mesa de escribir nueva con brillantes tiradores, un lavabo y una ventana que daba al espacio ilimitado. Él lo miró superficialmente y se volvió a la patrona:

—Me quedo con ella —dijo—. Luego traerán mi equipaje —le entregó un billete de diez dólares—. Tome, por la primera semana de alquiler de la habitación —dijo—. Mi nombre es Barker, George J. Barker.

—Gracias, señor. ¿No le molestaría llamar cuando baje usted para que le dé la vuelta? Estas escaleras son una muerte para mí.

—En absoluto —dijo Fortescue afectuosamente—. Ahora voy a echarme un rato. Vengo de viaje desde Nueva York,

toda la noche y todo el día de ayer —se volvió a ella—. A propósito: ¿tiene usted teléfono?

—Sí, señor. El número 228 de la oficina local.

—Entonces, para pedir una conferencia desde otro punto habrá que pedir Kenburyport, 228.

—Sí, señor.

—Voy a utilizarlo. Me echaré después.

Siguió a la mujer al piso de abajo, donde encontró una cabina nueva, perfectamente enguatada para amortiguar el sonido hacia el exterior, en la cual podía hablar con más libertad que si el teléfono estuviera en un sitio abierto. Se encerró en ella, tras la doble puerta de cristales, y pidió no sólo con Chicago, sino el número de su casa de Eastwood Arms. Tan pronto como echó el número necesario de monedas en la caja automática oyó la voz de su criado al otro extremo de la línea. Habló:

—¿Eres tú, Biggs? ¿Sí? Aquí es Fortescue…; sí, el señor Fortescue. Apunta este número, y si ocurre algo importante…, principalmente si preguntan por mí de la Estación de Policía, toma el recado. Averigua por todos los medios si han cogido al loco de que te hablé esta mañana, pues para eso será para lo que me llamen. Si recibes ese aviso, telefonéame en el acto, y no se te olvide preguntar por el señor George Barker. El número es: Kenburyport, 228, y la central, Kenburyport, Indiana…, no Illinois o cualquier otro Estado. ¿Me has comprendido?

—Sí, señor. Kenburyport, dos, dos, ocho. Y la central, Kenburyport, Indiana. Y debo preguntar por el señor Barker, ¿no es así?

—Muy bien. Nada más. Adiós.

Subió de nuevo a su habitación. Entró en ella y cerró la puerta tras él. Eran ahora las siete y media de la mañana. Dio vuelta a la llave de la puerta ya cerrada, y luego golpeó suavemente uno de sus entrepaños. Por el tacto pudo apreciar que éstos eran delgados y blandos; madera barata. Miró

detenidamente afuera para ver si no había nadie por el pasillo, sacó su cortaplumas y con un golpe rápido atravesó uno de los cuarterones; retiró en seguida la navajilla, y con la punta agrandó la abertura que había hecho. Pronto tenía abierta una ranura lo bastante grande para poder ver desde dentro, sentado en una silla, todo lo que pasaba en el pasillo. Con unos cuantos cortes que hizo en un lado amplió el ángulo de visión, de manera que abarcase bien la parte superior de la escalera, con la gran iluminación que le proporcionaba el tragaluz de arriba. Hizo entonces el nuevo experimento de bajar la persiana de la ventana de su cuarto, y esto mejoró las cosas maravillosamente, pues ahora tenía la ventaja de estar en un espacio oscuro, donde nadie que mirara desde un sitio con luz podía verle. Recogió minuciosamente las virutas de la madera, hasta no dejar ninguna, para echarlas en un pequeño cenicero que había en la mesa de escribir, y las prendió fuego hasta ver que habían ardido por completo. Hecho esto, acercó una silla a su disimulado punto de mira y se sentó, y así estuvo esperando, esperando, esperando, con un ojo pegado a la ranura que había abierto.

Eran alrededor de las nueve cuando la obesa señora Rothappel subió trabajosamente las escaleras y cruzó el vestíbulo para ir a llamar a una puerta, más allá de la habitación de Fortescue. Éste oyó las voces.

—Señora Winters, la llaman abajo, al teléfono. Es una conferencia de no sé dónde.

Fortescue se afianzó en su puesto. La señora gruesa se marchó por donde había venido, y entonces él pegó aún más el ojo mientras esperaba. Al fin vio cruzar a una joven, que, al pasar por debajo de la claraboya, miró hacia atrás un momento, como para cerciorarse de que había cerrado la puerta de su habitación, y aunque no pudo verle los ojos, porque la luz le caía verticalmente sobre ella, sus rasgos iluminados le permitieron convencerse de quién era.

—Es la joven Holliston, no hay duda —dijo con voz tensa,

mientras la muchacha bajaba las escaleras—. La joven Holliston. ¡Ella es! Y le está esperando aquí. Apostaría cualquier cosa a que esa llamada telefónica es el aviso de que él está ahora camino de aquí.

Pasados unos segundos volvió ella a su cuarto, de donde salió de nuevo poco después. Fortescue se puso a reflexionar, a imaginar lo que significaba aquella insignificante llamada telefónica.

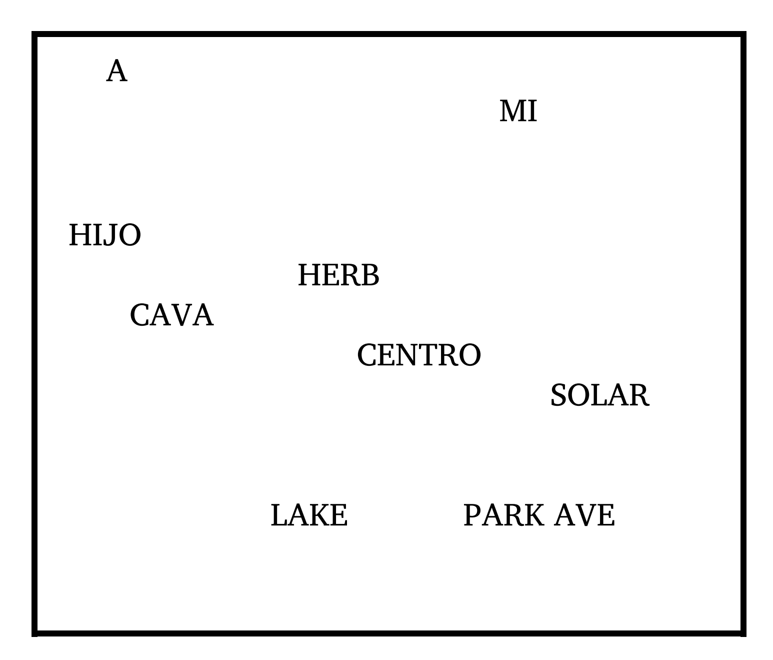
—Ella debe de haberle dado dinero —admitió Fortescue—, y ya ha atravesado la línea divisoria de los Estados de Indiana e Illinois. Tal vez esté en la ciudad inmediata y no se atreverá a venir, y ella ha salido para tranquilizarle…, decirle por dónde tiene que venir aquí…, lo que ha de decir cuando llegue a esta casa y cómo tiene que decirlo. Apostaría cien dólares a que dentro de una hora está ya de vuelta, y él, por su parte, emprenderá el viaje hacia aquí poco después de que ella vuelva, como si fuera un marido que estuviese largo tiempo ausente —rió de una manera siniestra, diabólica, y en su júbilo había una nota de horrible amenaza. Del bolsillo de detrás del pantalón pasó al de la derecha de la americana la pistola de acero azul que había traído consigo—. Veamos ahora —prosiguió con tranquila certidumbre—. Es un hecho indudable que se fugó anoche, y si es él quien telefonea, está, por lo menos, camino de aquí; en algún sitio entre esta ciudad y Birkdale, Illinois. Debe de haber empleado toda la noche sólo en ir a Chicago, y como por allí habrá tenido que pasar a escondidas, será ya mediodía cuando llegue a esta ciudad. Pero es evidente que, en último término, tiene que venir aquí, porque ella está aquí…, ¡está esperando a su marido! Su llegada es, pues, lo verdaderamente importante —se entregó luego a ese sistema peculiar de meditación en que un hombre se habla a sí mismo—. Es un lunático peligroso, Fortescue, hijo; un paranoico peligroso, homicida. Y tú estás aquí, amigo mío, haciendo una investigación legítima, con la esperanza de poder ayudar a la Policía. En el momento en que suba por esa

escalera asómate y mátale como si fuera un perro rabioso, antes que pueda abrir la boca. Naturalmente, tú te encontraste a este loco escapado cuando salías. Viste cómo se llevó la mano al bolsillo de atrás, del pantalón y tuviste que defenderte. Le metiste una bala en el corazón. Obraste en legítima defensa —se encogió de hombros y sonrió—. Así acaba el caso de Jonathan Doe, y el mundo no sabrá nunca la verdad.

Y se dispuso a continuar su vigilancia solitaria.

XXVII. Dos hombres en un coche

Andándosele la cabeza, con las pesadas gafas del hace largo tiempo desaparecido Cagliostro delante de los ojos y escudriñando por entre los purpúreos cristales oblongos, Jerry Middleton siguió mirando desesperadamente a través de los campos al enorme anuncio que se le ofrecía: un gigantesco anuncio escrito con lápiz azul sobre un fondo negro:



Ahora, con la rapidez del relámpago, cruzó por su mente el recuerdo de aquel misterioso legado de su padre, en virtud del cual se le dejaban, para una libre elección posterior, aquellos veintidós solares en Chicago, ninguno de los cuales podría ser puesto en venta; y ahora empezaba también a vislumbrar un

rayo de luz en las extrañas cláusulas de aquella donación.

Apartó los ojos del gigantesco anuncio —que aparecía indudablemente como un aviso del difunto— para fijarlos con curiosidad en el campo que había al pie. Entonces se dio cuenta de otras cosas extrañas. Una especie de cardo azul, que moteaba aquel campo momentos antes, lucía ahora como fantásticas puntas de estrella de un color azul, en tanto que algunas flores de un color rojo brillante, parecidas a amapolas, que estaban desparramadas aquí y allí, habían desaparecido por completo, convertidas en capullos negros, más modestos y de color más bajo que la misma renombrada violeta.

Y así estuvo considerando, mirando, reflexionando, tratando de relacionar todos estos hechos sorprendentes; olvidado de dónde estaba y sin darse cuenta del transcurso del tiempo; hasta que, de repente, el sonido a su lado de una bocina le sacó de su ensimismamiento y, palo en mano, se volvió y se vio frente a un cochecillo en el que iban sentados dos hombres. Uno de ellos tenía la apariencia de un campesino; llevaba barba, y sus ojillos agudos miraban a través de unos lentes con aros de plata. Iba en mangas de camisa, y sobre su chaleco brillaba una placa de níquel. Con él, en el único asiento del auto, iba un hombre más joven, más seco, de unos cuarenta años, que se parecía algo al de más edad. Este individuo llevaba camisa de franela negra.

—¿Busca usted a alguien, forastero? —dijo el viejecito del coche.

Middleton miró a los dos hombres.

—No. Estaba mirando los campos, nada más. Esto es Riverdale, ¿no?

—Sí; pero se va usted alejando de él —siguió diciendo el viejecito encorvado, escupiendo en la carretera. Se secó las comisuras de los labios y masticó con fuerza un trozo de tabaco, con dientes manifiestamente postizos—. ¿De dónde es usted, forastero?

—Vengo de… de lejos —dijo Middleton. En torno a él todo estaba en calma, y la conversación parecía un interrogatorio casual; pero, sin embargo, estaba deseando que el cochecillo siguiera su camino.

—¿Conoce usted a alguien por aquí? —preguntó el viejo, y volvió a escupir.

Middleton movió negativamente la cabeza.

—No; soy un extraño en estas tierras —se volvió—. Bueno, que ustedes lo pasen bien —se adelantó hacia la izquierda para pasar por el lado del auto, pero le detuvo la voz del más joven.

—Espere un minuto, forastero. ¿Quién es usted? No recuerdo haberle visto nunca por aquí.

—No; seguramente.

—Bueno; espere un momento donde está —saltó del coche con la agilidad de un hombre que tuviera muchos menos años —. Vamos a ver qué calcetines lleva usted, amigo. No voy a hacerle nada malo. Es que estamos buscando a un individuo.

—¿Mis calcetines? —preguntó Middleton. Sabía ya de qué se trataba. Estaban buscando aquellos calcetines especiales que el Estado de Illinois facilitaba a sus huéspedes, aquellos calcetines de hilos grises, amarillos, negros y blancos. Suerte, se dijo, que tuve al recibir aquel golpe en la cabeza la noche pasada. Intentó una sonrisa forzada—. Si he de decirles la verdad, yo no tengo calcetines. Estoy algo arruinado, ¿saben ustedes?

Se levantó las perneras de los pantalones y enseñó sus tobillos desnudos, por encima de sus zapatos destrozados.

—¡Hum! —exclamó el viejo mirando hacia abajo. Se volvió a su acompañante—. Willie —dijo con voz dominante, en la cual el empleo de aquel diminutivo mostraba claramente al padre que habla a su hijo—, pudiera ocurrir que se los hubiese quitado. Ya sabes que hay una recompensa para los que cojan a esos individuos de Birkdale. Yo he cogido a algunos hace tiempo, y no sería la primera vez que se deshacen de los

calcetines.

—¿Qué otras señas te dieron anoche por teléfono, papá? —preguntó el hombre de la camisa de franela negra.

Jerry Middleton se volvió intranquilo, dispuesto a irse, a huir, pues sintió que le corría por la espalda un escalofrío de miedo; pero, de repente, se vio sujeto del brazo por una mano firme, de acero:

—Pare la burra, buen hombre. Es sólo un momento; ya le dejaremos, probablemente, que siga su camino.

—Bueno —dijo el viejo—; me dijeron que tenía ojos castaños.

—Forastero —ordenó el más joven—: quítese esas gafas contra el sol y le veremos los ojos. No le voy a hacer daño, amigo. Suponemos que sólo es usted un vagabundo; pero yo soy el subjefe de Policía de la ciudad y en ese coche está el propio jefe.

—Que soy yo —dijo el viejecito—. Haga lo que le dicen, joven.

Middleton se adelantó uno o dos pasos.

—Perdonen —dijo—; pero no puedo descubrir los ojos a la luz del sol.

—¡Ah! ¿Sí? —el viejo había saltado del coche con extraordinaria ligereza, y con un pie en el estribo y el otro en tierra se inclinó hacia adelante, y de un tirón arrancó las gafas de plomo de la cara de Middleton. Éste se quedó parpadeando y haciendo guiños al recibir la luz solar. La camisa negra de franela del más joven se volvió de repente roja brillante, y el coche negro se convirtió de nuevo en un auto encarnado. Los dos hombres miraron sus ojos castaños parpadeantes, y el más joven dijo al viejo:

—¿Qué dices, papá?

—Digo que sería mejor que lo detuviéramos. No lleva calcetines, y… sus ojos son castaños. Además, no sabe explicar de dónde viene y adónde va, y…

Pero Middleton no llegó a oír el final de la frase, que acaso

quedó sin terminar, pues dándose cuenta de que estaba perdido se soltó con un fuerte tirón de la mano morena que le sujetaba, arrojó a un lado el embarazoso palo y, después de dar un salto, echó a correr por detrás del auto. A su espalda no había más que un silencio pasmoso; pero, de pronto, oyó un grito:

—¡Vamos tras él, Willie! ¡Súbete! Debe de ser un ladrón o, tal vez, el loco ese que se ha escapado.

Middleton oyó el escape no amortiguado del vehículo, los inconfundibles ruidos de un coche pequeño al hacerle retroceder violentamente y dar la vuelta, y luego, de repente, un tremendo rugido, que le hizo comprender que el auto se lanzaba ya a toda marcha en su persecución. La última mirada que había dirigido atrás, en aquella dirección, le había permitido ver que estaba a unos buenos doscientos pies del coche a medio virar. Una nueva mirada por encima del hombro, mientras corría con toda la velocidad de que era capaz, le hizo comprender que la distancia se había reducido ya a menos de ciento cincuenta pies. Y esto en el breve espacio de unos sesenta segundos.

Vio con desesperación que ya no había otra cosa que hacer sino ponerse en condiciones de una mayor igualdad para todos; es decir, volver a la línea férrea. En efecto, la vía se separaba allí bruscamente de la carretera, y formando un amplio ángulo iba a cruzar con perfecta exactitud un puente de acero, cuya armazón se alzaba a unos cuantos centenares de pies frente a él. Una vez sobre las traviesas, la cosa se reduciría a una especie de carrera pedestre, tan pronto como sus perseguidores se apearan del auto y siguieran por la vía; y en tanto continuaran en el coche, la distancia entre ellos y su presa sería cada vez mayor. Esta maniobra la puso en el acto en ejecución, gateando con frecuentes trompicones y arrastrándose por la carbonilla del terraplén que señalaba la línea férrea.

Llegó arriba, cubierto de ceniza hasta la cintura y jadeando

a causa del esfuerzo hecho para subir aquellos diez pies de empinada cuesta. Pero siguió andando sin detenerse, y tuvo la satisfacción, al volver a mirar atrás, de ver que el auto rojo se había detenido, que sus ocupantes se habían apeado y que también ellos estaban gateando ahora por el terraplén, hazaña que él había efectuado ya con buen éxito. Continuó andando a toda prisa, sin pararse, sabiendo que la demora de los que le seguían le iba a dar una tremenda ventaja; pero al mirar de nuevo al camino que se abría delante de él se encontró casi en la sombra del herrumbroso armazón que encerraba el puente del ferrocarril, que estaba muy lejos un momento antes. Tuvo ahora que aflojar el paso; aunque, jadeante, siguió ligero su camino por las traviesas, saltando de una a otra con cuidado, pues muy abajo, a unos cien pies o más, corría por un profundo barranco, saltando sobre mil obstáculos, un fangoso y arremolinado torrente de varios centenares de pies de ancho.

Tan abstraído iba durante la peligrosa hazaña que estaba llevando a cabo, que pasó un minuto largo antes de darse cuenta de que durante los últimos sesenta segundos había estado sonando en sus oídos el ominoso pito de un tren que se acercaba, y entonces se paró —se paró en seco—, casi en el centro del puente en que se hallaba, preguntándose si el tren estaría cerca o lejos, si vendría por detrás o por delante.

De repente, mientras permanecía en una indecisión sin esperanza, a mil pies delante de él dio vuelta a una curva, con increíble velocidad, una reluciente locomotora que avanzaba hacia el puente a toda marcha. A medida que la miraba, fascinado, hechizado, clavado en la vía, le parecía que se hacía cada vez más grande, enorme, y, de repente, volvió en sí, con un estremecimiento, y se dio cuenta de que estaba allí como petrificado. Sonaba el silbato como un clarín de alarma, y sus sentidos empezaron a salir de pronto de su letargo.

No le quedaba tiempo para retroceder ni para cruzar el puente. Frente a él avanzaba una locomotora con asombrosa

rapidez; detrás, a un lado, había una carretera con un auto vacío, y a espaldas suyas una línea férrea por la que avanzaban velozmente dos hombres, uno a cada lado de la vía y ambos agitando los brazos. Una mirada hacia abajo, entre las dos traviesas en que se sostenía, sólo le reveló el torrente horrendo que se rompía en un punto poco profundo, en burbujeante espuma, para extenderse luego graciosamente en forma de ancho y majestuoso río, que iba a perderse al dar vuelta a una curva, a un cuarto de milla de distancia. Más allá de esa horrible cascada de espuma no había señales de rocas. ¡Pero había que dar un salto terrible, de cien pies de altura! No marraría mucho en el cálculo.

Nunca pudo comprender cómo obró tan de repente; pero casi antes de que se diera cuenta de lo que iba a hacer, se deslizó; se dejó caer, mejor dicho, entre dos de las traviesas más separadas, y se vio colgando de las puntas de los dedos, que se apoyaban en el áspero reborde superior de una de aquéllas. Sobre él veía el cielo, estriado por las negras vigas del puente, y, de repente, aquel trozo de cielo lo borró el loco rugir de una veloz masa de hierro que atronaba sobre él, a unos cuantos pies de su cabeza, rociándole la cara y los hombros de polvo, aceite y gotas humeantes. La traviesa en la que se sostenía sólo con las puntas de los dedos tembló, vibró, retumbó violentamente en los pernos que la sujetaban; todo el armazón se agitó y tambaleó ebriamente, como si algún gigante embriagado le estuviera dando empujones en broma con un enorme pie; luego, Middleton aflojó suavemente las puntas de los dedos, cerró los ojos y… ¡se dejó caer!

Sintió que caía en el espacio…; luego, que se hundía como un plomo, y en tanto trataba de apreciar lo extraño de sus sensaciones, chocó con el agua y le pareció que iba impulsado hacia abajo, hasta una profundidad de una milla o más. Era agua fría, helada, y para él fue una eternidad lo que tardó en subir a la superficie, ahogándose, abriendo la boca, sofocado, moviendo los brazos locamente y con la cara vuelta hacia

arriba para ver un puente encima de él. Pero no había ningún puente. Y mientras giraba vertiginosamente, furiosamente en torno a un pequeño pero violento remolino, vio que durante aquella larga inmersión en que creyó se le iban a romper los pulmones, la corriente le había arrastrado dentro del agua en una extensión de doscientos pies o más. Muy atrás estaba el puente, asombrosamente reducido ahora de tamaño. A un lado, una pizca de humo se ensortijaba en la atmósfera distante y dos pequeñas figuras siluetadas contra la luz hacían extrañas combas movibles en el encaje del armazón. Middleton seguía girando aún en la corriente de un río desconocido.

Se volvió y empezó a nadar desesperadamente. Después de todo no era tan difícil mantenerse a flote, pues la misma velocidad de la corriente ayudaba a ello, y él había nadado en demasiadas aguas australianas para serle extraño este torrente en embrión.

Poco después desaparecieron el puente y lo demás, al dar vuelta a una curva del río. Aquí, la violencia de la corriente había desaparecido, el río corría más majestuoso y las ropas empapadas de Middleton eran una dificultad para mantenerse a flote. Empezó a nadar sin más demora hacia la orilla más próxima —la derecha—, y a medida que se iba acercando a ella más extenuado se sentía. Pero poco a poco, braceo tras braceo y lanzando fuertes gemidos que le arrancaban la intensidad de sus esfuerzos, fue avanzando hasta que, al fin, se vio en tierra con hierbas y barro hasta las rodillas. Había perdido el sombrero. El agua que chorreaba de sus ropas formó una docena de riachuelos. Se detuvo un momento en la orilla para desprenderse de las hierbas y residuos que llevaba adheridos, y como se diera cuenta de que tal vez dentro de quince minutos estaría buscándole toda la comarca, se abrió camino a través de un denso matorral que orlaba la parte más alta de la orilla del río y se encontró en una carretera. Un labrador, con amplio sombrero de paja, que guiaba un

cochecillo y avanzaba a toda velocidad, se paró de repente al verle.

—¡Eh, mocito! —exclamó—. ¡Buena mojadura hemos cogido! ¿Qué le ha ocurrido?

—Que me caí al río cerca del puente del ferrocarril —dijo Middleton con desesperación. Miró con ansia al cochecillo, que iba en dirección completamente opuesta a aquella en que él había huido, caído y nadado—. ¿Podría, podría subir al coche con usted?

—Sí —el labrador le hizo sitio—. Suba. ¿Adónde va usted? ¿A Collinsville, que es el pueblo inmediato?

—Sí, a Collinsville —se apresuró a contestar Middleton.

—Muy bien, suba. Aunque no está en la línea del ferrocarril, supongo que sabe usted adónde quiere ir.

El pequeño auto arrancó con una sacudida y una explosión, y cinco minutos después corría velozmente por la carretera, llevándole cada vez más lejos de la ciudad de Riverdale, de aquellos dos hombres del puente, que a estas horas le creerían probablemente ahogado en las aguas del ancho río.

Por lo menos, él esperaba con fervor que lo creyeran así, y casi tenía la convicción, por la manera cómo sus siluetas miraban sin cesar hacia abajo, de que no habían llegado a ver su cabeza y sus hombros sobrenadando en las aguas de color de chocolate que precedían a las otras aguas más claras de alrededor de la curva del río. Iba sumido en estas confortantes reflexiones, cuando le despertó el plañido del auto al pararse en un punto en que la vuelta de la carretera era tan pronunciada que casi formaba un ángulo recto y se convertía en un camino más estrecho y, por tanto, menos frecuentado, en el cual crecía la hierba aquí y allí, formando parches. El labrador, que iba sentado a su lado, dijo señalando con el dedo:

—Ahí está Collinsville, joven. Yo me despido aquí.

Ahora Middleton hubiera querido no haberse limitado a Collinsville como punto de destino, pues sólo el pensar en

ciudades de Illinois le producía escalofríos de inquietud. Pero decidió no despertar sospechas en su actual bienhechor expresando un repentino cambio de ideas al ver el punto terminal de su viaje. Asimismo, aun cuando aquel veloz paseo bajo el sol mañanero había oreado bastante sus ropas exteriores, se sentía todavía incómodamente mojado por dentro, y se preguntaba si no podría encontrar un bosque con alguna solana donde pudiera completar su secado por fuera y por dentro. Se apeó del auto, dio las gracias al labrador y éste siguió su camino por la carretera cubierta de hierba. Middleton, al quedarse solo, miró al pequeño pueblo interior, desprovisto de toda línea férrea, con su larga hilera de comercios de falsas portadas de madera, en una pequeña calle principal; los ruidos del martilleo sobre el yunque de alguna pequeña herrería, resonando en el aire de la mañana, y unas cuantas casas de campo esparcidas aquí y allí, a lo largo de las herbosas sendas que servían de calles. Pero en ninguna parte, en varias millas a la redonda, había la menor señal de un bosque o de un matorral.

Hallábase, quizá, a un octavo de milla de la tienda más próxima de aquella línea de portadas comerciales, y poniéndose una mano sobre los ojos a guisa de pantalla leyó el enorme letrero acampanado que colgaba delante del establecimiento, y cuyas blancas letras sobre un fondo azul decían: «Teléfonos. Comunicaciones locales y conferencias». Y, de repente, se le ocurrió una idea.

¿Podría ponerla en práctica? Si así fuere, habría dado un gran golpe, y al mismo tiempo sabría de un modo cierto qué era lo que había fracasado en los planes de Anne, y podría decirle dónde la esperaría aquella noche. No estaba él ya muy seguro de poder seguir vagando tranquilo por el Estado de Illinois, para entrar en el de Indiana, y luego ir de allí a Kenburyport. Empezaba, en efecto, a comprender que era mucha la astucia que necesitaba un hombre cuyas señas personales había difundido la radio, y en cuyos bolsillos no

había ni una sola moneda de cobre de dos centavos. En cuanto al coste de la mencionada maniobra, que rápidamente fraguó en su imaginación, podía afrontar la cosa con desfachatez, si la víctima fuese persona a quien se pudiera acobardar con una bravuconada, o, en caso de que esto fallase, podía correr como el que más. Y algún día podría sorprender a la persona o personas chasqueadas con un espléndido cheque que cubriera con exceso el gasto. La situación era desesperada y exigía medidas extremas; de eso estaba seguro. Había que pasar por alto, de momento, la ética de la cosa. El fin justificaba los medios.

Se decidió, pues, a hacerlo con esa rápida desesperación que se produce siempre en los momentos de crisis.

Caminó a buen paso por la estrecha carretera, que luego se convertía en la calle principal de la población. Entró decidido en el comercio que ostentaba afuera el anuncio del servicio telefónico. Era una tienda de dulces y artículos de fantasía, detrás de cuyo polvoriento escaparate, en el que había gran cantidad de dulces de antigua fabricación, moteados de excrementos de mosca, se veía a una señora anciana atendiendo al despacho. Los ingresos de la tienda se habían incrementado, indudablemente, con la renta del espacio alquilado para instalar el cuadro de distribución que, sin duda, regulaba todos los teléfonos de la ciudad y los del campo. Era un cuadro para una sola telefonista, y en su parte superior había un letrero dorado y negro que decía: «Central de Collinsville». Middleton se acercó a la barandilla de madera que lo rodeaba y preguntó con precipitación a la muchacha que estaba sentada en un alto taburete, masticando goma:

—¿Puedo pedir una conferencia desde aquí?

—Si la paga usted, sí —dijo la muchacha con descaro, mirándole con curiosidad de pies a cabeza— y cambiando la goma de lugar.

—¡Oh, por eso no hay cuidado! —le aseguró él con una

sonrisa y un movimiento de la mano. Y para aumentar más la confianza de la muchacha, le preguntó con indiferencia—: Ustedes tendrán algún comercio de sombreros en esta población, ¿verdad?

—Sí, de sombreros, de trajes, de todo —contestó ella, locuaz, tirando de la goma hasta convertirla en un hilo delgado—. Una manzana más arriba. ¿Adónde quiere usted llamar?

Durante las operaciones de estirar la goma, Middleton miró a la parte trasera de la tienda y vio una cabina telefónica, que, aunque endeble, tenía dobles paredes de cristal, con lo cual, si podía conseguir la comunicación, tendría una magnífica oportunidad de dar su asombrosa noticia. Rápidamente contestó a la muchacha:

—A Kenburyport, Indiana. Esa es la ciudad con la que quiero hablar.

La telefonista consultó un pesado libro, encuadernado en tela, que colgaba al lado del cuadro.

—Le cuesta a usted un dólar por los tres primeros minutos…, y veinticinco centavos cada minuto más.

—Perfectamente —dijo, como quien no da importancia al dinero, y pensó si habría conseguido imitar bien a aquél cuyos bolsillos, repletos de billetes, le permiten el lujo de pedir una conferencia telefónica.

—¿A quién quiere usted llamar? —preguntó la muchacha.

—A la señora Appel Rod…; no…, es señora Rothappel —dijo, corrigiéndose a sí mismo—. Le ruego que ponga la comunicación en seguida.

Ella oprimió varias veces un botón, hizo unas conexiones, tiró de algunos cordones; mientras él aguardaba, paseando de arriba abajo. La vieja que atendía a la tienda le observaba con curiosidad, alzando los ojos de su labor de punto. Al fin, la telefonista le indicó que entrase en la cabina de cristales de la trastienda.

—Ya puede usted hablar.

Él entró y cerró la puerta.

—¿Hablo con la señora Rothappel?

Sí, al aparato —dijo una voz lejana, tenue como un hilo—. ¿Quién me llama?

—¿Vive en su casa una señora que se llama Winters?

—¿La señora Winters? Sí, aquí vive.

—¿Quiere usted tomar un recado para ella, o avisarla si está ahí?

—Sí, está aquí. Voy a llamarla.

—Gracias. Muchas gracias.

Le pareció que estuvo pegado al aparato horas enteras. No sabía que a muchas, muchas millas de distancia, pasando por colinas y cañadas, ciudades y vías, una mujer enormemente gruesa subía jadeante, lanzando resoplidos y gruñidos, por una escalera, y se paraba a intervalos para descansar y maldecir de sí misma, por haber sido víctima de un sino que disponía que ella tuviera que estar siempre subiendo y bajando, sirviendo a sus huéspedes para ganarse la vida.

Miró varias veces al cuadro por la doble puerta de cristales; pero sólo la primera vio a la muchacha. Después, ésta desapareció, y ya no volvió a verla en su puesto. También se había ido la vieja; sólo quedaba su labor de punto sobre el mostrador. Le invadió una extraña sensación de inquietud, de inseguridad. Cambió de postura, cargó al otro pie el peso del cuerpo, empezó a sudar copiosamente, se pasó el auricular de una a otra oreja, volvió a mudar de apoyo el cuerpo y siguió esperando. Después de lo que a él le pareció un siglo llegó al teléfono una voz tan amortiguada y lejana como la otra, pero de timbre más dulce, y al oírla se puso a gritar:

—¡Anne! ¡Anne! ¡Anne!

—Sí —dijo el hilo de voz—. ¿Quién llama?

—Middleton, Anne. Jerry Middleton. No…, quiero decir ¡Jonathan! Jonathan Doe.

Creyó oír algunos sonidos entrecortados junto al aparato, y luego volvió a percibir el hilo de voz:

—La comunicación…, la comunicación no está bien. ¿Dice usted que es Jonathan Doe?

—Sí, Jonathan, Anne. Jonathan Doe. ¿Me conoce usted?

Esperó sólo el tiempo preciso para oír su murmullo de asentimiento, lleno de sorpresa, y en seguida enjaretó atropelladamente lo que tenía que decir:

—Anne: estoy en una población que se llama Collinsville, y he recibido un mensaje extraño de mi padre. Sí…, de mi padre. Anne: vaya usted en seguida a la Mid-West Trust Company, de Chicago, a enterarse de si mi padre dejó un solar en Lake Park Avenue. Sí…, un solar. Un solar. Un solar para edificar —casi gritaba sus palabras en el micrófono —. Si es así, Anne, cave usted en el centro de ese solar. Sí…, cave usted. En el centro. No estoy loco. Estoy tan cuerdo como siempre lo he estado. Pero he recibido un mensaje de mi padre. Sí, un mensaje. Le ruego que me crea, Anne. Y cave en Lake Park Avenue, cave en el centro del solar. Yo…

Pero no acabó la frase, pues al mirar con temor atrás, por encima del hombro, por haber oído gran alboroto en la tienda, vio a unos cuarenta individuos de la localidad, hombres de caras pecosas, tostadas por el sol, y con camisas de color de nogal. Al frente de ellos iba un herrero musculoso, con los brazos al aire y un delantal de cuero, y casi todos estaban armados con palos, escobas, bastones y rastrillos, aunque algunos no tenían otra arma que sus puños cerrados. Le dio un vuelco el corazón al comprender que había caído en una trampa, una trampa de caoba y cristal. Se volvió para abrir la puerta de un puntapié; pero no había soltado aún el auricular cuando la turba atravesó la tienda, se vino abajo la cabina con él dentro y sintió que le arrastraban de los pies, bajo una lluvia de cristales rotos, agarrado por una veintena de manos velludas, que le cogieron por los pies, piernas, manos, brazos y cuello.

Tendido en el suelo, bien sujeto por una docena de

aprehensores mal encarados, con una impresión de asfixia en el lugar donde debía de tener el corazón, se daba cuenta de que dentro de una hora, quizá menos, estaría otra vez camino de la tumba viviente, de la cual se había escapado diez horas antes.

¡Si, al menos, hubiese llegado su aviso a Anne Holliston!

Y si había llegado a ella, ¿le daría crédito?

XXVIII. La chantajista

Un joven trémulo, que acababa de tomar un baño turco, volvía a su domicilio, después de pasar una noche de desenfreno en los cabarets del distrito oeste de Chicago, con varias mujeres rubias y pelirrojas del «demimonde». Se apeó del «taxi» delante del número 1499 de Astor Street, pagó al «chauffeur», al cual indicó, con un triste ademán hecho con la mano, que se quedase con la vuelta, y luego subió el corto tramo de la escalera. Cuando abrió la puerta con el llavín y entró, el reloj del vestíbulo daba las ocho.

Un hombre con atavíos de criado, que estaba allí, le dijo:

—Buenos días, señor Middleton. ¿Viene usted de dar un paseo?

—Un paseo…, sí, Hobbs. He pasado la noche fuera de casa; eso es lo que he hecho en realidad. Acabo de tomar un baño turco y de darme un buen masaje; pero todavía estoy hecho un zorro. Voy a acostarme para descansar unas horas. ¿Ha venido alguien? ¿Han traído algún recado?

—Sí, señor. Alguien le llamó a usted por teléfono a eso de las doce de la noche; pero no estaba usted en casa y no quiso decir quién era.

—No importa. Bueno; voy a tumbarme un rato en la cama.

—¿Quiere usted tomar algo…, un ligero desayuno? ¿Unos huevos con lacón?

—¡Ah, Hobbs! Ya he conocido tiempos en que un poco de lacón a la mañana siguiente era lo único que apetecía el gaznate; pero en esta tierra de licores de contrabando y de veneno embotellado, lo único que apetece mi estómago es

descanso, nada más que descanso —y al decir esto se le escapó un gemido.

Entró en la habitación contigua, se quitó de la cara, con un suspiro de alivio, un par de pesadas gafas de plomo, y se tendió en la cama. Allí estaba medio dormido cuando, dos horas después, percibió entre sueños el débil sonido del timbre de la puerta de la calle, y luego oyó hablar a Hobbs con alguien que tenía una voz femenina.

—Bien, señorita, iré a ver. El señor Middleton no se encuentra muy bien y todavía no se ha levantado. Se echó al acabar de desayunar.

Un momento después abrió sus ojos soñolientos para ver a Hobbs, de pie junto a su cama.

—Ha venido una señora que desea verle, señor. Es joven y dice que se llama Holliston. ¿Quiere usted recibirla, señor?

—¿Holliston? —se quedó pensativo un instante, y de pronto se incorporó en la cama—. ¿La señorita. Holliston? Sí, voy a recibirla.

Se peinó, se arregló la corbata, se abrochó la chaqueta y volvió a colocarse las gafas de cristales azules que se había quitado poco antes.

—¡Este maldito Hobbs! —murmuró—. No puedo conseguir que llame antes de entrar en mi habitación. Me crispa los nervios. De buena gana le despediría; eso es lo que haría. Pero quizá sea este alcohol adulterado el que me pone nervioso. ¡Quién pudiera beber un vaso de Johnny Walker legítimo!

Con esta exclamación de desconsuelo abrió la puerta que conducía a la pequeña biblioteca contigua a su alcoba y entró en ella airosamente. Sentada en una de las sillas había una joven delgada, con un bolso de terciopelo colgando de su muñeca enguantada. Sus ojos grandes, castaños, coronados por mechones de pelo negro como el azabache, miraban con recato bajo un elegante sombrero. Él le tendió la mano.

—¡Calle! ¡Si es Anne! La muchacha más bonita de Melbourne para acá —hizo una reverencia—. Y de Melbourne

para allá también, encantadora señorita. ¿Qué desea usted de mí? ¿A qué debo el placer de esta visita, Anne?

—¿No le he dicho, señor Middleton, que no me llame más que señorita Holliston? —le dijo, dirigiéndole una mirada de reprobación.

Él se sentó a su lado.

—Tiene usted razón, amiga mía; ahora lo recuerdo —hizo una pausa, y por su bello rostro cruzó una sombra de fastidio —. Pero, verdaderamente, amiga mía, usted no puede mostrarse tan severa conmigo…, después de aquellos días felices de Sydney, ¿recuerda? —trató de cogerle una de sus diminutas manos; pero ella la retiró hábilmente.

—Me ha preguntado usted para qué vengo —dijo la joven, e hizo una pausa—. Es algo difícil de decirle el motivo de mi visita, porque…; bueno… —calló de nuevo—. Señor Middleton —dijo de repente—: hace unos días me envió usted una carta a mis señas de Prairie Avenue, en la cual me pedía usted que viniese a verle otra vez para un asunto importante. Ya no estaba yo allí entonces; pero la carta me fue remitida al apartado de correos que alquilé aquí, en Chicago, antes de marcharme —ella le miró con curiosidad—. ¿Qué es lo que tenía usted que decirme?

En la cara del joven se dibujó una sonrisa afectada.

—Pues fue, señorita, que pensando en que estaría usted demasiado sola en esta gran ciudad, se me ocurrió que podíamos recorrerla un poco los dos juntos. Yo también estoy muy solo…; un australiano en tierra extraña… ¿Comprende usted? Aquí hay luces brillantes como en otras ciudades, «taxis», teatros, cabarets… y otros muchos sitios de diversión donde se pueden olvidar las preocupaciones y las dificultades.

—¿Tiene usted preocupaciones y dificultades que olvidar? —preguntó la muchacha con curiosidad.

—¡Oh, no! —se apresuró él a contestar para tranquilizarla —. Pero tengo dinero…, y lo único que me falta es una deliciosa compañera, con ojos castaños, como los suyos, para

gastármelo. Tomemos por ejemplo, mi querida amiga, ese vestido que usted lleva puesto. En su estilo es una creación artística hecha, sin duda, por sus hábiles y preciosos deditos, que no deberían manejar nunca agujas e hilos; pero no ha visto, ni por asomo, la Rue Royale de París. Esto puedo distinguirlo yo, que sé de estas cosas. Y a mí me gustaría verla a usted…; vamos, quiero decir… que me gustaría regalarle unos vestidos del mismo corazón del país de las modas. Asimismo, ¿por qué no divertirnos un poco? ¿O es que tengo un aspecto demasiado fiero con estas horribles gafas que me veo obligado a usar?

Ella le miró pensativa.

—En efecto, son unas gafas horrorosas; pero cuando un hombre paga una deuda de honor de su padre no se le debe censurar por su aspecto personal —hizo una pausa—. Lo que no se me hubiese ocurrido nunca es que usted se gastara conmigo esos míseros setenta y cinco dólares mensuales que le dejó su padre.

—¡Oh! ¡Bah! —exclamó él con un ademán de impaciencia —. Los conocimientos que he hecho en Chicago me han proporcionado los medios de hacer lucrativos negocios. Esos setenta y cinco dólares mensuales no son sino una pequeña parte de mis ingresos. Tengo dinero en abundancia.

—¿Cuánto? ¿Mil dólares? —preguntó ella inocentemente.

—Eso y más —dijo él con orgullo.

Anne golpeó un momento el suelo con el pie.

—Señor Middleton —dijo luego—: En Australia ocurrió un pequeño incidente del cual no hemos hablado nunca. ¿Se acuerda usted de aquella vez que, con mi ayuda, escribió a su padre cuando estaba usted ciego en el hospital del doctor Harrow? Usted me dictó la carta mientras yo la escribía, y luego le llevé la mano para que firmase.

La respuesta del joven fue desmedidamente rápida:

—Sí, ya lo creo. No puedo decir que recuerde lo que escribí; pero el hecho, sí.

—Así me lo figuraba —dijo ella con sencillez—. ¿Y recuerda usted que me pidió que echara la carta al correo?

—Sí; pero creo que la petición era una cosa muy natural ¿no?

—Claro —dijo ella asintiendo. Y después de una pausa prosiguió—: Pero, señor Middleton, yo salí de Australia sin echar aquella carta. La verdad es que se me olvidó, y luego, cuando tuve que marcharme tan repentinamente y vi que la llevaba encima…; bueno, confieso que la guardé como un tesoro. Era para mí el recuerdo de mi trato con un joven rico que me había dicho que me amaba y…

—Y sí la amaba, Anne —interrumpió él—. Y la amo a usted ahora.

—No; usted no me ama —dijo ella con calma—. Usted me desea; no me quiere. Pero dejemos esto a un lado. Para abreviar, le diré que he guardado siempre esa carta con su firma, como recuerdo de haberme querido alguien por algo más que por mis ojos, mi cara y mi pelo; aunque ese alguien fuera un convaleciente pronto a enamorarse de cualquiera y de cualquier cosa. De todas suertes, señor Middleton, cuando recogí del apartado de correos su reciente carta comparé la firma con aquella otra que conservaba de usted, y… ¿sabe usted? He visto que las dos firmas no son iguales. ¿Cómo se explica usted eso? He venido a hablarle a usted de este fenómeno que, sin duda, tendrá alguna explicación sencilla.

El joven permaneció largo rato en silencio. Al fin habló:

—Bueno, Anne; la verdad es que fue Fortescue quien escribió la carta por mí. Pensó que yo estaba demasiado solo en esta floreciente ciudad y quería que tuviese alguien a mi lado. Yo no la hubiera escrito…, soy orgulloso, lo reconozco. Por eso la escribió Fortescue por mí. Esa es la verdad.

—Ya comprendo —dijo ella—. Eso lo explica todo. Pero si se lleva el asunto, por ejemplo, a un Juzgado, ¿podrían demostrarse claramente estos dos puntos: primero, que la firma de usted que aparece en mi carta la estampó en realidad

el señor Fortescue, y segundo, que usted mismo sería capaz de hacer una firma igual a la de la carta que escribió usted a su padre, y que yo traje de Australia?

Él se puso en pie de repente.

—¿Qué pretende usted? ¿Es que trata de tenderme una celada? ¡Hable claro, mujer del demonio! Si no, soy capaz…

—No trato más que de plantear dos cuestiones hipotéticas —dijo ella con calma—. Y todavía no me ha contestado. La verdad es que es usted grosero.

—Bueno, las contestaré —dijo el hombre, malhumorado—. Puede demostrarse fácilmente que la carta que usted recibió la semana pasada la escribió Fortescue. Y yo puedo reproducir todas las firmas mías que usted tenga. Pero usted, usted, niña… No, nada de palabras amables; usted está pensando en sacarme a la luz pública.

—Que es precisamente lo que usted no quiere, ¿verdad? —preguntó ella con aire de inocencia—. Fíjese en el caso de ese pobre loco que encerraron en Birkdale, aquel que se imaginaba que era usted. Eso sí que fue salir a la luz pública de una manera desagradable.

—Oiga: ¿adónde va usted a parar? —se puso delante de ella, iracundo, y, de repente, le cogió las débiles muñecas con sus manos—. ¡Maldita! ¡Atrevida! ¿Qué está usted buscando? —se fijó en el bolso de terciopelo que llevaba colgando del antebrazo, y oprimiéndole las muñecas con mano fuerte, dio con la otra un tirón del bolso y rompió el asa que lo sujetaba. El dolor le hizo gritar:

—¡Oh, oh…, señor Middleton! Me hace usted daño…, y sin razón.

Al oír esto la soltó; pero abrió bruscamente el bolso.

—No quiero que lleve usted por ahí cartas nuestras…, mías, para buscarme un conflicto —dijo con voz ruda—. ¡Por vida de…! —miró las pocas cosas insignificantes que contenía el bolsillo: una polvera, unos cuantos peniques, unas horquillas y un billete del tranvía—. ¿Dónde…, dónde está esa

carta?

Ella rió alegremente con risa triunfante mientras se frotaba sus frágiles muñecas, magulladas por las garras de aquel individuo.

—Pero, señor Middleton. ¿Cómo ha podido usted suponer que yo iba a traer aquí ese precioso recuerdo? No…, no…, de ningún modo. Lo aprecio demasiado para eso. Está bien guardado en una caja de caudales.

Él arrojó el bolso de mala manera en el regazo de la joven y quedó frente a ella, de brazos cruzados.

—¿Qué quiere usted? Hable claro. En cuanto a la firma, le digo que ninguna firma que trace un hombre con los ojos vendados, como estaban los míos, puede coincidir con las que haga después, cuando pueda ver.

—Ni con las que haya puesto el señor Fortescue por él —replicó ella, riendo al ver el desconcierto del otro. Hubo una pausa, mientras él la miraba ceñudo. Luego volvió a hablar la muchacha—. Señor Middleton, no vaya a creer que exista la menor duda de que sea usted Jerome Herbert Middleton; pero lo que aquí se discute es esto: a usted no le agrada la publicidad, y cualesquiera dudas que pudieran surgir si su nombre se relacionara de nuevo en los periódicos con el loco, cuyo caso ha sido ya fallado por los especialistas en enfermedades mentales, serían para usted sumamente enojosas; estoy segura. Pero es el caso que yo estoy ahora en una situación económica apurada. Necesito dinero. Quiero volver a Denver, de donde vine. ¿Cómo puedo conseguir algún dinero?

—¿Cuánto necesita usted? —preguntó él apresuradamente.

—Necesito… mil dólares.

Él meditó un momento.

—Esto se parece mucho a un chantaje, y es arriesgado, créame. Quiero ayudarla, Anne, en recuerdo de aquellos días que estuvimos juntos al otro lado de los mares; pero no estoy dispuesto a ser víctima de un chantaje. Además, tampoco

tengo aquí los mil dólares.

—¿Cuánto tiene usted? —preguntó ella con aire inocente.

Sacó el otro un abultado fajo de billetes y los contó con rapidez:

—Novecientos cuarenta y nueve dólares.

—Bueno; dejemos los cincuenta y un dólares que faltan. Puede usted girármelos cuando yo esté en Denver, de regreso. Bien, señor Middleton: si he de desprenderme de los dos pequeños recuerdos, que es todo lo que conservo de usted, su precio será novecientos cuarenta y nueve dólares al contado.

—Y si yo le doy a usted esos novecientos cuarenta y nueve dólares —dijo él a modo de advertencia—, espero que me firmará una confesión en la que conste que quería usted estafarme y hacerme víctima de un chantaje. Es para ponerme yo a cubierto, ¿sabe usted?

—¿Para ponerse a cubierto? —dijo ella, sorprendida—. Bien sabe Dios, señor Middleton, que una vez que recoja esas dos cartas no me quedará nada que pueda servirme de base para formular una acusación contra usted.

—Tampoco tiene usted ahora nada que pueda servirle para acusarme.

—No, lo reconozco; pero sí, como usted mismo admite, para provocar cierta publicidad —movió la cabeza—. No, querido Jerry, y ésta es la primera vez que le llamo por su nombre de pila; no firmaré ningún papel que diga que he tratado de estafarle. Yo le devolveré a usted esas cartas a cambio de… ese préstamo de novecientos cuarenta y nueve dólares. Y una cosa más en relación con esto —hizo una pausa —. Sí…, una cosa más.

Él quedó pensativo un rato, y luego dijo a la joven:

—Muy bien. Trato hecho. ¿Dónde y cuándo recogeré esas cartas? —hizo una pausa—. ¿Me permite usted que avise a mi amigo Fortescue?

—Con mucho gusto —respondió ella cortésmente.

El otro fue al teléfono, que estaba en el vestíbulo, y llamó a

Juniper 2242. A poco oyó en el auricular la conocida voz del criado de Fortescue, que decía:

—El señor Fortescue ha marchado fuera para asuntos. No está aquí ni en su oficina.

—Bien —colgó y volvió a la biblioteca muy nervioso—. Dígame: ¿cuál es esa otra cosa que quiere usted?

—Muy sencillo, señor Middleton. Su padre de usted dejó, según tengo entendido, muchas propiedades en Chicago: casas alquiladas y vacantes, hoteles, edificios de dos pisos, edificios para oficinas, casas para alquilar, y hasta solares, cercados algunos de éstos por altas vallas de madera. ¿No es verdad?

Él asintió.

—¿Dónde están las llaves de todas las propiedades disponibles?

—Oiga —dijo, receloso—: ¿qué es lo que se propone usted?

—No me propongo nada malo —afirmó ella—. Hago sencillamente una pregunta.

—Pues el departamento de Inmuebles de la Compañía es el que se ocupa de todos los bienes raíces de la herencia de mi padre. Fortescue, como administrador gerente, se limita a inspeccionar su labor de una manera superficial, y sólo interviene en la negociación de las transacciones de mayor importancia. Sin embargo, tiene en su poder, para casos de urgencia, una llave de cada una de las fincas que dejó mi padre. Todas esas llaves tienen su etiqueta correspondiente y están colocadas en un tablero, en una de las habitaciones de su casa. ¿He contestado con esto a su pregunta? ¿Qué se le ocurre a usted ahora?

—Se me ocurre lo siguiente —dijo ella con lentitud y con gran violencia—. El otro favor que quería pedirle es que me permita ver ese tablero, y me deje prestada por un día una de las llaves de algún piso desalquilado o de algún sitio donde poder tener una entrevista particular con…, con un amigo.

Una mirada de repugnancia, casi de asco, cruzó por la cara del hombre.

—¿Es esa la clase de muchacha que es usted? —dijo con desprecio—. Quiere usted un sitio para una cita. Es usted una mala mujer. Nunca pensé…, nunca pensé… —movió la cabeza, confuso.

La única respuesta de la joven fue el rubor que cubrió su rostro hasta los lóbulos de sus orejas, semejantes a caracolas. Pero no se defendió.

—¿No es eso lo que desea? —prosiguió él con aire de triunfo, mirándola a través de sus gafas de color oscuro.

—Lo que yo deseo —dijo ella, mientras su rubor desaparecía para dar paso a una palidez de muerte— es devolverle esas dos cartas y regresar a Denver. Nada más. Pero deseo… —añadió haciendo un esfuerzo— que se me preste una llave por un día.

—Las de su clase —dijo él, mordaz, implacable— suelen reunirse en sitios donde hay pianolas que tocan toda la noche, y donde las mujeres llevan faldas cortas y ceñidas —rió con acritud—. Bueno, desdichada; dejarle una llave es la cosa más fácil que puedo concederle —hizo una reverencia—. ¿Puede decirme la señorita trotacalles cuándo debemos salir?

—Tenga usted caridad —suplicó ella no sin cierta altivez, y con su rostro como la cera—. Puede usted pedir un «taxi» ahora.

Él hizo una reverencia con la ironía más profunda y salió de la habitación. Al volverse para mirarla la vio hundida en la silla, con la barbilla apoyada en la mano, dolorosa, abatida; como si hubiera cometido una grave falta. Al fin, él volvió con su sombrero hongo:

—El «taxi» estará aquí dentro de cinco minutos —dijo con sequedad—. Podemos bajar a esperarle.

Se apartó fríamente para dejarla pasar por la puerta y bajar los peldaños, Y al pie de la escalera permanecieron en silencio unos minutos. En Burton Place, que formaba un ángulo recto con Astor Street, en el costado de una gran casa de seis pisos, a una distancia de unas treinta o cuarenta yardas, unos

pintores estaban levantando un andamio, y en otro andamio inmediato, ya terminado, había dos hombres rellenando de pintura las enormes letras blancas de un anuncio compuesto sobre un fondo negro. Anne señaló al anuncio mientras aguardaban:

—Veo que la Compañía de su padre va a dar de color ese anuncio.

—Sí —dijo el otro con una frialdad que, luego, se desvaneció con la vehemencia de sus siguientes observaciones—: Destinó nada menos que cien mil dólares para esa estúpida publicidad que encomendó a una empresa de anuncios en colores, dirigida por un imbécil que se hizo amigo suyo en su juventud. Y no sólo eso; también pagó diez mil dólares a una casa de inspección comercial, encargada de cuidar de que este trabajo se hiciera de acuerdo con sus alocadas instrucciones. Creo que no estaba bien de la cabeza, y lo mismo opina Fortescue, a juzgar por sus extraños métodos de publicidad. Tengo entendido que llegó hasta comprar esa casa de varios pisos, porque el dueño no le quiso alquilar la fachada lateral sin huecos para poner su absurdo anuncio. Por todas partes que uno vaya encuentra ese anuncio delante de los ojos. Y resulta ya enojoso.

—¿Ha tomado usted alguna vez el Lotsapep? —preguntó la joven.

—Nunca.

—¡Qué vergüenza! —exclamó ella—. Ahora ya tengo algo contra usted. ¡No haber probado el específico de su padre!, «hijo del estudio de sanos productos herbáceos».

—Eso es lo malo —dijo él con aspereza—, que no tiene bastante alcohol para echar un trago. —Un «taxi» amarillo que pasaba viró de repente y se detuvo junto al encintado de la acera. La voz del joven volvió a adquirir un tono agrio—. Ya está aquí el coche. ¿A dónde quiere usted ir primero? Supongo que a casa de Fortescue, donde está el tablero de las llaves, ¿no es así?

—Sí, al tablero de las llaves, primero —dijo ella tranquilamente.

—A Eastwood Arms —ordenó el otro al «chauffeur»—. Eastwood y Sheridan Road.

Subieron los dos al «taxi», y durante todo el recorrido guardaron silencio, salvo una manifestación que hizo el hombre al entrar en Rogers Park:

—No sé si debería desentenderme de todo esto —refunfuñó—. En realidad, yo debía echarla a usted de este coche y no preocuparme más de esa idiotez.

—Pero usted no hará semejante cosa…, señor Middleton —dijo ella con inquietud—. Acuérdese de esas cartas. Y acuérdese también de que esta misma noche, según espero, saldré de su Estado para siempre. Y después, ¿qué? ¿No va usted a decir al menos que sentirá mi marcha?

—Yo —dijo él, desdeñoso— podría perdonarla su chantaje; pero lo que no puedo perdonarla es que haya pretendido durante todo el tiempo pasar por una muchacha inocente. Me alegro que se marche. Hay muchas de su clase en Madison Street todas las noches.

Ante esta arremetida, Anne guardó un silencio lleno de dignidad. Poco después el coche se detenía en Eastwood Arms. Subieron la escalera sin hablar palabra, y el criado de Fortescue abrió la puerta.

—Hola, Biggs —dijo el joven—; soy yo y una amiga mía. Necesito entrar en el despacho de Fortescue, donde están las llaves, ¿sabes?

—Pase, señor, está usted en su casa. El señor Fortescue me tiene ordenado que le deje pasar cuando usted quiera.

Les condujo a aquella habitación —despacho y oficina a un tiempo—, raras veces utilizada, en la que, fijo en la pared, había un gran tablero de madera barnizada, que el criado señaló con la mano. Había en él trescientas llaves, por lo menos: llaves brillantes, llaves mates, llaves largas, llaves finas, llaves Yale, ganzúas y hasta llaves de candados,

ordenadamente colgadas todas ellas de ganchos de latón atornillados, y provista cada una de su etiqueta escrita a mano. En la primera etiqueta se leían claramente estas palabras: «Addison Street, número 1522 (Quinta)»; en la inmediata, a la derecha: «Airdrie, número 906 (Casa de campo)», y la última llave, la más distante, colgada al extremo derecho de la fila más baja, decía: «Yates Avenue, número 8610 (piso tercero)». Era evidente que en la colocación se seguía un orden alfabético.

—Bueno, véalas y vámonos —dijo él con fastidio—. Esto completa la primera parte de nuestro pacto. Coja la que más le convenga para verse con su amigo; pero tenga cuidado de elegir una que diga «vacante», pues de lo contrario podría usted verse en un aprieto.

La expresión de su cara era trágica; parecía la de una persona que quisiera llorar, que hubiera sufrido mucho en silencio.

—Entonces…, entonces, si me permite que yo elija sola —dijo ella con timidez.

—Sí, ¿por qué no? —hizo una profunda reverencia y salió al vestíbulo, donde permaneció vuelto de espaldas a la puerta y guardando un silencio lleno de dignidad.

En cuanto a Anne, dirigió una mirada a la puerta, y al convencerse de que estaba completamente sola recorrió apresuradamente con la vista los cientos de llaves hasta dar con las que empezaban con la letra «L», y de éstas descolgó una que decía: «Lake Park Avenue, número 4220 (Solar vacante; portillo)». Después de cerciorarse de que no había ninguna otra llave que llevara el nombre de esa calle en su etiqueta, separó aquélla de su rótulo tirando de la cuerda, y guardó rápidamente en el pecho su pequeña presa de metal. Una rápida ojeada a la puerta le permitió ver que su acompañante seguía en el vestíbulo en su misma actitud de altivez. Anne separó del tablero una llave de la misma forma que la que acababa de coger, la arrancó la etiqueta, que arrojó

al suelo hecho un burujo, y la sujetó a la que decía «Lake Park Avenue» y había estado atada a la llave que ahora guardaba en su seno. Luego, con una pequeña sonrisa, la colgó en el hueco que ocupaba la otra, y un segundo después se unió a su compañero de la mañana.

—Y ahora —le dijo— podemos ir a la caja de seguridad. Es en el Banco del Estado de Chicago.

Media hora después estaban en la planta baja del Banco, en la esquina de Monroe y La Salle. Bajaron juntos al departamento de cajas de alquiler, y una vez que Anne hubo justificado su personalidad entraron los dos. Abrió ella la caja con la llave que le habían entregado en la ventanilla, e invitó a su acompañante a entrar en una de las cabinas cubiertas con cortinas, instaladas allí, para que los clientes examinaran sus valores. Él entró rápidamente.

—Ahora —le dijo la joven en voz baja—, aquí está mi parte de nuestra transacción. Le aconsejo que no intente acudir a procedimientos de violencia, pues hay un guarda a la puerta, a veinte pasos de nosotros, y ya comprenderá que usted no podría salir de aquí, a menos que yo se lo permita.

Con gesto adusto examinó él las dos cartas que había en la caja. Una de ellas carecía de sello y llevaba la dirección del señor Digby Middleton, Astor Street, número 1299, Chicago, Illinois, Estados Unidos de América; la otra la reconoció muy bien, pues era la que pocos días antes había salido de su pluma lasciva. Los dos sobres estaban abiertos, y él examinó con gran cuidado el contenido de cada uno. Luego sacó del bolsillo el pletórico fajo de billetes que llevaba y se lo entregó a la muchacha.

—Ha disminuido algo a causa del «taxi» —dijo—. Sólo hay ahora novecientos cuarenta y tres dólares.

—No hay más que hablar —dijo ella con alegría, y cogiendo el fajo lo metió en su bolso de terciopelo—. Todos los gastos corren de mi cuenta. Ahora le dejaré en su casa, Jerome.

—Señor Middleton, haga el favor —corrigió el otro con severidad.

Después de colocar la caja vacía en su sitio, Anne le condujo fuera de la brillante puerta enrejada que marcaba la barrera divisoria entre el departamento de las cajas de alquiler y el pasillo. Pero una vez que subieron al primer piso, ella se volvió con desconcertante rapidez a una ventanilla enrejada, que ostentaba el rótulo de «Imposiciones», y él oyó decir a Anne estas nueve palabras que ponían término a ciertos planes que estaban cristalizando con rapidez en el cerebro del joven:

—Haga el favor de abonar esto a mi cuenta —fueron las nueve palabras. Cuando se reunió con él, un momento después, agitaba en la mano una pequeña tira de papel—. ¡Es maravilloso cómo crece el dinero! —exclamó—. Abrí esta mañana mi cuenta de ahorros con un dólar al ir a su casa y ya ha subido a novecientos un dólares. ¡Es una cosa magnífica el interés!

—Sí —respondió él. El interés por las cosas de los demás. Al llegar a una parada de «taxis» que había en la misma acera del Banco, él se volvió a Anne—. Creo —dijo— que usted debe seguir su camino y yo el mío. Le agradecería que me prestase, si los tiene, cinco dólares para mi «taxi». Tengo que ir primero a casa de Fortescue para dar un recado al criado, y usted… me ha dejado sin blanca.

Ella le alargó con cierto embarazo un billete de cinco dólares en plena calle, y él, al cogerlo tan al descubierto, se dio cuenta en lo más profundo de su ser de que con esta petición irrechazable había acumulado sobre ella una última indignidad pública, pues más de un transeúnte se quedó mirando a aquella linda muchacha que, al parecer, se veía obligada a dar dinero a su acompañante. La vio por última vez cuando su «taxi» daba vuelta a la esquina de Monroe Street. La joven seguía parada, indecisa, delante del edificio del Banco.

La cara del hombre acusaba una profunda expresión de disgusto, mientras el coche corría en dirección a la casa de Fortescue, y al meter la mano en el bolsillo del pecho se hizo esta observación significativa:

—El hombre que dijo que todas las cartas debieran arrojarse a la chimenea tenía razón. En lo sucesivo… —no dijo más; pero al sacar el contenido del bolsillo se puso a separarlo durante el trayecto—. Algunas de estas cartas van a ir al fuego en cuanto me baje de este coche; de eso no hay duda.

Eligió el bolsillo izquierdo de la americana como receptáculo de lo que iba a ser pasto de las llamas, y en él metió inmediatamente la carta que acababa de rescatar: aquella que nunca había estado en el interior de un buzón. Hizo lo propio con la que él mismo había escrito y echado al correo. Luego, sus dedos exploraron un sobre, del cual sacó varias hojas de papel escritas a máquina, a un espacio, y en la última de las cuales se leía la firma de Fortescue, puesta también a máquina Empezó a leer por la segunda página, y su contenido, ahora ya viejo de muchos años, pareció intrigarle. La carta, desde la segunda hoja en adelante, decía así:

> «… te escribo estas cosas porque he sido llamado inesperadamente fuera de la ciudad por unos días. Estoy convencido, a medida que pienso en todo este plan, de que lo necesario para asegurar su completo éxito es lo siguiente: Yo tenía un tío que murió en Birkdale, como te dije, y conozco algo de la locura y de sus fenómenos y síntomas. Para poder considerarlo de una manera concluyente como paranoico es preciso hacerle víctima de una especie de alucinación de grandeza, o persecutoria, que le parezca absolutamente real. Pero si no puedo hacerle víctima de una alucinación, puedo hacerle víctima facilísimamente

de una ilusión. Yo fui de joven, durante muchos años, ayudante de escenario del gran Dommer, un mago de Chicago que hacía exhibiciones de alto rango en casinos y en casas particulares; así es que puedes suponerte que sé todo lo que hay que saber en cuestiones de ilusionismo.

Mi idea es situarle en alguna casa vieja cuya parte trasera sea oscura y lúgubre. A este fin, he pensado en un caserón situado en Kinzie Street, perteneciente a la hacienda de su padre, que está rodeado de muros de ladrillos. Nos proporcionaremos tres láminas de cristal cilindrado, de un tamaño algo mayor que una ventana corriente. Colgaremos una lámina por fuera en la ventana del cuarto trasero, que es donde se cambiará de ropa, y otra en la ventana de encima, formando algo así como marquesinas o doseles de cristal. El borde superior interno de cada lámina estará sujeto a unos listones clavados en los maderos de la casa, y el borde bajo exterior estará sujeto en cada caso por un dispositivo formado por una cuerda y un gancho, suspendido a su vez desde arriba por un tirante que sostenga el peso y mantenga la lámina de cristal en un ángulo de cuarenta y cinco grados con la casa. La tercera lámina de cristal cilindrado la fijaremos con listones, y en posición vertical, en el muro de ladrillo de enfrente de su ventana. Completaremos nuestro mecanismo escénico con una hilera de pequeñas luces de automóvil, provista cada una de ellas de un reflector, fijadas en el interior de la ventana de arriba, y conectadas con un par de baterías por medio de un conmutador.

Y digo yo: ¿qué ocurrirá si, por ejemplo, me pongo de pie en una silla en el cuarto contiguo al

que ha de utilizar para cambiarse de ropa, con una llave inglesa puesta en el interruptor del viejo contador del gas, que, según recuerdo, está en el cuarto que da a la calle, y corto el fluido tan pronto como vea por un agujero que se ha mudado de ropa? El amortiguamiento de la luz que salga de su ventana te servirá de señal para que des luz arriba, y entonces representarás un pequeño drama que he pensado, y que, referido por él después que lo detengan en la iglesia, como lo será seguramente, significará su ingreso en la Estación Psicopática de Detención. Porque él presenciará ese drama tan pronto como se apague su luz y se encienda la tuya. Quedará sorprendido a la vista de una ventana brillantemente alumbrada, al parecer, situada enfrente de la suya, a una distancia de unos quince pies; y lo que vea allí será en realidad lo que tú hagas arriba, que se reflejará horizontalmente en la superficie interior de la lámina de cristal que cuelgue de tu ventana, y de allí, verticalmente —según, las leyes de la reflexión aplicables a las superficies de planos que forman un ángulo de cuarenta y cinco grados—, a la superficie superior del dosel de cristal de su ventana, y de ésta, a su vez, horizontalmente también, a la lámina vertical fijada en el muro de enfrente, donde se reflejará una imagen brillante y animada, que producirá una ilusión perfecta, como si aquélla estuviera a una distancia de él igual al recorrido de los rayos de luz. Para evitar que pueda asomarse a la ventana y descubrir el engaño al tropezar con la cabeza o con la mano en la invisible lámina de cristal cilindrado colocada encima, le clavaremos bien la ventana.

Ahora, si te parece, busca en algún sitio,

mientras yo estoy fuera, un dominó negro, una barba blanca, una peluca con calva, una bola de madera de las que se usan en el juego de bolos y un bote de pintura negra. Con esto ya no necesitaremos más que la esquina de una mesa serrada, una silla y algunos carteles. Cuando vuelva, ya te explicaré todo mejor.

Tan pronto como él salga de allí, recogeremos las láminas de cristal, quitaremos los listones, romperemos los cristales con un martillo y echaremos los pedazos a un antiguo respiradero que hay en esa casa de Kinzie Street, y luego arrojaremos encima un barril de serrín. Las demás cosas, junto con la ropa que se quite, las meteremos en una maleta y nos iremos por la salida para caso de incendio del almacén contiguo, subiendo hasta el tejado, para bajar al callejón que da a Illinois Street.

Más de una vez he pensado en que hay una pequeña posibilidad de que, después de enviado al manicomio, consiga plantear la cuestión de las firmas. Tendré, pues, que hacer gratis uno de mis juegos de manos, en forma que me firme un recibo de aquellas gafas. Este recibo lo meteré en un sobre, que lacraré delante de él y colocaré en un libro; pero al volverme de espaldas sacaré otro sobre, que contendrá el recibo que tú habrás firmado con anterioridad. De este modo, si reclama esa firma, no conseguirá nada.

Intentaremos apoderarnos de esas gafas por buenas o por malas; pero, por si fracasamos, tenemos que preparar otra artimaña, que puede ser buscar a algún golfante de esos que circulan por West Madison Street para que compren en la Inter-Continental New Photo una copia de la fotografía

de las gafas que se hizo para los periódicos, a fin de mandar hacer otro par igual. Después de esto le enviaré a Honolulú como representante de los Productos Middleton. El negocio puede cubrir el gasto. Buena idea, ¿no te parece? Yo creo…».

Al llegar a esta parte de la carta, el hombre que iba en el «taxi» dejó de leer y la puso con las otras cartas que destinaba al fuego. Luego, se recostó y se puso a pensar.

Cuando llegó a casa de Fortescue por segunda vez aquella mañana, cuidando antes de hacer un minucioso examen del coche para cerciorarse de que no se dejaba ningún pedazo de papel, encontró al criado en el vestíbulo, ocupado en quitar el polvo con un aspirador. Entró en el despacho donde había dejado últimamente sola a la muchacha y buscó con afán el claro que había quedado en la hilera de llaves. Vio la arrugada etiqueta en el suelo, y al cogerla, leyó: «Waverly Court, número 49 (Casa de campo)», y esta nota, añadida con tinta encargada: «El inquilino sólo está en casa la primera semana de cada mes».

—¡Valiente pícara! —comentó cuerdamente—. Ha elegido un sitio amueblado. La creo muy capaz de hacerlo pasar como suyo —permaneció un instante absorto en un pensamiento de admiración, y luego dijo en voz baja—: Apostaría una guinea contra tres peniques a que se va a dedicar a la caza de incautos. Bien; yo… —hizo un gesto de desesperanza, y frunciendo el ceño añadió—: Creo que no le ocurrirá nada a Fortescue por esto —quedó pensativo durante unos segundos —. Bueno —se encogió filosóficamente de hombros, se dirigió a la chimenea, prendió fuego a las tres cartas que había metido en el bolsillo de la americana, incluso los sobres, y aplastó las negras e ilegibles cenizas contra la rejilla.

Una vez convertidas en polvo negro, se levantó lanzando un suspiro y fue a ver al refunfuñador Biggs, que seguía limpiando con el aspirador.

—Oiga, Biggs —preguntó—: ¿no tiene usted idea de dónde pueda estar Fortescue? Tengo que hablar con él de algunos asuntos muy urgentes. Si no sabe usted dónde está, ¿sabe, al menos, cuándo volverá?

El criado se puso a pensar, con el mango del aspirador en la mano.

—¿Dice usted que es un asunto muy importante para lo que desea verle, señor? —preguntó.

—Sí lo es —respondió el joven—. Importantísimo.

—Entonces, señor, creo que puedo darle un indicio. Al señor Fortescue puede encontrársele llamándole al teléfono número 228 de Kenburyport. Pero hay que preguntar por el señor George Barker. Es cuanto puedo decirle, señor —y añadió—: ¡Ah!, es Kenburyport, de Indiana.

—¿Kenburyport, de Indiana? ¿Y el número es el 228? ¿Qué habrá en el fondo de todo esto? Pues voy a llamar, por si puedo averiguar algo, porque necesito ver a Fortescue sin demora —fue al teléfono y pidió que le pusieran con el Servicio de Información. Cuando tuvo la comunicación, preguntó a la señorita—: Haga el favor de llamar a Kenburyport, Indiana, y preguntar a la empleada de allí a quién pertenece el teléfono local número 228. Llámeme aquí cuando se entere y cargue el importe a la cuenta de este aparato.

Se sentó en la sillita que había junto al teléfono y aguardó hasta que le avisaron. Las palabras metálicas de la empleada fueron:

—Kenburyport, Indiana, número 228, es el teléfono de la señora Herman Rothappel, de Harky Street, número 216.

—Gracias —dijo él por cumplir, y colgó.

Siguió sentado largo rato en la sillita, meditando. Tenía el rostro alterado. Dos veces estuvo a punto de pedir conferencia; pero las dos movió la cabeza enérgicamente al observar al curioso Biggs, que no dejaba de dar vueltas por el vestíbulo. Y entonces se le representaron en la mente viejas

fisgonas que junto al teléfono aplicaban los auriculares a sus oídos curiosos. Por último, cogió una guía de ferrocarriles que colgaba junto al aparato, la hojeó un momento, volvió a colgarla y se puso en pie. Se despidió de Biggs con un movimiento de cabeza, bajó a la calle y tomó de nuevo un «taxi».

—Quiero ir —dijo al «chauffeur»— a la estación del ferrocarril eléctrico de Chicago-Este; pero antes iremos a mi casa, al 1299 de Astor Street —el cielo se había encapotado durante los últimos minutos, y gotas de lluvia empezaban ya a azotar las ventanillas del coche—. Necesito coger un impermeable y dinero para pagarle —y se dejó caer pesadamente sobre los almohadones del auto.

Quince minutos después entraba de nuevo en su casa. Se puso una gabardina, y después de dirigir desde la ventana una mirada a la lluvia que caía, cambió su sombrero hongo por otro impermeable, y del bolsillo de unos pantalones que estaban colgados en un armario sacó un puñado de dinero: un billete de diez dólares, otro de dos y plata suelta. Luego salió y subió al «taxi» que le estaba esperando. Era cerca de mediodía. Llegó rápidamente a la estación; pero tuvo que esperar media hora a que saliera un tren. Al fin, se vio sentado en un departamento, marchando velozmente hacia el norte por las arenosas llanuras de la región de las dunas del lago Michigán. Hora y media después se apeaba en la pequeña ciudad de Kenburyport. El cielo continuaba cubierto, seguía cayendo una lluvia menuda y se alegró de haber cogido la gabardina y el sombrero impermeable. Se quitó las gafas de plomo, que guardó en el bolsillo, y se restregó los ojos con satisfacción y alivio.

—Gracias a Dios —se dijo con alegría— estoy fuera de Chicago, y aun de Illinois, y puedo descansar de ellas un rato. Realmente, le hacen a uno ver el mundo con lúgubres colores, y, además, pesan de verdad.

En la calle principal de la ciudad, un hombre de edad, que

estaba ahuyentando con el bastón a un perro ladrador, le encaminó a Harky Street, que conducía a la colina. No tardó en entrar en el nuevo edificio de dos pisos cuyo número era el que le había dado la telefonista de Chicago. Parecía una casa de huéspedes para obreros, o una especie de posada; por lo menos, tenía una larga y ancha galería, que corría sobre cuadrados pilares de pino, pintados de verde, y no era difícil imaginarse en ella una larga hilera de sillas en las calurosas noches de verano. Pero en aquel momento todo estaba desierto.

Al llamar salió a abrirle una mujer extraordinariamente gruesa, de indudable origen teutónico.

—Vengo buscando —dijo cautamente el joven— a un hombre que dio en Chicago este número como el sitio en donde podría encontrársele.

—¿Cómo se llama ese hombre? —preguntó ella con calma.

—Creo que se llama Barker. El señor George Barker. Es hombre de unos cuarenta años, muy bien vestido, de pelo negro como el azabache, peinado con raya en medio.

—¡Ah, sí; sí, señor! Es el nuevo huésped que vino a buscar habitación esta mañana. Es un organizador de empresas. Si quiere usted subir por esa escalera —y le indicó un amplio tramo que había detrás de él— y llama en el otro piso en la tercera puerta de la derecha, lo encontrará usted. Puede que esté durmiendo —le siguió resoplando, mientras él se dirigía a la escalera—. Me perdonará si no subo con usted, ¿verdad? ¡Estoy tan gruesa! Dará en seguida con la habitación. Es el número «6»; ya lo verá usted en la puerta.

—Muy bien, si —respondió él. Y empezó a subir, mientras ella desaparecía abajo.

En lo alto del techo había una claraboya, y a su luz miró en derredor al acercarse al final de la escalera. Sólo se veía un largo pasillo, con puertas a derecha e izquierda. Una mirada fugaz, mientras llegaba al término de su ascensión, le reveló que las puertas tenían números, y al poner pie en el

descansillo vio, con sorpresa, abrirse la tercera puerta a la derecha y salir de ella a Fortescue en persona, con una extraña expresión en su rostro y con la mano derecha dentro del bolsillo de la americana.

El joven siguió avanzando en silencio para decir rápidamente al otro al oído lo que le llevaba allí; pero, después de andar tres pasos, se detuvo de pronto, pues con gran asombro suyo vio a Fortescue sacar la mano del bolsillo y apuntarle con una pistola de acero azul.

—¿Por qué…? —empezó a decir.

Pero no pudo articular ni una palabra más, pues de la pistola surgió una llama amarilla rojiza, y él oyó el estallido de un ruido terrible y sintió como si un dardo al rojo blanco le hubiera atravesado el cuello. Sintió que se hundía, y vio que el suelo se elevaba, se balanceaba y se ladeaba, como si saliera a su encuentro. Extendió los brazos y trató de balbucir algo:

—Fo…, Fo…, For… —fue todo lo que pudo pronunciar, pues alguna cosa persistía en subírsele a la garganta y en ahogarle. Vio de nuevo la llama amarilla rojiza; nuevamente sintió aquel reguero de calor, esta vez en el pecho, y al instante se dio cuenta de que estaba tendido de espaldas, de que una nube parecía extenderse sobre sus ojos, de que podía distinguir las líneas borrosas de la figura de su amigo, y, aunque parezca extraño, sabía que todos aquellos chorros de llama que salían del negro artefacto, semejante a un canuto que el otro tenía en su mano, iban dirigidos contra él.

Si aquella nube no persistiera en oscurecer su visión; si sus oídos no zumbaran tan fuerte; si hubiese conservado el pleno conocimiento de lo que pasaba a su alrededor, habría contado hasta cinco claros disparos que se habían sucedido con rapidez. Y si hubiese estado allí como espectador, en lugar de yacer como actor de este rápido e intenso drama, habría visto también a Fortescue arrodillarse con una risa ahogada de satisfacción, echar hacia atrás el sombrero impermeable del

hombre que tenía a sus pies y, luego, mirar horrorizado a aquellos ojos que ya empezaban a vidriarse. Y habría podido oír la exclamación de terror de Fortescue, que aún conservaba en su mano la humeante pistola:

—¡Dios mío! ¡He…, he matado al otro! ¡Maldita fatalidad! ¡Ya no tiene remedio!

Y habría visto también a Fortescue mirar desatinado en torno suyo: al pasillo, detrás de él, a la escalera que tenía delante, y habría oído el abrir de puertas abajo, gritos de mujeres, voces en la calle y el ruido de pisadas que avanzaban locamente hacia el pie de la escalera.

Pero lo cierto es que no oyó ni vio nada de esto, sino que tampoco supo nada de ello. Porque al atravesarle el cuerpo aquel cuarto dardo de blanquecina llamarada estaba inmutablemente decretado que él jamás supiera lo que había ocurrido en Harky Street.

XXIX. Vestido de lona

Si la sala
A-1
del manicomio de Birkdale había sido el país de la fantasía, la sala X del mismo establecimiento era, en realidad, Bedlam, la antigua casa de orates inglesa del siglo XVIII, resucitada, como iba a saberlo Jerry Middleton a última hora de la tarde del viernes 31 de octubre.

Hasta las doce de este día había tenido el placer de permanecer en la ciudad de Collinsville, encerrado en el calabozo: una inmunda cueva de la casa almacén del alguacil, de suelo húmedo y sucio, con un solo ventanuco al nivel de la acera de arriba, reforzado con barras lo bastante resistentes para contener a una fiera de la selva, y desde la cual multitud de curiosos, llenos de miedo, le estuvieron contemplando toda la mañana con inaudito descaro. Cuando suponía que sería la una —pues sólo por suposiciones podía calcular la hora, ya que no le habían dado ni café ni otro alimento que le indicase que era mediodía— el alguacil y dos toscos hombres del lugar le cargaron sin contemplaciones en un automóvil que esperaba a la puerta. Llevaba cada muñeca sujeta por un grillete herrumbroso a la del hombre que tenía a cada lado, y el coche, conducido por el alguacil, que iba en el asiento de delante, fue despedido por el populacho de la población, entre el cual figuraban muchachas de rojas mejillas, matronas con delantales viejos, masticando tabaco, y patanes de los alrededores y del campo; todo ello acompañado de un cierre general de establecimientos. Así volvió esta vez al manicomio,

a campo traviesa, en lugar de ir en ferrocarril.

Al llegar a la institución, de la cual se había fugado la noche anterior, poco antes de las doce, no le llevaron a la sala que había abandonado, sino que, después de aguardar unos momentos con sus aprehensores en el despacho del director, mientras se llenaban ciertas formalidades, fue identificado por sus dos antiguos vigilantes, y conducido luego, aún maniatado, por la verde pradera, a un edificio aislado de piedra gris, en el cual se leía este ominoso letrero de madera: «Sala X. No se permiten visitas».

Si al menos su mensaje hubiese llegado a quien iba dirigido, se repetía tristemente una y otra vez. Y si era así, ¿qué ocurriría? Como quien es víctima de un mal sueño, de una horrible pesadilla, miró el cuadro que se ofrecía a sus ojos cuando se cerró con estrépito tras él la enorme puerta de la sala X y le cogieron de mala manera dos vigilantes hercúleos.

Se hallaba ahora en un sitio del cual nada podría sacarle; veía claramente que nunca se le presentaría la menor oportunidad de salir de allí. Con el corazón entristecido se dio cuenta de que éste tendría que ser su hogar, tal vez durante varios años.

Su primera ojeada a la sala X para criminales le trajo un recuerdo vivo de aquella pocilga humana de Chicago, dignificada con el nombre de Estación Psicopática de Detención, que había sido su primera residencia en esta cadena de desdichas. Aquí, como allí, no se veían mecedoras, ni mesas, ni revistas, ni ninguna de las pequeñas comodidades que caracterizaban aquel Elíseo que era la sala A-1, tal como se aparecía ahora a sus ojos. En lugar de todo aquello, aquí no había más que una serie de fuertes bancos atornillados al suelo por resistentes hierros angulares. Las ventanas no sólo tenían barras de hierro por fuera, sino fuertes enrejados por la parte de dentro. Aquí, ningún criminal desesperado y sano de espíritu, pero culpable de un

delito, y encerrado en esta sala por la presión política, podría llevar a cabo una fuga como la que él realizó en su anterior prisión. A lo largo de una de las paredes había una serie de sillones fuertes, de severo aspecto, atornillados también al suelo, con amplios y gruesos brazos planos, y, sentados y atados en ellos, varios recalcitrantes gruñían y maldecían al vacío.

A un lado, un pequeño comedor con puerta de fuerte enrejado, cerrada con candado, mostraba una ancha mesa con un banco largo a cada lado, y, como en la Estación Psicopática de Detención, los dos bancos estaban bien sujetos al suelo. Frente a este comedor había una larga serie de dormitorios individuales, con rejas de hierro en cada puerta y fuertes cerraduras por fuera. Un sillón de barbero, colocado en una pequeña habitación sin ventana, con su felpa encarnada ya raída por el uso, era lo único que allí tenía color o calor. Los vigilantes parecían estar en todas partes —corpulentos, ásperos; hombres rudos de anchas espaldas, que hubieran podido ganarse la vida como atletas, acróbatas o púgiles—, y se les veía ir de aquí para allá, embutidos en sus blancas chaquetas, muy almidonadas, o pararse en los rincones, siempre alerta.

¡Y los enfermos! Aquí no había prendas de confección carcelaria, ni camisas, ni cuellos, ni ropas enviadas por los parientes de fuera, sino que cada uno iba vestido con un traje de lona de una sola pieza, atado en un punto que no podía alcanzar con sus manos. Parecían un grupo de pequeños gargantúas sueltos en una habitación de recreo infantil; mejor dicho, una pandilla de extrañas figuras marcianas. Tenían las cabezas peladas al rape, con lo cual ningún recluso combativo y vengador podía asir el menor mechón de pelo. Tampoco se veían zapatos fuertes, con los cuales cualquiera de aquellas extrañas figuras pudiera derribar a un hermano o vencer a un vigilante. Lo único que llevaban los hombres en los pies era un par de calcetines holgados, hechos en presidio, y un par de

zapatillas de blanco fieltro.

Por todas partes se oían odiosos ruidos: estruendos, maldiciones, riñas, gritos, silbidos. En el mismo momento de entrar, Middleton vio dos grupos, de tres vigilantes cada uno, que se esforzaban en poner término a dos violentas luchas que habían estallado al mismo tiempo en dos rincones opuestos de la gran pocilga humana. Salían alaridos de un lado y maldiciones del otro, y cuando le llevaban al despacho del jefe de los vigilantes vio a los cabecillas dando puntapiés, arañando y aullando, al ver que los ataban con fuertes correas a unos sillones convenientemente espaciados. Si podía decirse que había pasado el tiempo de las camisas de fuerza, el de las correas de cuero y trono de represión, perduraba todavía aquí.

Le quitaron las ropas, aunque él inició un leve intento de rebeldía contra la orden que tal cosa había dispuesto. Sujeto fuertemente por las manos de cuatro vigilantes, le despojaron de sus zapatos, pantalones, chaqueta, camisa y, finalmente, de su ropa interior. De ésta, en lugar de un traje entero con botones que se pudieran arrancar para tragárselos, le dieron un par de calzoncillos y una camiseta de algodón, sin corchetes ni botones, pero con unas cuantas cintas para sujetar ambas prendas. Luego le metieron en el traje de lona, que un vigilante le ató por detrás. Desde un armario le arrojaron unas zapatillas de fieltro, y entonces se encontró suelto, miembro, al fin y al cabo, de esa extraña y abigarrada cuadrilla, libre de ir y venir dentro de los confines de cuatro paredes que le rodeaban; pero siempre bajo la mirada de atentos vigilantes, que, con sus chaquetas blancas, nunca apartaban su atención de esta peligrosa chusma que tenían a su alrededor.

Aquí no había corrillos de seres sociables como los que formaban aquella gran familia de la sala
A-1.
Allí, la locura revestía las formas más sutiles y refinadas; mientras que aquí se veía por todas partes el resplandor de la

locura en la mayoría de los ojos. No sabiendo qué hacer, se sentó, y entonces, un enorme individuo que estaba sentado al otro extremo de la habitación le enseñó con ira sus amarillos dientes de demonio y, de repente, se puso en pie de un salto y se lanzó como un rayo a través del espacio que los separaba. Tan rápido fue aquel lanzamiento de huesos, músculos y nervios, que ni siquiera le dio tiempo a levantarse, y a no ser por un vigilante que, como una pantera, detuvo aquel torrente de fuerza bruta, lanzándose a su paso, Middleton hubiera tenido que defenderse sólo con sus puños contra un Sansón de doscientas libras.

Había un vigilante en el cual se fijó especialmente su atención, mientras, sentado tristemente en un rincón, se puso a pensar, a esperar, a hacer cábalas, sin esperanza, acerca de cuál sería el resultado de todos los locos acontecimientos de las últimas diecisiete horas. Era un individuo corpulento, bajo cuya piel se traslucía el color negro azulado de la barba, que parecía novicio en el cargo. Se apoyaba con torpeza, ya en un pie, ya en el otro; pero sin que sus ojos perdieran nunca de vista a los allí reunidos.

Jerry Middleton le estuvo mirando durante largo rato, y, de pronto, se acercó a él.

—Oiga —dijo con humildad—: ¿no nos hemos visto ya antes de ahora usted y yo?

El vigilante le miró sin pestañear, con sus ojos negros, fríos.

—¿Yo? ¿Usted y yo? No creo que le haya visto nunca. Son ilusiones de usted.

Pero, de repente, Middleton tuvo un recuerdo, erróneo o verdadero, según el caso.

—Oiga: usted es aquel que fue a llevarme una carta a la Estación de Detención de Chicago. Entonces llevaba barba, ¿verdad? Usted…

Un vigilante que pasaba por allí tocó en el hombro al individuo de la chaqueta blanca:

—No haga usted caso a estos pájaros, Vianello. Todos ellos creen que han estado en todas partes y que han visto a todo el mundo. Aténgase estrictamente a su misión y no discuta con ninguno. Nunca irá usted a ningún sitio con ellos.

El hombre a quien Middleton había dirigido su pregunta dijo:

—Yo creo que sería mejor que se ocupara usted de sus cosas, amigo. Ni yo le conozco a usted, ni usted a mí. Y si no anda listo le atarán a uno de esos sillones. Con que quítese de aquí pronto o me encargaré yo de atarle. ¡Truhán!

Middleton miró al otro a los ojos, que eran, además de la parte superior del rostro del hombre, lo único que podía recordar. Pero después del aviso del otro se volvió tristemente a su asiento.

Llegó la hora de la cena, anunciada por un fuerte golpe de «gong» que exaltó a esta manada de criaturas, parecidas a bestias, vestidas de lona, y todos se lanzaron en tropel al comedor. No era éste una habitación acogedora, llena de mesitas a las que se sentaran al menos los hombres como caballeros, cuatro a cada mesa. Lejos de esto, apenas se abrieron las puertas, los hombres corrieron desenfrenados a ocupar los dos espacios que había entre la larga mesa y los rígidos bancos de los dos lados, empujando a los ya sentados para formar de este modo una hilera continua hasta la pared. Casi antes de que se llenara la mesa se produjo un terrible estruendo de cucharas de palo que golpeaban los platos de hojalata; un estrépito como el de una fábrica de calderas. Se oían gritos y chillidos, como de animales, en una docena de lenguas, y el ruido continuó hasta que se acomodó a los reclusos rezagados, como si fueran vacas, en los espacios vacíos de los extremos delanteros de los bancos. El ruido no cesó por completo hasta que los platos de hojalata estuvieron llenos de comida, servida en enormes calderas y distribuida diestramente por los vigilantes.

Los hombres empezaron a comer ansiosamente con sus

cucharas de madera. Esa noche, la administración había suministrado unas gachas de harina de maíz, y algunos se pusieron a beber en el plato, con lo cual el caldo les chorreaba por la barbilla y el cuello; otros, con menos hambre, se entretenían en arrojarlo a la cara de los que estaban enfrente.

Jerry Middleton contemplaba todo aquello como espectador, como quien vive un sueño; sentado casi a la cabecera de la mesa ocupada por esta pandilla desenfrenada. Vio a una docena de los que estaban al final de la mesa disputar y luchar a brazo partido unos contra otros, y cómo el comedor se transformaba rápidamente en un campo de batalla donde se arrojaban comestibles. Los vigilantes saltaban y buscaban aquí, allí, en todas partes; sujetando a los que intentaban subirse a la mesa; arrancando a otros la comida de que se habían hecho dueños por la fuerza; librando las gargantas de algunos de los dedos que las oprimían; dando más comida a los infelices que habían sido despojados. Nunca había asistido a un banquete más loco, y Jerry Middleton se preguntaba con tristeza cuánto tiempo podría vivir un hombre cuerdo en aquella atmósfera fantástica, cuánto tiempo tardaría él en estar como los demás.

Llegó la noche, y a las siete se efectuó una recogida general de los habitantes de la sala X. Uno a uno fueron sacados del inquieto tropel y metidos casi a puñados en el pequeño dormitorio de cada cual; una por una quedaron cerradas todas las puertas por fuera. Algunos lucharon tan tenazmente, que fueron necesarios los esfuerzos unidos de cinco vigilantes para meterlos en sus habitaciones respectivas. En cuanto a Middleton, no ofreció la menor resistencia para entrar por la puerta enrejada que le abrían, y sin que oyera ni una sola palabra quedó encerrado. Minutos después, la amplia sala estaba limpia de reclusos, los vigilantes se lavaban las manos, y uno por uno fueron saliendo, conforme iban llegando los vigilantes de noche encargados de relevarles.

Middleton se quitó el traje de lona, que ya le había soltado

por la espalda el vigilante que lo encerró, y se tendió en el rígido e inmóvil catre, cuyas ropas estaban vueltas, como invitando al descanso. Se echó boca abajo, con la cara sobre la almohada, que era de una delgadez lamentable, y no intentó conciliar el sueño: sabía que no volvería nunca a dormir. Sin embargo, completamente extenuado por los acontecimientos del día, acabó por dormirse, aunque de vez en cuando se despertaba y veía a los vigilantes mirando a las habitaciones-jaulas una por una, y oía fuera, a través de la espesura de barras y enrejados de hierro, el furioso machaqueo de miles de grillos. Pero se volvía a quedar dormido para soñar cosas fantásticas, que no eran más disparatadas que la vida misma que le rodeaba. Y así llegó, al fin, la luz de la mañana.

El desayuno fue una repetición de la loca rebatiña de la noche anterior, de la cual dos vigilantes salieron esta vez sangrando por las narices. Tampoco pudo comer; pero se sentó con la barbilla apoyada en las manos y los codos sobre la mesa, entre un negro gigantesco que blandía su cuchara de palo como si fuera un revólver con el que apuntaba a todo el mundo, chascando la lengua, y un individuo de cuello de toro, con un ojo vuelto hacia afuera, que decía sin cesar: «Y maté a aquel mamarracho, y maté a su mujer, y disparé contra los cuatro chicos, y dije al juez: Señor juez, yo no estoy más loco que usted; esas personas intentaron quemarme vivo por la noche. Y el juez dijo…». Y siguió con su retahíla.

Acabado el desayuno, no había más que hacer que esperar a que los vigilantes afeitaran a los reclusos, pues parecía que ese día era el del afeitado en la sala X, y parecía también que el nuevo guardián era el designado para hacerlo porque sabía manejar una navaja barbera. Varios vigilantes le daban palmaditas en el hombro por este privilegio, y Middleton pudo ver cómo le ofrecían uno o dos cigarros. Últimamente vio al nuevo vigilante entrar en el cuartito donde estaba el sillón de afeitar y sacar una navaja y el cubilete de la brocha.

Era evidente que el hombre sabía el oficio, pues le vio

suavizar la navaja como un veterano y probar su filo en un pelo.

Pero Jerry Middleton no pudo verle en funciones, porque apenas entraba un recluso y se le ataban las muñecas y los tobillos al sillón, cerraban el cuarto con pestillo por dentro. Y era prudente hacerlo así, pues varias de las figuras vestidas de lona trataban en vano de entrar, golpeando con los puños en la puerta del cuarto-barbería y dando zapatillazos con los pies, sin más resultado que verse amarrados a los sillones para su tormento. Así vio llamar a los reclusos uno a uno, hasta que, después de aquel dechado de barberos hubo afeitado a quince, el jefe de los vigilantes le hizo señas de que pasara.

—A ti te toca ahora, Doe. Entra para que te afeiten.

Entró custodiado por dos vigilantes. Se sentó y le ataron de pies y manos a los brazos y al pie del sillón. Miró a la cara del cruel siciliano, que extendía el jabón sobre su rostro, y, de repente, se convenció, sin que le cupiera ahora la menor duda, de que aquellas facciones las había visto ya antes. ¡Sí! ¡Sí! ¡No podía ser otro! Era el enviado de Fortescue. Y sintió de pronto un escalofrío que le corría por la espina dorsal. ¿Podría ser? Se irguió violentamente, tiró con desesperación, pero en vano, de las correas que le sujetaban al sillón, y su voz se elevó con un grito de terror:

—¡Suéltenme! ¡Suéltenme! —aulló—. ¡Este hombre…, este hombre quiere matarme! —y movió violentamente la cabeza de un lado a otro.

Los dos vigilantes no habían salido todavía del cuarto, y uno de ellos hizo un gesto al otro:

—Siempre hay alguien que los quiere matar —dijo con enfado—. Como éste verá usted muchos —añadió dirigiéndose a su compañero, que parecía novicio en el cargo.

—¡Estate quieto! —gruñó el siciliano por encima de la cabeza de Middleton—. Estate quieto, digo, porque si no…

Pero en este momento, como por arte de magia, apareció en la puerta el jefe de los vigilantes y dio una orden breve,

terminante.

—Lave la cara a este hombre sin acabar de afeitarle. Acabo de recibir un aviso telefónico del edificio principal. Ustedes vístanle con sus ropas y cuídense de proporcionarle una chaqueta mejor que la que trajo. Luego, llévenle al despacho del superintendente.

Middleton saltó con rapidez del sillón al verse libre de sus ligaduras. ¡Sus ropas! Se olvidó de las gotas de sudor frío que le brotaban debajo de la espuma del jabón que aún conservaba en la cara, a medio limpiar con las prisas. Se olvidó hasta de aquella repentina oleada de pánico injustificado que se había apoderado de él hacía un momento, pues sólo se daba cuenta de que le iban a trasladar de la sala X. ¿Significaba aquello que le iban a sacar de aquel infierno para llevarlo a una sala mejor?

Se vistió con frenética rapidez. La puerta de la sala se abrió ante él y los dos vigilantes, se cerró de nuevo cuando pasaron, y, sin ser maniatado, atravesó la pradera que conducía desde la sala X al edificio principal. Tan absorto estaba, que, a veces, iba quince pies delante de sus acompañantes, que andaban más despacio; pero que nada hacían para detenerle. Tampoco intentó despedirse a la francesa. La sala X le había curado. Entraron todos en el edificio principal por una de las puertas laterales; siguieron él y sus guardianes, que ahora iban delante, guiándole, por un corredor, y desde allí torcieron a una habitación pequeña, en cuya puerta había el siguiente rótulo: «Despacho del señor Superintendente».

Abrieron la puerta y le hicieron señas de que pasase. Dentro, sentado en una mesa, cerca de la ventana, estaba un hombre con un traje a cuadros. Tenía a la vez la apariencia de un político y de un doctor, pues su mandíbula pronunciada, su mirada de búho y sus gafas académicas mostraban, en extraña dualidad, la personalidad del alto funcionario y del hombre de carrera. A su lado estaba sentado un hombre de aspecto severo, de unos treinta y seis años de edad, con una cartera de

cuero. Lo mismo podía ser un abogado que un funcionario público, y su sombrero, muy a la vista en la misma mesa del Superintendente, indicaba que era ajeno a la casa.

Y de pie, cerca de él…

Jerry Middleton avanzó con ímpetu:

—¡Anne! —gritó—. ¡Anne! ¡Has venido!

XXX. Referente a un tal Fortescue

Era ella.

Allí estaba, en carne y hueso, seductoramente real en este mundo de las alucinaciones. Sus pequeñas manos enguantadas, el bolso que le colgaba de la muñeca, sus ojos castaños, que le miraban con curiosidad por debajo de su elegante sombrero negro, no eran figuraciones de su imaginación.

—Sí —dijo ella en voz baja—; soy yo —miró interrogativamente al hombre de la mesa, el cual hizo una seña a uno de los dos vigilantes.

—Puede usted volverse a la sala.

El hombre de la cartera, que estaba a su lado, habló lacónicamente al otro vigilante:

—¿Hay algo, Brower?

—Nada.

—De todos modos, ahora no será usted necesario. Acabo de recibir otra comunicación de la Central. Persónese de nuevo en la oficina del fiscal del Estado en Chicago. Nada más. Puede usted retirarse.

Después de esta observación cabalística, el hombre de la chaqueta blanca, compañero del otro vigilante, le miró sin decir palabra, luego a Jerry Middleton y salieron los dos al pasillo. En el despacho sólo quedaban ahora cuatro personas. El hombre de la mesa se levantó y habló, dirigiéndose a Middleton:

—Señor Middleton: se ha cometido con usted una gran injusticia en nombre de la Psiquiatría. No voy a hablar de mi

ciencia, que está todavía en estado embrionario; pero quizá ahora que su caso ha salido a la luz pública, los discípulos de esa rama del saber tendrán en lo futuro más cuidado antes de dar un diagnóstico definitivo sobre un enfermo. Lo único que puedo decir es que usted habría sido puesto en libertad anoche a las doce si no se hubiera recibido cierto aviso de la oficina del fiscal del Estado en Chicago. Pero ahora este caballero le dirá.

—Entonces…, ¿no estoy loco? —preguntó Jerry Middleton, asombrado, maravillado.

El hombre de la mandíbula de «bull-dog» y gafas de armadura de cuerno movió la cabeza tristemente:

—Nunca lo estuvo usted; pero tengo que decir que jamás las circunstancias que pueden probar la demencia de un hombre han sido apreciadas con más claridad que en su caso por aquellos que tenían presentes sus consecuencias. Nunca, entre mil de nuestros enfermos, se dio un cuadro clínico más definido, más perfecto de una psicosis persecutoria. Pero yo siento no haber podido verle a usted personalmente cuando le trajeron aquí o, por lo menos, no haber examinado yo mismo el historial de su caso. Tal vez hubiera podido encontrar un punto débil de algún modo, en alguna parte, ¿quién sabe? —se encogió de hombros con manifiesta resignación—. Pero como Superintendente y único médico director de una gran institución como ésta me veo obligado a manifestar que mi labor profesional de psiquiatría aquí no consiste en el diagnóstico ni en el estudio de casos, sino en la adquisición, en fechas determinadas, de tantos miles de hígados de cerdo en los mercados de Chicago, de tantos cientos de sacos de harina de maíz, blanca o amarilla, en el sur de Illinois; de tantas toneladas de carbón en Carbondale, trajes en Jobiet, calzado en Chester; en el pago de sueldos y jornales, en atender a la calefacción, en la lectura de cientos de cartas y en dictar la contestación a otros tantos cientos; en celebrar

reuniones con comités, etc., etc. —movió la cabeza con desaliento—. Sin embargo, señor Middleton, quiero que hable usted con el señor Charles Godwin, primer secretario del fiscal del Estado en Chicago, que ha venido con la señorita Holliston, su ángel bueno.

El hombre de la cartera se levantó y tendió su mano.

—Siéntese —dijo amistosamente. Jerry Middleton así lo hizo, lleno de asombro. El otro volvió a ocupar su asiento, y dijo—: Hay muchas cosas que tendrá usted que saber con el tiempo, señor Middleton; pero ahora voy a ser lo más breve posible. Cuando, dentro de un rato, vayamos en el tren, podrá usted hacerme las preguntas que se le ocurran —hizo una pausa—. Señor Middleton: el antiguo secretario de su padre, y luego administrador general de su hacienda, está preso en Indiana, no lejos de Chicago, acusado del delito de asesinato. Mañana al mediodía saldrá camino de la penitenciaría del Estado de Indiana para empezar a cumplir su condena de prisión perpetua.

—¿Prisión perpetua…? ¿Asesinato…? ¿Fortescue…? —exclamó Middleton—. ¿A quién ha matado? ¿Y por qué le han condenado sólo a eso en vez de…?

—Ha matado a un hombre; precisamente al que ha estado pasando por Jerome Herbert Middleton, señor Middleton. Y ese asesinato ha sido una sorpresa tan grande para Fortescue como para todo el mundo. Para abreviar: él tomó una habitación en Kenburyport, Indiana, para vigilar a la señorita Holliston y esperar a que usted llegara allí después de su fuga de anteanoche. Se proponía matarle como a un perro antes que usted tuviese tiempo de abrir la boca. Pero, entre tanto, su usurpador se enteró de dónde estaba Fortescue, tomó el ferrocarril eléctrico, vestido con un impermeable; se quitó en un punto que desconocemos las gafas que llevaba constantemente en Chicago, y al subir al piso en que Fortescue estaba esperando, éste, creyendo que era usted que iba ya a reunirse con la señorita Holliston, salió a la escalera Y le hizo

cinco disparos. Le dejó muerto casi instantáneamente. ¿Está claro?

—No del todo —dijo Middleton con calma, tratando de asimilar esta extraordinaria noticia—. ¿Cómo se ha sabido todo esto?

—No se habría sabido —contestó el primer secretario del fiscal del Estado— a no ser porque el «coroner» **[9]** y el «sheriff» **[10]** de la ciudad de Indiana, después de oír el relato de Fortescue, le tuvieron detenido por pura fórmula, acusado de homicidio, y en la creencia de que hoy le pondrían en libertad bajo fianza, no muy grande. Entonces acordaron que se reuniese un Jurado, y llamaron, para que formasen parte del mismo, al señor Lockwood y al señor Searles, de Chicago, que habían figurado en las informaciones de los periódicos publicadas con motivo de la herencia de usted, y que, conociendo a Jerome H. Middleton, estaban en condiciones de identificar su cadáver, pues Fortescue declaró con dolor que lo había matado creyendo que era el loco fugado. Estos dos señores llegaron inmediatamente a Kenburyport en el coche del señor Searles. Y entonces, señor Middleton, se descubrió el hecho extraordinario de que el muerto tenía ojos azules.

—¿Ojos azules? ¡Es imposible! —exclamó el joven—. Entonces, ¿no tenía mi doble los ojos castaños?

El funcionario judicial hizo con la cabeza un movimiento negativo.

—Con eso quedó plenamente aclarado no sólo que había dos hombres que se parecían, sino que el recluido como loco en el manicomio tenía que ser el verdadero Jerome H. Middleton. El «coroner» telegrafió a la oficina del fiscal del Estado en Chicago, y nuestros hombres fueron a Kenburyport para conferenciar con el fiscal del condado. Fortescue, ya en la cárcel, tuvo que enfrentarse con lo que tanto temía, y prometió confesar todo con tal que se le condenara a prisión perpetua en vez de a muerte. Para abreviar: el pequeño condado de Indiana en que está situado Kenburyport no quiso

cargar con los gastos de una costosa vista de causa contra un criminal de Chicago, gastos que tendrían que sufragar los contribuyentes de Indiana —supongo que lo mismo hubiéramos hecho en Chicago, donde estamos abarrotados de casos por juzgar—, y así se aprovechó la oportunidad de despachar de una vez un largo proceso. Fortescue lo confesó todo, y mañana empezará a cumplir su condena de prisión perpetua.

—Entonces, respóndame sólo a dos preguntas —dijo Middleton con impaciencia, y creo que así podré aplazar las otras hasta más tarde. ¿Tuvo alguna intervención Fortescue en la escena que yo vi desde la ventana de aquella…?

El abogado asintió:

—Fue una sencilla ilusión óptica, aunque ingeniosa, lograda por medio de tres láminas de cristal. Lo que usted vio se representó en la ventana de encima de la suya.

Middleton movió lentamente la cabeza, asintiendo.

—Y yo que pensé, porque tenía puestas aquellas gafas antiguas, que… —no siguió adelante; pero hizo la otra pregunta—: ¿Cuándo concibió Fortescue la idea de meterme en un manicomio y por qué, sobre todo por qué?

—Muy sencillo —respondió el abogado—. Fortescue, en la época en que usted llegó a América, hace mes y medio, llevaba malversados más de ciento cincuenta mil dólares de la hacienda de su padre de usted, que venía administrando. La mayor parte de esa suma la había sustraído en vida del señor Middleton, por medio de hipotecas falsas sobre las fincas mayores, y el resto lo había robado después de su muerte, por otros procedimientos que se le presentaron como persona íntimamente relacionada con todos esos negocios tan grandes. Sin embargo, todo se lo llevó la Bolsa, Y a Fortescue sólo le quedaron unos miles de dólares de sus especulaciones.

Tenía tantas deudas —siguió diciendo el abogado—, que estaba dispuesto a huir tan pronto como se leyera el testamento que había de dejarle a usted único propietario y

administrador de la herencia. Hasta tenía hecho el equipaje, lo cual demuestra lo seguro que estaba de que se vería obligado a desaparecer a consecuencia de las irregularidades que él sabía que había en los libros. Estaba, sin embargo, locamente enamorado de una mujer casada perteneciente a la buena sociedad de Chicago, y cuyo nombre no digo porque se ha acordado dejarla al margen de este asunto; y su pasión le hacía rechazar con toda su alma la idea de escapar a Liberia, a África o a Honduras, donde no podría volver a verla. Pero su alegría fue grande al saber, por la lectura del testamento, que se le nombraba administrador general de la hacienda, con un sueldo anual de cincuenta mil dólares; regocijo motivado no tanto por el salario como por el hecho de que esto le iba a permitir manipular en los libros y manejar los negocios de Middleton, aplazando su fuga durante mucho tiempo.

Pero esta idea no se le ocurrió —siguió diciendo el emisario del fiscal del Estado— hasta una mañana, cinco días antes de que le indujera a usted a ir al lago Winneback a pescar por espacio de diez días y dejarse la barba para desfigurar su rostro. Aquel día había ido a verle un joven de Filadelfia. Este joven había visto en los periódicos de esa ciudad las fotos y la información referente a usted y al testamento de su padre, todo lo cual había sido reproducido de los periódicos de Chicago de la noche del sábado anterior. En vista de ello, fue a Chicago para hacer investigaciones, y se dirigió primero a Fortescue, por ser el representante oficial de la hacienda. Era, como usted ha supuesto antes, su doble, y tan parecido a usted, que Fortescue se quedó asombrado. Era actor, un personificador de tipos, aunque de ínfimo orden comparado con los grandes artistas de su clase. Había actuado por primera vez en América en una «tournée» de cuatro días por el Este, y no era nada escrupuloso, como Fortescue pudo ver fácilmente. Lo único que aquel joven sabía de su origen es que procedía de la ciudad de El Cabo, África del Sur, y que había trabajado durante algunos años en los «music halls» de

Londres. Su aspecto, como el de usted, señor Middleton, era inglés; pero su nombre no tenía la menor semejanza con el suyo, y Fortescue no pudo aclararle nada.

—Pero sí se aventuró —comentó Middleton con amargura— a hacerle una proposición lucrativa, que mi doble aceptó. Según puedo apreciar, Fortescue sabía algo de locura, y comprendió las posibilidades que brindaba un procedimiento legal en que el acusado ni siquiera presencia su propio juicio —hizo un gesto afirmativo de cabeza—. Sí, ahora comprendo claramente por qué quería que yo anunciase públicamente mi propósito de llevar aquellas gafas, para que ese individuo pudiese ocupar mi puesto con sus ojos azules tapados. ¿Cuál fue la proposición? ¿Y por qué, por qué? A esta pregunta no me ha contestado usted todavía.

—Quinientos dólares por semana —respondió el abogado— fue lo que le ofreció. La mitad del sueldo de Fortescue. Y la mitad de lo más gordo.

—¿Lo más gordo?

—Sí, del verdadero premio. Porque, verá usted, señor Middleton. Mucho antes de que se presentara su doble en escena, Fortescue fue por casualidad a su casa en ocasión en que usted estaba ausente. La criada sueca y el viejo negro le contaron que habían sido testigos, llamados por su padre de usted, de la redacción de cierto documento, que lo habían firmado el lunes 11 de agosto, y que su padre había dicho que era algo para su hijo. No sabían, por supuesto, de qué se trataba, pues ellos eran unos criados ignorantes; pero Fortescue supuso inmediatamente lo que era, pues nunca había creído que el propósito de su padre fuera desheredarle a usted, como lo había hecho. Estaba seguro de que era un testamento, y un testamento que, otorgado el día 11 de agosto, venía a anular el testamento hecho público, que tenía fecha de 9 de agosto. Ese testamento tenía indudablemente por objeto concederle a usted el pleno dominio de su hacienda, y, por consiguiente, lanzaría a Fortescue a la calle,

con el resultado para éste de una intervención en las cuentas, que le obligaría a huir inmediatamente a Honduras, si no quería ingresar en la cárcel. Pero ¿dónde encontrar ese testamento? Tenía la seguridad de que existía; pero no podía adivinar dónde estaba. Dedujo que debía de ser breve y que estaría en poder de algún amigo de su padre, el cual, una vez que usted cumpliera el deseo del difunto relativo a las gafas, sería el encargado de revelarlo y mostrarlo a su debido tiempo.

—Y así —comentó Middleton—, como persona que estaba en situación de ganarlo todo sin exponerse a perder nada, echó los dados, representados por esta ingeniosa trama, sabiendo que él y su compinche —si daba con el testamento— se repartirían una fortuna de diez millones de dólares. El golpe era de maestro.

No parecía que quedaba mucho por preguntar; así, se volvió a la muchacha:

—Y usted, Anne; es decir, señorita Holliston, ¿recibió mi recado ayer por la mañana?

—Si —dijo ella con calma—, lo recibí.

—Pero ¿por qué no fue usted al sitio convenido?

—Por esta razón —dijo ella lentamente—: después de trazar todos mis planes, llegó a mis manos una carta firmada realmente por su usurpador. Y aunque usted lo ignoraba, yo había conservado durante todo este tiempo una carta que firmó usted una vez en la lejana Sydney; una carta para su padre, carta que se me olvidó de echar al correo. Con tal prueba, comprendí que tenía toda la fuerza de la razón en mi mano y que ya no necesitaba infringir las leyes ayudándole a huir a otro Estado. Creo…, creo, además, que a última hora me faltaron las fuerzas. A esas alturas ya no había posibilidad de comunicar con usted, y lo único que podía hacer era dejarle ir a la ventura para que lo apresaran de nuevo, como seguramente lo apresarían, Y luego luchar por usted con la prueba que tenía —hizo una pausa—. La única dificultad

grave para luchar era la falta de dinero. Tenía una prueba concluyente, definitiva; pero nada de dinero. Y así me hallaba cuando, ayer por la mañana, recibí su extraordinaria comunicación por teléfono. No podía por menos de preguntarme si aquello sería verdad…, y, sin embargo, como tenía la seguridad de que usted estaba cuerdo, sabía que tenía usted que hablar de realidades y no de figuraciones, aunque yo no comprendiera aquello. Bueno, me jugué el todo por el todo, confiada en su estado mental. Vendí aquellas dos valiosas cartas a su usurpador por cerca de mil dólares, aparte de una llave de la fuerte valla del solar de Lake Park Avenue. Ahora ya tenía dinero para empezar la lucha; pero me había quedado sin la prueba de que he hablado. Mas, como digo, confiaba en sus palabras de usted, oídas a tanta distancia, y con esos mil dólares o cosa así pensé dar la batalla por usted para sacarle de aquí.

—Pero se habrá visto usted en gran apuro —comentó Middleton con curiosidad— una vez perdida esa prueba, ¿verdad?

Ella le dirigió una mirada significativa.

—Tal vez no tan grande como usted supone, señor Middleton —hizo una pausa, y luego siguió hablando precipitadamente—. Por lo que hace al solar de Lake Park Avenue, hice lo que usted me dijo. Fui allí. Estaba cercado por una valla de diez pies de altura, según pude comprobar aquella mañana; pero la llave de la puerta estaba en mis manos. Cogí a cuatro muchachos, a los que pagué un dólar por cabeza, para que entrasen conmigo con unas cañas de pescar, y señalé las lineas centrales del solar con dos cuerdas largas extendidas, formando ángulos rectos entre sí. Cientos de vecinos me miraban desde todas partes asomados a las ventanas. El espectáculo era extraño: ¡una mujer que va de pesca con cuatro chicos y que cava en el suelo en busca de gusanos! Pero a unos cuantos pies de profundidad, debajo de la intersección de mis dos cuerdas, tropecé con un trozo de

cañería de desagüe, dentro de la cual había una caja de metal cerrada con llave. La llevé a una habitación de un hotel de Chicago, mandé buscar un abrelatas y con él abrí la caja. Había dentro de ella dos documentos. Y con esto…, como dicen en el teatro, la comedia ha terminado.

—¿Y uno de esos documentos era… un testamento? —preguntó Middleton con afán.

El abogado sacó de su cartera dos documentos, que entregó a la joven, la cual, a su vez y sin decir palabra, dio uno de ellos a Middleton:

—Léalo —dijo—. Siento mucho que los dos hayan tenido que ser abiertos por una extraña como yo; pero usted se hará cargo…

Él lo leyó con avidez, con los ojos muy abiertos. Era breve y decía así:

> «11 de agosto de 1924.
>
> Hallándome en el pleno uso de mis facultades mentales, anulo por el presente documento todos los testamentos otorgados por mí hasta hoy, especialmente el que lleva fecha de 9 de agosto de 1924. Y a mi hijo Herbert —cuyo nombre completo es el de Jerome Herbert Middleton—, que si ha dado con este testamento es por haber seguido ciertas indicaciones mías, le dejo y otorgo todos mis bienes muebles, inmuebles y de cualquier otra clase, para que disponga de ellas como de su absoluta propiedad.
>
> Firmado: Digby Middleton.
>
> Testigos: Jed Skoggins y Cristina Neilson».

Jerry Middleton alzó inmediatamente los ojos:

—Entonces, esto significa…

—Que es usted el único dueño de unos diez millones de dólares en dinero, valores y bienes raíces —dijo el abogado—,

a excepción de unos ciento cincuenta mil que se llevó Fortescue, y algún dinero más que pagó a dos personas: su usurpador y un siciliano llamado Vianello. Y a propósito, señor Middleton: nosotros le hubiésemos sacado de aquí anoche a las doce; pero no lo hicimos porque queríamos buscar un motivo para proceder contra este último sujeto, que es ahora vigilante en la sala X. Queríamos ver si trataría, especialmente, de afeitarle a usted, o si intentaría atentar contra su vida en alguna otra forma. Aunque Fortescue reconoció que tenía el propósito de que este individuo le asesinara a usted, no quiso aclarar por qué ejercía tal ascendiente sobre Vianello, temeroso, sin duda, de que el largo brazo de la Mafia le alcanzara, aun estando en presidio. Pero después prestó una declaración suplementaria, y el tal Vianello saldrá esta noche de aquí acusado de cierto asesinato cometido. Usted, sin embargo, no estuvo en peligro en ningún momento. Ni un solo segundo se le permitió quedarse a solas con usted, pues el jefe de día de la sala X estaba en antecedentes, había allí dos policías de Chicago con chaquetas blancas, y el joven que le trajo a usted aquí hace un momento es un «detective» de nuestra oficina, con instrucciones para no perderle a usted de vista ni un solo instante.

Todo esto era demasiado para que Middleton lo comprendiera de pronto. Movió la cabeza, atónito. Después se volvió a Anne Holliston:

—¿Decía usted que los documentos eran dos?

Ella le entregó el otro sin decir nada. Era más extenso que el primero, ocupaba varias hojas y estaba escrito con una letra que le era completamente familiar. Sus ojos devoraron el contenido, palabra por palabra, linea por línea, porque eran de su padre y le parecían como una voz que llegaba hasta él desde la región de lo desconocido.

XXXI. Las gafas del señor Cagliostro

«Queridísimo hijo:

»Si has encontrado esta carta, que acaso puede estar ahora delante de tus propios ojos, ello significará que también has encontrado el testamento que te hace dueño de todo lo que yo he ganado en mi larga y solitaria vida sin ti. Significará, asimismo, que has llevado a cabo cierto acto de cariño, que has cumplido una supuesta obligación de tu padre, lo cual demuestra que tú, igual que yo, tienes el sentimiento del honor. Significará que eres digno y mereces todo lo que he ganado mientras estuve separado todos estos años de mi propia carne y mi propia sangre.

»Querido hijo: Hay muchas cosas que serán incomprensibles para ti por haber ocurrido en años a los que no alcanza tu memoria. Me refiero, en particular, a tu madre… y a los motivos que he tenido para dejarte en Australia todos estos años. Tu madre, hijo querido, era Nell Bainbridge, de Brisbane, Queensland. Me casé con ella durante un viaje que hice en mi juventud a Australia y me la traje a San Francisco, donde éramos muy pobres. Fue, en efecto, en esa ciudad donde vivimos con gran pobreza, en días en que aún no había empezado a labrar la fortuna Middleton, y allí fue donde naciste. Allí fue también donde mi hermano, tu tío Schyler Middleton se interpuso en el camino

de tu madre y en el mío. Era un vagabundo, un inútil, un bribón; pero uno de los hombres más atrayentes que han existido. Después de recorrer todo el mundo, vino finalmente al pequeño piso que teníamos en Hempstead Street, para vivir con nosotros. Tal vez Nell no le hubiese amado, o no hubiera creído que le amaba, a no haberle hecho él vagas insinuaciones de llevarla de nuevo a Australia. ¡Pobrecilla! Estaba muy sola y, lo que es peor, añoraba su patria de una manera desesperada, y te aseguro, hijo mío, que no hay un mal más cruel e incurable. El resultado era inevitable. Ella me confesó que había cometido un error casándose conmigo, viniendo a vivir tan lejos de los suyos y de su patria, y cuando los dos me plantearon la cuestión accedí al divorcio que ellos me pedían. Pero, querido hijo mío, yo no quería que tú te marcharas, y les dije que si ellos se iban el niño tenía que quedarse conmigo.

»Atormentada por el amor que te tenía y el que sentía hacia él, pero decidida a seguir el derrotero que le marcaba su nostalgia de Australia y, acaso, impulsada por alguna piedad hacia mí, que tanto te quería, se marchó con él después del divorcio y de su boda, dejándome a mí deshecho y en el mayor desconsuelo. Logré tenerte a mi lado gracias a la ayuda de una anciana que entendía algo de niños, y así siguieron las cosas hasta el día fatal —pocos años después— en que recibí un cablegrama de Nell suplicándome que fuese en seguida a Brisbane, un cable que revelaba una gran desesperación. Te cogí y embarcamos para Australia al día siguiente, dejando cerrado temporalmente el pequeño negocio que yo había desarrollado poco a poco en San Francisco.

Llegamos a Australia treinta días después. Tu madre… se estaba muriendo; sólo le quedaban unos meses de vida. Te abrazó, te apretó contra ella; te quería como nunca te quiso cuando eras más pequeño. Tenía razón sobrada para ello, pues en los años transcurridos había tenido otro hijo —niño también—, hijo de ella y de Schyler, del cual había sido cruelmente despojada. Porque el canalla, el vagabundo, el malvado, se había cansado de ella y de su vida en común —como se hubiera cansado de cualquier otra mujer—, y huyó, llevándose a aquel niñito, que era tan carne y sangre de ella como de él. Lo único que sabía de ellos la pobre es que se habían ido a África del Sur.

»Me faltaron fuerzas, querido hijo, para separarte de ella. Eras, al fin y al cabo, tan suyo como mío; eras el único consuelo que podía dársele, el sustituto del otro hijo. Pero, para dolor mío, logró arrancarme la promesa solemne, cuando yo decidí regresar a los Estados Unidos, de que no te sacaría de Australia hasta que cumplieras los veinticinco años, a fin de que no sólo conocieras la tierra tan querida por tu madre, sino que te alcanzaran los beneficios del testamento de su abuelo, que disponía que todos aquellos biznietos suyos que vivieran en su patria hasta la edad de veinticinco años recibiesen cinco mil libras. Esa cantidad de cinco mil libras resulta ahora insignificante; pero entonces yo era pobre y no veía cómo podría darte nunca ni la quinta parte siquiera de esa suma…, y prometí. ¡Hijo querido! En los años que siguieron yo pude haber ahorrado para ti esa cantidad que te espera allí ahora; pero había dado la palabra de honor de un Middleton y la he cumplido, pues durante todos estos años he

permitido —te he obligado más bien— a que permanezcas en la tierra de tu madre, mientras yo esperaba, esperaba, esperaba el día feliz en que pudiera tenerte a mi lado.

»Más de una vez, querido hijo, he pensado, durante mis momentos de amargura, que sólo un sentido quijotesco del honor me estaba privando de mi propio hijo. Y muchas veces he pensado si ese hijo haría otro tanto por mí. Así, he decidido probarte para ver si, en efecto, eras un Middleton; para ver si eras merecedor de la gran fortuna que he labrado para ti, o si eras sólo un joven Don Juan, enamorado de tus ojos castaños, de tus atractivos personales para con las mujeres, de tu holgura, comodidad y bienestar. Y si así fuera, sería preferible que heredaras solamente a la familia de tu madre.

»Y ahora, hijo mío, antes de explicar —si es que necesitas alguna explicación— los medios que he empleado para probarlo, quiero decir una cosa. Si has leído esta carta, eres dueño de la hacienda de Middleton; pero existe ese otro muchacho: el de ella y él. Dejo a tu juicio la conducta que hayas de seguir con él; el estimar si has de cederle o no alguna cantidad moderada de tu fortuna; Utilizando los escasos indicios que dejó su padre cuando abandonó a tu madre, he seguido la pista de este muchacho por medio de varias agencias de "detectives" particulares, sin revelarles mi personalidad. Parece que su padre tomó en África del Sur el nombre de Fairsley, con lo cual el apellido del niño, Clyde Middleton, se convirtió en Clyde Fairsley. El padre murió después de un accidente ferroviario entre Pretoria y Durban, y el chico fue adoptado por un matrimonio llamado

Castesby, que formaba parte de una compañía de cómicos de la legua que iba en el mismo tren. Le dieron su nombre, con lo cual quedó convertido en Lionel Castesby, Y el chico ha seguido desde entonces la profesión teatral, y, según los últimos informes que me han dado de él, ha tomado parte en Inglaterra en una obra suya. Mientras, como te digo, dejo a tu propio juicio el darle o no alguna pequeña prueba de nuestro parentesco, quiero hacerte una petición con respecto a él, y es la siguiente:

»El profesor Bernard Tilletson, perteneciente a la Oficina Nacional de Eugenesia, situada en Cold Springs Harbour, Nueva York, gran investigador de las leyes de la herencia, ha hecho algunos estudios especiales en relación con los cruces entre individuos de la misma familia. Ya habrás comprendido que este muchacho tiene contigo un parentesco especial y desusado. Es hermano tuyo por parte de madre y tu primo por parte de padre; en otras palabras: es hermanastro y primo al mismo tiempo. Los experimentos que ha hecho el profesor Tilletson con animales que presentan señales características le inducen a creer que en semejantes parentescos existen con frecuencia estados gemelos o seudogemelos, de los cuales, si se poseyeran datos bastantes, se podrían sacar ciertas deducciones. Por esto, estimaría como un favor que, si algún día tropiezas con ese muchacho, facilites al profesor Tilletson fotografías tuyas y de él, junto con detalles de toda clase de medidas del cuerpo y demás características, a fin de facilitar los estudios científicos acerca de este singular parentesco. Hay una cosa, sin embargo, en la cual no podéis pareceros. Tu madre y mi

> hermano tenían ambos los ojos azules, y, por tanto, según las leyes mendelianas, no puede haber de ninguna manera pigmento castaño en los ojos de ese hijo, que tienen que ser necesariamente azules».

Al llegar a este punto, Jerry Middleton levantó la vista del documento que estaba leyendo.

—¿Entonces…, ese pobre diablo era mi primo…, mi hermanastro? ¿Se sabe eso con seguridad?

—Sí —respondió el abogado—. Ciertos papeles encontrados entre sus cosas en su casa de Astor Street demuestran que él sabía que se llamaba Lionel Castesby; pero nunca supo que existiera parentesco alguno entre usted y él, aunque tuvo que extrañarle enormemente el parecido que había entre los dos —hizo una pausa—. Unas cartas y una foto que se encontraron también allí muestran que estaba en relaciones con una corista de pelo castaño rojizo que trabajaba en los antípodas. Pero esto carece de interés, a mi juicio.

—En efecto —dijo Middleton tristemente—; excepto que una fierabrás de pelo rojizo, al verme un día en un banco de Macquarie Street, en Sydney, me arrojó a la cara un pomo de vitriolo, al mismo tiempo que me decía a gritos que me vigilaba desde hacía tres días, y me llamaba perro al salir huyendo. Lionel podía haber tenido un poco más de cuidado en sus asuntos amorosos, teniendo en cuenta que yo vivía en el mismo lado del ecuador que él.

Hecha esta observación, concentró de nuevo su atención en el papel que tenía en las manos. El documento continuaba así:

> «Aquel quijotesco amigo, Abner Colcher, que es propietario de una empresa anunciadora americana, y gracias a cuyo crédito, concedido en los comienzos, ha podido hacerse la fortuna Middleton, se ha negado reiteradamente a aceptar

de mí ningún regalo o donativo, y he tenido, por consiguiente, que hacer con su compañía un contrato de anuncios por valor de cien mil dólares —un regalo, si me quieres honrar llamándole así; un despilfarro, como dirá la gente—, en virtud del cual se reproducirá por todo Chicago, y en diversas formas, algunas de las cuales yo he indicado, un anuncio cuyo modelo consta en el contrato, y cuya ejecución será comprobada por la Compañía Nacional de Inspección Comercial.

»En relación con este anuncio, hijo mío, recibirás de mí, como ya sabes, solamente un par de gafas antiguas, que se supone pertenecieron a José Bálsamo, el notorio conde Cagliostro de Europa. Mucho antes que tú las hayas recibido, y aun antes que hayas llegado a las costas de América, si es que los hados disponen que yo desaparezca, fábricas, casas de alquiler, enormes cartelones anunciadores, centenares de espacios alquilados en Chicago ostentarán mi modelo especial de anuncio del Lotsapep, pintado en letras blancas sobre fondo negro. Y cuando tú recibas las gafas en tus manos, los pintores habrán empezado ya, desde las afueras hacia el interior de la ciudad, a llenar esos anuncios con colores, de acuerdo con el modelo que figura en las copias de los contratos que obran en poder del viejo Colcher y de la Compañía Nacional de Inspección Comercial.

»Sólo Dios sabe si esas gafas pertenecieron o no a Cagliostro; pero si tú las llevas puestas, hijo mío, día llegará en que leas el mensaje que te dejo, y si tus ojos recorren estas líneas no cabe la menor duda de que ese aviso ha llegado a ti. Aunque nunca vayas hasta más allá de media milla de donde vivas tendrás que verlo, pues en el muro

lateral del edificio de Burton Place, que da frente a la fachada de tu casa de Astor Street, estará mi ridículo anuncio, y alguna mañana saldrás de allí a la calle y verás el mensaje, que está dispuesto para que sólo tus ojos puedan verlo.

»¿Cómo llegará hasta ti este aviso, hijo mío? En el supuesto de que no hayas cursado Física superior durante tus estudios, y no recuerdo que la hayas estudiado, yo te lo aclararé. En primer lugar, he quitado de las gafas antiguas los cristales lisos teñidos de azul que tenían, y con la pequeña habilidad para la mecánica que he conservado de los tiempos en que mis dedos sabían las mañas de cualquier oficio, he colocado en su lugar, en la montura de plomo, dos lentes oblongas, que he cortado de dos pequeños cuadrados de Azul Cobalto —cristal Beta—, que es una forma refinada y mejorada del conocido cristal Azul Cobalto, que se emplea en Química analítica para determinar los colores de las llamas producidas por sustancias desconocidas. Como estas lentes están hechas con cristal plano y no tienen curvatura, no producen refracción ni falsean la imagen; pero ejercen ciertos efectos extraños sobre los colores. Este cristal Azul Cobalto —cristal Beta— es un perfecto cribador o filtro del color; es decir, no puede transmitir a través de él sino rayos puros azules. Los rayos rojos y los rayos amarillos no pueden atravesarlo.

»Resultado de esto es que *los objetos pintados de negro, rojo, amarillo o naranja se ven completamente negros* cuando se los mira con cristal Azul Cobalto —cristal Beta—, porque ninguno de esos colores llega a los ojos. De igual modo, *los objetos pintados de azul, verde o blanco se ven azules*, porque en cada

caso sólo el color azul atraviesa los cristales. Sobre esta base científica he construido el diagrama para mi anuncio gigantesco, que he comprobado por mí mismo en miniatura con entera satisfacción. El fondo de este anuncio se hará por el procedimiento de pequeños paneles negros, rojos, amarillos y anaranjados, todos los cuales se fundirán instantáneamente en un encerado, llamémosle así, cuando se les mire a través de cristales Azul Cobalto —cristal Beta—. Las letras del anuncio serán también negras, rojas, amarillas, anaranjadas, azules, verdes o blancas, contrastando —cada una— con un panel y dispuestas de tal manera que todas, excepto las que componen en azul el mensaje dirigido a ti, se volverán tan negras como el fondo mismo cuando se las mire a través de esas gafas. Pueden usarse veinticuatro combinaciones diferentes de colores de letras y paneles, y el número de combinaciones posibles para conseguir este aviso dirigido a ti es infinito. No proporciona, por tanto, por si mismo el menor indicio que se refiera a lo que yo he enterrado de noche con mis propias manos para que llegue a las tuyas. Tú y sólo tú, hijo mío, tienes la clave: los lentes que filtran los colores, hechos con cristal Azul Cobalto —cristal Beta.

»Y nada más, hijo mío. Que Dios te bendiga y te guarde para que puedas conservar la fortuna Middleton, como yo la he conservado para ti.

Tu padre,

Digby Middleton».

Jerry Middleton alzó los ojos y el abogado dijo entonces:

—Su padre, señor Middleton, tuvo una ocurrencia ingeniosa al trazar ese plan para que usted mereciese su

fortuna. ¡Lo que van a hablar los periódicos!

—Sí —respondió el joven, pensativo—. Pero habrá que añadir algo más a esa información. En primer lugar, no estoy seguro de haber merecido mi fortuna en la forma que mi padre pretendía; pero ha venido así a mis manos, y bien está. Ahora bien: he aprendido unas cuantas cosas acerca de una clase de personas de las cuales el mundo sabe muy poco —señaló con su mano al cuerpo principal del edificio—. Esas gentes, a quienes se supone enfermas, ¿qué se hace por curarlas? ¿Qué se intenta? A lo sumo, una visita ocasional de un medicastro austríaco que intimida por completo a los doctores, que son los que debían actuar. Su único tratamiento consiste en tenerlos encerrados como a delincuentes, cuando ninguno de ellos ha cometido ningún delito contra la civilización. En el nombre de Dios, señores, ¿por qué no ha venido aquí nadie con la idea humanitaria de que estas gentes, ya que se les niega el derecho a actuar en el mundo exterior, lo tienen, sin embargo, a ver películas, obras de teatro, a leer libros, a hacer alguna labor creadora, a que se les vista como acostumbran, a disfrutar de las cosas agradables de la vida, y hasta a tener una especie de intercambio social en lo que sea posible? ¿Por qué no ha creado nadie todavía una ciudad donde puedan trabajar y vivir, en vez de las prisiones de que está lleno el país de costa a costa? —hizo un movimiento de cabeza—. No tardarán ustedes en tener noticia de la Fundación Middleton —una Fundación no teórica, sino práctica; una Fundación dotada con un capital de un millón de dólares, y aún más, si fuera preciso—, para estudiar, mejorar y, lo que no es menos importante, para legislar —de acuerdo con el aceptado método americano de desparramar dinero en las manos de aquellos que pueden desviar el inflexible curso de las leyes— nuevas condiciones de vida en esta cosa antigua, bárbara y arcaica, a la que se da pomposamente el nombre de instituciones de tratamiento mental, y que llama a las cárceles

hospitales, cuando no son otra cosa que una sepultura refinada. Porque a estas gentes se les puede dar un trato más equitativo, científicamente, y menos hígado estofado, gastronómicamente, como se les viene dando; y se pueden efectuar curaciones aquí, lo mismo que en los campos donde se desarrollan gérmenes morbosos —en vez de inhibiciones y complejos—, que son causa de enfermedad. Pero todo esto exige algo más que vigilantes con un salario de veinte dólares al mes y doctores con un sueldo anual de mil dólares, que es lo que creo cobran los médicos en este Estado —y después de una pausa, añadió—: Si el dinero es lo que mueve todo en América, señores, yo prometo que, en lo que a esto afecta, lo moverá mejor.

—Muy bien, señor Middleton —dijo el abogado—. Estoy con usted —se volvió al Superintendente, que había estado oyendo todo esto con un digno fruncimiento de cejas—. Bueno, doctor; si le parece, entraremos en la oficina contigua para que nos den el certificado de salida y el documento de cancelación de reclusión y podamos tomar el tren de Chicago de las dos y diez.

El Superintendente se levantó, haciendo crujir el sillón giratorio, y los dos se dirigieron a la habitación inmediata. Al cerrarse la puerta tras ellos, Jerry Middleton quedó a solas con la joven. Dejó sobre la mesa los dos papeles que aún tenía en la mano y se volvió a ella:

—Querida Anne Holliston —dijo con ternura—. Dios sabe lo que hubiera sido de mí a no ser por usted. Me ha salvado de una muerte en vida…, y de algo peor —avanzó hacia la joven y trató de estrecharla entre sus brazos; pero ella le apartó, y su rostro adquirió una expresión de tristeza y desesperación.

—No…, no puedo permitirle que haga eso… conmigo. He sido mala…, mala…; una aventurera sin decoro. Me odio yo misma. He sido una desvergonzada con lo que he pretendido hacer. Nunca podré ya respetarme a mí misma.

—Pero, Anne, ¿qué es lo que ha hecho usted? —preguntó él, lleno de asombro.

La joven le miró con los ojos muy abiertos.

—Jerome… —quizá pueda, al menos, llamarle así—: ¿estuvo usted alguna vez en Francia cerca de alguna granada que estallase?

—Si —dijo él lentamente—; una vez. Fui lanzado al aire por la fuerza de la explosión; pero no resulté herido.

—¿Está usted seguro? —le pasó un dedo por la ceja izquierda—. ¿Está seguro? Creo que usted no lo sabe, que no lo ha sabido nunca…; pero tiene usted aquí una pequeña cicatriz blanca que le atraviesa la ceja y sigue luego como un cuarto de pulgada. Debió de rozarle a usted un pequeño trozo de metralla y producirle esta herida, que se cicatrizaría aún antes de que se lavaran el barro y la suciedad de la trinchera.

Él se tocó con extrañeza con el dedo.

—¿Y usted lo sabía? ¿Usted…?

—La había visto más de una vez en los días en que estuvo usted en la clínica, del doctor Harrow, en Sydney —dijo ella —, cuando le estiraba el vendaje que tenía usted puesto siempre sobre los ojos y la frente. No podía adivinar cómo se habría usted hecho aquello, pero nunca se lo pregunté, pues es una gran falta de cortesía decirle a una persona que tiene una cicatriz en la cara —y se puso muy colorada al decir esto—. Así, cuando mucho después leí en los periódicos de Denver, aquí en los Estados Unidos, que había un hombre que se parecía extraordinariamente a Jerome H. Middleton, y que había sido recluido en un manicomio, me di cuenta de que yo, por lo menos, conocía un detalle que los distinguiría. Ello me hizo acordarme de usted… y de aquellos días de Sydney. Pensé que me agradaría verle de nuevo, y vine a Chicago; pero cuál no sería mi asombro cuando, al conseguir tener, por medio de Fortescue, una entrevista con usted —en realidad, con su usurpador— no vi la cicatriz. Entonces advertí la falsedad. Yo sola sabía la verdad, y comprendí, además, que si

se había apelado a extremos tan desesperados como el de recluirle a usted —un hombre cuerdo, el verdadero Jerome H. Middleton— era porque tenía que haber por medio mucho dinero. Y aquello sólo podía significar que conocían la existencia de un testamento que estaba en algún sitio; un testamento que aparecería alguna vez y le devolvería a usted su hacienda; un testamento completamente distinto de aquel tan extraño y original que publicaron los periódicos de Denver y, antes, los de aquí. No sabía cuántas personas estarían complicadas; entonces calculé que había lo menos doce, incluyendo a más de un médico de aquí y a empleados de la Compañía de Depósitos; pero, sin embargo, vine a Birkdale sabiendo de antemano que aquí encontraría al verdadero Jerome Middleton.

—¿Y me vio usted la cicatriz de la ceja? —preguntó él.

—La vi en seguida —contestó ella—. Y entonces…, entonces, tracé mis planes. ¡Oh, Jerome! Yo no hice lo que hice por aquellos insignificantes novecientos dólares cuyo pagaré le hice firmar. Lo que yo intentaba era cazarle para que se casara usted conmigo. Los novecientos dólares eran la pantalla para hacerle a usted creer que yo era una persona a la que se podía comprar por unos cuantos dólares, si fuera necesario. Sabía que estaba usted tan desesperado, que haría cualquier cosa para escapar, que se casaría usted con quien fuese, si esto favorecía los planes de tener un refugio seguro hasta que usted pudiera ganar la batalla ante los tribunales. ¡Oh… Jerome! Yo no me hacía ilusiones. Sabía que la fortuna de su padre ascendía a diez millones de dólares, y en mi fuero interno estaba absolutamente segura de que, más tarde o más temprano, sería usted dueño de ella. Y… ¡oh, es tan difícil de decir! —exclamó, sonrojándose—; hay en este país una ley sobre los bienes gananciales. Si yo me casaba con usted y esta fortuna llegaba a ser suya algún día, a mí me correspondería la tercera parte: tres millones y un tercio de dólares, que nunca me podrían ser ya arrebatados ni por la ley, ni por

fallecimiento, ni por cualquier otra causa. Ni un solo pie de los bienes inmuebles podría venderse sin mi firma. Yo sería rica… Yo…

El joven dejó caer los brazos con desmayo.

—Entonces…, ¿era sólo el dinero lo que le guiaba a usted? ¿No me amaba?

—No digo eso —respondió ella con calma—. Pero sabía que usted no sentía nada por mí. Una vez, hace mucho tiempo, cuando usted estaba convaleciente, se hallaba en ese estado sentimental en que se encuentran casi todos los enfermos, y me propuso a mí, su enfermera, que me casara con usted. Luego, ya encerrado, sin esperanza, detrás de aquellas rejas, pareció revivir en usted un engañoso y temporal sentimiento por la persona que era su única salvación. Durante aquellos días de Sydney sí estaba interesada, me interesaba usted; pero yo sabía que aquel interés mío nada significaría cuando estuviese usted completamente restablecido. Por eso, cuando se me presentó la inesperada oportunidad de volver a los Estados Unidos, como enfermera de una señora anciana que se dirigía aquí, la aproveché, y vine sin preocuparme siquiera del pobre doctor Harrow —su voz se entristeció—. Aquel desdichado cariño mío no podía darme su amor, aquel amor verdadero que puso usted en la señorita…, la señorita Martindale. Y siendo así, tenía que dejar a un lado estas consideraciones y no pensar más que en la conveniencia: perseguir su dinero.

Él la escuchó sin interrumpirla, sonriendo un poco al oír sus últimas palabras. Entonces dio un paso hacia ella y la cogió, a pesar de su resistencia. La abrazó con fuerza, estrechándola de tal modo contra él, que Anne no pudo desasirse.

—Mi pequeña salvadora —le dijo con amor—. ¿Qué hubiera sido de mí sin usted? La amo a usted; la amaba ya en aquellos días de Australia, y puede usted tener la seguridad de que cuando se ama a quien no se ve no puede haber en ese

amor nada superficial. En cuanto a Pamela Martindale, ¡oh, amada mía!, ése sí que era el falso amor del que se encuentra solo, como usted acaba de decir. Puedo afirmarle, amor mío, que cada vez que pensaba en mi matrimonio con Pamela me acordaba de usted y me sentía el hombre más desdichado de la tierra. Y le diré más: que yo no hubiera sido capaz de llevar a cabo en la ceremonia de su boda de usted la acción tan poco caballeresca que hice en la suya, y si la cometí fue para conseguir un dinero que necesitaba para… buscarla a usted. Créame, se lo ruego. Pero no hay que pensar en eso, porque usted no se va a casar con nadie más que conmigo, pues yo la amo, la he querido siempre; y hoy, libre de hacer lo que me plazca, dueño de una fortuna que puedo gastarme, todavía quiero que se case usted conmigo.

Anne le miró a los ojos y sonrió:

—¡Oh, Jerome, qué bueno es sentirse amada! Confieso que estaba un poco celosa, demasiado, de aquella muchacha de cabellos de oro —hizo una pausa—. Pero ahora que he sido una aventurera tan atrevida, no podría casarme con usted mediando el interés de esa tercera parte de su enorme fortuna. Me tiene usted que permitir que renuncie a ese derecho que la ley me concede sobre sus bienes.

—Usted no renunciará a nada —dijo él—. Los dos entramos hoy en posesión de la fortuna. Lo que es mío es de usted, y lo suyo es mío —abrió el bolso de terciopelo que ella llevaba al brazo Ocho…, nueve…, diez dólares. Perfectamente. Yo también tomo de sus bienes la parte que me pertenece: ya lo ve usted.

Ella rió:

—Es usted encantadoramente generoso —dijo—. Se hará lo que usted quiera. Yo he descargado mi conciencia confesando mis culpas. Pero, en realidad, tres millones y tercio de dólares por su parte y tres dólares y tercio por la mía es un mal negocio para usted.

—No lo será cuando la tenga a usted —contestó él

sonriendo.

Se inclinó sobre ella y la besó en los labios con ternura y amor, y así seguían unidos por este lazo de cariño cuando se abrió la puerta de la oficina de al lado y alguien tosió discretamente.

—Perdonen ustedes; pero hemos de darnos prisa si queremos llegar en el carricoche a la ciudad de Birkdale, que está a una milla de distancia, a tiempo de tomar el tren de las dos y diez para Chicago.

Un momento después, ellos dos y el abogado de Chicago pasaban a toda prisa por el jardín del manicomio de Birkdale hacia la puerta, guiados por un joven empleado de la oficina del Director, a quien éste había dado el encargo de que les acompañara hasta el coche. Al pasar por delante de la casa del Superintendente vieron junto a una de las ventanas del piso superior a una persona que estaba escribiendo sin parar, y que, de vez en cuando, miraba ávidamente al papel con sus ojos miopes, a través de unas gafas de aros de concha y cordón negro, y se acariciaba la barba mientras escribía, y escribía, y escribía. De pronto miró hacia abajo, al jardín, les hizo una grave e indiferente inclinación de cabeza y, luego, reanudó con saña su escritura.

—¿Quién es ése? —preguntó Middleton al empleado que iba a su lado—. ¿No es…?

—Es *Herr* Doctor Meister-Profesor Von Zero —dijo el otro con risa breve—. Está preparando, según me han dicho, un informe en alemán acerca del primer caso de seudoparanoia autohipnótica que se ha presentado en América.

Jerry Middleton se volvió a los otros y, llevándose un dedo a los labios, dijo:

—Despacio. Vayan ustedes muy despacio por el césped. ¡No despertemos al Profesor!

Notas

[1] Apodo que en el argot americano se da a los toxicómanos, por el color de nieve de la cocaína. < <

[2] Ave doméstica de cierta especie. < <

[3] El acta notarial, affidavit o declaración jurada es una declaración escrita hecha voluntariamente, validada mediante el juramento o afirmación de la persona o partícipes que la hacen, siendo firmada antes por un notario autorizado para administrar tales juramentos. < <

[4] Cinta que se utiliza para amarrar juntos expedientes o documentos del mismo tipo. Conjunto de actividades, como el papeleo y ciertas formalidades, que se realizan en una oficina. < <

[5] Este vocabulario es un arcaísmo (en antigüedades) se define a una antigua ciencia que se trata acerca de la destreza, arte o habilidad de expresar o manifestar alguna idea o pensamiento por medio de simbología o movimientos usado por medio de la mano. < <

[6] Apellido del jurisconsulto inglés que introdujo en la ley penal la condena de trabajos «forzados», y que se compone de los vocablos *black* (negro), y *stone* (piedra). < <

[7] La eufonía es, etimológicamente, «buen sonido» y se aplica en la lengua a la sonoridad de las palabras que los hablantes consideran agradable. Lo opuesto es la cacofonía. < <

[8] El encomio es un texto de alabanza en honor a algo o alguien. Junto a su opuesto, que es el vituperio, textos insultantes, compone el género epidíctico cuyo objetivo práctico es argumentar y que se incluye dentro de la retórica. <<

[9] Funcionario judicial encargado de practicar las diligencias correspondientes en todo caso de muerte violenta. < <

[10] Alto funcionario, representante de la autoridad del condado, y responsable de la ejecución de la ley. < <